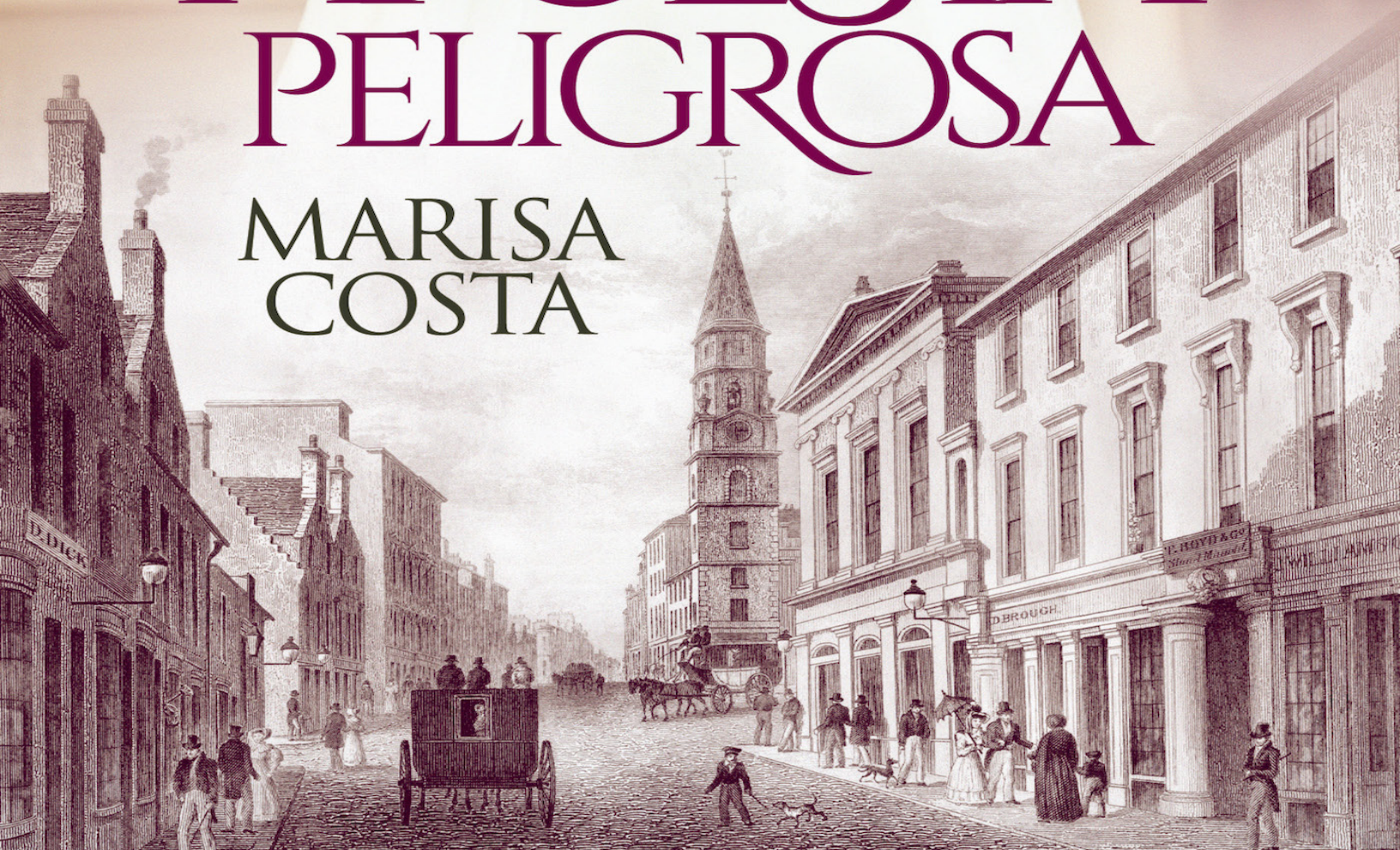


UNA APUESTA PELIGROSA

MARISA
COSTA



UNA
APUESTA
PELIGROSA

MARISA COSTA

OceanofPDF.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2022 María Luisa Costa Blaya
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Una apuesta peligrosa, n.º 339 - septiembre 2022

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1141-138-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

OceanofPDF.com

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

A todos los lectores que han decidido darle a
mi novela una oportunidad.

OceanofPDF.com

Prólogo

EL CAOS SE APROXIMA

Y así, en la cumbre de la pasión, durante un beso tan fogoso como sincero, todo en lo que podía pensar era en la cantidad de casualidades y decisiones sucedidas que nos habían hecho llegar a ese preciso instante en el que nuestras bocas se devoraban con inquieto deseo, ardiendo de pasión ante el firme contacto de nuestros cuerpos.

Fue ahí mismo cuando descubrí que no podía importarme menos si el mundo entero se venía abajo, pues lo que más había anhelado por tanto tiempo por fin estaba ante mí, con sus manos sobre mis caderas y su corazón acompañando al mío en un frenético tamborileo.

El ¡toc, toc! de la puerta nos sacudió como un terremoto y nos obligó a regresar al mundo real, ese de cuya visión comenzaba a ser distinta.

Alex soltó un gruñido que le salió desde lo más hondo de la garganta, seguido de una maldición que erizaría el vello a las damas más refinadas, antes de responder:

—¡Pedí no ser molestado!

La cansada figura de Maggibons se dejó ver tras el quicio de la puerta y, casi avergonzado, se adentró en el cuarto silencioso y cabizbajo.

—Perdone que lo interrumpa, milord. Sé que me dio órdenes expresas de que no lo hiciera, pero un caballero insiste en verle de inmediato.

Con una gracia distintiva en él, Alex sacudió la mano sin dejar de mirarme con el brillo refulgiendo en sus ojos.

—Sea quien sea, dígame que estoy muy ocupado.

—Sí, milord —asintió el mayordomo, que por su expresión sabía lo difícil que iba a resultar aplacar al caballero que esperaba en el vestíbulo

con esas sencillas palabras.

Tras escuchar la cerradura de la puerta encajar, Alex me susurró al oído con voz ronca:

—Disculpe, milady, ¿podría recordarme por qué parte de la lección nos encontrábamos?

Me mordí el labio inferior pícaramente.

—Me explicabas de forma muy práctica cómo funciona la teoría de la gravedad.

—Eres una alumna muy aplicada —respondió divertido—. Sacarás muy buenas calificaciones —continuó, inclinándose ligeramente para besarme de nuevo.

Sus labios apenas habían rozado los míos cuando un sonoro estruendo nos alertó dejándonos completamente paralizados.

—A mi entender, siempre debe haber tiempo para recibir a la familia, ¿no le parece, Crawford? —irrumpió una voz masculina en un severo tono.

La puerta golpeó con tal frenesí en la pared que los goznes temblaron en su posición.

Lord Iggy apareció luciendo de forma impoluta un traje de lino y un pañuelo azul a juego con sus ojos. Ni su actitud ni su expresión eran demasiado amigables. Tras lanzar una furtiva mirada al reloj colocado junto al escritorio pude imaginar el motivo.

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué manía tiene la gente de entrar en mi casa como si fuera Hyde Park! —gruñó el marqués.

—Perdóneme, señor —se disculpó el mayordomo, que raudo apareció en la escena. Sobre su frente caía una gota de sudor debido a la indudable carrera que había tenido que realizar tras los pasos de lord Iggy—. El caballero fue muy insistente y no pude retenerlo. Al parecer, últimamente, todos sus invitados se muestran obstinados por mantener unas palabras con usted —replicó algo molesto de tener que lidiar con visitas inoportunas.

Al verlo emitir aquel gesto exasperado sentí una gran compasión por el anciano que era víctima de la soberbia y falta de educación que, en momentos de histeria, olvidábamos aquellos que formábamos parte de la flor y nata de la sociedad.

—Maggibons, solo le pido que no abra la puerta a nadie más en lo que resta de noche. No me gustaría tener a todo Londres en mi despacho.

—Como usted diga, milord. Si me disculpan.

El mayordomo desapareció tras la puerta que quedó encajada con un ligero portazo y la estancia se quedó durante unos segundos en el más profundo silencio.

Desde mi posición pude alcanzar a escuchar un suspiro al otro lado de la estancia.

Me mantuve impertérrita, apoyada en la pared, tras la figura de lord Iggly, quien no había llegado a reparar en mi presencia después de su apocalíptica entrada.

—Creo recordar que aún no nos hemos emparentado, ¿o acaso me equivoco? —le preguntó el marqués con un deje en su voz.

El recién llegado bufó.

—Nimiedades. Pronto lo estaremos. Es más, si hubieras aparecido en la fiesta de compromiso ya lo estaríamos. Eso me lleva a preguntarte: ¿por qué no estás allí?

Alex se cruzó de brazos y dejó escapar un soplido exánime.

—Cierto, la fiesta... Me temo que debes disculparme. Unos asuntos de vital importancia me retuvieron.

—¿Qué hay más importante que tu compromiso? —quiso saber lord Iggly con el ceño fruncido.

—Digamos que he recapacitado sobre mi futuro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiere decir que no voy a comprometerme con la señorita Iggly —sentenció con fiado de sus palabras.

—¿Bromeas? ¡No puedes cancelar el compromiso ahora! —Los ojos de lord Iggly se inyectaron en cólera—. Piensa en mi hermana, la deshonrarás.

—No quisiera parecer grosero cuando afirmo que tu hermana ya ha sido deshonrada sin mi ayuda. Me disculparé con ella más adelante.

—Pero, pero... ¡hicimos un trato!

—Siento discrepar. La noche que entablamos el compromiso tú hablabas y hacías planes sobre el matrimonio mientras yo te escuchaba vagamente, asentía y me sumergía en tu carísima botella de *whisky*. Creo que no se puede tomar en serio a un hombre embriagado, ¿me equivoco?

Lord Iggly agarró con tal fuerza el bastón que sujetaba entre sus manos que sus nudillos se tornaron blancos.

A pesar de hallarse frente a un hombre completamente colérico, Alex mantenía una postura impasible, fría e imponente, no parecía el mismo que

me había estado besando de forma pasional contra la pared tan solo unos minutos antes.

Me sorprendió la seguridad que mostraba en sí mismo, un rasgo de él que siempre admiraría.

—¡Eres un bastardo pretencioso! —gruñó Iggly partiendo en dos el bastón contra su muslo.

No pude reprimir la exclamación con el que aquel inesperado e insólito acto me sobresaltó. El ligero e impreciso movimiento me delató y de pronto me encontré enfrentándome ante la insidiosa mirada de lord Iggly.

—¿Qué hace ella aquí? —señaló con un dedo acusatorio.

—Lady Abernathy solo vino a traerme un recado de su hermano. De hecho, ya se va —me apuró con un ligero movimiento.

—Me cuesta creerte. He hablado con lord Middleton en la fiesta y me aseguró que su hermana se encontraba en casa. Indispuesta.

—¿Cuestionas mi palabra en mi propia casa? —inquirió Alex alzando una ceja amenazante.

—¿Es esta mujer el motivo por el que vas a deshacer el compromiso con mi hermana? —Soltó una profunda carcajada—. ¡Vaya!, me temo que te ha embaucado como a un colegial, como a tantos otros. Todo el mundo habla de lo persuasiva que es la señorita Abernathy, especialmente con los hombres de su elección —espetó con desdén.

Cualquiera que hubiera visto cómo se demudaba el rostro del marqués y escuchado la forma en que dictaminó sus palabras hubiera supuesto que en verdad a lord Iggly le quedaban unos pocos minutos de vida.

—Me temo que tal declaración es muy descortés por tu parte, Iggly. —Se produjo un silencio incómodo antes de que Alex continuara—: Te ruego que salgas de mi propiedad.

El aludido no hizo el menor movimiento.

—No haré tal cosa hasta que no cumplas con el trato o respondas ante mí como un hombre.

—No voy a batirme contigo en duelo —decretó.

—Por supuesto que sí. Has deshonrado a mi hermana y merezco una compensación.

—Si eso es así, ¿por qué no te has batido con todos los que han tratado de burlarse de ella antes?

—¡Malnacido! ¡Pagarás por esta infamia! —exclamó quitándose la chaqueta con movimientos rápidos y precisos.

Aquella situación se escapaba de control. Me sentía completamente atónita ante aquella extraña escena que parecía salida de una comedia de Shakespeare.

Comprendiendo cuáles eran sus intenciones, Alex comenzó a asegurarse los puños de la camisa con lentitud. Dada la tensión y la cantidad de orgullo masculino herido, con el cual ya tenía experimentada relación, que reinaba en la estancia supe que de allí solo saldría uno ileso, en el mejor de los casos.

—No, Alex. —Me acerqué hacia él y le agarré del brazo desnudo al tiempo que sentía su calor traspasar por las yemas de mis dedos—. No lo hagas, por favor.

Me pidió perdón a través de sus oscuros ojos.

—¡Cállate, desvergonzada! No te metas en esto. Si yo fuera tu hermano te metería de cabeza a un convento —me gritó lord Iggly desde el otro lado.

Me mordí la lengua para no replicarle lo irónico que parecía que él dijera esas palabras cuando su hermana seguía relacionándose con la nobleza. No quería atacar a Olivia, y menos sin estar presente, ella no tenía la culpa de ser víctima de una sociedad que decidía como inapropiado algo que para los hombres era toda una proeza, de modo que, lanzándole una furibunda mirada, apreté mis manos en sendos puños y me dirigí hacia él dispuesta a golpearle, con toda la fuerza y precisión que pudiera aunar, en el rostro por atreverse a realizar tal acusación.

Y así hubiera sido de no ser porque Alex agarró con brusquedad mi brazo y me retuvo a su lado a pesar de mi insistencia.

Como si de una muñeca me tratase me colocó a su espalda con cuidado, eliminando todo tipo de contacto directo con lord Iggly.

—Puedo pasar por alto que te presentes dando golpes y profiriendo improperios que amedrentan a mis empleados e incluso que me llames bastardo bajo mi propio techo, pero no consentiré que insultes a la dama. Y solo por eso olvidaré mis buenos modales y te sacaré a rastras de aquí como el vil gusano que eres, aunque eso me cueste unos cuantos golpes.

—Adelante. Inténtalo.

Tuve la sensación de que el espacioso y masculino despacho se convertía en un improvisado *ring* de boxeo en el momento en que lord Iggly pegó

fuertemente en la mandíbula a Alex, que se defendió dándole un sonoro golpe en el estómago a su rival.

Alarmada, rodeé la estancia para alejarme de ellos y huir en busca de ayuda.

—¡Maggibons! —grité.

Sabía que el anciano mayordomo poco podía hacer, mas, siendo el único miembro del servicio al que conocía hasta el momento, creí que era lo más certero. Quizás él supiera qué hacer en aquel caótico momento. Estaba claro que ni siquiera mis altas capacidades resolutivas podían idear un plan antes de que uno de ellos fuera arrastrado al inframundo.

Atravesé el pasillo lo más rápido que me permitieron mis piernas.

Entonces, a lo lejos, vi la salvación frente a mí.

OceanofPDF.com

Capítulo 1

LA NOCHE EN QUE COMENZÓ TODO

Toda señorita de buena familia espera con impaciencia su presentación, y yo no era la excepción. Tal y como estaba estipulado, fui introducida a la sociedad bajo la atenta mirada de los miembros más selectos de Londres a principio de la temporada de 1842, sin embargo, mis expectativas cayeron precipitada y estrepitosamente en picado, como si de un alto acantilado hubieran sido empujadas y ahogadas en el fondo del mar, en el momento en que puse un pie en el salón de baile y examiné durante quince minutos la escena que se desarrollaba ante mí.

Todas esas personalidades de tan alta reputación que tan distinguidas me parecían en un principio acabaron por resultar de lo más frías, hipócritas y soberbias. Sus conversaciones eran insulsas, los protocolos excesivos y tediosos y los caballeros, en quienes tenía que tener puesto todo mi interés, me llamaron la atención por su soberbia y presuntuosidad.

¿Eso era todo lo que Londres ofrecía? ¿Para eso me habían sacado de mi rutinaria y feliz vida en el campo? ¿Merecían la pena todas las horas de arduo estudio de etiqueta y modales? La respuesta era categórica. No.

Por ese motivo, dos semanas después de asistir a numerosas reuniones, bailes, meriendas de té y paseos en calesa, me sentía hastiada hasta el punto de llegar a planificar el modo de evitar a cualquier coste mi presencia a una sola reunión más.

Desde mi llegada a la gran ciudad los rumores sobre mí habían ido en aumento. Me tildaban de hermosa, pero detrás siempre le seguía algún adjetivo poco halagador como impetuosa, descarada o salvaje. He de reconocer que es posible que a veces me muestre demasiado entusiasmada

con las conversaciones que se salen de la formalidad, haga preguntas que una dama no debería formular o quizás muestre interés por temas poco apropiados, no obstante, esos no eran motivos suficientes para que se dedicaran a lanzar rumores infundados sobre mi procedencia y educación.

En medio de aquella vorágine social la visita de Harry, mi hermano y vizconde de Middleton, nunca se me había antojado más oportuna. Sentí un gran alivio en el momento en que apareció para tristemente anunciar la inesperada muerte de tía Petunia.

A pesar de la noticia no encontré nada más sanador que, tras una serie de reuniones tortuosas, a las cuales no hubiera podido sobrevivir sin la constante compañía y el incondicional apoyo de Amelia, se me presentara la oportunidad de abandonar de forma inmediata la gran ciudad y con ella los compromisos que allí me atrapaban.

Como cabía esperar, el fallecimiento de tía Petunia no era motivo de alegría y me causó un gran impacto. A pesar de vivir bajo su tutela, Harry y yo nunca habíamos tenido un trato emocional muy cercano con ella, una viuda completamente liberal, independiente y muy femenina cuya vida se había sucedido entre fiestas, literatura prohibida y botellas de vino.

Muy al contrario de lo que una buena madre o tutora debía haber representado para dos niños huérfanos, tía Petunia permitió que Harry y yo nos criáramos de forma silvestre bajo la histérica mirada de una institutriz que acabó por sucumbir a nuestra rebeldía.

A pesar de su modo de ser, le estaba muy agradecida por su forma tan poco convencional de entender la educación.

Cuando cumplí doce años, Harry convertido en un adulto mayor de edad, consideró que su pequeña hermana debía ser pulida en una escuela para señoritas y no corriendo detrás de un rebaño de cabras, bañándose en el lago desnuda, tirándose colina abajo por la hierba, disparando flechas a manzanas podridas y montando a caballo sin silla.

Lo que Harry nunca sabría es que mi tía me había enseñado sobre la vida, las mujeres y los placeres mundanos más de lo que nunca hubiese aprendido por mí misma en aquella encorsetada sociedad londinense.

Mi infancia fue divertida y feliz. Cuando no me quedaba embobada mirando cómo mi tía se preparaba para un gran evento mientras me daba consejos de seducción o me recomendaba libros muy impropios para mi edad, pasaba la mayor parte de mi tiempo con criadas y sus esposos

mercantes o marineros, los cuales me ofrecieron, con suficiente maestría, una sarta de palabras y maldiciones que haría rizar las pestañas de cualquier chica de mi edad.

Siempre me he sentido afortunada de conocer el mundo opuesto al que yo estaba destinada desde mi nacimiento como hija de vizconde y eso me hace percibir el mundo de otro modo, contando con una mente que se muestra más abierta ante los demás.

Durante el verano en el que mi hermano se encargaba de procurar que fuera admitida en el mejor colegio para señoritas del país, me vi arrinconada en una mansión propiedad de un primo lejano de la familia, el cual tenía una hija que respondía a las características propias de una damita en formación.

Allí fue donde conocí a Amelia, en medio de una frenética carrera en pos del gato persa que había despertado de su larga siesta con la firme intención de colocarle un lazo con cascabel en el cuello. Ante el escándalo, Amelia salió del cuarto con el costurero en la mano interponiéndose en la carrera y provocando una inminente colisión.

Coincidiendo en edad y en gustos, nos volvimos inseparables y, como a una pequeña discípula, la enseñé a silbar, a escalar árboles y a lanzarse de cabeza al río. Mi hermano, que por aquel entonces estudiaba en Eton, nos visitaba de vez en cuando para comprobar que mis aptitudes eran las que se esperaba de una señorita, además de aportar una asignación mensual a mi tío por mis gastos. El verano pasó y el ingreso a la dichosa Escuela de Señoritas fue ineludible.

Un par de años después, el padre de Amelia murió. Sus deudas dejaron en números rojos a su esposa a quien Harry, haciendo eco de su naturaleza bondadosa, la acogió en el seno de la familia subsanando sus apuros económicos. A cambio de ello, tía Mary se comprometió a acogerme bajo su ala como una mamá pata con sus polluelos e intentar llenar de cariño las largas ausencias de mi hermano.

Desde la muerte de mis padres, Harry, a su modo, había intentado sustituirlos de la mejor forma que un niño de quince años podría haberlo hecho.

Siempre se ha portado como un padre conmigo. Distante pero atento. Autoritario pero generoso. Serio pero amable. Ausente pero cariñoso.

Sacudí la cabeza volviendo a la realidad; un aburrido y nada destacable salón de baile en el que me encontraba acompañada de exasperantes nobles que trataban temas insustanciales.

Aquella noche, desmoronada ante el ambiente tedioso y viciado que me rodeaba, me sentía de lo más romántica y nostálgica, por ello no podía dejar de viajar mentalmente al pasado, recordando mis años más felices lejos de todo lo que había llegado a considerar excéntrico, divertido y asombroso.

Desde el rincón en el que me escondía, tratando de no ser interceptada por afamados caballeros que se codeaban frente a mí como pavos reales en busca de su presa, busqué con la mirada a Amelia. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que se había disculpado para ir al tocador sin permitirme acompañarla, abonándome a mi suerte.

Tía Mary me escrudiñaba desde el otro lado del salón en donde cotilleaba con sus amigas más íntimas. Su ceño fruncido me indicaba que no se sentía del todo satisfecha con la ausencia de su hija.

Le sonreí con fingida inocencia y señalé la mesa de refrigerios con decisión. Giré sobre mis talones unos cuarenta y cinco grados —¿o fueron noventa?— y me dirigí en busca de mi objetivo, una deliciosa copa de limonada fresca que aliviara mi garganta reseca.

Tomé una de las bebidas preparadas que los lacayos habían dejado con eficiencia y bebi un largo trago que me supo a puro néctar.

—¿Lady Abernathy?

Maldije en mi fuero interno por la interrupción y me volví en dirección hacia el hombre que me había encontrado.

De veinte y pocos años, cabello castaño claro, ojos azules y una sonrisa amable, el señor Stinton se erguía ante mí fingiendo un porte distinguido e imponente que aún no había desarrollado en su totalidad.

—Señor Stinton, ¡qué agradable sorpresa! —exclamé enfatizando más de lo pretendido.

—La sorpresa es mía. No tenía constancia de que hubiera regresado de su inesperado viaje. ¿Cómo se encuentra su tía? He oído que estaba delicada de salud —se explicó.

Me encogí de hombros.

—Bien, gracias. Podría decirse que ya no siente molestias —repliqué.

—¡Oh! Me alegra mucho escuchar eso. Debe de estar muy feliz de volver a poder llevar una vida apacible —quiso saber animado.

Di un ligero sorbo a mi refresco, haciendo una larga pausa, antes de responder:

—Sí, la verdad es que apacible es una palabra que se asemeja mucho a su estado actual —comenté en voz alta—. Murió.

Su rostro se quedó lívido.

—Lamento mucho su pérdida —dictaminó raudo.

—Es usted muy amable —le sonreí cortés.

—Si me permite el atrevimiento, ese vestido le sienta bien —sentenció rompiendo el silencio que se había instaurado entre nosotros.

—Le agradezco su sinceridad. Tenía entendido que por lo general los hombres no suelen fijarse en nimiedades —confesé tratando de alargarlo.

—Supongo que no todos los hombres se interesan por la moda, pero creo que es apropiado reconocerle a una dama su mérito. Aunque, mucho me temo que a usted nada podría sentarle mal —admitió avergonzado antes de que su mirada cayera al suelo automáticamente.

—Es usted... muy amable —indiqué sin saber qué otra cosa decir considerando que la conversación comenzaba a caer en el desinterés.

Escruté la sala por encima de sus hombros en busca de alguna excusa que me ayudara a salir de aquella situación en la que me sentía completamente atrapada.

Como a cualquier mujer, me gustaba que exaltaran mi belleza y esfuerzo por lucir espléndida en cada velada, sin embargo, el exceso de halagos, especialmente los condescendientes, me parecían de lo más exasperantes. Y para mi desgracia no solía distinguir los unos de los otros.

—¿Le gustaría bailar conmigo la siguiente pieza? —me pidió solícito irrumpiendo mis pensamientos.

—Espero que no se tome como una afrenta que decline su oferta por esta vez. Necesito un poco de aire fresco, el ambiente se encuentra algo viciado —determiné con la intención de alejarme y esconderme en cualquier lugar.

—En ese caso, permítame que la acompañe. No es adecuado que una dama vague sola por los alrededores.

—Disculpe, señor Stinton, pero me temo que sería mucho más escandaloso que me descubrieran tan solo en su compañía.

Sus mejillas se tiñeron ligeramente de un color rosado.

—Bueno, yo no quería insinuar nada indecoroso...

—No tiene que disculparse —le interrumpí divertida ante el giro inesperado de la conversación.

En aquel momento supe que mi ingenio me ofrecía la capacidad de jugar de forma inocente con el señor Stinton, lo acorralaría con mis palabras como si de un gato y un ratón nos tratásemos. Si mi permanencia en aquel lugar se hacía obligatoria, al menos tendría una motivación para animarme a sobrellevarla.

Sonreí fingidamente.

—Aunque, debo aconsejarle que lleve más cuidado con sus invitaciones. Podría dar con una joven más ambiciosa que yo que se aprovechara de su amabilidad y al aceptar su inocente cortesía lo introdujera en una trampa sin retorno, con un final tan cercado como el matrimonio.

El señor Stinton se tensó.

—Tiene usted toda la razón, lady Abernathy. Debo ser más cauteloso —admitió agradecido.

Y dando por zanjada la conversación al respecto comenzó a desarrollar un monólogo trivial del que me evadí respondiendo muy de vez en cuando con algún «ajá», algunos «umm», unos cuantos «ah» y puede que algún que otro «interesante».

—¿Le resulta interesante la cría de pichones? —quiso saber emocionado.

—Claro, ¿a quién no?

Stinton me miró contrariado y yo le devolví el gesto con una sonrisa.

Busqué por encima del hombro de mi acompañante a Amelia. ¿Dónde diablos se había metido? ¿Por qué no aparecía de una vez y sufría conmigo aquella tortura?

—En ese caso... ¿Aceptaría una invitación a la finca que tiene mi familia? Mi padre tiene allí un criadero espléndido. No hace falta mencionar que la invitación se extiende a su familia —aclaró.

—Sería maravilloso —aduje sin prestar atención.

A lo lejos llegué a atisbar la figura a mi prima. Su cabello algo desordenado y sus ojos ligeramente enrojecidos. Nadie se hubiera fijado con tan solo verla en aquellos pequeños matices, mas yo la conocía lo suficientemente bien para que un solo cambio en su aspecto me saltara a la vista como una mancha en un mantel blanco.

Fruncí el ceño, preocupada.

Dejando mi copa sobre las manos del señor Stinton, me disculpé con unas corteses palabras y atravesé rauda el salón con el objetivo de llegar hasta ella.

Cuando mi mano enguantada alcanzó su brazo desnudo, pude distinguir el choque de temperatura entre mis cálidos dedos y su fresca piel.

—¿Amelia? ¿Qué sucede?

Sorprendida por mis palabras, se llevó las manos al rostro.

—¿Cómo sabes que...?

—A mí no puedes engañarme —le dije consciente de que su rostro la delataba.

Suspiré al descubrir sus labios apretados en una línea recta. Era la expresión que solía usar cuando no quería hablar.

—Vamos a un espacio más íntimo —le propuse.

No tuvo opción a réplica. La tomé de la mano y la arrastré por todo el habitáculo hasta llegar a uno de los salones anexos obligándola a sentarse en la otomana de terciopelo azul que se disponía junto a otros asientos semejantes formando un círculo.

La música y el conjunto de voces alborotadas se escuchaban ensordecedoramente, pero aquella pequeña habitación, en la que apenas encontramos a un par de invitados, era mucho más íntima y nos alejaba de cualquier inoportuna intromisión.

Me acomodé a su lado, saqué un pañuelo de mi retículo y se lo ofrecí.

—¿Dónde estabas? Me ha parecido que pasaban horas desde que saliste muy dispuesta hacia el tocador —expuse—. Estaba preocupada por ti.

—Lo siento, no pretendía tardar tanto —admitió sonándose la nariz ruidosamente.

—Cuéntame —le pedí amablemente tratando de pronunciar cada letra con dedicación.

Acostumbro a hablar muy rápido, especialmente en circunstancias de impaciencia o nervios, algo que provoca que mi interlocutor apenas llegue a captar con nitidez una sola palabra de lo que intento transmitir.

—Soy una idiota. Me ha engañado —fue lo único que dijo hundiendo el rostro entre sus manos antes de romper a llorar desconsoladamente.

—¿Quién? —quise saber desconcertada.

¿Creía que con aquella frase lo entendería todo? ¡Por el amor de Dios! Acababa de llegar hacía apenas cuarenta y ocho horas de un lugar donde lo

más interesante que podía suceder era que una vaca se pusiera de parto. Me encontraba totalmente desinformada de cualquier escándalo y cotilleo relacionado con la vida social.

Ante su silencio largo y perezoso, volví a insistir.

—¿A quién te refieres, Amelia? ¿Quién te ha engañado?

Mi prima sollozó y sorbió por la nariz. Usó el pañuelo para limpiar sus mejillas y comenzó a jugar con él sobre su regazo.

Uno de sus rizados mechones rubios se le había escapado de la frente y caía sobre su mejilla. La obligué a mirarme, le aparté el cabello de la cara y respiré antes de hablar:

—Amy, ¿quién dices que te ha engañado? —Mi voz sonó dulce y comprensiva.

—Ha sido lord Crawford —me confesó antes de ponerse a hipar.

Eché una fugaz mirada hacia el techo.

—Amelia, cielo, sería para mí de gran ayuda que me concretaras un poco más. ¿Quién es ese tal Crawford? —pregunté exasperada.

—Él... —sorbí— es un marqués.

Resoplé. Por unos segundos pensé en rendirme, no estaba tan interesada en la historia como para introducirme en sus juegos lingüísticos, sin embargo, el cariño que sentía por mi prima me hizo insistir un poco más:

—¿Y qué relación mantienes con ese marqués?

—Me engañó, Lily. Me engañó... Él me dijo que me quería, me prometió la luna y las estrellas. Me aseguró que...

—¿Y te has llevado una desilusión al descubrir que eso solo forma parte de la mitología? Deberías saber que aún no se ha inventado nada que nos acerque, ni siquiera de forma remota, a ellas —la interrumpí con sorna.

—No utilices ese tono irónico conmigo, Lillian —me recriminó—. Lo que descubrí es que ¡le ha prometido lo mismo a otras! —exclamó antes de sollozar de nuevo.

No dije nada. No sabía qué decir. Por mi mente vagaban un sinfín de improperios hacia aquel hombre, ninguna adecuada a los finos oídos de Amelia y, desde luego, ninguna que expusiera apoyo o comprensión por mi parte.

Tomé aire antes de hablar con la mayor serenidad que podía aunar en una situación como aquella:

—¿Lo que intentas decirme es que un hombre, un marqués concretamente, te prometió amor a ti y a unas cuantas damas más al mismo tiempo?

—¡Sí! Aunque no estoy segura de que fuera al mismo tiempo, exactamente... —Sonó su pequeña nariz en mi pañuelo nuevo y se llevó las manos al rostro cubriéndose avergonzada.

Miré apenada el pañuelo, era uno de mis favoritos.

—¿Y tú te sientes engañada porque lo creíste?

Aún no comprendía por qué mi prima lloraba tan desconsoladamente. ¿Tan importante era ese dichoso marqués para ella? Y si así era..., ¿por qué diablos nunca me había hablado de él?

—Me siento una estúpida. El marqués tiene fama de ser el mayor mujeriego y libertino de todo Londres. Yo no quise hacer caso de las habladurías cuando se acercó a mí tras una presentación formal. Parecía tan... Era tan... Bueno, no parecía un libertino, desde luego.

Enarqué una ceja mirándola contrariada.

—¿Y a cuántos libertinos conoces tú para poder distinguirlos? —pregunté irónica.

Amelia me fulminó con la mirada, aunque no detuvo su relato:

—Lord Crawford era muy amable conmigo, atento, divertido, encantador...

—No tengo muy claro cuáles son las cualidades de un libertino, no obstante, tengo la sensación de que tu descripción encaja muy bien con el perfil.

—¿Quieres callarte y escucharme? —me reprendió.

Me llevé los dedos a los labios y simulé que me cerraba la boca con un candado.

—Él no parecía un libertino. Me hablaba de cosas tan bonitas... —Refrené mi lengua ante la respuesta de que todo libertino suele seguir ese tipo de actuaciones y la dejé continuar—. Esta noche me prometió que nos veríamos en el jardín a las nueve en punto. Yo quise darle una sorpresa y me adelanté.

—Y cuando llegaste descubriste que aún no había terminado la cita con la de las ocho y media. ¡Qué faena para el hombre! Debió ser más previsor.

—¡Oh, Lillian! Es imposible hablar contigo —me interrumpió molesta por mi comentario.

Me encogí de hombros.

—No obstante, tienes razón. Lo encontré besando a la señorita Blydon. Además, la tenía cogida de las caderas y...

—¿Se asomaba por debajo de su falda? —pregunté aburrida, apoyando mi cara sobre la palma de mi mano.

Amelia se sonrojó y asintió al tiempo que se mordía el labio.

—Aturdida, solté una exclamación. Él me descubrió y, a pesar de que corrí todo lo que pude, me alcanzó y se disculpó conmigo asegurando que la señorita Blydon se había tropezado.

Solté una sonora carcajada.

—Claro, y él, solícito, comprobaba que no había heridas en sus rodillas, ¿no? Eso sin incluir el daño que pudo hacerse en la boca.

Amelia gruñó ante mi nueva interrupción.

—Por supuesto, no le creí. No soy tan ingenua.

—¿Y qué hiciste?

—Le pegué.

Empecé a reír sonoramente.

—Y él intentó besarme —aclaró.

—Bah, típico de los hombres —desdeñé con indiferencia—. ¿Y le devolviste el beso? —quise saber emocionada con la historia.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas?

Tuve la tentación de responderle que precisamente había sido ella quien se había escabullido para encontrarse en las sombras con un hombre, cuando menos de dudosa reputación, sin embargo, por miedo a la represalia, me abstuve y solo respondí con un ligero fruncimiento de labios.

—Le advertí que no volviera a buscarme.

—Aunque en realidad te gustaría que lo hiciera —inquirí.

—Pues sí. ¡Ay, Lillian! Es tan guapo, tan dulce y tan educado... —suspiró.

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Por favor, Amelia. Hablas de un hombre que te ha engañado.

—Lo sé, no hace falta que me lo recuerdes —me amonestó.

Solté una bocanada de aire.

—¿Piensas que estás enamorada de él?

No respondió. Bajó la cabeza y volvió a enjugarse las lágrimas con mi pañuelo.

Perfecto. Mi prima había sido víctima de un estúpido libertino.

—¿Qué puedo hacer, Lillian? —me preguntó como si yo tuviera un manual de respuestas en mi cabeza.

—¿Esperas que yo te dé la respuesta? ¿Qué pretendes que te diga? Ni siquiera conocía la existencia de ese hombre en tu vida.

—Te hubiera contado todo desde el principio si no te hubieras ido —se excusó.

—Lo dices como si fuera un reproche. Sabes que no me marché por placer, aun así, la próxima vez que tenga un familiar a las puertas de la muerte le pediré que sea algo más oportuno. Espero que no seas tú precisamente.

Me fulminó con la mirada.

—No quería que sonara de ese modo, perdona.

—¿Puedo darte un consejo? —Asintió—. Creo que deberías olvidar todo este asunto. —Iba a arrebatarle el pañuelo y secar sus lágrimas con él, mas, reconsiderándolo, cerré sus manos sobre el mismo y con mis dedos le sequé las lágrimas para después atusarle el cabello y ayudarla a recomponerse—. Sal ahí, baila y disfruta del resto de la noche como si él no existiera. Demuéstrale que no ha significado nada para ti. No les des la satisfacción de verte destrozada por su causa.

Amelia se alejó de mí unos centímetros.

—¿Ese es tu gran consejo? —Me miró circunspecta.

—Sin duda, es lo más práctico —me encogí de hombros.

Sus ojos grises se entrecerraron.

—Me gustaría mucho hacer lo que dices, pero me siento incapaz. Tengo tanta rabia contenida. —Apretó los puños sobre el pañuelo por encima de la falda—. Quisiera golpearlo hasta llegar a destruir su hermosa sonrisa y su presuntuosa arrogancia.

—Entonces le darías una razón para hacerse el desvalido hombre que fue atacado por una loca. Será un atractivo más para todas esas mujeres que querrán cuidarlo —añadí.

—¿Por qué los hombres tienen la facilidad de dejarnos siempre como unas lunáticas? —preguntó furiosa poniéndose en pie.

—No todos los hombres. —La imité—. Solo algunos, los más granujas y carentes de moral.

—Creo que voy a declarar mi odio por los hombres. Excepto por tu hermano, claro —admitió.

—Tengo que admitir que a veces Harry también se merece una pequeña dosis de nuestro odio —le guiñé el ojo.

—¿Podemos irnos a casa? No me siento con fuerzas de enfrentarme a ese sinvergüenza.

Chasqueé la lengua.

—Está bien. Solo porque es la primera vez que te rompen el corazón.

—¡Lillian!

—Y esperemos que la última —añadí—. Iré a buscar a tía Mary. Tu indisposición me parece la mejor excusa para abandonar esta fiesta tan insufrible.

—Gracias por tu apoyo. —Me sonrió.

Le di un suave beso en la frente y me adentré en el salón en busca de tía Mary abriéndome paso entre los fracs y las abullonadas faldas que se arremolinaban entorno a la pista de baile.

No soportaba las injusticias y menos las que los hombres, los cuales se creían muy superiores que nosotras, cometían con regularidad, mas ¿qué podía hacer yo? Tan solo era una chica de campo que creía saber camuflarse entre la alta sociedad y se resguardaba en un apellido que otrora había sido ilustre. No tenía el poder ni la influencia de un hombre, y no había nada que pudiera hacer para castigar a todos los libertinos por las constantes humillaciones y vejaciones que realizaban contra el género femenino.

Por ello, si la virtud de Amelia no había sido dañada, la mejor opción era dejar que todo siguiera su curso natural y ahogar las penas en una buena taza de chocolate caliente.

Capítulo 2

LA NOCHE EN QUE DECIDÍ ACEPTAR EL RETO

Cansada de dos largos días de amargas contestaciones y algún que otro ataque de histeria, me sentía decidida a enfrentar a mi prima. No podía consentir que siguiera compadeciéndose de sí misma e interpretando aquella tragedia de dama despechada, especialmente cuando apenas había compartido algún que otro encuentro y dos o tres besos efímeros con ese dichoso marqués.

—Podrías cambiar el gesto de una vez, ¿no crees? Parece que esta noche asistimos a un funeral en lugar de a una luminosa velada.

Amelia me fulminó con la mirada.

—Y tú podrías concederme unos días de llorar por mi desgracia.

—¡Oh, por favor! Amelia, ¿no te parece que te estás comportando de forma dramática? —le pregunté mientras sacaba con meticulosidad el vestido que luciría aquella noche—. Sé que te duele que hayan jugado contigo, pero no tiene sentido que sufras como si del amor de tu vida se tratase. Piensa que tuviste la fortuna de descubrirlo a tiempo y no cuando fuera demasiado tarde.

—Me ha humillado —decretó.

—¡Ay, Amelia! Tal y como yo lo entiendo, debes estar agradecida de que no abusara de ti. ¿Qué ha sido lo que te ha robado? ¿Un par de besos? Espero que al menos los disfrutaras.

—¡Lillian! ¿Cómo puedes hablar con esa frialdad? —me escupió.

—Creo que estás dándole demasiadas vueltas. Olvídalo de una vez. No merece la pena. ¡Disfruta de la vida! Mírate, eres inteligente y cumples con

todos los cánones de belleza que se piden en la sociedad, ¿por qué no te aprovechas de ello?

Bajó la cabeza y mantuvo una pose dubitativa.

—¡Vamos! Ni siquiera tienes razón para sentirte ofendida. Sí, es cierto que ese canalla se burló de ti y en mi opinión deberías tomarlo como una lección. No te fíes nunca de las palabras de un hombre.

—Quizás tengas razón —masculló.

—Siempre la tengo —admití con complacencia—. ¿Un chocolate caliente para borrar cualquier reminiscencia de autocompasión?

—No, gracias. No puedes mantenerme a base de chocolate caliente.

Me senté en el banco de mi tocador y cogí la cajita de polvos que comencé a aplicar para disimular el sol de mi piel.

—Alguien me dijo una vez que el chocolate tiene efectos sanadores.

—Eso te lo estás inventando —dictaminó sentándose a mi lado y rebuscando entre mis cosméticos.

—Tal vez. —Me encogí de hombros con una sonrisa juguetona—. Lo cierto es que no te vendría mal para coger unas libras más.

—¿Qué me estás queriendo decir? —Enarcó una de sus cejas rubias.

—Simplemente que debes comer más. Mírate —le indiqué tocando su delgada cintura.

Ella dio un brinco.

—¡No hagas eso!

—¿Por qué? ¿Tienes cosquillas?

Y acto seguido me abalancé sobre ella y empecé a acariciar su abdomen, axilas y mentón.

Amelia reía sin parar pidiéndome que la soltara.

No lo hice, y ambas caímos de bruces al suelo.

Tras unos minutos de dar vueltas por la alfombra, Amelia consiguió zafarse de mis brazos.

—Por fin te veo reír. Es casi un milagro.

Recuperándose, omitió mi comentario y expuso:

—¿Sabes? Tienes razón. No hay motivo para sentirme desgraciada. No estaba, ni estoy, enamorada de Crawford y me alegra haberme dado cuenta de que no merece la pena antes de llegar a sentir algo por él. No debo amargarme por ese maldito. Por suerte, nadie se ha enterado de nuestro

pequeño escarceo y debo estar feliz por ello, de lo contrario, a estas alturas ya estaría caída en la desgracia social.

Suspiré.

—Eso que dices es maravilloso. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Iré a esa fiesta y le demostraré al marqués de Crawford que no me importa en lo más mínimo —determinó emocionada.

—¡Bien dicho! —exclamé abrazándola—. Ningún hombre se merece que una mujer llore por él, a no ser que se trate de un familiar muy querido que haya muerto, claro.

Amelia se rio y me devolvió el gesto. Y con esa promesa nos predispusimos a pasar una larga y aburrida velada.

Si llegué a tener alguna ligera esperanza de que aquel baile podría ser diferente se desvaneció en el preciso instante en que Amelia y yo nos encontramos acompañadas de las mismas personas, escuchando las mismas piezas musicales y con sendas copas de limonada a un lado del salón, examinando con detenimiento todo lo que acontecía a nuestro alrededor.

—¿Es que solo existe un círculo social? No he asistido a más de cinco o tal vez seis fiestas y siento que ya conozco a todo el mundo. He de confesar que todo esto no me interesa en absoluto —me quejé con fastidio—. ¿Dónde está el cotillón? Solo hacen bailar vals y alguna que otra sosa cuadrilla.

—Bienvenida a Londres —repuso mi prima—. Parece muy grande, pero vayas a donde vayas siempre encontrarás las mismas caras.

Resoplé hastiada.

—¿Cómo va tu tarjeta de baile? —quise saber—. La mía apenas tiene tres nombres.

Amelia echó un vistazo a la tarjeta que colgaba de su muñeca.

—Yo tengo cinco, aunque hasta el momento ninguno ha reclamado su baile.

A pesar de contar con pocas invitaciones, Amelia y yo éramos felices. Quizás pudiéramos ser tildadas de «floreros» al tratar de pasar lo más desapercibidas posibles y escondernos en cualquier rincón, sin embargo, la idea del matrimonio estaba tan arraigada en nosotras como una hoja seca a su árbol. ¿Y quién podía culparnos? Aquella sociedad con la que nos

obligaban a permanecer no compartía nuestros gustos e intereses. Por ello, pasábamos la mitad del tiempo tomando largas copas de limonada, comentando sobre los vestidos y tocados del resto de invitadas y aceptando los bailes que nos solicitaban aquellos valientes que traspasaban la fina línea distante que instaurábamos a nuestro alrededor. No nos importaban las críticas que suscitábamos por nuestro comportamiento; si por un motivo u otro, íbamos a ser criticadas, mejor que fuera por algo que nos gustaba hacer.

Comentábamos uno de los vestidos más horrorosos de la temporada cuando Amelia enmudeció. En un primer momento llegué a pensar que la joven del vestido que con tanto empeño criticábamos nos había descubierto, mas mi sorpresa se acrecentó cuando descubrí que su atención reparaba en un caballero que lucía un distinguido y elegante porte.

Volví mi rostro a Amelia, que se había quedado pálida y fruncía los labios con rabia, tuve el ligero presentimiento de conocer la identidad de aquel hombre.

—Es él —reconoció confirmando mis sospechas.

—¿El marqués?

—Sí.

Expectante esperé a que el ya reconocido marqués de Crawford cambiara de posición y me permitiera descubrir su rostro, sin embargo, transcurrieron varios minutos hasta que se giró y pude examinar parcialmente sus facciones.

No podía negar que se trataba de un hombre muy guapo, de frente ancha, oscuros e intensos ojos negros, pómulos altos, mandíbula fuerte y prominente, mejillas afeitadas, hombros anchos y cuerpo atlético. Vestía un pulcro esmoquin y su cabello se mostraba ligeramente despeinado. A priori no era el prototipo de caballero por el que hubiera suspirado, sin embargo, había algo en él que te imposibilitaba apartar la mirada de su anatomía. Poseía cierto encanto cautivador que se potenciaba cuando sus labios se curvaban mostrando una provocadora sonrisa.

Realicé una mueca indiferente.

—No sé qué te pudo atraer de ese hombre. No creo que sea ningún Adonis —le confesé.

El rostro de mi prima presentó una expresión contrariada.

—¿Dices que no es guapo? —se sorprendió ante mi respuesta.

—No he dicho que no lo sea, solo que no le encuentro ningún tipo de atractivo. Desde aquí se atisba su enorme ego y un porte de autosuficiencia —aseguré antes de darle un trago a mi limonada que había quedado caliente entre mis manos.

Calculé las posibilidades que tenía de abandonar mi posición para buscar otro refresco en el menor tiempo posible y todas ellas se redujeron a cero en el momento en que descubrí los nudillos de Amelia blancos alrededor de su copa.

Automáticamente se la arranqué de las manos.

—Dame eso antes de que la hagas añicos.

—¿Cómo puede tener el descaro de presentarse aquí? —masculló apretando los dientes.

—Quizás porque, al igual que a ti, lo han invitado —comenté con sarcasmo—. Es un libertino, no tiene por qué avergonzarse de sus actos. Cumple con las expectativas que se tienen de él. —Avancé un poco para interponerme entre ellos—. Amelia, mírame. ¿Ya has olvidado tu propósito?

Ella posó sus ojos del color del mar sobre mí.

—No. Es solo que... me da mucho coraje sentirme tan humillada y que él se muestre tan impasible. ¡Le odio!

—¿No podrías ignorarlo? ¿Fingir que no existe? Fíjate, la sala está llena de caballeros. Habrá al menos cien. —Amelia enarcó una ceja—. Está bien, quizás algo menos. Aun así, no tienes por qué tener puesta toda tu atención en ese hombre.

Ella negó con la cabeza.

—No lo entiendes. Tengo tanta rabia en mi interior... Impotencia por no poder hacer nada. No sabes cuánto me gustaría que alguien le diera una lección, que le devolviera una mínima parte del daño que inflige de forma tan fortuita a los demás.

—Hablas como si lo conocieras bien.

—Tú misma lo has dicho. No hace falta conocerlo para saber a qué se dedica. Derrocha arrogancia por cada poro de su piel, juega con las mujeres como si fueran muñecas de trapo que una vez que te cansas de ellas abandonas a un rincón del baúl de juegos en donde los acumulas. Te prometo que pagaría lo que fuese a cualquier mujer que lo humillara consiguiendo hundir esa autosuficiencia de la que se vanagloria.

—¿No te parece un pensamiento muy poco cristiano?

—Al contrario, sería justicia divina.

Reí.

—En mi opinión exageras. No voy a mentirte, ese hombre es culpable, pero no más que tú por dejarte seducir. Has caído en un juego de lo más usual entre esa clase de hombres que se creen por encima de todo.

—Aun así, tengo derecho a estar enfadada.

—No te lo discuto, no obstante, no dudo de que seas la única mujer en la sala a la que ese hombre ha seducido. Y, sin embargo, no encuentro a ninguna que llore con desesperación o permita que su presencia la amargue.

—¿Qué insinúas? —El tono de Amelia se volvió cortante.

—Espero que no te molestes por mi excesivo ataque de sinceridad, pero he de admitir que eres muy ingenua —decreté sin mirarla, consciente de que si lo hacía sería como mirar a los ojos de Medusa.

—¿Quieres decir que tú podrías evitar caer rendida bajo los encantos de un libertino? —preguntó insidiosa.

—Me ofendes. Por supuesto que sí —admití exasperada.

Amelia se quedó pensativa.

Admiré el contenido de mi copa reflexionando si beber o no a pesar de que ya no cumpliría con el objetivo de refrescarme. Por suerte, la decisión la tomó un lacayo que pasó cerca con una bandeja de plata.

Lo llamé y, tras dejar sendas copas, agarré una tercera de la que bebí sin dudar.

—Ya que te sientes tan segura de tus palabras, ¿por qué no te ofreces voluntaria para llevar a cabo el reto?

Me atraganté y empecé a toser repetidamente, llamando la atención de algunos de los invitados que nos rodeaban.

Con un ligero movimiento y una fingida sonrisa aseguré sentirme bien. Tomé a mi prima de la mano y la arrastré unos metros con el fin de alejarnos de oídos indiscretos.

—¿Qué has querido decir?

—Lo sabes perfectamente. Tú eres la indicada para darle una lección a ese granuja —espetó resuelta.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? ¿Por qué quieres meterme a mí en ese embrollo? ¿Acaso me odias?

—Piénsalo. Eres práctica, escéptica, segura de ti misma y con una fuerte personalidad. Si hay alguien que pueda ser impenetrable eres tú, lo que te convierte en la mujer más indicada para llevar a cabo una tarea de tal índole —respondió ignorando mis preguntas.

—La descripción que has hecho coincide más con una arpía —escupí dolida.

—No he querido decir eso y lo sabes —repuso.

—Lo siento, Amelia. No cuentes conmigo.

—¿Por qué no? Siempre has conseguido todo lo que te has propuesto. En la Escuela de Señoritas promovías auténticas revoluciones para alcanzar tus objetivos, ¿en qué se difiere con esto?

—No puedo creer que compares unas chiquilladas con destrozar la reputación de un hombre.

—Lo que quiero decir es que siempre has actuado por desafíos y no hay mejor motivación que restaurar el honor de tu prima.

Alcé una ceja.

—Si no bromeas es que has perdido el juicio, por completo.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. No eres una muchacha común.

—No sé de qué me hablas. Me he convertido en una perfecta señorita inglesa —repuse dignamente alargando el cuello y fingiendo una pose refinada.

—¿Consultamos la guía para señoritas? No recuerdo que especifique como buenos modales correr por los pasillos descalza y con el cabello empapado.

Refunfuñé.

—¿Sabes? No me estás dejando en buen lugar. Si alguna vez entro en juicio no quiero que tú formes parte del grupo de la defensa —admití—. ¿Adónde quieres llegar? —inquirí tras unos segundos de palpitante silencio.

Indagué en el interior de sus ojos grises la confirmación a lo que ya suponía.

—Te estoy proponiendo un reto —espetó leyendo mis pensamientos—. Y, a decir verdad, uno bastante fácil. Solo te pido que lo conquistes y lo abandones después.

—Debo confesar que no me siento capaz. No sé nada sobre conquistar a hombres —admití con pesar.

La idea no me desagradaba en absoluto pues, al igual que Amelia, era partidaria de que aquel desvergonzado marqués debía recibir un castigo adecuado, mas alguien tan inexperta en el ámbito amoroso como yo no era la persona más indicada.

Amelia había tenido razón al decir que en la escuela me sentía retada todo el tiempo. Me gustaban los desafíos, superarme a mí misma, comprobar hasta dónde llegaba mi valor, sin embargo, nunca había involucrado a otro ser humano tan directamente. Parecía un juego peligroso.

—¡Vamos, Lillian! —me animó—. Tú eres la única joven que conozco que podría hacer algo así.

—Bueno, no conoces demasiadas —argumenté.

Decidió no dejarse llevar por mis intentos de distracción y continuó:

—Sabes de hombres mucho más que cualquier debutante, estoy segura. ¿Cuántas veces me has hablado de lo mucho que tu tía Petunia te instruyó en esos temas? —Alzó una ceja y esbozó una amplia sonrisa. Sabía que acababa de ganar un punto.

—Es cierto, pero la teoría no siempre coincide con la práctica. Te recuerdo que a lo largo de mi vida no he tratado con muchos señores de forma íntima —aclaré.

Se llevó un dedo a los labios y se dio unos ligeros golpecitos antes de añadir:

—¿Y no te gustaría llevar todos tus conocimientos a la práctica?

Siempre lamentaré el haberle confesado a Amelia mis más remotos recuerdos sobre el tiempo que pasé con tía Petunia. Nunca le había contado con detalle todo lo que aprendí con ella y no sabía qué era capaz de imaginar. No obstante, cada vez que sacaba a relucir ese tema un sudor frío me recorría la espina dorsal.

—No quiero meterme en líos. Mi hermano está ausente y si la situación saliera mal no tendría a nadie que me respaldase.

—¡Yo lo haré!

Fruncí el ceño mostrando cierto recelo.

—Agradezco tus intenciones, no obstante, no creo que un parasol sea un arma fiable.

—Nunca subestimes el poder de un parasol —replicó divertida.

Negué con la cabeza y desvié la mirada mientras analizaba lo que Amelia me proponía.

El silencio se instauró durante unos segundos entre nosotras.

—Hazlo por mí —rogó—. O, mejor dicho, hazlo por todas esas chicas a las que ese seductor ha roto el corazón. Por favor.

Ladeé la cabeza y allí lo encontré. Con una flamante y pícara sonrisa. Su mano descansaba con sutil maestría en la cintura de una joven que parecía disfrutar con sus caricias. Al parecer, ninguno de los que conformaban el grupo se había percatado de la acción. Parecía muy pagado de sí mismo, encantado con su nueva conquista.

La música se detuvo para dar inicio a otra pieza, una cuadrilla. Un joven del grupo se acercó a la muchacha, pronunció unas palabras antes de extender su mano enguantada como una clara invitación. Ella aceptó con fastidio, alejándose del marqués que, ante la inminente despedida, besó con delicadeza y deleite sus nudillos.

Puse los ojos en blanco pensando en lo patético que resultaba tal acción.

La muchacha se ruborizó en el acto y siguió los pasos de su acompañante con la mirada perdida en el marqués que le sonreía con descaro desde su posición.

¿Realmente las mujeres podíamos ser tan estúpidas y dejarnos engañar por una sonrisa bonita, una atención complaciente y unas palabras románticas sacadas de cualquier libro de poesía barata?

Me giré hacia mi prima, que observaba con detenimiento la misma escena lanzando una sonrisita de superioridad. La odiaba cuando llevaba razón.

¿Podría llevar a cabo una acción de esa índole? Y si así fuera, ¿lo haría por pura filantropía? Antes siquiera de llegar a forjar la pregunta sabía la respuesta; no. A pesar de haber sido criada en la más ferviente religión católica, no era tan devota para sacrificar mi reputación a favor de las demás jóvenes que, por lo general, caían en las redes de los hombres por su propio pie y su carencia de sentido común.

—En el hipotético caso de que aceptara —inicié alzando una mano para contener su emoción—, porque no he dicho que vaya a hacerlo —recalqué—, ¿qué ganaría yo?

—¿Hacer justicia?

Me puse el dedo índice sobre la mejilla y respondí de forma pensativa.

—No tengo vocación de juez. Además, a mí no me han engañado —repuse.

El rostro de Amelia cambió de expresión y se irguió dejando claro que no pensaba desistir.

—¿Y si lo haces como un acto de rebeldía femenina?

Negué.

—Siempre he querido ser un ícono de algo importante, sin embargo, la mujer en nuestra sociedad no es más que un cero a la izquierda y no creo que se me reconozca ningún mérito que no tenga relación con el bordado o el piano.

Me quedé pensativa, admirando a los bailarines que danzaban frente a nosotras en la pista. ¿Tendría algún modo de convencer a Amelia de que cesara en su empeño? No me apetecía disponer todas mis fuerzas en un hombre que no merecía la pena.

—¿Y si te ofrezco el vestido azul de raso que tanto te gusta?

Mi rostro mostró una expresión de asombro.

—¿Me ofreces un vestido a cambio?

—Bueno, sé que es el que más te gusta de mi colección. No tengo mucho más que te pueda interesar.

Dudé unos segundos y volví a buscar con la mirada la figura del marqués que acompañaba con discreción a otra dama a uno de los salones adyacentes.

¡Menudo descarado! Estaba claro que alguien debía darle una lección. Quizás Amelia tuviera razón y yo fuera la única mujer capaz de no caer bajo el influjo de sus encantos.

Aceptaría.

—¿Lillian? —La voz de Amelia me sacó de la ensoñación.

—Estaba considerando la cantidad de tiempo que he de invertir en la tarea que me propones. Quizás un vestido solo sea una escasa recompensa.

Hizo un mohín dubitativo.

—¿Qué te parece el azul de raso y el beis de pedrería y seda?

—La oferta es interesante, aunque sería una pena tener un vestido tan bonito sin unos zapatos y unas cintas que los acompañen.

—¿No crees que te estás excediendo?

—No te lo tomes como nada personal. Estoy negociando —sonreí.

—¿Pretendes dejarme el guardarropa vacío? Porque entonces la que saldrá ganando seré yo. Tendré que pedir todo un ajuar nuevo.

—Exageras. Solo te he pedido dos vestidos con sus complementos.

—Está bien. Acepto —aseguró con reticencia.

—¿De verdad? ¿Aceptas tan fácilmente? En ese caso, pido, como fuente de inspiración, el vestido verde esmeralda de terciopelo con mangas ribeteadas en dorado.

—No, el verde esmeralda no. Ese me lo regaló tu hermano por Navidad y es de mis favoritos.

—Y de los míos. Intenté persuadirle para que me lo regalara a mí, creo que resaltaría mis ojos —exageré mis movimientos al llevar mis manos al rostro y pestañear coquetamente—, pero no quiso aceptar.

Resopló.

—¿Me prometes que será lo último que me pides?

—Lo prometo —aseguré alzando una mano.

—Odio cuando me chantajeas así.

Me crucé de brazos.

—No es chantaje, solo negocio—aclaré.

Me lanzó una fulminante mirada que me hizo curvar ligeramente los labios.

—Tú ganas. —Alzó la mirada al techo—. Si lo consigues, ganarás el vestido azul de raso, el beis de seda y pedrería con sus complementos, el blanco con flores azules y su parasol a juego y el amarillo de paseo con ribetes blancos.

—Eres buena regateando. Solamente aceptaré el trato si eliminas el amarillo. Nunca me han gustado los colores tan infantiles.

Amelia puso los brazos en jarras y me fulminó con la mirada.

—¡¡Me dijiste que me quedaba bien!!

—Y así es. Que no me gusten para mí no significa que tú te veas mal —admití satisfecha—. Sabes que me siento más favorecida con los colores vivos.

—¿Cerramos el trato entonces?

—¿Estás segura de que quieres arriesgar los tres vestidos más bonitos que tienes por darle una lección a ese hombre?

—Sé que es una locura y, aun así, creo fervientemente que ese hombre se merece una lección.

Suspiré antes de hablar:

—Muy bien, en ese caso..., apuesta aceptada —aseguré alargando la mano que ella estrechó sellando el pacto.

—¡Maravilloso! —exclamó entusiasmada.

—Me gustaría que quede constancia de que solo lo hago por esas estúpidas damitas que, al igual que tú, no ven más allá de una bonita sonrisa. Espero que con este juego pueda alejarlo de ellas por un tiempo.

—No trates de engañarme. También lo haces por los vestidos —añadió ella.

—Bueno, he de admitir que son un buen aliciente.

—Gracias.

—Y quiero añadir una cláusula que indique que en cualquier momento puedo abandonar.

—Muy bien, aunque estoy convencida de que no lo harás.

—Eso espero —admití.

—¿Cuándo empezarás?

—¿Esta noche te parece bien? Animemos esta aburrida fiesta. Antes... necesito beber algo. ¡Por Dios, en este salón siento que estoy a punto de deshidratarme!; Qué calor!

—Estoy impaciente —confesó Amelia al tiempo que me hacía entrega de una copa de ponche que había robado de una de las mesas del servicio.

—Tranquila. La paciencia suele convertirse en aliada —repuse muy segura de mí misma al tiempo que estudiaba con detenimiento el salón—. Un plan, para que sea efectivo, debe llevar tras de sí un buen trabajo previo. Se necesita tiempo para estudiar el medio, la situación y los recursos, sin dejar nada completamente al azar.

—Si tú lo dices... —resopló exasperada.

Seguí estudiando las condiciones y recursos con los que contaba.

Tras unos minutos de silenciosas conjeturas tracé el mapa perfecto.

—Lo tengo.

El semblante de mi prima se trasmutó.

—Cuéntame.

—Un nigromante nunca revela sus hechizos —le aseguré al tiempo que dejando la copa en sus manos—. Sígueme.

Atravesamos el salón hasta alcanzar el pasillo exterior. Señalé las otomanas que los anfitriones habían colocado para ofrecer un área de descanso al mismo tiempo que otorgaban una visión directa a la puerta principal del salón de baile.

—Siéntate aquí y disfruta del espectáculo —le ordené.

—Pero... —comenzó a quejarse.

—Shh —le indiqué llevándome el dedo a los labios—. Será una sorpresa.

Y mientras ella se sentaba confusa con la copa entre sus dedos yo sonreí ladinamente mientras regresaba al interior del salón rumbo a enfrentarme al mayor reto de mi vida hasta el momento.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

EL MOMENTO EN QUE COMENZÓ EL JUEGO

Durante mi espera había llegado a visualizar en diferentes versiones la sencilla tarea que me había impuesto. Confiaba en mí misma y tenía la seguridad de que nada podía salir mal si seguía fielmente cada una de las pautas marcadas. Me sentía preparada para la acción, concienciada con mi propósito.

Desvié la atención un segundo en busca de Amelia, quien esperaba en su puesto curiosa y expectante.

Sentada en una de las cómodas sillas que solían ocupar las denominadas florero, mantenía puesta toda mi atención en la entrada al salón. Mis cinco sentidos se encontraban absortos en llevar a cabo el plan establecido. Todo lo que existía a mi alrededor se había convertido en una nebulosa blanca que quedaba suspendida en la sala. Mis pies, fruto de la impaciencia, comenzaron a dar pequeños saltitos por debajo de mi vestido cuando, de pronto, una voz aguda y chillona captó mi atención, sacándome por completo de mis pensamientos.

—¿Lady Abernathy?

—¿Sí? —respondí escuetamente a la joven pelirroja cuyas mejillas se encontraban salpicadas de brillantes pecas que se dirigía a mí.

—Permítame que me presente, soy Daniela Clifford. Mi hermano es el vizconde de Norfolk, ¿lo conoce?

—No he tenido el gusto —declaré vigilando la puerta del salón cual cancerbero.

—¿Puedo preguntarle qué hace aquí sentada? Estos asientos están reservados a las señoritas que no han conseguido bailar ni una sola vez en

toda la noche y estoy totalmente convencida de que usted ha bailado al menos cinco veces.

—¿Lleva la cuenta de mis bailes? —La miré, esta vez examinando su rostro, sorprendida.

—Bueno... —Se dispuso a jugar con sus manos. Sus mejillas comenzaron a ruborizarse—. Una chica que pasa aquí sentada toda la noche se da cuenta de esas cosas.

—¡Oh! ¡No sabe cuánto lo lamento! —exclamé con sinceridad estudiando su rostro.

No me pareció que fuera una joven tan espantosa como para relegarla a ese cruel puesto de florero. Su pelo, quizás, tenía un color demasiado pelirrojo y rizado, algo que no estaba muy de moda, sin embargo, poseía unos enormes ojos verdes con unas largas pestañas que iluminaban su cara ovalada, unos pómulos marcados, unos labios finos y una cintura delgada. Nunca entendería cuáles eran los estándares que se establecían como requisitos de moda cada temporada y destruían los futuros de jóvenes como Daniela.

—¿Quiere decir que no ha bailado en toda la noche? —pregunté desconcertada.

—Estoy completamente segura de que si lo hubiera hecho lo recordaría, ¿no le parece? —replicó susceptible.

—Lo siento, no quería... —intenté disculparme.

—No se disculpe. —Alargó una mano para detenerme con elegancia—. Supongo que debería estar acostumbrada a ser la hermana simpática.

—¿Qué quiere decir?

—Mire allí. —Me indicó con un sutil gesto de cabeza.

Una joven casi idéntica a ella daba vueltas en brazos de un apuesto caballero.

—¿Son gemelas?

—Mellizas. Hay una ligera diferencia —aclaró con un deje de tristeza.

—¿Y por eso ella baila y usted no? —quise saber con verdadera intriga.

Tenía la sensación de que, por más que me esforzara e intentara aplicar las lecciones de tía Petunia tan a menudo como era posible, no conseguía llegar a descifrar el intrincado mundo masculino.

«Un hombre siempre será un hombre, querida Lillian, recuérdalo bien». Me repetía la tía en cada oportunidad y, a pesar de ello, tenía la firme

convicción de que no había llegado a entenderla en absoluto.

La joven se encogió de hombros.

—Creo que es por el color del cabello, ¿sabe? Brigitte lo tiene mucho más oscuro que yo. Además, no tiene tantas pecas, lo que la convierte en ligeramente pelirroja.

Abrí los ojos sorprendida ante su comentario.

—Siento que le haya tocado la peor parte, considerando que ese aspecto sea la peor parte —admití volviéndome una vez más hacia la puerta.

¡Maldición! La incesante cháchara había conseguido desviarme de mi objetivo perdiendo así minutos de preparación.

A lo lejos atisé la figura del marqués, que se preparaba para entrar en la sala con paso firme y decidido. Se paró frente al arco de la entrada principal para recolocarse discretamente el cuello de la chaqueta.

Era mi oportunidad.

—¿Y usted...?

Me levanté de un salto dispuesta a sacar mis mejores dotes de interpretación.

—Perdone que la interrumpa, señorita Clifford, debo salvar el mundo.

Frunció el ceño sin comprender mis palabras y, con un diminuto «por supuesto», se despidió con desilusión.

Me sentí compadecida por su situación. No creía probable que otras jóvenes, a excepción de su hermana, se parasen a charlar con ella a lo largo de la noche. Me apunté mentalmente que aquel tema de las «florero» sería otro aspecto que solventar. Esa noche me sentía capaz de todo. Quizás sí que había llegado a Londres con una misión.

—Ha sido un placer charlar con usted —le aseguré dedicándole una amigable sonrisa.

Me puse en pie, alisé mi falda, bajé un par de centímetros el corpiño y coloqué mi oscuro cabello rizado sobre los hombros. Sintiéndome preparada comencé a sortear, con paso ligero, a todos los invitados que encontraba a mi paso calculando mentalmente la rapidez que debían tomar mis pasos para provocar el esperado encuentro.

Me lancé al vacío y un agudo quejido salió de mis labios ante la inminente colisión de mi cuerpo contra el del marqués, quien, en respuesta, me sujetó sin recato alguno por la cintura con firmeza.

—¡Disculpe, señorita! Entré sin prestar atención. ¿Se encuentra bien?

Me llevé la mano a la frente y fingí sentirme aturdida.

—Creo que sí —jadeé débilmente.

El olor que desprendía aquel hombre, a jabón de sándalo y a bálsamo para después del afeitado, me embriagó por completo llegando verdaderamente a aturdirme durante unos segundos.

Sus musculosos brazos me aprisionaban de tal forma que mi cuerpo se extendía lánguidamente entre ellos. Tenía la absoluta certeza de que, de haberme soltado, hubiera caído de espaldas contra el suelo.

«La próxima vez que finjas ser una dama indefensa, Lillian, hazlo con menos ímpetu», me repliqué a mí misma.

Apoyé mis manos sobre el hueco existente entre sus hombros y su fornido pecho y, deleitándome en aquel simple gesto, levanté la cabeza centrando toda mi atención en él.

La oscuridad que encontré encerrada en su mirada era asombrosa. ¿Había visto alguna vez unos ojos tan oscuros?

El marqués, cuyas pupilas se confundían con su iris, me observaba detenidamente sin denotar expresión alguna. Sus pómulos, cubiertos por una ligera capa de gruesa y oscura barba, eran prominentes y marcados.

Me permití el lujo de descender la mirada sobre su rostro. Su nariz se encontraba algo torcida, sin embargo, ocupaba la parte justa que una nariz debe ocupar en una cara, fuera cual fuese. Y sus labios, ligeramente entreabiertos, eran irregularmente perfectos pues el inferior era más grueso que el superior.

Desde aquella escasa e indecente distancia creía poder entender por qué mi prima, al igual que otras mujeres, había caído en sus redes.

Permanecimos en aquella íntima posición más tiempo de lo que se podía considerar decente, sin embargo, y a pesar del gran escándalo que podía originarse, no me sentía con ánimo de separarme del intenso calor que emanaba de su cuerpo.

Enmudecí esperando a que él tomara la palabra mientras fingía recomponerme. Sentía en mi nuca todas las miradas de alrededor puestas en la escena.

—Lo siento mucho, señorita... —habló de nuevo con una voz grave y refinada al tiempo que me ayudaba a sostenerme por mi propio pie.

—Abernathy. Lady Lillian Abernathy —me presenté con voz temblorosa.

—¿Hermana del vizconde de Middleton? —terminó él.

—¿Lo conoce?

Fingí sorprenderme.

—Podría decirse que somos amigos —se rascó la nuca—. Lo conocí hace unos años en una reunión de campo y descubrimos nuestra afición por las cartas.

—¡Oh, sí! Harry es muy bueno jugando a las cartas. Él me enseñó —admití en voz alta—. Aunque igual no debí haberlo dicho —continué aparentando sentirme avergonzada por mi declaración.

—Entonces, debe de ser usted muy buena —dictaminó.

—No tanto como él, aunque podría calificarme de aceptable —sonreí tímidamente.

El marqués soltó una carcajada.

—¿Puedo preguntarle dónde se encuentra su entrañable hermano? Ciertamente no lo he visto mucho últimamente.

—Viajando. Ayer mismo se dirigía a Italia.

Él asintió y centró su atención de nuevo en mí. Sabiéndome observada, me dispuse a comprobar que el bajo de mi falda se encontrase en su sitio, no porque me importase, sino porque era eso lo que una señorita decente debía hacer.

—Perdóneme por haberla atropellado de esa forma.

—No se preocupe. —Alcé una mano moviendo delicadamente la muñeca, tal como había hecho Daniela Clifford anteriormente—. Sin duda, fui yo la que salió sin mirar.

—En todo caso, dejémoslo en tablas, los dos teníamos la cabeza en otro lugar —expuso con cortesía.

Asentí dando mi conformidad.

—Aunque no pueda decir que ha sido un placer ser atropellada por usted, sí que lo ha sido el haberlo conocido, señor...

—Perdone mi descortesía. Soy Alexander Stone, marqués de Crawford.

—¡Ahhh! Es usted... —mascullé.

Su rostro se tornó inquieto, aunque su mirada seguía mostrando la misma inexpresividad.

—¿De qué se me acusa, además de atropellar a una joven y hermosa dama?

—Por favor, no hace falta que se muestre adulator. Sé de fuente fidedigna que es usted el mayor libertino de todo Londres —confesé

dándole un ligero matiz de picardía en la última parte.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Y cómo puede llegar a oídos de una joven debutante ese tipo de murmuraciones?

Me encogí de hombros.

—Una señorita que se precie, debe tener sus buenos contactos. —Su silencio se hizo patente—. Entonces..., ¿no lo va a negar?

—Por lo general, me posiciono al margen de todo aquello que se diga de mí. Solo me dejo juzgar por mi propia conciencia —admitió encogiéndose de hombros.

—Eso solo lo diría un libertino —decreté.

Su ceño se frunció ligeramente.

—¿Y qué sabe usted acerca de los libertinos?

Solté una risita temblorosa.

—Me hago responsable de aquello que digo, no de lo que usted crea entender —repuse con descaro.

—Ingeniosa respuesta —me concedió.

—Debería despedirme y alejarme de usted. Ya sabe, no es correcto que dos desconocidos hablen sin haber sido presentados previamente —aclaré.

—Le doy la razón, aunque los dos sabemos que no siempre hacemos lo correcto.

Circumspecta, arqueé una ceja.

—¿Qué sabe usted de mí?

—Absolutamente nada, pero su mirada me dice que es más impetuosa de lo que aparenta.

Su comentario descarado y su sonrisa pícara consiguieron importunarme.

—Creo que ahora sus modales están resultando de lo más impertinentes, milord. Será mejor que nos separemos antes de que se arrepienta de su comportamiento.

—Disculpe si he sido descortés, no era mi intención molestarla —adujo cambiando el tono de su voz, algo que me satisfizo.

Mostrando indiferencia, me despedí de él con una ligera venia y me volví sin prestarle más atención.

Empecé a caminar en dirección contraria.

No había andado más de dos pasos cuando, consciente de que sus ojos seguían fijos cada uno de mis movimientos, me deslicé ligeramente hacia la

derecha mientras soltaba un pequeño gemido.

—¿Se encuentra bien? —preguntó preocupado llegando hasta mí de una zancada.

Mostré una mueca de dolor.

—Mi tobillo. Creo que me lo he torcido —repuse.

—¿Ha sido a causa de la caída?

Levanté una ceja incrédula.

—No estoy segura, pero, si lo desea, podemos valorarlo mientras me deshago de dolor, al parecer dispongo de tiempo suficiente —repuse irónica.

El marqués me lanzó una furibunda mirada.

—Apóyese en mí. La acompañaré a uno de esos bancos y podrá sentarse —me propuso solícito.

Pasé mi brazo alrededor de su hombro.

Me sorprendió que ninguno de los allí presentes reparara en nosotros, en nuestra cercanía ni en el atrevimiento del marqués.

Caminamos despacio.

Yo daba pequeños saltitos apoyando todo mi peso en él. Apparentemente no parecía importarle lo más mínimo ese fútil detalle.

—Dirijámonos hacia esa otomana de ahí —señaló el asiento ubicado en una de las salas adyacentes.

Asentí.

El paso que adoptamos fue tan lento que el marqués no pudo contener un suspiro de impaciencia.

—Percibo cierta inquietud por su parte.

—Estaba pensando que podría cogerla en brazos y llevarla hasta el sofá. No son muchos metros los que nos quedan por recorrer.

—¿En brazos? ¡Qué idea más descabellada en esta sala llena de invitados! Sería una acción completamente indecente.

—Tengo la sensación de que en otras circunstancias diría exactamente lo mismo.

—Porque es una proposición completamente indecente. Aun así, supongo que nunca lo sabremos.

—Podríamos provocar la situación...

—Esta vez es usted quien debería mostrarse menos impetuoso, milord. Apenas acaba de conocerme, ¿por qué clase de hombre podría tomarlo?

—Creía que ya habíamos dejado claro que me consideraba un libertino.

—Cierto, sin embargo, creo que debería aguardar un poco antes de sacar toda su artillería pesada.

Río por lo bajo y continuamos el recorrido.

He de reconocer que me sentí realmente ofendida de que ninguna de las personas que nos acompañaban en aquel evento tuviera la delicadeza y amabilidad de acercarse a preguntar por mi bienestar. ¡Bendita solidaridad!

Al llegar al ansiado asiento, Crawford me ayudó a acomodarme con sumo cuidado y, sin previo aviso, se sentó al otro lado, dejando entre ambos un abismo.

—La acompañaré hasta que se encuentre mejor —decretó.

Una pareja atravesó el pequeño habitáculo en donde nos encontrábamos en dirección a la salida. Ambos se alarmaron al encontrarnos allí, sin embargo, la mujer volvió instintivamente el rostro hacia delante, obviando nuestra presencia, mientras que el hombre nos contempló ceñudo.

No entendí muy bien qué querían expresarnos con su actitud, pero al marqués poco pareció importarle pues, tras encogerse de hombros, se recostó sobre el respaldo del asiento.

—¡Qué maleducados! Ni siquiera se han dignado a saludar —exclamó cuando la pareja desapareció de nuestro alcance

—Creo que esto confirma mi teoría de que encontrarse en su compañía es todo un escándalo.

—¿Tan peligroso cree que soy?

—Lo conozco desde hace diez minutos y ya me ha privado de la capacidad de usar uno de mis dos tobillos. No sé qué pensar.

Soltó una risotada antes de susurrar:

—Fascinante.

Mi atención se volvió al supuesto tobillo maltrecho.

Realicé un gesto de dolor en el momento en que Crawford se volvió hacia mí.

—Siento mucho haber sido el causante de su malestar, señorita Abernathy. Haré todo lo que se encuentre a mi alcance para remediarlo —aseguró solícito.

—En ese caso..., el hielo es muy útil para bajar la inflamación —asegué mientras me inclinaba hacia la parte dolorida y levantaba ligera e inocentemente el borde de mis faldas.

Sus ojos siguieron mis movimientos centrándose en la pequeña porción de pierna que quedó al descubierto.

—¿Hielo? —preguntó confuso.

—Para el tobillo —le recordé.

Se puso en pie de inmediato.

—Muy bien. Iré a buscar a un lacayo que pueda proporcionarnos un poco de hielo.

—Es usted muy amable.

Él sonrió complacido irguiendo los hombros.

«¡Qué presuntuoso!», pensé.

—No tardaré.

—Descuide, no me moveré de aquí —prometí—. Esperaré impaciente su regreso... con el hielo.

El marqués de Crawford me dedicó una de sus intensas miradas cuyo brillo sagaz me sorprendió y se alejó.

Una vez hubo desaparecido, suspiré y me dejé caer sobre el sillón cerrando los ojos.

—¿Agotada tras la actuación, querida?

Una Amelia divertida ocupaba la mayor parte de la entrada por la que el marqués había desaparecido un instante atrás.

—No sé cómo lo has hecho, pero estoy segura de que ahora mismo se muere por conquistarte —aseguró complacida.

—¿De verdad lo crees? —quise saber esperanzadora.

Amelia asintió enérgica.

—¡Maravilloso! Eso quiere decir que voy por buen camino.

—Lo del tobillo ha sido increíble... ¡Parecía tan real! —exclamó excitada.

No le confesé que en realidad perdí el equilibrio y que si el marqués no hubiera llegado a sujetarme hubiera caído de bruces al suelo haciendo un ridículo espantoso.

Me puse en pie de un salto y me alisé la falda tranquilamente.

—¿Nos vamos?

Sus ojos se desorbitaron

—Creí que ibas a continuar con tu plan.

—Y eso hago. —Me devolvió una expresión desconcertada—. El mundo no se hizo en un solo día, querida. Debemos marcharnos de la escena antes

de que llegue nuestro protagonista.

Oteé al exterior con la esperanza de que no se encontrara cerca.

—Regresará con un lacayo y un cubo lleno de hielo.

—Así es —le guiñé el ojo—. Hielo que tendrá que usar para aplacar su rabia cuando no me encuentre aquí.

—¿Qué clase de plan es ese?

—Amelia, eres demasiado curiosa. ¿Por qué no me permites actuar sin cuestiones mientras tú te dejas sorprender?

Su expresión dejó muy claro que no se sentía del todo convencida.

—Está bien... —Me di por vencida—. Si desaparezco antes de que regrese quedará completamente desconcertado. Una duda se instalará en su cabeza y solo deseará volver a encontrarse conmigo para solventarla. De este modo me aseguro de que piense en mí.

—Es algo retorcido... ¡Me gusta!

Sonreí satisfecha.

—Ahora, sé buena e inventa alguna excusa que haga que tu madre decida que debemos marcharnos. Iré a pedir el carruaje.

—Muy bien —confirmó al tiempo que se marchaba directa hacia el interior del salón.

Salí por una de las puertas aledañas que dirigían de forma directa a la entrada de la mansión y allí encontré a un lacayo al que le comuniqué nuestra partida. El hombre, hacendoso, avisó al cochero y salió en busca de nuestros chales.

Una vez en el interior del vehículo analicé la situación. Hubiera dado toda mi fortuna por haber visto la expresión del marqués de Crawford al llegar a la sala seguido de un lacayo cargado con un bloque de hielo para encontrar el hueco vacío en la otomana. Estaba segura de que a partir de esa noche no podría dejar de pensar ni un segundo en mí, aun a riesgo del sentido en que lo hiciera.

Sonreí para mi fuero interno y me mordí el labio inferior.

Aquel reto me iba a resultar demasiado divertido después de todo.

Capítulo 4

LA TARDE DEL REENCUENTRO

Aquella tarde, Amelia y yo nos sentamos en la terraza interior de la mansión con sendas tazas de té. La suave brisa nos envolvía y el desquiciante estruendo de las calles londinenses quedaba lo suficientemente aislado como para ser apaciguados por el canto de los pájaros.

*Estrella brillante, si fuera constante como tú,
no en solitario esplendor colgada de lo alto de la noche
y mirando, con eternos párpados abiertos,
como de naturaleza paciente, un insomne Eremita,
las móviles aguas en su religiosa tarea
de pura ablución alrededor de tierra de humanas riberas,
o de contemplación de la recién suavemente caída máscara
de nieve de las montañas y páramos.
No, aun todavía constante, todavía inamovible,
recostada sobre el maduro corazón de mi bello amor,
para sentir para siempre su suave henchirse y caer,
despierto por siempre en una dulce inquietud
silencioso, silencioso para escuchar su tierno respirar,
y así vivir por siempre o, si no, desvanecerme en la muerte.*

Amelia, a quien se le daba mejor que a mí recitar ese tipo de literatura, repetía las gloriosas estrofas de John Keats con voz melodiosa.

Lánguidamente tumbada sobre la *chaise longue* y con los ojos cerrados, la escuchaba con atención.

En las largas tardes de invierno tía Petunia solía leer poesía en voz alta y yo me recostaba sobre la alfombra frente a la chimenea a escucharla. Los temas amorosos no eran su predilección. Ella tenía la firme certeza de que el amor estaba hecho para los débiles. Tal vez fuera la transmisión de ese concepto el motivo por el cual yo tampoco he sido nunca muy adepta a la literatura romántica en general, ni creía en la existencia de ese sentimiento tan puro. Solía afirmar con total convencimiento que el amor había sido inventado por los seres humanos para dar una explicación medianamente razonable a sus ilógicas acciones. Un sentimiento que apenas se hacía patente en los noviazgos camuflado por el deseo y que pronto quedaba relegado al ostracismo tras unos pocos meses, con suerte años, de matrimonio.

Según mis creencias, la utopía del amor desinteresado, puro y sincero no existía. Los poetas y escritores románticos tan solo lo usaban para plasmar algún tipo de belleza existente en la humanidad y en la realidad que nos rodea. Una belleza ideal que, dada la realidad social en la que convivíamos, no podría nunca alcanzar su máximo esplendor. La vanidad, el egoísmo y el poder predominarían siempre de una forma u otra en el carácter de los demás.

El modo en que la sociedad estaba construida y dirigida en beneficio masculino, no me permitía, como mujer, hacer nada por mí misma. Este aspecto me enfurecía sobremanera, pues no soy persona a la que le guste que se le ordene ni esté supeditada a los permisos para llevar a cabo una acción. Por ello, haciendo acopio de toda mi serenidad y en busca de la resignación, mi principal objetivo consistía en encontrar a un hombre lo más práctico y amable posible con el que pasar una vida cómoda, que no me pusiera demasiadas objeciones y que estuviera dispuesto a charlar en momentos conjuntos. No pretendía que me fuera fiel o no llegara a ausentarse por largas temporadas, pues era consciente de que los hombres tenían ciertas inclinaciones. Además, ese tipo de actuaciones podrían incluso serme beneficiosas para dedicarme sin intromisiones a mis propias actividades. Siempre he sido muy práctica en todos los ámbitos.

Volví mi atención a Amelia, que continuaba recitando los poemas de Keats. No pude impedir que mi mente se evadiera de nuevo y centrara su foco de atención sobre la tarea que yo misma me había encomendado.

Podía llegar a ser consciente del gran atractivo que el marqués ejercía, tanto por su desbordante y extrovertida personalidad como por su elegante y bien cuidado físico. Sin embargo, y a pesar de ello, no hacía faltar conocerlo en exceso para distinguir a la legua su soberbia y vanidad. ¿Cómo Amelia podía haber sido tan ingenua para dejarse embaucar por un hombre como Alexander Stone?

Desde el primer momento en que lo vi, sentí una completa desconfianza hacia su persona. Mi primera impresión no había sido errónea, el marqués era exasperante, engreído y descarado, rezumaba en cada movimiento la seguridad que tenía de sí mismo. El tipo de hombre conocedor de sus habilidades manipulativas, el tipo de hombre que no permite un fracaso y se divierte durante la persecución de sus deseos más que del objeto en sí, el tipo de hombre que...

—Niñas, ¿qué hacéis? —interrumpió tía Mary.

Amelia dejó de leer.

—Os he estado buscando por toda la casa. Lillian, no creo que tu postura sea la más adecuada para una señorita de tu clase —me reprendió.

Resoplé antes de obedecer sin poner objeciones. Otra alternativa hubiera sido inútil.

—Nos entreteníamos leyendo un poco de poesía, madre, ¿te gustaría acompañarnos? —la invitó Amelia sosteniendo el libro usando sus dedos como punto de lectura.

Tía Mary le arrebató el ejemplar cerrándolo sonoramente y leyó el título.

—No debería permitir que leáis estas cosas. Solo os llenará la cabeza de ideas absurdas sobre el amor.

—Eso mismo pensaba yo —repliqué irónica.

—Basta de poemas por hoy. Coged vuestras papalinas y salid a pasear un poco. Lleváis todo el día aquí apostadas y una joven dama debe caminar a diario para no enfermar. Además, os vendrá bien respirar aire puro —sentenció sin reparar en mi comentario.

—Pero, madre... —se dispuso Amelia a quejarse.

—Nada de peros —interrumpió tía Mary—. Hace una tarde preciosa para que la desperdiciéis leyendo este tipo de literatura. No sé en qué momento se le ocurrió a tu hermano traer estos libros a casa —adujo echándome una rápida mirada.

Me encogí de hombros. Sinceramente, yo tampoco lo entendía.

—No tiene nada de malo, madre. Es solo poesía —replicó su hija molesta porque despreciaran el único género que le satisfacía leer.

—Ya hablaremos de esto en otro momento. Ahora subid a vuestro cuarto y haced lo que digo.

Ninguna de las dos objetó nada más. No hubiera existido argumento alguno que hiciera cambiar a mi tía de opinión. Cuando tomaba una decisión, ni el más fiero de los ejércitos podría disuadirla.

En menos de veinte minutos, Amelia y yo bajábamos la escalinata de la casa con nuestros sombreritos y sombrillas a juego, seguidas de cerca por Hannah, al tiempo que tía Mary sacudía la mano desde el umbral. Si no la conociera, hubiera llegado a creer que quería deshacerse de nosotras.

Debía reconocer que el paseo por Hyde Park estaba resultando de los más agradable. Nuestras mentes se despejaron y nuestros pechos se embriagaron de un aire fresco y limpio impregnado con el aroma de las flores y árboles del jardín.

El hastío que me había envuelto en la tarde parecía haber desaparecido. Me embaucaba la fragancia de la hierba húmeda, el divertido sonido de los pajarillos sobre la copa de los árboles, el colorido baile de las flores en la primavera y el susurrar del Serpentine.

Realmente me gustaba aquel parque, un idílico espacio dentro del tumultuoso caos de la ciudad, lleno de paz y tranquilidad que me hacía recordar mis días en el campo. ¡Cómo lo añoraba!

Me sumergí en mis pensamientos siguiendo fielmente el paso de mi prima, quien caminaba elegantemente saludando a los conocidos con los que se cruzaba. De pronto, sentí cómo su codo se enterraba en mis costillas. Un ligero toque que me supuso un golpe mortal dado el grito agudo que solté captando la atención de los transeúntes.

Alzó la mirada al cielo, la pretensión de pasar desapercibidas no había alcanzado su objetivo gracias a mi encantadora respuesta.

Me giré hacia ella deteniéndome a mitad del camino.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué me golpeas así? —le regañé.

—Querida, si fuéramos espías, nos habrías delatado.

Parpadeé sin entender.

—¿De qué hablas?

Resopló.

—Quería advertirte, de forma discreta —recalcó haciendo énfasis en la palabra—, de la persona que se dirige hacia nosotras.

Estaba a punto de ladear la cabeza —¿cuarenta y cinco grados?, ¿noventa tal vez?— hacia el horizonte cuando la advertencia de Amelia me detuvo.

—Ni se te ocurra hacerlo ahora.

—¿De quién se trata?

—Imagina...

Puse los ojos en blanco al reconocer en su tono la identidad del individuo que se aproximaba.

—¿Nos ha visto?

—Es evidente. —Frunció los labios—. Y no, no te sorprendas. Tendría que ser sordo o ciego para no haberlo hecho después de tu dramático alarido. Si no encuentras esposo podrías convertirte en una vendedora ambulante, se te daría bien.

—¿Podrías dejar de ofenderme con tus comentarios mordaces y ayudarme a pensar?

—¿Y qué quieres que piense?

Posé una mano sobre su hombro.

—Tienes razón, mejor no pienses. Quédate calladita y permite que aproveche los últimos segundos para idear algo.

No pareció muy satisfecha con mi petición, mas aceptó. Al menos durante los dos primeros segundos.

—¿Te dará tiempo? —apremió.

—No me molestes con preguntas absurdas o quizás no pueda llegar a plantearme siquiera la idea.

Se tapó la boca con sus largos dedos enguantados.

—Perdona.

Fijé mi mirada en el suelo mientras mi cerebro comenzaba a dar vueltas a la situación.

Era evidente que Crawford nos había visto. No lo habría hecho si yo no hubiera gritado de aquella forma poco decorosa en mitad del parque llamando la atención de todo Hyde Park, pero, si bien el huesudo codo de mi prima se había clavado como un dardo en mi estómago, no era momento para lamentaciones. La situación era que el marqués se acercaba a nosotras de forma inminente y debía inventar al menos una excusa por mi

precipitada desaparición la noche anterior y mi aparente recuperación milagrosa.

—¿Lillian? —susurró mi prima.

—Ahora no, Amelia, estoy pensando —mascullé entre dientes sin apartar la mirada del camino empedrado.

¿Y si regresábamos por nuestro camino fingiendo no haberle visto? Descarté aquella idea rápidamente, hubiera sido demasiado obvio. ¿Fingir amnesia? Demasiado absurdo. ¿Salir corriendo? Demasiado llamativo.

—¿Lillian? —volvió a interrumpir.

—Amelia, ¿no ves qué estoy pensando cómo deshacerme del marqués?

—Date la vuelta —fue la última frase que oí de la boca de prima pronunciada en un susurro antes de que una voz masculina descubriera la presencia del hombre situado tras de mí.

—Buenas tardes, señoritas. Hace una tarde encantadora para pasear, ¿no les parece?

Rugué internamente para que no hubiera escuchando mi última oración.

Tomé aire, puse mi mejor sonrisa y me giré despacio, permitiendo que el ligero perfume a violetas que había usado esa tarde se diseminara a mi alrededor para enfrentarme a él.

—Buenas tardes, marqués de... —Me mordí el labio fingiendo sentirme incómoda ante la situación—. Disculpe, olvidé su apellido.

Enarcó una ceja, circunspecto, y de un modo sutil apreció cómo reprimió el impulso de sus labios a lanzar algún comentario mordaz o hiriente. En lugar de eso, se limitó a decir:

—Alexander Stone, marqués de Crawford.

—¡Cierto! Disculpe mi descuido. Anoche quedé tan conmovida después del accidente que sufrimos que cierta información parece haber desaparecido de mi mente.

Me devolvió la mirada, atónito. No parecía dar crédito a que una mujer pudiera olvidarse con tanta facilidad de alguien como él después de haber pasado, aunque fuera unos minutos, en su presencia.

Me sentí satisfecha por aquella actuación tan poco premeditada.

Amelia nos seguía de cerca sin dar crédito a la actuación que representaba. Haciéndola partícipe, la tomé de la mano y la adelanté unos pasos.

—Milord, permítame que le presente a mi prima, Amelia Haymore. Hija del difunto lord Haymore.

Amelia se sonrojó cuando extendió su delicada mano enguantada.

—Es un placer, milady —ronroneó él al tiempo que le daba un casto beso en los nudillos.

Entrecerré los ojos sopesando la situación.

Me sorprendió que no reconociera abiertamente que conocía a Amelia. Aquel gesto resultó llamativo convirtiéndose en el aliciente perfecto para determinar mi labor de acabar con el marqués de Crawford y su maldita autosuficiencia libertina.

Amelia apartó la mano con desdén.

—Es un placer conocerlo, marqués.

Él le devolvió una encantadora sonrisa antes de hablar:

—Desconocía por completo su parentesco —admitió confuso.

—Parece sorprendido —comenté con cierta hipocresía.

—Discúlpenme, no pretendía ser descortés. Nunca hubiera imaginado que entre ustedes podría haber algún tipo de familiaridad —admitió evaluándonos descaradamente.

Parecía haberse recompuesto rápidamente. Sería un duro contrincante.

—En realidad, somos primas segundas —dictaminó Amelia incluyéndose en la conversación.

—Eso lo explica todo —aseguró mostrando unos preciosos dientes blancos asomándose bajo sus sensuales labios.

—¿Qué explica exactamente? —quise saber.

—Bueno, ya sabe. La ausencia de parecido físico, por ejemplo. Son prácticamente la antítesis de la otra.

Ninguna de las dos tuvimos opción a réplica debido a que Crawford se adelantó un paso y con un semblante impertérrito habló:

—Lady Abernathy, anoche desapareció. Parecía haberse volatilizado.

Me erguí. Si pensaba que con su actitud podía intimidarme le haría evidente que no había nada más lejos de la realidad.

—¡Cuánto lamento no haberle informado de mi inminente marcha! Todo sucedió de forma completamente inesperada.

—Creí que cuando me fui en busca de hielo su tobillo estaba malherido.

Asentí segura.

—Eso pensé yo también. Sin embargo, cuando usted se alejó empecé a mover el pie y poco a poco el dolor fue desapareciendo. ¡Parecía cosa de magia! En aquel momento consideré que lo mejor era regresar a casa mientras pudiera caminar —expliqué, toda inocencia.

—Magia —repitió él sin dar crédito a mis palabras.

—Siento mucho haberme olvidado de usted. Mi objetivo era preservar mi tobillo.

No mostró ninguna reacción. Simplemente se limitó a escrutarme con sus indescifrables ojos dudando entre si estaba realmente convencida de mis palabras o, de lo contrario, trataba de burlarme de él.

Se sentía completamente desconcertado, al menos así interpreté su semblante recto.

—Me prometió que no se movería de allí hasta que regresara. Por su estado parecía improbable cualquier tipo de mejoría inminente —dictaminó.

Hice un mohín consternado.

—Siento haberle decepcionado. —Me humedecí los labios—. Aunque debería alegrarse por mí. Eso me permitirá asistir a la velada que se llevará a cabo en la mansión del marqués de Ackerman. ¿Estará usted presente?

—Por supuesto. No me lo perdería por nada del mundo.

Dejó resbalar lentamente las palabras por su lengua al conformar la última frase. Supe que había tomado la decisión allí mismo.

—Y tal vez... podría reservarme al menos un baile. Un vals sería perfecto —añadió.

Mi instinto más salvaje me apremiaba a propinarle un fuerte empujón y gritarle que ni en cien vidas permitiría que me tocara en un vals. Sin embargo, algo en su postura erguida y su fuerte anatomía me llevó a pensar que bailar un vals con aquel hombre debía ser una experiencia única.

—Será mejor que no precipitemos los acontecimientos, milord. Puede que mañana mi tobillo no me permita bailar —suspiré.

—Tengo la vaga sensación de que su tobillo se encuentra a merced de su voluntad.

—Todo lo que aprecio se encuentra a merced de mi voluntad, señor.

Mi mirada retó a la suya. No sabía hasta qué punto aquel duelo verbal se había convertido en una batalla campal, mas si de algo tenía la certeza es que no iba a permitir que él ganase.

—Será mejor que regresemos, Lillian. Mi madre se preocupará si nos retrasamos demasiado.

La dulce voz de Amelia rompió la tensión que nos envolvía devolviéndonos a la realidad.

—Tienes razón, querida —la apoyé volviendo a convertirme en la delicada señorita inglesa que debía representar.

—Me gustaría acompañarlas hasta la salida, pero me temo que no será posible. Llego tarde a un compromiso —admitió sacando su reloj del bolsillo de su chaqueta para confirmarlo.

—No se preocupe, milord. Es comprensible que un hombre de su categoría se encuentre ocupado la mayor parte del día.

Contuvo su lengua una vez más.

—Ha sido un placer encontrarme con ustedes.

—El placer ha sido nuestro —le escupí realizando una ligera venia que Amelia imitó antes de tomarnos del brazo y continuar con nuestro camino.

No habíamos conseguido alejarnos de él cuando lo escuché decir:

—Si me permite un consejo, no debería forzar su tobillo. Sería decepcionante que no pudiera cumplir con su promesa de bailar un vals conmigo.

Me volví ligeramente y levantando la voz le respondí:

—No hice tal promesa, aun así, trataré de no frustrar sus planes, milord.

Él sonrió cínicamente. Y yo, satisfecha, inicié de nuevo la caminata.

Dos minutos fueron suficientes para que Amelia rompiera a maldecir al marqués.

—¡Ese miserable! ¿Cómo ha podido ser tan cínico? —exclamó apretando los dientes.

—No pretendo defenderlo, por supuesto, pero creo que entiendo su forma de actuar. Es solo una estrategia libertina. Fingir que nada ha pasado.

—¿Y siempre le funciona? ¿Cómo puede estar seguro de que nadie lo descubrirá públicamente?

—Seamos sinceras, una joven damita como tú jamás reconocerá haber sido seducida por un canalla. Publicar algo así sería deshonroso para ella y le cerraría todas las puertas en la sociedad. Además, si sigue usando la misma táctica es porque le ha ido bien. Un hombre como él conoce los tipos de comportamientos femeninos que existen y todos se vuelven predecibles para él.

—¿Crees que el tuyo también?

—Me gustaría pensar que no ha tropezado con muchas Lillian a lo largo de su vida.

—¿Piensas que actuando así tu plan funcionará? Es posible que se dé cuenta de tus intenciones.

Me detuve en la puerta de Hyde Park y me giré hacia ella con un dedo en alto.

—Ah. Ese, precisamente, querida, es tu error y muy probablemente el suyo. Yo nunca he sido predecible en ningún modo. Te aseguro que no tendrá la menor idea de cómo debe tratarme.

—¿No se cansará de tu volatilidad?

Di un ligero saltito y continué mi caminata por delante de Amelia al tiempo que le recordaba:

—Nadie puede resistirse a mí cuando me lo propongo. Recuerda mi gran cualidad de persistencia. Siempre consigo todo lo que quiero —me vanaglorié saliendo despavorida para cruzar hacia el otro lado de la calle.

—Esa afirmación es completamente irrefutable —la escuché por detrás al tiempo que corría para alcanzarme.

—¡Señoritas, esperen! —gritó la criada detrás de nosotras.

La vimos mover los labios mientras nos seguía, mas no llegamos a escuchar ni una sola de sus represalias, pues nuestras risas llenaron nuestros oídos quedando perdidas en la bulliciosa calle londinense.

Capítulo 5

EL PRIMER PASO RUMBO A LA REDENCIÓN

No muy lejos de la ciudad, a unas cincuenta millas del centro, se ubicaba Heatherfield[1] Manor. Un edificio que se asemejaba más a un palacio que a una mansión.

La propiedad formaba parte de la extensa y abundante herencia de dos de los solteros más cotizados de toda Londres; los hermanastros Fernsby y Somerset. El pasado de su familia, especialmente el de su madre, había sido un completo escándalo, pero si de algo se distinguen los nobles es de la gran capacidad que tienen de olvidar ciertos comportamientos de dudosa reputación cuando hay una buena suma de dinero y títulos de por medio.

Tras atravesar una extensa y frondosa arboleda cuyas copas se tocaban entre sí formando unos definidos arcos y amplios campos de brezo que comenzaban a florecer, el carruaje se detuvo frente a la fachada del hogar cuyo pórtico descansaba en dos firmes columnas lisas.

Un joven lacayo eliminó la barrera que nos separaba del mundo exterior y nos ofreció su ayuda para descender del carruaje.

El pórtico, presidido por un imponente arco lleno de volutas y grabados botánicos, era circundado por una gruesa balaustrada construida con un fino mármol y los delicados escalones de piedra que lo separaban de la gran explanada de verde césped y frondosos setos bien recortados refulgían con el brillo del sol.

Me quedé impresionada ante tal belleza y esplendor.

—No consigo decidir si vivir aquí es una bendición o una maldición — me susurró en silencio Amelia, tan extasiada por tal belleza como yo.

—¿Estás segura de que sus títulos son de marqués y conde? —pregunté circumspecta.

Asintió sin decir palabra, seguíamos impactadas por la cantidad de flores y enredaderas que cubrían la entrada.

—Sí. Al parecer, lady Meyer se casó con el marqués de Ackerman obligada por la familia, y poco después de enviudar se lanzó a los brazos del conde del que, al parecer, había estado enamorada desde pequeña.

—¡Vaya! Al final triunfó el amor —declaré sobrecogida por la premisa de una historia que prometía grandes dosis de romanticismo.

—¡Jovencitas! ¿Qué hacéis ahí paradas? —instó tía Mary bajo el umbral de entrada—. No debemos ser descortesas. Apresuraos.

Subimos la pequeña escalinata con rapidez y nos colocamos tras la figura de tía Mary, que nos examinaba con reprobación.

La luz del atardecer inundó la entrada de la mansión cuando sus puertas se abrieron, impregnando la estancia de un delicado tono anaranjado.

El lacayo que salió a recibirnos nos informó de que lord Ackerman llegaría a nuestro encuentro en unos minutos.

Durante el tiempo de espera reparé en la sencillez y elegancia de la decoración que imperaba en el hogar. No existía ni una fruslería. Cada objeto, colocado de forma minuciosa, ocupaba un lugar concreto y determinado para su uso.

Una deliciosa música de cuerda llegó hasta nuestros oídos. Su intensidad se intensificó por un momento antes de volver a quedar ensordecido tras una puerta.

El conde de Marsdensen y el marqués de Ackerman aparecieron elegantemente vestidos por una de las puertas adyacentes. El primero lucía una radiante sonrisa sobre sus labios, el segundo mantenía un semblante más sobrio.

Llegaron hasta nosotras y nos saludaron con galantería y cordialidad.

—Es un placer recibirlas en nuestro humilde hogar —habló Marsdensen adelantándose a su hermano.

Reprimí una profunda carcajada al escuchar su forma de denominar el hogar como humilde.

—Les agradecemos profundamente su invitación —dijo tía Mary haciendo gala de su exquisita distinción.

—No hay nada que agradecer. Nos agrada contar con rostros conocidos en nuestro hogar, ¿verdad, Edward?

—Sí, por supuesto —habló el marqués, algo reticente—. ¿Lord Middleton no las acompaña?

—Por desgracia, mi querido sobrino salió hace unos días de viaje, pero estoy segura de que le hubiera encantado venir y encontrarse con buenos amigos como ustedes.

—Confío en ello —respondió el marqués enmudeciendo definitivamente.

—Bien, ¿por qué no nos acompañan al salón? Son las primeras invitadas en llegar. Los músicos se encuentran en su interior practicando, quizás puedan incorporar alguna pieza que ustedes deseen a su repertorio —expuso lord Somerset.

—Oh, no queríamos importunarlos al llegar antes de tiempo. Salimos antes por si esas oscuras nubes decidían descargar y enlodar el camino.

— De ninguna manera nos incomodan. Por favor, acompáñennos —aseguró el conde que parecía llevar la voz cantante a pesar de ser el hermano menor.

Desde mi posición admiré la imponente figura del marqués. Tenía un abundante cabello rubio oscuro que se mantenía firmemente fijado, unos ojos intensamente azules enmarcados en espesas cejas que se mostraban fríos, una mandíbula marcada y bien rasurada y un cuerpo robusto y atlético. En contraposición, el conde tenía un porte más desenfadado, menos regio. Su cabello era de un castaño claro con tintes pelirrojos, sus ojos de un intenso color miel, una mandíbula ovalada cubierta por una ligera capa oscura de barba y una complexión delgada y fuerte.

No podía decirse que se parecieran en ningún aspecto, sin embargo, quizás fuesen todas esas diferencias las que conseguían que se complementaran tan bien.

Los seguimos hacia el interior del salón e iniciamos una pequeña charla que pronto se vio interrumpida por la llegada de varios invitados que se unieron a la reunión.

Cuando el grupo se incrementó considerablemente y tía Mary reconoció la figura de sus rechonchas amigas, nos despidió con un susurro recordándonos nuestro compromiso y advirtiéndonos de las consecuencias de nuestros actos.

Tomamos un par de copas de limonada de la bandeja de uno de los habilidosos lacayos que ofrecía por la sala bebidas de todo tipo y nos alejamos del bullicio.

—Esta fiesta no está siendo muy entretenida —admitió Amelia al tiempo que examinaba el salón—. No es que sea muy popular, pero no veo a ninguna de mis conocidas por aquí.

—Al menos tú tienes amigas. Yo solo te tengo a ti —reconocí con un suspiro.

—¿Qué quieres decir con eso? —Alzó una de sus rubias cejas.

—Solo que si no sigo tus faldas a cada paso me quedo sola y desvalida en medio de todas estas hienas —bromeé.

—Tú nunca podrías estar desvalida. Tienes el arrojo necesario para salir airoso de cada situación.

—Estoy de acuerdo contigo en eso —admití antes de dar un sorbo a mi bebida—. Espero que aparezca pronto el marqués para tener la oportunidad de divertirme un rato.

—No entiendo por qué todavía nadie nos ha sacado a bailar —repuso molesta.

—Eso se debe a que no llamas la atención. No solo porque estamos aisladas del resto, sino porque tu vestido es demasiado recatado.

Amelia se miró detenidamente.

—¿Qué tiene de malo mi vestido?

—Es demasiado... inocente.

—Soy una dama —arguyó molesta.

—Creo que deberías bajarte un poco el corpiño —le sugerí.

Las mejillas de Amelia se sonrojaron haciendo que luciera más encantadora al combinar con su vestido rosa de raso.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué tiene de malo mi escote?

Una vez más, bajó la cabeza examinando el cuerpo de su vestido detenidamente. Su cabello recogido en un intrincado de bucles que le rodeaba la cabeza se movió dejando caer una serie de mechones sobre su frente. Al levantarse encontré un delicioso rostro del que destacaban sus grandes ojos de un tono gris azulado incapaz de identificar.

Amelia me miró con escepticismo.

—Esta noche estás preciosa, querida. Solo digo que los hombres no te verían como a una niña si dejaras entrever tan solo un poco el cuerpo de

mujer que se esconde detrás de esos infantiles colores pastel.

Juntó las cejas, poco convencida de mi afirmación. La idea que le proponía no le gustaba en absoluto, sin embargo, yo me mostraba de lo más resuelta a conseguir que aceptara mi sugerencia.

—Me gusta verme así, gracias.

—Vamos a probar. Bajaré unos pocos centímetros —le aseguré mientras dejaba a un lado mi copa de limonada y tironeaba de su corpiño.

Ella hizo lo mismo y se defendió sujetando mis manos.

—Lillian, detente —me pidió apretando los dientes.

Libramos una ardua lucha por conseguir dejar el corpiño en el punto deseado. Cuanto más tiraba yo hacia abajo, más lo hacia ella hacia arriba. Concentradas en nuestra contienda, el mundo exterior se disolvió por completo y no fuimos conscientes de que nuestra llamativa actuación se volvía más intensa hasta que alguien nos advirtió y con sus palabras nos devolvió la razón hacia el poco decoro que nos quedaba.

—Buenas noches, señoritas. ¿Puedo ayudarlas?

Ambas nos volvimos de forma inmediata hacia la voz condescendiente, descubriendo ante nosotras la figura de lord Marsdensen.

Solté precipitadamente el corpiño de Amelia y ella aprovechó para dejarlo en el lugar exacto en donde se encontraba al principio.

—Lord Marsdensen, ¡qué agradable volver a verle! —exclamé, toda simpatía.

—Desde la distancia me pareció distinguir que tienen algún tipo de problema con el vestido. Si es así, tal vez alguna de nuestras doncellas pueda ayudarlas.

—Es usted muy amable —intervino Amelia—. No hay ningún problema, solo discutíamos algunas diferencias. Mi prima puede resultar a veces demasiado insistente —espetó asesinándome con la mirada.

—Y ella puede llegar a ser demasiado testaruda. Nunca se deja aconsejar —le devolví.

Lord Raphael Somerset sonrió divertido ante nuestra infantil diatriba.

—Al parecer, lo que consideré un problema es más bien una disputa familiar —dictaminó sin perder el buen humor.

—Disculpemos por nuestro escandaloso comportamiento, lord Somerset, no pretendíamos... —inició Amelia avergonzada.

—Por favor, no vaya a decirle nada a mi tía, se lo suplico —le rogué interrumpiendo a Amelia.

Nada temía más que romper el trato y ser privada de mi libertad.

—Por favor, no tienen que disculparse. Sé perfectamente lo que es tener ideas contrapuestas con alguien cercano. Me pasa demasiado a menudo —admitió pensativo.

Su comentario despreocupado y cercano nos tranquilizó.

—Si les parece apropiado, ejerceré de juez de paz en esta ocasión. ¿Serían tan amables de reservarme los siguientes bailes?

—Por supuesto, milord.

—Será un placer —respondió Amelia, recompuesta.

—Buscaré a mi hermano para que nos acompañe, así ninguna de las damas quedará sola.

—Es usted muy considerado —repliqué.

El conde empezó a hablar cuando nos vimos interrumpidos por el único miembro de la sociedad con el que menos me apetecía entablar conversación.

—¿Lady Abernathy?

Suspiré.

—¡Lord Stinton! —exclamé—. ¡Qué agradable sorpresa!

Cuando observé su rostro satisfecho, supe que había puesto más énfasis del necesario en aquella frase.

—Pensé que no había llegado, llevo buscándola toda la noche.

—¿A qué debo el honor? —hablé intentando mantenerme impasible.

—Yo... me gustaría invitarla a mi casa de campo. —Arqueeé las cejas, sorprendida—. A usted y a su familia, naturalmente.

Antes de verme obligada a dar una respuesta, decidí introducir en la conversación a mis acompañantes.

—¿Conoce a mi prima, lady Amelia Haymore?

Stinton se volvió confuso ante la figura del conde y de Amelia, que nos examinaban expectantes.

—Disculpen mi falta de educación. No había reparado en su presencia.

Ninguno de los dos realizó objeción alguna.

Intercambiaron varias cortesías antes de que Amelia se decidiera a abandonarme a modo de venganza.

—Lord Marsdensen, si no ha reservado la siguiente pieza podríamos bailar juntos, ¿no le parece?

—Por supuesto. Será un placer —replicó desconcertado sin saber si debía actuar ante aquel asalto.

—No se preocupe por mí —lo tranquilicé—. El señor Stinton me acompañará hasta su regreso, de ese modo, no tiene por qué interrumpir a su hermano. —Sonreí.

El rostro del marqués se relajó.

—Si así lo desea. Volveré a por usted en un rato —admitió sin perder de vista la figura de Stinton, que seguía posando su admirado semblante en mí.

—Aquí lo espero —repuse suplicante.

Amelia tomó su brazo y, disculpándose, se dirigieron juntos al centro del salón.

La fulminé con la mirada haciendo una anotación mental sobre su traición.

—Bueno... ¿Qué responde a mi invitación?

Volví mi atención hacia Stinton, que esperaba impaciente mi respuesta.

—Me siento completamente halagada por su atención, señor Stinton, ¿puedo preguntar a qué se debe?

El hombre realizó un mohín, confundido.

—Pensé que le gustaría ver de cerca los pichones. La última vez que hablamos dijo que le parecían interesantes.

Reprimí mis ansias de darme una sonora palmada en la frente por idiota. ¿Por qué se me habría ocurrido la genial idea de determinar algo como «interesante»? ¿Qué iba a hacer para desestimar la oferta?

—Creo que debería preguntar antes a mi tía —repuse apartando la mirada de sus ojos color café.

Oteé el resto de la sala rezando para que la pieza musical que acababa de empezar no se alargase demasiado. La compañía de Stinton no me resultaba tediosa, era afable, sincero y no parecía ocultar segundas intenciones, sin embargo, sus exacerbadas atenciones y halagadores cumplidos conseguían hacerme sentir incómoda. No solía estar acostumbrada a inocentes comentarios y, desde luego, como respuesta no podía emplear mis sarcásticos comentarios ante tan despliegue de amabilidad.

Desde la distancia descubrí cómo nuestro encuentro había estado en el punto de mira del marqués de Crawford, quien, con una ancha sonrisa de

suficiencia y una resuelta determinación, se acercó a nosotros tras ser descubierto.

—Por supuesto. Es lo más sensato. Pronto le llegará una invitación, pero quería adelantarme y ser yo mismo el que le diera la noticia. Pensé que le agradaría.

No quise herir sus sentimientos y alargando mi mano para reposarla sobre su brazo le respondí:

—Ha sido muy amable por su parte.

Esperé unos segundos antes de responder con el fin de darle la oportunidad al marqués de alcanzarnos. Quizás aportase un poco de diversión a este encuentro.

—Estaríamos encantados de tenerles como invitados.

—Será una fiesta maravillosa, estoy segura. Lady Stinton es reconocida por sus inolvidables veladas.

—Disculpe, lady Abernathy, creo que no me he expresado bien. No me refería a una fiesta, sino más bien a una velada entre amigos.

—Le entiendo, algo íntimo.

—Buenas noches.

—¡Lord Crawford! No esperaba encontrarlo esta noche.

Enarcó una ceja, confuso. Quizás estuviera dudando de mi cordura.

—¿Asistirá a la fiesta que el señor Stinton va a ofrecer en su casa de campo?

El marqués se paró frente a nuestras figuras y saludó educadamente a Stinton. Acto seguido, tomó de forma inesperada mi mano y besó mis nudillos enguantados.

Solté un ligero suspiro. Era evidente que deseaba dejar plasmada su autosuficiencia creando esa tensión expectante en que toda la atención reparaba en él durante al menos unos segundos que se hacían interminables a la espera de una respuesta.

—¿Qué le parece? Una fiesta en plena primavera en una finca en medio del bosque. Suena mágico —le animé a responder apartando mi mano molesta por su atrevimiento.

Crawford alzó su oscura mirada, en la cual no llegaba a discernir dónde empezaba el iris y dónde finalizaba su pupila, y sonrió.

—Si soy invitado, por supuesto que tendré el placer de asistir.

Volví mi atención hacia Stinton que se hallaba completamente desconcertado, inmerso en una conversación que él mismo había iniciado y que, sin pretenderlo, había adoptado un cariz completamente distinto al pretendido. No había sido mi intención utilizarlo de esa manera, pero sin desearlo se había sentenciado al interponerse en mi camino. Si todo salía bien, aquella reunión podría ayudarme a conocer más al marqués y tener más oportunidades para llevar a cabo mi apuesta.

—Por supuesto. Queda usted invitado, lord Crawford —improvisó.

—Muy amable de su parte —cabeceó el marqués—. Esperaré la invitación para poner en orden mi agenda.

Sonreí satisfecha y me decidí a tentar mi suerte.

—¿Y cuántos días estaremos lejos de la ciudad?

El rostro de Stinton se tornó lívido.

—¿Días? —quiso saber.

—¡Oh, disculpe! Creí que al tratarse de una fiesta en el campo la estancia sería de al menos un par de días. He sido una boba. Me fascina tanto la idea de pasar un tiempo al aire libre que he dejado volar mi imaginación demasiado alto.

El joven caballero se rascó la nuca y titubeó antes de declarar:

—No, claro que no, lady Abernathy. A mi madre le encantará contar con visitas y poner de manifiesto sus amplias habilidades como anfitriona.

Junté las manos y exclamé:

—¡No sabe la emoción que me causa su noticia! Desde que llegué a Londres, solo he oído maravillas sobre las veladas que organiza su madre. He deseado tanto asistir a una...

No mentía, era cierto que las reuniones de lady Stinton eran ampliamente comentadas como las más esperadas de la temporada, pues la dama siempre sorprendía a sus invitados de forma muy original. Los asistentes a ese tipo de veladas solían ser pocos y muy selectos, por lo que formar parte de una de ellos era un privilegio y motivo de envidias.

—¿Puedo preguntar por el resto de invitados? —indagué con un susurro.

—Me temo que no debo revelar nada por el momento. Mi madre enviará las invitaciones en el momento oportuno.

—Por supuesto, será mejor que deje ese tipo de cosas a las mujeres. Ellas saben cómo dirigir un evento para que salga perfecto —comentó el marqués sin apartar su mirada de la mía.

—Quizás es lo único útil que les dejan hacer y ahí demuestran todas sus habilidades —mascullé.

—¿Cómo ha dicho, lady Abernathy? —preguntó Crawford alzando una ceja.

—Nada, tiene usted toda la razón.

—Sí, parecen haber nacido para ello —dictaminó Stinton, lo que provocó que lanzara al aire un exasperante suspiro.

—Tengo la sensación de que lady Stinton reclama su atención —comentó Crawford, petulante.

Tanto Stinton como yo nos giramos en busca de la mujer que parecía emocionada con la incesante conversación que mantenía con una serie de damas.

—Diría que han sido imaginaciones tuyas, milord. Parece que lady Stinton ni siquiera ha reparado en nuestra presencia —comenté y girándome hacia el aludido le inquirí—: ¿Por qué no continua en nuestra compañía y nos comenta algunas de las actividades de ese encuentro campestre?

Crawford frunció el ceño ante mi manifiesto intento de evitar quedarme a solas con él.

Stinton, por su parte, nervioso, se estiró las mangas de su chaqueta con cautela. Hasta el momento no me había percatado de que realmente lo estaba comprometiendo demasiado. Me sentí culpable.

—Realmente, yo también creo que mi madre me llama. Hace un momento ha realizado un ligero movimiento con la mano en esta dirección —habló después de un gran silencio.

—Eso me pareció —adujo el marqués.

Nuestro acompañante asintió devolviéndole una mirada de agradecimiento.

—Si me disculpan.

Y antes de que pudiera pestañear por segunda vez, el joven había desaparecido.

Cuando se hubo alejado lo suficiente, con su espalda bajo mi atenta mirada, escuché en un susurro las palabras acusatorias de Crawford.

—Quizás debería medirse con alguien que esté más a su altura. Casi acaba con la integridad de ese joven.

Lo miré directamente, llena de asombro ante su petulancia.

—No se estará refiriendo a usted mismo, ¿verdad?

—Estoy seguro de que ya ha descubierto que soy muy capaz de llegar a captar su ingenio para causar desconcierto.

—Creo que no entiendo muy bien a qué se refiere —expuse jugueteando con mi pelo, toda inocencia.

Él soltó una carcajada.

—Ya veo que el método directo no funciona. Muy bien. Probemos otra mano.

—¿Por qué me habla ahora de cartas? Francamente, milord, creo que no lo comprendo. Al parecer, no tengo la capacidad suficiente para ello, de modo que mejor lo dejo para que busque a alguien que llegue a su nivel. Si me disculpa.

Dio un paso adelante interrumpiendo mi camino.

—Por favor, lady Abernathy, no hemos buscado quedarnos a solas para marcharse ahora, ¿no?

Su comentario me hizo sentirme ofendida.

Enarqué una ceja y torcí el gesto.

—¿Sinceramente considera que deseaba quedarme a solas con usted? Si no mal recuerda, yo he incitado al señor Stinton a quedarse.

—Para torturarlo —concluyó.

—Le corrijo. Para evitar este momento.

—¡Vamos, no finja conmigo! Sé que deseaba que nos quedáramos a solas.

—Si tan convencido está de ello, dígame, ¿por qué cree que deseo esto?

—¿Porque es lo que desean todas las mujeres?

Solté un sonoro bufido tras llevar mi mirada al cielo.

—Sé que puede hacerlo mejor, lord Crawford. Es una respuesta de lo más prepotente por su parte, especialmente dedicada a una desconocida.

—Bueno, yo no la considero una desconocida...

Su gesto se mantuvo inescrutable, parecía analizarme con detenimiento por lo que no tuve más opción que continuar:

—Siento decepcionarle. Me temo que me ha incluido en un grupo social al que usted califica como «todas las mujeres» y que para su sorpresa se encuentra muy lejos de la realidad. Le contaré un secreto. No deseo pasar más tiempo del estrictamente imprescindible en su compañía, y mucho menos a solas.

Sus ojos se abrieron mostrando un atisbo de curiosidad.

—¿Debo creerla?

—Debe —le aseguré volviendo mi atención a la pista de baile en donde mi prima danzaba en brazos de lord Somerset. Me sentí satisfecha.

—¿Me permite que le demuestre que puede cambiar de opinión? Le aseguro que puedo ser el perfecto caballero que se espera de mí si me concede el siguiente baile. —Su petición me sorprendió sobremanera.

Su cuerpo se inclinaba ligeramente, su mano se extendía hacia mí y su sonrisa coqueta y persuasiva me invitaban y, prácticamente obligaban, a no declinar. Él era consciente de que tenía el control en ese momento. Lo que no sabía es que yo podía ser completamente impredecible.

—No, gracias —rehusé apartando su mano cambiando mi cuerpo ligeramente de posición y volviéndome hacia la pista de baile.

—¿No, gracias? —escuché por encima de mi hombro en un leve susurro tras haber dado dos pasos—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Oh, ya sabe. Que no quiero bailar con usted, aunque agradezco su invitación.

—No lo entiendo —murmuró, más para sí mismo.

—Eso se debe a que usted cree que deseo lo mismo que «todas las mujeres» que revolotean a su alrededor, y se equivoca —hablé mirándole directamente a los ojos—. No anhele que usted me preste atención, ni ansío con fervor bailar con usted, ni siquiera muero porque me dirija la palabra o una simple mirada cuando entra en la sala. Le agradezco mucho lo que hizo por mí el otro día, pero eso no significa que usted y yo seamos amigos o lleguemos a serlo.

Sus facciones se mantuvieron impertérritas. Escuchaba cada una de mis palabras sin mostrar reacción alguna hasta el momento en que cerré los labios dando por finalizada mi interacción. Estaba segura de que había conseguido provocarlo.

Dio un paso hacia delante acercándose a mí y la comisura de sus labios se curvó ligeramente.

—Diría que su mirada me dice otra cosa —inquirió fascinado.

—Oh, por favor. No emplee conmigo esos jueguecitos, se lo ruego. Suenan de lo más absurdo y petulante.

Dio otro paso.

—Concédame un baile y le prometo que no se arrepentirá.

Me quedé impasible durante unos segundos, creando la misma expectación que le había visto llevar a cabo a él tiempo atrás.

—Le agradezco la oferta, sin embargo, me temo que mi tarjeta de baile está completa.

Sorprendida, observé cómo alargaba con descaro su mano y tomaba entre sus dedos enguantados la cartilla que colgaba de mi muñeca.

—No quisiera ofenderla, lady Abernathy, pero, si mi vista no me falla, y créame cuando le aseguro que hasta el momento todas mis facultades son perfectas, su tarjeta de baile se haya prácticamente vacía.

—Eso tiene una explicación —apunté arrebatándole la cartulina de las manos—. Soy un poco olvidadiza —decreté sin mayor argumento.

Enarcó una ceja mientras estudiaba mi rostro.

—¿Y cómo está tan segura entonces de que tiene toda la noche comprometida? Ahora mismo no está en brazos de ningún caballero danzando. —Se acercó perspicaz.

—Quede tranquilo. No podría olvidarme de ningún hombre al que le hago una promesa.

Su actitud era de lo más arrogante y yo cada vez me sentía más irritada por ello. Abrió la boca para hablar. Le interrumpí, considerando que aquel podría ser el momento oportuno para desconcertarlo.

—Sin embargo, ahora que lo recuerdo bien, es posible que pudiera reservarle un baile al final de la velada.

Sonrió satisfecho.

—Sabía que no podría resistirse.

—No lo celebre antes de tiempo, milord. He dicho que hay una posibilidad, no que fuera a hacerlo —mencioné rompiendo la sensación de grandeza que lo consumía.

—¿Y qué podría ofrecerle a cambio, además de mi agradable compañía?

Solté un suspiro audiblemente exasperante.

—Perdone que me sincere. Le aseguro que la persona que le hizo esa observación anteriormente pretendía ser de lo más condescendiente con usted.

Su expresión se mantuvo imperturbable, a pesar de que su mirada parecía atravesarme mientras hablaba. No me amilané. Estaba acostumbrada a enfrentarme de vez en cuando al amargo carácter que podía sacar a relucir mi hermano en sus momentos de mayor frustración.

—He de admitir —habló al fin—, que nunca antes me he encontrado con un hombre o una mujer que se haya quejado de mi compañía.

—Quizás traten de ser amables, ya sabe, por eso de que es marqués. A veces los títulos pueden intimidar más que las personas, ¿lo puede creer? —pregunté realmente fingiendo sentirme asombrada.

—Me puedo hacer una idea, aunque adivino que usted no comparte la misma opinión, ¿verdad?

—Yo respeto a las personas, milord, no los rangos de la nobleza. El poseer un gran apellido o un distinguido título no otorga dignificación a la persona. Conozco de muchos campesinos que son mejores que el más ilustre de los aristócratas.

—No tengo duda sobre ello —admitió—. ¿Puedo interpretar que usted es más proclive a tratar con miembros de clase inferior?

—No me declino por una posición u otra. Sería muy hipócrita por mi parte defender los derechos de los pobres mientras mi vida transcurre entre los grandes salones rodeada de lujos. Solo digo que la sociedad se dedica a ennoblecer apellidos y propiedades sin reparar en si la persona que lo ostenta merece el respeto que acarrea su título o no, mientras que, a los pobres, por el simple hecho de serlo, se los relega al último de los puestos.

—Me resulta de lo más interesante esta conversación a pesar de que se haya desviado tanto de mi proposición. No es un tema por el que cualquier señorita se atreva a dar su opinión tan abierta, si es que la tiene —agregó.

—¿No cree que una dama pueda pensar por sí misma?

—No he querido decir eso —se disculpó.

Humedecí mis labios para cargar el ambiente de cierto dramatismo.

—¿Qué pensaría si le dijera que ambas temáticas no distan tanto como usted cree?

Crawford se cruzó de brazos expectante.

—Estoy deseando escuchar su exposición.

Su arrogancia me exasperaba.

—Solo se ha de trasladar la situación social al salón de baile.

—En ese caso, por favor, ilústreme.

Me coloqué a su lado desbloqueándole así el obstáculo directo que le ocultaba a las denominadas «chicas florero».

—¿Las ve? —le susurré—. Todas ellas son rechazadas por pequeñas imperfecciones impuestas por los demás. Unas no cumplen los cánones de

belleza, otras no tienen la dote suficiente y otras son demasiado tímidas para darse a conocer. —Su perfecto y recto perfil se mostraba impasible descubriendo y mirando de verdad por primera vez a todas esas jóvenes—. ¿Sinceramente cree que solo son lo que aparentan? ¿No cree que al igual que los más desfavorecidos ellas están condicionadas por unas estúpidas pautas impuestas por hombres? No todas las mujeres pueden tener el mismo carácter, el mismo cabello o la misma talla y, por consiguiente, se ven relegadas, avergonzadas e incluso muchas de ellas se culparán por no satisfacer físicamente a un hombre. ¿No le parece eso realmente cruel? ¿Qué hay de lo que piensan o de lo que sienten? Quizás alguna no tenga una figura delicada, pero es posible que sea más inteligente que todas las bellezas del salón.

El marqués seguía con atención los movimientos de cada una de las chicas que ocupaban una silla del aquel infame rincón. Algunas hablaban entre ellas, otras se mantenían cabizbajas y un tercer grupo seguía de cerca anhelante los movimientos de las parejas que danzaban en medio de la sala. Tras unos segundos de silencio tomó la palabra:

—Realmente, nunca me había detenido a pensar en ello. Ni siquiera me había fijado en ellas de forma consciente, es como si estuvieran ahí por primera vez.

—Claro, es lo que le digo. No cumplen con unos cánones y se vuelven invisibles. Y la culpa es de todos.

—¿Y qué pretende que haga yo? Es una situación que se escapa de mi control.

Su respuesta me irritó.

—¡Oh, claro! Olvidaba que es usted de pensamiento común. Es su condición, ¿verdad? Dan lástima, pero no pueden ser salvadas. Calmemos a nuestras intranquilas conciencias convenciéndonos entre todos de las mismas ideas —argumenté malhumorada e irónica—. Ciertamente, milord, no solo me parece una actitud muy cómoda, sino que además creo, fervientemente, que si alguien puede cambiar este tipo de situaciones precisamente son los hombres. Su condición tiene el poder en todos los ámbitos. Es una lástima que no sepan sacarle mayor rentabilidad.

—Tengo la firme convicción de que, si se lo permitieran, usted conquistaría el mundo, milady.

—Sería la mejor gobernante que haya existido —admití orgullosa.

—Ni se me ocurriría ponerlo en duda.

—A pesar de ello, no le estoy animando a que salve al mundo, milord. En este momento tiene el poder en sus manos con solo un baile.

—¿Qué quiere decir? —quiso saber.

Mis manos se entrelazaron sobre mi regazo y me balanceé de un lado a otro.

—Se me ocurre que podría usar sus... cualidades para tal enmienda.

—Si la he entendido bien, ¿desea que saque a bailar a cada una de esas chicas para conseguir un mínimo de justicia, y a cambio usted me regalará un vals?

Bateé las pestañas y asentí.

—Creo que no me siento muy filántropo esta noche. Le agradezco el esfuerzo, no obstante.

—¿Y si se convierten en un vals y una contradanza? —me arriesgué fingiéndome indiferente mientras jugueteaba con mis guantes.

—No sé si mi esfuerzo merece la pena.

Se irguió en un gesto magnánimo, consciente de que era mi momento de suplicarle.

—Mi compañía lo vale, soy muy buena bailarina. Además, le recuerdo que es usted el que insiste en bailar conmigo y no al revés —le recordé destruyendo sus esperanzadoras fantasías.

Ladeó la cabeza observando de nuevo a las ocho jóvenes que se sentaban rígidas en el rincón manteniendo la misma posición anterior. Parecían encontrarse en un mundo paralelo al que se estaba desarrollando en el salón.

Suspiró rendido.

—Muy bien. Firmemos el pacto —admitió apesadumbrado—. Espero que esos bailes que me ha prometido merezcan la pena.

—Lo valdrán, créame —aclaré pícara.

En mi interior bullía una inmensa ola de complacencia. No solo alegraría la noche de unas pobres chicas, sino que el inicio de mi plan se había puesto en marcha.

La melodía cesó quedando patente el murmullo de las numerosas conversaciones que se acontecían en el salón.

Desde la distancia logré advertir a Amelia y Marsdensen, que regresaban a nuestro punto de encuentro muy animados. Esperé unos instantes antes de

reclamarle al conde mi baile, quizás eso alentara al marqués a seguirnos de inmediato con otra dama.

—Lady Abernathy. —La voz ronca de mi acompañante me detuvo.

—¿Milord?

—¿A dónde se dirige?

—A bailar, naturalmente. Recuerdo muy bien que prometí este baile al conde.

Él se mantuvo impasible observando cómo Marsdensen dejaba a mi prima en un lado del salón en compañía de otras damas y se acercaba a mi posición tras despedirse con amabilidad.

—Bailará conmigo, ¿verdad? —me susurró.

—Intentaré reservar los dos últimos para usted —le aseguré.

Marsdensen llegó a mí y compartió unas palabras corteses con Crawford antes de sujetarme del brazo y arrastrarme hasta la pista de baile.

Conseguí dos bailes en brazos del conde de Marsdensen y durante el transcurso de ese precioso tiempo no presté atención al marqués ni una sola vez.

Sé de fuente fidedigna, de nombre Amelia Haymore, que Crawford sacó a bailar de forma incesante a cada una de las chicas «florero».

No pude evitar en alguna ocasión paladear mi victoria siguiendo sus movimientos detrás de la multitud.

Dancé en brazos de Stinton y unos cuantos caballeros más sin dejar de seguir sus movimientos, bebí limonada fresca y comí canapés como si fueran el mayor de los manjares sin perder de vista la figura del marqués dando largos paseos alrededor de la sala, conversando con las chicas o invitándolas a un refresco.

Me sorprendió gratamente su nivel de implicación. No esperaba que les dedicará toda su atención más del tiempo estipulado por el baile. No obstante, debo confesar que el momento culmen de la noche tuvo que ser aquel que no pude presenciar, pues en el preciso instante en que Alexander Stone, marqués de Crawford, después de haber dedicado la mayor parte de la velada a cumplir con lo pactado y salir en busca de su recompensa, yo había desaparecido del salón anunciando así su fin.

En mi defensa expondré que nunca le prometí el baile.

[1] Campo de brezo.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

LA DIVERSIÓN SE TRASLADABA AL CAMPO

Una semana más tarde, Amelia, tía Mary y yo disfrutábamos de la luminosa y fresca mañana mientras tomábamos nuestro habitual desayuno bajo la alargada sombra que ofrecía el conjunto de árboles del jardín interior. Mi favorito era el cerezo, pues su intenso color rosado me hacía recordar las largas tardes tumbada en la fresca hierba de Bath admirando la frondosa arboleda y aspirando el aroma de las flores.

Tía Mary describía minuciosamente la velada musical que la noche anterior se había celebrado en casa de un lord de renombre a la que no habíamos sido invitadas. Cómo mi tía era capaz de relatar todos los acontecimientos, incluyendo hasta el más mínimo detalle, sin haber estado presente, conseguía sorprenderme sobremanera, sin embargo, decidí abstenerme de preguntar las fuentes de dicha información.

Amelia escondía su pequeña nariz en la taza de chocolate que descansaba sobre sus manos sin prestar la menor atención a los comentarios de su madre. Por el contrario, yo me mostraba muy atenta, ansiando escuchar mencionar al marqués en algún momento de la historia.

Su relato se vio interrumpido ante la aparición del mayordomo, que con una venia y una superflua disculpa depositó sobre el mantel la correspondencia de la mañana.

En aquel montón de papeles se encontraban varias tarjetas de visita, un par de invitaciones para la semana y una que llamó excepcionalmente la atención de mi tía.

—No sabía que lord y lady Stinton pensaban celebrar una reunión en el campo —comentó pensativa, alzando la vista por encima del grueso y

delicado papel marfil.

Mis ojos se abrieron gradualmente centrando toda mi atención en Amelia, quien se mantenía expectante ante tal situación.

—¿Iremos, tía? —no pude evitar preguntar.

—No estoy segura. Es cierto que el fin de la temporada está cerca, pero salir de la ciudad de un modo tan apresurado y perdernos las últimas veladas...

—A nosotras nos encantaría asistir, ¿verdad, Amelia? —busqué el apoyo de mi prima.

—Por supuesto —respondió tras tragar el bocado de su panecillo—. Sería maravilloso.

—Considero que si nos han incluido en la lista es porque nos tienen en alta estima y sería muy descortés rechazar la invitación. Además, imagino que asistirán familias de alto rango y la convivencia con ellos durante unos días posibilitaría algún que otro acercamiento. Quizás Amelia descubra a un buen candidato que desee convertirla en su esposa.

De soslayo advertí la fulminante mirada que recibí por parte de la aludida por encima de su taza.

—O puede que tú lo consigas —me escupió ella con un deje de amabilidad.

—Por supuesto, no me he referido a mí primero por no parecer demasiado egoísta.

Tía Mary escrutó nuestros rostros durante unos segundos antes de responder con un suspiro.

—Quizás lleves razón, querida —aceptó alargando las vocales—. Últimamente me cuesta horrores sacaros de casa. Tal vez sea una buena oportunidad de conocer a otros miembros de la alta sociedad. No me gustaría que os convirtierais en unas solteronas. Sería terrible —añadió sorbiendo la nariz y tomando su servilleta para limpiar sus mejillas.

—¡Vamos, tía! No debe crear ningún drama. Amelia y yo hemos estado algo desanimadas últimamente, la temporada se nos está haciendo demasiado monótona. —Realicé una larga pausa para crear tensión—. No obstante, estoy segura de que la estancia en casa de los señores Stinton será el toque de aire fresco que nos hace falta. ¿Y quién sabe? Igual Amelia consiga un buen partido allí.

La aludida me lanzó otra una furibunda mirada de advertencia.

—O yo —añadí.

—Dios te oiga, Lillian —dijo secándose unas diminutas lágrimas—. Mi mayor deseo es veros convertidas en esposas felices y morir tranquila sabiendo que estáis seguras.

—No piense en eso, madre. Aún falta mucho para que muera.

—Nunca se sabe, querida. Nunca se sabe, una va cumpliendo una edad...

Ellas siguieron intercambiando pareceres sobre las edades estimadas para considerarse anciana. Dejé de prestarles atención, pues mis pensamientos empezaron a viajar hacia un lugar a muchas leguas de allí ideando el inicio de un nuevo plan de actuación.

Los siguientes días se convirtieron en un ir y venir de baúles que se llenaban y vaciaban a un ritmo vertiginoso. El tul, el raso, la seda, el terciopelo y el encaje volaban por mi habitación creando una alfombra de colores en el suelo de mi cuarto. Frustrada, sacaba y metía una y otra vez los mismos vestidos, maldiciendo mi falta de previsión. Todos aquellos ropajes se veían pasados de moda, desgastados o ya habían sido lucidos en alguna que otra reunión. Necesitaba un guardarropa nuevo, algo que se ajustara perfectamente a la ocasión. Si iba a convivir durante una semana bajo el mismo techo que el marqués debía tener una variedad apropiada de vestidos de diario con los que poder sentirme femenina y cómoda. Y algunos de fiesta, más atrevidos, que pudieran pasar la censura de mi tía. Sinceramente, ninguno de los que tenía frente a mis ojos, extendidos por el suelo, me convencía.

En otras circunstancias hubiera ido a la modista y le hubiera encargado tres pares de vestidos nuevos, sin embargo, el poco tiempo disponible hacía completamente inviable tal acción. A pesar de haber rescatado de entre toda la montaña de telas entremezcladas tres trajes de paseo y uno de noche, seguía pareciéndome insuficiente.

Con un grito ensordecedor llamé a Hannah, en sus manos una aguja, hilo y cualquier prenda se convertía en una obra de arte.

—Necesito que hagas algo con ellos —le pedí.

Su expresión fue de terror al ver la montaña de tela apilada sobre la alfombra.

—No sé si seré capaz, señorita —respondió dubitativa.

—Oh, por supuesto que lo serás.

Uno a uno, los vestidos que más me gustaban y que mejor calidad tenían, fueron pasando por mi cuerpo. Hannah no tuvo opción a réplica a pesar de expresar abiertamente con su rostro la estupefacción, el espanto y desequilibrio en sus labores que le ocasionaba mi inusual y desorbitada solicitud, de modo que no podía hacer otra cosa más que apuntar en una libreta las medidas y los arreglos para cada vestido.

Amelia, que pasaba por la puerta, nos miró atónita.

—¿No crees que estás fuera de control? —me preguntó una vez que nos quedamos a solas.

No le respondí, me limité a encogerme de hombros como si su apreciación no me importara, aunque en el fondo plantó la duda en mí. ¿Y si estaba en lo cierto? ¿Y si me preocupaba más de lo conveniente lo que Crawford pudiera pensar de mí o me encontrara atractiva?

El movimiento del coche era tan violento que no pudimos descansar ni un solo momento durante el largo trayecto. Las ruedas del carruaje se hundían en el suelo humedecido por las lluvias de los días anteriores y tía Mary se lamentaba rogando al cielo no quedar atascadas en medio de la nada.

Sus súplicas debieron ser escuchadas, pues una hora más tarde los caballos se detenían frente a Ridenston Park, el hogar de campo de la familia Stinton.

La imponente mansión se extendía entre los verdes prados. Sus ladrillos de color rojizo refulgían con la luz del sol que implacable iluminaba toda la fachada y el extenso bosque que se extendía abrazando al gran edificio.

Antes de alcanzar la entrada principal, el carruaje rodeó una enorme fuente cuyas figuras, representando a Apolo y a Dafne durante su transformación, se imponían en el centro dando la bienvenida a los invitados.

Una horda de lacayos y sirvientas nos recibieron y dispusieron de nuestro equipaje antes de que la familia Stinton al completo nos recibiera con cortesía. Charles se mostró más atento que de costumbre, acompañándonos a mi prima y a mí al que sería nuestro dormitorio.

—La he escogido para ustedes por ser una de las habitaciones de la casa con mejores vistas —explicó condescendiente.

Cuando por fin nos quedamos a solas, dejé escapar un suspiro.

La estancia era espaciosa. Las colchas que cubrían las camas eran de la mejor calidad y, a pesar de la sobria decoración, se respiraba un aire acogedor gracias al color crema de las paredes y los muebles que, con un gusto exquisito, estaban dispuestos con rigurosidad.

—Estoy bastante segura de que ese hombre tiene intención de pretenderte —admitió mi prima Amelia mientras se asomaba por el amplio ventanal sosteniendo con la mano la cortina de un rosa pálido.

—Espero que no —aseguré lanzándome hacia el mullido colchón de una de las camas—. Es amable y educado, pero no me interesa en lo más mínimo.

—No deberías ser tan selectiva, Lillian. Stinton es un buen partido, solo le falta madurar un poco.

—Si tantas virtudes le encuentras, ¿por qué no te casas tú con él?

Amelia no se inmutó ante mi descarada pregunta.

—No trataba de lanzarte a sus brazos, tan solo te hacía partícipe de mi opinión. Parece que estás un poco irascible —arguyó.

—Estoy agotada —confesé cerrando los ojos.

—¿Vas a dormir? —quiso saber Amelia sin despegarse de la cristalera.

—Un buen sueño reparador nos vendría bien, ¿no te parece?

—Prefiero investigar un poco por los alrededores.

—¿Por qué no le pides al bueno de Charles Stinton que te acompañe?

No escuché nada más que el sonido brusco de una almohada impactando contra mi cara.

—¡Amelia! —exclamé levantando el cojín en el aire indignada.

Ella se echó a reír.

—Vamos a caminar, por favor —suplicó.

Volví a tumbarme en la cama.

—Hemos pasado más de tres horas en un maldito carruaje. Estoy agotada y me gustaría descansar, ¿es mucho pedir? Tú deberías hacer lo mismo.

—Los invitados están llegando, ¿y si el marqués de Crawford se encuentra entre ellos?

—¿Indicaría que es un hombre puntual?

—Lillian, no bromeo.

Moví la mano al aire al tiempo que me volvía hacia el colchón descansado mi mejilla en la confortable almohada. Todo me indicaba que aquel era el mejor lugar donde estar.

—Ahora no tengo fuerzas para enfrentarme a él —admití pesarosa.

—¿No vas a bajar a cenar? El señor Stinton ha dicho que la cena se servirá a las ocho —me recordó.

—No tengo hambre —susurré con la voz pesarosa, ya presa del sueño.

—Está bien, haz lo que quieras, siempre lo haces.

Escuché cómo abría uno de sus baúles y sacaba el atuendo de la noche. Lo dejó sobre la otomana situada al pie de su cama y rebuscó los zapatos y complementos. Abrí un ojo para observarla, sus mejillas encendidas mostraban su malhumor. No pude evitar reprimir una sonrisa, Amelia siempre se molestaba cuando las cosas no salían según sus deseos.

—Si fuera tú, cambiaría el gesto, ningún hombre se fijará en ti si vas dando la impresión de que estás enfadada con el mundo.

Ante el gesto de Amelia, me eché a reír.

—¿Si prometo bajar a cenar me dedicarás una sonrisa?

Ella se esforzó en curvar la comisura de sus labios.

—Vamos, sé que puedes hacerlo mejor. Solo tienes que dejar de fruncir el ceño y mostrar tus dientes perlados.

Puso los ojos en blanco y sonrió divertida.

—Tienes una increíble facilidad de hacer cambiar mi humor.

Se acercó hasta mi baúl y, sacando algunas prendas, me preguntó:

—¿Cuál te vas a poner?

—Sorpréndeme.

Desperté muy temprano. La luz del amanecer comenzaba a colarse entre las cortinas. Miré el reloj que descansaba sobre la mesilla, apenas eran las seis de la mañana. Me froté los ojos y me incorporé.

Amelia seguía durmiendo plácidamente, después de la noche anterior no entendía cómo podía sentirme tan descansada y vivaz. Me levanté y me expuse a mi propio escrutinio frente al espejo. Mi aspecto era desaliñado, el arrugado camisón se retorció por la cintura y mi enmarañado cabello caía por mi espalda sin un orden. Recordaba no haber permitido que Hannah me lo cepillara y trenzara antes de dormir. Tras una ligera cena y una inocente

velada musical, había subido a mi cuarto y me había lanzado directa hacia la cama, levantándome tan solo para permitir que me ayudaran a deshacerme del incómodo corsé sustituyéndolo por un ligero camisón.

Encontrarme con una criada no fue difícil, tiré de la campanilla colocada junto a mi cama y, en menos de quince minutos, una joven subió agua caliente y me prometió avisar a mi empleada.

Tras un agradable y cálido baño, Hannah me ayudó a vestir y me peinó en el más absoluto silencio.

Con un traje lavanda y un básico moño recogido en la nuca, bajé al comedor donde encontré un gran bufé dispuesto sobre una larga mesa decorada con flores y diferentes servicios de mesa que esperaban a sus comensales. Un par de pacientes lacayos ofrecían su favor a todos aquellos primeros madrugadores que se acercaban a tomar un bocado. Instintivamente los saludé y sus respuestas fueron tan débiles que, por un momento, temí haberlos puesto en una situación comprometida. A veces ser educada no estaba bien visto cuando se trataba del personal.

Ignorando aquel episodio volví mi atención hacia los platos rebosantes bien dispuestos. La boca se me hizo agua ante tantos manjares.

En la sala apenas se podían contar unas diez personas. Algunas de ellas comían en solitario, otras se animaban a compartir conversación. Saludé educadamente al resto de invitados respondiendo con cortesía a la incesante batida de preguntas con las que algunos querían saciar su curiosidad.

—Qué agradable sorpresa, lady Abernathy, ¿cómo se encuentra? ¿Su tía no está por aquí? No debería bajar sola a estas horas.

—¿Ha llegado esta mañana? Anoche no la vi en la cena.

—No sabía que una joven debutante fuera tan madrugadora...

Tras responder con toda la cortesía y amabilidad que fui capaz de reunir, me dispuse a degustar el merecido desayuno que me había servido del amplio bufé.

Comí en silencio, alejada del resto y, tras saciar mi apetito, decidí que debía llevar a cabo una exhaustiva exploración de la casa y sus alrededores. Conocer los recursos y espacios con los que contar facilitaría mucho mis planes.

Salí del salón deleitándome en el entresijo de rombos granates y dorados que tenía como patrón la alfombra. Comenzando un divertido juego de equilibrio en el que debía seguir las gruesas líneas sin llegar a salirme del

patrón, perdí el sentido de la realidad que me llevó de forma directa hacia la colisión contra un obstáculo que parecía haberse materializado en mitad del pasillo.

El agradable aroma a jabón de sándalo y bálsamo para el afeitado que desprendía aquel cuerpo me hizo consciente del individuo con el que debía enfrentarme.

Un ligero cosquilleo recorrió mis brazos desnudos en el punto exacto en donde él tenía puestos sus dedos sujetándome con firmeza.

Alcé lentamente mi rostro hacia el del hombre que tenía frente a mí, descubriéndolo con una expresión divertida.

—¡Vaya! Buenos días, lady Abernathy. ¿Será esta la forma que vamos a establecer para encontrarnos en cada ocasión?

Su broma me sorprendió.

—Buenos días tenga usted también, milord —le respondí alejándome todo lo que pude de aquel contacto cálido y de su aroma embriagador antes de sacudir mi falda intentando parecer lo más decepcionada posible por hallarme en su compañía.

—Nunca hubiera adivinado que es usted de las personas que madrugan —musitó con esa sonrisa suya tan arrogante que conseguía irritarme en cuestión de segundos.

—Lo mismo hubiese pensado de usted y, por lo que veo, parece haberse levantado para encender el sol.

En el preciso instante en que solté el comentario, una imperiosa necesidad de morderme la lengua se apoderó de mí. ¿Realmente había dicho esa idiotez? ¿Y si lo malinterpretaba? Me reprendí antes de continuar sin dejarle tiempo a intervenir.

—Quiero decir que pongo mi mano en el fuego al asegurar que usted no suele madrugar, aunque sí puedo imaginar los motivos que llevan a un hombre a no levantarse antes de la diez.

—Me intriga conocer lo que su ingeniosa mente está pensando, pero le aseguro que, sea lo que sea, por esta vez, no se corresponde con la realidad. —Esperé circunspecta a que continuara con su relato—. Hace menos de una hora que he llegado. Hubiera sido descortés acostarme de inmediato, de modo que me he cambiado y he decidido bajar a desayunar. Ciertamente, estoy hambriento.

Fruncí el ceño, pensativa, aquello explicaba el motivo por el que no lo había encontrado la noche anterior durante la cena.

—En ese caso, le dejo para que disfrute de su manjar.

—¿Por qué no me acompaña? Sería agradable compartir una preciosa mañana y un exquisito desayuno con usted.

—Es muy amable, milord, lamentablemente, ya he desayunado. Es un alivio, de lo contrario, me atragantaría con la comida.

Estaba a punto de emprender mi marcha, mas no tuve tiempo de llevar a cabo ninguna acción cuando él me adelantó con una fuerte acusación.

—Me decepciona.

—¿Yo? —Me llevé una mano al pecho fingiendo sorpresa—. No sabía que tuviera tan alto concepto de mí que no haya podido alcanzar. ¡Cuánto lo lamento por usted! —exclamé fingiéndome conmovida.

—Me prometió dos bailes y desapareció —adujo ignorando mi comentario desdeñoso.

—Tengo la absoluta certeza de que no le prometí nada. Y, a pesar de que no debería darle explicaciones, le contaré que me vi obligada a abandonar el baile.

—¿Y eso por qué?

—Usted debe ser capaz de llegar a una conclusión, estoy segura de que es más inteligente de lo que aparenta.

Enarcó una ceja, divertido, parecía decidir entre seguir indagando o pararse a recriminarme el haberle llamado «estúpido» de forma nada sutil.

—Ciertamente, no sé de qué me habla.

Engreído. Si pensaba que me iba a amilanar estaba muy equivocado.

—Dos palabras: dolencias femeninas —confesé sin ruborizarme—. Y ahora, si es tan amable, le pido que me deje continuar con mi camino. Tengo mejores cosas que hacer.

—Entiendo... —murmulló—. Aun así, su deuda no está saldada —declaró.

Asentí y levanté mi mano de forma delicada hasta colocarla sobre la solapa de su chaqueta para jugar con ella.

—Tiene razón. Usted cumplió con su parte. No sería una dama de palabra si no hiciera lo mismo, a pesar de no haberlo prometido —recalcó.

Su rostro expresó el desconcierto que bullía en su interior. Dio un paso hacia delante, obligándome a retroceder arrinconándome contra la pared.

—¿Tiene una ligera idea de con quién está jugando, lady Abernathy? —preguntó sospechoso.

—No juego más que con la línea de los rombos de esa alfombra como ha podido comprobar —mentí, toda inocencia.

—Pretende engañarme cuando sabe perfectamente lo que hace. Usted es más inteligente de lo que quiere aparentar —me devolvió el insulto sin amilanarse antes de alargar su brazo y colocar la mano sobre la pared casi rozando con su manga mi mejilla—. Y debo confesarle que llega a confundirme.

Nuestras miradas se enfrentaron. Me obligué a no moverme lo más mínimo a fin de que no pudiera interpretar mis gestos de ningún modo. La posición en la que nos encontrábamos era indecente. Su cuerpo tan cerca del mío podría ser motivo de escándalo si alguien hubiera decidido pasar por aquel pasillo. No podía olvidar que nos hallábamos en uno de los lugares más concurridos de la mansión.

—Debería mantener las distancias, milord. Esta situación no es nada apropiada para una pareja soltera. Podría causar algún que otro malentendido —le advertí fingiendo tener un gran sentido de la moral—. Y estoy segura de que el resultado de dicho malentendido no le agradará en absoluto.

—¿Y a usted sí?

—No, definitivamente, no. Soy muy feliz siendo todo lo libre que se me permite.

Alzó la mano y con delicadeza acarició uno de los largos rizos que descansaban sobre mi cuello.

—Es una pena, ya que podríamos compartir momentos tan sublimes como este.

De nuevo me sonrió con arrogancia.

Suspiré audiblemente y repliqué con ironía.

—El hecho de que me sienta atrapada aparentemente a su merced y usted crea poseer todo el control no significa que yo lo esté disfrutando. ¿Le gustaría experimentar la situación contraria para que pueda dar una opinión más exacta? Es posible que cambie de idea.

Sus negras pupilas se abrieron ante aquel reto.

—No hablará en serio.

—¿Acaso tiene miedo?

Su rostro lentamente se encontraba cada vez a menos distancia del mío, por lo que obligué a mi ingenio a buscar una ruta de escape. Realmente me tenía acorralada, pero las cercanas voces de un grupo de personas me salvaron de aquella incómoda situación.

Con pasos lentos y cautos, Crawford reculó sin apartar la mirada de mi rostro. Como respuesta di un paso al frente e imité su postura. No pensaba amedrentarme por él.

Los dueños de las voces, entre las cuales pude distinguir la de Charles Stinton, aparecieron de forma triunfal encontrándose con nosotros, ante quienes debíamos de parecer dos invitados que acababan de encontrarse.

El rostro de Stinton se iluminó al verme, aunque no pude evitar descubrir una leve confusión al hallarme en compañía del marqués. Junto a él, lady Stinton, lord Merrit y lady Spencer nos saludaron con cordialidad.

Crawford se enderezó y presentó sus respetos ante la anfitriona con palabras aduladoras y una galantería propia de hombres encantadores. La mujer incluso llegó a ruborizarse antes de entrar al comedor entre risas.

—Qué agradable volver a verla, lady Abernathy —me sorprendió Stinton hablando a mi lado—. Hace una mañana espléndida, ¿no cree?

—Oh, sí, desde luego. Eso mismo le comentaba al marqués.

—¿Nos acompañará a desayunar?

—Me encantaría, aunque me temo que mi impaciencia me impidió esperar.

Stinton cabeceó decepcionado.

Desde su posición, Crawford observaba la escena.

—Aunque... no me importaría acompañarle si después promete mostrarme cada uno de los rincones de su finca.

Su rostro se iluminó de nuevo.

Observé la expresión circunspecta de Crawford y sonreí para mis adentros.

—Eso sería maravilloso, quiero decir..., es un placer.

—¿Me permitiría abusar de su confianza y pedirle a mi prima que nos acompañe? Estoy segura de que a ella también le entusiasmará la pequeña excursión.

—Eh... —Se rascó la nuca, indeciso—. Claro, ¿por qué no?

Crawford tosió ligeramente ocultando su diversión, algo que no iba a permitir en absoluto.

—Lord Crawford también podría acompañarnos. —Me giré hacia él—. En varias ocasiones ha comentado lo mucho que le gustaría aprender de esos pequeños pajaritos de los que usted tanto habla.

—¿Es eso cierto, milord? —preguntó un asombrado Stinton girándose hacia el aludido—. Jamás lo hubiera creído de usted. Discúlpeme, quiero decir que no es del tipo de hombre al que parecen gustarle los animales.

El marqués tomó aire y retornó su atención hacia Stinton.

—En realidad, no es que me sienta especialmente atraído, simplemente me gusta ampliar los campos del conocimiento.

Admiré su habilidad para responder con rapidez. Era casi tan buena como la mía.

—En ese caso, puede acompañarnos si así lo desea.

Crawford se inclinó ligeramente.

—Será un honor.

Reí en mi fuero interno al visualizar otro futuro plan puesto en marcha, aquel fortuito encuentro me había ofrecido una gran oportunidad.

—Nos reuniremos a las diez en la parte de atrás.

Asentí conforme.

—Iré a avisar a mi prima, entonces. Siento no acompañarlos en el desayuno. Si me disculpan.

Ambos caballeros realizaron una ligera venia cuando pasé por en medio de ellos despacio, sutil, manteniendo la calma, sabiéndome observada.

Necesitaba a mi prima para llevar a cabo la brillante idea que se me había ocurrido contra el marqués durante la breve interacción con Stinton.

No era cruel, desde luego, solo debía recordar que en mi entusiasmo le había asegurado dos bailes para seguir manteniéndolo cerca. Una tortura a la que en algún momento tendría que enfrentarme, pues debía conseguir que no perdiera su paciencia y mantuviera el interés en aquella extraña relación que se fraguaba entre nosotros.

No podía perder de vista mi objetivo: engañarlo y coquetear con él hasta lograr que se enamorara completa y absolutamente de mí.

Capítulo 7

LO QUE A UNA SEÑORITA NO LE INTERESA SABER SOBRE LA CRÍA DE PICHONES

—¿Por qué tengo que ir yo también? —se quejó Amelia—. Es tu idea.

Cogida de mi mano, mi prima rezongaba incesantemente mientras yo hacía un esfuerzo titánico para tirar de ella y hacerla avanzar tan solo unos pies. Mi brazo comenzaba a agarrotarse del esfuerzo.

—Pareces una niña pequeña. Tú me metiste en esto y tu obligación es apoyarme cuando lo necesito —la regañé deteniéndome ante las puertas de cristal que daban paso al jardín.

Realizó un gesto mohíno y desvió su mirada hacia el suelo. Le recoloqué con cariño el sombrero de paja.

—¿Llevas lo que te he pedido?

—Una vez más: ¡Sííí! Aunque no estoy segura de estar preparada para hacerlo.

—Lo harás muy bien —la animé—. Al fin y al cabo, no tienes que hacer casi nada, solo evitar reírte.

—En ese caso, me marchó —replicó ofendida antes de darse la vuelta dispuesta a salir de aquel salón.

La tomé de la mano y le di un ligero tirón.

—No seas boba. Sabes perfectamente lo que he querido decir.

Nos quedamos en silencio y ante su mirada perdida me vi en la obligación de lanzarle algún mensaje cariñoso y motivador.

—Amelia, no te pongas nerviosa, tómalo como una travesura, una diversión. Disfrútalo, ciertamente, yo lo haré. No hay nada mejor que ver al

marqués conteniendo sus verdaderos impulsos y fingiendo cordialidad, te lo aseguro.

Ella torció el gesto antes de decretar:

—Vamos allá.

Tras doblar la esquina de la mansión para alcanzar nuestro punto de encuentro vislumbré en la distancia las figuras del señor Stinton, lord Crawford y... ¿Qué demonios hacía allí una mujer? Por el color de su cabellera debía de ser alguna de las dos señoritas Clifford. No podía distinguir, desde mi posición, si la joven en cuestión tenía el cabello pelirrojo o ligeramente pelirrojo. Fuese como fuese, en ese momento solo deseé que su presencia no estropease mis planes.

—Buenos días —saludó Amelia al llegar al grupo.

—Disculpen la tardanza, mi prima tenía problemas con su papalina.

La aludida me lanzó una mirada asesina bajo el ala del sombrero con lazo de raso azul que lucía a juego con sus ojos y su vestido.

—No se avergüence, lady Haymore, todas hemos pasado alguna vez por lo mismo. A veces, estos incómodos chismes no parecen estar dispuestos a colaborar —bromeó lady Clifford haciendo que el grupo riera por su ocurrencia.

A pesar de la cercanía no podía identificar si se trataba de Brigitte o Daniella. El sombrero verde pistacho hacía imposible su identificación.

—Ahora que estamos reunidos podemos emprender nuestra aventura —decretó Stinton extendiendo sus brazos hacia nosotras—. Si me permiten, señoritas. Será un honor dirigir las.

Colocándonos a cada uno de sus lados, Amelia y yo lo tomamos del brazo antes de iniciar la marcha colina arriba.

Lord Crawford y la señorita Clifford se nos adelantaron. La pareja no cesaba de charlar y la joven reía con las bromas que el marqués le gastaba.

Aquel ligero imprevisto me tenía de mal humor. ¿Con qué autoridad había invitado Crawford a esa señorita a nuestra excursión? ¿Qué finalidad tenía? ¿Querría retarme? ¿Ponerme celosa, tal vez? ¿Sería su forma de decirme que no quería seguir jugando a ese juego que habíamos iniciado semanas atrás? Mi mente bullía plagada de preguntas a las que no podía encontrarle más respuesta que la incertidumbre y la desconfianza.

Mis planes nunca fracasaban. Y él, precisamente él, no iba a conseguir que por primera vez en mi vida viera frustrados mis intentos de conseguir lo

que en ese momento más deseaba.

Las palabras de Stinton se convirtieron en un ligero rumor que quedó solapado por el devenir constante de mis intensos pensamientos.

—¿Verdad, Lillian?

—¿Perdona, decías? —retorné al mundo real tras escuchar mi nombre.

—Hoy parece distraída, lady Abernathy —comentó Stinton.

—Discúlpeme, el paisaje me tiene absorta. Hacía tiempo que no me hallaba en un lugar tan majestuoso con una brisa tan agradable y el cantar de los pajaritos ofreciendo una melodía deliciosa.

—Ya se lo decía, señor Stinton. A Lillian le gustan muchos los animales. Si no tenemos en casa es porque mi madre se muestra muy reacia a ello.

—Así es. Me crie en el campo, prácticamente —añadí tras lanzar una afirmación que dudaba que fuese apropiada de dar a conocer a un miembro de la aristocracia.

—Interesante —determinó.

—No se deje confundir por mis nostálgicos recuerdos, aquello solo fue hasta los doce años. Después asistí a la Escuela para Señoritas, como se espera de una dama.

—Me gustaría conocer algo más sobre su estancia en el campo. Debemos torcer a la derecha, el aviario se encuentra en esa dirección —señaló.

—¡Vaya! Al parecer su familia es muy aficionada a las aves.

—Mi padre, excepcionalmente. Le encanta la ornitología y disfruta trayendo ejemplares nuevos en cada uno de sus viajes. Cuando era más pequeño solía acompañarlo en sus estudios, siempre en riguroso silencio para poder diferenciar el canto de cada especie.

—Fascinante —reconocí, esta vez consciente de mis palabras—. Es muy amable por invitarnos a verlas —respondí, no sin antes asesinar con la mirada a la pareja que nos precedía.

Lord Stinton les dio el alto indicándoles el camino hacia el aviario donde los pichones se encontraban.

El lugar parecía un pequeño invernadero.

Los animales volaban de un lado a otro por aquella pequeña selva adaptada a ellos.

—Será mejor que no se muevan demasiado. En general, son aves tranquilas, pero si se ponen nerviosas pueden atacar.

Entramos con cuidado atravesando la doble puerta de seguridad.

El lugar era realmente mágico.

El aroma a frutas y naturaleza me embriagó, transportándome de inmediato a los verdes prados de mi antiguo hogar. El ambiente, algo más caluroso que el exterior, estaba cargado de humedad debido a la abundante agua que caía en cascada por una larga fuente que desembocaba en un pequeño lago donde algunas aves jugueteaban. En la copa de los árboles se podía atisbar nidos de diferentes especies, como nos informó entre susurros nuestro anfitrión.

Absorta, miraba cada árbol, cada esquina y cada elemento que formaba parte de aquel microcosmos. Nunca había llegado a pensar que la cría de pichones sería sinónimo de tal belleza digna de admiración.

—¿Le gusta? —preguntó a mi oído Stinton.

Advertí que el resto de nuestra compañía se había quedado en la puerta. Yo no había podido refrenar el impulso de adentrarme.

—Es impresionante. Debo agradecerle una vez más su invitación.

El hombre sonrió satisfecho.

—Solo por ver sus ojos brillar de esa manera ha merecido la pena.

Sus palabras me cayeron como una jarra de agua fría. Amelia tenía razón, Stinton estaba encaprichado de mí y yo no podía abusar de su generosidad y aprovecharme de sus sentimientos. A pesar de la empresa que estaba llevando a cabo, no podía utilizar de ese modo a un hombre inocente. No era justo para él.

Con paciencia y entusiasmo, Stinton comenzó a dar una pequeña lección acerca del nombre de algunos ejemplares, así como sus hábitos más destacados.

—Si nos adentramos más, encontrarán otras dos jaulas. En una se encuentran otro tipo de especies completamente incompatibles con estas, en la otra, aquellos ejemplares dedicados al comercio.

Sentía mucho haber subestimado aquella excursión. Lord Stinton, animado por mi atracción por el hábitat, avanzaba por delante de nosotros, ejerciendo de guía y relatándonos con detalle cada ejemplar de lo que él llamaba «La Gran Jaula». Mucho me temía que el amor por ese tipo de animales no solo era cosa de su padre.

Llegados a un punto, decidí que no podía seguir escuchando más sobre pájaros. Una cosa es que disfrutara admirándolos y otra muy distinta recibir una clase magistral sobre el estilo de vida de cada uno. Estaba segura de

que antes de lo que esperaba comenzaría a detallar los pormenores de su comercio, y mi paciencia tenía un límite.

Lord Crawford y su acompañante continuaban lanzándose miraditas y compartiendo risas frente a nosotras fingiendo mostrar interés, aunque eran completamente ajenos al discurso de Stinton. Una furia incontrolable de rabia e impotencia se adueñó de mí. Era el momento de salir de allí.

Me volví hacia Amelia y le hice la señal.

Discretamente, sacó del bolsillo oculto del vestido una polvera de plata y con unos ligeros toques se empolvó el rostro. Para darle más credibilidad, aproveché el fluir del lago y, mojando mis dedos, le recorrí el cuello y el escote. Ella me amonestó con su expresión, mas no dijo nada.

—Perdone que le interrumpa, señor Stinton. —Alcé la voz desde la distancia—. Mi prima y yo nos vemos obligadas a retirarnos.

Tres pares de ojos se volvieron hacia nosotras. Stinton recorrió la distancia que nos separaba en pocos pasos, seguidos con lentitud por la pareja.

—¿Se encuentran bien?

Tomé la mano de Amelia y la abracé por la espalda.

—Mi prima parece estar algo fatigada.

Crawford, quien no se había dirigido a mí durante la mayor parte de la excursión, puso toda su atención en mi rostro, como si lo estudiase con detenimiento. En cambio, la señorita Clifford soltó su brazo y se abalanzó con delicadeza hacia mi prima.

—Señorita Haymore, ¿me oye? Parece pálida, y está empapada.

—¿Será por la humedad? —preguntó Stinton confuso.

—Es posible, debemos salir de aquí —dictaminé.

—Debería llamar a un médico —comentó el marqués, quien hasta ese momento se había mantenido en silencio.

—Un médico. Tiene razón, Crawford. Iré a avisarlo —anunció nuestro anfitrión.

—No es necesario. Seguro que un poco de aire fresco y una buena siesta le sentará bien. No queremos molestar.

Crawford alzó una ceja, divertido. ¿Sospecharía algo?

—En ese caso, permítame acompañarlas.

—De ninguna manera —me negué—. Por favor, no me gustaría que nuestra excursión se viera frustrada por un ligero malestar. Ustedes

continúen.

Sin embargo, el marqués parecía no querer facilitarnos la huida. Se acercó a Amelia y mirándola a los ojos le preguntó:

—¿Puede hablar? Quizás podría decirnos qué siente. Su prima parece no darle demasiada importancia, pero sí que tiene mal aspecto.

Amelia se tocó el rostro, perpleja. Y antes de que pudiera decir nada, estropeando el momento, me interpuse entre ambos y giré nuestros cuerpos hacia la salida.

—Será mejor que reserve sus fuerzas para poder llegar a casa —admití mostrándome muy segura de mis palabras.

Guie a mi prima disimuladamente para que comenzara a caminar.

—Insisto en que deberíamos acompañarlas —intentó una vez más el marqués.

El grado de frustración que sentía crecía con cada una de sus palabras.

—Ya le he dicho que no es necesario. Gracias por su amabilidad. Nos vemos esta noche, señor Stinton.

—Por supuesto, lady Abernathy —se despidió compungido.

—Espero que se recupere pronto —deseó desde su posición Daniella Clifford sujetando con firmeza a un marqués que parecía decidido a seguirnos.

No pude más que morder mi labio inferior intentando evitar una sonrisa. Al final, la presencia de la señorita Clifford había sido más útil de lo que pensaba.

—Lo hará. Disfruten de lo que queda de excursión por nosotras.

Antes de permitirles responder, salimos de aquel lugar. Tomamos una bocanada de aire fresco y no la soltamos hasta que nos hallábamos a una larga distancia.

Haciendo gala de su frescura, Amelia se irguió y comenzó a caminar más animada.

—Algún día cometeré algún tipo de parricidio —gruñó con los dientes apretados.

—Sigue fingiendo. Puede que nos estén observado aún.

Oí su rechinar de dientes. Se encorvó de nuevo apoyándose en mí al caminar arrastrando los pies con cada paso. Yo la sujetaba por la cintura y la tomaba de la mano.

Comencé a reír en silencio hasta que nos encontramos lo suficientemente lejos como para alzar nuestras voces, ella no pudo más que contagiarse con mis carcajadas.

—Eres una gran actriz, Amelia.

—Debo confesar que por unos instantes pensé que descubrirían la farsa. Crawford parecía muy insistente en eso de avisar a un médico.

—Sí, puede que sospechara algo y no me imagino cómo, actuamos con la mayor credibilidad posible. No obstante, ahora es él quien está ahí metido escuchando el soporífero parlamento de Stinton.

Amelia me miró contrariada.

—Nunca me había percatado de lo manipuladora que puedes llegar a ser. Me encogí de hombros.

—Soy buena con argumentaciones irrefutables.

Mi prima resopló.

—Lo más frustrante de todo es que muy probablemente lleves razón.

Esa misma noche, Amelia, tumbada en la cama con el cabello recogido en una trenza y el camisón arremolinado entre sus piernas, se quejaba amargamente de su suerte. Los brazos cruzados apoyados sobre su regazo y el ceño fruncido indicaban su enfado.

—Definitivamente, te odio —me anunció.

Me incliné ligeramente hacia el tocador que compartíamos para comprobar que mi aspecto fuera lo más perfecto posible.

—Ya te he pedido disculpas por no haber pensado en las consecuencias de mi plan, ¿qué más quieres? En mi defensa diré que tú tampoco lo hiciste.

—¿No puedo bajar un ratito? Un baile, un par de canapés y me subo.

Le lancé una exasperante mirada a través del espejo antes de darme los últimos retoques con los polvos.

—¿En serio piensas que se van a creer que esta mañana estuvieras al borde de la muerte y en unas pocas horas te has recuperado como si nada?

—¿Y si finjo estar un poco mal?

—¡No! —respondí con firmeza y me volví hacia ella.

—¡Pero es el primer baile formal!

—Razón de más para que no te importe no asistir dado que le seguirán muchos más.

Me acerqué a ella para besarle ligeramente la frente.

—Yo quería asistir a este. Lord Somerset me prometió un baile en nuestro próximo encuentro.

Presté más atención al escuchar el nombre del conde.

—¿Te dijo que vendría?

Asintió desmotivada.

Me sentí feliz al saber que iba a encontrar una cara amiga. Lord Somerset me caía bien, era realmente inteligente y disfrutaba de su compañía y conversación.

—En ese caso, bajo ya.

—Jamás te lo perdonaré —me recriminó mi prima con la voz tan dura como pudo sacar—. ¿Qué ha dicho mi madre? Ni siquiera ha venido a verme.

—Oh, sí que ha venido. La he despachado lo mejor que he podido asegurándole que dormías.

No me respondió. Su atención se desviaba hacia la pared y su postura me hizo sentir culpable.

—Lo siento, de verdad. Sé lo mucho que querías asistir a la velada.

—No volveré a seguir uno de tus planes. Siempre acabo perjudicada —refunfuñó como una niña pequeña.

Suspiré.

—Eres una dramática, Amelia. Además, al retarme, no me pusiste límites ni condiciones —agregué orgullosa y con una lánguida sonrisa pegada a mi cara. Siempre tendría argumentos infalibles.

—Pues ahora mismo te pondré la primera. Regla número uno: No meterás a tu prima en tus devenires cuando puede salir alguien damnificado y, preferentemente, no la meterás nunca.

—De acuerdo —suspiré.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora?

Miré con anhelo la puerta, el camino hacia ella se hacía interminable.

—Usa tu imaginación. Lee, dibuja, escribe, canta canciones de cuna, mira por la ventana —le enumeré exasperada.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? —suspiró.

—Te he dado ideas de entretenimiento para toda la noche —admití con la mano sobre el pomo de la puerta.

—Deberías quedarte aquí conmigo y hacerme compañía puesto que estoy confinada por tu causa —dictaminó.

No dejé que la conversación me atrapara.

Abrí la puerta y di un paso hacia el exterior.

—Sí que podría quedarme contigo, pero no me he vestido así para nada. Tranquila, te compensaré. —Y con esa promesa cerré la puerta tras de mí escuchando mi nombre resonar al otro lado seguido de una maldición.

Sonreí.

Entendía que mi prima estuviese algo molesta, en su lugar, yo también tendría un ligero resentimiento. Sin embargo, esa noche no podía privarme de una agradable velada.

Debía reconocer que la cena y el posterior baile no sería lo mismo sin ella a mi lado. Juntas éramos indestructibles ante el aburrimiento.

Aquella mañana le había prometido al marqués de Crawford los dos bailes que le debía. Bueno, «prometer» no era el término exacto que yo había empleado, aun así, debía cumplir para fortalecer mi estrategia y no permitir que perdiera el interés por mí.

Esa noche me veía en la obligación de dar el primer paso.

Capítulo 8

LA NOCHE DEL PRIMER ACERCAMIENTO

Tras una deliciosa y exquisita cena, en donde compartí entretenidas y distendidas conversaciones, pasamos al salón de baile.

A pesar de haber buscado insistentemente al marqués de Crawford durante la velada, apenas había llegado a ubicarlo al fondo del salón, junto a otros miembros de la alta aristocracia. Por primera vez maldije mi descendencia como hija y hermana de vizcondes. Si nuestro título hubiera sido de más alto rango, nos hubieran situado en la misma mesa.

Tras el banquete, nos invitaron a pasar al salón de baile que lucía con todo esplendor. Los lacayos se paseaban por la sala con bandejas de plata repletas de copas de champán, refrescos y pequeños dulces hojaldrados de varios sabores.

Me entretuve en el tocador perfeccionando mi cabello, deslizando hacia abajo unos centímetros el escote de mi vestido verde esmeralda de raso y pellizcando mis mejillas. Quería presentarme irresistible ante los ojos del marqués.

No llegué a entrar en el salón de inmediato, me paré bajo el umbral de entrada, aspirando el aroma de las flores silvestres que daban la bienvenida a ambos lados de la viga.

Sonreí satisfecha ante el espectáculo que se desarrollaba frente a mí. Hombres y mujeres charlando, danzando, bebiendo y riendo como si no importara nada más aquella noche que el estar presente y disfrutar de la velada. Reconocía que parte del mérito debía llevármelo yo, pues si no hubiera sido por unas simples palabras usadas de forma estratégica contra un inocente y fácilmente manipulable señor Stinton, esta situación nunca se

hubiera dado. La reunión que se había hecho patente esa noche era más de lo que podía esperar.

El tiempo dedicado a mis cavilaciones parecía haber llegado a su fin cuando, de forma inesperada, un ligero cosquilleo recorrió mi espalda antes de sentir cómo los labios de un apuesto y tunante marqués se acercaban a mi oído para saludarme con una sensual voz.

—Buenas noches, lady Abernathy. Esta noche luce excepcionalmente hermosa.

Aturdida ante el roce de su cálido aliento y la embriaguez de su aroma, no pude más que responder con voz trémula un común: «Buenas noches, milord».

Me sentí molesta por no haber tenido una respuesta más sarcástica como «No sé qué puede hacerla tan especial» o «Eran buenas hasta el momento en que usted apareció». ¿Realmente había dicho un «Buenas noches, milord»? ¿Qué me estaba pasando? ¿Dónde se escondía mi ingenio cuando más lo necesitaba?

Al percatarme de que su cercanía doblegaba mi mente interfiriendo de forma directa en la rapidez de mis pensamientos, decidí alejarme de él. No debía olvidar que, por muy marqués que fuera, las murmuraciones lo tildaban de calavera y seductor. Motivo por el cual, debía conocer innumerables formas de hacer que una mujer cayese en sus manos sin plantearse siquiera cualquier tipo de moralidad llegando a considerar que estar en sus brazos sería la acción con la que su hastía existencia cobraría vida.

—¿Por qué se esconde como si fuera un ladrón? Su actitud es de lo más sospechosa y reprobatoria, cualquier joven dama podría sentirse escandalizada —espeté antes de girarme cruzada de brazos.

—Usted no parece escandalizada en absoluto. —Hizo una pausa, divertido.

—Puede que no me sorprenda la actitud de un famoso calavera como usted.

Enarcó una ceja.

—O, tal vez, ¿será que usted no es una de esas damitas de las que habla?

—Si mi capacidad de interpretación no me engaña, juraría que me insulta.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—Eso apoyaría mi teoría de que le ha gustado que la sorprendiera —susurró pícaro.

Abrí los ojos de forma desorbitada. Contuve el terrible impulso que se apoderó de mí para no mordirme el labio. ¿Cómo era capaz de adivinar lo que su presencia me hacía sentir? Era cierto que descubrirlo pendiente de mí me había agradado, y aún más lo había hecho el sentir su presencia tan cerca, sin embargo, él desconocía los verdaderos motivos de esa dicha.

—Debería revisar ese sentido de la intuición suyo, puede que no sea tan de fiar como usted cree.

—¿Siempre tiene respuesta para todo? —Me encogí de hombros—. Le prometo que alguna vez la dejaré sin palabras.

—¿Acepta un consejo? —Asintió expectante—. Nunca prometa algo que no tenga la seguridad de cumplir, eso le restará credibilidad en un futuro.

—Oh, le aseguro —susurró— que esta promesa pienso cumplirla —dictaminó cruzándose de brazos y dejando caer el peso de su cuerpo sobre una pierna.

Parecía cómodo, relajado, natural. Su actitud mostraba la seguridad que tenía en sí mismo. Su presuntuosidad era patente en cada movimiento y palabra.

Mi sorpresa fue mayor al descubrir que yo también lo estaba. Me sentía bien charlando y buscando en lo más recóndito de mí ser la respuesta correcta a todas sus insinuaciones. Era una guerra de ingenios a la que no había tenido acceso desde hace mucho tiempo y eso me hacía sentir, por primera vez en mucho tiempo, viva.

Estaba a punto de abrir la boca para rebatirle cuando se me adelantó.

—¿Me concede el baile? —Seguí con detenimiento el rumbo de su mano enguantada—. No busque una excusa, me temo que no tiene otra opción. Le aseguro que esta vez no le permitiré que se aleje de mi lado sin haber danzado conmigo, aunque me suponga perseguirla por la sala durante toda la noche y escandalizar al público.

A pesar de la forma desenfadada en que pronunció aquello, supe que se trataba de una amenaza en toda regla.

Me sentí atrapada. No me dejaba otra opción. No obstante, no iba a ceder tan fácilmente.

—No es muy cortés de su parte presionar a una dama limitando a la mitad sus opciones.

—Puede considerarlo de ese modo o puede aparcar a un lado ese odio que parece profesarme y acompañarme. No puede negarse ante mis dotes de convicción. Le aseguro que soy bastante bueno.

Alcé una ceja.

—¿Bailando o convenciendo?

Crawford soltó una carcajada y alargó el brazo sin concederme la oportunidad de negarme a un baile con él, o más bien negarme a bailar *ese* baile con él.

—Realmente, soy bastante bueno en ambas, aunque he de añadir que esas no son mis mejores cualidades. —Me guiñó un ojo.

Su descarada respuesta me paralizó. ¿Cómo se atrevía a hablarme así? ¿Ese era el tipo de juego que él quería?

—No puede llegar a imaginar cuáles son esas cualidades, milord. Y aunque estoy impaciente por conocer la respuesta, no le preguntaré, considero que no es una conversación apropiada para un salón de baile y, si lo pienso bien, no creo que sea una conversación apropiada en ninguna circunstancia. No obstante, como soy una dama educada en las estrictas y más puristas normas de la decencia y la distinción, me siento obligada a omitir este último apartado de nuestra charla —dictaminé antes de sujetar su brazo con fuerza—. Y ahora, diríjame hasta la pista de baile y acabe con este calvario.

—Me deja impresionado, milady. Me reservaré mis comentarios al respecto dado que va a satisfacer mi deseo.

Y presionando su brazo contra su costado, como si tuviera miedo de que fuera a escapar, me dirigió hasta uno de los laterales del salón donde nos detuvimos a la espera de que se iniciara la siguiente pieza.

La orquesta cambiaba las partituras y, durante ese tiempo, Crawford no dejó de vigilarme sin ni siquiera pestañear por miedo a que desapareciera en un descuido.

Sus manos enguantadas se entrelazaban en su erguida espalda y su sonrisa petulante abarcaba todo su rostro.

Odiaba su orgullo y prepotencia, odiaba que supiera que era guapo, odiaba que fuera conocedor de su encanto y lo usara para conseguir sus fines. Y, sobre todo, odiaba su actitud complaciente y desenfadada. Era el prototipo de hombre que a nadie caía mal, simplemente porque era difícil que alguien como él, despreocupado y divertido, cayese mal.

Al darse cuenta de que lo sometía a un exhaustivo escrutinio preguntó en voz baja descarado:

—¿Cumplo con sus expectativas?

No tuve tiempo de responder, pues los primeros compases de un vals inundaron la sala.

Le lancé una furibunda mirada al comprender por qué había elegido con insistencia aquel baile.

Le tomé del hombro y nuestras manos enguantadas se unieron. Comenzamos a girar, su cuerpo demasiado cerca del mío, sus ojos fijos en mi rostro, su aroma traspasando mis sentidos y su sonrisa directa a mi corazón. Y a pesar de que me sentía embriagada no podía permitir que creyera que su intento por conquistarme estaba resultando.

—Cree que lo tiene todo bajo su control, ¿no es cierto? —inquirí de forma directa.

—No tengo ni la más remota idea de a qué se refiere, lady Lillian —respondió con una naturalidad casi creíble.

—Por favor —resoplé—. Tiene que saber, antes de que continúe con su farsa, que no pienso dejarme embaucar por usted. Todas estas artimañas que ha estado usando hasta ahora no le van a ser de utilidad conmigo.

Se mostró impasible durante los segundos en los que buscaba la respuesta más acertada.

—No me voy a esconder. He tenido la oportunidad de conocer bien a las mujeres para saber que usted no es del tipo que se deja embaucar fácilmente. Y, es más, le confesaré que ese rasgo suyo me desconcierta de tal modo que aún no estoy muy seguro de en qué naturaleza catalogarla.

¡Arrg! ¡Otra vez! Lo estaba haciendo otra vez.

Su arrogancia y prepotencia conseguía exasperarme. ¿Cómo podía encontrarse tan pagado de sí mismo?

—Se siente muy seguro de sus palabras, milord. Créame, no me impresiona en lo más mínimo. Dice mucho de usted que se sienta con la suficiente autoridad para catalogar a las mujeres como si fuéramos simples objetos sin ningún tipo de trasfondo. Algún día, si me siento con ánimo, le ilustraré extendidamente sobre ello, aunque mucho me temo que no dará algún fruto con usted.

Enmudeció y fijó la vista en un punto lejano durante unos instantes.

Desvié mi atención hacia otra de las parejas que bailaban a nuestro alrededor. Algunos nos miraban con descaro, otros disfrutaban de la danza.

—Tiene razón. Le pido disculpas. No era mi intención ofenderla de ese modo.

Sorprendida ante tal muestra de arrepentimiento, le miré directamente, su expresión parecía sincera.

Hice un leve conato de sonrisa y seguí mirándolo circunspecta.

Inmersa como estaba en estudiar su gesto, me olvidé del compás de la música y moví mis pies más rápido de lo apropiado, como si de ese modo pudiera conseguir que el vals acabara mucho antes.

—Por mucho que acelere sus pasos, el baile no va a terminar antes. Además, podría lastimarse el tobillo.

—No soy de tobillos débiles —le escupí.

—Le recuerdo que se lesionó uno no hace mucho. Como puede comprobar, solo velo por su bienestar.

—Es usted muy amable, quizás debería dejar de bailar para no tentar a la suerte —agregué satisfecha con mi declaración.

El marqués me apretó más la cintura hacía sí con un ligero movimiento y susurró con voz ronca:

—No se preocupe. No permitiré que caiga. Mis brazos la sujetarán —admitió mientras deslizaba delicadamente sus dedos sobre la zona descubierta de mi espalda provocándome un escalofrío.

Sus guantes consiguieron traspasar el calor de su cuerpo y dejar un ligero cosquilleo sobre la porción de piel que tocaba.

Mi cuerpo se tensó, mi corazón comenzó a latir fieramente y mi respiración se aceleró del esfuerzo. ¿Cómo podía sentirse tan seguro siendo tan descarado?

—¿Lo ve? Le dije que la dejaría sin palabras. Aunque, para ser sinceros, no esperaba que fuera tan pronto —comentó divertido.

—No se apunte el tanto tan deprisa, solo me daba un tiempo para rebatirle.

Obviamente, no se creyó ni una sola de mis palabras y tampoco lo culpaba, yo tampoco lo hice.

Desconcertada, me pregunté por qué mi mente se había quedado embotada y mis sentidos se dejaban atrapar en aquel seductor y penetrante

aroma. ¿Todos los bálsamos olían así de bien o solo era el que se aplicaba el marqués?

Mi interlocutor me sacó del ensimismamiento con una pregunta que se alejaba por completo de los derroteros por los que habíamos estado llevando nuestra interacción.

—He sido un desconsiderado al no interesarme por la salud de su prima.

Volví mi rostro hacia sus oscuros ojos negros de forma alargada. Jamás encontraría el principio de su iris y el final de su pupila, me resigné. Poseía una mirada inquietante y perturbadora.

—Amelia se encuentra bien, gracias.

—¿Está segura de que se encontraba tan mal? —arqueó una de sus oscuras cejas.

—¿Duda de ella? —imité su gesto fingiéndome ofendida.

Él esbozó una sonrisa antes de soltar:

—Jamás pensaría dudar de lady Haymore, de quien dudo es de usted.

No fingí sorprenderme.

—Era de esperar. Imaginé que algo así podría pasar —aclaré con naturalidad—. Aunque, le confieso que es lo más desacertado que puede hacer frente a una dama.

—No se ofenda, no pretendía tildarla de mentirosa. Es solo que, a mi parecer, su prima no parecía tan enferma como la dibujaba.

¡Maldición! Yo tenía razón, en el aviario, el marqués había sospechado desde el principio, ¿cómo se habría dado cuenta?

Lo había subestimado. Tendría que mejorar mis estrategias futuras, especialmente aquellas que tuvieran relación con enfermedades inventadas.

—Amelia se sentía indispuesta, de lo contrario, esta noche estaríamos disfrutando de su presencia. ¿O cree que iba a perderse una velada tan maravillosa como esta por una farsa?

—Fingiré que la creo —admitió en un tono que dejaba patente que no llegaba a creerse sus propias palabras—. Aunque... puede que usted la haya obligado a quedarse en el cuarto.

Me sentí ofendida.

—¿Por qué haría eso?

—Me muero por descubrirlo.

Entrecerré los ojos para, a continuación, realizar una directa y sinuosa cuestión:

—Su acusación no tiene sentido. ¿Insinúa que el señor Stinton es tan mal anfitrión que quería alejarme de su compañía esta mañana y he usado a mi prima para conseguir tal fin?

—Por supuesto que no. Pienso que tal vez tuviera algo que ver con su interesante y, a la par, aburrida disertación sobre la vida y crianza de los pichones. O... puede que, dado su insistencia por mi presencia, pretendiera dejarme a solas con él y quedar a expensas de su amable guía.

Fingí una sorpresa deliberada.

—¡Vaya! Creí que estaba interesado en los animales —admití, toda inocencia.

Por primera vez, en su mirada advertí algo desconcertante, parecía haberse encendido una pequeña chispa que comenzó a avivar el fuego de sus ojos.

—No finja conmigo, lady Abernathy. Solo asistí a esa estúpida excursión porque usted prácticamente me obligó —masculló con los dientes apretados.

—¡Qué descortés es usted! Me limité a invitarlo a participar en una actividad. Nada más. Podía haber rechazado la oferta —inquirí.

—¿Exactamente, en qué momento? ¿Cuándo usted confirmaba mi asistencia o cuándo el señor Stinton la daba por hecho?

—No sé por qué se vuelve tan dramático. Si no le apetecía asistir, solo tenía que negarse, al fin y al cabo, es usted un marqués. Nos supera considerablemente en el escalafón social. Además, no me puede decir que lo pasó tan mal, parecía muy divertido con la compañía de la señorita Clifford.

—¿Acaso se sentía celosa?

Me quedé paralizada. ¿De dónde había sacado tal acusación?

Al parecer, mi plan estaba funcionando a pasos agigantados. No podía permitir que se me escapase de control.

—¿Por qué exactamente debería haber estado celosa? —Alcé una ceja, inquisitiva—. ¿Su intención al llevar a la señorita Clifford era esa?

—Desde luego que no —replicó al instante—. No entiendo cómo ha podido llegar a esa conclusión.

—Quizás porque usted lo ha mencionado. —Su rostro se tornó más serio aún—. ¿Le puedo confesar algo? —Mi voz sonó en un susurro, lo que provocó que Crawford se viera obligado a agacharse para escuchar aquello

que tenía en mente—. Tal vez, si me hubiera expuesto su intención, le habría seguido el juego y aceptado que estaba muy celosa.

—¿Se burla de mí, lady Abernathy? —Frunció el ceño.

—Jamás lo pensaría —repliqué reprimiendo una sonrisa divertida.

El vals llegó a su fin dejando en tablas aquella esclarecedora conversación.

Con una ligera y gentil reverencia me alejé.

Lillian cuatro, marqués de Crawford uno.

El resto de la noche la dediqué a bailar con un caballero tras otro. No quería darle tiempo a Crawford de llegar hasta mí y solicitarme el segundo baile que le debía.

Sin embargo, para mi desgracia, no pude evitar la llegada de tal acontecimiento.

Tras un minué, cuyo compañero fue Edward Fernsby, marqués de Ackerman, lady Stinton detuvo la sala de baile e hizo un anuncio que nos sorprendió a todos:

—Queridos invitados. Me gustaría aprovechar la ocasión para agradecer a todos vuestra asistencia, la cual espero que esté resultando de lo más satisfactoria. Mis criados están a su completa disposición para resolver cualquier cuestión que se les presente. —Se aclaró la voz—. El motivo de mi pequeño discurso viene a colación de una sorpresa que mi familia ha preparado. ¡Unos juegos de salón!

Un murmullo se inició por toda la sala. Los invitados se miraban intrigados. Ni me molesté en apartar mi atención de lady Stinton. Muchas posibilidades de fastidiar a Crawford vinieron a mi mente.

Lord Ackerman se volvió hacia mí y me preguntó:

—No lo dirá en serio, ¿verdad? —Su rostro parecía perplejo.

—Me temo que sí —aduje estudiando su porte regio.

El marqués mantenía una expresión severa. Todos conocían su sobriedad y distinción. A diferencia de su hermanastro, no se mostraba especialmente colaborador con todo aquello que no cumpliera con un objetivo del que pudiera sacar provecho.

—Muchos de ustedes —continuó nuestra anfitriona— se preguntarán en qué consisten o cómo se llevarán a cabo. Mi intención es disfrutar y divertirnos durante tres días con una serie de pruebas. En aquel panel de allí —señaló una mesa con hojas en blanco sobre ella— iremos inscribiendo a

las parejas participantes. A lo largo de la noche, cada invitado que desee participar podrá introducir su nombre en las bandejas dispuestas a los lados. Los hombres en la izquierda, las mujeres en la derecha. Mañana por la tarde sacaremos los nombres y se irán conformando las parejas. —Hizo una pausa—. Al azar iremos organizando una serie de grupos que deberán participar juntos en las mismas actividades e irán rotando en el mismo orden. La pareja que más puntuaciones consiga al unir todas las pruebas será la ganadora. El premio lo reservaré en secreto. —Entre aplausos y quejas por no desvelar el ansiado trofeo, el público alabó la original idea—. Ahora, sin querer detener ni un segundo más esta dichosa velada, por favor, seguid bailando y disfrutando de la noche.

Los músicos, que habían aprovechado el tiempo en que lady Stinton había estado hablando para refrescarse, comenzaron a buscar una nueva partitura que tocar.

—Lord Ackerman, ¿me permitiría acompañar a lady Abernathy en este baile?

«Otra vez no», suspiré volviéndome para contemplar el rostro satisfecho del marqués. ¿De dónde había salido?

El aludido volvió su atención sobre mí y yo no pude más que verme obligada a asentir ante sus directas miradas.

Con elegancia, el marqués tomó mi mano, la besó y la dejó sobre la de Crawford, quien, con su arrogancia y altanería, sonrió anchamente satisfecho por su resultado.

No hablé mientras me llevaba hasta la pista de baile y me sujetaba de la cintura.

La música comenzó y nosotros a su compás.

—Parece que nos espera una gran diversión durante nuestra estancia en la casa, ¿no le parece?

Me encogí de hombros.

—Supongo que eso depende de lo que cada uno entienda por diversión —agregué expresando mi apatía.

—Yo diría que estos días van a resultar de lo más interesantes.

—¿Por qué lo dice?

—Tengo el firme convencimiento de que usted será mi pareja —afirmó muy seguro.

—¿Usted sabe las probabilidades de que eso suceda?

—¿Menos que la probabilidad de que no? —Alzó una ceja mofándose de mí.

Fruncí el ceño estudiando sus facciones.

—Supongo que sí. Habrá un porcentaje de un noventa y nueve por ciento de que no nos toque y un uno de que sí. La probabilidad juega en su contra

Torció el gesto intrigado antes de empezar con su disertación:

—Digamos que participa el mismo número de hombres y mujeres, eso disminuiría el porcentaje al cincuenta por ciento. Si suponemos que muchos de los amantes y demás parejas de la temporada hagan trampas, eso nos dejará en un ¿treinta por ciento? Lo que nos lleva a deducir que habrá una probabilidad de un veintinueve y nueve por ciento de que usted no sea mi pareja y un sesenta y uno por ciento de que lo sea. Sin contar el número de invitados que no tomen parte del juego. Realmente, la probabilidad ha disminuido en el aspecto que nos interesa, ¿no le parece?

No sé qué imagen debía mostrar en esos instantes, en mi interior me encontraba totalmente confusa. El hecho de que hubiese empezado a hacer cálculos matemáticos con tanta rapidez y facilidad había supuesto que yo me perdiera al analizar las primeras cifras. Sí, debía admitirlo, las matemáticas le habían regalado un punto.

—¿Por qué no dice nada?

—Realizo despacio sus cálculos mentalmente. Por si se ha equivocado.

Él comenzó a reír, y debía admitir que se le veía muy divertido y despreocupado. Al cabo de unos segundos, durante los cuales no pude evitar sentirme frustrada y furiosa por sentir que su diversión era a mi costa, habló:

—No se lleva muy bien con las matemáticas, ¿verdad?

Le miré sin afirmar ni desmentir su cuestión y su carcajada se hizo más sonora. ¿Cómo podía descubrir ciertos aspectos de mí misma que tanto me obligaba a ocultar? Sin apenas conocernos, parecía que aquel hombre sabía leer mi mente a la perfección.

—Me sorprende descubrir que hay algo que no se le da bien. —Cortó su risa ante mi entereza—. De acuerdo, si alguna prueba tiene que ver con cálculos, usted solo asienta y copie lo que yo haga.

—¿Por qué está tan seguro de que nos tocará juntos?

Se encogió de hombros.

—Probabilidad, ya sabe... Bueno, realmente, no sabe. —Sonrió y mi orgullo se vio seriamente herido. Lo fulminé con la mirada. La sangre comenzó a hervir en mis venas—. No se moleste, lady Lillian, no es mi intención ofenderla.

—Claro que no —aseguré mordaz.

—Me sorprende que no sepa de matemáticas habiendo asistido a la Escuela de Señoritas.

—¿Cómo sabe que fui a la Escuela de Señoritas? —inquirí.

—Su hermano me lo comentó una vez.

Asentí, no muy conforme con su respuesta.

—Nunca podría imaginar que no fuera hábil en todos los ámbitos.

—Nadie es perfecto. Ni siquiera usted, que parece sentir fascinación por mis problemas de cálculo —le escupí.

Aquella acusación consiguió que la maldita comisura de sus labios se curvara sutilmente otorgándole un aire despreocupado e inocente a su atractivo semblante.

—Eso es cierto. En ese caso, deberá descubrir cuál es mi mayor defecto.

—Ya lo sé —desdeñé.

—¿En serio? Me deja sin palabras. —Pestañeó incrédulo.

—Es usted todo un arrogante.

—Le aseguro, lady Abernathy, que la arrogancia es una de mis mayores virtudes —susurró.

Mi pulso se aceleró ante la cercanía de su cuerpo y tuve la absoluta certeza de que se trataba de la cólera que me recorría cada vez que trataba con él.

—Entonces, solo me quedan por enumerar los peores pecados para indicarlos como su mayor defecto.

—Eso es algo que podrá descubrir muy pronto —expuso sugerentemente.

Comencé a sentir un cosquilleo en la boca de mi estómago, unas terribles ganas de vomitar ante su plétora de halagos hacia sí mismo.

—Si me disculpa, me siento mareada. —Me detuve soltándole de las manos y agarrando mi falda.

Y con una ligera venia, me volví con el gesto contraído y los labios fruncidos.

Caminé a paso ligero sin mirar ni un instante hacia atrás.

Respiré hondo cuando me alejé lo suficiente, por fin esa sensación absurda comenzaba a disiparse.

De acuerdo, lo admito, esa noche la puntuación había cambiado. Lillian cuatro, marqués de Crawford dos. Sin embargo, no debía sentirse muy satisfecho con el resultado, pues pronto comenzaría mi remontada.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

EL DÍA EN QUE DECIDÍ TOMARME LA APUESTA COMO ALGO PERSONAL

Tras un contundente y reconfortante desayuno, convertido casi en un ritual entre Amelia y yo para compartir confidencias y hacer planes, nos dirigimos al salón en donde depositamos la papeleta con nuestro nombre en la urna. Amelia me había perdonado después de haberle asegurado que no volvería a tratarla como un recurso más para mis artimañas y yo por fin me sentía algo menos culpable por ello.

Me sentía afortunada de no haberme encontrado, hasta el momento, ni con Crawford ni con Stinton, aunque no debía relajarme. En cualquier momento llegarían con toda su munición y yo debía estar en pie de guerra.

Salimos a caminar al jardín. Las actividades no comenzarían hasta el día siguiente, por lo que podríamos vagar libremente por los alrededores durante toda la mañana.

Tras una larga caminata, llegamos a un lago en cuya orilla nos sentamos a descansar.

Rodeadas de una densa vegetación, podíamos oír el melodioso canto de los pájaros, el chapoteo de los peces en el agua y el siseo del viento colándose entre las hojas de los árboles. Allí permanecemos la mayor parte del día, alejadas de las actividades ruidosas y poco atrayentes con las que los miembros de la sociedad se entretenían en veladas tan ociosas como aquellas.

Cuando regresamos a la mansión encontramos que, debido a la esplendorosa mañana de primavera, el refrigerio se había dispuesto al aire libre. Algunos lacayos se paseaban por la terraza con bandejas repletas de

copas con limonada y otras bebidas más fuertes para los caballeros. También servían canapés de cangrejo y paté.

Amelia llamó mi atención para indicarme un lugar alejado y tranquilo. Tras tomar nuestras copas y arrebatarle media bandeja de canapés al lacayo, nos dirigimos a aquel lugar y comenzamos a reír ante nuestra infantil rebeldía.

Pretendiendo parecer casual, el señor Stinton se acercó a nosotras e inició una conversación trivial sobre el tiempo y los refrigerios.

Amablemente, respondíamos a los comentarios del anfitrión. Nos hallábamos de muy buen humor para permitir que algo tan nimio, como era su interrupción, nos arrebatara nuestra felicidad. Mis ojos se habían encontrado en un par de ocasiones con los oscuros de Crawford, que se paseaba con descaro entre los invitados. Puse todo mi empeño en controlar el deseo de desafiárlolo insistentemente hasta que, en una de las ocasiones en que sucumbí a la necesidad de mirarlo, no lo encontré. Me obligué a no buscarlo por el jardín de forma desesperada y continué con mi charla amigable. Aquella decisión fue la mejor que podía haber tomado, pues su perturbable voz me sobresaltó. A pesar de que sus palabras no iban dirigidas hacia mí, sino a Stinton, quien educadamente se apartó a pocos metros de nosotras, sostuvo un ligero intercambio con el marqués y con una cortés disculpa se alejó.

—Le ha espantado —me susurró Amelia sorprendida.

—Buenas tardes —nos saludó con un tono de diversión y cinismo.

—¿Buenas tardes? —pregunté alzando una ceja, sorprendida.

—Bueno, es por la tarde —se burló.

—¿Por qué ha ahuyentado de esa forma al señor Stinton? —quiso saber Amelia.

Con una ancha sonrisa, respondió:

—Solo he pasado a darle un mensaje y, haciendo honor a mi buena educación, me he parado a saludar.

—Claro, es usted de lo más servicial —dije con ironía.

—Parece irritada, lady Lillian, ¿se encuentra bien?

—Lo estaba, hasta que apareció usted —bufé.

Amelia ocultó una sonrisita divertida bajo su mano enguantada.

—Vaya, no sé si debería sentirme ofendido ante ese comentario, pero como estoy de buen humor lo pasaré por alto.

—¿Qué quiere de mí? —pregunté sin molestarme en mirarlo.

—¿Por qué piensa que deseo algo de usted?

—Porque se está tomando demasiadas molestias en irritarme.

Con una sonrisa mal dibujada alargó el brazo para tomar la copa de vino que le servía el lacayo. No dijo nada. Se mantuvo impasible hasta que dio un largo sorbo y se deleitó en su contenido.

—¿Le preocupa que la relacionen conmigo? —inquirió alzando una ceja de forma insolente.

—¡Por supuesto! Tengo que mantener mi reputación.

—¿Su reputación? ¿Tiene una reputación? ¿Y por qué no estoy al tanto de ella?

Su actitud era insolente y divertida.

—Lo que usted conozca de mí poco me interesa —declaré y me mantuve impasible.

—¡Qué descortés! ¿No le parece que su prima debería mejorar sus modales, señorita Haymore? —volvió su atención hacia Amelia, que observaba la situación con recelo.

—No, me parece que no. Realmente es usted inapropiado para cualquier dama respetable —soltó sin mostrar ningún atisbo de emoción.

Sonreí satisfecha. No esperaba que Amelia le diera un golpe así.

—Me siento tremendamente herido por sus palabras, milady —confesó mostrándose falsamente ofendido mientras acompañaba sus palabras llevando una de sus manos hacia el pecho de forma dramática—. No obstante, no quiero incomodarla. Me iré a un lugar en donde me sienta mejor acogido.

Su mirada se posó en una de las señoritas Clifford, que lo saludaba desde la distancia con coqueteo. Mis ojos se abrieron sorprendidos por el descaro de aquella joven.

—Si me disculpan.

Y con una ligera venia se volvió con paso arrogante y decidido en busca de la joven, con quien comenzó una charla de lo más íntima, dado el rubor de sus mejillas, que comenzaron a cubrir el rostro de ella.

—Cada vez lo soporto menos —mascullé.

—Sí, la verdad es que resulta de lo más irritante —dictaminó Amelia.

—He de reconocer que tu respuesta ha sido de lo más fascinante.

—Hacía tiempo que quería soltarle alguna indirecta.

—Me siento muy confundida respecto a él. No estoy segura de cuáles son sus intenciones. Ya debería estar harto de mí. Este tendría que ser el momento en que yo me arrastrara por él rogándole perdón y prometiéndole amor. Sin embargo, ahí lo tienes. —Lo señalé—. Me busca constantemente y me frustra con sus majaderías. Te prometo que a veces consigue sobrepasar mi autocontrol.

—Quizás deberías abandonar. Él parece ser inmune a todo.

—Nunca. No me voy a dejar intimidar por su actitud. Te aseguro que esta apuesta la voy a ganar, cueste lo que cueste —aseguré decidida.

Después de una merecida siesta, bajamos al salón, donde se disponía el té. Muchos de los invitados se encontraban reunidos, algunos de pie, otros sentados en los sofás y unos terceros en la terraza, a la que se accedía por la puerta al final del salón.

El té me sentó bien, estaba caliente y algo amargo, como me gustaba. Con él saboreaba mi paz y descanso conseguido tras un reparador sueño. La tía Mary apareció por la puerta junto a sus amigas, con las que se disculpó, antes de dirigirse hacia nuestra posición.

Tras un incesante cuestionario sobre nuestras actividades y comportamientos, así como un largo recordatorio de lo que esperaba de nosotras a cambio de libertad, tomó a Amelia del brazo y le pidió que la acompañara.

Asegurándole que no me movería de allí hasta su regreso, me serví otra taza de té y esperé. Varias señoritas entraron al salón y se dispusieron a mi alrededor, tratando de hacerme partícipe de su conversación mientras compartían confidencias y un plato de pastas de mantequilla, mis favoritas.

Aun cuando apenas conocía a esas jóvenes, me sentí completamente inmersa en aquel grupo y su conversación me entretenía, a pesar de no compartir los mismos intereses.

—Yo también creo que el azul le sienta mejor, Agatha —comenté.

Le di un último sorbo al negro brebaje, dejé la tacita sobre el plato y, al levantar la mirada, me encontré con los oscuros ojos de marqués, que me observaban con escrutinio desde el otro extremo de la sala.

La comisura de sus labios se curvaba de forma pícara y sus ojos intensos, penetrantes e indescifrables se mantenían impasibles.

Alcé la ceja interrogativa y él me respondió con el mismo gesto. Confusa, alcé levemente los hombros y sacudí la cabeza, intentando darle a entender que no era apropiado su comportamiento, mas, con todo el descaro del mundo, él se limitó a imitarme de nuevo.

Fruncí el ceño. ¿Qué pretendía? ¿Por qué me miraba de esa forma? ¿Qué estaría tramando su maquiavélica y libertina mente?

Suspiré y tomé de nuevo la taza vacía ignorando su presencia y fingiendo dar un largo trago de té. Él, de forma descarada, suspiró también y, llevando a los labios su taza repitió la acción antes de depositarla sobre la chimenea, y recostarse ligeramente con los brazos y piernas cruzadas sobre la pared. Me irritaba sobremanera su postura despreocupada, confiada y arrogante. Su expresión reflejaba su seguridad. Sonreía divertido, como si desde su posición pudiera descubrir algo que yo desconocía.

Exasperada, aparté mi atención de su persona devolviéndola al grupo cuya conversación giraba en torno a los peinados. Intenté centrar mi atención todo lo que pude a los argumentos que daban sobre qué tipo de rostro iba mejor con qué recogido.

Debo admitir que, a pesar de poner todo mi empeño en seguir la conversación, mi mente volvía una y otra vez a la figura del marqués, mirando de soslayo su pétrea postura y reprendiéndome al mismo tiempo cada vez que me sorprendía haciéndolo.

Vestía unos ajustadísimos pantalones negros, unas botas de piel oscuras ascendían hasta la mitad de las piernas y un chaleco marrón con motivos dorados colocado sobre su pecho obligaba a su camisa de algodón blanco a quedarse pegada a sus musculosos pectorales, los cuales ligeramente eran cubiertos por un pañuelo verde. Su cabello algo despeinado y una ligera capa de barba cubriendo su fuerte y delimitada mandíbula le otorgaban un aspecto salvaje, típico de un jinete tras una larga cabalgada.

¿Habría salido a cabalgar esa mañana? ¿En compañía femenina tal vez? ¿Por qué no me lo habría pedido a mí? Una rabia incontrolada subió por mi pecho hasta mis brazos. Mis manos se cerraron con fuerza en torno a la falda. Si mi teoría era cierta, no estaba llevando a cabo un buen trabajo. No podía consentirlo. No cuando Alexander Stone se estaba convirtiendo casi en una obsesión.

Amelia entró en la sala, se acercó a mí y me tocó el brazo devolviéndome a la realidad. Me disculpé con mis acompañantes y me levanté para

reunirme con ella detrás del sofá, dándole la espalda al marqués.

—Lillian, ¿ha pasado algo?

Antes de que me diera tiempo a responder, la voz autoritaria, digna de una anfitriona, de lady Stinton retumbó en el salón haciendo callar a todos los presentes al informar de que las participaciones estaban a punto de cerrarse y se iba a dar paso a la conformación de parejas.

Los pocos invitados que faltaban por llegar se fueron acomodando en torno a lady Stinton. Algunas de las damas más jóvenes se aproximaron al entarimado ofreciéndoles los asientos libres a aquellas mujeres que no deseaban formar parte de aquel juego. Los caballeros se dispusieron en la parte de atrás.

Dos criadas se acercaron al estrado en donde la anfitriona esperaba y le ofrecieron las bolsas que contenían los nombres de los participantes.

—Antes de empezar, quiero informar de que he decidido que, en esta ocasión, en lugar de sacar los nombres de los caballeros primero, con su permiso, lo haré con los de las mujeres.

Impaciente, Amelia me tomó del brazo mientras lady Stinton comenzaba a nombrar, alto y claro, los miembros de las parejas.

Una vez mencionados, la dama en cuestión debía buscar a su pareja y juntos apuntarse en una lista dispuesta al final de la sala, descubriendo así el orden de sus actividades para los próximos días.

—¿Quién crees que será nuestro acompañante? —susurró Amelia nerviosa.

Observé su mano en mi codo y ascendí hasta su rostro. Miraba sin pestañear a la señora Stinton, expectante.

—Con la suerte que tienes, es muy probable que te toque con algún caballero digno de admirar. Con la mía...

Ella giró su atención hacia mí.

—¿Tú crees? —inquirió sorprendida y emocionada.

—¿Que tengo mala suerte? Generalmente sí.

Chasqueó la lengua.

—No, boba. Pregunto si crees que mi compañero será un hombre interesante.

—Todo es pura estadística y azar, creo —dudé—. O, al menos, eso me dijo Crawford.

—¿Crawford te habló de estadística?

—Sí, me dijo que teníamos más de un setenta por ciento de ser pareja.

—A ver, no es que yo sea muy buena en matemáticas, pero...

Amelia se giró, cogió un trozo de papel y un lápiz de la mesita y se puso a escribir números mientras rumoreaba...

—Si hay cincuenta personas posibles como pareja y descontamos quince, que son los casados, cuatro que no participan y seis que están comprometidos, nos queda un total de veinticinco. Lo que supondría un... ¡cuatro por ciento!

—¿Quééé?

—Las probabilidades de que Crawford y tú salgáis como pareja es de un cuatro por ciento. Las matemáticas no fallan —agregó dándole un ligero toquecito al papel con el lápiz.

Le arranqué de las manos la tarjeta y comencé a mirar todos esos números y signos. No entendía nada, pero la cifra final era clara. ¡Cuatro!

Abrí los ojos, expectante. ¿Me había engañado? ¡Maldito marqués!

No dije nada, al menos no en voz alta, no había nada educado con lo que pudiera expresarme en aquel momento.

Alcé la cabeza y lo fulminé con la mirada, a pesar de que permanecía en el mismo sitio, de espaldas, charlando animadamente con otros caballeros.

—Me temo que el marqués se ha aprovechado de tu debilidad con los números —argumentó entre risas.

—Amelia, no tiene gracia —le escupí mordiéndome la lengua para no pagar con ella mi malhumor.

Había sido engañada. No había nada peor que ser consciente de mis debilidades y que las usaran en su beneficio. Mi odio hacia el marqués iba en aumento.

—Ahora es mejor que las probabilidades jueguen a tu favor, porque tengo claro que ese hombre va a sufrir tu ira.

—No lo dudes ni por un segundo —dije con los dientes apretados.

—Ya deja de mirarlo así, alguien se va a dar cuenta —aseguró.

Me obligué a pestañear y regresar mi atención al resto de la sala.

—Es que no puedo evitar controlar este deseo de asesinarlo.

Amelia rio de nuevo.

—¡Lady Amelia Haymore!

Amelia pegó un brinco al escuchar su nombre y, centrando de nuevo su atención hacia la mujer que la había nombrado, se quedó expectante.

—¿A quién me han asignado? Por tu culpa no lo he oído —me recriminó.

—¿Por mi culpa? —Alcé las cejas—. ¿Ahora quieres cargarme también con eso? Como si no fuera suficiente ser el hazmerreír de un libertino marqués —mascullé molesta.

Una voz muy masculina, gutural y ronca la llamó. Ambas nos volvimos prestas hacia el hombre que la poseía. Me mordí los carrillos para evitar curvar los labios. Aquello sí que era toda una sorpresa.

—Señorita Haymore, sé que debería haber ido usted en mi busca, pero odio romper con las formalidades, si me disculpa, me gustaría tomarme la libertad de apuntarnos y acompañarla hacia el exterior.

El compañero de Amelia iba a ser, nada más y nada menos, que lord Edward Fernsby, marqués de Ackerman.

He de reconocer que no la envidié. A pesar de ser conocido como uno de los solteros más codiciados de la temporada gracias no solo a lo atractivo, educado y elegante que era, sino a su cuenta bancaria más que abultada, el marqués de Ackerman jamás bromeaba o sonreía despreocupado. Se comportaba con galantería ante una dama, aunque no solía ser él quien buscaba su compañía, si bien eso podía deberse a que convertirse en un cotizado soltero y heredero de una gran fortuna era todo lo que una madre con hijas casaderas necesitaba saber para asaltarlo o confundir las amables intenciones.

Mientras anotaba el nombre de Amelia y el suyo en la mesa cercana, pude admirar su belleza clásica, su porte regio y su virilidad. Su cabello rubio llevaba el corte a la moda de los hombres y bajo sus espesas y fruncidas cejas unos intensos ojos verdes podrían derretir cualquier corazón. Su mandíbula tensa y marcada estaba cubierta por una capa gruesa de barba castaña clara y sus labios gruesos se mantenían en un rictus perfecto.

Amelia me echó una mirada reprobatoria antes de volverse a su compañero sonriente.

—Lord Ackerman. Nunca hubiese imaginado que usted participaría en este tipo de actividades —dije.

Su rostro se tensó levemente.

—Tiene razón, este tipo de divertimentos no se adapta a mis gustos.

—¿Y qué le hizo aceptar? —quiso saber Amelia, intrigada, preguntando por las dos.

—Digamos que fui persuadido —alegó mirando al frente con el ceño fruncido.

Seguí la dirección de su mirada encontrando la figura de lord Somerset, su hermano, que sonreía plácidamente. Aquel gesto lo explicó todo.

Amelia tomó por fin el brazo de Ackerman, que había finalizado su inscripción.

—Lady Abernathy, si nos disculpa —me habló inclinando la cabeza.

—Por supuesto, lord Ackerman. Cuide mucho a mi prima.

—Por supuesto, lady Abernathy.

—Nos vemos pronto, Lillian.

—Ojalá mi suerte sea tan buena como la tuya —le susurré cuando se disponía a seguir los pasos de su acompañante.

Fijé mi atención, divertida, en su nuca. Sabía el gesto que debía llevar dibujado en el rostro tras mi comentario. Los bucles que caían sobre su espalda sobresaliendo de su perfecto recogido se movían grácilmente a su paso.

En el acto me di cuenta de que Amelia y el marqués caminaban de la misma forma, seguros y diligentes. Tenían casi la misma tonalidad del cabello, aunque el de mi prima era un tono más platino que el de él, y su cabeza le llegaba por el hombro. Formaban una pareja peculiar y deliciosa. Hubiera dado cualquier cosa con tal de no perderlos de vista ni un segundo y escuchar sus interesantes conversaciones.

Durante aquella agradable intervención del marqués de Ackerman no había pensado ni un momento en la ira que me había invadido momentos antes y que comenzó a resurgir de nuevo al descubrir la figura despreocupada del marqués acercándose a mi posición.

Sin ningún disimulo, me volví y comencé a caminar en dirección contraria, sorteando a todo aquel que se encontraba a mi paso.

Conseguí despistarlo en un par de ocasiones, aunque siempre parecía encontrarme. Me detuve cerca de las puertas que daban al exterior, consciente de que había conseguido evitarlo a toda costa y felicitándome con mi buen hacer cuando, de pronto, su cálido aliento rozó mi mejilla.

Sorprendida, di un salto y me enfrenté a él con los ojos llenos de fuego.

—Buenas tardes, lady Lillian —susurró pícaro.

Parecía complacido y despreocupado. Sus manos en la espalda y su arrogante sonrisa en el rostro.

Abrí los labios para decir algo y acto seguido los cerré dándole la espalda. Mi mejor arma sería la indiferencia, aunque por dentro bullera de rabia y frustración.

Crucé mis brazos e ignorándole volví toda mi atención a las palabras que salían de los labios de lady Stinton, quien seguía anunciando parejas.

—La he saludado educadamente.

Seguí sin responder.

—¿Lady Abernathy? ¿Acaso no le funciona su sistema auditivo? —dijo acercándose más de lo decoroso.

—Mi sistema auditivo funciona muy bien, gracias por su preocupación. Y ahora aléjese de mí —le exigí sin girarme.

—Deberían haberle enseñado que es de mala educación no responder ante un cortés gesto.

—Y a usted deberían haberle enseñado que no se debe mentir a una dama.

—¿Yo le he mentido?

—Se comporta como un niño malcriado.

Alzó una ceja, sorprendido.

—Y usted como una niña caprichosa.

Abrí la boca para replicarle, mas él se adelantó con una reflexión:

—Un niño malcriado y una niña caprichosa podrían hacer una buena pareja.

—Jamás haría pareja con usted. Ni buena ni mala —repliqué.

—Es realmente decepcionante que piense así.

A pesar de la imperante necesidad que me recorrió por preguntarle a qué se refería, tuve el suficiente autodomínio de no hacerlo.

—Está bien, ¿por qué dice que le he mentido? Puedo ser un cínico, pero nunca un mentiroso.

—Por favor, ahora no se haga el inocente conmigo. Sabe de qué le hablo.

Su rostro mostró un gesto de sorpresa y comenzó a reír, silenciosamente, como reprimiendo su intención.

—No sé qué le hace tanta gracia. Es usted un abusivo.

—Percibo que ya lo ha descubierto.

Me giré sobre mis talones para enfrentarme a él.

—¡Oh, perdone! Todavía puedo fingir que desconozco su mentira.

Su pecho subía y bajaba mientras sus labios se obligaban a permanecer cerrados. Cuando no lo consiguió los cubrió con su mano.

—Creo que he tenido suficiente —aduje antes de volverme para salir de allí.

—Por favor, lady Abernathy, no se vaya. No pretendía...

—¿Burlarse de mí? ¿Hacerme quedar como una estúpida? —argumenté sacando la ira contenida—. En mi vida me había sentido tan humillada.

—Espere —dijo tornando a la serenidad y sujetando mi brazo enguantado, que soltó de inmediato al darse cuenta de su atrevimiento—. No quise hacerla sentir así. Solo quería bromear con usted, hacerla debatir sobre las diferentes posibilidades, pero usted estaba tan convencida de mis palabras que...

—Que pensó reírse a mi costa, ¿no?

—En absoluto. En realidad, no quería herir su sensibilidad, por eso fingí que mis datos eran correctos.

Me quedé mirándolo fijamente unos segundos, sus ojos parecían sinceros.

—No pienso creerle.

—Le digo la verdad. Usted parecía tan confiada de que lo que decía era cierto que... ¿No sabe calcular?

Mi cuerpo se tensó ante su pregunta.

—Digamos que las matemáticas y yo no somos buenas amigas.

—Sí, me di cuenta. Prometo no bromear de nuevo en esos términos.

Así que esa era la razón por la que después de su discurso me había mirado confundido, consciente de que algo malo había en mí. ¡Sería estúpida! Y yo pensando que sabía leer mi mente. ¡Malditos cálculos!

Alcé una ceja escrutadora.

—Acepto sus disculpas —dije sin saber muy bien por qué—. Y ahora, dígame, ¿por qué esa incesante búsqueda de mi persona, además de para hacerme sentir molesta?

—De hecho, he venido hasta aquí para presentarle a su pareja.

Me sentí alarmada. ¿Me había llamado la señora Stinton y yo no me había percatado? No obstante, no quise hacerle creer que estaba desinformada.

—No creo que usted sea conocedor de esa información, puesto que ni siquiera me han mencionado aún.

—No, no lo han hecho —admitió.

Suspiré aliviada.

—Entonces, ¿cómo puede saber...?

—Solo es cuestión de usar la lógica matemática.

Alcé las cejas, sorprendida de que hubiera roto su promesa tan pronto.

Él se percató de su error y me dedicó un gesto displicente.

—No tengo tiempo para tonterías.

—¡Espere!

Tomó mi muñeca en el momento en que di un paso para alejarme de él, sin embargo, en esta ocasión no me soltó.

—No voy a permitir ser el objeto de sus burlas toda la noche, lord Crawford. Y ahora suélteme.

—Lo siento, no lo hice a propósito. Solo tenía intención de guiarla hacia su pareja.

—¿Cómo puede saberlo si ni siquiera ha salido mi nombre aún?

Alzó las cejas, divertido.

—No lo diga.

—No se lo tome a mal, lady Abernathy, pero no le mentí cuando le dije que la probabilidad juega a mi favor, especialmente cuando se le ofrece una ayudita.

Contuve mi sorpresa, apreté los dientes y solté:

—Usted...

—Sí. Yo. —Amplió la terrible curvatura de sus labios.

—No puedo creer que haya hecho trampas.

Se encogió de hombros, despreocupado.

—Preferiría llamarlo asegurarme el éxito.

—Reitero que no creo ni una sola palabra de lo que dice.

—Podrá comprobarlo por usted misma —afirmó antes de soltarme, girarse y dirigirse hacia una silla al fondo de la sala en donde había dejado su chaqueta, la cual se colocó con movimientos seguros y desenfadados.

Había visto en miles de ocasiones a Harry colocarse una chaqueta o cerrarse la camisa, sin embargo, nunca antes me había parecido que fuese un hecho tan fascinante. Sus movimientos eran gráciles, elegantes y...

—Lady Lillian Abernathy —escuché mi nombre. Mi corazón comenzó a bombear rápidamente—, tendrá como compañero al marqués de Crawford.

Me volví presta buscando su expresión. Él sonrió anchamente al tiempo que se dirigía hacia mí.

—Se lo dije —murmuró.

—¡Ha hecho trampas! —casi grité.

—No volveré a repetir que se lo dije —se burló de mí.

Me quedé mirándolo reprobatoriamente.

—Probabilidad —arguyó encogiéndose de hombros—. Ya sabe.

Omití el comentario, de lo contrario, comenzaría a darle golpes hasta quedar exhausta.

—¿Se puede saber qué diablos le pasa conmigo? ¿Por qué no me deja vivir en paz? Ha estropeado mi posibilidad de encontrar una pareja mejor —solté.

El hecho de que fuera él quien me buscara me desconcertaba sobremanera.

—¿Con lord Stinton, tal vez?

—No es asunto suyo.

—Lady... Lillian, ¿puedo llamarla así? —Negué enérgica con la cabeza—. Solo quiero pasar tiempo con usted y demostrarle que no soy tan canalla como parece creer.

—No lo parece, lo creo. Va a conseguir que la antipatía que siento por usted crezca hasta límites insospechados.

—Me apena que piense así —habló ofreciéndome el brazo—. Sobre todo, teniendo en cuenta que nos esperan tres intensos días juntos.

—Impugnaré el sorteo —lo amenacé.

—¿Y hacer quedar en mal lugar a la anfitriona?

—Diré que usted ha hecho trampas.

—¿Y con qué pruebas avalará su afirmación? —quiso saber, acercando su rostro al mío.

Resoplé, consciente de que tenía razón. Acto seguido, apreté los dientes y tomé el brazo que me extendía con orgullo.

Nos acercamos a la mesa en donde estaba escrita, en diversas hojas, la división por equipos.

—Grupo dos —me anunció.

Asentí sin darle opción a ninguna conversación.

—Nuestra primera prueba es esta tarde en el salón. Se trata de una serie de juegos de competición.

—Debo avisarle de que soy muy competitiva, milord.

—Yo también lo soy. —Alzó la cabeza sonriente tras haber apuntado mi nombre junto al suyo—. ¿Lo ve? Sabía que haríamos buena pareja.

Comencé a caminar con urgencia para salir de aquel lugar. La habitación me estaba asfixiando, ¿o tal vez era su presencia?

—¡Lady Abernathy! —me gritó a escasos metros bajo la atenta mirada de todos los que lo escucharon—. El salón está por ahí. ¿Me acompaña?

Gruñí internamente apretando los puños, que sujetaban de forma disimulada la falda de mi vestido verde oliva. Fingí una sonrisa y avancé hacia él, furiosa.

Agradecido de que aquellos invitados que esperaban a ser nombrados nos miraran expectantes, Crawford me dirigió con paso lento hasta el salón donde aquellas personas que conformaban el grupo dos esperaban a estar reunidos al completo. Para mi frustración, mi prima no se encontraba allí, aunque sí lo hacían las señoritas Brigitte y Daniella Clifford. Una acompañada de su hermano, la otra de lord Merrit. Fue la primera quien me dedicó una punzante mirada llena de celos.

—Estoy seguro de que lo pasaremos en grande, Lillian —recalcó el marqués.

—No me llame así —mascullé entre dientes.

Él soltó una carcajada.

El tiempo que nos vimos obligados a esperar lo dediqué a ordenar en mi mente la diversidad de ocasiones que tendría para hacerle la vida imposible.

Aquella situación ya no tenía relación con una apuesta, sino que se había convertido en algo personal y no iba a permitir que el marqués de Crawford se saliera con la suya. No mientras me quedaran ideas para evitarlo.

Capítulo 10

¿GANAR O SIMPLEMENTE... PARTICIPAR?

—¡Eso no era una abeja! —le grité malhumorada a Crawford después de haber perdido la segunda ronda.

Desde el principio, el juego me parecía estúpido. Consistía, en primer lugar, en asignar el sonido de un animal a cada pareja. Posteriormente, uno de los miembros debía cubrirse los ojos para buscar por toda la sala al compañero que imitaba el sonido de dicho animal.

Al inicio del juego, mi sonido asignado había sido la oveja. Crawford me encontró fácilmente entre aquella extravagante granja de animales formada por la alta aristocracia, una situación de lo más metafórica, debía admitir. Mi balido había sonado casi tan perfecto como el de una oveja de verdad.

Era su turno. Su pésima imitación me había llevado a dar tres malditas vueltas a la sala, siendo la última en dar con él y, por consiguiente, perder la partida.

—Claro que era una abeja —me replicó vivaz.

Puse los brazos en jarras.

Eliminados de la partida, nos alejamos del resto de jugadores y esperamos en un lateral, mientras que las demás parejas se apuntaban sus tantos y desempataban para obtener un ganador. Los descalificados se arremolinaban en torno a una pequeña mesa redonda y bebían té y pastas del servicio dispuesto allí.

—Eso parecía más bien una mosca muriéndose después de haberle dado con un periódico —le contradije.

—Era una abeja —insistió divertido.

Apreté los dientes.

—¿Ha escuchado alguna vez de cerca el zumbido de una abeja? —quise saber exasperada—. Le aseguro que yo sí y no se parece en nada a lo que usted hizo.

Se llevó pensativo un dedo a los labios.

—Ciertamente, creo que no, quizás de ahí radica mi error. Cuando era pequeño me picó una y, lo pasé tan mal, que con solo verlas a menos de tres metros huyo de ellas.

Cerré los ojos con fuerza.

«Respira, Lillian, respira», me repetía mientras él continuaba relatándome su experiencia con las abejas y sus picaduras.

—¿Por qué no lo dijo? Hubiéramos pedido un cambio de animal.

—¿Y perderme el inédito espectáculo de verla insegura dando vueltas a la sala con los ojos tapados?

Gruñí.

—Es usted...

—Continúe... —me rogó mostrándome sus impecables dientes blancos y el usual brillo en su mirada.

Cerré los labios con fuerza, respiré e intenté serenarme.

—Creí que quería ganar —le espeté intentando controlar mi sofoco.

—Así era. —Se cruzó de brazos, insolente—. Eso fue antes de considerar que sería mucho más divertido verla participar en este tipo de actividades.

Lo miré a través de las dos ligeras rendijas que formaron mis ojos.

—De modo que es a eso a lo que quiere jugar...

Se encogió de hombros.

—Muy bien. Juguemos entonces —dije decidida.

—¿Debería preocuparme? Eso ha sonado... peligroso.

Nada más pronunciar aquellas sentenciadoras palabras me alejé de él y me acerqué discretamente hacia la mesa de refrigerios esperando a que cualquiera de los caballeros que se encontraban allí reparara en mi presencia y se acercara para charlar. Lord Clifford, vizconde de Norfolk, se adelantó al resto e iniciamos una entretenida charla.

Debía admitir que el vizconde no era uno de los hombres a quien más estima tenía. La frialdad y el desdén con el que trataba al servicio como si él fuese el hijo de un rey era algo que me repelía. A pesar de ese defecto, era un hombre bastante atractivo, aunque algo presuntuoso. Su cabello largo le caía por detrás de las orejas rizándosele en el cuello, su rostro

impecablemente afeitado mostraba rasgos muy duros y autoritarios y sus ojos castaños confirmaban que no era un hombre al que le apasionaran las bromas y los coqueteos.

Evitando a toda costa volver al lado de mi acompañante, continué mi charla con el vizconde, quien me hablaba de su finca en las afueras de Londres y lo poco que le gustaba visitarla. Afirmaba que la vida en la ciudad era más interesante y activa.

Aquel recuerdo de mis días en mi amado pueblo me hizo sentir nostálgica ante la sensación de salir a cabalgar sin medida a diario. El cabello suelto, el viento sobre el rostro, el ensordecedor sonido de la velocidad, el palpar frenético del corazón, la presión de las riendas en las manos...

—Disculpen que los interrumpa. —Suspiré—. Necesito hablar un momento con mi compañera.

Norfolk me miró unos segundos, esperando una reacción que no llegó.

—Me parece que la señorita no quiere hablar con usted —respondió seguro de sus palabras.

El pecho de Crawford se hinchó.

—Y a mí me parece que usted no debería entrometerse.

Norfolk se volvió enfrentándose a él.

—Usted no tiene ningún derecho sobre la dama para reclamarla cuando se le antoja.

—Quizás no, sin embargo...

—Caballeros, por favor —me interpose yo entre sus fornidos y anchos cuerpos—. Creo que no hay razón para discutir de este modo.

Desde mi posición, pude atisbar cómo la sala entera se mostraba expectante ante la escena que se estaba produciendo.

—Lord Norfolk. —Le sonreí—. Le agradezco muchísimo su preocupación por mí. Es usted un caballero, sin duda alguna. —Él cabeceó satisfecho—. Aunque me temo que esta vez debo hablar con mi compañero para ponernos de acuerdo para la siguiente actividad, ya sabe que no hemos tenido mucho éxito.

—Muy bien —aventuró al fin—. Si así lo desea...

Y con una cortés despedida me vi arrojada de nuevo a las garras del marqués, quien, con una ancha sonrisa, se alegraba de salir victorioso.

—Borre esa expresión insufrible de su rostro. Si no he permitido que Norfolk le diera su merecido es porque no quiero crear ningún escándalo.

—Por muchas artimañas que use, lady Lillian, siento decirle que no va a librarse de mí tan fácilmente.

—Eso es algo que constantemente me recuerda.

La tensión del momento se disolvió cuando a lord Meyers y lady Ashley se les reconoció con un sonoro aplauso el éxito del juego atribuyéndoles una estrella a la competición.

Pasamos de inmediato a la siguiente prueba, consistente en un juego de mímica.

A uno de los miembros de la pareja se le susurraba un objeto, animal, libro o personaje y el otro miembro debía adivinarlo en menos de tres minutos.

Cuando llegó mi turno sabía de antemano qué debía hacer. Si el marqués quería guerra, yo no iba a dejarme avasallar.

La pareja que nos condicionaba el tema era lord Norfolk y su hermana, la señorita Clifford. Sabía que Daniella estaba interesada en mi acompañante, por lo que se decantaría por una idea que no le supusiera demasiado dificultad. Sin embargo, el altercado entre los hombres podría inclinar la balanza a mi favor.

—¡Una cometa! —gritaba—. ¡Un pájaro! ¡Una paloma! ¡Un... un águila! ¡Un halcón! ¡Un amanecer! —exclamaba.

Mientras él enumeraba una larga lista de objetos encontrados en el cielo, yo me limitaba a mover los brazos en semicírculos por detrás de mi cabeza y batir las manos hasta dejarlas caer sobre mis caderas. Una y otra vez repetía el mismo gesto sin darle más pistas u oportunidades.

Mi expresión era serena. Tuve que reprimir, de un modo imperante, las carcajadas que amenazaban con salir de mis labios. Las evidentes caras de confusión y escrutinios que mostraban mis espectadores ante mis gestos no me lo ponían fácil.

—¡Un avestruz! ¡Un flamenco! ¡Una urraca! ¡Un cuervo! ¡Una nube! ¡Un...!

Me detuve en seco y alcé una ceja.

—¿Una nube? ¿De verdad a usted esto le parece una nube? —Alcé las manos al cielo.

Él se encogió de hombros.

—Lady Abernathy, no se puede hablar mientras se representa —me recordó uno de los participantes al que no me molesté en responder.

—No se me ocurre nada más para explicar ese movimiento tan raro —determinó confuso.

—¡No es raro! No me culpe si usted no tiene ni idea de reconocer una buena actuación cuando la tiene delante —exclamé consciente de que todos se reirían de mis fingidas malas dotes interpretativas.

—Lady Abernathy, le recuerdo que no se puede hablar o será descalificada.

Esta vez me volví hacia el caballero en cuestión.

—¿Y qué más da? ¿No se da cuenta de que mi partida está abocada al fracaso?

—¡¡Tiempo!! —gritó otro alguien desde el final de la sala.

Furiosa, tomé el bajo de mi vestido y bajé los escalones del escenario improvisado para dar paso a la siguiente pareja, a la cual nosotros debíamos proporcionarle la temática.

—Realmente, ¿qué demonios se suponía que estaba haciendo? —me preguntó al sentarme a su lado. Su descuido en el lenguaje me gustó.

—Un pavo real —mencioné colocando las manos de forma recatada sobre mi regazo.

Alzó una ceja, sorprendido. Se levantó, le susurró algo a lord Spencer en el oído y volvió a mi lado.

—¿Un pavo real? ¿Desde cuándo un pavo real mueve las alas de esta manera? —imitó mi gesto y solté una carcajada incontrolable.

—Desde luego que el pavo real se mueve así. Lo que pasa que usted no se ha fijado con detenimiento. No prestaba total atención a mis pistas.

Volvió la cabeza hacia mi persona. Sus ojos se mostraban curiosos.

—¿Se podía ver más allá de ese estúpido movimiento? No ha hecho otra cosa que agitar los brazos.

—Hacía alusión a la cola del pavo real que abría sus plumas.

—Ah... Ahora lo entiendo todo. Quizás lo hubiera sabido de tener la capacidad de leer sus pensamientos. ¿Cómo cree que puedo identificar un pavo real por un simple gesto?

—Era bastante evidente —afirmé—. Hasta un niño lo hubiera acertado.

—Me temo que no existe nadie en esta tierra, señora mía, que pudiera alguna vez conseguir descifrarla.

—Perdóneme por no saber cómo representar a un pavo real a su gusto —le escupí antes de lanzarle una fulminante mirada y volver mi atención hacia lord Spencer, que tenía las manos en lo alto y parecía batallar contra alguien más grande.

—¿Qué le ha dicho que interprete?

—Ulises contra el cíclope.

Alcé una ceja, sorprendida.

—¿Realmente cree que su compañera... —giré la cabeza hacia lady Tremore, quien intentaba descifrar a su compañero— lo va a averiguar?

—Desde luego que no. A pesar de ser altamente consciente de que no ganaremos esta partida debido a nuestra ausencia de entendimiento, no pienso permitir que seamos los últimos —replicó satisfecho acomodándose en la silla y disfrutando del espectáculo que lord Spencer ofrecía dando saltos fingiendo que se arrastraba para avanzar. No pude más que reír ante el ingenio de mi acompañante.

Lady Tremore era conocida por su falta de... perspicacia. Se identificaba como una mujer demasiado inocente y con pésima memoria. Dicho motivo llevaría al fracaso a la pareja en esta partida.

El marqués se mostraba complacido apoltronado en el asiento. El tiempo se había acabado y lord Spencer bajaba para ocupar su lugar.

—Lo he hecho lo mejor que podía —explicaba, a nadie en particular, descorazonado.

La siguiente pareja en actuar fueron los hermanos Clifford, quienes obtuvieron su primera estrella con su excelente actuación.

Naturalmente, nosotros habíamos sido inmediatamente eliminados por lo que solo pudimos observar cómo los demás continuaban divirtiéndose.

Con toda la discreción de la que podía hacer gala, lancé furtivas miradas a mi acompañante. Se sentía muy seguro de sí mismo, y de lo que su físico conseguía transmitir a los demás, y así lo mostraba en la forma en que se movía o pasaba por alto las reglas sociales. Sus brazos cruzados sobre su pecho y su tobillo derecho descansando sobre el izquierdo de forma despreocupada le otorgaban un aspecto menos fiero. Su falta de decoro y de interés en las buenas costumbres me asombraba. ¿Cómo podía ser aceptado

por la sociedad si carecía de moral y etiqueta? Evidentemente, porque era un marqués.

Su padre, fallecido varios años atrás, había sido conocido por su severidad. Por ser el primogénito y único heredero. Todas las tierras y la fortuna del antiguo marquesado habían pasado inmediatamente a su poder dejando atrás la figura de hijo descarriado que viajaba constantemente a ser el marqués descarriado y libertino de la ciudad londinense. Todos lo adoraban y yo creía ir descubriendo el porqué.

Su mirada inquietante y oscura como la noche te obligaba a doblegarte a sus deseos por miedo a despertar en sus penetrantes ojos una furia aparentemente dormida. Esta característica, acompañada de una mandíbula angulosa y marcada, y un físico esbelto y musculoso, le daba un aspecto intimidante y fiero.

Fijé mi atención en una pequeña cicatriz que tenía en la sien derecha, casi rozándole el nacimiento del pelo. ¿En cuántas peleas se habría metido? ¿Cuánto habría tenido que correr para que no lo pillaran maridos enfurecidos?

A pesar de la frustración y la aversión que me causaba su presencia, no podía dejar de admirar su perfil. Su nariz recta y grande, sus cejas que se alzaban y contraían en la misma fracción de segundo confeccionando una muestra de variedad de expresiones, sus tupidas pestañas bateando de cuando en cuando, su ancho y musculoso pecho moviéndose acompasado con cada respiración, su cabello oscuro ensortijado en su nuca... Todo él era digno de ser admirado.

Sacudí la cabeza.

«¡Despierta, Lillian!». Se trataba del mayor mujeriego de todo Londres. Uno de sus mayores encantos era su físico y él lo sabía. «No te puedes dejar engañar». Me repetía una y otra vez.

El juego terminó dando el último reto de la noche antes de la cena.

Una partida de cartas parecía algo sencillo, y en verdad lo era. Sin embargo, cualquier cosa, por más sencilla que pareciera, podía convertirse en un absoluto desastre si el marqués de Crawford y yo estábamos involucrados.

Se jugarían varias partidas al mismo tiempo y los ganadores de cada una de ellas competirían entre sí buscando al mejor de tres.

Explicaron las reglas paso a paso para que, de ese modo, gente como yo, que solo había aprendido juegos nada apropiados para una dama, pudiera entender el funcionamiento.

Siendo sincera, no entendí mucho, y tampoco me interesó conocer más que lo único que captó mi completa atención; hacerle una señal a mi compañero para que este gritara cuando yo tuviera una secuencia seguida de cartas y viceversa. Eso con la dificultad añadida de no ser descubiertos.

El marqués se sentaba frente a mí y la primera vez que intenté que diera la alarma, aun sabiendo que me faltaban varias cartas para completar mi baraja, di una patada con todas mis fuerzas buscando como objetivo su espinilla. Sin embargo, la mala dirección que tomó el impulso hizo que golpeará a lord Meyers, quien de un respingo saltó de la silla antes de escrutarme con la mirada. Sonreí antes de disculparme, con voz dulce e inocente. Crawford reía por lo bajo. Fue entonces cuando fingí colocarme bien el zapato y esta vez sí le propiné el golpe de forma precisa. Supe que había acertado en el momento en que su sonrisa se desvaneció y se tornó en una línea recta.

Curvé ligeramente la comisura de mis labios, satisfecha.

La primera mano la ganaron lord Norfolk y su hermana.

Mientras repartían de nuevo las cartas. Crawford y yo nos miramos fijamente. Él me guiñó el ojo y supe que con ese gesto establecía nuestra contraseña. Era mi momento de venganza. Le devolví el gesto y sonreí cómplice.

Las cartas realmente no jugaban a mi favor. Por más que lo intentaba, y juro que me esforzaba, no conseguía formar ni siquiera una escalera. Cuando entregaba una carta para el cambio, escogía justo la siguiente a la que acababa de mandar al centro.

Fruncí el ceño ante el último intercambio. La partida no acabaría bien.

Alcé la cabeza hacia el centro de la mesa, encontrando a Crawford guiñando sutilmente el ojo. Fingí no haberme dado cuenta de su señal.

Bajé la vista hacia mis cartas y al cabo de unos largos segundos la levanté de nuevo hacia él, que seguía indicándome que lo había conseguido repitiendo el gesto una y otra vez discretamente, pendiente al mismo tiempo de que ningún otro miembro del cuarteto lo descubriera. Me encogí de hombros, me eché ligeramente hacia delante y lo observé detenidamente, consciente de que estaba llamando la atención de todos los presentes. El

marqués guiñaba el ojo cada vez más rápido, evidenciando su mensaje. Controlando un acceso de risa, pregunté:

—Milord, ¿se encuentra bien? parece como si se le hubiera metido algo en el ojo.

Se cubrió el rostro con sus manos, desesperanzado, al tiempo que lady Clifford gritaba:

—¡Los descubrí! Han perdido otra vez.

El marqués, exasperado y dándose por vencido, dejó caer sus cartas sobre la mesa descubriendo su contenido. Aquellas cartas nos hubiesen otorgado la victoria, pues se componían de la numerología más alta de toda la baraja.

—¿Por qué no me dijo que ya tenía su escala? —quise saber, toda inocencia.

Mi compañero me lanzó una furibunda mirada.

—¿Y qué creía que estaba haciendo?

—Lo siento —repliqué fingiendo un atisbo de culpabilidad—. Creí que tenía problemas con su ojo. Me preocupaba por usted.

—Quedan excluidos de la partida. Han perdido dos de tres. Lo lamento —decretó lord Meyers cerrando el círculo.

—Al parecer, no está teniendo mucha suerte, lady Abernathy —comentó lord Norfolk al tiempo que me ayudaba a apartar la silla—. O quizás la causa sea su acompañante.

Le sonreí tímidamente.

—Puede que ambas —respondí con un ligero cabeceo—. Espero que usted sea más agraciado que yo.

Me dirigí hacia uno de los mullidos sofás color berenjena. El marqués siguió mis pasos y se sentó frente a mí en una silla de terciopelo azul. Apoyó sus antebrazos en sus muslos y se inclinó ligeramente.

—Diga la verdad. Ha fingido que no me entendía por haberme reído de usted, ¿no es cierto?

—¡Claro que no! —exclamé dignamente al tiempo que cruzaba mis manos sobre mi regazo—. ¿Cómo puede pensar así de mí?

—Si es así, ¿por qué ha asentido cuando le he mostrado el gesto por primera vez?

—No he asentido porque le estuviera respondiendo. Era mi señal —expliqué confusa—. Creí que su guiño era mi confirmación.

Él contrajo el rostro y suspiró.

—Ciertamente, es más difícil complementarnos de lo que pensaba —admitió apesadumbrado.

—Ciertamente, creo que sí. Le dije que no era buena idea ser pareja.

Se encogió de hombros y se reclinó en la silla despreocupado.

—Pensé que perder me molestaría, pero el saber que usted pierde conmigo me entusiasma. Ofrece un punto de diversión añadido al juego.

Alcé una ceja.

—Quizás debería hacerme partícipe de su diversión —le escupí simulando estar ofendida.

—¡Vamos, lady Lillian! No me diga que no le resulta divertido. —Señaló hacia las mesas donde los participantes se batían entre cartas y mensajes cifrados—. Imagine que usted misma nos estuviera viendo desde fuera. Ha tenido que ser muy gracioso verme guiñarle el ojo como si tuviera un enjambre de abejas pululando por dentro.

Solté una carcajada.

—En realidad, creí que le estaba dando un colapso o algo parecido.

El marqués me siguió audiblemente.

—Además —dijo entre risas—, no me diga que el hecho de que usted le haya propinado una fuerte patada a lord Meyers no le ha sacado siquiera una sonrisa, aunque sea por un segundo. Sabiendo que el golpe iba dirigido a mí, estoy seguro de que al pobre le saldrá un moretón que no se irá en semanas.

No pude más que agachar la cabeza y morderme el labio para evitar soltar una carcajada. ¿Crawford me estaba haciendo reír? Lo observé unos segundos, se mostraba despreocupado en mi compañía, tranquilo y muy cómodo.

—Por no mencionar lo graciosa que se veía moviendo las manos como un pato ahí arriba. —Señaló el escenario.

Debía reconocer que la situación había resultado de lo más cómica. ¿Desde cuándo me ponía en ridículo delante de tantas personas para fastidiar a un hombre?

Si no hubiera sabido a ciencia cierta que lord Alexander Stone, marqués de Crawford, era un reconocido calavera, seguramente me hubiera planteado convertirlo en una grata compañía y un buen amigo confidente de fechorías.

Charlamos y cotilleamos acerca de los movimientos de los demás participantes, de cómo habían hecho trampas lord Spencer y lady Tremore en las cartas y de lo patética que había resultado la actuación de Brigitte Clifford al representar a Diana Cazadora.

—Yo hubiera dicho que le estaba dando un tirón en el brazo —comentaba Crawford.

Y así pasamos los largos minutos restantes hasta que las primeras parejas eliminadas se fueron acercando y se incluyeron en nuestra conversación, la cual cambió drásticamente.

Una vez que la pareja ganadora salió resultante, cada miembro del grupo se dirigió hacia sus respectivas alcobas para refrescarse y cambiarse antes de la cena.

Lord Crawford insistió en acompañarme y no cesó en su empeño hasta verme en lo alto de las escaleras.

—Gracias por acompañarme, milord.

—No tiene que agradecérmelo. Es mi compañera, ¿no? —inquirió tomando mi mano y besando los nudillos.

—Eso parece —admití con resignación.

—En ese caso, no puedo permitir que le suceda nada. Es mi deber salvaguardar su honor mientras se encuentre en mi compañía —admitió risueño.

—Y dígame..., ¿cómo piensa *salvaguardarme* de usted mismo?

—Nadie mejor que yo para *salvaguardarla* de mí.

Entrecerré los ojos y pregunté:

—¿Me está lisonjeando?

Él sonrió anchamente sin soltar mi mano.

—No. Al menos por el momento —admitió pícaramente.

—Ciertamente, señor, consideraría que me estáis *lisonjeando*.

—Créame que no, lady Lillian. Si la estuviera *lisonjeando* lo sabría.

Ya que no había nadie que pudiera vernos en el pasillo, me permití alzar la mirada al cielo soltando un suspiro exasperado en respuesta a su arrogancia.

—Por esta vez fingiré que le creo. Y ahora, si me disculpa...

—Desde luego. —Realizó una pequeña venia y se apartó.

Caminé dándole la espalda rumbo a mi cuarto.

—¿Nos vemos en la cena?

Simplemente asentí. ¿Por qué lo hice?

El tiempo que había pasado con él me había hecho darme cuenta de que quizás Crawford no fuera simplemente un hombre abocado al libertinaje y al escándalo, sino que incluso podía llegar a ser alguien con más profundidad. ¿Se escondería debajo de toda esa superficie arrogante, presuntuosa y cínica un caballero comprensivo, hablador y bromista?

¡No!

No podía pensar en él en esos términos. Hacerlo podía desbaratar mis planes.

Mi lucha interna se debatía entre aquellos pensamientos y el agradable recuerdo de su conversación intentando provocarme la sonrisa, el modo en que imitaba los gestos de lady Clifford y su arco o la confesión del pellizco que esta misma le había dado por debajo de la mesa.

Definitivamente, Alexander Stone era un hombre misterioso y polifacético. A pesar de ello, no podía permitirme conocer cualquier otro ámbito suyo más allá de la de libertino y calavera, pues no podía dar lugar a dudas al motivo que dirigía mi objetivo.

Jamás debía olvidar que ese hombre, que derrochaba elegancia y vivacidad, era un arrogante tipo que había tenido bajo sus sábanas a más de la mitad de mujeres casadas, a todas las viudas que hubiera encontrado y aquella pequeña virgen que se hubiera dejado comprometer. A pesar de mostrarse encantador, era un hombre sin conciencia ni moral, y yo tenía que conseguir que pagara por sus pecados con la misma moneda.

No tenía nada en contra de él, solo quería que sintiera por sí mismo lo que les había hecho a tantas mujeres que creyéndose enamoradas se habían lanzado a sus brazos para ser abandonadas después sin escrúpulos.

Entré a mi cuarto y encontré una bañera de agua humeante en el baño. Sin esperar a que apareciera mi prima, me despojé de mis ropas y me zambullí en el agua, dejando que mi mente y mi cuerpo descansaran del marqués, al menos por unas horas.

Capítulo 11

EL JUEGO EN MI CONTRA

La primera visión que tuve aquella mañana al despertar fue la figura de Hannah cepillando el cabello platino de Amelia.

—Buenos días —saludé restregándome los ojos—. ¿Qué hora es?

—Son las seis.

—¿Y por qué estás despierta a estas horas tan intempestivas?

La doncella se mantenía sumida en su tarea, sin embargo, a través del espejo pude ver su cara de fastidio preguntándose lo mismo.

—No podía dormir. Me siento un poco inquieta.

Suspiré y me dejé caer de nuevo sobre el colchón.

—¿Por qué motivo?

Como respuesta, se encogió de hombros y decidió desviar la atención haciendo referencia a otro tema.

—Me gustaría que me contarás qué pasó ayer con Crawford. Anoche no quisiste hablar del tema.

«Crawford».

¿Por qué tenía que aparecer su imagen nada más empezar el día? ¿No merecía siquiera unos cuantos minutos en los que ese hombre no existiera?

—No me apetecía seguir teniéndolo presente después de haber pasado todo el día en su compañía —aseguré incorporándome—. Además, no hay mucho que contar. Perdimos todos los juegos. Fuimos la primera pareja en ser eliminada —suspiré.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba. —Se giró divertida—. Sobre todo, teniendo en cuenta que eres muy competitiva y odias perder.

—Ahora tengo otras prioridades —aseguré.

—¿Qué tipo de prioridades? —inquirió con la ceja alzada, curiosa.

Dirigí una fugaz mirada a la doncella. Amelia esperó a que terminara de recogerle el moño entrenzado en lo alto de la cabeza antes de solicitarle que nos dejara a solas.

La joven asintió y salió sin hacer ruido.

Amelia se levantó rauda de su asiento, cruzó el cuarto y se sentó a mi lado, hundiendo la parte externa del colchón.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, la apuesta.

—Lillian, me parece que tus estrategias no están funcionando.

Me recliné despreocupada sobre los almohadones.

—¿Qué quieres decir? —pregunté curiosa.

—Verás, la señorita Elliot forma parte del grupo en el que me encuentro. Ambas habíamos sido eliminadas de nuestra partida de críquet y nos alejamos del grupo para refrescarnos y tomar uno de esos deliciosos bollitos de mermelada mientras nuestros compañeros...

—Amelia —la interrumpí—, ¿podrías ir al grano, por favor?

Frunció el ceño antes de continuar:

—Hablabamos de diversas trivialidades hasta que comenzamos a destacar a algunos de los invitados de lady Stinton y... adivina quién apareció en la conversación.

Me encogí de hombros.

—El marqués de Crawford. —No mostré ningún signo de sorpresa—. El caso es que la señorita Elliot se quejaba de que un inmoral como el marqués hubiera sido invitado. Me contó que hay ciertos rumores de que él y la viuda de Wertington desaparecieron durante gran parte de la mañana de ayer. —Abrí los labios asombrada al tiempo que sentí cómo mi estómago se encogía y una furia inestable salía de él—. Al parecer, la pareja salió a cabalgar en grupo y no se separaron en ningún momento. Más tarde, después del almuerzo, nadie los volvió a ver hasta la hora del té.

Me levanté furiosa de la cama dejando caer las sábanas y mantas. Comencé a caminar de un lado a otro de la habitación, recorriendo el estrecho pasillo que quedaba entre las camas.

—No puede ser —repliqué observando la alfombra de color beis y azul.

Con el paseo intentaba calmar mis nervios y asimilar despacio las palabras de Amelia.

—Pues lo es —me aseguró ella sin perder de vista ninguno de mis movimientos—. Tu plan no está funcionando, Lillian. Deberías hacer algo más.

—¿Y qué es lo que quieres que haga? —me descubrí mordiéndome las uñas de las manos y volví la atención a la alfombra—. Pensaré algún modo para obligarle a abandonar esa actividad. Si sale con otras mujeres, quiere decir que no se está enamorando de mí. Tengo que embaucarlo como sea.

—Lillian —pronunció mi nombre como una advertencia—. Quizás sea mejor que abandones. Es un mujeriego y un libertino redomado, no conseguirás encauzarlo. Fui una estúpida siquiera al considerarlo, ahora me doy cuenta. Siempre seguirá con sus correrías, y nada ni nadie podrá cambiarlo.

—Todas las personas tienen una debilidad. Debo averiguar qué es lo que motivaría a Crawford a cambiar de actitud.

Amelia no dijo nada, se levantó de la cama y regresó hacia el tocador.

—Solo te pido que lleves cuidado. Creo que ese hombre es más peligroso de lo que pensaba. Tu reputación podría verse empañada por ese canalla.

—Tranquila. Sé cuidarme —le aseguré abriendo decidida el armario y sacando el vestido de raso lavanda con flores azules.

—Te conozco. Y por eso sé que puedes llegar a tomártelo muy en serio.

—No pienses más en ello. Tú solo mantenme informada de todo lo que descubras sobre él. Cuanta más información posea, mayor será mi control sobre la situación.

Mostrando toda la seguridad en mí misma que pude conseguir, me adentré en el baño y me preparé para lo que sería un día altamente provechoso.

A pesar de la confianza que tenía puesta en mis capacidades, las palabras de Amelia no cesaban de desfilan una a una por mi cabeza.

¿Cómo era posible que mi plan no estuviera funcionando? ¿Cómo había podido llegar a creer que Crawford comenzaba a sentir cierto interés por mí? Ciertamente, su actitud me desconcertaba. Su insistencia en buscar mi compañía y pasar tiempo a mi lado me había hecho sentirme confiada sin tener en cuenta cuán voluble y caprichoso podía ser un hombre como él. Debía hacer algo y creía haber hallado la respuesta.

Un incentivo era lo que el marqués necesitaba.

Sus encuentros con otras mujeres no debían preocuparme y, sin embargo, no solo lo hacía, sino que también me molestaba. ¿Qué necesidad tenía de buscar refugio en los brazos de una viuda entrada en años? Lady Wertington se mantenía bella, de eso no cabía duda, sus ojos azules y su cuerpo escultural, a pesar de haber dado a luz dos veces, invitaba a cualquier hombre a seducirla. A pesar de ello, no podía imaginar cuál de todas esas cualidades podía atraer a un hombre que lo tenía todo.

Intentando dejar de lado mis agotadores pensamientos, decidí acompañar a Amelia en la búsqueda de su grupo de actividades encontrando en el camino al señor Stinton, quien se ofreció amablemente a indicarle cuál era el punto de encuentro.

Mostrando su lado más encantador, el anfitrión se acercó a mí tras despedir a mi prima e, insistiendo en ejercer de escolta, inició una trivial conversación sobre aquella jornada.

Paseamos por la frondosa y verde ladera; yo agarrada a su brazo y él sujetando mi mano con ternura.

Decidí aprovechar la ocasión que se me presentaba para integrarme en el grupo acompañada por un hombre. Si el marqués podía demostrar que era experto en hallar compañía en brazos de otras mujeres, yo también podía hacerlo.

Me sentía impaciente. Quería descubrir la reacción de Crawford al verme llegar. ¿Se mostraría tenso? ¿Se le cambiaría el semblante? ¿Frunciría el ceño?

Para mi desconsuelo, no tuve la oportunidad de averiguarlo, pues, desde la distancia que nos separaba, podía avistar su masculina figura recostada sobre una mesa de madera cubierta por una pila de hojas de papel. Entre sus manos sujetaba una de ellas y parecía estudiarla con precisión.

Su entrecejo ligeramente fruncido y su labio inferior presionado entre sus dientes denotaba que la tarea que llevaba a cabo resultaba de vital importancia.

Algunos miembros del grupo charlaban entre sí formando reducidos grupos mientras otros lanzaban al aire un pedazo de papel. Uno de ellos cayó a mis pies.

¡Eran pájaros!

Stinton no renunció a mi compañía. Se mantuvo firme a mi lado, sujetándome la mano hasta alcanzar al grupo. Lord Crawford, que por fin se percató de mi presencia, se volvió hacia nosotros con una sonrisa complacida. Me sorprendió que en su rostro no se dibujara ningún atisbo de celos al verme en brazos de otro hombre. Ni siquiera se percató de nuestra unión, parecía abstraído por sus pensamientos.

—¡Oh, mi compañera al fin! —exclamó acercándose—. Comenzaba a preocuparme.

Fruncí el ceño ante tal desconcertante comentario. Entre todas las emociones que podrían leerse en su rostro, preocupado no era una de ellas.

—Ya veo —respondí echando un vistazo al pájaro en el que tenía puesta toda su atención.

—Gracias por acompañar a mi pareja, señor Stinton. Sin ella no hubiera podido empezar la competición.

—No tiene que agradecerme nada, milord. Para mí siempre es un placer ir acompañado de lady Abernathy.

Sonreí tímidamente.

—Me halaga demasiado, señor Stinton.

Por fin, Crawford dirigió la mirada a nuestros cuerpos unidos y su expresión se volvió más seria. Con premura, se irguió y me ofreció el brazo.

—Por favor, lady Abernathy, es mi turno de disfrutar de su compañía.

Pude llegar a discernir cómo las miradas de los dos hombres rivalizaban por mi atención mientras soltaba el brazo de uno para tomar el del otro.

—Por supuesto —habló Stinton, educado. Antes de permitir que me alejara del todo, tomó mi mano y besó mis nudillos desnudos con elegancia—. Espero que la trate como merece.

—No se preocupe. Conmigo estará segura —afirmó el marqués realizando un ligero movimiento de cabeza.

De nuevo, los miré a ambos de hito en hito intentando descifrar su desafiante actitud. ¿A qué se debía aquella muestra de virilidad? ¿Competían por mí? Ahogué una carcajada. Eran unos idiotas si pensaba que podría llegar a interesarme de verdad por uno de los dos.

El marqués me sujetó con fuerza y sonrió a la espalda de Stinton, que desapareció con una cortés inclinación.

—Teniendo en cuenta lo mucho que tardaba, lady Lillian, me he tomado la libertad de fabricar su propio pájaro —me aseguró ofreciéndome un trozo

de papel doblado de mil formas.

Fruncí el ceño.

—En primer lugar, no me llame por mi nombre de pila, ya se lo he dicho. Y, en segundo lugar, es muy amable, aunque preferiría confeccionarlo yo misma —aseguré sospechando ante tanta amabilidad.

—¿No se fía de mí? —Alzó las cejas fingiendo sentirse ofendido.

—Le seré completamente sincera. No.

Soltó una carcajada.

—Venga, lady Lillian, no pensará que le he hecho algo a su pájaro, ¿verdad?

—¡No me llame lady Lillian! —le recordé.

Como imaginaba, ignoró mi comentario una vez más.

—Para su tranquilidad, le advertiré que también he creado el mío y el de la señorita Clifford.

Giré ciento ochenta grados —¿o fueron noventa?— para encontrarme de frente con la señorita Clifford. En realidad, las dos hermanas no dejaban de sonreír y cuchichear en nuestra dirección. Creía saber a quién y por qué. Lord Norfolk, por su parte, me sorprendió siguiendo la escena. Me sonrió y saludó con la cabeza. Le devolví el gesto.

Daniella Clifford se adelantó a su hermana y decidida llegó corriendo hasta nosotros con un pájaro de papel en la mano.

—Gracias por construir mi pájaro, milord. ¡Vuela de maravilla! Estoy segura de que se lamentará de haberme ayudado, ya que ganaré la competición —habló riendo de forma infantil.

—No me cabe la menor duda —respondió mi acompañante descarado—. Ha sido un verdadero placer ayudarla.

Daniella se sonrojó como una colegiala y con una ligera inclinación salió corriendo con su pájaro en la mano.

—¿Lo ve? Totalmente seguro —admitió alargándome el pájaro que había hecho para mí.

Lo tomé entre mis manos y lo escruté minuciosamente.

—¿Y dice que esto volará?

—Apostaría mi vida a que sí —asintió con una de sus arrogantes sonrisas.

—No tengo en alta estima su vida —repliqué.

—Usted no, pero yo sí, créame.

En la cercanía pude advertir cómo sus mejillas se encontraban ligeramente cubiertas por una gruesa y oscura barba que enmarcaba su rostro confiriéndole un aspecto mucho más masculino y duro.

Inclinó la cabeza.

—Anunciaré que está preparada para comenzar. Si quiere puede ir practicando.

—No necesito practicar —admití confiada.

Había participado en numerosos vuelos de pájaros de papel con mi hermano y algunos niños del campo, y siempre había ganado. No había pájaro que se me resistiese.

—Como guste.

Avanzó unos metros hasta detenerse junto al resto del grupo. Observé sus movimientos con atención. Vestía unos pantalones beis ajustados que marcaban cada músculo de sus piernas. Su chaqueta azul enmarcaba unos hombros que encumbraban sobre una espalda fuerte y ancha. Me sentí obligada a respirar y apartar la mirada.

Admitía que el marqués me parecía muy atractivo. ¿Cómo sería sentir su cuerpo contra el mío mientras besara mis labios y su barba cosquilleara mis mejillas?

Asustada ante mis propios pensamientos, volví en mí. Cada minuto que pasaba a su lado conseguía embrujarme. Por fin podía entender por qué las mujeres perdían la cabeza por él.

—¡Empecemos pues! —exclamó Norfolk llevando la voz cantante—. Por favor, lady Abernathy, acérquese.

Tras compartir y esclarecer las normas del juego recogidas en un documento dispuesto por la anfitriona, se inició la primera prueba al aire libre; el lanzamiento de pájaros.

La meta era sencilla: todos debíamos lanzar nuestro pájaro durante cinco rondas, el que más distancia recorriese resultaría ser el vencedor.

Esperé paciente mi turno, el cual no tardó mucho en llegar. Tomé con firmeza mi pájaro, me coloqué delante de mi compañero, alcé mi mano muy segura de mis movimientos, coloqué el pájaro en la dirección indicada y, con un leve giro de muñeca, empujé y... cayó.

Sí, cayó.

Mi pájaro no voló más de un palmo.

Abrí los ojos con estupor.

—Quizás sí que debía haber practicado —oí a mi espalda.

Cerré las manos en puños.

Todos soltaron una sorprendida exclamación y alguna que otra risita.

No me volví, simplemente me agaché y recogí el pájaro del suelo.

—Probaré otra vez.

—Pero, lady Abernathy, solo se puede... —intentó explicar una de las mellizas.

—Dije que probaré otra vez —repliqué con tal fiereza que nadie consideró retarme.

De nuevo me concentré. Tomé el pájaro entre mis dedos, fijé mi objetivo, comprobé la velocidad del viento, me puse en posición y solté, mas mi pájaro no avanzó mucho más que la primera vez.

—De acuerdo, me toca —habló Crawford, propinándome un ligero empujón para colocarse él—. Será mejor que observe cómo se hace.

Atónita, pude ver cómo el marqués lanzaba su pájaro y llegaba más allá de la bandera que se había fijado como meta.

—¡Excelente lanzamiento, milord! —exclamó lord Tremore.

Todos los presentes aplaudieron loando al marqués.

Mi rostro reflejó asombro. Me crucé de brazos y lo miré furiosa, celosa de su éxito.

Con su adulatora y arrogante sonrisa se volvió hacia mí y me susurró:

—Tranquilícese, no todo está perdido. Ganaré por los dos.

Apreté la mandíbula y gruñí internamente.

Las siguientes parejas continuaron su lanzamiento, sin embargo, yo solo podía centrar mis pensamientos en el pájaro que tenía entre mis dedos. Lo examiné y estudié una y otra vez, de arriba abajo y de abajo arriba. Nada parecía fuera de lo común. ¿Por qué no conseguía realizar un buen lanzamiento? Siempre había ganado en este tipo de juegos.

Me recomía la idea de pensar que, por primera vez, iba a perder en un juego que se me daba extremadamente bien.

—Su ceño fruncido denota una clara muestra de desconcierto. ¿Algo no va bien? —me preguntó Crawford divertido.

En sus oscuros ojos se reflejaba un brillo especial.

—¿Qué es lo que encuentra tan divertido? —desdené.

Se limitó a encogerse de hombros.

—Usted.

—Un caballero jamás se ríe de una dama.

—Algunas personas no me consideran un caballero —replicó orgulloso.

—Cierto, pertenezco a ese colectivo, ¡cómo pude olvidarlo! —exclamé al tiempo que volví a centrar mi atención en el pájaro de papel.

Una gran ovación se escuchó en la pista de juego. Al parecer, el pájaro de Norfolk iba en cabeza.

—¡Es su turno, lady Abernathy! —exclamó lord Tremore.

Me acerqué fijando mi meta, aquella era mi última oportunidad y debía hacerlo lo mejor posible.

Tomé aire, me posicioné, exhalé y con un ligero movimiento lancé mi pájaro, que no voló más de unos centímetros.

Maldije internamente como un marinero.

—¡Cuánto lo siento, lady Abernathy! Queda descalificada. Es el turno del marqués —dictaminó con sorna Brigitte.

—No se preocupe, nos mantendré a salvo hasta el final —aseguró guiñándome un ojo.

Enojada, tomé mi pájaro del suelo y me alejé de allí a grandes zancadas. Necesitaba soledad para poder serenarme, de lo contrario, acabaría saliendo ese lado salvaje que debía mantener reprimido.

Me disponía a sentarme bajo la sombra de un gran árbol a unos metros del grupo cuando Norfolk me interceptó.

—Lady Abernathy, siento lo que le ha sucedido. De haberlo sabido le hubiera ofrecido mi pájaro. Si lo desea, podría enseñarle para próximas ocasiones.

—Es usted muy amable, lord Norfolk.

Obvié mencionarle que era una profesional lanzando pájaros de papel.

Se escuchó un cúmulo de aplausos y vítores. No quise mirar, pues estaba segura de a quién iban dirigidos.

—El placer será todo mío, milady. —Depositó un ligero beso sobre mis nudillos y abrió la boca para añadir algo más, sin embargo, mi acompañante lo interrumpió.

—Norfolk, le toca. Le he dejado el listón muy alto, intente superarme.

El vizconde me dedicó una cálida sonrisa que iluminó sus ojos castaños y, recolocándose el cuello de la chaqueta, añadió:

—No dude que lo haré —admitió confiado, poniendo rumbo a la pista de juego.

Sin ni siquiera dedicar un mínimo de atención al recién llegado, continué mi camino hacia la sombra de un gran roble que, solitario, se enraizaba en medio de aquel extenso campo verde donde la hierba crecía de forma espléndida.

Me senté en la raíz de dicho árbol estirando las piernas. Coloqué sobre mi regazo el pájaro de papel y lo examiné a conciencia. ¿Qué demonios le había hecho Crawford para que no consiguiera volar?

Decidida a encontrar la respuesta, comencé a deformarlo.

—Yo de usted no haría eso —me aconsejó situándose a mi lado.

—¿Por qué? ¿Porque descubriré sus tretas?

Sonrió ampliamente.

—Me ofende que piense así de mí.

—¿Debo pensar peor?

—Desde luego que no —se apresuró a responder.

Siguiendo mi instinto, desdoblé el papel. Sobre mi falda comenzaron a caer pequeñas hojas y briznas de hierba seca. Abrí los ojos estupefacta.

Lancé una furibunda mirada al marqués, cuyas facciones se mostraban impasibles.

—¿Se siente orgullo de esto? —pregunté levantando las hojas sin mostrar ni un atisbo de malhumor, a pesar de que en mi fuero interno deseaba lanzarme hacia él y golpearlo salvajemente.

—Tanto como orgulloso, no. Tal vez, realizado o satisfecho, si quiere tildarlo de algo más emocional.

Gruñí interiormente.

—¡Ha hecho trampas! Podría acusarlo.

—Nadie la creerá. Recuerde que también fabriqué el de la señorita Clifford —se excusó felizmente.

—Lo había planificado hasta el más mínimo detalle —escupí con los dientes apretados—. Es usted tan ruin... —le espeté sin pararme a pensar en mis palabras.

—Gracias, yo también la tengo en alta estima.

Me levanté decidida.

Me sentía dolida y estafada. Necesitaba alejarme y gritar una serie de improperios.

—No se vaya —me pidió.

Me volví.

Se había puesto de pie y con su distinguido porte esperaba mi siguiente acción.

—¿Por qué lo ha hecho?

El marqués acercó su rostro al mío mostrándome esa arrogante e irritante sonrisa característicamente suya.

—Porque disfruto viéndola así. Frustrada. Sintiendo eso que siente por mí y...

—¿Y qué es lo que cree que siento por usted? —le interrumpí alzando la ceja al tiempo que colocaba mis brazos en jarras, exasperada y al borde del colapso.

—La he estudiado, lady Lillian, y sé que mantiene en su interior una lucha de sentimientos. Por un lado, ha declarado de forma fehaciente que me detesta. Sé que consigo irritarla en extremo. Sin embargo, no puede negar que le agrada mi compañía, puesto que soy el único que le permito demostrar sus mayores encantos y comentarios más mordaces. Y, si me permite añadir, debo reconocer que a mí también me divierte mucho retarla y que me rete.

—Impresionante. Me ha dejado sin palabras. Una vez más, demuestra su prepotencia y vanidad. Nada de lo que ha mencionado se adecúa a la realidad. Aunque en algo sí ha acertado, lo detesto y no hay nada que más desee que deshacerme de usted —le espeté guiada por la rabia que me provocaba el pensar que tal vez, y solo tal vez, sus palabras podrían ser ciertas.

—No la creo en absoluto —susurró curvando ligeramente la comisura de sus labios, lo que le dio un carácter magnánimo y atractivo—. Y tengo la ligera sospecha de que ni siquiera usted se cree a sí misma.

—Disculpe que me niegue a seguir charlando más tiempo con usted. He de confesar que este tipo de conversación me resulta algo grotesca.

—¿Se siente mal?

—No se preocupe por mí. Conforme vaya dejando más distancia entre usted y yo, me iré sintiendo mejor.

Se mantuvo expectante ante mi adusto comentario que de forma intencionada había hecho para herir sus sentimientos.

—Por cierto —alargué la mano para depositar sobre la suya el papel y las hojas de árbol que me quedaban—. Debo felicitarle. Ha sido la primera vez que pierdo en los pájaros de papel, y sí, me ha resultado muy frustrante.

Al llegar a mi cuarto, cerré con fuerza la puerta y la aseguré con llave. Descargué mi ira sacudiendo el cojín que adornaba la cama de mi prima imaginando que era el cuerpo del marqués.

Lo maldije, vaya si lo maldije. Solté todas aquellas palabras malsonantes tan rápida y nítidamente que hasta a un marinero se le hubiera caído el sombrero por el asombro.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

MI PEQUEÑA VENGANZA

En los veinte años transcurridos de mi recorrido por la tierra, nadie, absolutamente nadie, había llegado a irritarme, molestarme y frustrarme tanto como ese insufrible marqués. Me sentía muy molesta. No, más que molesta, me sentía realmente furiosa.

La ira seguía bullendo en mi interior, una ira que se me asemejaba a un fuego descontrolado que era capaz de tensar cada uno de mis músculos despertando el deseo de golpearlo hasta quedarme sin fuerzas.

¿Qué demonios le pasaba a aquel hombre? ¿Qué tenía en contra de mí? Yo solo quería darle una lección por sus depravados y libertinos comportamientos. No merecía que se burlara de mí de esa manera.

Deseaba odiarlo con todas mis fuerzas, sin embargo, algo en mi interior me refrenaba.

Aún podía verlo con nitidez sentado en aquella butaca del salón divirtiéndome con sus sagaces comentarios y hablando con una naturalidad y confianza inusual en dos personas que aparentemente son rivales.

Aquella tarde me había sorprendido. Debido a su reputación, su falta de moral y la seguridad en sí mismo, esperaba encontrar a un hombre hipócrita, insensible y manipulador y no a uno jovial, de cálida mirada, expresivo y encantador.

Mi subconsciente me obligó a detenerme de forma abrupta. ¿Desde cuándo encontraba tantas virtudes en Crawford? Mis cavilaciones respecto a aquella pregunta se vieron interrumpidas en el momento en que Amelia entró en la habitación seguida de Hannah, que llevaba en sus manos una

suculenta bandeja de pollo y almendras, un pudín de frutas y unos buñuelos de chocolate.

—Pensé que tendrías hambre. Déjalo ahí, Hannah. Gracias.

La doncella dejó los alimentos sobre la mesilla y con una reverencia salió discretamente del cuarto.

Mis ojos se abrieron como platos y mi boca se deshizo. Pensar y debatir internamente abría el apetito.

—Gracias, Amelia. No me había dado cuenta de que se había pasado la hora del almuerzo —admití mirando por primera vez en horas el reloj.

—Lillian, me preocupas. Todo el mundo me ha preguntado por ti. Ayer parecías muy vital y de pronto te sientes mal.

Me encogí de hombros.

—Voy por momentos —aduje antes de lanzarme sobre la comida.

Amelia no comentó nada al respecto, se limitó a sentarse a mi lado y comenzó a cotillear.

—¿Sabes quién ha estado a mi lado durante el almuerzo? —Hice un gesto con la cabeza, animándola a hablar mientras daba buena cuenta del jugoso pollo—. El marqués de Ackerman. ¡Realmente ese hombre es exasperante! No entiendo como lord Marsdensen y él pueden ser hermanos, ¡no se parecen en nada! Edward es tan reservado... He intentado iniciar una conversación de todas las formas posibles y no llego a lograr que salgan de su boca más que una frase con cinco o seis palabras seguidas.

—Ya consigues mucho más que otros. Por lo general, el marqués suele hablar con monosílabos —le advertí, al tiempo que daba un sorbo de agua antes de seguir engullendo.

—Me resulta muy frustrante que alguien no me siga en una conversación.

Durante unos segundos se hizo patente el silencio. Ella esperaba que indagara y la avasallara a preguntas, y yo solo quería seguir comiendo, por lo que mantuve el silencio.

Amelia resopló antes de continuar con su monólogo:

—Seguro que te preguntarás quién era mi compañero de la derecha, ¿verdad? Se trataba de ¡lady Hugh! La pobre está más sorda cada día, no podía seguir mi conversación y por eso me centré en el marqués.

Reí internamente imaginando lo difícil que había tenido que ser para Amelia no ser correspondida cuando intenta entablar un diálogo. Ella, con su especial habilidad para conversar sobre cualquier tema, no era muy dada

a los silencios. Y no solo le gustaba cotillear conmigo, sino que adoraba aprender de los demás a través de las interacciones sobre cualquier noticia de actualidad, ya fuese política, arte, comercio, costura o caballos. Cualquier cosa era bien recibida siempre que pudiera ampliar sus conocimientos en todos los campos posibles.

—En resumen, ha sido una comida de lo más aburrida.

—No creas. —Blandió la mano al tiempo que se recostaba sobre la cama mullida apoyando la cabeza en el cojín maltratado—. Al final he conseguido que el marqués me respondiera con algo más que monosílabos y frases cortas. Al menos para mantener una pequeña conversación. Quizás lo ha hecho preso de mi testarudez, ¿quién sabe? Ese hombre es impredecible.

—Se supone que has pasado los últimos días a su lado compitiendo. Deberíais haber forjado un poco más de amistad, ¿no?

—Pues sí, pero... durante el juego él está enfrascado en la tarea y, fuera de él..., bueno, podría decir que no conversamos demasiado, es decir, él no lo hace mientras yo trato de rellenar los momentos incómodos.

Esta vez reí abiertamente bajo la mirada suspicaz de mi prima.

—¿Qué es tan gracioso?

Sequé las lágrimas que se me habían escapado y, tras intentar contener mi respiración, le dije:

—Solo tú conseguirías hacer hablar a un mudo.

Amelia sonrió y se unió a mi risa.

Una vez serenadas, bebí un poco de agua y continué con mi comida.

—Crawford me ha asaltado antes de los postres —dijo como si no tuviera importancia.

—¿Qué quería? —respondí bruscamente.

—Hablar.

—Lo he adivinado, pero ¿sobre qué!?

—Pues... Primero me ha preguntado por ti y, después, se ha disculpado.

—¿Qué quieres decir con eso?

Amelia se acomodó sobre el colchón con las piernas cruzadas.

—Me ha dicho que no pretendía jugar conmigo, que fue solo una simple confusión y que se siente muy avergonzado por su comportamiento. Ha añadido que soy una dama ejemplar y de gran belleza que no merezco menos que halagos y respeto.

—No le habrás creído, ¿verdad? —inquirí intrigada.

—Creo que sí, parecía realmente arrepentido —confesó en un murmullo.

—Amelia... —la llamé en tono de advertencia

—¡Me dio razones, Lillian! Me dijo que había creído que yo era otro tipo de mujer y al darse cuenta de mi respetabilidad se había sentido obligado a rechazarme por miedo a desvirtuarme.

—Claro, como si eso le importara demasiado —mascullé—. No sé qué pretende con este juego, pero estoy segura de que sus intenciones no son buenas. Será mejor que te alejes de él.

—¿Por qué crees que es capaz de engañarme a mí y a ti no?

—Porque yo sé cómo es realmente. Además, estoy en medio de una misión y tengo un objetivo fijo. Nada ni nadie podría disuadirme.

—¿Estás segura de eso?

—Completamente —repliqué con la boca llena de pudín.

Amelia asintió, no muy conforme, y se acomodó sobre la cama dispuesta a dormir una plácida siesta mientras yo planeaba cómo sería mi venganza por su atrevimiento con los pájaros de papel al tiempo que masticaba con delicadeza los buñuelos de chocolate disfrutando del placer que la comida podía regalarme en un momento como aquel.

Tras el té de las cinco comenzaron las siguientes pruebas.

Aquella tarde sería entretenida, disfrutaríamos del aire libre con una buena partida de críquet. El juego, considerado como un pequeño deporte, consistía en pasar una bola del mismo color que el bate por unos arcos dispuestos por todo el jardín debiendo alcanzar una meta. El ganador resultaba ser aquel que consiguiera introducir la bola en un hoyo al final del recorrido con el menor número posible de golpes.

Había olvidado el sombrero en el interior de la casa, me percaté de ello en el momento en que la luz del sol incidió sobre mis mejillas agradándome con su calor. Ni siquiera se me ocurrió la idea de volver a por él.

Me adelanté a cualquier participante de mi grupo y examiné el terreno de juego buscando cómo podría hacer perder de forma inteligente al marqués. Caminé despacio de forma paralela al recorrido, examinando el terreno y los alrededores, buscando cada pequeño detalle que me pudiera dar la clave para llevar a cabo mi objetivo.

Cerca de allí escuché el grito divertido de unos pequeños que corrían de un lado a otro siguiendo una cometa. Mi cerebro se puso en alerta. Ellos

serían la clave.

Subí mis faldas y corrí hasta ellos.

Los niños se mostraron desconfiados ante mi presencia. Les sonreí, saludándoles con amabilidad para ganarme su confianza. Me presenté, se presentaron, charlamos sobre su juego, sus actividades en la casa y por fin me decidí a lanzarles una oferta que les entusiasmó. No solo les regalaría una tarde divertida, sino que además incluía unas cuantas monedas.

El plan era sencillo; debían hacer que la bola del marqués siempre se desviara de su dirección. Para ello, Tom debía hacer desaparecer la bola mientras que Marc la colocaría en otro lugar. Les advertí de que al menos en dos o tres ocasiones permitieran acertar a Crawford. Todo ello se llevaría a cabo de forma transparente, rápida y silenciosa. Los niños reían a carcajadas emocionados con la nueva tarea encomendada.

—Marc, Tom, no olvidéis nuestro trato.

—No, señorita. No lo haremos.

—Y recordad, nadie debe veros. Y mucho menos el caballero que os señale.

—Tranquila, señorita. Lo haremos bien —rieron.

Con una caricia en sus cabezas y una sonrisa, me alejé.

Subí a mi cuarto, cogí las monedas prometidas, el sombrero y unos bollos de crema que encontré en el salón donde se había dispuesto el té. Volví al exterior y entregué la mercancía a los niños, que comieron con glotonería.

Me despedí de ellos, dándoles las últimas indicaciones, y salí en busca del grupo que empezaría a llegar al punto de encuentro.

Coloqué con destreza el lazo de mi sombrero, asegurando que no se moviera cuando las primeras voces comenzaron a acercarse.

Lord Clifford me saludó, besó mi mano educadamente y coqueteó conmigo frente a su hermana sin descaro. Le seguí, rogando porque mi acompañante llegara y me encontrara flirteando con el vizconde. La relación entre nosotros cambiaba a cada minuto que pasábamos juntos y necesitaba saber cuánto podría afectarle verme coqueteando con otros.

Crawford apareció altivo. Su imperturbable mirada brilló en el momento en que tomé las manos del vizconde para soltar una tontería acerca de la tela con la que se habían confeccionado sus guantes.

—Buenas tardes —saludó el marqués.

Todos le devolvieron el gesto, incluida yo, que le dediqué una sonrisa pícaro antes de disculparme con el vizconde y acércame a su lado.

—¿Estaba coqueteando con Norfolk? —me preguntó en un susurro al llegar a su lado.

—Y si fuera así, ¿qué le importaría?

—La gente habla de él.

—También hablan de usted.

—Sí, pero yo no tengo su temperamento.

—Tonterías. Seguro que solo son rumores malintencionados. Es un hombre muy cortés y educado —advertí lanzando una rápida mirada al aludido.

Alzó las cejas.

—¿Y los comentarios que hacen sobre mí no son malintencionados?

—Me temo que estos días he podido comprobar que todo lo que se dice respecto a usted es cierto.

—¿Cómo está tan segura?

—Porque usted no me cae tan bien como Norfolk —admití antes de dar unos pasos hacia el frente, dejándolo total y completamente sorprendido.

Hice una señal hacia él al coger los bates. El destello que obtuve como respuesta me confirmó que Tom y Marc tenían claro el objetivo.

Escogí los bates con los que participaríamos en la ronda. Nuestro color sería el azul.

La partida comenzó. Éramos los terceros en batear.

Haciendo alusión a la expresión «las damas primero», golpeé la bola con decisión, siendo el mejor lanzamiento del momento. He de admitir que tampoco era muy difícil superar a lady Ashley y lady Tremore.

Tras una larga secuencia de vótores y ovaciones, sonreí y le ofrecí, orgullosa y jactanciosa, el bate a mi compañero, quien lo tomó con una leve mueca de diversión.

Esperé paciente al momento en que mi compañero golpease.

Con toda la seguridad que un hombre como él podía tener, se irguió mostrando sus anchos y musculosos hombros rígidos por la postura. El chaleco azul que llevaba sobre una camisa blanca de lino se tensó marcando su musculatura. Casi todos los hombres presentes se habían deshecho de sus chaquetas y se mostraban en mangas de camisa.

Fijé mi atención en la espalda robusta de mi compañero y en la curva que hacían sus apretados glúteos adheridos a unos pantalones marrones que marcaban...

Rauda, aparté la vista. ¿Qué diablos hacía? No podía admirar el trasero de un hombre. ¡Por el amor de Dios! ¿En qué clase de mujer me estaba convirtiendo?

Volví mi atención hacia el juego.

Crawford golpeó y la bola se escapó de nuestro campo de visión.

—Estoy seguro de que mi buena puntería ha enviado la bola cerca de la meta —alardeó.

Reí por lo bajo y salí corriendo con el resto de los participantes para comprobar dónde había caído la esfera.

El primero en llegar fue lord Meyers.

—Tendrá que tener más suerte la próxima vez, Crawford —exclamó.

Giré rauda la cabeza para encontrar un rostro completamente incrédulo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el marqués acercándose a Meyers.

—Quiere decir que cayó al agua. Mire, la bola está ahí. —Señaló al interior del lago—. Tendrá que mojarse un poco para cogerla.

Contuve el acceso de risa que me provocó observar el desconcierto en él.

—Mientras el marqués recupera la bola, los demás continuaremos con el juego —habló lord Spencer—. ¿De quién era el turno?

—Mío —aseguró Norfolk y todos comenzaron alejarse—. Lady Abernathy, ¿nos acompaña? —me preguntó con una sonrisa en los labios invitándome a tomarlo del brazo.

—Discúlpeme, creo que debo ayudar a mi pareja a recuperar nuestra bola.

Norfolk asintió gentilmente y continuó el recorrido que seguía el resto del grupo. Crawford, obsesionado con la mirada fija en el punto donde la bola había caído, se mostraba completamente desconcertado, desvió la mirada hacia mi persona. Tenía los brazos en jarras y el gesto contrito.

—Es muy amable de su parte permanecer a mi lado para burlarse de mí —comentó irónico.

—¿Cómo puede pensar algo así? —fingí sentirme ofendida.

—Vamos, lady Lillian, ya es hora de que dejemos de actuar.

—Se equivoca. Si me quedo es para asegurarme de que dispongo de la bola para mi siguiente golpe.

Me lanzó una furibunda mirada antes de despojarse de las botas de un solo movimiento.

—¿Qué hace? —lo miré sorprendida.

—¿Usted qué cree? Voy a por la dichosa bola —respondió sin pensar ni un ápice en el decoro, en el tono ni en el lenguaje.

Debo admitir que eso me divertía.

—¿Y se tiene que desnudar para ello?

—Solo me voy a quitar las botas. No quiero que se me estropeen, las tengo en alta estima —gruñó, no muy satisfecho con el giro de los acontecimientos.

Una pequeña vocecita, que a veces parecía emerger en mi fuero interno, reía sin control. Era una escena realmente épica de contemplar.

Sin botas y sin medias, el marqués se remangó los pantalones y, con pasos decididos y seguros, descendió la inclinación de acceso al río. La bola se había quedado atrapada entre un conjunto de piedras que sobresalían a lo largo del sendero de agua cristalina. Entre gruñidos y alguna que otra maldición entre dientes, Crawford se hizo con la bola. Subió hasta donde me encontraba y, con una expresión seria y adusta, se volvió a poner las medias y las botas.

—No puedo imaginar cuánto debe estar divirtiéndose en estos momentos.

—Tiene muy mal concepto de mí, milord.

—Aunque disimule, sé que lo hace. Si yo estuviera en su lugar, haría lo mismo. —Esbozó una sonrisa que tuve que responder sutilmente mientras me mordía el labio para reprimirme—. No se contenga, por favor, lady Lillian, ríase de mí abiertamente. Lo comprenderé.

Que se lo tomara con tan buen humor hizo que me sintiera contrariada.

Se puso en pie y me tomó del brazo.

—Volvamos a nuestro punto de partida.

Regresamos al lugar desde donde él había bateado la última vez y, tras la señal de los participantes, golpeé realizando una jugada impresionante.

—Es usted muy buena, lady Lillian. —Sonrió Crawford al tiempo que entrecerraba la mirada y recorría con ella el campo.

—Gracias, y no me llame lady Lillian.

Desde nuestra posición avistamos cómo el resto de participantes se adelantaban poco a poco hasta que de nuevo se hizo el turno de mi compañero. Puso su mejor empeño en lograr que la bola llegará a su

objetivo y otra vez desapareció entre las raíces de un árbol que sobresalían por su grosor.

Ante sus reacciones, no podía más que reír. Tras dos rondas en donde la bola del marqués se quedó parada en su destino, conseguimos quedarnos tan detrás del resto que apenas conseguíamos atisbarlos en la distancia.

—Espero que no tenga nada que ver con esto —me amenazó.

—¿Cómo podría hacer algo? —mentí alzando las manos—. Estoy a su lado todo el tiempo.

Él asintió, no muy conforme, y de nuevo escrutó el parque de los Stinton.

Habíamos dado la partida por perdida. Todos, incluidos lord Meyers y lady Ashley, que no avanzaban más de dos arcos por tirada, desaparecían de nuestro campo visual.

—No entiendo nada —aseguraba Crawford—. Soy muy bueno en puntería y no he acertado más que un par de veces.

—A veces pasa. Un mal día, una fuerte preocupación... —comencé a enumerar mientras me dejaba caer sobre una gruesa roca de forma despreocupada y cruzaba mis piernas.

Me sentía realmente agotada de subir y bajar por el campo abierto para averiguar cuándo era nuestro turno.

—Eso no tiene nada que ver con la puntería. Le aseguro que, aun sintiendo el mayor de los pánicos, he conseguido dar con mi objetivo sin inmutarme. Esto es extraño. —Oteaba el horizonte con los brazos en jarras buscando entender qué pasaba.

En su frente se leían pequeñas arruguitas de concentración y yo me obligaba a morderme el labio para no reír observando las diferentes expresiones que recorrían su rostro. ¿Qué había querido decir con que había sentido pánico y había dado con su objetivo? ¿Se estaría refiriendo a un duelo, tal vez? El hecho de imaginarme a Crawford enfrentándose a la muerte hizo que me recorriera un sudor frío por la espalda.

Su voz me sobresaltó cuando lanzó un grito de advertencia hacia uno de los árboles.

—¡Vosotros, salid de ahí!

Por sus palabras, supe que había pillado a los pequeños y me puse en alerta.

Lentamente, los dos niños salieron de su escondite con la cabeza agachada y se acercaron a paso lento.

El marqués comenzaba a perder la paciencia.

—¿Qué hacéis escondidos? —les regañó.

Marc y Tom vestían unos zapatos desgastados, pantalones de gruesa lana gris, una camisa raída y un chaleco marrón. Llevaban el cabello corto y tenían una mirada pícara.

Ninguno de los dos dijo nada.

Crawford exhaló y se arrodilló para ponerse a su altura.

Sentí un pequeño enternecimiento al ver a un hombre corpulento y regio como él hablar con unos niños desprotegidos e inocentes.

—¿Quiénes sois? —les preguntó con cariño y paciencia.

—Mi nombre es Marc y él es Tom. Somos hijos de una de las doncellas de la familia Stinton, es todo lo que podemos decirle, milord.

El marqués asintió.

—¿Y qué hacíais ahí escondidos?

Ambos se quedaron callados.

—Ya veo. —Su mirada se paseó por el lugar en busca de algún indicio que le diera al menos una respuesta. Crawford se metió una mano en el bolsillo y sacó dos monedas—. Os daré una a cada uno si me decís qué hacíais ahí.

Marc, que parecía ser la voz cantante del dúo, habló con voz seria y muy seguro de sus palabras:

—Lo siento, milord, pero no puede comprarnos.

—¡Vaya, vaya! Qué muchachos más nobles. ¿Qué le parece, lady Lillian?

Aún sentada sobre la roca, sonreí conmovida por la lealtad que parecían profesarme los pequeños.

—Me parece que serán unos excelentes hombres cuando crezcan —advertí.

Alex asintió dándome su conformidad.

—Mamá y papá dicen que los sirvientes leales y trabajadores siempre alcanzarán el mejor puesto.

—Veo que vuestros padres os instruyen bien. Sin embargo, debo insistir.

—Del bolsillo de su chaleco, Crawford sacó dos monedas más—. Duplico la cantidad.

Tom dio un ligero paso hacia el frente, dispuesto a dejarse sobornar. Sin embargo, su hermano lo detuvo tomándolo del brazo.

—Lo siento, milord. No insista.

El marqués comenzó a reír y sus hombros se relajaron.

—Para quien trabajéis, debe de sentirse muy orgullo de tener unos jovencitos como vosotros. De acuerdo. —Se puso en pie—. Os los daré igual si al menos me decís por qué os escondíais.

—Porque no queríamos que usted nos viera —se abalanzó Tom.

Crawford se quedó perplejo ante la respuesta del muchacho.

Desde mi posición observaba la escena, divertida. Sin embargo, no quería ver a esos pobre niños sufrir aquel interrogatorio por mucho más tiempo. Se sentían presionados y tentados, enfrentándose a aquel pequeño botín que no podían alcanzar debido a nuestra promesa.

—Está bien, chicos —me puse en pie—. Os libero de vuestros servicios. Gracias por vuestra ayuda.

El marqués volvió su atención a mí.

—Sabía que tenía algo que ver —me acusó directamente con mordacidad.

Sonreí anchamente.

—Señor —le llamó la atención Marc—. Ahora que hemos cumplido con nuestra palabra, si le decimos qué hacíamos, ¿nos dará las monedas?

—Por supuesto, estoy deseando escuchar la historia.

—Milady, ¿podemos? —preguntaron antes de hablar.

Asentí. Ya no me importaba que Crawford lo supiera. Habíamos perdido la partida y la divertida tarde que había pasado a costa del marqués no me podía ser arrebatada.

—La dama nos pagó para que desviáramos todas sus bolas y así usted perdiera, milord.

La mandíbula de mi acompañante se tensó y yo di un paso instintivo hacia atrás.

—Gracias por la información, pequeños. Tomad —les extendió seis monedas cariñosamente—. Podéis marcharos.

—¡Gracias, milord! —exclamaron con los ojos chispeantes—. ¡Gracias, milady!

Y salieron corriendo, gritando frases incompletas y llenas de diversión.

—Encantadores —susurré con una sonrisa, la cual se desvaneció en el momento en que Crawford se volvió hacia mí con las facciones duras y marcadas.

—Usted. —Aquella imponente figura masculina me aterró y comencé a dar lentos y pequeños pasos hacia atrás—. ¿Qué pretendía? —me preguntó con su oscura y electrizante mirada.

—¿Vengarme? —respondí trémula.

Él siguió avanzando.

—¿Vengarse? ¡Me ha humillado!

—¿No cree que exagera un poco?

Mi respiración comenzó a hacerse más inconstante. Crawford se acercaba a mí de forma brusca, con pasos grandes y muy marcados. Estaba enfadado, muy enfadado. Cogí mis faldas, dispuesta a correr si fuera necesario.

—¿De verdad cree que exagero? Soy el mejor tirador de Londres y he tenido que soportar la burla de lord Spencer y lord Tremore, hombres con los que a menudo participo en campeonatos de tiros.

—¿Campeonatos de tiros? ¡Qué estupidez! —se me escapó.

—¿Estupidez? —Aquella palabra logró que su rostro se encolerizara.

Nunca había llegado a pensar que el marqués pudiera alcanzar tal estado de furia siendo él alguien siempre tan jovial y vivaracho.

—Usted no tiene ni idea de lo que es el orgullo masculino, ¿verdad?

—No mucho, pero estoy segura de que lo he herido, ¿no es cierto?

Entrecerró los ojos y, con la mandíbula apretada, aseguró:

—Voy a matarla.

Esa fue la señal que necesitaba para salir corriendo en dirección a la casa.

«Esta vez te has pasado, Lillian. Parece que el orgullo masculino es eso que nunca hay que tocar», me gritó mi voz interior.

Corrí y corrí, intentando alcanzar al menos a una persona en la que refugiarme, sin embargo, parecía que todas las actividades al aire libre habían concluido y no se veía a nadie pasear por los alrededores.

La cuesta era adusta y empinada, lo cual, añadiendo la incomodidad del vestido, me hizo difícil el ascenso con rapidez. Antes de que pudiera girarme para averiguar si aún me seguía o cuál era la distancia que nos separaba, me vi atrapada en unos brazos fuertes y duros que me arrojaron contra el tronco de un sauce cuyas ramas nos ocultaban de las miradas.

—No me haga daño —supliqué al ver su rostro pegado a mi cara—. Solo era una broma.

No dijo nada durante unos segundos, los cuales me parecieron eternos.

Sus impresionantes ojos negros se veían más oscuros, si cabía, desde la proximidad. Y podía atisbar el comienzo de su iris y el final de su pupila, por primera vez. Su olor masculino inundó mis fosas nasales, esta vez olía a naturaleza, y su cuerpo tan pegado al mío me hizo estremecer.

—¿Cómo piensa resarcirme? Le recuerdo que ha herido mi orgullo masculino y un hombre es incluso capaz de matar por él.

Fruncí el ceño. Si pensaba que por tenerme en esa posición me amilanaría, no podía estar más equivocado.

—Y usted hirió el mío esta mañana —escupí malhumorada.

—¡Ah! De modo que se trataba de eso —asintió comprendiendo todo.

Quedé enmudecida, sabía que en mi rostro se revelaba la verdad.

Estaba acorralada, atrapada entre aquel árbol y su cuerpo. El marqués tenía ambos brazos estirados y sus manos se apoyaban en el tronco impidiéndome cualquier movimiento.

—¿Nos encontramos en tablas?

—Así es —respondí, consciente de la cercanía que tenían nuestros cuerpos, de lo impropio que era y de lo que podía pasar si nos encontraban.

—Bien. Sin embargo, usted me ha herido mucho más de lo que yo la herí a usted.

—¿Cómo puede estar tan seguro? No sabe cómo llegué a sentirme después de su trampa.

—Muy probablemente, tan dolida como yo.

—¿Por qué siempre se piensa que los sentimientos de las mujeres son inferiores a los de los hombres? —le escupí molesta—. Le aseguro, milord, que podemos llegar a sufrir mucho y no por ello acabar llorando en cada esquina.

Se acercó unos centímetros más lanzando una ladina sonrisa.

—¿Podría explicarme ese argumento con más detalle? Me interesa conocer en profundidad su opinión al respecto.

Su cuerpo se encontraba cada vez peligrosamente más cerca del mío, sus piernas desaparecían entre mi falda y su cintura se pegaba a mis caderas al tiempo que su pecho rozaba fortuitamente el mío. Sentía cómo mi cuerpo comenzaba a temblar y un escalofrío se perpetuaba en mi cuerpo recorriéndolo con intensidad.

—¿Qué pretende? —Enarqué una ceja.

—Se lo diré abiertamente. Nunca he sido un hombre que oculta sus deseos. —Hizo una pausa—. Quiero besarla.

—¿Bromea?

—No suelo bromear con ciertos temas —anunció abalanzándose sobre mí.

Le rechazé apartando el rostro.

—Interesante. Nunca me habían rechazado —dictaminó sin perder su sonrisa pícaro.

—Pues le felicito, milord, es su primera vez.

—No disimule, sé que quiere besarme, solo que su maldito orgullo no se lo permite.

—Se equivoca en todo. No quiero hacerlo. No logro discernir los beneficios que eso me puede ocasionar.

A pesar de mis palabras firmes y seguras, sentía cómo mi corazón golpeaba con frenesí mi pecho. La sangre corría por mis venas sin control y un cosquilleo recorría todo mi cuerpo hasta la punta de los pies. Nuestras respiraciones se habían vuelto entrecortadas y se mezclaban entre sí. Su cálido aliento acariciaba mis mejillas con sus palabras y su cercanía comenzaba a atraparme. ¿De modo que esto era lo que sentían sus presas? ¿Este era su juego? ¿Cautivaba a sus víctimas para desconcertarlas y acabar perdiendo su voluntad? Bien, pues conmigo no iba a funcionar.

Soltó una carcajada.

—Eso tiene fácil solución. En cuanto la bese, le aseguro que entenderá por qué todas quieren estar entre mis brazos.

—¿Tiene mucha seguridad en sí mismo, ¿verdad?

Sonrió pícaro.

—Es evidente.

—Siento contrariarlo, pues no permitiré que...

Tuve que callar cuando me percaté de su intención.

Con un ligero movimiento echó la cabeza hacia delante y sus labios rozaron levemente los míos antes de lograr escabullirme por debajo de sus brazos usando su falta de atención como mi aliada.

—... me bese —completé la frase.

—Es usted muy testaruda.

—No permitiré que me use —le escupí.

Aquella frase lo desconcertó. Y tras unos segundos se recolocó el cuello de la camisa.

—No pensaba usarla, lady Lillian.

Su mirada parecía sincera.

—¡Deje de llamarme así!

—Seguiré llamándola así hasta que la bese. Entonces, solo la llamaré Lillian.

Mi nombre sonó diferente en sus labios. Cada una de las letras que lo conformaban habían sido pronunciadas despacio, algo que consiguió estremecerme. Ignoré su descarado comentario y retorné al punto inicial.

—No puedo estar segura de sus palabras. Su reputación le precede, ya sabe.

Exhaló un suspiro.

—Dígame qué quiere que haga y le prometo que lo haré —advirtió seguro.

—¿Sea lo que sea? —quise saber, intrigada.

—Sea lo que sea.

Un cúmulo de ideas pasaron por mi cabeza. Estuve tentada de decirle que se mantuviera alejado de mí o que dejara de encontrarse con las demás mujeres, aunque descarté ambas ideas de inmediato, ya que no tenía forma de asegurarme de que lo cumpliera. Quizás podía exigirle una compensación a las doncellas a las que alguna vez había engañado, pero eso lo haría más adelante...

Mi mente ideaba y descartaba opciones a gran velocidad hasta que al final di con una que me pareció de lo más aceptable.

—Haremos un trato —hablé moviéndome de un lado a otro.

—¿Qué clase de trato?

—Usted quiere un beso y yo... quiero pasármelo bien, de modo que, juguemos.

—¿Ese juego tendrá premio? —inquirió.

—Desde luego, milord.

—Ilústreme —me pidió cruzándose de brazos y dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre el tronco del árbol.

—Es muy sencillo. Usted tendrá que intentar que yo pierda en todas las partidas que nos quedan por participar y yo haré lo mismo. El vencedor conseguirá que la víctima haga lo que el otro desee.

—Un beso —susurró él insistente.

—Sí, muy bien. Ya ha dejado claro que quiere un beso como premio.

—¿Y el suyo?

—Me reservo el derecho de presentar mi premio más tarde. —Su mirada brilló—. Aparte esa sonrisa. Le aseguro que no será un beso.

—De acuerdo. La noche del baile de máscaras será la entrega de premios —dictaminó.

—Eso es mañana.

—Efectivamente. Estoy impaciente por recoger mi recompensa.

—No esté tan seguro de ello, milord.

—Cerremos el trato pues. —Alargó la mano esperando que yo la estrechara contra la suya—. ¿Trato hecho?

Me acerqué con reparo hasta donde se encontraba.

—Trato hecho.

Y nuestras manos se entrelazaron dando por cerrada una nueva apuesta.

Capítulo 13

LA NUEVA APUESTA DA COMIENZO Y CON ELLA UN DESASTROSO DESENLACE

Tenía que admitir que superar la maquiavélica y estratégica mente de mi contrincante supuso todo un reto para mí. Por cada dos pasos que daba, él siempre me adelantaba en uno. Mi fabuloso ingenio me salvó de muchas pérdidas en el mismo momento de la acción; la improvisación era uno de mis puntos fuertes.

Me iba ganando por un punto de ventaja, mas no podía rendirme, la tarde acababa de empezar y la victoria podía ser mía en el último momento destruyendo así su confiado orgullo masculino.

Mi prioridad era buscar al menos un empate, si esto sucedía, no habría ningún ganador y no me vería obligada a besarlo.

Sentada junto a lady Tremore, lady Spencer, lady Ashley y las gemelas Clifford mi mente se alejaba del debate femenino sobre moda que las preocupaba en aquel momento para recordar, una vez más, el momento en que Crawford me había acorralado bajo aquel sauce. Su penetrante olor masculino, su respiración sobre mi rostro, su fornido cuerpo cálido tan cerca del mío, sus brazos fuertes rodeando mi cintura, su penetrante mirada de ojos oscuros...

Lejos de haberme hecho sentir insegura, aterrorizada o nerviosa, el marqués había provocado que naciera en mí un deseo que no sabía cómo controlar, pues nunca antes lo había experimentado, algo que me preocupaba. Y mucho.

La voz chillona de lady Spencer al descubrir un insecto revolotear sobre su taza me devolvió a la realidad. Asustado por el grito, el bichito pareció

salir volando despavorido y la conversación retomó su curso natural.

Aquella noche se celebraría el baile de máscaras en honor a los ganadores, los cuales tenía por certeza que, por mucho que me esforzara, no seríamos el marqués y yo.

No pude evitar perder de nuevo mi atención fijando mi vista en un punto lejano y recordar con exactitud cada uno de los movimientos y palabras que había compartido con el marqués. ¿Cómo podía haber sido tan descarado de pedirme un beso? ¿Cómo hubiera sido ese beso si le hubiera permitido dármelo? ¿Sería cálido, apasionado, aplastante y abrasador? Era posible, mas, si de algo estaba segura, es que nunca hubiera sido sincero. Él no me quería, tan solo sentía atracción por mí, y quizás mi reticencia le supusiera un auténtico reto para él, puesto que, según sus palabras: «había sido la única mujer que nada más conocerlo no me había lanzado a sus brazos». Pensándolo bien, técnicamente sí lo había hecho, aunque no con las mismas intenciones amorosas.

—¿Usted qué opina, lady Abernathy?

—¿Disculpe? —me dirigí hacia lady Tremore, quien había solicitado mi opinión.

—¿Se encuentra bien? Parece como si tuviera la mente en otro lugar —dictaminó Daniella Clifford.

—Sí, me encuentro perfectamente. Gracias, señorita Clifford. —Me volví hacia lady Tremore—. ¿Podría repetirme la pregunta, si es tan amable? Me he distraído por un momento.

La mujer asintió sonriente y repitió:

—Hablabamos del marqués de Crawford y, dado que usted pasa últimamente mucho tiempo en su compañía, queríamos saber si...

—¡Señoras, es la hora! —interrumpió lord Tremore con un grito desde la distancia.

Lady Tremore puso los ojos en blanco y respiró pacientemente al tiempo que masculló en un susurro.

—¡Cuán inoportuno!

Fingí no escucharla.

—Hablaemos en otro momento. —Le sonreí restándole importancia.

Me puse de pie, rauda, temiendo que lady Tremore no estuviera de acuerdo con mi intención de aplazar la charla.

Dejamos el platillo y la taza de porcelana sobre la mesita de hierro blanco y patas enraizadas que ocupaba el centro del pequeño palacete en el que nos encontrábamos y nos dirigimos, intentando esquivar con nuestras abultadas faldas, a los pequeños sillones.

Agradecida con lord Tremore por salvarme de una conversación incómoda, me acerqué a él y le di las gracias con amabilidad. Su respuesta fue un gesto contrariado.

La mayoría de nuestros acompañantes masculinos esperaban pacientes en la puerta principal. No me supuso ninguna sorpresa comprobar que Crawford no lo hacía.

Crucé mis brazos y oteé a mi alrededor en su busca, sin embargo, no encontré indicios de su presencia. No habría sido capaz...

El hecho de que él hubiera realizado una estrategia similar a la que yo me había llegado a plantear, como no aparecer a una de las pruebas para dar por perdido el juego, me enfureció más que la propia acción.

Si bien lo había llegado a considerar, automáticamente había sido descartado de mi mente, dado que no consideraba apropiado, ni digno, no aparecer y dejar plantada a la otra persona. Al parecer, él no compartía la misma opinión, ¿dónde estaba?

Volví a buscarlo a mi alrededor, encontrando a todas las parejas ya unidas y expectantes ante mi soledad. ¡Iba a matarlo!

—Lady Abernathy —habló Norfolk en representación de todos—. ¿Sabe cuál es el paradero del marqués?

—Sé tanto como usted, milord —aseguré intentando ser amable—. Desconozco por completo su ausencia —le repliqué comenzando a sentirme furiosa.

—Quizás se sienta indispuerto —quiso disculparlo Daniella Clifford.

—Podríamos esperar cinco minutos, sobre todo por consideración con lady Abernathy. En caso de que Crawford no se presente, lamentablemente, quedará fuera del juego —intercedió por mí lord Tremore.

Asentí agradecida y esperé paciente durante dos interminables minutos hasta que a lo lejos atisé su figura, que se acercaba con paso elegante, tranquilo y risueño, incluso lo sorprendí deleitándose con un pequeño pajarito que se había posado en la rama de uno de los árboles. Gruñí en mi fuero interno, ¡era el colmo! Llegaba tarde y no parecía turbado en lo más

mínimo. Su paso, completamente despreocupado y alegre, carecía de cualquier asomo de vergüenza.

—Buenas tardes —saludó amablemente al llegar a escasos metros de distancia.

Todos le recibieron con educación.

Todos menos yo, cuya mirada podría haberlo atravesado en dos de haber sido un rayo.

—Creíamos que le había pasado algo, milord. Me alegro de que no sea así —admitió Daniella Clifford con un ligero rubor en sus mejillas.

—Es usted muy amable por preocuparse por mí. Simplemente perdí la noción del tiempo. Me distraje con... el sonido de los pajaritos y la tranquilidad del lago que hay a unos metros de aquí. ¿Ha tenido la oportunidad de verlo?

—¡Oh, sí! Esta mañana estuvimos allí, ¿verdad, hermano? Es realmente hermoso.

—Bueno, ya está bien de hablar de lagos. Será mejor que empecemos de una vez, ya que nos hemos retrasado unos minutos —decretó Norfolk, interrumpiendo aquella extraña conversación, claramente malhumorado.

—Tiene razón, Norfolk. Les ruego disculpen mi demora. ¿A qué vamos a jugar esta vez? —inquirió frotándose las manos desnudas.

—¡Al escondite! —exclamó lady Tremore.

¿Íbamos a jugar al escondite como niños pequeños?

—¿Está segura? —preguntó Crawford, tan sorprendido como yo.

—Así es —saltó Daniella de nuevo con su voz aguda y chillona.

—Según las normas, los hombres serán los que se escondan y las mujeres busquen. Por cada hombre encontrado obtendremos un punto y si se halla a la pareja serán tres —dictaminó lady Tremore.

—Interesante... —determinó el marqués frotándose la mandíbula—. ¿Cuándo empezamos?

—Aquí tengo las normas —saltó lord Merrit—. En cuanto las lea, podremos disponernos a jugar.

Todos asintieron de acuerdo.

—Primera norma —comenzó—: ningún hombre podrá dar información sobre su lugar de escondite a ninguna dama. Segunda: las mujeres no podrán ayudarse mutuamente sobre dónde se encuentra su pareja. Tercera...

Desde la distancia escuchaba a lord Merrit, que leía pausadamente, articulando y dejando un breve espacio entre una norma y otra para permitir que la asimiláramos.

Crawford dio un paso hacia atrás y se acercó a mi oído.

—Admita que se asustó al pensar que no asistiría a nuestra cita.

Miré de soslayo su rostro distraído y jactancioso.

—En realidad, consideraba las posibilidades que tendría de acabar con su vida sin ser enviada a la cárcel o ejecutada por su asesinato.

Amplió su vanidosa sonrisa y tocó mi mano, que descansaba sobre mi brazo desnudo.

—Estoy seguro de que su astuta mente hubiera hallado el plan perfecto. Por suerte para mí, he aparecido antes de que eso sucediera.

—No esté tan seguro de que he descartado la idea —le amenacé.

—¡Oh! Advierto cierto peligro, ¿es acaso rencor?

Ignoré su sagaz comentario y me volví hacia él mientras los demás discutían acerca de uno de los últimos puntos.

—¿Dónde estaba?

Se encogió de hombros.

—Ya lo he dicho. En el lago.

Negué con la cabeza.

—¿Qué hacía? —Sus grandes ojos se oscurecieron aún más y su boca se ampliaba ensanchándose en un pícaro gesto. Suspiré y rectifiqué—: Mejor no me diga qué hacía.

Molesta y furiosa me giré hacia el frente.

—¿No quiere saber con quién? —inquirió divertido.

—Reserve las anécdotas de sus escarceos amorosos para sus amigos.

—¿Y usted no se considera mi amiga, lady Lillian? —quiso saber en un susurro con una voz ronca y profunda.

—No me llame así, y no, no me interesan sus fechorías. De hacerlo, significaría que me preocupo por usted, y eso queda muy lejos de la realidad.

—Antes estaba preocupada por mi ausencia.

—¡Porque me implicaba directamente!

—¡Cuánta hostilidad hacia mi persona! —Se llevó la mano al pecho, ofendido—. Aunque su forma de atacarme confirma mi teoría.

—Sorpréndame con su fantástica teoría —escupí mordaz.

—Tengo la total seguridad de que usted... ha perdido el juicio por mí —murmuró muy cerca de mi oído, inclinándose unos centímetros.

Me quedé impactada ante su descaro y presunción.

—¡Ja! Ya quisiera usted que...

—Bien, si estamos todos de acuerdo, podemos comenzar —me interrumpió lord Meyers—. Las mujeres se dispondrán en aquel altiplano y contarán con los ojos cerrados hasta cien. Después tendrán que buscarnos.

Todas asentimos y las primeras mujeres comenzaron a ascender con las faldas recogidas hacia la plataforma en la cual debíamos contar. Eché una furibunda mirada hacia mi acompañante.

—Espero que dé lo mejor de sí misma porque se lo pondré muy difícil, lady Lillian. Tendrá que meterse en mi mente para descubrirme.

—Si tengo que meterme en su mente, milord, dé la partida por perdida. Sus intenciones deben de ser tan enrevesadas que ni poniéndome en el más extremo de los casos podría siquiera acercarme.

—Por si no se da cuenta, está infravalorando su inteligencia.

Abrí la boca para responder y no hallé respuesta. Él se percató de ello, me guiñó un ojo y masculló:

—Dejarla sin habla debería contarme dos puntos extra.

—Ni lo sueñe —gruñí y alzándome las faldas subí al lugar en donde el resto de féminas se disponían.

¿Cómo era posible que me hubiera dejado sin palabras de esa forma? Me pregunté mientras que de forma automática cerré los ojos y movía los labios imitando el conteo de las demás.

Aunque me resistiera a aceptarlo, sabía cuál había sido el motivo de mi silencio. Esa forma que tenía de mirarme tan profundamente, que casi parecía atravesarme el alma, conseguía paralizarme.

Por sus palabras era capaz de intuir que él tenía un buen concepto de mí. ¿Podría ser que mi plan estuviera dando resultados? Pensar, aunque fuera por unos efímeros instantes, que quizás pudiera interesarle a lord Crawford, hizo que mi vello se pusiera de punta.

—Ocho, nueve, diez... —seguían al unísono las mujeres.

Me sumé a su secuencia numérica y continué con ellas hasta el número cien.

Todas salieron en diversas direcciones, acompañadas de risitas y pequeños grititos llenos de emoción. Descendieron la colina y se

dispersaron en busca de los hombres que debían estar escondidos detrás de cualquier árbol o bajo el puente de piedra. Sabía que Crawford no sería tan predecible. Su astuta y estratégica mente tenía que haber hallado un escondite mejor. El lago parecía una buena idea para empezar.

Antes de iniciar mi camino me detuve a admirar el paisaje. El césped verde y salvaje, los frondosos árboles movidos por la suave brisa de una tarde de primavera, los poderosos rayos de sol que se colaban entre las copas de los árboles, el cantar de los pájaros aunado con el fluir del río. Sentí una punzada de añoranza por la que había sido mi casa durante tantos años.

Alejando de mí aquellos melancólicos pensamientos, tomé una bocanada de aire fresco que llenó mis pulmones y bajé la pequeña pendiente con un paso tranquilo. Al igual que había hecho él, me deleité con el amable paraje que me rodeaba y me hacía añorar mi infancia. De fondo, escuchaba risas y gritos.

Comenzaban a hallar a los primeros escondidos.

Seguí caminando, sintiendo cómo la tierra cedía bajo mis pies con cada pisada cuando una idea me frenó de súbito. ¿Y por qué debía ir a buscarlo? ¿Quería ir al lugar en donde había tenido un encuentro frugal con la viuda de Wertington unas horas antes? ¿Realmente deseaba imaginarlos yaciendo sobre la hierba fresca?

Apreté las manos en puños. Me enfurecía saber que, mientras yo me las ingeniaba para atraer su atención, Crawford disfrutaba de un *affaire* con aquella viuda llamativa.

Desde luego, no se merecía que lo encontrara, necesitaba un escarmiento.

Una de las últimas normas mencionadas había sido que el interior de la vivienda no podía considerarse un lugar donde esconderse. Pues bien, si Crawford consideraba que nadie, a excepción de mí, sería capaz de encontrarlo, no tenía problema. Esperaría el tiempo suficiente en el salón y si alguien me encontraba podría alegar que me sentía mareada. Mientras, Crawford se moriría del aburrimiento considerando que su escondite era de lo más ingenioso e imposible de encontrar. Más tarde, saldría y divagaría por los alrededores quejándome de lo difícil que era hallar a los inteligentes hombres, lo que me valdría una gran admiración por parte de ellos a la par que su estúpido orgullo masculino se vería henchido. Por la noche le

confesaría a Crawford mi estrategia y, aunque se enfadaría, de eso podía estar segura, no podría impugnar el punto que me faltaba para alcanzarlo.

Satisfecha con mi brillante plan, me deshice de los lazos que sujetaban mi sombrero y caminé desenfada hacia Ridenston Park.

Si mi plan funcionaba, no tendría que besar a Crawford. Todo un alivio. Y quizás podría evadir su furia jugando bien mis cartas. Le había prometido a Stinton que le concedería el primer baile de la fiesta, si conseguía llenar mi tarjeta de baile en poco tiempo, nada que fuera imposible, podría escabullirme pasando de los brazos de un caballero a otro sin siquiera tener que enfrentarme con el marqués.

Me exasperaba de tal manera que odiaba incluso respirar el mismo aire que él. Odiaba que me mirara con esos ojos oscuros, penetrantes e indescifrables que conseguían erizarme. Odiaba su orgullosa sonrisa y sus engreídas muecas.

Llegué a una de las puertas laterales de la casa, acaricié el pomo y lo giré silenciosamente asomando la cabeza para examinar el interior.

La quietud reinaba en la sala, todos los invitados debían andar enfrascados en sus pruebas, y aquellos que no participaban muy probablemente estuvieran en sus recámaras descansando o tomando el té al aire libre. Era una estrategia brillante.

Caminé despacio sobre la alfombra berenjena con motivos color tierra hasta el salón comedor, intentando que mis pisadas apenas se escucharan. Me detuve en la entrada y me fijé en su interior. Vacía.

Descubrir sobre la mesa un servicio de té y algunos bollos de crema hizo que mi apetito se abriera. Me acerqué y tomé uno. Le di un bocado y saboreé aquel dulce momento.

Decidida a pasar allí una confortable tarde, me acerqué hacia los sofás de terciopelo azul oscuro que se disponían en forma de U frente a la chimenea. En el centro, sobre una mesita reposaba una botella de licor y un vaso a medio terminar. Quizás los criados volverían pronto para recoger aquello. Eso me detuvo por unos instantes, ¿debía irme?

Me encogí de hombros, no importaba si algún lacayo me encontraba, seguiría usando mi treta de mujer desvalida.

Gracias al reloj que descansaba en lo alto de la chimenea pude calcular el tiempo que había pasado desde que dio inicio nuestro juego. Podía esperar unos quince minutos antes de salir fingiendo frustración por dejarme ganar.

Sonriente, caminé hacia el sillón central, sin duda, sería el apropiado para esconderme. Su alto respaldo y sus orejas conseguiría hacerme pasar inadvertida ante cualquier entrada inesperada.

Bordeé el sofá para sentarme victoriosa sobre la superficie blanda y mis labios formaron una perfecta O.

¡Imposible! ¿Crawford?

Con un periódico en las manos, el tobillo de la pierna derecha sobre el muslo de la izquierda y una sonrisa jactanciosa, se recostaba oculto en aquel sofá orejero.

—¡Felicidades, lady Lillian! Ahora puedo decir que existe alguien que sabe leer mi mente —fue todo lo que dijo, completamente extasiado.

—¿Qué hace usted aquí? —Señalé al exterior—. Se supone que debería estar escondido ahí afuera.

Cerró el periódico y lo lanzó sobre la mesa antes de apoyar las dos piernas en el suelo, juntar las manos y recostarse apoyando sus antebrazos en sus muslos.

—También se supone que usted debería estar buscándome *ahí fuera* —replicó—. Su desconcierto me indica que he errado en mi primer juicio. No ha venido porque sabía que estaba aquí, sino porque usted quería esconderse de mí, ¿no es cierto?

Fruncí los labios y los apreté con fuerza. Mis manos se cerraron en puños en mi costado y respondí todo lo serena que pude aparentar:

—Sabía que estaría aquí. Usted me dijo que me metiera en su mente, ¿no? Pues eso hice.

De pronto, el silencio que imperaba en el salón se vio irrumpido por la risa del marqués. Una risa profunda, intermitente y contagiosa que me hipnotizó durante un par de segundos.

Puse mis brazos en jarras.

—¿Qué es lo que tanto le divierte?

—Usted.

Lo miré con desdén.

—Es muy descortés al reírse abiertamente de una dama y más cuando esta se encuentra en su presencia. No es la primera vez que lo hace.

—No me malinterprete, no me río de usted, sino de su evidente mentira.

Alcé una ceja, me crucé de brazos y apoyé todo el peso de mi cuerpo sobre una pierna, de forma muy impropia, animándolo a explicarse.

Se secó las lágrimas que habían rodado por su rostro y se puso en pie acercando su cuerpo al mío.

—Usted asegura que ha venido aquí porque ha analizado mi mente, pero por su expresión de sorpresa al encontrarme sé que no es verdad. Quería dejarme esperando, durante Dios sabe cuánto tiempo, en mi premeditado escondite y de esa forma no hubiera perdido nuestra pequeña apuesta.

—Está bien, supongamos que ese es el caso. Ninguno de los dos se ha salido con la suya, como es evidente. Usted ha sido descubierto y yo no he podido completar mi objetivo, de modo que...

—Estaríamos en tablas en esta prueba.

—¿En tablas?

El marqués asintió abiertamente y dio un paso hacia delante. En respuesta, yo di otro hacia atrás quedándome atrapada entre el brazo sobresaliente del sillón y él.

—Ninguno ha cumplido su objetivo. No sería justo que usted lo recibiera ni tampoco que me lo quedara yo, de modo que..., según mis cuentas —se miró los dedos de la mano derecha, que comenzó a mover con agilidad solo para inquietarme—, sigo ganando.

—No utilice esas tretas matemáticas conmigo. Si va a hacer cuentas con los dedos, hágalo de forma clara para que me entere.

—No trate de alargar el momento, lady Lillian. ¿Cuándo prefiere darme el beso? —Alzó la ceja, instigado.

Mi mirada se mantuvo imperturbable cuando alargué la mano para detener su esculpido y musculoso torso oculto bajo aquella chaqueta verde oliva desde la distancia.

—Un momento. Supongamos que usted se encuentra en lo cierto y ha ganado. ¿Por qué debería besarlo? Aún no ha acabado la partida.

—Bueno, creo que no existe posibilidad alguna de que me pueda ganar, ya no quedan más juegos —aclaró extendiendo los brazos hacia ambos lados.

—Aclaremos que el premio sería entregado esta noche.

Blandió las manos al aire antes de dejarlas caer con descuido sobre su costado.

—Lleva razón. Creo que podré esperar unas horas más. —Sonrió ladinamente—. Ansío el momento.

—Debo recordarle que...

—¡Lady Abernathy! ¡Lord Crawford! ¿Qué hacen aquí? ¡Y solos! —La voz de lady Stinton resonó en la sala de forma atronadora—. Si alguien los encontrara podría comprometerlos —aseguró como si ella no perteneciera a ese grupo de chismosos.

La mujer, de unos cincuenta años, regordeta y de pelo canoso llegó a paso ligero hasta nosotros y nos miró de hito en hito apesadumbrada y curiosa.

Crawford se inclinó elegantemente hacia ella.

—Disculpe nuestro atrevimiento y falta de decoro, milady. Nos encontrábamos en el exterior jugando al escondite con nuestro grupo cuando lady Abernathy ha sufrido un desvanecimiento. Por suerte, yo andaba escondido cerca y he podido socorrerla. Creí conveniente traerla al salón. —Hizo una pausa para alargar su triunfal, heroico y fingido salvamento y continuó—: Tenía la intención de sentarla, llamar a un criado para que le trajera agua fresca y avisar a su tía —explicó con determinación y tanta seguridad en sí mismo que incluso yo llegué a creerlo—. No pensé en el decoro, simplemente tenía puesto todo mi interés en socorrer a la dama.

—Es usted muy considerado, milord. —El marqués negó con la cabeza con mucha elegancia restándole importancia a su labor.

Desde luego, sabía cómo comportarse y embaucar a las mujeres, fueran de la edad que fueran.

Lady Stinton se volvió hacia mí con el rostro preocupado.

—¿Se encuentra bien, querida? Realmente tiene un aspecto algo demacrado. —Me toqué instintivamente las mejillas

Sentí el dedo inquisitivo de Crawford hundiéndose en mi espalda. Ante su señal, hice acopio de mis mayores dotes como actriz y me llevé la mano al pecho.

—Sí, aunque aún me sigo sintiendo algo sofocada —admití dejándome caer dramáticamente encima del sillón.

Crawford continuó la escena fingiendo preocupación y alargando sus brazos para ayudarme a sentarme.

La mujer se acercó a nosotros. Apoyé mi mano sobre mi frente y dejé la mirada perdida. El marqués se desplazó dejando espacio a lady Stinton y pude llegar a atisbar una ligera mueca en su rostro.

—Ha tenido mucha suerte de que el marqués se encontrara cerca y saliera en su ayuda.

—Sí, ya lo creo —dije por decir.

Lady Stinton tomó mi mano.

—Gracias por ser tan amable y condescendiente, milord. Yo me haré cargo de la señorita a partir de ahora.

—¿Está segura? Puedo acompañarlas y ayudar en lo que necesiten —advirtió.

—Es usted realmente encantador. Acompañaré a lady Abernathy a su dormitorio y avisaré a su tía, estaba conmigo en la terraza hace unos minutos. Sin duda, le haré conocedora de su buena acción.

Refunfuñé. ¿Por qué el mérito se lo estaba llevando él cuando no había hecho nada más que burlarse de mí?

Lady Stinton me empujó hacia la puerta atravesando el salón.

—No se preocupe por ella, milord. Estará bien.

—Confío en ello —dictaminó.

Crawford realizó una ligera venia cuando pasamos por su lado y sonrió satisfecho. Nos disponíamos a cruzar el umbral de la puerta principal cuando me volví ligeramente hacia el hombre que aún nos seguía con la mirada desde su posición.

—Siento mucho haberle estropeado la partida con este ligero mareo.

—No se preocupe, lo importante es que se recupere. Al fin y al cabo, no había forma de que ganásemos el juego.

Le lancé una fulminante mirada y, en el preciso momento en que estaba a punto de desviarla de su irritante a la par que admirable figura, lo vi alzar las manos y hacer un gesto con ellas. Los dedos de su mano derecha se encontraban encogidos formando un perfecto cero, mientras que en su mano izquierda el dedo índice sobresalía entre el resto.

Apreté los dientes al comprender qué era lo que quería decir con este gesto.

Él echó la cabeza hacía atrás y ahogó una risa. Aquella imagen suya fue la última escena que logré capturar antes de salir de la sala y comenzar a subir las escaleras directa a mi cuarto con lady Stinton a mi lado sujetándome de la cintura con fuerza.

Aquella maldita imagen me estuvo persiguiendo el resto del día llenándome de impotencia, rabia y frustración.

OceanofPDF.com

Capítulo 14

LA NOCHE EN QUE UNA GRATA E INESPERADA OCASIÓN ME POSIBILITA EQUILIBRAR LA BALANZA

—¡Dios mío, Lillian! ¡Estás preciosa! —exclamó detrás de mí la dulce voz de Amelia.

Me volví hacia ella y la admiré desde mi posición frente al tocador.

—Tú también estás espectacular, querida prima —le anuncié.

Vestía un traje azul celeste de encajes y bordados veteados en un tono más oscuro. Las abullonadas mangas cubrían sus hombros y sus largos brazos se escondían bajo unos guantes de un blanco impecable. Sobre su cuello lucía una gargantilla finísima de plata y un medallón colgaba sobre su escote algo bajo. Su endiabladamente envidiado cabello rubio había sido recogido en un moño y varios mechones se enroscaban en lo alto de su cabeza con cintas de seda azul celeste dejando caer, de forma casual, unos cuantos bucles por su espalda. Realmente parecía un hada. Sus ojos grises azulados resplandecían y destacaba con el color de su vestido.

Amelia se sonrojó.

—No digas bobadas, jamás podría superar tu extravagante belleza.

Me puse en pie y avancé hacia ella tomándola de las manos.

—Aunque se considere mi belleza como extravagante, la tuya es la que enamora a los hombres de la alta sociedad. —Antes de permitirle que pudiera decir cualquier cosa, me separé de ella un paso hacia atrás—. Ahora dame tu antifaz para que te ayude a ponértelo.

Sobre la palma de mi mano depositó una perfecta y exquisita máscara de medio rostro con forma de mariposa decorada por un conjunto de perlas.

Le ató la cinta con delicadeza, acertando correctamente a igualar la altura de los agujeros con sus ojos.

—Increíble. Esta noche serás de las más admiradas.

Sus mejillas se sonrojaron.

Me acerqué al tocador y tomé mi máscara. Me volví hacia ella cuando la tuvo entre sus finos y enguantados dedos y esperé a que la atara al tiempo que daba un último vistazo a mi aspecto impecable.

Tras mucho dudar, me había decantado por un vestido de raso color granate cuyas mangas, escote y cintura iba decorado con encaje negro. También mi espalda se dejaba ver en grandes proporciones, rayando lo indecente, ya que caía sobre la mitad de la misma dejando mis hombros parcialmente desnudos. Estaba del todo segura de que no era un vestido apropiado para una joven doncella como yo, sin embargo, ya que se trataba de un baile de máscaras, consideré oportuno tomarme algunas licencias.

Hannah me había recogido mi oscura cabellera en un intrincado de trenzas sobre la cabeza. Ya podía ser elegante y bonito, puesto que le había llevado una hora confeccionarlo y otra media colocarle las florecitas rojas que había recogido del jardín con el permiso de lady Stinton.

Había conseguido algo de maquillaje para resaltar mis pómulos y mis labios, que se veían más rojos de lo normal. Amelia se negaba a echarse nada más que sus habituales polvos de arroz, pero yo me sentía más atrevida esa noche.

Mis manos enfundadas en guantes negros de encaje hasta las muñecas se unieron sobre mi regazo a la espera de que Amelia finalizara su trabajo.

Tenía un aspecto excelente, eso me enorgullecía y me hacía sentir bella. Dos horas había tardado en convencer a mi tía de que el desvanecimiento de la tarde había sido provocado por el sol, puesto que había olvidado mi sombrero en casa. A pesar de no mostrarse muy satisfecha con mi pronta recuperación, tía Mary había permitido dejarme bajar, siempre y cuando prometiera no volver a salir sin papalina. Durante la mayor parte de la conversación, maldije y odié de forma sobrenatural al condenado marqués y sus burlas.

—Niñas. —Se abrió la puerta del dormitorio por donde tía Mary asomó su brillante cabellera rubia—. ¿Habéis terminado ya? Casi todos los invitados están bajando y no queremos ser las últimas, ¿no es cierto? —Alzó una ceja, interrogativa.

—Sí, ya estamos, madre.

Lady Haymore abrió la puerta por completo para poder entrar a la habitación. Vestía un traje azul marino con lazos grises y su cabello rubio estaba recogido en lo alto de su cabeza en un moño de bucles.

Desde la muerte de lord Haymore, la tía Mary no solía ponerse colores muy llamativos o deslumbrantes. Le gustaba la austeridad.

Nos echó un rápido vistazo.

—Estáis deslumbrantes. —Nos observó detenidamente, haciendo examen de hasta el más mínimo detalle—. Lillian, ¿no te parece que tu vestido es algo... provocativo?

Miré una vez más mi precioso vestido granate.

—Mi hermano estaba presente cuando me lo compró.

Volvió los ojos al cielo.

—Dios sabe que los hombres no deberían opinar nunca sobre el vestuario de una dama. ¡A saber en qué están pensando!

Me encogí de hombros fingiendo no entenderla.

—Lo pasaré por alto esta vez. Salgamos.

Tomando los abanicos del primer cajón, pasamos por delante de mi tía, que aprovechó para darme un ligero tirón hacia arriba del escote de la espalda. Un gesto que me provocó ternura y cariño.

Salimos de la habitación bajando con elegancia las altas escalinatas alfombradas hacia la planta baja. El sonido melodioso proveniente del salón invadía cada rincón del hogar. Desde los pies de la escalera se podía aspirar el humo de la cera de los candelabros que se consumían, el olor a perfumes femeninos y el aroma del tabaco.

Llegamos a la puerta del salón principal y saludamos cortésmente a los anfitriones que daban la bienvenida. Stinton me admiraba con los ojos muy abiertos y un amplio gesto de sorpresa ante mi atuendo. Tía Mary compartió unas palabras con la anfitriona antes de dar acceso al interior del habitáculo.

Como era habitual, mi tía se alejó de nosotras al ver a sus amigas, no sin antes darnos unas cuantas advertencias:

—Recordad que, aunque no lo parezca, os vigilo.

Amelia y yo reímos por lo bajo y nos acercamos a un rincón observando el escenario que se abría frente a nuestros ojos.

Volantes y encajes de colores recorrían toda la sala.

Podíamos escuchar el frufrú de los vestidos entrechocándose. Los hombres engalanados con su traje de fiesta habitual añadían un toque de expectación con un accesorio tan extraordinario como la máscara, en su mayoría básicas y de un solo color: el negro. En contraposición, las mujeres lucían una amplia gama de antifaces de todos los colores y formas.

Toqué con delicadeza el mío. No había ninguno como aquel. Un regalo de mi padre para mi madre por su cumpleaños. Se trataba de una preciosa máscara, de tacto suave y exquisito con un fondo oscuro decorado superficialmente con brillantes que conformaban intrincados dibujos, traída de la mismísima Venecia. Podía recordar con detalle cómo de pequeña solía sacarla de su caja y colocármela a escondidas mientras daba vueltas por la habitación pensando que era una dama misteriosa que se escapaba para disfrutar de un baile. Por primera vez, tras muchos años de repetir esa acción, sentía que ese sueño infantil se convertía en realidad.

Centré mi atención de nuevo al salón.

—¿Algo que comentar? —le pregunté a Amelia, que parecía hipnotizada ante la escena.

—Todo esto es precioso, Lillian. Nunca había visto un espectáculo así.

He de admitir que la visión que nos ofrecía nuestro lugar era increíble. Las grandes lámparas de araña inundaban el salón con sus llamas, los candelabros encendidos por los alrededores llenaban la sala de luz, las flores que decoraban por doquier llenaban el ambiente de un dulce aroma fresco y los colores vivos de los trajes que danzaban al compás de la música daban un toque de majestuosidad, como si de verdad hubiera un carnaval dentro del habitáculo. Debía admitir que lady Stinton se había superado.

—Oh, no —masculló mi prima, volviéndose hacia mí, ocultándose tras mi espalda.

—¿Qué sucede?

—Acabo de ver al marqués de Ackerman. No quiero bailar con él —murmuró mirando al suelo.

—No tienes que hacerlo —le advertí—. El juego se ha acabado.

—Le prometí un baile esta noche.

Me volví hacia ella.

—¿Por qué?

—Pues... porque... porque me parecía de mala educación no hacerlo después de pasar durante tres días tantas horas juntos —determinó insegura.

Chasquéé la lengua.

—Amelia, ¿te sientes atraída por lord Ackerman?

Sus ojos se abrieron sorprendidos y alzó la cabeza para mirarme.

—¿Atracción? ¿Por lord Ackerman? ¡No!

—¿Ni un poquito? Vamos, Amelia, tienes que admitir que es bastante guapo y elegante y educado y...

—Y serio y reservado y escrupuloso y cabezota y engreído...

—Pareces conocerlo bien —susurré con una leve sonrisa en los labios.

Me fulminó con la mirada.

—Recuerda que he pasado muchas horas a su lado. Es de lo más exasperante. Nunca podría gustarme alguien como él —decidió, cruzándose de brazos como una niña pequeña.

Reí abiertamente ante aquella afirmación que ella misma se obligaba a creer.

—Buenas noches, lady Abernathy. Señorita Haymore...

—Buenas noches, milord —respondimos al unísono.

—Me preguntaba si sería un buen momento para concederme el baile que me prometió.

Amelia sacó la cabeza detrás de mi hombro.

—Me encantaría, pero se me ha enganchado el zapato en el vestido y...

—¡No te preocupes por eso, Amelia! —exclamé—. Ya está arreglado. Además, lord Ackerman ha tenido la gentileza de venir a buscarte, no puedes hacerle ese desplante.

El marqués se mantuvo impasible. Era guapo. Muy guapo, debía añadir, sin embargo, su belleza era tan fría como la de una estatua griega.

Mi prima pasó por mi lado dándome un codazo en las costillas.

—Será un placer.

Edward Fernsby, marqués de Ackerman, realizó una ligera venia sin mostrar ni un solo signo de emoción, lo que me llevó a pensar si ese hombre tendría alguna vez la capacidad de expresarse por algún medio.

Alargó el brazo y esperó a que mi prima lo tomara antes de comenzar a caminar hacia la pista de baile.

Sabía que Amelia se mostraría hostil conmigo por arrojarla a los brazos de un hombre con el cual, era evidente, que no compartía aún ninguno a pesar de sentirse ligeramente atraída por él. Algo que no era difícil descubrir si se le prestaba la suficiente atención cuando lo tenía enfrente y

conversaba con él. ¿Y quién podía culparla? Todo el mundo sabía que los hermanastros Somerset y Fernsby eran dos de los hombres más guapos y codiciados de Londres hasta el momento, sin contar al terrible marqués de Crawford, aunque aquel era dado por imposible debido a su libertinaje y continuas correrías.

Al igual que las madres de las jóvenes casaderas se desvivían por emparejar a sus hijas solteras con los hermanastros, hacían hasta lo imposible por alejarlas de Crawford, algo que les costaba sobremanera, dada la naturaleza pícara y seductora del hombre.

A medio camino de la pareja, un caballero los detuvo. No pude apreciar bien de quién se trataba hasta que mi prima se giró hacia atrás y me señaló acusadora con el dedo. Tras ella surgió la figura de Stinton que, agradeciéndoles la indicación, se condujo hacia mí con paso decidido.

«Traidora», pensé con los dientes apretados.

Impecablemente vestido, Stinton llegó hasta mí con sus alegres andares, su figura desgarbada y el cabello dando ligeros saltos amenazando con salirse del tupé.

—Buenas noches de nuevo, lady Abernathy. En nuestro anterior encuentro no he tenido la oportunidad de confesarle que luce tan hermosa como siempre.

Tomó mi mano y la besó en los nudillos sin que me diera tiempo a reaccionar.

—Es usted muy amable, señor Stinton. —Y de verdad lo creía.

—Por favor, llámeme Charles.

—Oh, no. No podría llamarlo por su nombre de pila, sería demasiado informal.

Abrí el abanico. Barrí con la mirada ligeramente el salón de baile hasta dar con la persona que menos me interesaba.

El marqués de Crawford se encontraba de espaldas, charlando animadamente con un par de caballeros. Sin saber por qué, me sentía atraída por sus anchos hombros encajados en la chaqueta del traje oscuro.

Suspiré, no sabía qué era peor; bailar toda la noche con Stinton o enfrentarme al inminente beso que el marqués parecía exigirme como forma de pago.

—¿Cómo ha sabido que era yo? —le pregunté para alargar el fatídico momento de verme envuelta en sus brazos danzando.

Se encogió de hombros.

—Vi a su prima acompañada de Ackerman y se lo pregunté.

—¿Y cómo sabía que era mi prima? —inquirí sin apartar la mirada de la nuca de Crawford.

—¡Ah! Ackerman me informó de la intención que tenía de bailar con la señorita Haymore el primer vals.

—Vaya, creí que sería más fácil esconder mi identidad —bromeé.

—Es usted incomparable, lady Abernathy.

Sus palabras me enternecieron.

—Y ahora debo mostrarme inflexible y exigirle que cumpla su palabra abriendo conmigo el primer baile de la noche —me pidió dulcemente—. Los músicos esperan a que me coloque junto a mis padres en mi posición de anfitrión.

Consciente de que el hecho de que abriera el primer vals con él haría que millones de chismorreos y especulaciones se difundieran por toda la sala, no tuve más remedio que alargar mi mano y tomar la que Stinton me ofrecía.

No podía ser la causa de que el baile no diera lugar y tampoco quería ridiculizarle. Una cosa es que me pareciera muy obstinado y otra muy distinta es que quisiera provocarle una humillación en su propia casa, y mucho menos después de haberse portado tan bien conmigo.

Juntos nos acercamos a la pista y nos colocamos en medio del círculo, atrayendo la atención y miradas de todos los invitados, incluido Crawford, lo cual me llenó de satisfacción.

El vals dio comienzo y Stinton, todo un experto bailarín, me condujo por la sala dando vueltas. Apenas tenía que mover los pies y sonreírle. Su gran habilidad como guía me permitió tomarme la libertad de olvidar cuáles eran los pasos y observar a los demás invitados que danzaban a mi alrededor.

Me sorprendí al encontrar un vestido como el mío. Si bien no eran idénticos en forma, sí en color.

Examiné a la mujer que lo llevaba para dar con su identidad. Mas a partir de su singular silueta y sus movimientos vivarachos pronto supe de quién se trataba: ¡era la señorita Elliot! La amiga de Amelia y la mayor cotilla de todo Londres.

Una brillante idea me asaltó y supe que debía llevarla a cabo para ganar el punto que me faltaba. Era la última oportunidad que tenía si quería no

besar al marqués.

Ansiosa porque el baile sucediera lo más pronto posible, comencé a idear mi plan de forma rápida y astuta. Stinton me habló en varias ocasiones mientras que yo solo me limitaba a soltar absurdas risillas y a asentir con la cabeza como respuesta. En aquella ocasión no pensaba arriesgarme a decir algo de lo que luego me arrepentiría, como había sucedido con los dichosos pichones.

Tras el culmen del vals con una doble vuelta, Stinton se ofreció a acompañarme hacia la mesa de los refrigerios, me negué alegando que debía ir al tocador.

Me escabullí entre la multitud, que comenzaba a abandonar la pista de baile para dar paso a otros invitados, en busca de la señorita Elliot, que pasó por mi lado con una sonrisa en los labios agarrada del brazo de otro hombre. Maldije entre dientes y me volví para observar cómo comenzaba una contradanza. Gruñí internamente.

Estaba a punto de hacer mi desaparición del salón cuando tropecé y me hallé ante el deslumbrante y satisfecho rostro del marqués de Crawford. Confieso que no me sorprendí en absoluto, al parecer, esa había quedado estipulada como nuestra forma de encuentro habitual. ¿Cómo un hombre podía enterrar tanta belleza en sus facciones? Sus ojos oscuros estaban marcados por largas pestañas y sus labios ligeramente entreabiertos invitaban a... Sacudí la cabeza y me alejé de su agarre.

Sin prestarme la menor atención y volviendo mis pensamientos hacia un terreno más seguro, sacudí y re Coloqué mi vestido con deleite.

—Lady Lillian, parece que se ha recuperado del desfallecimiento que ha sufrido esta tarde. La encuentro realmente encantadora esta noche.

—Muy amable... Disculpe —entrecerré los ojos y fingí estudiarlo—, no sé con quién hablo en estos momentos.

Soltó una carcajada.

—Vamos, lady Lillian, no me diga que quiere comenzar con ese juego.

—Ah, si es usted —dictaminé desdeñosamente al tiempo que sacudía la mano y comenzaba a caminar hacia la salida del salón.

Él me siguió.

—Espere, ¿a dónde va? Me debe un baile y... algo más —susurró con picardía.

Estaba segura de que en sus labios se vería esa irresistible y arrogante sonrisa que tanto me desesperaba.

—Quizás más tarde —aclaré—. Tengo que ir al tocador.

—No podrá hacer nada para deshacerse de mí, lady Lillian —soltó quedándose parado en medio del salón.

Sin decir una palabra, me perdí entre el resto de invitados y lo dejé atrás. A toda velocidad me introduje en el tocador de mujeres donde Amelia se encontraba sentada en una pequeña butaca de terciopelo azul.

—¿Qué haces aquí? —pregunté extrañada.

—¿Y tú?

Observé que estuviésemos solas en la habitación y expliqué:

—Me escondo de Stinton y Crawford.

—Me escondo de Ackerman.

Me senté a su lado.

—¿Ha pasado algo?

Negó con la cabeza.

—Solo me ha pedido acompañarme a la mesa de los refrigerios y otro baile.

—Entiendo —suspiré.

—Stinton quiere tenerme esta noche como su trofeo llevándome de un lado a otro y Crawford... Bueno, digamos que la situación con él es algo complicada.

—¿Es por la apuesta? —asentí—. Lillian. —Se volvió hacia mí decidida—. Si crees que es peligroso, olvídale todo. No tienes que demostrarme nada. Realmente fue una estupidez... —suspiró—. Queda bastante claro que Crawford es incorregible —dictaminó con la voz perdida.

—Sé que no tengo que demostrarte nada, no se trata de eso. Es solo que... me resulta difícil introducirme en la mente de ese hombre.

—No quiero que te veas involucrada en un escándalo con él —aseguró con la voz sumergida en la preocupación.

Tomé su mano enguantada y le sonreí amablemente.

—Tranquila, todo saldrá bien.

La puerta se abrió frente a nosotras dejando entrar a una señorita Elliot sulfurada. La joven batía con fuerza su abanico y, tras un ligero saludo, se acercó a la jofaina donde se mojó las manos y las pasó por detrás de su nuca.

La examiné concienzudamente de forma que pudiera contemplar las posibilidades que tenía de que ella pudiera aparentar ser yo.

Aquella mujer era delgada y quizás uno o dos centímetros más baja, su pelo tan oscuro como el mío lo llevaba recogido con una diadema de flores, nuestros vestidos se asemejaban en color y forma, un hombre no se fijaría en esa pequeña diferencia de diseño, pensé. Mi conclusión fue que la señorita Elliot sería la pieza perfecta para llevar a cabo mi plan. Su rostro era completamente diferente, pero nada que una buena y ancha máscara no pudiera ocultar.

Sin previo aviso, la joven se volvió e interrumpió mi examen.

—¿Suced algo? —quiso saber mientras se secaba las manos en una toalla doblada elegantemente.

—Admiraba su vestido, se parece tanto al mío... —decreté.

Tanto mi prima como la mujer que tenía delante de mí miraron primero mis faldas y luego las de ella.

—Es cierto. No me había fijado.

—Es lógico que, siendo tan parecidas físicamente —me levanté—, nos decantemos por los mismos colores.

La mujer se sonrojó y al ponerme a su lado nos dedicó una mirada a través del espejo. Centró su atención en mi antifaz, al cual miró con admiración.

—¡Oh! Su antifaz...

—¿Qué le ocurre?

—Es veneciano, ¿verdad?

Asentí.

—¿Cómo lo sabe?

—Adoro Venecia. Mi padre solía llevarme de niña. Recuerdo quedarme por horas admirando los escaparates de máscaras y antifaces. —Alargó los dedos para acariciarlo.

Sonreí agradecida.

—Era un regalo para su madre —dictaminó desde atrás Amelia—. Nunca se lo había puesto antes.

—Debe de ser muy costoso —aseguró antes de recolocarse las faldas—. Si me disculpan, prometí el siguiente baile a lord Swan.

Solté una maldición al verla desaparecer.

—Lillian, ¿qué tramas? —inquirió Amelia, sospechosa de mi actitud.

—Tengo que conseguir que me preste su antifaz unos instantes.

—¿Para qué?

Curvé maliciosamente la comisura de mis labios.

—Para ganar la partida.

OceanofPDF.com

Capítulo 15

EL PELIGROSO MOMENTO EN QUE SUCEDE ALGO INESPERADO

Esquivé con cuidado a los invitados que se interponían entre la señorita Elliot y yo. Estaba muy cerca de ella. Casi podía tocar su brazo cuando entre nosotras se interpuso el que parecía ser mi peor pesadilla de los últimos días.

—¿Ya se siente dispuesta a bailar conmigo?

—Usted. Otra vez. —Alcé una ceja, inquisidora—. ¿Sabe que podría pensar que es un acosador por asaltarme cerca de la puerta del tocador de damas?

Mi prima rio a mi lado.

—Podría suponerlo, si no me conociera.

—Precisamente porque le conozco, me atrevo a decirlo —le interrumpí.

Mientras hablábamos caminábamos rumbo hacia el salón de baile. O en realidad Amelia y yo nos dirigíamos al salón mientras que él nos seguía a un paso por detrás.

—Quizás deberíamos aclarar eso en privado...

—¿Lo dice por Amelia? Tranquilo, así me ahorra que se lo cuente después —me enfrenté a él—. ¿Qué necesita aclarar? Estoy ansiosa por escuchar lo que tenga que decir.

Sonrió cínicamente.

—Se lo diré mientras bailamos —admitió tirando de mi mano enguantada.

No me alcanzó el tiempo para replicar. Ni siquiera pude reaccionar o moverme siquiera hasta que me vi envuelta en sus brazos en la pista de

baile.

—¿Qué cree que está haciendo? —objeté refunfuñando.

—Pensé que se llamaba bailar, aunque, dada su reacción, quizás me equivoque. ¿Qué se supone que hago?

—Ha resultado muy grosero dejando a mi prima sola en medio del salón.

Se quedó pensativo unos segundos sin dejar de prestar atención a mis facciones. Alzó la mirada en busca de Amelia, quien ya danzaba en brazos de otro caballero.

—Para nuestra tranquilidad, aquel hombre ha resarcido mi descuido.

—Ni toda una corte de ángeles celestiales le ayudaría a resarcirse.

—¿Toda una corte? Sí que me tiene en alta estima.

—Además de grosero es usted un descarado y... —Me detuve sopesando mis palabras.

—Adelante, no se detenga, ¿qué más he sido? —quiso saber con cierto aire de burla en sus palabras.

No me amilané. ¿Quería oír todo lo que pensaba de él? Muy bien, pues lo haría.

—Desconsiderado, descortés, engreído, imprudente, salvaje, arrogante, pretencioso... —le respondí como si le estuviera hablando sobre el tiempo atmosférico.

—Un momento —me cortó mientras comenzaba mi retahíla de adjetivos—. ¿Todo eso he sido en un segundo? ¡Vaya! Creo que me he superado a mí mismo.

Gruñí interiormente y apreté la mano que sujetaba su hombro.

—Usted siempre se supera.

Dio un respingo cuando notó mi firmeza y curvó ligeramente la comisura de sus labios. Acto seguido, se inclinó hacia mi oído y susurró:

—Estoy impaciente por descubrir ese lado salvaje suyo... en la intimidad.

Nuestras miradas se encontraron. Llevaba un antifaz negro que cubría la mitad de su rostro, sin embargo, era imposible no distinguir sus oscuros ojos de entre todos los que podía haber en la sala.

Un cosquilleo comenzó a recorrer por mi piel en el preciso instante en que percibí el tacto de sus dedos enguantados sobre mi desnuda espalda. ¿Cómo podía conseguir provocar ese efecto en las mujeres? Cada vez

comprendía más lo irresistible que podía resultar aquel hombre y sus artimañas.

—Ese antifaz es magnífico, Lillian, aunque debo admitir que ansío quitártelo cuando nos encontremos a solas —ronroneó.

—¿Por qué sigue llamándome por mi nombre de pila cuando no le he dado permiso? Y aún más, ¿por qué cree que me voy a quedar a solas con usted?

—Hace muchas preguntas, ¿no le parece?

—Pues empiece a responderlas antes de que acabe el baile.

Suspiró.

—Le confesaré que he mencionado su nombre de pila tantas veces en la intimidad que ya me resulta extraño tratarla de usted.

Un segundo. ¿Por qué no se paralizaba el mundo entero? ¿Había dicho que pensaba en mí? ¿Era eso posible? El estómago se me encogió y sin saber por qué me embriagó un sentimiento muy parecido a la emoción. No obstante, y como si él no se hubiera percatado de que en mi interior comenzaban a bullir una multitud de incompresibles emociones, continuó con su perorata:

—En segundo lugar, me permitirá quitarle el antifaz porque he ganado la apuesta que hicimos y merezco mi recompensa. He luchado duramente para alcanzarla —justificó.

—No me parece justo.

—¡Vaya! ¿Y por qué no?

—Ha ganado haciendo trampa —repliqué con lo primero que se me pasó por la cabeza, consciente de que no podía darle la satisfacción de saberse ganador de nuestra estúpida apuesta.

—¿Y no es eso lo que hizo usted? —Alzó una ceja—. ¿O debo recordarle que contrató a dos niños para que lanzaran todas mis bolas al río?

—En ese momento nos encontrábamos fuera de la apuesta.

—Creo recordar que nuestra apuesta comenzó más o menos a partir de ese acontecimiento. —Enmudecí, consciente de que tenía razón—. La he dejado sin palabras. Otra vez —aseguró al cabo de unos segundos—. Excelente. Otro tanto para mí.

—No. Por supuesto que no.

—Lady Lillian, quiero mi premio —aseguró seriamente.

—¿Y si no lo obtiene? —le reté acercándome hacia su imponente figura.

—Será mejor que no me rete. No sabe de lo que soy capaz por defender lo que es mío —respondió enfrenándose a mí.

—¿Me amenaza?

Mi corazón se aceleró nervioso.

—Es usted una mujer fuerte, sabrá encajarlo.

La música dejó de sonar, nos alejamos y realizamos una venia.

—La reclamaré dentro de tres bailes. Quiero recibir mi recompensa —me advirtió mientras me alejaba furiosa de la sala.

¿Por qué me estaba costando tanto manejarlo? ¿Por qué era tan astuto y divertido y arrogante y guapo y engreído y tantos y tantos adjetivos que podía usar para incrementar su larga lista?

Tenía que llevar a cabo mi plan de inmediato. Busqué por encima de las cabezas el rostro de la señorita Elliot. Pronto la encontré charlando animadamente con lady Ashley y lord Somerset.

Me acerqué con educación. Tras compartir unas frases de cortesía, le rogué a la señorita Elliot que me acompañara unos minutos. Sorprendida e intrigada ante mi propuesta, la joven aceptó y caminó a mi lado.

La llevé hacia el rincón, lejos de todas las miradas de la sala y, tras comprobar que, en efecto, nadie podía escucharnos entre aquella gran multitud, centré mi atención en ella, que me observaba sorprendida.

—¿Se encuentra bien, lady Abernathy?

—En el tocador me dijo que le encantaba mi máscara —fui directa.

—Así es. Es preciosa, parece mágica.

—Había pensado que tal vez...

—¿Sí?

—Le gustaría llevarla durante un rato.

Sus ojos se desorbitaron al escuchar tal idea.

—¡Oh, no, no! —Alargó las manos rechazando la oferta—. No podría, lady Abernathy. Era un regalo de su madre, no soy quién para llevarlo, aunque le agradezco mucho la oferta.

Chasquéé la lengua contra mis dientes.

—Realmente, no me importa —insistí.

Un baile y medio me separaba de Crawford. Debía darme prisa para convencerla y cambiar los antifaces.

—No puedo aceptar.

—Me agradaría que llevara mi máscara durante un par de bailes.

—¿Por qué?

Maldita fuera, ¿por qué no podía simplemente aceptar?

—Usted ha sabido apreciarla y eso es importante para mí. Pensé que le gustaría usarla, pero si no se siente segura. En otra ocasión, tal vez. —Me volví y conté hasta tres cuando escuché su afinada voz:

—¡Espere!

Me giré lentamente, totalmente satisfecha.

—Es demasiado generosa conmigo y sé que no debería aceptar... —Se miró las manos enguantadas, tímida—. Realmente sería un sueño para mí el poder llevarla por un ratito.

—Me agrada saber que puedo contribuir a cumplir un deseo como el suyo.

Me escondí tras una de las anchas y robustas columnas de mármol que rodeaban la periferia del salón de baile y me deshice el lazo con meticulosidad.

La señorita Elliot me imitó.

Nos intercambiamos los antifaces y le ayudé a atárselo antes de colocarme el mío.

—¡Oh! Es tan ligero y tan suave.

Sonreí anchamente al comprobar cómo se iniciaba mi plan.

—Le aseguro que se lo devolveré enseguida.

—No tenga prisa —la animé.

Entusiasmada, se alejó para admirarse en uno de los grandes espejos de pared que con su marco dorado y sus ramas de olivo alrededor regalaba una visión completa de buena parte del salón.

Estaba a punto de acercarme a ella cuando atisé a lord Crawford atravesando el salón, en mi busca. Me detuve paralizada y reulé hasta esconderme tras la columna. Parecía satisfecho cuando creyó encontrarme. Se colocó a unos metros de distancia tras la señorita Elliot y la saludó. Me llevé las manos a los labios reprimiendo una sonrisa cuando el rostro de ella reflejó entusiasmo.

Desde mi posición seguía toda la escena que continuó. La señorita Elliot se dio la vuelta y prácticamente corrió hacia Crawford, cuyos ojos se agrandaron al descubrir que la joven que se agarraba con firmeza a sus brazos no era quien él creía. Estupefacto, comenzó a buscarme por todo el

salón mientras ella se ponía de puntillas para susurrarle al oído. Me escondí por completo tras la columna y esperé.

Tras asegurarme de que se habían incorporado a la pista de baile, me permití acercarme hasta la mesa de los refrigerios y servirme un poco de ponche. Sí, con alcohol, porque aquella victoria había que celebrarla.

Tosí cuando el líquido caliente recorrió mi garganta, pero no me importó. Solo podía sentirme pletórica. No podía ni imaginar lo que el marqués debía de estar sintiendo en aquellos momentos y lo que sucedería después cuando la señorita Elliot, la mayor cotilla de todo Londres, anunciara que el marqués de Crawford la había galanteado.

Dejé el vasito de ponche en una de las bandejas que los lacayos retirarían. Quería deleitarme en mi obra.

Avancé cautelosa por el salón, sorteando a las personas que admiraban la cuadrilla que se bailaba. Logré avistar al señor Stinton. No podía arriesgarme a que me viera y sentirme atrapada por él en aquel instante, de modo que, con sigilo, me deslicé por uno de los amplios ventanales que daban al patio exterior de la casa y entré por otro. Nadie parecía fijarse en mí y eso me satisfizo.

Apoyé mi espalda sobre el marco del ventanal y de brazos cruzados busqué de nuevo las figuras de mis víctimas.

No pude aguantar una carcajada cuando la señorita Elliot acarició la espalda del hombre de forma casual mientras daban los saltos para el cambio de pareja ante la mirada atónita del marqués.

La música comenzó a cesar, era mi momento de desaparecer de la noche. Ya le pediría a Amelia que recogiese mi antifaz más tarde.

De pronto, sentí como si una aguja se clavase en mi nuca. Ladeé la cabeza, la mirada de lord Crawford me atravesó como si de un rayo se tratase. Un torbellino de emociones comenzó a bullir en mi interior. Mis labios se volvieron una línea recta.

Todo lo que pude pensar en aquel momento fue: «Corre, Lillian».

Me deslicé con sigilo por el marco de la puerta y salí al exterior.

En un primer momento caminé a paso rápido, volviendo la cabeza hacia atrás de hito en hito para comprobar a qué altura se encontraba de alcanzarme. Cuando comprendí que la noche era demasiado fresca y en el jardín solo podría encontrar a parejas que no deseaban ser descubiertas, tomé mis faldas en alto y comencé a correr hacia el laberinto de tejos que se

expandía a unos quince o quizás treinta metros de distancia abarcando gran parte de ese lado del jardín.

Me adentré sin miedo.

En uno de los paseos, Stinton me había aclarado, tras mi interesada pregunta sobre la posibilidad de no encontrar la salida, que se trataba de un laberinto clásico, con solo una entrada y una salida posible, de forma que nadie, a excepción de su padre, que se caracterizaba por su desorientación, jamás pudiera quedarse atrapado.

Las paredes altas y los tejos perfectamente recortados transmitían una seguridad y un aislamiento de lo más alentador. El olor a lavanda y a hierba fresca regalaba al ambiente un agradable paseo, siempre que no corrieras por temor a ser alcanzada por un mujeriego enfurecido.

Me detuve y tomé una gran bocanada de aire antes de atisbar una sombra acercarse.

En aquel sepulcral silencio, la música llegaba hasta mis oídos en forma de susurro acompañada de las fuertes, rápidas y audaces pisadas de unas botas de piel sobre la gravilla que se aproximaban.

Ahugué un grito y seguí corriendo hasta adentrarme en lo más profundo.

En el centro del laberinto encontraría un pequeño estanque, rodeado de parcelas de flores silvestres y bancos de mármol.

Corrí hasta aquel paradisíaco lugar y decidí que si Crawford me seguía lo mejor era despistarlo. Cruzaría al otro lado del estanque, me escondería y volvería por el mismo camino en paralelo.

Me escondí, esperé agazapada a que la figura del marqués pasara de largo frente a mí. Tenía la respiración agitada y mi pecho subía y bajaba a un ritmo frenético. Me obligué a tomar aire y retenerlo. Cualquier movimiento podría ser mi fin.

Esperé y esperé. Agudicé el oído, las pisadas se habían detenido. Presa de la curiosidad, asomé mi cabeza entre los tejos y encontré la figura de Crawford vuelta en mi dirección, oteando a su alrededor.

Y entonces sucedió lo inevitable. Me vio.

Solté un agudo grito de sorpresa, cogí el impulso de salir corriendo de nuevo y mantenerme lejos de él. Por primera vez le temía. La furia de su mirada me dejaba claro que mi broma había ido demasiado lejos.

Sentí cómo mi cuerpo se quedaba clavado en la gravilla cuando sujetó mi codo impidiéndome avanzar.

—¿A dónde demonios cree que va? ¿No le parece que ya hemos jugado bastante, lady Lillian? —gruñó con los dientes apretados.

—Quiero estar lejos de usted —aclaré mientras intentaba zafarme de su agarre.

Para mi sorpresa, mi voz sonó más segura de lo que en realidad me sentía.

Su figura se mantenía impasible y estática.

—¿Cómo ha sido capaz? ¿Qué pretendía al hacerme creer que la señorita Elliot era usted? —Con la mano libre se quitó el antifaz y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Ganar el punto que me faltaba para empatar.

Alzó las cejas.

—¿De modo que es eso? ¿Todo lo ha hecho por esa maldita apuesta?

No respondí, me limité a mirarlo con desdén, tal y como lo hacía él conmigo.

Mi piel comenzaba a erizarse, aunque no estaba del todo segura de si era por el ambiente helado de la noche o por su gélida presencia que parecía traspasarme.

—Me he cansado de sus estúpidos jueguecitos —me soltó bruscamente dándome un ligero empujón—. Ninguna mujer me había humillado tanto en mi vida.

Me llevé la mano al pecho sintiéndome ofendida.

—¿Está insinuando que solo vivo para abochornarlo, milord? Siento anunciarle que no es el centro del universo. —Me crucé de brazos, enfurruñada.

—¡Esto es el colmo! Resulta que ahora es usted la ofendida.

Lo escuché maldecir y soltar una serie de improperios por lo bajo.

A pesar de la escasa luz que iluminaba aquel salvaje escenario, pude atisbar cómo tensaba la mandíbula cubierta por una incipiente barba que comenzaba a crecerle sobre las mejillas y la prominente barbilla.

—Hace tiempo que debí haber dejado de buscar su compañía, sobre todo cuando es evidente que usted no tiene el más mínimo interés en mí —suspiró—. Pero tengo que confesar que me fascina. Cada minuto que paso en su compañía aviva en mí un fuerte deseo de besarla, de hacerla mía. Siento que se ha convertido en una necesidad.

Mi semblante se mantuvo impasible, mi cuerpo inmóvil y mi mente... mi mente daba alegres saltos y danzaba.

¡Mi plan había funcionado!

Tras una corta pausa en la que retocé deleitándome en mi éxito, Crawford continuó. Su voz era ronca, dura, tosca, con cada palabra dejaba patente su gran enfado. Y debía reconocer que su estado era bastante razonable. Desde que lo conocía, me había limitado a desdeñarlo y tratarlo con la prepotencia y arrogancia con las que luego lo acusaba a él.

—Nunca admitiré ante nadie lo que voy a decirle, pero... desisto en mi tarea de seguir provocándola. Es usted exasperante, irritante, contestona, orgullosa...

—Somos más parecidos de lo que creía, entonces. Cualquiera podría imaginar que se describe a sí mismo —ironicé sabiendo que aquella observación sería la gota que colmara su paciencia.

Gruñó furioso y di un paso hacia atrás.

Nunca lo había visto tan enojado.

Sus perfectas facciones se mostraban duras y contraídas, sus puños se apretaban a sus costados y su cuerpo se mantenía firme y regio mientras su mirada de fuego descansaba en mis ojos, aún ocultos bajo el antifaz de la señorita Elliot.

—¡Está bien! Le concedo que ha ganado. —Agitó sus brazos, encolerizado—. ¿Cómo puede mostrarse tan insensible y frívola cuando le abro mi corazón? Está claro que no conseguiré nada de usted. Solo ha estado jugando conmigo y le aseguro una cosa... —Dio un paso al frente, casi acariciando mi nariz con la suya, y alzó un dedo que me señalaba amenazante—. Yo no soy ningún mequetrefe al que pueda manejar a su antojo. No lo permitiré. —Se irguió recolocándose la chaqueta negra de calidad que hacía juego con sus pantalones y su corbata—. No puedo decir que no haya sido un placer conocerla, aunque deseo no volver a encontrármela en lo que me resta de vida. Buenas noches, milady. Por su integridad le aconsejo que no se demore mucho en volver a la sala.

Y sin darme opción a responder se dio la vuelta y comenzó a dar grandes zancadas.

«¡Maldita sea! Rápido, Lillian, piensa».

El marqués se alejaba dándome la espalda y de ese modo mi apuesta se iba con él. Una vez que saliera de aquel laberinto, todo habría acabado. Ya

no era algo que tuviera que ver con los vestidos, ¡al diablo con ellos! Era mi orgullo lo que se iba con él, mi autoestima, la confianza en mí misma, mi...

Sin pensar en lo que estaba a punto de hacer, corrí hasta él, rodeando el estanque de cuyo chorro central emergía el agua rompiendo con el silencio que se había instaurado entre los dos, y lo agarré del brazo. Él se enfrentó a mí con los ojos entornados.

—Le demostraré que está equivocado y sí soy una mujer de palabra.

Y, dicho eso, alargué las manos, lo tomé de las solapas de la chaqueta, tiré de ellas para acercarlo a mi cuerpo, me puse de puntillas y, cerrando los ojos, posé mis labios sobre los suyos.

El beso fue rápido, blando, cálido.

Apenas hubo un ligero contacto cuando lo solté y volví a mi posición original. El hecho de haber estado unos segundos tan cerca de él había conseguido hacerme sentir algo que no estaba del todo segura de saber explicar.

Mi corazón palpitaba a toda prisa.

No me atrevía a mirarle, aunque aún se mantenía erguido frente a mí, seguramente presa de la estupefacción que le había provocado mi desmesurada reacción.

Respiré profundamente, al menos aún no se había marchado. Debía enfrentarme a él una vez más, aunque después del beso nada volvería a ser como antes.

Me admiraba con los ojos brillantes. Esta vez no hallé ningún atisbo de furia.

Sobre sus labios se dibujaba una sonrisa arrogante, la cual no me pareció tan irritante después de todo. Aquellos labios que había besado apenas unos segundos atrás...

La situación me parecía completamente extraña e irreal. Aún podía sentir su sabor salado sobre mi boca cuando me mordí impaciente el labio inferior. Estaba segura de que en aquellos instantes el marqués pensaba en el beso y en lo pésimo que había resultado ser. Estaba claro que no sabía besar, pero siempre había imaginado que, cuando lo hiciera de verdad, sería con alguien que tampoco supiera mucho acerca de dicha destreza y nuestra inexperiencia haría que todo resultara más divertido y real.

Todos mis planes respecto a los besos se habían ido al traste. Había dado con el mayor libertino y mujeriego de todo Londres, lo que significaba que

sería un experto en el arte de besar y su mente debía de estar eligiendo las palabras precisas para burlarse de mí y de mi falta de práctica.

Abrió sus deliciosos labios para criticarme y yo aparté la mirada esperando justamente aquella burla. Sin embargo, sus palabras me desconcertaron por completo.

—No ha estado mal, aunque... —Se acercó. Mi cuerpo comenzaba a temblar como una hoja ante un fuerte huracán. Me tomó con una mano de la cintura y me apretó hacia él dejando nuestro pecho unido. Con la otra, se deshizo de mi antifaz, dejándolo sobre el grueso bordillo del estanque. Mi respiración comenzó a entrecortarse cuando añadió—: Sé que podría ser mucho mejor.

Se inclinó hacia mí y, sujetando mi rostro en una caricia, me besó. El verlo acercarse a mí hizo que me sintiera al borde del abismo, la boca de mi estómago dio un vuelco y sentí un vértigo atroz.

Ante el contacto, mi corazón comenzó a agitarse con fuerza. Mi pecho subía y bajaba rítmicamente y mis manos, que caían en mis costados, se fueron sin permiso alguno hacia su cintura, donde lo agarré firmemente.

Sus labios eran blandos y mullidos, o al menos eso me pareció cuando de pronto dejó de darme lentos besos fugaces y pasó a abrir mi boca para colarse entre mis labios. La sangre palpitaba en mis oídos y mi mente no podía atender a ningún otro sentido más que no fuera la agradable sensación y el cosquilleo que me recorría por todo el cuerpo al estar en brazos de aquel hombre.

Su lengua comenzó a introducirse inocentemente en mi boca y, por un momento, sentí como si me estuviese invadiendo.

No era tan inocente como para no saber que ese tipo de cosas existían, pero jamás lo había experimentado para delimitar cuán placentero resultaba.

Ansiaba conocer más, quería que Crawford me enseñara todo lo que sabía sobre besos.

Y, como si pudiera escuchar mi mente, el marqués se inclinó más hacia mí y profundizó aquel electrizante momento. Su barba me acariciaba las mejillas y ese íntimo roce hizo que mis piernas flojeasen. Nunca ningún hombre me había hecho sentir así.

Sus manos comenzaron a recorrer mi espalda yendo directamente hacia la zona descubierta. Jadeé cuando sus manos enguantadas me rozaron la piel.

Deslicé mis manos hacia su cintura y las llevé despacio en un sentido ascendente por su pecho hasta alcanzar el sensible hueco de su cuello, en donde me deleité unos segundos antes de sujetarle el rostro.

Con timidez alargué la lengua imitando su contacto hasta que acabé por introducirla en su boca. Nuestros húmedos músculos comenzaron a jugar y sentí la ligera necesidad de acercarme aún más a él.

Su aroma me embriagó. Sus labios tenían un ligero sabor a alcohol, podría atreverme a asegurar que se trataba de *whisky*, y la calidez de su cuerpo traspasaba la propia ropa. Todas aquellas sensaciones, sabores y sentimientos que se acumulaban en mi interior se fueron grabando a fuego en mi cerebro. Tenía la sensación de que estábamos sincronizados en aquel perfecto, caliente, pasional y húmedo beso. Las respiraciones parecían entrelazarse sobre nuestras bocas unidas, las lenguas jugueteaban y, a pesar de que mi pulso era fuerte y casi conseguía ensordecirme, logré sentir el fuerte golpeteo del corazón de mi compañero acompañando al mío.

Crawford me apretó hacia sí con determinación, sus manos habían descendido hasta mis caderas en algún momento, y se alejó unos centímetros sin llegar a soltarme.

Me quedé inmóvil, con los ojos cerrados, sin saber qué decir o hacer. La escena era demasiado íntima y tenía la total certeza de que en esa ocasión él había ganado.

Tras mis párpados podía discernir un millar de estrellas parpadeando. Me decidí a abrir los ojos y no pude condenarme por la visión que había reemplazado a la anterior.

El marqués de Crawford se mostraba esplendorosamente apuesto con los labios hinchados, la respiración entrecortada y esos increíbles ojos oscuros observándome como si fuera lo único que hubiera en el mundo.

La luz de la luna incidía sobre su cuerpo otorgándole un brillo especial a su mirada.

Sus facciones se habían suavizado y lucía mucho más guapo de lo que en un principio había llegado a considerar.

No dije nada. No sabía qué decir. Sin embargo, y a pesar de todo, mis manos aún descansaban sobre sus hombros. Temía que al separarme de él mis piernas flaquearan y cayera al suelo.

Su boca se curvó ligeramente.

—¿Después de esto cree que podríamos hacer las paces?

Mi respiración aún seguía excitada, por lo que me costó responderle.

—Creo que sí —fue todo lo que dije en un susurro.

¿Cómo podía embaucar a las mujeres de esa forma? ¿Cómo conseguía que se me hubiera olvidado hasta pensar?

La mano que aún continuaba en mi mejilla me acarició. A pesar de seguir enguantada, su calor me traspasaba haciendo que mi cuerpo ardiese. Con delicadeza, descendió hasta la curvatura de mi cuello y acarició con sus dedos mi nuca mientras que su pulgar jugueteaba con el lóbulo de mi oreja.

¿Cómo deseaba volver a sentir sus labios sobre los míos! Su aliento en mi rostro, sus manos sin guantes en mi cuerpo...

—Eres preciosa, Lillian.

El escuchar mi nombre en sus labios me hizo estremecer.

Mi lado más racional me recordaba que aquello que acababa de ocurrir no debía haber sucedido y, de ser inminente y necesario como había sido, no tenía que haber disfrutado tanto. Su cercanía obnubilaba cualquier atisbo de raciocinio que pudiera quedar en mí.

—Crawford, yo...

Él me tomó de la cintura con más fuerza. Lo agarré de los antebrazos temiendo caer.

—Creo que ya hemos sobrepasado el decoro para que puedas llamarme Alex, ¿no te parece? —me propuso con la voz ronca.

—Alex... —repetí en voz alta extasiada por el momento.

Su nombre fue un deleite en mi paladar.

—¿Sí, Lillian?

—¿Puedes...? —Dios mío, ¡no creía lo que iba a decir!—. ¿Puedes besarme de nuevo?

Soltó una ligera y grave carcajada antes de acercar su nariz a mi cuello para aspirar mi aroma y ascender poco a poco por mi barbilla rozando con suavidad mi mejilla, mi sien y descender hasta acabar murmurando sobre mis labios.

—Esperaba que me lo pidieras —dijo antes de volver a posar su boca sobre la mía.

Sus manos comenzaron a jugar por mis hombros. Volvió a acariciar con sus dedos la parte desnuda de mi espalda haciéndome erizar hasta la nuca. Le tomé de nuevo el rostro y lo acerqué aún más si cabía hacia mi cuerpo.

Un fuerte deseo me obligaba a actuar de aquella forma tan indecorosa. Necesitaba algo que solo Alex podía darme.

Resultaba de lo más excitante ser tocada por él. En aquel momento tenía pleno conocimiento del poder del marqués y el motivo por el que tantas mujeres lo habían arriesgado todo por estar entre sus brazos. Era tierno y al mismo tiempo pasional, dulce, ardiente. Alex sabía hacer la combinación perfecta para que el acto fuera íntimamente perfecto.

Su lengua saboreó mis labios una vez más antes de apartarse y pegar su frente a la mía.

—Jamás imaginé esto, Lillian.

Me separé ligeramente de él.

—¿Era mejor? —dudé.

—¿Cómo? —quiso saber, desconcertado.

—Que si lo que imaginaste era mejor que esto que hemos compartido. —Me miró dubitativo—. Quiero decir que si estás decepcionado.

Curvó la comisura de sus labios y alzando una mano me apartó un mechón de mi negra mata oscura.

—Lo que había imaginado no es ni la cuarta parte de lo que ha pasado.

Fruncí los labios.

—¿Puedes decírmelo sin usar las matemáticas?

Aquel comentario lo hizo reír y yo me sentí como una tonta.

Nos encontrábamos en aquel paraíso bañados por la luz de la luna, embriagados con el aroma a lavanda y a nuestro propio sudor, envueltos en el calor de nuestros cuerpos, deleitándonos con el sabor de nuestras bocas, el profundo susurro del agua cayendo contra el estanque aunando a las ligeras notas musicales provenientes del salón y ¿yo le pedía que no usara las matemáticas?

—Ay, Lillian. —Me acarició los hombros deslizando sus dedos por la espalda—. Eres única.

—Lo sé —mascullé agachando la mirada, avergonzada.

Con una de sus manos me alzó el mentón y me obligó a mirarlo.

—Y por eso me vuelves loco de deseo.

Acercó sus labios sobre los míos y me mordió el labio inferior.

—Definitivamente —volvió a propinarme un fugaz beso—, esto es mejor que mi imaginación. —Otro beso lo siguió—. Mucho mejor.

Mi mente gritaba: «¡Alto!».

Debíamos parar.

Al abalanzarme sobre él para detenerlo no había podido llegar a imaginar lo que un casto y simple beso podía ocasionar. Ingenua de mí, había creído que con un mero contacto de nuestros labios se conformaría. No esperaba, ni por asomo, verme envuelta en sus brazos, atrapada en su encanto, loca por una caricia suya, una brillante mirada o una dulce palabra de sus labios.

¡Por Dios, estaba hablando de Crawford! Si nos encontraban en aquel lugar, solos y abrazos, sería un escándalo con el que llegaría el fin de mi reputación y mi libertad.

Me separé definitivamente dejando un abismo entre nosotros.

¿Con cuántas habría hecho eso mismo? ¿A cuántas habría embaucado besándolas así? ¿Cuántas mujeres habían caído en sus redes perdiendo de esa forma su honor?

Un golpe de desilusión me abordó el pecho.

—Creo que debo irme —dictaminé.

Él dio un paso al frente para alcanzarme.

—No lo hagas. Hemos atravesado el límite —le dije consciente de la realidad.

—Lillian, ¿de qué hablas?

—No —le interrumpí—. Si continuamos con este juego solo conseguiré hacerme daño, quiero decir, dañar mi reputación, y yo... acabaré por arrepentirme y odiarlo para siempre. Usted ya tiene su recompensa, es lo que quería. Ya no hay motivo para que continuemos con esta relación, si es que se puede llamar así.

—¡Al diablo la apuesta! Lillian, espera. No puedes irte sin aclarar esto, necesito saber...

Me acerqué para coger el antifaz que había caído al suelo y le devolví la mirada al levantarme.

—Lo siento.

Y desaparecí de aquel fantástico y mágico lugar con lágrimas acumuladas deseando salir de mis ojos y el corazón a punto de desbordármese por la boca. Me sentía confusa, desconcertada. Mi mente y mi corazón se encontraban en una lucha interna por la supremacía y yo no estaba muy segura de qué lado quería posicionarme.

Capítulo 16

UNA NOCHE TOTAL Y COMPLETAMENTE DESCONCERTANTE

Salí de aquel laberinto tan rápido que los tejos sucedían ante mí como sombras borrosas quedando tras mi paso. Mi corazón latía desbocado. Por una vez en mi vida me sentía confusa. La situación había superado mis expectativas tomando derroteros completamente inimaginables. ¿Realmente Crawford y yo nos habíamos besado? ¿Cómo había sido capaz de pedirle de forma desesperada que me besara en lugar de golpear su mandíbula ante tal descaro? Sabía la respuesta, aunque me negara a reconocerla.

Sentirlo tan cerca me había gustado.

Detuve mis piernas ante la boca del laberinto y miré por encima del hombro para comprobar que no me seguía. Tomé aire varias veces, intentando recomponer la compostura antes de regresar al baile. Debía calmar mi pulso. No iba a negar que había disfrutado con aquel beso que había conseguido olvidarme absolutamente de todo.

Durante esos intensos minutos en los que nuestros labios estuvieron juntos, olvidé quién era él, la apuesta... y hasta mi nombre, solo podía sentir su calor, el sabor de sus labios, sus dedos enguantados acariciándome y deseé que el momento nunca terminara. Sin embargo, tenía que ser realista. Crawford era un conocido libertino versado en las artes amatorias. No confiaba en él en ninguno de los aspectos y menos aún en aquel en el que se sentía tan seguro de sí mismo. Necesitaba pensar y aclarar mis ideas.

Volví a la mansión algo más calmada. La señorita Elliot me asaltó en cuanto aterricé en la entrada. Tras darme las gracias y devolverme el

antifaz, se retiró alegando que le había prometido el baile a algún caballero de cuyo nombre ni escuché.

Dudé en buscar a Amelia y contarle lo sucedido, o al menos avisarla de que me retiraría de inmediato, pero rechacé la idea en cuanto supe todo lo que aquello conllevaría.

Me dispuse a subir la alta escalinata con el fin de llegar al cuarto, cambiar mi indumentaria y buscar un rincón en donde poder pensar con tranquilidad, cuando Stinton me interceptó animado invitándome a acompañarlo para cerrar el baile tras ser anunciada la pareja ganadora.

—Perdóneme, milord. No será posible. No me encuentro bien.

A lo lejos atisé a Crawford adentrándose en la mansión. ¿Cómo podía mostrar tanta entereza? Su aspecto era impecable, su cuerpo y su figura seguían erguidas e imperturbables. Seguro que era todo un experto en adoptar una actitud impasible tras sus múltiples escauceos. Me encontré con sus ojos oscuros. Dio un paso decidido en mi dirección. Cuando Stinton me tomó de la cintura sin pudor, él se detuvo con brusquedad.

Aparté la mirada.

—¿Qué le ocurre, lady Abernathy? Mi madre me comentó que esta tarde se había sentido mal, ¿está enferma? No parece el tipo de mujer que enferma con facilidad.

Volví mi atención a Crawford, que seguía toda la escena con detenimiento desde su posición.

—Tiene razón. No suelo enfermar —dudé. No quería parecer débil, no lo era. Tampoco quería darle la satisfacción al marqués de contemplar su derrota. Me erguí recomponiéndome—. ¿Sabe qué? Creo que aceptaré ese baile.

—Su entereza es digna de admirar, milady. Le agradezco que desee complacerme de esa forma, aunque me temo que debería subir a su cuarto y recostarse. Se ve realmente pálida.

No quise debatir con él, por lo que asentí dejándome guiar.

—La acompañaré.

Con cariño y dedicación, Stinton tomó mi mano y me ayudó a subir los escalones sin apartar la otra de mi cintura. Era consciente de que Crawford nos observaba, por ello no reprendí a Stinton por su atrevimiento.

Agradeciendo la cortesía ofrecida, me adentré en el dormitorio, cerré la puerta apoyando mi cuerpo sobre la superficie de madera y me permití el

lujo de respirar con profundidad. ¿Qué había pasado? ¿Qué había hecho?

Me mordí el labio y corrí hacia el ventanal que ocupaba la mitad del cuarto. Me senté en la repisa sin encender ni una sola vela y abrí la ventana para respirar el puro y fresco aroma de la noche impregnado de lavanda y vegetación. Aún tenía la máscara en mis manos y me detuve a observarla.

¡Lo había besado! Y lo más interesante, asombroso y perturbador era que él me había devuelto el beso ¡dos veces! Aún no daba crédito a lo sucedido ¿Qué significaba todo aquello?

Tenía la absoluta certeza de que era una completa cobarde, la emoción del momento acompañada del embotamiento que me había causado estar a su lado aunado a la cantidad excesiva de sensaciones nuevas que había experimentado esa noche, había conseguido anular cualquier forma de pensamiento racional en mí. Yo, que era una persona que siempre actuaba consciente de cada uno de sus movimientos y estudiaba la situación a su alrededor, había resultado presa de un acto completa y absolutamente irracional.

Una duda me asaltó por encima de todos mis confusos pensamientos: ¿Qué habría sucedido si me hubiera quedado?

Existía una alta probabilidad, no estaba segura de la cifra exacta, de que hubiera acabado dejándome embaucar por él y le hubiera permitido hacer conmigo todo lo que haría con cualquier mujer con menos sensatez que un mosquito. Algo de lo que más tarde me hubiera arrepentido. O quizás no.

Furiosa conmigo misma, dejé caer el antifaz sobre mi cama y me abracé las rodillas mientras alzaba la cabeza para vislumbrar la perfecta luna redonda que reinaba desde lo alto del cielo. Ella había sido testigo de mis besos furtivos con el marqués. Aquellos besos que...

Me sorprendí con los ojos cerrados, mordisqueando mis labios y rememorando la sensación que había sentido al hallarme entre sus fuertes brazos. Su olor, su calor, su sabor... ¡Estaba loca! Hablaba de Crawford, no del mágico príncipe azul del cuento que siempre había creído inexistente.

En mi interior acababa de dar comienzo una lucha de la cual no estaba muy segura cómo podría salir parada.

Por un lado, Crawford había sido muy dulce conmigo, y me había abierto el camino hacia sensaciones y emociones nuevas. Por otro lado, debía recordar que él era el mayor calavera de la ciudad, lo que significaba que

muy probablemente no hubiera nada que supiera hacer mejor que el modo de actuar cuando tenía a una mujer entre sus brazos.

¿Qué iba a hacer a partir de ese momento? Todos mis planes tomaban un camino completamente opuesto al plan inicial. Tenía que organizarme de nuevo después de aquello.

Más dudas me asaltaban inundando mi cabeza. ¿Seguiría con mi apuesta? ¿Qué pasaría cuándo me encontrara de nuevo con él? ¿Cómo debía actuar?

¡Mi mente era un completo caos!

Decidida a no dejarme llevar por las emociones del momento, me deshice de mi vestido y en ropa interior me tumbé sobre la cama, me cubrí con las sábanas y fingí estar dormida cuando una alterada tía Mary entró sofocada seguida muy de cerca por Amelia.

Hablaron en voz baja algo que no llegué a oír y acto seguido la puerta se cerró.

La noche se quedó silenciosa, el sonido de la música que se colaba a través de la ventana entornada cesó cerca de las tres de la mañana y el sonido de pisadas de botas y tacones por el pasillo se acalló diez minutos después.

El sueño se adueñó de mí cerca del amanecer.

El sonido de la puerta al cerrarse me despertó.

Me destapé los ojos cubiertos por la almohada para descubrir el dormitorio completamente iluminado por la brillante luz del sol y a una sorprendida Amelia, que me miraba desde el umbral de forma culpable.

—Perdona, Lily, no quería cerrar tan fuerte.

Asentí y me senté sobre la cama apoyándome sobre los almohadones.

—Tranquila, Amy.

—¿Estás bien?

La figura esbelta de mi querida prima se acercó hasta mi cama y se sentó en el borde. Vestía un ligero traje rosa palo con un estampado de flores y su cabello rubio se recogía en dos trenzas alrededor de la cabeza.

—Creo que sí.

—Anoche, el señor Stinton avisó a mi madre de que te encontrabas muy mal y que incluso te habías desmayado.

—Stinton es muy exagerado —aseguré con la voz pastosa y la cabeza dándome vueltas aún—. ¿Me acercas un poco de agua, por favor?

Amelia se levantó, se dirigió hacia el pequeño buró cerca del armario y me sirvió un vaso de agua de una jarra.

Cuando el líquido cayó por mi garganta cerré los ojos. Resultaba refrescante.

—¿Qué pasó?

—Solo me mareé, la cabeza me dolía terriblemente.

—¿Estarás enfermando? Debería verte un médico. No es normal que te sientas así últimamente —inquirió alarmada.

Alargué la mano y sujeté la suya.

—No te inquietes. Estoy mejor, aunque creo que me quedaré aquí buena parte de la mañana. Así recuperaré fuerzas para nuestro viaje.

Mi prima asintió no muy conforme y me quitó el vaso de la mano cuando lo hube acabado.

—Sigo pensando que debería verte un médico, y mi madre también.

Negué con la cabeza antes de instarla a hablar de algo que me interesaba de verdad.

—¿Por qué no me cuentas quién ganó al final en el juego?

—¡Es verdad! ¡Te perdiste esa parte! —exclamó acomodándose entre las sábanas.

Amelia comenzó a hablar moviendo con rapidez las manos.

—Los ganadores resultaron ser el señor Stinton y la señorita Iggly, lo que nos llevó a pensar a todos que el juego estaba amañado. Sorprendentemente, Ackerman y yo quedamos en el ¡quinto puesto! —Mi prima chasqueó la lengua—. Por desgracia, Crawford y tú fuisteis los penúltimos.

Comencé a reír sin poder controlar mi diversión. Me sentía realmente complacida por no ganar por primera vez en mi vida. Me hubiese encantado ver la cara del marqués al enterarse de nuestra posición.

—¿Te hace gracia? —quiso saber con una ceja alzada—. Creí que te molestaría.

—¿Molestarme? ¡Al contrario! Esto quiere decir que mi plan ha funcionado. ¿Quiénes fueron los últimos? —quise saber enjugando las lágrimas de mis ojos.

—Mmm... Creo que lord Spencer y lady Tremore. Nadie se explica por qué.

Volví a reír cada vez más fuerte. Yo sí sabía por qué habían quedado los últimos. Crawford se había encargado de ello, al fin y al cabo, un marqués no podía quedar en el último puesto.

—No sé por qué te ríes tanto. ¿Tienes fiebre?

Amelia tocó mi frente. Negué.

—¿Qué pasó después?

—¿Después de qué?

—Después de que se anunciaran a los ganadores.

—¡Ah! Pues ellos se quitaron las máscaras y lady Stinton les ofreció una botella de perfume francés a la señorita Iggly y una bandeja de puros de La Habana a su hijo. Y como era lógico, se los vio bailar un vals sin los antifaces. Aunque, a decir verdad, en el rostro de Stinton había algo... Parecía como si no estuviera disfrutando. Creo que estaba preocupado por ti.

—¿Por mí?

Amelia asintió.

—Insistía mucho en que mi madre y yo subiéramos a verte. Incluso se ofreció a ir a por un médico.

Me mordí la cara interna de mi mejilla insegura.

—Supongo que como buen anfitrión se ocupa de sus invitados —argumenté.

—Dirás lo que quieres, pero mi teoría de que ese hombre está entusiasmado contigo se hace más evidente con cada una de sus atenciones.

Abrí los ojos como platos.

—No quiero darle falsas esperanzas, es un buen hombre.

Ella se encogió de hombros.

—Es posible que él solo se las haya hecho. Quizás deberías hablar con él antes de irnos.

—¿Y qué le digo? Milord, es posible que usted se encuentre un poquito enamorado de mí. Siento decirle que mis sentimientos no le corresponden. Lo siento —dije con ironía.

—Supongo que eso lo humillaría —suspiró.

—Lo mejor será que lo trate con cortesía y distancia, él solo se dará cuenta de mi falta de interés. Es una pena, ya que después de esta semana lo

habría considerado como un amigo.

Amelia no dijo nada, se quedó mirando sus manos enguantadas pensativa.

—¿A qué has subido?

—A coger mi papalina. Vamos a dar un paseo por los alrededores y después nos servirán un refrigerio frío, como la otra vez.

Asentí sin sentir una pizca de envidia.

—Será mejor que no hagas esperar a tus acompañantes.

—¿Bajarás?

—Sí, más tarde —respondí consciente de que fingirme inválida no me beneficiaría.

Amelia asintió y se puso su sombrero de lazos rosas.

—Quizás esto te entretenga mientras tanto —aseguró al tiempo que se acercaba a su mesilla de noche y sacaba un libro.

William Blake, leí en la cubierta al dejarlo sobre la cama.

La poesía no era mi género favorito, aunque sería útil para pasar un tiempo sin pensar en nada.

—Nos vemos luego —afirmó lanzándome un beso al aire antes de desaparecer.

Quien a sí encadenare una alegría

malogrará la vida alada.

Pero quien la alegría besare en su aleteo

vive en el alba de la eternidad.

La idea de que Blake me ayudara a olvidar a Crawford no funcionaba. Aquel último poema parecía hablarme de forma directa, aunque no entendiera con exactitud qué quería decir. Cuantos más versos leía, más vagaba mi mente recordando los fervientes y dulces besos que nos habíamos dado en el laberinto y una traviesa sonrisa conseguía escaparse en mis labios.

Una y otra vez releía las mismas rimas sin centrarme en las palabras que las componían. Leía en voz alta intentando de esa forma poner toda mi atención y tampoco funcionó. Desistí y cerré el libro con desilusión. ¿Qué haría con Crawford?

Ante la insistencia de mi tía de llamar a un médico, me vi en la obligación de vestirme y acompañarla por los alrededores. Siempre con la papalina sobre mi cabeza y mi mano enroscada en sus brazos. Tomé té con sus amigas y caminamos durante horas.

—El té y los paseos son la clave para la salud —me repetía ella cuando me quejaba—. Claro que, si esto no te ayuda, tendremos que llamar al médico.

—No es necesario, tía. Me siento mucho mejor —admití animada.

Por suerte, no logré avistar al marqués en toda la tarde. Tampoco lo hice en la cena en la cual tuve que responder de forma reiterada que me encontraba mucho mejor, lucir mi mejor sonrisa y comer con avidez la salsa de salmón con limón y eneldo, las perdices en camas de hierbas aromáticas y el suflé de naranja con nata.

Mi tía, que por primera vez se sentaba a mi lado, se mostraba satisfecha y aseguraba que sus remedios naturales nunca fallaban. Amelia reía frente a nosotras y yo me obligaba a no apartar la vista del plato por miedo a encontrarme con cierta penetrante mirada.

Tras la cena, un cuarteto de cuerda deleitó a los invitados con un pequeño concierto. Me senté en una silla al principio de la sala y ahí me quedé inmóvil. Tenía la firme convicción de que el marqués no se atrevería a asaltarme a la vista de todos.

Estaba actuando como una cobarde, nada impropio de mí, lo sabía, pero aún no había encontrado la forma correcta de enfrentarme a él.

Una vez finalizado el concierto, subí a mi cuarto respaldada por la compañía de Stinton y Amelia. Con la ayuda de Hannah me puse el camisón y me trencé el cabello.

Por fin me sentía en paz, llevando a cabo mi propia voluntad sin las órdenes constantes de mi tía.

Abrí la ventana y dejé que el sonido de la noche se colara por ella. Me tumbé sobre la cama. Realmente los paseos me habían dejado exhausta.

Me quedé dormida casi de inmediato.

Un repiqueteo en el cristal me sacó del mundo de los sueños.

«Habría sido un pájaro», pensé.

Volví a concentrarme en el sueño.

Noc.

De nuevo el sonido.

Abrí los ojos y me destapé.

¿De dónde vendría aquel dichoso ruidito?

Noc.

Entrecerré los ojos y esperé hasta habituarme a la oscuridad. Amelia yacía plácidamente en su cama. Debía de ser tarde.

Noc.

Me coloqué de rodillas sobre el colchón y descorrí las cortinas.

Mis ojos se abrieron desorbitados al encontrar la desgarrada imagen de Crawford bajo mi ventana.

Tragué saliva y abrí.

—¿Qué diablos haces? —le pregunté en un susurro olvidando los formalismos.

—Necesito hablar contigo —aseguró de la misma forma entrelazando las manos en la espalda.

Vestía completamente informal, sin corbata, con la camisa abierta hasta la mitad del pecho, un chaleco de color mostaza bajo la levita azul marino y el cabello desordenado.

—No creo que sea un buen momento. Vete —le pedí sacudiendo la mano.

—No me iré hasta que bajes. Necesito hablar contigo antes de que volvamos a la ciudad.

—¿Estás loco? —eché de nuevo un vistazo a Amelia, que se movió entre las sábanas y me incliné aún más hacia el exterior.

Me estremecí al recordar que la habitación contigua la ocupaba tía Mary, quien tenía un sueño ligero.

—Vamos, Lillian, baja.

—No puedo —repliqué.

Él negó.

—Si no bajas, me tiraré aquí toda la noche lanzando piedras a tu ventana y gritando tu nombre.

Exhalé hondo.

—Estás decidido a arruinar mi reputación de una forma u otra, ¿no es cierto?

—También arruinaría la mía, recuérdalo.

—La tuya quedó destrozada hace mucho.

—Cierto. Aunque no me importa arriesgarme y comprobar si puedo destruirla un poco más —aseguró agarrando otra piedra, dispuesto a tirarla hacia la ventana de tía Mary.

Eché una última mirada a mi prima y cerré los ojos con fuerza antes de asentir.

—De acuerdo, tú ganas. Espera ahí, enseguida bajo.

—No me moveré —admitió alzando las manos hacia ambos lados y sonriendo como solo él sabía hacerlo—. Y yo sí cumpliré mi palabra —añadió haciendo alusión a nuestro primer encuentro.

Alcé la mirada al cielo, cerré la ventana y corrí hacia la puerta.

Toqué el pomo antes de considerar que no debía bajar en ropa interior. Abrí el armario y saqué el primer vestido que encontré; un traje de paseo verde oliva.

Arreglé mi pelo y, agarrando los botines que mi prima había tirado en un rincón, salí cerrando con cuidado.

Tras asegurarme de que el pasillo quedaba despejado, bajé las escaleras todo lo rápido que pude y salí por la parte de atrás de la casa.

Coloqué las botas negras sobre mis pies y caminé sobre la grava con paso decidido e intentando hacer el menor ruido posible.

Llegué al punto de encuentro. Crawford había desaparecido. ¿Sería una broma pesada? ¿Dónde se había metido?

Resoplé furiosa y examiné rápidamente el lugar. Estaba a punto de deshacer mis pasos y regresar a mi cuarto cuando me tomó de la cintura por detrás, me enfrentó a él y apoyó sus cálidos labios sobre los míos.

Me bastaron dos segundos para alargar los brazos, sujetar sus hombros y empujarlo lejos de mí.

—¿Qué hace? ¿Cree que soy una de sus citas furtivas?

Sus cejas se alzaron claramente sorprendido por mi reacción.

—¿Volvemos a los formalismos, Lillian? —Dio un pequeño paso para acercarse a mí.

Crucé mis brazos, me volví dejando que la trenza se moviera sobre mi hombro y deslicé la mirada hacia el horizonte, sin reconocer nada más que oscuridad.

Por su parte, él examinó la fachada del edificio cerciorándose de que nadie nos descubría. Sin decir nada, alargó su mano desnuda y acarició mi mejilla con ternura y calidez. Mi cuerpo reaccionó de inmediato. Sus dedos no cesaron el movimiento hasta que apoyó la base de su mano al completo sobre mi pómulos, obligándome a mirarlo.

—Lillian —susurró. Levanté el rostro para tener una visión completa de sus facciones—. ¿Qué sucede? —El sonido de su voz era ronca y tenía un deje de preocupación—. Necesito saber por qué me dejaste anoche en medio del laberinto. Por qué saliste corriendo sin darme una explicación. Necesito saber qué piensas de todo esto. ¿Es por Stinton?

—¿Qué? —pregunté sorprendida.

—Tu actitud, ¿tiene relación con él?

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Qué tiene ver que ver Stinton con...?

De pronto, la habitación bajo la que nos encontrábamos proyectó un ligero haz de luz.

No tuvimos tiempo de descubrir quién se asomaría. Crawford tomó mi mano y me guió hacia la casa escondiéndonos bajo la cornisa. Puso sus dedos sobre mis labios alentándome a quedarme callada.

Escuchamos los goznes de una ventana y esperamos.

Se sucedieron en tensión los segundos más largos de mi vida. Su pecho semidescubierto subía y bajaba pegado a mi hombro. Pude sentir su calor atravesarme la fina capa de tela de mi vestido. Sus piernas enterradas en mi falda, su respiración en mi mejilla, sus dedos sobre mis labios, su aroma en mi nariz. Cerré los ojos rezando para que la persona que se hubiera despertado entrara de nuevo en la casa y pudiera deshacerme de aquella cruel posición.

Crawford se separó, echó la cabeza hacia atrás y examinó de nuevo la fachada del edificio.

—Ven, hablemos en otro lugar.

Tomó mi muñeca y, sin darme opción alguna a réplica, me arrastró por la grava.

Aturdida, le seguí. Caminamos con paso rápido bajo el manto de la oscuridad. La luz de la luna era nuestra guía.

Alex parecía muy seguro de sus pasos y sobre todo de la dirección que quería tomar, ya que nos condujo de forma directa hasta un alejado quiosco

cubierto por cojines y asientos mullidos. Aquel cenador ofrecía la intimidad y discreción que necesitábamos, ya que se escondía entre altos pinos y frondosos árboles.

Subimos tres escalones para acceder al habitáculo rodeado de columnas que sostenían un techo de tejas antes de que Crawford me soltara y me señalara uno de los cómodos asientos. Obediente, me senté en el lugar indicado y me agarré las manos.

Admitía que los nervios me recorrían todo el cuerpo. No sabía por qué estaba confiando en él cuando aquella situación era del todo escandalosa, indiscreta y podía acabar con mi buena reputación en cuestión de segundos.

Apenas se escuchaban algunas aves nocturnas y los grillos cuyo canto fue solapado por la voz del marqués.

—¿Y bien? —rompió el silencio instaurado entre los dos.

—¿Y bien qué? —dije intentando ocultar mi voz temblorosa.

—Sabes perfectamente de lo que hablo, Lillian. ¿Por qué te fuiste anoche? Tenía tantas cosas que decirte.

—Puedo imaginarlo —repliqué mordaz.

No dijo nada, se limitó a esperar pacientemente.

—Está bien... —titubeé sin saber si debía responder con la verdad—. Porque... —Al mirar sus oscuros ojos rogándome una explicación creí que debía ser todo lo sincera posible—. Porque no quiero ser una más de su lista. No quiero que juegue conmigo como lo ha hecho con tantas mujeres, incluida mi prima —le acusé.

Alzó las cejas sorprendido.

—¿Lo sabes?

Asentí.

—Sé más de lo que cree.

Su pierna rozaba la mía. A ninguno de los dos pareció molestarle ese íntimo gesto.

—Ahora comprendo. —Se aclaró la voz—. Supongo que a ti también te debo una disculpa. Te prometo que no quería comprometerla.

—Eso me dijo ella cuando hablasteis la última vez, aunque no me creo nada.

—¿Tan horrible concepción tienes de mí?

—Se burló de ella —lo acusé.

—Esa afirmación no es del todo cierta —dictaminó mientras se llevaba la mano hacia la nuca—. La verdad es que... —Tras unos segundos de silencio, me puse en pie, indignada. No esperaba a que inventara una mentira para contentarme—. Muy bien. —Se puso en pie y me tomó de la mano desnuda. Mis dedos comenzaron a sentir un ligero cosquilleo, pero me obligué a centrarme en lo que pretendía decir—. La señorita Haymore pertenecía a una estúpida apuesta.

—¿Mi prima? ¿Una apuesta? —Mis mejillas se encendieron presa de la cólera—. ¡Amelia es una dama respetable! —grité defendiendo su honor.

¿Por qué todo parecía girar en torno a estúpidas apuestas?

—Shh, baja la voz —me instó—. Lo sé. Estábamos borrachos, hablábamos de mujeres, tu prima salió en la conversación y me retaron. Eso fue todo. Cuando me di cuenta de adónde había llegado y de lo que podía ocasionarle a la señorita Haymore decidí detenerme. Te prometo que apenas le robé uno o dos besos. Ni siquiera lo recuerdo.

El hecho de saber que mi prima había probado los labios de Crawford, incluso antes que yo, hizo que me enfureciera aún más.

Solté mi mano entre las suyas con un fuerte tirón. Necesitaba eliminar cualquier roce con su piel.

—Es un indeseable. ¿Se da cuenta de que las mujeres no significamos nada para hombres como usted?

—Eso no es del todo cierto. Tú significas algo para mí.

Sentí cómo mi corazón se encogía, necesitaba explotar esa idea, conocer qué había detrás, sin embargo, Crawford decidió que no quería cambiar el rumbo de la conversación a pesar de que moría por descubrir qué había querido decir con esas palabras.

—¿Por qué ella? —quise saber con los dientes apretados.

—La señorita Haymore es toda una belleza, todos los hombres la desean y querían saber si detrás de esa cara angelical se escondía una mujer fogosa.

—¿Habría comprometido a mi prima?

Ser consciente de la belleza de mi prima y de lo que podía despertar en los hombres no me tranquilizaba cuando, dichos hombres, unos patéticos rufianes de la alta sociedad, se habían apostado una alta suma de dinero a cambio de hacer que ella perdiera toda su respetabilidad. Quizás Harry debería estar al corriente y darle su merecido a todos ellos.

—No. Jamás arruinaría a una doncella. La prueba la tiene en que antes de que llegara a comprometer a su prima la abandoné y perdí.

—Ni siquiera quiero saber cuánto apostaron. Todo esto me parece vergonzoso. Incluso para un hombre como usted.

—Lo sé. No me siento orgulloso de ello.

Mis ojos se desorbitaron y me di la vuelta furiosa, mis manos cerradas en puños, mis hombros tensos, mi cuerpo apoderado por la rabia.

—Podía haberla desgraciado para siempre, ¡maldito! —Y con un impulso, sin ni siquiera pensar en lo que hacía, me di la vuelta y le propiné un improvisado puñetazo en el pómulo derecho.

Solté un grito cuando oí el golpe. Miré mis nudillos, que doloridos comenzaban a enrojecerse. Acaricié ligeramente con mi otra mano la parte que había estado en contacto con su rostro y observé su expresión tan atónita como la mía.

Su mano cubría el lugar en donde mi puño había caído acariciándoselo con fuerza.

—No es la primera vez que una mujer me golpea, aunque he de admitir que en esta ocasión no lo merecía.

—Claro que lo merecía. Lo merece usted y todos esos cobardes que juegan con la reputación de las mujeres. Si le hubiese hecho daño a mi prima, le juro por lo más sagrado que lo hubiera matado con mis propias manos.

—No dudo de ello —aseguró con una sonrisa.

¿Sonreía? ¿Acaso estaba loco?

Con delicadeza, tomó mi mano herida entre las suyas y acarició mis nudillos.

—Para ser una mujer, tienes un buen gancho. ¿Te duele?

Asentí un poco y para mi asombro lo observé mientras se llevaba esa delicada parte a sus labios y la besaba con dulzura.

Acaba de golpearlo, le había acusado de ser casi el mismísimo demonio y, sin embargo, ahí estaba, acariciando la mano que le había propinado un puñetazo y aliviando mi dolor. ¿Quién era realmente el marqués de Crawford?

—Quiero que sepa —le advertí mientras continuaba aliviando mis nudillos resentidos— que no voy a caer en su trampa. No voy a dejar que

me manipule a su antojo y no voy a permitir que me trate como a una mujer de dudosa reputación.

—Esa nunca ha sido mi intención. Tú eres muy respetable, Lily, y...

—¡No me llame Lily! Se toma demasiadas confianzas.

—Después de lo que hemos pasado juntos, ¿no cree que la tenemos?

Volví a mirar sus ojos oscuros como la noche. Su mirada era intensa y sus pobladas cejas endurecían más su gesto. Me estremecí. No podía evitar sentir la sensación de que me desnudaba el alma. Me frustraba no poder ver más allá de ellos, aunque quizás comenzaba a entenderlos, ya que atisbé una ligera emoción parecida al desconcierto brillando en su interior.

—No sé qué pensar realmente sobre usted. Me irrita y al mismo tiempo me da miedo.

—¿Me tienes miedo? —Alzó una ceja, tal vez preocupado.

—¡Claro que no! —exclamé separándome de él para poder pensar con claridad.

Su presencia me abrumaba.

—Me da miedo que me guste su compañía y quiera convertirlo en mi amigo —confesé.

Sus labios se ensancharon.

—¿Y qué tendría eso de malo?

—Yo no quiero ser su amiga —le espeté—. No quiero ser nada suyo. Sé lo que hace, sé lo que ha hecho a otras mujeres. No seré una más en su lista.

—Deja de decir eso. No lo eres y no lo serás. Quiero demostrártelo.

Alcé una ceja.

—¿Cómo?

Aquella conversación estaba resultando de lo más pantanosa y al mismo tiempo emocionante. Crawford comenzaba a abrirme su corazón.

Me sentía ilusionada y temerosa al mismo tiempo. No estaba segura de querer conocer qué había más allá de esa superficial capa de arrogancia.

—Haré lo que quieras para demostrarte que puedo ser un hombre respetable si me lo propongo.

Solté una sonora carcajada.

—No me haga reír —comenté mordaz—. Todo el mundo sabe que Crawford y respetabilidad no pueden convivir en una misma frase.

—Puedo hacerlo —aseguró seriamente—. Y te lo demostraré. Esta noche no te besaré salvo en el caso en que me lo pidas.

Alcé una ceja.

—¿En serio? ¿Eso es lo más original que se le ocurre?

—Te aseguro que me ya me estoy arrepintiendo. Es algo que por muy absurdo que parezca me va a costar.

—¿Cómo sé que eso es cierto? Necesito una prueba fehaciente de su interés.

—¿Por ejemplo?

Reflexioné concienzudamente sobre su planteamiento.

Aquella pregunta estaba abierta a muchas posibilidades.

Debía admitir que parecía desesperado por hacerme cambiar de opinión respecto a él y yo estaba ansiosa por darle la lección de su vida.

—En primer lugar, me ayudaría mucho a dejar de pensar mal de usted si dejara de tener encuentros con otras mujeres. Todo el mundo sabe sobre el *affaire* que ha surgido estos días entre la viuda Wertington y usted.

—¿Estás celosa?

—¡Claro que no! Me resulta escandaloso y de muy mal gusto. Eso es todo.

—Le informaré de que no hemos tenido un *affaire* como todos piensan. Se perdió durante nuestra cabalgata y se cayó por el camino. La encontré de casualidad y la asistí como haría un buen caballero —explicó con sorna.

—¿Y cuándo estuvo en el estanque aquella tarde del escondite? Dijo que había estado acompañado —quise saber.

—Yo no dije tal cosa, usted quiso creerlo. Es lo que siempre pasa, la gente cree lo que quiere creer. Estuve solo toda la tarde. Fui a esconderme. No quería que nadie me encontrase y me arrastrase hacia la prueba rompiendo mi triunfal aparición.

—¿Por qué debo creerle?

—Porque es la verdad.

Fruncí los labios sin saber realmente hasta dónde podía creer.

—No debes preocuparte porque me encuentre con otras mujeres. Sé que me voy a arrepentir de decirte esto, pero desde que te conocí no he podido estar con nadie, a pesar de haberlo intentado.

He de confesar que aquel comentario me reconfortó. Quise creerle, aunque me mostraba reacio a ello. Él era un mujeriego, un libertino. Sabía cómo jugar bien sus cartas.

—¿Qué hay de Stinton?

—¿Qué pasa con él?

—¿Te interesa? —quiso saber intrigado.

—¡Diablos, no! —solté de inmediato.

—¿Por qué pasas tanto tiempo con él y aceptas sus galanterías? Parece como si él ya diera por hecho que estáis en un proceso de conquista.

—¿Por qué no debería hacerlo? Es un hombre respetable, educado, atento, amable, cariñoso...

—No hace falta que me haga una larga lista de sus virtudes, aunque agradezco la intención.

—¿Celoso? —Alcé una ceja curiosa.

—Ese hombre no es adecuado para una mujer como tú —decretó sin responder a mi pregunta.

—¿Y quién lo es? ¿Un depravado calavera como usted?

Tras unos segundos de silencio en el que pude ver la desilusión en su rostro, el marqués habló:

—Haremos un trato —arguyó deteniendo mis caóticos pensamientos—. Te quedarás toda la noche en este cenador conmigo y olvidarás todo lo que te han contado sobre mí.

Alargó la mano para acariciar la trenza que me llegaba hasta la cintura y la colocó sobre mi hombro jugueteando con el lazo que la ataba.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Qué consigo a cambio?

—La verdad. Te demostraré que no soy como todo el mundo cree. Necesito que al menos tú lo sepas —murmuró dulcemente.

—¿Cómo planea hacerlo? —inquirí curiosa.

—Siéntate a mi lado y te lo demostraré.

Capítulo 17

UNA CONVERSACIÓN REVELADORA

Me senté con reticencia en aquel oscuro cenador.

La luz de la luna incidía sobre nuestra pálida piel confiriéndonos un fantasmal aspecto. Con la mirada perdida en lo más profundo de la oscuridad, Crawford comenzó a recordar su infancia. No hizo pausas para permitirme hablar. Relataba una sucesión de acontecimientos con tanta intensidad que conseguía hacerme reír y emocionar en la misma secuencia.

El gélido viento de la noche nos rodeó comenzando a introducirse en mis huesos. Abracé mi cuerpo intentando que se escapara el mínimo calor corporal posible. Crawford detuvo su soliloquio unos segundos para quitarse la chaqueta y ofrecérmela, dejándola caer suavemente sobre mis hombros. Quise negarme, pero no me lo permitió. Se mantuvo firme hasta que acabé por aceptar, no sin sentir algo de culpabilidad por dejarlo bajo aquella intemperie en mangas de camisa.

Con cada una de sus palabras logró despertar un sentimiento de ternura en mi interior. Aquel hombre no era el marqués despreocupado, mujeriego, egoísta y arrogante que describían, sino un hombre que necesitaba hablar y ser escuchado sin prejuicios. Un hombre que había mantenido durante mucho tiempo su interior guardado bajo llave.

Lentamente su voz se fue rompiendo hasta quedar suspendida en el aire como un leve susurro, así como lo hace el sonido de las olas del mar al chocar contra la orilla tras una fuerte tempestad.

En su extenso relato apenas había mencionado a sus padres, algo que, como era lógico, me sorprendió.

Intrigada, no pude controlar el impulso de preguntar:

—¿Y sus padres? —le interrumpí mientras me aferraba a su chaqueta con fuerza para mantener el calor.

La levita olía a él, a humo de tabaco y a loción. Aquel intenso aroma me envolvió.

—Prefiero no hablar de mis padres —fue todo lo que dijo evitando encontrar mi mirada con la suya.

—Tengo entendido que su padre murió cuando usted era muy joven —decidí ignorar su comentario.

Cabeceó antes de hablar en un leve murmullo.

—Así es. Mi padre falleció tres meses después de que cumpliera la mayoría de edad y, con su muerte, el legado y todas sus propiedades pararon a mis manos. En aquel entonces era un joven inexperto que se vio rodeado de dinero y privilegios por mantener un título y no hacer nada. Era demasiado iluso.

—¿Por qué murió?

—Deficiencia respiratoria. Desde que sufrió una fuerte gripe sus pulmones dejaron de funcionar bien. Se fatigaba enseguida y no podía viajar. No sé exactamente cómo murió. No estaba en la casa en ese entonces, sino en la universidad, preparándome para la graduación.

—Cuánto lo siento. ¿Estaban muy unido a él?

Se encogió de hombros.

—No mucho. Él siempre andaba metido en sus negocios y yo... Bueno, no pensaba que debía hacerme responsable estando él.

—¿Y su madre? —Su mandíbula se tensó—. Nunca he oído hablar de lady Crawford.

—Mi madre... es una mujer especial. —Giró su cuerpo evitando mostrar su demudado rostro.

—¿A qué se refiere?

Sacudió la cabeza, entrelazó sus manos con fuerza y echó el cuerpo hacia delante apoyando los codos sobre sus rodillas.

—Quiero que seas consciente, Lillian, de que te estoy contando cosas que nadie, absolutamente nadie, sabe.

—¿No tienen amigos? —quise saber extrañada.

—No a los cuales pueda comentarle este tipo de cuestiones.

Asentí y alargué la mano para rozar su brazo firme y tenso. Aquel comentario me sobrecogió.

La manga de su camisa era suave y fría ante el contacto con la yema de mis dedos, a pesar de eso, pronto sentí el calor de su cuerpo traspasando la fina capa.

Con aquel gesto quería ofrecerle confianza, seguridad. Era consciente de que me estaba abriendo su corazón. En su expresión podía adivinar cómo pedía a gritos ser liberado de aquel peso que había cargado durante años y compartirlo con otra persona. No estaba segura de si yo era la indicada para ello, aunque, haciendo balance y dado el largo historial de mujeres que seguramente tendría a sus espaldas que solo habían deseado pasar largas veladas de placer a su lado, creía ser su mejor opción.

—Jamás le contaré nada de esto a nadie. Se lo prometo —agregué.

Alzó la cabeza y me miró fijamente. Aquellos ojos oscuros e intensos consiguieron que mi pulso latiera mucho más rápido del habitual. Las comisuras de sus labios se curvaron ligeramente y su mirada se iluminó.

—Es la primera vez que me promete algo.

Sonreí cariñosa. En cada una de nuestras conversaciones anteriores siempre había evitado darle algún tipo de aliciente al que aferrarse y hacerme caer en mis propias redes. Esta vez estaba segura de lo que decía y cuál era mi propósito.

—Así es. Solo lo hago cuando estoy firmemente convencida de que voy a cumplirlo.

Su mano rozó la mía unos segundos, haciendo que un leve cosquilleo me recorriera por todo el brazo.

—Gracias, Lillian. —Como respuesta, acaricié su brazo de forma íntima —. Mi madre no murió. Ella es una mujer muy tranquila, callada y espiritual. Vivía en Londres porque mi padre así lo requería, pero siempre se alteraba ante la frenética vida de la ciudad, especialmente cuando algún cambio brusco acontecía en su rutina diaria. Tras la muerte de mi padre, mi madre decidió que debía trasladarse al único lugar en donde siempre se ha sentido segura, Snowhill, lejos de las miradas y las convenciones sociales que tanto odia. Dadas mis nuevas obligaciones, tuve que permanecer en la ciudad durante unos cuantos meses, en los cuales nos comunicábamos por medio de cartas. Pronto me di cuenta de que en su nueva vida no hay cabida para mí.

Abrí los ojos sorprendida ante su acusación.

—¿Qué quiere decir? ¿Se casó de nuevo? ¿Formó una familia?

Negó con la cabeza.

—Nada de eso. Ella sigue una rutina muy espiritual. Se dedica a la oración, a la poesía, a sus flores y hornear los mismos pastelillos todos los sábados. Yo no encajo en su estructurada forma de vivir. —Se aclaró la garganta antes de continuar—: Durante años la visitaba periódicamente, sin embargo, su estilo de vida es tan diferente que no he hallado la manera de encajar en ella. Y, sinceramente, no tengo interés en estar en un sitio donde no soy bien recibido. Sé que mi madre es feliz y con eso me basta. —Sentí una inmensa compasión por él. No podía imaginar lo que sería encontrarse a tanta distancia física y emocional de su propia madre—. No la he vuelto a ver desde hace tres años.

—Es algo muy triste —solté al fin—. ¿Por qué no habla con ella y le hace saber cómo se siente? Quizás la muerte de su padre le afectó tanto que no se dio cuenta de lo que estaba abandonando y ahora cree que es demasiado tarde.

—Creo que ese no es el motivo. Mi madre siempre ha sido *especial*. Nació en el campo y allí llevaba una vida rutinaria, siempre la ha llevado excepto durante el tiempo que estuvo viviendo con mi padre. Cuando intento hablar con ella... Bueno, a veces creo que no comprende lo que quiero decirle, es como si no fuera capaz de empatizar con mis emociones. He intentado escribirle mil cartas confesándole lo mucho que siento nuestra distancia, y siempre acabo tirándolas a la basura. Me temo que no lo entenderá. Ella solo habla de flores y cultivos, de poesía y de lo que dice tal evangelio. En las cartas de los últimos años yo le aseguro que todo va bien y le mando su mensualidad para que pueda subsistir y ella... ella me da consejos sobre plantas y me recomienda que lea cierta cita de la Biblia.

—¿Y lo hace?

—¿El qué? —preguntó confuso.

—Leer la cita —respondí cariñosamente.

Su mirada completamente abierta se enfrentó a la mía, que sostuvo su sorpresa con integridad.

—¡Claro que no! Mi madre no parece una persona muy cuerda.

—Quizás si lo hiciera pudiera llegar a comprenderla.

Chasqueó la lengua y volvió su atención a sus manos entrelazadas.

—Lo dudo mucho. Mi madre y yo nos encontramos a vidas de distancia.

—Nunca lo ha intentado y es una oportunidad que está perdiendo. ¿Y si al hacerlo es capaz de ver a través de sus ojos y entender el mundo como ella lo hace? Eso podría llegar a unirles.

Un silencio sepulcral se instaló entre nosotros.

Examiné el cuerpo del marqués. Sus músculos se tensaban bajo la camisa, su chaleco color mostaza se ceñía sobre su abdomen, sus piernas flexionadas fijas al suelo sostenían la parte superior de su cuerpo, su cabello oscuro como el ébano ligeramente despeinado y sus mejillas cubiertas por un fuerte vello color oscuro le conferían un aspecto de lo más humano. Sus ojos se habían cerrado, su respiración era irregular y se frotaba las manos suavemente.

Realmente, Crawford era un hombre hermoso digno de ser admirado. Irresistiblemente guapo, con un buen porte, una altura más que considerable y un corazón oprimido por miles de sentimientos que debían aflorar.

Fue en aquel preciso instante en que como un puzle todo tuvo coherencia en mi cabeza. No sé realmente qué fue lo que sucedió, pero me sentí igual que cuando, en la escuela, la maestra de Álgebra me explicaba una y mil veces el mismo problema y yo la observaba consciente de que por más que lo repitiera jamás entraría en mi estúpida cabeza. Y era en el momento en que deslizaba la mirada hacia el papel y me concentraba en todos esos horribles números cuando la iluminación llegaba, saltaba de la silla y abrazaba a la señorita Gunther llena de dicha por no ser tan idiota como pensaba.

—Fue entonces cuando usted comenzó a forjarse su mala reputación de mayor calavera de la ciudad, ¿no es cierto? —pregunté aún consciente de la respuesta.

Asintió con la cabeza sin mover ni un solo músculo más.

—Supongo que sí —replicó.

—Ya lo comprendo todo.

—¿Qué es lo que comprende? —quiso saber tan intrigado como desconfiado.

Erguí mi busto rodeado con su levita azul marino y como si estuviera a punto de dar a conocer al mundo el mayor descubrimiento de la historia me aclaré la voz para realizar mi dictamen.

—Usted lo que necesita es atención.

Con un rápido y vivo movimiento su cuerpo se tensó, su cabeza se ladeó y encontré un par de ojos impactados en mi cara.

—¿Qué quiere decir con eso? —Alzó una ceja sin comprender cuál era la gran verdad que se escondía bajo aquella frase mal elegida.

Solo al pronunciarla me había dado cuenta de que su interpretación podía llevar a ideas realmente extrañas. En mi defensa admitiré que todo tenía sentido en mi cabeza.

Le tomé del brazo bajo su atento escrutinio sin permitirme el privilegio de centrarme en parte de su cuerpo en la que mantenía mi mano desnuda.

—Siempre ha ido tras el escándalo. Ha tenido a muchas mujeres a su alrededor, amantes, citas furtivas, llámelo como quiera, se ha batido en duelo con numerosos maridos, ha provocado escándalos por toda la ciudad. Su nombre va seguido de la palabra libertino. Está en boca de todos para bien o para mal, y eso a usted le gusta.

—No negaré que no me satisface.

—Se ha labrado una horrible reputación en donde todo el mundo lo conoce y lo relaciona, pero no consigue que nadie quiera vincularse a usted. ¿Por qué? ¿De qué tiene miedo?

Tras soltar todas aquellas palabras que habían confeccionado un extraordinario y sensato discurso, inhalé profundamente llenando mis pulmones de la humedad que la noche ofrecía y exhalé despacio.

Las pupilas del marqués se habían dilatado y sus labios carnosos se entreabrían ligeramente.

—¿Desde cuando eres experta en la mente humana? —preguntó con la voz ronca.

Me encogí de hombros.

—Yo también tengo interesantes aventuras que contar.

—A pesar de que tus palabras tienen sentido..., no creo que sea una falta de afecto lo que necesito —refutó mi perfecta y razonable teoría. Mi boca se abrió ligeramente. Iba a gritarle y a recriminarle por rechazar mi gran disertación, la cual no tenía impugnación posible. Antes de que pudiera siquiera lanzar un quejido de mi boca, él habló de nuevo—. Me relaciono con mujeres porque... Bueno, porque me gustan. ¿Y a qué hombre viril no le gustan las mujeres? Sé lo que me va a decir, que existen hombres que tienen... otro tipo de tendencias, pero en estos momentos ellos no son valorables.

Chasquéé con la lengua.

—En eso estoy de acuerdo. Y si es así, ¿por qué su afán de que lo conozca todo el mundo? ¿De que su reputación le preceda por dónde va? ¿Por qué no tiene amantes y se esconde como todo el mundo? —Alargué la mano y le acaricié suavemente la mejilla. Tenía la piel dura y rasposa. Me agradaba el ligero cosquilleo que me proporcionaba su barba sobre la lisa palma de mi mano—. Aunque lo niegue, solo quiere que se le reconozca, que lo miren, que hablen de usted, que le hagan saber que existe, y si es posible sin ninguna carga emocional. No me cabe ninguna duda después de lo que me ha contado. Usted no tiene más familia que su madre, si no hiciera tal cosa, se hubiera sentido completamente invisible.

Su rostro se mostraba contrito, su mirada afligida. Tomó mi mano, que aún se posaba en su mejilla. Lentamente y con una suave caricia se deslizó hasta mi muñeca donde se detuvo para retenerla sin ningún tipo de fuerza.

—Tienes razón, Lillian, no quiero ser invisible. No quiero sufrir el desplante de los demás. Siempre he sentido que no merezco el amor de nadie y si no podía tener amor al menos sí podía hacerme presente y ser reconocido. No tengo nada por lo que luchar, no tengo... no tenía a nadie a quien amar. Amar de verdad —aclaró.

—No diga eso. Su vida es tan valiosa como la de cualquier otro, solo tiene que dejar que los demás conozcan esa faceta menos superficial y frívola.

Una de las comisuras de mis labios se curvó y sentí cómo mi respiración comenzaba a entrecortarse cuando sus dedos retiraron un mechón de pelo de mi frente.

—Eres increíblemente inteligente, Lillian.

En su mirada había ternura y admiración y, si no llega a ser por el banco que me sujetaba, hubiera caído de bruces al suelo cuando sentí que mis rodillas se volvían de gelatina.

Lentamente, el cuerpo del marqués comenzó a acercarse y en cuestión de segundos sentí cómo su boca se posó sobre la mía.

Me estremecí al sentir sobre mis mejillas frías su cálida respiración. Su aliento se mezcló con el mío en el momento en que abrí la boca para darle un mejor acceso. Sujeté su cabeza con mis manos acariciando con mis dedos la tensa línea de su mandíbula y deslizándolas hasta su nuca, sintiendo un ligero cosquilleo durante el camino. Jugueteeé con su pelo

mientras él introducía su lengua en mi boca y mordisqueaba mi labio inferior con sus dientes. Sus labios me supieron a sal y su cálido calor masculino cubrió mi cuerpo que tiritaba de frío.

En una sola palabra, Alex me había invadido los sentidos por completo.

En aquel precioso momento, no pensé en la apuesta ni una sola vez. Solo quería ofrecerle a Crawford lo que buscaba. Ansiaba consolarle, hacerle saber que aquella noche se había vuelto más visible que nunca para mí, arrebatándole de su mente la estúpida idea de que él no podía ser amado. El amor no era doloroso, el dolor lo causaba la persona de quien te enamorabas cuando no te correspondía o cuando te traicionaba.

El marqués había sufrido mucho, se había sentido muy solo durante toda su vida y la sensación de soledad se puede calificar como la peor enfermedad que puede sufrir alguien cuando se está rodeado de miles de personas.

Con paciencia y delicadeza, soltó mi labio y separó nuestras cabezas apoyando su frente sobre la mía.

—Me dijo que no me besaría si yo no se lo pedía —le acusé en un susurro aún con los ojos cerrados sintiendo el calor de su cuerpo sobre el mío.

Uno de sus brazos me atrapaba por la cintura acariciándome la espalda mientras la otra se había entretenido jugueteando con mi trenza.

—Y me lo pediste —aseguró él sin mostrar ningún tipo de arrepentimiento por sus falsas palabras.

Me aparté un par de centímetros para poder contemplar su sereno semblante.

Alcé una ceja, desconcertada.

—¿En serio? —inquirí con mordacidad—. No creo recordar que de mis labios hubiera salido palabra alguna al respecto.

Sonrió ladinamente como si fuera consciente de una broma que yo desconocía. Soltó la mano con la que me acariciaba el cabello y me dio un ligero golpecito en la nariz.

—No hacían falta tus palabras. Tu mirada me lo pedía a gritos.

Abrí la boca indignada a la par que enamorada de su encanto y sensualidad. Estaba a punto de preguntarle que desde cuándo sabía descifrar las miradas de las mujeres, sin embargo, no me permitió más que

pronunciar el «desde cuándo», ya que me agarró el mentón y acercó su cálida boca sobre la mía de nuevo.

El beso duró más de lo que hubiera considerado decente, aunque no podía quejarme ya que mi mayor anhelo era que la noche no acabara nunca y seguir besando los deseables labios del mayor granuja de Londres.

Un pequeño reflejo de sol alcanzó hasta el cenador deshaciendo en mil pedazos mis deseos. El cielo comenzaba a iluminarse tornándose de un sutil color rosado.

—Ya va a amanecer —explicó ante la evidencia—. Deberíamos irnos. No quiero comprometerte. Ya sabes..., mi conciencia y eso.

Se puso en pie, nos sonreímos y, tomando la mano que me ofrecía, lo acompañé.

Las piernas me pesaban y me costó dar los primeros pasos.

Agarrada de su mano me sentía como una niña pequeña, segura y protegida.

—Me prometió que solo estaríamos un rato.

Se volvió hacia mí mientras me ayudaba a bajar los escalones de la glorieta. Su expresión era descarada.

—En realidad creo que nunca le prometí nada. Alguien me dijo una vez que no se debe hacer una promesa si no se está seguro de que se vaya a cumplir.

—Seguramente esa persona es muy sabia.

—Lo es —aseguró mientras posaba sus labios cariñosamente sobre mi sien.

Corrimos en silencio hasta la puerta trasera de la casa. Tuvimos suerte de que ningún sirviente se hubiera levantado aún, a pesar de ello y como medida de prevención, nos aseguramos de que los pasillos estuviesen completamente despejados antes de traspasarlos como sombras y subir sigilosamente hasta la primera planta.

Nos detuvimos en el rellano, su dormitorio se encontraba siguiendo el corredor por el lado izquierdo, el mío por el derecho.

—Es hora de separarnos —susurró acariciando con su pulgar el dorso de mi mano haciendo cosquillear mi piel—. Gracias, Lillian. Gracias por escucharme y llegar a comprenderme. Creo que es la primera vez que alguien me ve de verdad.

Un impulso irremediablemente incontrolable me hizo dar un paso hacia él y tocar sus hombros.

—No tiene que agradecermelo. Su secreto estará guardado conmigo, lo prometo.

Agarró mi larga trenza y la dejó caer acariciándola hasta llegar al lazo que la ataba y jugar con él.

—Lo sé. Eres magnífica.

Se inclinó para darme un último beso que no llegó a término pues me aparté con un rápido movimiento.

—No se lo he pedido —aseguré divertida.

Deseaba que lo hiciera de nuevo, mas no permitiría que supiera hasta qué punto.

—Sé que estabas a punto de hacerlo.

Alzó una ceja y se cruzó de brazos mostrando sus tensos músculos bajo la camisa blanca de lino. Aquel gesto me recordó que aún seguía con su confortable chaqueta sobre mis hombros. Me resistí a la tentación de guardármela, pero, siendo racional, ¿cómo explicaría mi posesión de una prenda masculina?

Saqué mis brazos de las mangas y, sacudiéndola ligeramente, se la extendí.

—Ha sido muy amable al prestármela. Espero que por ese acto de caballerosidad no caiga enfermo.

La tomó con un rápido y audaz movimiento y se la echó al hombro elegantemente. No era un acto muy galante, aunque sí terriblemente seductor.

—No podía dejar que se congelara después de deprimirla con mi historia.

Fruncí los labios de forma divertida y nuestras miradas se entrelazaron por segundos hasta que se escuchó el ruido de una puerta de la planta baja a lo lejos.

—Será mejor que me vaya —aseguré.

—Nos vemos mañana.

Asentí con la cabeza.

—Nos vemos mañana.

Y con una ligera venia me giré y comencé a caminar rumbo a mi cuarto.

No llevaba más que unos cuantos pasos dados cuando volví la cabeza hacia él.

Su espalda musculosa, su trasero ajustado y su cuerpo erguido me hicieron suspirar, sin embargo, no se escuchó ni un atisbo de aquella emoción en mi voz cuando lo llamé.

—Crawford. —Ágilmente se volvió hacia mí—. Piense tranquilamente en lo que le he dicho.

—Lo haré —respondió.

—Y no se acostumbre demasiado a que le dé consejos. Nunca suelo hacerlo.

—Lo tendré en cuenta, Lillian, a pesar de que... —Sacó a relucir sus blancos y perfectos dientes antes de añadir—: Me encantaría mantener otra reunión para oír todas esas interesantes aventuras que tienes para contar.

Me mordí el labio, sorprendida de que hubiese recordado mis palabras en un momento como aquel.

Cabeceó aristocráticamente y, devolviéndole el gesto, tomé el pomo de la puerta y me adentré cerrando con sigilo tras de mí. Apoyé la espalda sobre la superficie de madera y suspiré.

Me sentía extraña. Por primera vez sentí que la Lillian que había salido por aquella puerta volvía convertida en otra muy diferente; más madura, más consciente de las realidades ajenas, más empática.

Me deshice de los botines, me quité el vestido de un tirón y lo lancé al fondo del armario seguido de la ropa interior.

Solté mi pelo intrincado percatándome de que en la punta faltaba el lazo. Miré hacia el suelo y entre los pliegues de la ropa de cama para comprobar que no se había enganchado. Me mordí el labio al momento al recordar que el marqués había estado jugando con mi trenza, ¿me habría robado la cinta?

Se me escapó una traviesa risilla, lo que provocó que Amelia se moviera entre las sábanas.

Corrí hacia mi cama y me metí en su interior. Tapé mi cabeza con la almohada y me abracé aspirando el olor de Alex impregnado en mi piel. No estaba segura de qué ocurría tras aquella inolvidable noche. Algo me decía que la apuesta comenzaba a tambalearse. ¿Podría seguir vengándome de un hombre que se había visto abocado al descaro por conseguir un poco de atención? ¿Se lanzaría en los brazos de múltiples amantes solo por buscar un poco de cariño o realmente le satisfacía jugar con las mujeres?

Aquella apuesta había comenzado a formar parte de mí, la balanza se inclinaba a mi favor, no podía dejar que se me escapara, y a pesar de todo

me preguntaba si realmente la merecía, si después de saber la verdad seguía estando justificada.

Él había puesto toda su confianza en mí, si yo seguía adelante lo traicionaría. ¿Realmente era eso lo que quería?

Con aquella idea en la cabeza y el recuerdo de los besos de Crawford colándose de vez en cuando, conseguí calmar a mi acelerado corazón y, en cuestión de cinco minutos, o tal vez quince, me vi sumida en el sueño más profundo.

OceanofPDF.com

Capítulo 18

UN IMPREDECIBLE CONTRATIEMPO

Desde que abrí los ojos supe que debía mantener alejado de mí cualquier pensamiento relacionado con la noche anterior. En primer lugar, no podía pensar con claridad con tía Mary entrando y saliendo constantemente de la habitación para asegurarse de que nuestra partida se realizara con puntualidad y éxito y, en segundo lugar, no me sentía preparada para enfrentarme a lo acontecido.

Mantuve la mente serena durante buena parte de la mañana, dedicando un especial interés en mantener mis ojos abiertos. Realizaba las tareas previas al abandono de nuestra estancia en la casa de campo de los Stinton de forma mecánica guiada por las directrices de tía Mary y las constantes intromisiones de Hannah.

El doble té que había tomado para desayunar solo me había servido para mantenerme activa las cuatro primeras horas de la mañana. El resentimiento de una noche prácticamente en vela se manifestó en el carruaje, mientras el traqueteo del camino me llevaba de un lado a otro y mantenía la atención fija en el ridículo que llevaba sobre las manos.

A pesar de todos mis esfuerzos por mantener todos mis sentidos en alerta, sentía cómo el agotamiento recorría cada parte de mi ser. Tía Mary, sentada frente a mí, se inclinó tocándome la mano dulcemente y preguntó:

—Querida, ¿te encuentras bien?

Asentí sin emitir sonido alguno.

—Quizás el señor Stinton tuviera razón y debías haberte quedado unos días más en su casa hasta reestablecerte del todo.

Negué con fuerza y me esforcé por esbozar una sonrisa.

—Estoy bien, tía. En serio. Es solo que anoche me costó trabajo conciliar el sueño.

Conforme con mis palabras, asintió.

—Intenta dormir ahora, aún quedan unas horas para llegar a Londres.

—Sí, Lillian, inténtalo —me animó Amelia.

Obedeciendo a sus estrictas ordenes, apoyé la cabeza sobre la pared acolchada del carruaje y cerré los ojos un segundo, solo un segundo.

Desperté ante el tosco movimiento que hizo que mi cuerpo se balanceara hacia delante. Tía Mary soltó una maldición que tanto a mi prima como yo fingimos no haber escuchado.

—Ya hemos llegado, ¡al fin! —exclamó contenta Amelia. Se volvió hacia mí con una sonrisa—. Parece que has logrado dormir.

—Algo —respondí con la voz ronca y la boca pastosa.

—Más bien *mucho*. Te intentamos despertar cuando hicimos una parada y ni siquiera te inmutaste. Tuvimos que dejar a Peter aquí para que vigilara el coche mientras nosotras comíamos.

Parpadeé repetidamente intentando ordenar las palabras que salían por la boca de Amelia. En aquel instante me resultaban en un idioma incomprensible.

—Te trajimos algo de pan y queso por si despertabas, pero al parecer el sueño podía más que el apetito —comentó divertida tía Mary.

No dije nada. La cabeza me dolía. Era lo que solía pasar después de dormir durante tanto tiempo en un incómodo carruaje.

Peter, el cochero, abrió la puerta y nos ayudó a descender.

Primero lo hizo Amelia, seguida de mi tía. Con algo de reticencia por miedo a caer, bajé muy despacio y sujetando con fuerza la mano del empleado. Me sentía algo aturdida, pues un terrible tambor me golpeaba tras las sienes.

Miles abrió la puerta incluso antes de que alcanzáramos a tocar siquiera la aldaba. Con una pulcra venia, el mayordomo nos dio la bienvenida y le hizo un gesto a uno de los lacayos para que saliera a recoger nuestro equipaje.

El empleado, que a pesar de su edad tenía una gruesa mata de pelo negro, mostraba una expresión adusta y seria. Nunca había tenido largas conversaciones con él, sin embargo, en la casa era reconocido por ser un

hombre educado, respetable y con gran sentido del deber y fidelidad. Había servido a la familia de los Haymore por años.

Caminé lenta y torpemente sobre la gruesa alfombra del recibidor y, disculpándome, continué directa hacia las escaleras rumbo a mi cuarto. Ansiaba con imperiosa necesidad deshacerme del vestido y el corsé que constreñía mi busto y descansar plácidamente sobre el mullido colchón tras tomar alguna de las milagrosas medicinas que la cocinera pudiera ofrecerme.

No alcancé a subir más de veinte, o quizá veinticinco, escalones cuando escuché una conversación que me alarmó de inmediato haciendo que mi espalda se irguiera y mis músculos se tensaran. Sin medicinas, logré despertar del sopor en el que me veía envuelta.

—Querido, ¡qué alegría verte! —exclamó tía Mary desde el comedor.

La voz de mi hermano retumbó en el salón.

—Buenas tardes, tía. Buenas tardes, Amelia. —Se creó un silencio incómodo—. ¿Y mi querida hermana?

—Lillian estaba muy cansada y subió a su cuarto —avisó mi prima—. No ha estado bien en estos últimos días.

—¿Qué le ha pasado? —la preocupación tiñó su voz.

Puse los ojos en blanco y dejé de escuchar.

Aquello era lo más característico de Harry, un aspecto que me fastidiaba enormemente. Adoraba a mi hermano, ¿y quién no lo haría siendo la única persona con la que había compartido tantas aventuras y calamidades de niños?

Sin embargo, desaparecía durante meses enviando, cuando se acordaba, alguna que otra misiva, para luego regresar fingiendo sentirse muy preocupado por mi bienestar.

En cada regreso me traía algún que otro obsequio de sus viajes, yo suponía que para él significaba una compensación suficiente por su larga ausencia, mas no lo era para mí.

Lancé un suspiro exasperado, la presencia de mi hermano significaba muchas cosas y una de ellas era que en los días venideros me esperaba una continua y exhaustiva vigilancia además de su constante compañía cargada de condescendencia y autoritarismo. ¿Por qué tanto remordimiento después de ausentarse por tanto tiempo? ¿Qué creería que sucedía durante su ausencia? Me las arreglaba bien sola, no me sentía abandonada y ni siquiera

echaba de menos su presión y juicios constantes. Creía que había llegado el momento de hacérselo saber.

Dudé durante unos instantes entre bajar al comedor y saludarlo o continuar mi camino hacia mi cuarto con todos los placeres que en ese momento me ofrecía. La segunda opción fue más tentadora.

—¡Lily! —escuché en mi espalda.

Maldije internamente. Acababa de alcanzar lo alto de la escalinata. Miré hacia la puerta del cuarto desde la distancia. Estaba tan cerca...

Saqué mi mejor sonrisa y me volví.

—¡Harry!

Llegó hasta mí saltando de dos en dos los escalones y entonces me fundió en su abrazo. Aquel contacto me recordó lo mucho que quería a mi hermano a pesar de todo. Le devolví el gesto con energía, hundi mis mejillas sobre el hueco de su hombro e inhalé su aroma a intenso perfume.

—¿Cómo has estado? —me preguntó mientras acariciaba mi espalda cubierta por un ligero chal.

—Mucho mejor de lo que puedo aparentar en estos momentos. ¿Y tú?

Me aparté para mirarlo. Seguía teniendo el mismo aspecto, aunque más maduro. Su piel se mostraba ligeramente tostada por el sol y sobre sus mejillas se había dejado crecer una ligera capa de barba oscura. Su cabello, tan negro como el mío y más largo que de costumbre, le caía sobre la frente y sus grandes ojos verdes lanzaban chispas.

Vestía de forma clásica, con una camisa blanca almidonada, un traje azul marino y un pañuelo color berenjena.

Se encogió de hombros ante mi pregunta y respondió despreocupadamente:

—No me puedo quejar. Esta noche os contaré todos los detalles.

—¿Vas a salir? —quiso saber mi tía desconcertada desde el umbral.

—Sí. Me pasaré por el club. Tengo una reunión y ya llego tarde.

—Pero nosotras acabamos de llegar —arguyó tía Mary.

—Sí, y es muy probable que os dediquéis a deshacer el equipaje y quejaros del infernal trayecto. Creo que es más de lo que puedo soportar —bromeó acariciando mi mejilla de forma fraternal.

Miles apareció con un sombrero y esperó en la puerta de entrada.

Harry besó mi mejilla y bajó despacio.

—Nos veremos en la cena, querida tía. Amelia.

Y colocándose el sombrero realizó un gesto cortés y se despidió dejando tras de sí una agradable fragancia.

Nos quedamos paradas, mirándonos mutuamente con total desconcierto ante la inesperada llegada de Harry hasta que tía Mary decidió que debíamos refrescarnos, descansar y orientar al servicio sobre el devenir de las pertenencias que aún se conservaban en los baúles. Apoyé su idea, aunque mis intenciones eran otras.

Una vez en mi cuarto, me deshice del chal y dejé el sombrero sobre la cama. Abrí las cortinas y comencé a pasear a lo largo del dormitorio.

¿Qué iba a hacer con mi apuesta si Harry merodeaba a mi alrededor día y noche?

Con la aparición completamente inesperada de mi hermano, todos los planes venideros serían difíciles de llevar a la práctica.

Me mordí una uña, pensativa.

¿Y si por el contrario Harry había llegado en el mejor momento? Después de todo, tras la noche anterior, la relación con Crawford había tomado unos derroteros que no sabía cómo debía abordar.

Tras sus confesiones y el gran descubrimiento que había hecho sobre él, sentía una inmensa ternura y compasión por su persona. Realmente era un hombre que se había castigado a sí mismo ante la dureza del trato de su padre y la actitud inusual de su madre, lo que le había ocasionado un infundado temor a ser rechazado por los demás.

¿Podrían llegar esos sentimientos suscitados a anteponerse a la apuesta? ¿Sería capaz de abandonarlo todo cuando estaba tan cerca de mi objetivo? La respuesta me quitaba el sueño. Mi cabeza era un hervidero de cuestiones por resolver.

Crawford parecía comenzar a sentir algo por mí, o al menos así me lo había dado a entender durante la conversación. Ese hecho beneficiaba mi plan, debía sentirme pletórica, satisfecha, sin embargo, ¿por qué no lo hacía? ¿Por qué tenía la extraña sensación de que si él se encaprichaba de mí yo acabaría por tener problemas?

Froté mi frente. Debía tomarme las cosas con calma. No temer nada. El marqués se encontraba justo en el punto que yo tanto había anhelado. ¿Qué más podía pedir? Solo tenía que mantener la mente fría y continuar con lo

establecido. Ese era el objetivo y nada de lo que sucediera en el trayecto debía desviarme de él.

A pesar de todo, no podía olvidar a Harry, que él estuviera en Londres complicaba mis propósitos, pues acercarme de forma íntima y descarada a Crawford se convertiría en algo prácticamente imposible. No podría escabullirme sin ser vista de los actos sociales para amenazarle y mucho menos llevar a cabo mis ingeniosos planes sin la atenta mirada de mi hermano intentado descifrar lo que pasaba por mi mente. A diferencia de tía Mary, no confiaba lo suficientemente en mí como para dejarme vagar sin una continua vigilancia. Demostraba que me conocía bien.

Gruñí y maldije internamente a todos los hermanos mayores que sentían un imperioso impulso protector hacia sus únicas hermanas menores.

Era tarde cuando Harry apareció. Apestaba a alcohol y a tabaco, sin embargo, su porte regio y su estabilidad no indicaba que se encontrara en estado de embriaguez.

—Puedo adivinar que permaneciste en el club más tiempo del estipulado para tu reunión, ¿verdad? —inquirí suspicaz mientras sorbía una cucharada de sopa de ortigas con queso.

Harry me miró ceñudo.

—Eres buena observadora, hermanita. —Se dio unos ligeros golpecitos en los labios con la doblez de la servilleta—. En efecto. Encontré a varios amigos más tarde. Al parecer, resulta que no soy el único hombre al que deshacer el equipaje le resulta mortalmente aburrido.

—¿Por qué lo dices, querido? —se escuchó la voz de tía Mary desde el otro lado de la mesa.

—En el salón encontré a un buen número de caballeros llegados del campo que intentaban librarse de las reinstalaciones. No fue difícil sentirse atrapado en largas conversaciones e interesantes coincidencias. Pero no hablemos sobre eso. Contadme, ¿cómo fue la reunión en Ridenston Park?

—¿Cómo sabes que estuvimos allí? —habló por primera vez Amelia.

Harry le lanzó una de sus sonrisas que decía: «Yo lo sé todo».

—¿Desde cuándo estás en Londres? —quise saber intentando descubrir todo lo posible de mi hermano.

Se aclaró la voz antes de hablar:

—Llegué hace menos de una semana. No avisé porque quería sorprenderos, aunque la sorpresa me la llevé yo cuando descubrí la casa vacía. Miles me informó de que los Stinton celebraban una larga reunión en las afueras y que habíais sido invitadas. Ahora tengo yo una pregunta que me interesa saber, ¿cómo es posible que fuerais invitadas si nunca hemos tenido una gran relación con los Stinton?

Su mirada se paseó por nuestros rostros.

Me quedé callada sin saber qué debía responder. Debía pensar alguna excusa absurda y creíble que pudiera...

—¡Oh! Al parecer, tu hermana ha hecho una buena amistad con su hijo.

Mis ojos se abrieron impulsivamente sobre mi plato.

¡Vaya! Al parecer mi tía sí tenía algo que decir.

Levanté la cabeza lentamente sintiéndome observada.

—¿En serio? ¿Lord Stinton y tú...? ¿Hay algo por lo que deba preocuparme, Lillian?

Amelia se atragantó con la sopa y comenzó a toser. No le presté la más mínima atención.

Harry fruncía el ceño sospechoso a la espera de una convincente respuesta.

—¡No! —exclamé nerviosa. Todos me miraron perplejos—. Quiero decir —retomé la compostura—, sí que el señor Stinton y yo hemos entablado una amistad, pero eso no quiere decir que haya algo más formal que eso.

—¿Estás segura?

Asentí firmemente.

—Amelia lo puede confirmar.

—Eh..., sí. Es cierto —aseguró casi sin pestañear.

Respiré dejando salir el aire que sin darme cuenta había estado conteniendo.

—¿Lo ves? Nada de lo que preocuparse. Nada de nada. ¿Por qué preguntas tan insistentemente?

Se encogió de hombros antes de atacar el segundo plato.

—Curiosidad —se limitó a decir.

Conocía a mi hermano y sabía que mentía. Algo le había hecho levantar todas sus sospechas. Generalmente se interesaba por saber todo lo que acontecía en la vida pública, más incluso de lo que estaba dispuesto a

admitir, sin embargo, a ese interés siempre le precedía algún tipo de motivación y mi deber era descubrir cuál.

La cena transcurrió sin altercados. Comimos, reímos y charlamos.

Harry nos deleitó con sus ya tradicionales presentes; un pañuelo de seda italiana para tía Mary y un carísimo perfume francés para Amelia y para mí.

Dada por finalizada la velada familiar, Harry se puso en pie y se disculpó. Quería entrar en su despacho y beber una copa de oporto antes de acostarse.

Nos levantamos de la mesa mientras los empleados comenzaban a recoger la vajilla.

—Nosotras nos acostaremos ya. Estamos muy cansadas después del viaje —informó tía Mary.

Amelia y yo asentimos. Nada se me antojaba más placentero que deslizarme bajo las sábanas con los pies desnudos, dejar mi cabello sobre la almohada y sentir mi cuerpo hundiendo en el suave colchón.

—Lillian, me gustaría que vinieras a mi despacho.

Aquella orden rompió mi idílica imagen. Asentí.

—Enseguida voy.

Tía Mary y Amelia se despidieron y se retiraron. Yo las seguí.

Durante el breve recorrido hasta nuestras habitaciones, Amelia y yo mantuvimos una pequeña conversación basada en los gestos.

«¿Qué querrá? ¿Se habrá enterado de algo?».

«No lo sé. Mañana te informaré».

Tía Mary se volvió abruptamente y a punto estuvo de descubrirnos. Nos besó diligentemente en la mejilla y se retiró.

Entré en el cuarto, me deshice del vestido, del corsé y de las enaguas, colocando en su lugar un recatado camisón de algodón. Me enfundé en una bata y unas zapatillas a juego. Até el lazo rosa del batín a mi cintura para asegurarla, desenredé mi indomable cabello antes de sujetarlo en dos trenzas, lavé mi rostro con agua y jabón y cepillé mis dientes.

Curiosa por descubrir aquello de lo que mi hermano quería hablar, bajé las escaleras lo más rápido que pude y prácticamente martilleé la puerta de su despacho. Su voz gutural me dio paso y entré en aquella habitación completamente masculina.

Hacía tiempo que no me adentraba en aquella estancia. Era austera, cómoda y práctica. Un amplio y robusto escritorio de madera, cercado por tres amplias sillas de cuero, una enfrentando la puerta y dos de espaldas

daban la bienvenida. A la izquierda, una librería recorría la pared doblando la esquina y continuaba su camino hasta la mitad de la estancia. A la derecha, los amplios ventanales cuyas cortinas descorridas dejaban entrar la tenue luz de las calles otorgaban luminosidad a la sala y, en el centro, una gran alfombra recubría el suelo. Sobre ella un par de sillones y una mesita baja enfrentaban la chimenea. De las paredes colgaban algunas pinturas realizadas en acuarela; la primera del Taj Mahal, la segunda de un paisaje de los canales de Venecia y la tercera de las pirámides de Egipto.

Harry se encontraba sentado sobre su silla, ligeramente recostado y despeinado. Se había despojado de la corbata y la chaqueta. Llevaba la camisa abierta hasta la mitad del pecho y los puños doblados sobre los antebrazos. Con una mano agarraba una copa de oporto y en la otra un portarretratos.

Me animó a sentarme frente a él y cómodamente subí las piernas para abrazarlas recostándome sobre el enorme asiento de cuero.

—¿Te acuerdas?

Le dio la vuelta a la fotografía y mi corazón se encogió al descubrir aquella escena. En aquel desvencijado trozo de papel pude vislumbrar a mis padres. Ambos de pie, sonrientes, Harry, que era un niño, se encontraba medio oculto entre las faldas de mi madre, y yo, prácticamente un bebé, me sentía reconfortada en los brazos de mi padre.

—Recuerdo lo mucho que me gustaba verla antes de dormir todas las noches cuando murieron. Rezaba mirando la fotografía y pedía que nuestros padres estuvieran en un lugar seguro y me protegieran —confesé nostálgica.

—Y lo hacen. Al menos eso creo firmemente —dictaminó.

—Yo también —admití entregándole la imagen sin prestarle más atención.

Hacía años que había optado por no seguir torturándome con la muerte de mis padres. No había nada que pudiera hacer por ellos y ver aquella idílica estampa cada noche me obligaba a dormir siempre con lágrimas surcando mis mejillas. No podía seguir pensando en cómo sería mi vida con unos padres. Ellos siempre permanecerían en mi memoria a través de un bonito y muy lejano recuerdo.

—¿De qué querías hablar? —le pregunté antes de que mi voz se rompiera por la emoción—. No creo que me hayas hecho bajar para esto.

Harry le dedicó una última sonrisa nostálgica a la imagen antes de guardarla en un cajón. Dio un largo trago a su bebida haciendo más intenso el silencio.

—Antes me gustaría que te pusieras de pie y me dejaras observarte.

Fruncí el ceño de forma contrariada. Era la petición más extraña que una señorita podría esperar de su hermano mayor.

Con reticencia, me puse en pie. Di un paso hacia el lado derecho y giré sobre mí misma muy despacio. Él asintió y me invitó a sentarme de nuevo.

—¿Qué ocurre?

Se encogió de hombros.

—Absolutamente nada. Solo quiero comprender.

—Harry —lo llamé acusadora alargando cada sílaba de su nombre.

—No me mires así. Es simple curiosidad.

—Los dos sabemos que tu curiosidad siempre tiene un objetivo, de modo que, ya puedes hablar.

—Esta tarde mantuve una serie de conversaciones muy esclarecedoras.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que te has convertido en una mujer muy bonita. Cualquier hombre pondría sus ojos en ti. Eres inteligente y atractiva. Sin contar el buen apellido que te precede y una generosa dote.

Realicé una mueca de desagrado ante aquel calificativo antes de advertirle:

—Lo de mi dote no es de conocimiento público.

—No, pero los hombres no son idiotas.

Quise centrar el tema de la conversación. No me importaba lo más mínimo que los hombres supieran o no de la existencia de mi dote. Necesitaba conocer hasta dónde había investigado Harry.

—¿Y quiénes eran esos hombres que tan diligentemente te hablaron de mí?

Harry rio gravemente.

—Siempre has sido muy indiscreta. Y cotilla —agregó tras una pausa.

—No más que tú. La diferencia es que yo no lo niego —le escupí bromeando.

—Yo no soy cotilla. Solo me gusta estar informado —aseguró dejando la copa sobre el escritorio y reclinándose sobre el mismo como si estuviera a

punto de hacerme participe de una confidencia—. Verás. Esta noche he descubierto a una hermana que no conocía.

La sangre se me heló.

—¿Para bien o para mal?

—Para bien, supongo.

Me relajé.

—¿Cómo ha sido? ¡Vamos, Harry, no te hagas más el interesante y suéltalo de una vez! —exclamé.

—No recordaba cuán placentero era irritarte.

—Imagino lo mucho que estás disfrutando —bufé cruzándome de brazos enfadada.

—En realidad, no esperaba que mis conversaciones giraran en torno a mi hermana. Me he cruzado con Stinton —suspiré. Sabía por dónde se dirigiría la conversación—. Se le veía muy emocionado hablando de ti. —Mis labios se convirtieron en una línea recta—. Me preguntó por tu estado de salud y me contó lo bien que os lo habíais pasado en su casa de campo. Debo admitir que me resultó de lo más extraño que me confesara que jamás había encontrado a ninguna mujer que estuviese tan interesada en la cría de pichones. ¿Cuándo ha comenzado esa afición? —Me miró contrariado.

Alcé los ojos al techo.

—Es una larga historia, continúa.

—Tras una incesante charla con Stinton, he llegado a la conclusión de que no lo descartaría como un posible candidato a ser tu esposo, a pesar de que tú afirmes que no hay nada más que una simple amistad.

—¡Harry!

—Parece un buen hombre en todos los aspectos, aunque, siendo sincero, no creo que se adecue al tipo de marido que consiga mantenerte a raya. Parece bastante... manejable.

—Tranquilo, no lo considero como candidato, ya te lo dije —solté sin pensar.

—¿De verdad? —se sorprendió—. Creía que solo fingías no sentirte interesada por él.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Bueno, dijo que la fiesta en el campo había sido idea tuya, eso después de descubrir tu interés por la cría de pichones... No sé, ¿qué esperabas que

pensara?

—Solo lo hice para ser amable —refunfuñé enojada.

—Si tú lo dices... Aunque, si te gusta, yo no tengo nada que objetar. Sería un buen cuñado al que enseñar cómo domar a una fierecilla como tú.

—¡Harry!

Mi hermano soltó una carcajada.

—Tranquila, solo bromeaba. —Dio un largo sorbo a su copa y tras una larga pausa preguntó—: ¿Por dónde íbamos?

—Te burlabas de mí por tus equívocas conclusiones a partir de una charla con Stinton.

—Ah, sí. Es cierto. Tras compartir un *brandy*, Norfolk ha entrado en el salón y al ver a Stinton se ha acercado para agradecerle el trato recibido esta semana. Ni siquiera se había fijado en mí y se ha sorprendido al verme. De pronto, su forma de actuar ha cambiado drásticamente. Se ha mostrado solícito y muy generoso en sus invitaciones.

—No sabía que conocías a Norfolk.

—Fuimos juntos durante un tiempo a Eton. Es un buen tipo, algo estirado y prepotente. También parece interesado en ti. ¿Qué dices al respecto?

—No sé qué te hace pensar que pueda parecerme interesante.

—Dicen que es guapo, aunque yo no estoy muy seguro de cómo valorar la belleza masculina —se preguntó con la mirada perdida.

—Sí, es guapo, pero no me interesa la belleza física.

—Bueno, tampoco me desagradaría tenerlo como cuñado. Tiene dos hermanas gemelas, por lo que sabe cómo gestionar los caprichos de una dama. Su posición social es buena y es rico, por lo que siempre estarías atendida. Creo que sería un buen marido.

Puse los ojos en blanco.

—No hace ni veinticuatro horas que has llegado y ya pareces desesperado por librarte de mí dejándome en manos del mejor postor.

—No digas eso, Lillian. Solo me preocupo por ti. Ya tienes edad de casarte, y un hombre respetable y con buena posición social es todo lo que me gustaría para ti.

—¿Y el amor? ¿No es importante que me ame?

—Sí, claro. Eso también —respondió con desinteresado desdén.

—A nuestra conversación se unieron unos cuantos caballeros más. Pasamos un rato divertido. Estaba a punto de salir cuando un tercer hombre

me asaltó en el recibidor. Me alegré mucho de verlo. Antaño fue un buen amigo.

—¿Lo conozco?

—Me temo que sí. Se trata del marqués de Crawford. —Mi corazón dejó de latir por segundos para dar paso a un ritmo frenético.

—¿En serio? ¿Y qué te dijo? —pregunté intentando no mostrarme sobreexcitada.

—Nada fuera de lo cotidiano. Nos pusimos al día con nuestras historias y batallitas. Fue divertido reencontrarme con él después de tantos años.

—Comprendo —dije con pesar.

—Me llamó la atención que me preguntara por ti —soltó a bocajarro con la mirada fija en mi rostro.

Contuve mi reacción de satisfacción, no quería que pudiera interpretar absolutamente nada en ella.

—Ah, ¿sí?

—A diferencia de Stinton y Norfolk, que realzaron tu belleza y simpatía natural, Crawford utilizó otros términos para describirte.

Abrí los ojos, expectante. Mi hermano divagaba y eso me inquietaba

—Me aseguró que eras ingeniosa, divertida e increíblemente inteligente.

—¿De verdad? —se escapó la pregunta de mis labios.

—No tendría por qué mentirte.

—Fue mi pareja en los juegos de Ridleston Park —comenté para que entendiera el motivo por el que el marqués podría haber hablado de ese modo sobre mí.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Asintió convencido.

—Me lo contó en el carruaje.

—¿Fuiste con él en carruaje?

—Me trajo hasta aquí. Fue una conversación de lo más esclarecedora.

—¿Qué quieres decir?

—Que te alejes de él, Lillian. Eso es exactamente lo que quiero decir.

—Pero...

—Nada de peros. No quiero saber lo que ha pasado entre vosotros estos días. Me inclinaré a pensar, haciendo mucho uso de mi imaginación e incredulidad, que Crawford ha sido un caballero contigo.

—Lo fue —mentí.

—No obstante, no voy a permitir que ese tipo manche tu reputación. Ya le advertí que no se acercara a ti. Es más, le amenacé con matarlo si te ponía un solo dedo encima. Solo Dios sabe que, de estos tres posibles pretendientes, Crawford es el que más desconfianza me provoca. —Hizo una pausa—. Sé lo que me vas a decir, pero mi respuesta es determinante. Conozco a ese granuja desde que íbamos a Eton y dormíamos en la misma habitación. Tiene buen fondo, dinero y buena posición. Y, aun así, lo que menos deseo es que se convierta en mi cuñado. Los escándalos y la mala reputación le preceden.

Las palabras de mi hermano se quedaron clavadas en mi pensamiento y en mi alma. Si él supiera...

«¡Excelente, Lillian!», gritó mi subconsciente. De entre todos los hombres tenías que elegir al único con el que Harry desaprobaba una relación. Sentí un atisbo de remordimiento, si mi hermano supiera todo lo acontecido en su ausencia se volvería furioso, mataría a Crawford y a mí me encerraría en un convento en la isla más lejana al norte de Escocia.

—Harry, yo...

—No quiero réplicas al respecto. Te lo advierto, Lillian. Cualquiera menos él —me advirtió amenazante.

Su determinación era firme.

—Muy bien —asentí.

No dije nada más. Las ideas se arremolinaron en mi cabeza. Las palabras de mi hermano me afectaban más de lo que hubiera imaginado.

Bostecé fingiendo estar cansada. No quería seguir manteniendo aquella conversación sobre Crawford, no cuando necesitaba asimilar la nueva información y poner en orden mi desestructurada cabeza.

—Estoy muy cansada, Harry.

Mi hermano me miró detenidamente y alargó la mano para coger su copa y beber lentamente.

—Por mucho que trates de eludir la conversación, mi decisión es firme. Crawford está prohibido.

Rodeé la superficie de la mesa y me acerqué a él para besar su mejilla sin afeitarse.

—No tienes nada de qué preocuparte. —«Aún», aseguró mi mente.

Él asintió.

—Por cierto. Me he olvidado de deciros que hemos sido invitados a la ópera.

—¡Suenan maravilloso! —exclamé con entusiasmo—. ¿Cuándo?

—Dentro de dos días. Crawford nos ha cedido algunos asientos de su palco. Insistió en que os avisase a todas.

Mi corazón comenzó a palpar con más fuerza. Sabía que a Crawford se le ocurriría cualquier cosa para obligarme a verlo, y... debía admitir que me encantaba que lo hiciera.

—Fantástico. Me gusta la ópera.

—Lo sé. Por eso acepté. No podría llevarte nunca a un palco como el suyo por mis propios medios —soltó cabizbajo.

Le di un beso.

—No te preocupes, estoy segura de que si tuviéramos un palco acabaría por aburrirme.

Sonrió cariñoso.

—¡Vamos a la ópera! —Aplaudí en el aire y di un saltito, emocionada.

Harry puso los ojos en blanco desesperado. Él odiaba seguir un espectáculo del que no entendía la mitad de las palabras. Debía de haberle supuesto un gran esfuerzo aceptar aquella invitación.

—Gracias, Harry.

—No tienes nada que agradecerme.

Le di un ligero toque en el hombro.

—Ahora a dormir, pequeña ranita. —Aquel apelativo cariñoso me llenó de recuerdos.

—Hacía años que no me llamabas así.

Se encogió de hombros.

—Supongo que me siento nostálgico —admitió.

Sonreí.

—Lillian —me llamó obligándome a girarme.

—¿Sí?

—Realmente esos hombres tienen razón. Te has convertido en una mujer extraordinaria.

Cabeceé ruborizándome ligeramente y sonreí a mi hermano mayor con dulzura antes de cerrar la puerta detrás de mí.

Capítulo 19

UNA NOCHE EN LA ÓPERA

Mis manos jugueteaban sin descanso sobre la falda de mi precioso vestido dorado, como un fiel reflejo de los nervios que me corroían por dentro.

Harry, sentado frente a mí, me observaba fijamente intentando descifrar lo que mi rostro quería ocultarle mientras yo intentaba prestar atención a la sucesión de casas y adoquines que sucedían con el paso del carruaje fingiendo no darme cuenta de su escrutinio.

Nos dirigíamos al teatro.

El encuentro con Crawford era inminente.

A mi lado, Amelia se mantenía ausente admirando las luces de la ciudad, mientras que tía Mary hablaba sobre asuntos del hogar a nadie en particular. Al tiempo que todo eso sucedía a mi alrededor, mi yo racional pugnaba en una fiera batalla contra mi yo emocional en la búsqueda por el poder.

El carruaje se detuvo y las puertas se abrieron custodiadas por un lacayo.

—¡Vamos allá! —exclamó Harry más para sí mismo antes de bajar.

Lo escuché saludar e iniciar una conversación en la distancia. La voz de su interlocutor me confirmó que no era Crawford.

Tía Mary bajó y tras ella Amelia.

Tomé la mano del lacayo y las seguí. Me sentí satisfecha de que mis nervios no me hubieran convertido en una torpe y desvalida doncella cuando mis pies tocaron el suelo.

Alcé la cabeza y mis ojos se toparon con el rostro que tanto había visto en los últimos días y ya se me había hecho tan familiar.

Apoyado de forma descuidada sobre la fachada del gran edificio, las manos en los bolsillos, el cabello peinado con cera y vestido con un costoso traje negro, camisa blanca almidonada y pañuelo del mismo color se encontraba Crawford.

Sentí el fuerte impulso de acercarme a él y tocarle el cabello destruyendo esa falsa formalidad que fingía poseer otorgándole ese aire pícaro que lo caracterizaba.

Su penetrante mirada me atravesó a través de un brillo inusual que detecté a pesar de la distancia. Me estremecí.

En el momento de la elección del vestuario había buscado un vestido que me hiciera sentir poderosa, atrevida, sensual y que llamara la atención de una forma discreta y elegante. Por esas razones me había decantado por aquella exquisita tela dorada que se ajustaba a cada parte de mi cuerpo. El escote ligeramente bajo dejaba una buena porción de espalda al descubierto disimulada por los rizos negros que caían hasta mi cintura. Cogí con fuerza el chal de terciopelo negro con brillantes dibujos florales y me envolví en él. No deseaba que el marqués siguiera mirándome con aquel deseo impregnado que me hacía sentir desnuda ante él.

Sus labios esbozaron una ladina y divertida sonrisa. Le ignoré.

Me aterraba enfrentarme a él en presencia de mi hermano. Esperaba que supiera mantener la distancias y formalismos requeridos.

Agarré con fuerza la falda de mi vestido. No estaba preparada para enfrentarme a Crawford tan pronto. El carruaje comenzó a rodar sobre la acera alejándose de nosotros, llevándose así la única oportunidad que se me presentaba para escapar de ahí. Aunque, pensándolo bien..., ¿por qué debería escapar? No era una mujer cobarde y pasar el resto de la velada con mi hermano de vigía y el marqués coqueteando a mi lado prometía ser inolvidable y muy divertido.

Con un paso grácil y sigiloso Crawford se acercó hasta nuestra posición y, tras saludar a mi hermano, tomó las manos de cada una y nos las besó con cortesía.

—Lady Abernathy, es un placer volver a verla —había dicho mientras sus labios tocaban ligeramente mi mano enguantada.

—Sois muy amable, milord.

—Deseo que no hayas tenido que esperar por mucho tiempo —habló Harry rompiendo aquel encuentro tan íntimo.

Crawford sonrió y se volvió hacia mi hermano.

—Tranquilo. ¿Entramos?

Harry asintió y se acercó a mí alargando su brazo. El mensaje quedó patente con su acción. Amelia se sujetó a su otro lado y el marqués, sin darle importancia al gesto, ofreció su brazo muy amablemente hacia mi tía.

—Por favor, lady Haymore. Sería un placer para mí que me permitiera escoltar a una dama tan bella como usted hasta el palco.

Tía Mary soltó una risita muy parecida a la de una colegiala.

—Sois muy considerado, milord, pero no hace falta que finjáis, sé que perdí toda la belleza de la juventud hace años.

—Se equivoca, las mujeres bellas siempre lo son.

Mi tía se sonrojó y soltó una risita avergonzada.

—Sois de lo más galante, milord.

Crawford y mi tía nos guiaron hacia la entrada en donde los lacayos nos dieron la bienvenida.

Seguimos muy de cerca a la pareja por los amplios y extravagantes pasillos del teatro. Todo estaba decorado de forma clásica, con una ristra de candelabros alineados en la pared, alfombras rojas y paredes forradas de terciopelo. Cada dos o quizás tres metros se podían apreciar diferentes cuadros de compositores, dramaturgos y artistas en general.

Nos detuvimos ante la oscura puerta de roble del palco, Crawford sacó una larga llave de su bolsillo y, encajándola con la cerradura, abrió.

El habitáculo era más grande de lo que esperaba y se encontraba en el mismo centro del teatro. Las sillas eran anchas, de terciopelo rojo y molduras doradas, y se alineaban en dos filas de cinco asientos cada una.

—¡Oh, es un palco muy espacioso! —exclamó mi tía mientras observaba la pequeña habitación desde el recibidor.

—En efecto —aclaró el marqués quitándose el sombrero y dejándolo en una de las perchas de la entrada. Con un gesto invitó a mi hermano a hacer lo mismo—. Demasiado grande para mí.

—¿Es usted aficionado a la ópera, milord? —quiso saber mi prima.

—La verdad es que no. Me inclino más hacia el *ballet*. Ya sabe, ese tipo de arte del cuerpo en movimiento que transmite al espectador tantos sentimientos sin decir nada.

¿Se referiría solo al *ballet* o quizás sus palabras fueran dirigidas a otro tipo de movimiento corporal?

Sacudí la cabeza. No podía dirigir mis pensamientos por aquellos derroteros cada vez que una palabra saliera de sus labios.

¿Por qué nadie se daba cuenta de que era más sensible de lo que aparentaba? Con un simple comentario como aquel había dejado ver más de su interior de lo que cabría esperar.

—Por favor, tomen asiento. ¿Quieren algo de beber? Llamaré al camarero.

—No, gracias.

No respondí. Demasiado ocupada estaba en volver en mí misma y recordarme que no debía admirarlo tanto, pues su actitud no era más considerada que la de cualquier otro caballero que pudiera llegar a conocer.

Tía Mary se sentó en el extremo izquierdo de la primera fila y Amelia la siguió a su lado. Harry estaba a punto de dirigirme hacia esa dirección. Sin embargo, siendo consciente de su intención, me apresuré a tomar asiento en la silla que quedaba en medio de las tres libres obligando, de ese modo, a que los dos se sentaran a mi flanco. A él no le gustó aquella decisión y así lo expresó su semblante, a pesar de que no se quejó y elegantemente se posicionó entre Amelia y yo, dejando a mi flanco izquierdo al marqués, quien, de forma desenfadada y con una petulante sonrisa en los labios, se abrió la chaqueta y se acomodó.

No sé por qué lo hice, ni siquiera estaba segura de querer enfrentarme a Crawford o sentir siquiera su cálida presencia tan cerca de la mía, mas el hecho de perder la posibilidad de sentarme a su lado me había obligado a actuar de forma impulsiva y enfrentarme a la determinación y amenazas de mi hermano.

—¿Con qué ópera nos vamos a deleitar esta noche, Crawford? —preguntó Harry con un fuerte tono mordaz en su voz.

—*Turandot* —le anuncié adelantándome.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió.

—Vi un cartel anunciándolo en la entrada.

—¿Es esa obra de la que tanto me has hablado?

Asentí sonriente.

—Sí, *esa* a la que nunca me has llevado —le espeté—. Y solo por haber conseguido una buena posición para verla te lo perdono —le susurré al oído.

Harry me lanzó una furtiva mirada.

—Qué complaciente eres cuando quieres, ranita.

—Shh, Harry, en público, no —le recriminé.

—¿Le gusta la ópera, lady Abernathy? —escuché desde el otro lado.

Me volví para encontrarme con el marqués.

—Sí, muchísimo. Creo que es lo único bueno que encuentro en la ciudad

—comenté en voz alta, consciente de que mi hermano intentaría captar cada palabra de nuestra conversación.

—¿Había visto alguna vez esta ópera?

Mientras el marqués hablaba, fingí que examinaba los demás palcos sin darle más importancia a una frugal charla.

Desde mi posición podía llegar a atisbar algunas caras conocidas como a lord Ackerman y lord Somerset, que me dedicaron un saludo con un ligero gesto de cabeza desde su palco.

—No, pero he oído hablar de ella y tengo muchas ganas de descubrir si es tan impactante como dicen. Hace poco que está acabada, ¿lo sabe?

—¿En serio?

Asentí satisfecha de mis conocimientos.

—El compositor, Puccini, murió antes de finalizarla y fue un tal Alfano quien la completó.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Mi prima es una fuente de información andante. —Sonreí echando un vistazo a Amelia, que mantenía la mirada en el marqués de Ackerman mientras disimulaba que leía el programa.

—Ya veo. La tiene muy bien instruida.

—Así es. Amelia es más inteligente de lo que la gente cree —aseguré.

Las luces fueron perdiendo intensidad y el telón se levantó lentamente ofreciendo un espectáculo de colores y un escenario de estilo oriental.

Me encontraba completamente absorta en la obra, todo era tan delicioso..., la escenografía completamente trasladaba al Pekín medieval y los artistas cantaban con toda el alma de tal forma que traspasaba los sentidos. El vello se me había erizado en diversas ocasiones y ansiaba el momento en que el desconocido protagonista revelara su nombre.

Me sobresalté al sentir un ligero roce sobre la mano izquierda que descansaba en mi falda. Mi corazón comenzó a latir frenético.

Bajé la mirada hallando la mano desnuda de Crawford sobre la mía. ¿Cómo podía ser tan descarado? Sin cambiar mi postura, miré de soslayo a

Harry, quien parecía no haberse percatado de ningún movimiento extraordinario. Suspiré aliviada y disimuladamente intenté apartar la mano de la prisión en la que el marqués me mantenía. No me lo permitió, con fuerza se mantuvo en su lugar, desafiándome.

Mi espalda se irguió. ¿Qué pretendía?

Con delicadeza, sujetó mis dedos y tiró de ellos dejando que mi mano cayera en el hueco que había entre nosotros.

No opuse resistencia. No podía originar movimientos bruscos que nos delataran.

La oscuridad en que nos encontrábamos benefició a Crawford cuando, sutil, comenzó a deslizar mi guante hacia abajo.

Contuve la respiración.

Intenté averiguar cuál era su expresión mirándolo de soslayo. Al igual que yo fingía mantener la atención en el escenario. ¡Maldito!

Me resistí poniendo en tensión mi brazo e intenté apartarlo. Él no lo permitió. Forcejamos durante unos segundos, sin embargo, mi lucha no dio resultados, volvió a sujetar con fuerza mis dedos y no los soltó hasta que detuve mi acción.

Con suavidad, el guante de seda se fue desprendiendo, dedo a dedo, de mi piel dejándome la mano desnuda ante él. Rogué que la palma no me sudara.

De pronto sus yemas comenzaron a recorrer con dulzura la comisura de los míos. Me estremecí. Un ligero cosquilleo comenzó a subir por mi abdomen, embargándome de una extraña sensación jamás experimentada. Me mordí los labios, aquello era deliciosamente placentero. Reprimí el impulso de cerrar los ojos y dejarme llevar por esa mágica sensación.

Tras recorrer el contorno de mi mano, varias veces, pasó a dibujar círculos en mi palma arrastrando muy despacio sus bien recortadas uñas por la superficie. Mi pulso latía con ímpetu. ¿Cómo podía hacerme sentir aquello solo con un simple roce? Creía morir. Nunca había experimentado un placer tan intenso como aquel.

No pude soportarlo más y cerré los ojos centrando toda mi atención en sus caricias.

Sus habilidosos dedos jugueteaban con mi mano de una forma tan íntima que incluso me hizo sentir las mejillas sonrojadas. ¿Yo ruborizándome? ¡Aquello era de locos!

Deseaba odiar aquella sensación. Odiar a Crawford con todas mis fuerzas por hacerme desearlo con ímpetu, por vengarse de esa vil manera. Mas cada roce, cada caricia y cada contacto de su piel con mi piel solo me hacía anhelar más. Quise devolverle el gesto, someterle a la incesante tortura a la que él me estaba sometiendo.

Al percibir el ligero movimiento, Crawford volvió su mirada hacia mi rostro de forma fugaz con una vanidosa sonrisa haciéndome entender que él tenía el poder y no estaba dispuesto a perderlo.

Lo maldije internamente.

Siguió con su juego atreviéndose a ascender por la muñeca hasta el antebrazo. Se me erizó la piel. Creía que de un momento a otro me derretiría como mantequilla.

En su tortuoso desliz pude sentir sus dedos fuertes y largos, su piel áspera. Cerré los dedos en torno a los suyos cuando empezó a acariciar el dedo corazón, no estaba segura de si lo hacía para impedirle seguir o porque quería captar algún detalle grabado en la piel. Mantuvimos los dedos entrelazados durante unos instantes hasta que el cierre del telón nos alertó y llevé mi mano hacia el regazo intentando colocarme lo más rápido posible el guante que había arrebatado de la rodilla de Crawford.

—Ha sido una primera parte deliciosa —indicó tía Mary poniéndose en pie.

Por primera vez, la mirada del marqués y la mía se enfrentaron. Parecía divertido y excitado.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, lady Haymore —expuso él.

Apreté los dientes con fuerza.

Necesitaba tiempo para recomponerme y asimilar lo que acababa de acontecer. Mi corazón aún latía acelerado y mi mano cosquilleaba bajo la protección del guante. En mi interior ardía de deseo a pesar de haber sido sorprendido abruptamente por el descanso.

Disculpándome con mis acompañantes, me levanté e informé de que necesitaba ir al tocador.

—Te acompaño —dictaminó mi protector hermano colocándose a mi lado.

—No es necesario, gracias —le recordé avergonzada de que se empeñara de hacer de mi carabina.

—Insisto en acompañarte.

—Harry, voy al maldito tocador, puedo ir yo sola —le susurré con los dientes apretados y una mirada furibunda.

Entendiendo que quizás se comportaba con exageración, asintió.

—Está bien. Tienes diez minutos.

Puse los ojos en blanco. A mi desasosiego solo le faltaba un control exhaustivo de cada uno de mis movimientos.

—Iré con Amelia para que te quedes más tranquilo —le concedí.

Amelia asintió consciente de que necesitaba su apoyo.

—¿Qué le pasa a tu hermano? Parece tenso —afirmó al salir del palco.

—Al parecer, padece del síndrome del hermano mayor. Se cree que debe protegerme y vigilarme como un guardaespaldas.

—¿Sospecha algo de tu relación con Crawford?

—No lo creo —mentí.

Alcanzamos la puerta del tocador y me adentré en aquel habitáculo lleno de faldas de raso y polvos. Amelia decidió esperarme fuera.

Desde luego, poca era la intimidad que podía ofrecerme aquel lugar.

Desenfundé mis guantes y mis ojos recorrieron con lentitud las líneas de la mano que Crawford había tocado. Casi podía sentir el contacto de su piel.

Deslicé las yemas de mis dedos por la palma, realizando el mismo recorrido que había hecho él unos minutos atrás. Me sentía completamente hipnotizada.

Intentando volver a la realidad, tomé un poco de agua de una de las jarras y me eché un poco sobre la nuca sofocando el calor que me recorría.

Inhalé y exhalé en profundidad varias veces, recompuse mi cabello y mi vestido de la mejor forma posible, coloqué mis guantes y me repetí que no debía perturbarme, sino sacar todo mi valor y volver a ser yo misma y no una mera marioneta a la merced de un descarado marqués.

Salí del tocador y encontré a mi prima charlando animadamente con lady Elliot. Me quedé rezagada tras ellas.

—¿Se encuentra mejor? —susurró su voz ronca en mi oído consiguiendo estremecerme una vez más.

Solo deseaba darme la vuelta y besarlo hasta sentirme completamente agotada.

—¿Qué hace aquí? —pregunté sin volverme hacía él.

Sus manos enguantadas recorrieron mi espalda desnuda, pues había dejado el chal sobre la silla del palco. Un sudor frío me recorrió hasta los dedos de los pies.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme después de lo vivido hace un momento?

Me giré de forma abrupta separando mi cuerpo del suyo unos centímetros para hacer la situación lo más decorosa posible y permitirme pensar con claridad.

Examiné nuestro alrededor; los pasillos comenzaban a quedar vacíos y mi prima seguía ensimismada en la conversación con lady Elliot sin percatarse de nada más. La miré con desesperación, como si de aquel modo pudiera lanzarle un grito de socorro que la hiciera volverse y sacarme de allí.

No lo conseguí.

—¿Por qué lo hizo?

Sonrió ladino.

—¿No te gustó?

—Es muy impropio —decreté evitando responder a su pregunta.

—¿Y desde cuándo tú y yo nos comportamos apropiadamente?

Callé sin saber qué argumentación podía hacer que rebatiera su exposición.

Él se me quedó mirando con descaro. Sabiendo que ganaba otro tanto por dejarme callada.

—Mi hermano podía habernos descubierto —fue lo primero que se me ocurrió.

—Pero no lo hizo —aseguró él y alargó la mano para tocar mi cabello—. No busques excusas absurdas y admite que lo disfrutaste tanto como yo. —Con sutileza y de forma casi imperceptible, acarició mi mejilla—. Esta noche estás soberbia.

Le miré fijamente y aquel fue un grave error.

El elegante esmoquin le hacía justicia resaltando su cuadrada mandíbula afeitada, sus oscuros ojos y su cabello negro. Un mechón rebelde se había escapado de su peinado y caía sobre su frente provocándome la necesidad de acariciarlo.

Su presencia consiguió desarmarme.

—¿Te he dejado otra vez sin habla? No es propio de ti concederme ese honor con tanta regularidad —admitió engreído.

—En realidad no tengo nada que añadir a sus inoportunos comentarios. Chasqueó la lengua.

—¿Inoportunos? Me temo que se me ocurren muchas cosas inoportunas que decirte, aunque confieso que no son nada adecuadas para este lugar —admitió examinando la sala fugazmente.

Si hubiera sido una mujer de las que se ruborizan ante escandalosos comentarios, lo hubiera hecho instantáneamente. Aquel hombre era un completo descarado y un irrespetuoso, y eso era precisamente lo que más me atraía de él.

—No tiene que asegurar lo pagado que está de sí mismo.

Él asintió con una sonrisa que abarcaba todo su rostro y empequeñecía sus oscuros ojos.

—¿No debería estarlo? No hay mujer que se me resista, ni siquiera tú.

—Engreído.

—No lo decía con...

Furiosa como me sentía ante su vanidad, no tuve más opción que abandonar su compañía y retomar mi camino hacia el palco sin reparar en si Amelia me seguía o no.

Me adentré con decisión en la antesala del palco, cuyas cortinas ya habían sido corridas. Recoloqué mi falda y traté de recomponerme. Realmente aquel hombre me exasperaba.

Escuché sus pasos detrás y quise darme prisa, mas él cobró rapidez en sus actos y tomando mi brazo me arrastró hasta arrinconarme entre la pared y su pecho.

—No quiero que pienses que te trato con indiferencia. Solo te demuestro que estoy en lo cierto y te sientes completamente cautivada por mí —susurró antes de que sus labios rozaron los míos con avidez.

No tuve tiempo a reaccionar. Todo aquello acontecía de forma tan vertiginosa que mi razón decidió dejar de funcionar deshaciéndose entre los labios del marqués. Me dejé llevar, sin importar si nos encontraban protagonizando así el escándalo del año.

Una de sus manos acarició mi mejilla sujetando con fuerza mi rostro, la otra se posó sobre mi hombro y descendió con gentileza hasta la cintura, acercándome más a él. Abrí la boca para quejarme, sin embargo, él lo tomó

como una viva respuesta e introdujo su lengua en mi interior, recorriendo cada rincón con su intrépida lengua. Sus labios sabían a champán, un sabor dulce con el que me deleité.

Sus manos siguieron descendiendo llegando a rozar la curva de mi cadera.

Aquella fue la señal que me alertó del peligro que corría.

Conseguí separarlo de mí de un fuerte empujón.

—¿Qué cree que está haciendo? ¡Mi hermano y mi tía están ahí! —le advertí en voz baja antes de fulminarlo con la mirada y adentrarme en el palco.

Amelia entró casi en el mismo momento en que yo me senté.

—Habéis tardado mucho. Estaba a punto de ir a buscaros —dijo Harry claramente malhumorado.

—Es el tocador de señoras, ¿qué esperabas? —Mi voz sonó más violenta de lo que pretendía.

Harry frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —aclaré antes de sumergirme en las páginas de la programación.

Todo un conjunto de sensaciones hervía en mi interior. ¿Cómo podía haber permitido que Crawford me besara? ¿Comenzaba a ejercer algún tipo de influencia en mí? ¿Cómo había sido capaz de hacerlo? No podía ni quería imaginar qué hubiera pasado si Harry hubiera decidido ir en nuestra busca en aquel momento y nos encontrara a escasos metros de él besándonos. ¿Es que el marqués estaba loco? Aquella seguridad, dominio y presuntuosidad que lo envolvía me irritaba sobremanera. Maldito fuera por poseer ese encanto natural.

Si a alguno les sorprendió la ausencia del marqués no dio la menor muestra de ello.

Las luces comenzaron a apagarse de nuevo. El segundo acto comenzó y Crawford seguía sin aparecer.

Miré de soslayo su silla vacía en varias ocasiones. ¿Dónde se habría metido? ¿Se habría ido en busca de otra mujer para satisfacer el deseo inminente que había dejado en él? Me descubrí retorciendo fuertemente el programa que sujetaba. No podía creer que fuera tan descarado.

Me obligué a prestar atención al escenario, adentrándome por completo en la obra, sin pensar en aquella profunda e hipnótica mirada ni en el dulce sabor a champán que aún persistía en mis labios.

El segundo descanso llegó más pronto de lo que esperaba. No tuve excusa para salir, por lo que me quedé sentada abrazándome a mi chal.

Harry se puso en pie. Necesitaba estirar las piernas, dijo.

Amelia se acercó a mí, preocupada.

—¿Te sientes bien?

—Claro, ¿por qué lo dices?

—He visto lo que el marqués ha hecho, ¿por qué se lo has permitido?

Abrí los ojos, incrédula.

—¿Qué querías que hiciera, gritar y crear escándalo?

Torció el gesto, consciente de que llevaba razón.

—Debes tener cuidado con él. Es peligroso.

—No te preocupes por mí. Sé controlarlo.

Amelia tocó mi mano y descubrió el folleto destrozado sobre mi falda. No dijo nada, en su rostro se reflejaban sus pensamientos.

Harry regresó y Amelia volvió a su sitio.

—¿Y el marqués? —expresé lo que todos se preguntaban. —¿No va a volver?

Harry se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, aunque no me extrañaría que no lo hiciera.

—Es su palco —expliqué como si con eso se aclarara todo.

—Pequeña ranita, algún día te explicaré algunas cosas sobre los hombres.

—¿Cuándo será eso? —pregunté entusiasmada con la idea de saber más sobre aquel mundo desconocido e inestable para mí.

—Quizás cuando lleves un tiempo casada.

Bufé.

El tercer acto dio comienzo y con él llegó la aparición de Crawford, que se deslizó silenciosamente hasta llegar a su silla. No me miró, pero sus labios se curvaban con satisfacción. Se abrió la chaqueta y se sentó ágilmente a mi lado cruzando desvergonzadamente la pierna y rozando con su rodilla mi muslo. Podía sentir su cuerpo conectado al mío a través de aquel íntimo roce.

Me enfurecí. ¿Dónde había estado todo el tiempo? ¿Cómo se atrevía a jugar conmigo de esa manera?

Su pierna aún rozaba la mía, no la aparté. Debía hacerle entender a quién se enfrentaba.

En aquel instante se me ocurrió una ínfima posibilidad de arrebatarse aquella vanidosa sonrisa. ¿Qué pasaría si Crawford se sorprendía aplaudiendo ante toda la sala en silencio? Era una buena oportunidad de vengarme por todo lo que me había hecho pasar esa noche.

—Es una pena que se haya perdido el segundo acto —le dije en un susurro.

No se volvió.

—Creo que podré soportarlo.

Le fulminé con la mirada.

—¿Sabe? He leído en el folleto que tras la aria de *Nessun norma* es costumbre aplaudir, pues es una de las más destacables de la ópera que trae el clímax musical. Sobre todo, después de la aria *In questa reggia* que se ha perdido en el segundo acto en donde la princesa nos ha deleitado con sobreagudos compaginados con una capacidad wagneriana —me arriesgué a decir con los datos que recordaba en la programación.

—¿Está segura? No he leído nada al respecto. —Me miró ceñudo.

—Eso es porque no ha leído el programa —afirmé convirtiendo mis labios en una línea recta escondiendo el papel destrozado que agarraba entre mis manos.

Los actores retomaron el espectáculo, aria tras aria, esperaba el gran momento. Y, cuando los primeros acordes de *Nessun norma* se escucharon, un nudo se encogió en mi estómago.

A pesar de mi nerviosismo, no quise perderme por un segundo la interpretación de aquella magnífica escena.

Ma il mio mistero è chiuso in me, cantaba el tenor, y mi corazón se encogió.

Mas, cuando los últimos acordes llegaron al cénit con la frase final *Vincerò, vincerò*, supe que lloraría de emoción. Era el aria más bonita y sobrecogedora que había oído nunca.

El silencio reinó en el teatro y desde primera línea pude admirar cómo el marqués alzaba las manos bravamente y comenzaba a aplaudir con energía. Me mordí el labio inferior avistando en él el entusiasmo, sin embargo, sus palmadas no eran las únicas que se escuchaban en aquel sepulcral silencio

que hizo detener incluso la escena. Detrás de mí, percibí otro par de palmas resonar y me volví.

Harry también aplaudía con fuerza. Juntando las manos me cubrí los labios y empecé a reír sin perder de vista sus caras. Ambas dieron paso al desconcierto al ser descubiertos por una multitud de pares de ojos puestos en ellos.

Sabía que nuestro palco era objeto de todas las miradas y, a pesar de ello, no podía contener el acceso de risa que me gobernaba. Se suponía que Crawford era la única víctima de mi travesura, pero, por primera vez en muchos años, Harry había caído en la evidencia dado su alto grado de escuchar conversaciones a las que no estaba invitado.

Ambos se miraron y detuvieron sus palmas al unísono descendiendo el sonido y la fuerza de las mismas poco a poco. Mi mirada se había posado en la barandilla del palco, mis manos cubrían mis labios.

Ante aquel acontecimiento, algunos espectadores decidieron continuar la acción y el auditorio entero se llenó de silbidos y aplausos entusiastas.

A unos actores completamente perplejos y sacados fuera de sus papeles les costó retomar la obra.

Sentía dos pares de ojos fijos en mí, uno a cada lado.

Intenté serenarme, contraje mi rostro todo lo que pude y me mordí el labio fuertemente para causarme dolor y contrarrestar los efectos de mi evidente diversión. Debía admitir que era la primera vez que me lo pasaba tan bien en la ópera.

—Lo siento —respondí mirándolos de hito en hito fingiendo nerviosismo—. Creía haberlo leído en alguna parte —mentí buscando una frase inexistente en mi destrozado programa a pesar de la oscuridad.

Harry me sujetó las manos deteniéndome.

—Espero que esto no lo hayas hecho a propósito, Lillian —susurró con los dientes apretados.

—Claro que no, Harry, ¿por quién me tomas?

Mi hermano alzó una ceja inquisitiva y tras de mí escuché un resoplido.

—Por eso mismo me lo cuestiono, hermanita. Te conozco demasiado bien, sé de lo que eres capaz.

—Lo siento —dije sintiéndome reprendida como una niña pequeña.

Volví mi atención al frente. Crawford tenía el rostro contrito, la mandíbula apretada, la mirada perdida en la balaustrada y sus puños se

cerraban sobre sus muslos con fuerza. Parecía bastante enfadado.

Abrí la boca para disculparme.

—Crawford, siento...

—Debo irme. Disfruten del resto de la velada —irrumpió mi discurso alejándose con decisión y rapidez.

Me giré y seguí sus pasos. Cogió el sombrero y salió del habitáculo dejando tras de sí su aroma y una cortina oscilante que se quedó marcada en mi interior. Por primera vez en muchos años, me sentía realmente culpable.

Amelia seguía la escena completamente anonadada, pude leer en su rostro la decepción. Me encogí de hombros, ella me respondió con un ligero movimiento negativo de cabeza y una reprimenda en su expresión.

Instintivamente me dirigí hacia Harry, que seguía pendiente de la ópera, aunque yo sabía que no le prestaba atención.

—¿Crees que se ha enfadado mucho?

—¿Quién? ¿Crawford? —preguntó sin apartar su atención de la escena.

—Sí —respondí con la voz ronca.

Mi hermano se recostó en su asiento.

—Es posible. Ha sido una broma de mal gusto, Lily, y no todos los hombres podemos soportar el bochorno público con la misma entereza.

—¿Es por eso del orgullo masculino? —le interrumpí realmente preocupada sin prestar atención a sus palabras.

Tornó la mirada hacia mi rostro curioso.

—¿Qué sabes tú del orgullo masculino?

—Solo que no debe tocarse —masculé evitando su mirada y pasándola por la sala. No parecía que nadie más estuviera pensando en aquel suceso.

—Creo que debo disculparme antes de que sea demasiado tarde.

—Ni se te ocurra, Lillian —gruñó agarrando mi mano—. No irás detrás de Crawford.

—Debo hacerlo.

Y antes de que pudiera replicar me levanté y salí veloz de aquel lugar.

Corrí todo lo que mis piernas me permitieron al verse envueltas en tantas capas de seda.

Al salir al pasillo encontré tan solo a los lacayos. Ni rastro del marqués.

Agarré las faldas de mi vestido y corrí sin prestar atención a nada más.

Maldije internamente, tenía que haber prestado más atención a eso del orgullo masculino antes de llevar a cabo aquella travesura dirigida por los

celos.

Recorrí la segunda planta buscando las escaleras. Bajé todo lo rápido que pude, el chal se me había escapado de un hombro y revoloteaba a mi espalda como un halo.

Al llegar al descansillo de la segunda planta atisbé una silueta descender los últimos escalones de la primera.

Consciente de que no lo alcanzaría, lo llamé. Se detuvo unos segundos con la espalda en tensión, mas no se volvió y continuó su camino.

Me deslicé por los escalones saltándolos de dos en dos y, cuando conseguí alcanzarlo, le sujeté del brazo obligándolo a detenerse.

Su rostro seguía contraído, su ceño fruncido y su mirada era intimidante.

—¿Viene a reírse de mí otra vez? —me escupió con la voz firme y llena de dureza.

Desde luego que me percaté de que había vuelto al formalismo, un claro indicador de que se sentía muy molesto conmigo.

—No —respondí rápidamente muy sincera—. Quería pedirle perdón. No ha sido mi intención...

—¡Claro que ha sido su intención! —exclamó a voz en grito—. ¡Siempre es su intención! —La presencia de dos lacayos le hizo detener sus palabras, cerrar los ojos con fuerza, apretarse el puente de la nariz, respirar y volver a hablar apaciguadamente—: Pareciera que vive solo para burlarse de mí.

—Eso... no es cierto. Yo solo... —quise excusarme de nuevo, aunque él no me dejó.

—Se comporta como una niña malcriada ¡y estoy harto de sus jueguitos! —exclamó sin alzar la voz—. Es usted hermosa, inteligente, y hasta divertida cuando se lo propone, pero ni siquiera el más paciente de los hombres soportaría tantas humillaciones. No pienso seguir ofreciéndome voluntario para que usted se divierta. —Se colocó elegantemente el sombrero sobre su cabeza—. Si me disculpa, tengo prisa. Disfrute de lo que queda de velada en *mi palco* —recalcó.

Y sin permitirme hablar, se volvió y desapareció por los pasillos de la primera planta dejándome en mitad de la escalera completamente sola bajo la atenta mirada de los curiosos lacayos.

—¡Lillian! —escuché a mi espalda.

Me volví para encontrar la imponente figura de Harry seguida por el rostro avergonzado de tía Mary y la mirada atónita de Amelia. Quizás

aquella noche había llegado demasiado lejos.

OceanofPDF.com

Capítulo 20

UNA DIFÍCIL MUESTRA DE ARREPENTIMIENTO

En el trayecto de vuelta a casa reinaba un silencio ensordecedor y, a pesar de la oscuridad que nos envolvía, podía descifrar las expresiones recriminatorias de cada uno de mis acompañantes.

Aunque me costara admitirlo, me sentía avergonzada por mi comportamiento. Nunca hubiese querido alcanzar tal extremo de rebeldía. Molestar a Crawford, enfurecer a Harry, crear un escándalo corriendo detrás de un hombre en mitad de un teatro... parecía sacado de una pésima novela rosa.

Carecía de información sobre los límites del orgullo masculino y esa noche creía haberlos descubierto.

Harry abrió la boca varias veces, pero yo solo era capaz de escuchar palabras sueltas como «decoro», «infantil», «respetabilidad» y «rebeldía». Mis pensamientos conseguían ensordecir cualquier sonido externo.

Crawford había sido categórico, aunque debía suponer que después de herirlo no podía esperar precisamente amabilidad.

Harry pareció sentirse cómodo y fiel a su papel de cabeza de familia con sus reproches, ya que no cesó en su empeño hasta llegar a nuestro hogar.

Tras pasar horas dando vueltas en la cama después de otra larga charla en solitario con Harry, quien parecía haberse tomado el papel de guía moral imponiéndome un injusto castigo, decidí que no podía seguir con la agonía de no saber qué era lo que Crawford pensaba realmente de mí y en qué podía haber cambiado este acto nuestra relación, fuese cual fuese.

¿Qué pasaría si ya no me volviera a prestar atención? No solo mi apuesta se iría al traste, sino que además... ¿qué haría yo durante los actos sociales? ¿Tendría que ignorar su presencia, bailando y charlando con hombres que no sabían cómo participar en conversaciones sagaces que despertaran la imaginación de una dama? ¿Dejaría de coquetear abiertamente y fingir que no quería ser besada por él?

Aquellas preguntas me corroían por dentro haciéndome surgir otras nuevas. ¿Cómo podía pensar realmente en ello? ¿Qué clase de embrujo poseía el marqués? ¿Por qué me gustaban tanto? ¿Por qué no podía apartarlo de mi mente?

Una descabellada idea surgió sin previo aviso y yo me aferré a ella como a un bote salvavidas sin medir las consecuencias. Quizás fuese mi última oportunidad.

Consciente de que todos dormían me vestí con un ligero traje azul marino de lazos blancos que quedaba atado por delante, recogí mi cabello en una larga trenza que sujeté a la nuca en un moño y me coloqué una capa negra con capucha. Calcé mis pies con unos viejos zapatos de suela desgastada, tomé unas cuantas monedas y salí en silencio por el pasillo de Middleton House.

Me escabullí como si de un ladrón me tratase por la puerta del servicio, la cerré sin echar el pestillo y caminé sigilosamente hasta alcanzar la vía pública.

Era consciente de que una dama, especialmente la hermana de un vizconde, no debía caminar sola por la noche. Un sinfín de situaciones nada deseables podrían aparecer a la vuelta de cualquier esquina; ladrones, violadores, secuestradores, borrachos... nada de eso me importaba, al menos mientras no me encontrara con ellos, pues mi objetivo me impedía detenerme a pensar en otra cosa.

Alcé el brazo para solicitar un carruaje de alquiler que logré avistar en la lejanía. El cochero, extrañado, me ayudó a subir absteniéndose de cualquier comentario, especialmente cuando le pedí que me llevara hasta Stone House.

La distancia que separaba mi casa y la del marqués no será expresada en millas por razones evidentes, sin embargo, no era excesivamente larga para recorrerla a pie de no ser por la hora y la envergadura de mi cometido.

Cuando el cochero se detuvo y, amablemente, me abrió la puerta para ayudarme a descender, oculté el rostro bajo la capucha y le entregué las monedas que me pidió.

Con un educado movimiento de cabeza, el hombre me dio las gracias y montó de nuevo en su vehículo desapareciendo tras de mí como alma que lleva el diablo.

No me moví. Desde mi posición, admiré la mansión casi asombrada. Nunca pensé que un hombre como Crawford pudiera vivir en un lugar tan común.

Examiné cada una de las ventanas del edificio, buscando alguna vela encendida que me indicara que existía algún tipo de movimiento en su interior. Sin embargo, la fachada se mantenía en la más absoluta oscuridad apenas si iluminada por la tenue luz de la calle.

Con pasos seguros rodeé la mansión en busca de alguna ayuda que me permitiera acceder al interior.

La opción más sencilla y civilizada sería llamar a la puerta principal y personarme ante el marqués como si no me importara que la medianoche hubiera pasado, aunque quizás era la opción menos adecuada para mi reputación. Claro que, en la situación en la que me encontraba, dicha reputación era mi mayor punto flaco en cualquier sentido.

Me detuve frustrada, considerando mis opciones. Crucé los brazos y me refugié bajo las ramas de un árbol que ocupaba gran parte del jardín de Crawford.

No era posible que mi inquieta mente no encontrara ni tan siquiera una opción.

De pronto, y tras examinar todas mis posibilidades, hallé una pequeñísima pero a la vez esperanzadora oportunidad.

En el piso más bajo, contando tres a mi derecha, podía atisbar una ventana de dos puertas ligeramente abierta. El hueco era pequeñísimo, quizás nadie se hubiera dado cuenta de que quedaba mal cerrada, pero para mí era más que suficiente.

Busqué a mi alrededor una piedra o cualquier objeto que me pudiera ayudar a escalar hasta mi objetivo. Y, tras encontrarla al pie de una fuente para pájaros, la arrastré por todo el jardín lo mejor que pude hasta colocarla bajo el alféizar. Aquel movimiento que parecía tan sencillo de realizar me llevó más tiempo del esperado. La piedra, grande y firme, pesaba más de lo

que alguien como yo podía acarrear, y me vi obligada a tirar de ella dejando un camino de césped recortado tras su paso.

Cuando al fin tenía mi improvisado escalón preparado y el objetivo claro, me subí al soporte y estiré el brazo hasta alcanzar el alféizar que sobresalía algunos centímetros sobre mi cabeza. Me aferré a él con fuerza y, de un salto, usando los huecos de los ladrillos como apoyo para mis pies, me esforcé en alzar mi cuerpo hasta lograr colocarlo sobre el poyete. No fue tan sencillo como parecía y tuve que intentarlo al menos unas cinco veces.

Una vez en lo alto, me paré, respiré y me senté cómodamente. No pude evitar sonreír satisfecha. Desde luego, estaba hecha para los momentos de acción.

Intenté averiguar qué se escondía en el interior del habitáculo, pero la oscuridad era tal que no logré distinguir absolutamente nada.

¿A dónde me llevaría esa ventana? ¿Qué haría una vez entrara? ¿Merodearía por la casa en busca de Crawford? ¿Y si me equivocaba de habitación? ¿Y si no se encontraba en casa o lo descubriría en alguna situación comprometida?

No podría saber nada de eso si no me aventuraba a entrar.

Alargué el brazo para abrir la ventana.

Se me resistió.

Volví a intentarlo empujando con todas mis fuerzas.

Nada.

Como mi posición no me permitía moverme con soltura, agarré mis faldas y la capa, me puse de rodillas como pude manteniendo el equilibrio propio de un espectáculo circense y empujé con todas mis fuerzas. Tal fue la energía que puse que la ventana cedió y caí de bruces al suelo.

El estrepitoso ruido de mi cuerpo contra la tarima resonó en la habitación.

Solté una ininteligible maldición en voz alta y me llevé las manos a la cabeza para asegurarme de que no brotaba sangre de ella.

Quedé en el suelo unos segundos recuperando el aliento, las fuerzas y la cordura. Entre mis piernas se enredaron las faldas de mi vestido y la capa con las que tuve que lidiar para conseguir al menos sentarme.

Tomé aire, parpadeé varias veces intentando adaptarme a la escasez de luz que entraba del exterior y me puse en pie de la mejor forma que pude, perdiendo por completo toda mi elegancia.

Sacudí mi vestido y realicé un barrido por la estancia.

No podía distinguir en qué parte de la casa me encontraba, todo estaba tan oscuro que apenas vislumbraba sombras. Avancé unos pasos, tocando a tientas a mi alrededor.

Mis piernas chocaron contra una superficie lisa. Palpé y me esforcé en descubrir una firme mesa rectangular rodeada de varias sillas. Sin duda, debía de ser el despacho de Crawford.

La habitación olía a cuero, a alcohol y a algo más. Quise distinguir el aroma característico del marqués, pero deseché la idea. Seguro que mi imaginación comenzaba a hacer de las suyas.

Tras el escritorio, un gigantesco aparador emplazaba la lisa pared. En ella, una multitud de libros y una licorera sacaban a relucir su volumen.

Me decidí a avanzar por la estancia, caminando despacio con las manos por delante y poniendo toda la atención en mis movimientos. Tras caminar dos pasos pude sentir el cambio de superficie en el suelo. Una gruesa alfombra se extendía bajo mis pies.

Realicé una mueca como muestra de mi exasperación. Si la dichosa alfombra hubiera estado unos centímetros más atrás, quizás el golpe que acababa de recibir hubiera sido menor.

Me encontraba cavilando en mi desafortunado accidente cuando escuché el ligero susurro de movimientos cercanos.

No tuve ocasión siquiera de volverme, pues me sentí atrapada por una presión a mi alrededor que inmovilizó mis brazos, una pared dura a mi espalda, una respiración cálida en mi cuello y algo cilíndrico y frío pegado a mi sien... ¿Me estaba apuntando con una pistola?!

Quise hablar, pedirle a mi atacante que bajara el arma, sin embargo, el rápido palpar de mi corazón, la opresión en la garganta y la respiración entrecortada me lo impidieron.

—¿Quién diablos eres y qué intención tienes? —susurró la indiscutible voz ronca de Crawford.

Su aliento apestaba a alcohol.

Abrí de nuevo los labios. Ni un solo sonido salió de ellos.

—¿Has entrado a robar? Una joven ladronzuela... —Intenté deshacerme de su agarre a pesar de que él me sujetaba tan fuerte y con tanta tensión que apenas pude mover los brazos unos milímetros—. Si haces algún movimiento, te pego un tiro.

Tomé aire, relajé los hombros y con un tono de indiferencia solté:

—A pesar del odio que me profesa en estos momentos, pondría mi mano en el fuego al asegurar que ni siquiera usted sería capaz de hacerme algo así.

Lentamente, fue separando la pistola que tenía pegada a mi sien, lo que me supuso un gran alivio.

—¿Lillian?

Y me soltó.

Haciendo gala de mis mejores dotes de actriz, me volví para enfrentarme a él con toda la calma que pude. Al hacerlo, mis pies se enredaron con el filo de la alfombra y caí hacia atrás. Me sujeté a sus hombros para no caer de espaldas contra el suelo, sin embargo, debido a su estado de embriaguez o a lo inesperado de mi acción, ambos caímos al suelo.

Su cuerpo quedó sobre el mío y su rostro a escasos centímetros de mi cara.

Lo miré directamente a los ojos, divertida.

—Hola, Alex —saludé desde mi posición con una lánguida sonrisa.

Incluso en medio de aquella oscuridad pude atisbar un rastro de desconcierto e incredulidad en sus facciones.

Alzó su mano sosegadamente y acarició el punto donde su pistola se había apoyado sobre mi sien escasos segundos atrás.

—¿Te he hecho daño?

Negué con la cabeza mientras me mordía el labio.

Sentirlo tan cerca, en aquella posición tan íntima, era más de lo que podría haber imaginado. Su calor irradiaba por todo su cuerpo y se colaba entre las gruesas capas que nos envolvían a ambos.

Su indiscutible olor masculino atrapado en el alcohol inundó mis fosas nasales. Sus oscuros y penetrantes ojos se mantenían fijos en mí, al tiempo que sus largos dedos seguían acariciando mi sien izquierda.

Se levantó despacio y el frío hueco que dejó sobre su cuerpo me dejó vacía. Me dio la mano y me ayudó a levantarme. Sin decir una sola palabra se acercó hasta la superficie de la mesa y encendió una de las lámparas de gas. La estancia se iluminó lenta y progresivamente y su rostro se quedó en la penumbra hasta que se volvió hacia mí, mostrando una expresión seria y distinguida.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Y por qué entra por la ventana de mi despacho como si fuera una ladrona? ¡Podría haberla matado!

De nuevo, y cuando creía que los formalismos se habían quedado a un lado, me trataba de usted. Lo hacía para irritarme, estaba segura.

—Yo..., bueno —uní mis manos sobre mi regazo—, solo quería disculparme. No era mi intención abochornarle delante de todo el teatro.

Me lanzó una furibunda mirada antes de dirigirse hacia la mesilla donde descansaba una copa de licor. La tomó entre sus dedos con la intención de llevársela a los labios. A medio camino la miró fijamente, y antes de dar un sorbo la dejó de nuevo sobre la mesa.

—Es usted muy amable. No hacía falta que se tomara tantas molestias.

—Sí, sí hacía falta —confesé—. Sinceramente me siento muy apesadumbrada por lo que hice.

—No sé por qué no la creo.

—¿Cree que estoy fingiendo? —Di un paso hacia delante llevándome la mano al pecho—. ¿Cree que he atravesado toda la ciudad y he puesto en riesgo mi vida y mi reputación solo por montar una farsa?

—¿No considera que está exagerando un poco? —preguntó divertido.

No le seguí el juego. Realmente necesitaba que me creyera.

—No bromeo. Lo que le digo es cierto. No sé por qué lo hice. Me sentía furiosa con usted y quise pagarle con la misma moneda. Y no, no me siento orgullosa de eso.

—¿Furiosa? ¿Furiosa por qué?

Me mordí el labio para no responderle. No podía confesarle que me había llenado de celos al imaginarlo en brazos de otra mujer.

—¿Se da cuenta de que su estúpida broma hizo que me sintiera humillado? —Rompió el silencio, algo que agradecí considerablemente—. Y para colmo... usted no dudó en reírse.

Me encogí de brazos.

—¡La situación me superó! No pude resistirme al ver a mi hermano seguirlo.

—No me importa nada de lo que pueda decirme. No quiero seguir escuchándola. Será mejor que se vaya.

Abrí los ojos asombrada.

¿Realmente nada de lo que pudiera hacer o decir podría hacerle cambiar de opinión? ¿Tanto lo había herido?

Me sentí apesadumbrada y por primera vez tuve miedo, miedo de perder todo lo que había conseguido con el marqués, miedo de sacar de mi vida la excitación que me ocasionaba su compañía.

—¿Eso es todo? ¿Me echa así? ¿Sin más?

—De hecho..., ya la he echado —soltó abruptamente dándome la espalda.

Su férrea determinación me golpeó con fuerza.

Entendía su rechazo, pero no podía soportar seguir sintiendo que realmente me odiaba.

—Si es lo que desea, me iré. No obstante, me gustaría que me escuchara un momento. —Realicé una pausa antes de tomar aliento y seguir—: Realmente no me siento orgullosa de lo que he hecho, nunca llegué a imaginar las consecuencias de mis actos, y lo lamento. Sé que nos odiamos, que no soportamos la presencia del otro, aunque en ocasiones se haga más llevadera y, a pesar de eso, no tengo la menor intención de convertirlo en un hazmerreír de la sociedad. Si he venido hasta aquí, precisamente esta noche, es porque no podía conciliar el sueño pensando que usted me creía tan pérfida como para atacarlo tan descaradamente. Reconozco que me sentía molesta con usted por su actitud, pero sé que mis actos no lo justifican.

Me quedé en silencio, sin saber si había actuado correctamente al revelar todo lo que guardaba en mi interior, y muy lentamente caminé hasta la ventana pasando cerca de él.

Me parecía una completa descortesía por su parte que me obligara a salir por ahí humillándome abiertamente ante él, mas, si esperaba cualquier tipo de objeción por mi parte, no lo iba a conseguir.

Él se mantenía impertérrito.

Di un impulso y me senté sobre el pretil. ¿Iba a ser capaz de dejarme marchar después de mi revelación?

Deslicé mis piernas hacia el exterior y esperé antes de dar el salto que me haría caer sobre la hierba humedecida por el frío nocturno.

—Adiós, Crawford —dije antes de tomarme unos segundos para impulsarme hacia abajo.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Espere! —gritó después de soltar una maldición. Su cálida mano atrapó mis dedos desnudos—. Vuelva a entrar. Por favor.

Esta vez él me tomó de la cintura con delicadeza y me ayudó a bajar.

Sus ágiles dedos acariciaron mis mejillas húmedas.

—¿Está llorando? —Su voz era ronca y aterciopelada.

Me sorprendí al descubrir que un par de lágrimas habían surcado mis ojos y resbalado por mis mejillas.

—No, yo no lloro —admití.

—No es eso lo que me indican sus ojos.

—¿Por qué ha actuado así? ¿Se sentía celosa? —preguntó con picardía.

Tragué saliva y me mordí el labio.

Quería mentirle, decirle que no tenía motivos para estar celosa, que él no me importaba más de lo que parecía, sin embargo, no pude hacerlo. Una sobredosis de sinceridad se había hecho dueña de mi cordura.

—Es posible —aseguré sin pensar.

—Maldita sea, no debería estarlo. Si me alejé fue porque no podía soportar encontrarme a su lado cuando me sentía tan... apasionado. Necesitaba despejarme un poco. ¿Por qué no eres capaz de entender lo que te digo, Lillian?

Y antes de que pudiera analizar sus palabras, me sujetó por la barbilla, alzó mi rostro y me besó.

El beso fue salado, cálido. Sus exuberantes labios atraparon los míos, los mordisqueó, introdujo su lengua en mi boca y jugueteó en el interior mientras sus manos me abrazaban delicadamente deshaciéndose de la capa que me cubría.

Cuando la prenda cayó al suelo, Crawford me tomó de las manos y, separándose, me dirigió hasta uno de los sofás. Me obligó a sentarme, sin decir una sola palabra, y se arrodilló frente a mí.

Del bolsillo de sus pantalones sacó un pañuelo y me lo entregó.

Soné mi nariz y enjuagué mis ojos.

—Creí que me había vuelto inmune al llanto de las mujeres —reconoció descarado.

—¡No estoy llorando! —repliqué.

—Vale —respondió antes de volver a posar sus labios sobre los míos—. Me gusta tu forma de no llorar.

Aparté el rostro de él, no quería que descubriera mi expresión confundida.

—¿Por qué has venido? —quiso saber al cabo de unos segundos—. ¿Por qué te has arriesgado de ese modo? Dime la verdad —susurró con su nariz

pegada a la mía.

—Ya se lo he dicho. No podía soportar la idea de que me odiara.

Sus manos acariciaron los mechones de mi moño deshecho.

—Jamás podría odiarte. Me gustas mucho, me atraes, me tienes... completamente hipnotizado.

Me mordí el labio mientras mi corazón se aceleraba.

Tomé aire antes de hablar.

—Tú también me gustas a mí, Alex —le dije dejando atrás cualquier tipo de formalidad.

Sonrió cínicamente.

—Lo sé —aseguró antes de abalanzarse de nuevo a mí.

Le tomé de las mejillas y respondí a su beso.

Abrí mis piernas permitiéndole un mejor acceso a mi cuerpo. Sus manos me acariciaron la nuca, la espalda, recorrieron mi cintura y ascendieron hasta mis pechos. Solté un gemido cuando su mano se posó sobre uno de ellos acariciándolo con delicadeza por encima del vestido.

No sabía cómo interpretar con rigor aquella sensación que recorría mi cuerpo desde la cabeza hasta la punta de mis pies, ya que nunca antes lo había experimentado.

Sus ágiles dedos se desplazaron por el borde de mi vestido deslizándose por mi piel de forma suave, cálida, delicada. Su boca me devoraba, y pronto descendió con lánguidos mordiscos desde mi mentón hacia la parte oculta del cuello.

Mis manos jugaban y se movían sin orden por su pelo, su nuca, sus mejillas, sus hombros, sus brazos, su pecho.

Gemí ante la nueva sensación de cosquilleo que comenzó a bajar por mi estómago directa hacia los lugares prohibidos cuando sus manos agarraron con fuerza mis nalgas uniéndome más a él.

Me sentía aturdida, nublada y no quería reaccionar, estaba disfrutando de cada sensación que me regalaba, cada caricia, cada beso. Quería saber qué más había detrás de aquello, quería sentirlo tan cerca de mí como fuera posible. Sin embargo, cuando los labios del marqués se posaron sobre mi escote y sus manos levantaron el bajo de mi falda me sobresalté.

Yo no quería ser una más de sus conquistas. No podía dejar que se aprovechara de mí con su descomunal encanto, sus excitantes caricias y su irresistible boca.

—Alex, para. Por favor —susurré débilmente devolviéndole los últimos besos.

Mis manos se aferraban a sus hombros agarrando la blanca camisa de seda. Al abrir los ojos descubrí que mis nudillos estaban tan blancos como ella.

Su boca se detuvo, no obstante, no se alejó para hablar.

—¿Te encuentras mal? —Sentir su aliento sobre mi piel me hizo estremecer.

—No. Digo, sí. Digo... —Me sentía tan confundida que no sabía qué decir.

Crawford se había apoderado de todo mi sentido común.

—¿Por qué no te aclaras mientras continuo? —sugirió riendo antes de volver a besarme en los labios.

—No, espera.

Levemente le solté y le empujé haciendo que perdiera el equilibrio y cayera, sentándose sobre la alfombra marrón con cuadros beis.

Rauda, me puse en pie y me coloqué protegiéndome detrás del sofá. Aún tenía la respiración agitada, el cosquilleo recorriendo todo mi cuerpo y una sensación de vacío completamente indescriptible.

—Perdona —dije al verlo tirado en el suelo.

Su mirada era divertida, sus labios se mostraban hinchados y su pelo, con el que había estado jugueteando, por completo alborotado.

Aquel hombre era totalmente irresistible y atractivo. No me extrañaba que miles de mujeres se vieran obligadas a dejarse caer en sus brazos.

—Lillian, ¿qué ocurre? —preguntó esbozando una sonrisa mientras se recostaba de forma despreocupada sobre la alfombra.

—No quiero ser una más de tu lista —fue lo único que logré a decir ante tal confusión de pensamientos.

Sus ojos se abrieron y se irguió.

—Nunca lo serás. Te lo prometí, ¿no lo recuerdas? —respondió seriamente.

—Y yo te pedí que me lo demostraras —le escupí sin pestañear.

De forma ágil, se puso en pie y en dos zancadas llegó a mí.

El sofá no había servido de mucho, la verdad.

—Maldita sea, Lillian, ¿qué más tengo que hacer para demostrarte que no quiero jugar contigo?

—¿Es que ya has hecho algo? —Alcé una ceja.

Chasqueó con la lengua.

—Me alegra que por fin hayas dejado de tratarme con cortesía, aunque sigas siendo tan testaruda. ¿No te resultó evidente la otra noche en Ridenston Park?

—¿Qué es lo que debería ser evidente?

Tomó mis manos entre las suyas.

—Aquella noche yo...

Sin previo aviso, la puerta del despacho se abrió, haciendo que ambos nos sobresaltáramos.

Un hombre, vestido de forma impecable, alto, de grueso cabello blanco peinado hacia atrás, ligeras arrugas en la frente y una expresión seria apareció en medio de la sala.

—¿Maggibons? —Se volvió Alex hacia el mayordomo con una ceja alzada—. ¿Qué diablos hace levantado a estas horas?

La expresión del anciano se mantuvo impertérrita cuando respondió:

—Escuché ruidos, señor. Creí que alguien podría haber entrado. No sabía que usted hubiera vuelto... acompañado —aseguró lanzándome una furtiva mirada y volviendo la vista al frente.

—Hace un tiempo considerable que se dejaron de escuchar ruidos, por lo que, en el supuesto caso de que nos hubieran entrado a robar, ya lo hubieran hecho, ¿no le parece?

—Es probable, milord, pero... no podía subir sin haberme vestido con la indumentaria adecuada.

Mi acompañante suspiró y yo tuve que reprimir una risa frunciendo los labios.

—¿Pensaba que el ladrón se asustaría más si le veía vestido que en pijama? Estoy casi seguro de que hubiera conseguido el efecto deseado si lo hubiera hecho al contrario.

—En verdad —tosió—, tenía la certeza de que el ladrón hubiera escapado. Estaba preparado para llamar a la Policía y ver los daños causados.

—Es usted todo lo que se puede esperar de un buen mayordomo. Gracias.

—El aludido cabeceó—. Ahora, si no le importa, le rogaría que nos dejaras a solas. Como ve, estoy ocupado.

—Sí, milord. Como usted diga. —Y realizando una ligera venia, desapareció.

Comencé a reír.

—¿Tu servicio es siempre tan peculiar?

—¿Solo lo catalogas de peculiar? —quiso saber alzando una ceja divertido.

Me encogí de hombros.

—Como poco.

Soltó una carcajada y descubrí que era el sonido más bonito que había oído nunca.

Alargó la mano para tomar mi cintura y me acarició la mejilla delicadamente.

—Como iba diciendo, aquella noche yo...

De nuevo, la puerta se abrió interrumpiendo las palabras de Crawford.

—¿Y ahora qué? —preguntó irritado.

Giré la cabeza hacia el lado contrario ahogando una risa cuando el mayordomo habló:

—Milord, siento interrumpirles. De vuelta a mi dormitorio he pensado que, dado que la señorita y usted se encuentran despiertos, y yo también, quizás les apetecería tomar algo: un poco de champán, un té, café, pastas, ¿sándwiches tal vez?

—No, gracias. Puede retirarse, Maggibons —lo despachó con los dientes apretados.

—Sí, milord. —Estaba a punto de salir por la puerta cuando se giró para preguntar—: ¿Y tal vez les apetecería que...?

—Buenas noches, Maggibons —respondió Crawford en modo de advertencia.

Dándose por enterado de que sus servicios no eran requeridos, el mayordomo desapareció.

—Lo siento —se disculpó jugueteando con los mechones sueltos de mi pelo.

Levanté los brazos y acaricié su pecho duro ascendiendo hasta sus hombros donde detuve mis manos.

—No te preocupes. Creo que él ha sido la señal que necesitaba para irme.

—Quizás sea lo mejor —dictaminó mientras deslizaba las yemas de sus dedos por mi cuello—. Jamás me perdonaría el haber dañado tu reputación.

—¿Ahora te preocupas por la reputación?

—Solo si es la tuya.

Sonreí consciente de que sus palabras eran sinceras.

—Gracias —le dije deslizándome mi mano sobre su áspero mentón.

Su boca se pegó a la mía delicadamente.

—Vamos, te llevaré a casa.

—No hace falta —decreté en el momento en que se alejó de mí y tomó mi capa que aún yacía en el suelo—. Vine sola, podré volver a marcharme igual.

—¿Y dejarte ir consciente de que podrías estar en peligro? ¡Ni loco! —Extendió la túnica hacia mí—. Póntela.

Le obedecí.

—Hace unos minutos parecía no importarte.

—Hace unos minutos quería saber hasta dónde eras capaz de llegar.

Abrí la boca sorprendida e indignada por su confesión.

Quise reprenderle, mas él no me dio tiempo. Tomó mi mano y me obligó a seguirlo hasta la entrada de su casa donde se echó por encima un abrigo.

—Alex..., tu mayordomo...

—Tranquila. Maggibons es el hombre más discreto que he conocido nunca. Eso, sus años de servicio en mi familia y que le pago muy bien hace que no vaya por ahí divulgando lo que no debe.

Asentí confiando en su palabra.

Se volvió a mí, me besó la punta de la nariz y colocó la capucha sobre mi cabeza. Tomó mi mano de nuevo y abrió la puerta de la casa guiándome hasta el frío exterior. Envolvió mi cuerpo con su brazo y llamó a uno de los cocheros de alquiler.

Subimos en silencio y, una vez acomodados en el interior de aquel habitáculo inundado de oscuridad, me habló con la voz ronca:

—No vuelvas a cometer una locura así de nuevo, por favor.

Alex se había sentado a mi lado, de forma que alargué mi brazo y le sujeté las manos.

—¿Ya no estás enfadado conmigo?

—Desgraciadamente no puedo estar enfadado contigo por mucho tiempo —aseguró pesaroso.

Solté una risita nerviosa.

—Entonces, ¿te preocupas por mí?

—Por supuesto que me preocupo por ti —fue todo lo que dijo antes de acogerme entre sus brazos y besarme en lo alto de la cabeza—. Nunca había conocido a una mujer tan viva y peligrosa como tú.

—¿Peligrosa?

—Quise decir «imprevisible».

Una ancha sonrisa se dibujó en mi rostro y apoyé la cabeza sobre la gruesa tela de su abrigo absorbiendo su aroma masculino y su calidez.

Me sentía complacida, cómoda, protegida y sorprendentemente feliz. ¿Qué me pasaba? ¿Qué nuevas sensaciones estaba experimentando?

El carruaje se detuvo en menos tiempo del esperado.

—Debes bajar.

Alcé la cabeza. Lo miré a él y luego al exterior.

—He pensado que es mejor no dejarte en la puerta de tu casa, por si alguien se despierta con el ruido y nos descubre.

Asentí al comprobar que la parte trasera de mi hogar se encontraba a escasos metros del carruaje.

—Tienes razón. Gracias.

Negó con la cabeza.

Alargué la mano por encima de mi regazo, acaricié su mejilla y lo acerqué hasta mí para obligarlo a besarme.

Cuando nuestros labios colisionaron, un millón de estrellas comenzaron a saltar dentro de mí. Le di un mejor acceso a mis labios y esta vez fui yo quien introdujo la lengua en su boca cálida, con un sabor salado mezclado con alcohol.

Nuestras respiraciones se entrelazaron, sus manos me acariciaron y costó todo mi mayor esfuerzo el obligarme a separarme de él.

—Tienes que bajar o no podré detenerme —aseguró entrecortadamente usando una voz desesperada antes de dar unos ligeros golpecitos en el techo del vehículo.

Me mordí el labio y agité la cabeza afirmativamente.

La puerta del carruaje se abrió y el cochero extendió la mano, que yo tomé para ayudarme a bajar. Acepté no estando del todo segura de poder hacerlo yo sola en aquellos instantes.

—¿Nos veremos mañana? —solté sin pensar en mis palabras y comprendiendo que lo deseaba fervientemente con total sinceridad.

Su arrogante sonrisa asomó de nuevo y esta vez mis rodillas temblaron.

—Nos veremos mañana.

Y la puerta se cerró tras de mí.

Caminé hasta la parte trasera de mi casa sintiendo cómo el marqués me observaba desde su asiento del coche de alquiler y no pude más que sentirme flotar en una nube.

OceanofPDF.com

Capítulo 21

UN NUEVO Y SORPRENDENTE SENTIMIENTO SE APODERA DE MÍ

La reunión en casa de lady y lord Spencer parecía de lo más agradable, o al menos ese era el sentimiento que transmitía el resto de invitados que reían, bailaban y conversaban a mi alrededor. Tal vez, en otras circunstancias, me hubiera unido a su opinión, pero era imposible hacerlo cuando tenías a un furioso hermano mayor decidido a cumplir su papel.

Tía Mary, como siempre, había desaparecido en su rincón favorito acompañada de sus amigas y la traidora de Amelia se había escabullido en cuanto una mínima posibilidad se había presentado ante ella. Por desgracia, mis oportunidades eran mucho más limitadas.

Harry me controlaba como si de un ave de presa se tratase. A cada paso que daba sentía su penetrante mirada sobre mi nuca, seguía de cerca con quién hablaba o bailaba y no podía moverme a más de tres metros de distancia sin avisarle antes. No habíamos oído muchos rumores sobre mi escandaloso comportamiento en la ópera, sin embargo, eso no significaba que no los hubiera.

En innumerables ocasiones me había quejado de su incesante celo, mas ninguna de mis palabras parecía hacerle reflexionar acerca de su severa actitud. Ni siquiera conseguían turbarle lo más mínimo.

Cuando algún valiente caballero se atrevía a acercarse a mí y solicitar mi compañía durante un baile, mi hermano debía dar su consentimiento antes de buscar a una dama con quien bailar detrás de nosotros para seguir nuestros pasos.

Su comportamiento me hacía sentir como una condenada a prisión. Era injusto que me tratara así.

—¿Por qué no me dejas hablar con mis amigas? —quise saber enojada.

—Tú no tienes amigas —me escupió con desdén.

—Las tendría si me dejaras libertad para pasear por el salón.

Harry me miró por encima del hombro, dio un trago a su copa de champán y, sonriendo vanidosamente, dijo:

—Durante mi ausencia has tenido tiempo suficiente de corretear con libertad. Ya veo que tía Mary es demasiado condescendiente con vosotras. No voy a decirle cómo debe educar a Amelia, pero en cuanto a ti, señorita, voy a seguir cada uno de tus movimientos. No permitiré que vuelvas a exponerte al escándalo de nuevo y te dediques a perseguir a hombres en medio de la multitud sin pudor ninguno. Te has escapado de las críticas destructivas una vez, no voy a averiguar si pasaría lo mismo con una segunda.

—¿Crees que eso es lo que hago? —indagué herida porque mi hermano pudiera pensar que era una mujer desesperada por la atención masculina.

—Si te soy sincero, preferiría no saber a qué te dedicabas antes de mi regreso. Seguramente no me gustaría.

Le lancé una furibunda mirada y me crucé de brazos enojada.

—Si hubieras estado aquí sabrías perfectamente lo que hacía.

Su rostro se mostró severo y sus labios se fruncieron en una línea recta.

—No puedo creer que me castigues por aquello —bufé—. Sabes tan bien como yo que tenía que disculparme con el marqués.

—La forma en que lo hiciste no es la más correcta. Ya te lo dije, Lillian, podrías haberle enviado una carta formal o haberme pedido que te acompañara hasta su casa al día siguiente. Tu forma de proceder no fue la adecuada, me desobedeciste y ahora debes recibir un castigo.

Solté un soplido.

—No puedes castigarme como si tuviera cinco años.

—Oh, sí que puedo —dictaminó divertido, sabiéndose consciente del poder que tenía sobre mí.

Tragándome todo el orgullo herido, desvié mi atención hasta la pared más cercana del salón. ¿Por qué las mujeres debíamos estar supeditadas a los hombres? ¿Por qué vivía en una sociedad tan injusta que nos dejaba en

aquella posición tan reprimida y sumisa? ¿Odiaba ser mujer? No, pero hubiera hecho cualquier cosa para que su posición social cambiara.

—Ranita —se volvió a mí y me acarició la mejilla desnuda con su mano enguantada. Harry lucía esplendorosamente elegante, con su corbata y traje negros, su chaleco color mostaza y su camisa blanca almidonada. Sus ojos resplandecían y su sonrisa se mostraba torcida—. Tienes que recordar que ya no vivimos en el campo. Ahora debemos ser gente más refinada y no podemos saltarnos las normas a nuestro antojo como hacíamos allí. ¿Lo entiendes?

—Sí. Aunque algunas de esas normas son muy estúpidas. No hice nada más que hablar con él y disculparme.

—Debes tener en cuenta que esta sociedad no contempla que un hombre y una mujer solteros tengan conversaciones en privado. Lo siento, yo no puse las reglas.

—Gracias a Dios —mascullé entre dientes, lo que provocó una sonora carcajada por parte de mi hermano.

Aquella ancha sonrisa fue irguiéndose lentamente, convirtiéndose en una ligera curva cuando la figura de Crawford se hizo presente en nuestro campo de visión acercándose con paso decidido.

El marqués vestía elegante, con su habitual traje para las celebraciones, clásico, de tejido de calidad y hecho a medida. El cabello peinado hacia atrás, las mejillas rasuradas y una arrogante sonrisa en los labios.

—Buenas noches, lady Abernathy —tomó mi mano besando delicadamente mis nudillos—. Middleton.

—Buenas noches, Crawford. Ya te echábamos de menos —bromeó Harry.

—¿Hablabais de mí? —Alzó una ceja siguiendo la broma.

No sabía explicar por qué con su mera presencia mis labios se curvaban. Ni siquiera podía comprender por qué sentía esa complicidad con él cuando nuestras miradas se encontraban. ¿Qué me estaba pasando?

—Middleton, ¿me permitirías bailar una pieza con tu adorable hermana?

Harry nos miró de hito en hito.

—Lo siento, Crawford. Lillian no puede bailar. Al parecer tiene molestias en su tobillo.

Crawford reprimió una carcajada.

—¿Yo? —me descubrí preguntando confundida.

Harry hizo un gesto de reprobación.

—Ah, sí. Mi tobillo... Ya no me duele —aseguré.

—A pesar de ello me veo en la obligación de impedírtelo. No quiero que te lastimes.

Al parecer se mantendría impasible en su decisión. Su testarudez y despotismo me hacían hervir la sangre.

Cerré fuerte los ojos y suspiré.

Se estaba extralimitando con su exhaustivo control atribuido a un supuesto castigo que yo no consideraba más que una forma de mostrar su autoritarismo y poder sobre mí.

No deseaba otra cosa en aquel momento que bailar en brazos de Crawford, quería volver a sentir su cercanía, aspirar su aroma y dejarme guiar por él.

—Lamento su indisposición, lady Abernathy. ¿Podría ofrecerme entonces a acompañarla a por un refrigerio? —insistió Alex sin darse por vencido.

—Quizás más tarde...

—¡Estaría encantada! —exclamé alzando mi voz sobre la de Harry, que lentamente murió.

Tomé el brazo del marqués sin que él me lo ofreciera.

—Pero... —comenzó Harry sorprendido y molesto por mi intento de zafarme de él.

—Serán solo unos minutos. No nos perderemos de tu campo de visión. Lo prometo —le advertí con ironía antes de comenzar a andar y tirar de un marqués que atónito contemplaba la escena.

—¿Qué ha pasado ahí? —quiso saber cuando nos encontramos lo suficientemente lejos.

—Al parecer Harry se ha levantado sintiéndose el dragón que custodia a la bella princesa.

—¿Y se supone que yo soy el príncipe encantado que la rescata?

—En este caso solo has sido el argumento perfecto para que la princesa pudiera escaparse —sonreí divertida.

—Ahora en serio, Lillian, ¿por qué está siendo tan intransigente?

—Me castiga por haber corrido detrás de ti anoche en la ópera.

—No debiste haberlo hecho —me aseguró con voz autoritaria.

—¿Tú también me vas a reprender? —le miré ceñuda—. Además, si no lo hubiera hecho aún seguirías enfadado conmigo —repliqué.

Él soltó una sonora carcajada.

—¿Por qué piensas eso?

—Está claro que mi don de palabra te dejó tan conmocionado que tuviste que perdonarme de forma inminente.

—Creo que tu visión de los hechos difiere mucho de la realidad.

Le di una palmadita en el brazo consciente de lo que estaba pensando.

—No está bien pensar en esas cosas en lugares públicos, milord.

—¿Y cómo sabes en qué pienso?

Sonreí descaradamente antes de detenerme frente a la mesa de los refrigerios.

—Porque es lo mismo que pienso yo —le aseguré pícara.

Sus labios se curvaron ligeramente, pero no dijo nada más respecto al tema.

—¿Limonada?

Me solté de su brazo y me apoyé sobre la mesa de las bebidas con una actitud de indiferencia.

—¿Tengo más opciones?

Alex echó un rápido vistazo por la superficie de la mesa en busca de algún otro líquido que pudiera ser socialmente aceptable para una joven dama casadera.

—Me temo que no.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

Se encogió de hombros.

—Solo quería ser educado.

Tomó una copa y me sirvió la amarilla bebida azucarada.

—¿Sabes? Cuando sea una mujer casada pienso beber todo lo que quiera. Beberé ponche, y de eso, y también de eso otro —señalé a las distintas bebidas alcohólicas que se distribuían a lo largo de la mesa—, y champán hasta hartarme —aseguré seriamente.

—Me apiado del valiente que se convierta en tu esposo —murmuró tendiéndome la copa.

Aquella frase me hirió.

—Mi esposo es el que menos deberá preocuparse. Sé cuidarme muy bien por mí misma —espeté duramente mientras bebía a sorbos pequeños.

Sus ojos se abrieron asombrados.

—Dudo mucho que tu esposo no se preocupara por ti.

—Supongo que en el caso en que encuentre uno podríamos preguntárselo.

Aquel tema se estaba volviendo arduo.

Mi humor había cambiado radicalmente. Ya no deseaba seguir en su compañía. Lo que más me apetecía hacer en aquel momento era tirarle la limonada sobre la cabeza y golpearlo fuertemente hasta que alguien me tomara de la cintura y me alejara de él.

Sus cejas se alzaron interrogantes.

—Vamos, Lillian, solo bromeaba. No te enfades.

—No lo hago —repliqué dejando la copa sobre la mesa con un fuerte sonido.

Una de las comisuras de sus labios se curvó ligeramente de forma completamente arrogante. Apreté los dientes con fuerza, ¿por qué estaría condenado el homicidio?

—Me encantaría saber en qué estás pensando.

Me volví bruscamente.

—Es mejor que no quieras saberlo. ¿Volvemos?

—¿Ahora tienes prisa en regresar al cautiverio de tu hermano? —preguntó ofreciéndome su brazo.

Lo tomé y caminé lentamente.

—Es mejor en su cautiverio que seguir con alguien que se burle de mí.

—No digas eso. Nunca me burlaría de ti. Solo...

—Alex, déjalo —le pedí temiendo que cualquier excusa me doliera más.

¿Por qué sus palabras me habían herido tanto? ¿Sería por la indiferencia con la que hablaba al pensar en mí en brazos de otro hombre?

El silencio se acomodó entre nosotros, y por sorprendente que pareciera me resultó de lo más cómodo. No me parecía el tipo de silencio que se tiene que llenar con alguna estupidez, sino que ambos podíamos sentirnos seguros entre aquella ausencia de palabras.

—Lillian, lo de anoche... —Su voz se ahogó.

—¿Vas a decir que fue un error?

—No —determinó en el acto.

—¿Te arrepientes entonces?

—Definitivamente no, es solo que... no creo que estuviera bien.

—Si nos dedicáramos a hacer todo el tiempo lo que se supone que está bien nuestras vidas serían mortalmente aburridas, ¿no te parece?

—Aun así, fue muy peligroso que te escaparas y entraras de esa forma tan furtiva en mi casa. Por cierto, creo que a Maggibons le costará perdonarte el destrozo que hiciste en el jardín. Esta mañana ha entrado nervioso a mi despacho pensando que realmente anoche entró un ladrón. Me ha costado convencerlo de que tú sola eras muy capaz de mover esa piedra y construir un castillo entero si te lo propones.

Ambos compartimos un momento de complicidad.

—Espero que pueda perdonarme. No tuve otra opción —confirmé encogiéndome de hombros.

—Eres imposible... —decretó—. Aun así insisto en que no debiste hacerlo. Si alguien nos hubiera visto...

—¿No me digas que tu reputación se hubiera visto manchada? —Alcé una ceja.

Mi comentario le divirtió.

—Créeme cuando digo que mi reputación es lo que menos me preocupa. —Su voz sonó seria.

—Te creo —aseguré.

Me detuve bruscamente y me volví hacia él interrumpiendo su paso.

—Alex...

Estaba a punto de pedirle que me sacara de allí, que me llevara lejos durante un tiempo sin importar las consecuencias, sin importar nuestras reputaciones, pero un pensamiento cruzó mi mente y me detuvo, haciéndome dudar.

¿Sería mejor alejarme de él? Había comprendido que su presencia me alteraba y su encanto diluía lentamente mi verdadero objetivo. Disfrutaba de su compañía, y aunque me irritara la mayor parte del tiempo, despertaba mi ingenio y las conversaciones siempre eran estimulantes. Sin embargo, debía recriminarme por haberme casi olvidado de la apuesta. No podía seguir fantaseando con él. No podía cesar mi empeño. Nunca dejaba nada sin terminar y esta vez no iba a ser distinto. Debía hacerlo por mí y sobre todo por Amelia. Mi orgullo imperaba por encima de cualquiera de esos sentimientos encontrados que conseguían desorientarme.

Tenía que continuar con mi plan trazado y olvidar aquellas fantasías de cuento de hadas que amenazaban con arrebatarle la cordura. Yo no era una dama en apuros ni Crawford mi caballero andante. Él no era de esa clase de hombre. Estaba haciéndome una idea equivocada de él. Lo idealizaba

adaptándolo a las expectativas que yo tenía del hombre adecuado para mí. Me sentía confundida en una lucha interna que no tenía un resultado claro y sabía quién debía ganar.

—Lillian, ¿te encuentras bien?

No me dio tiempo a responder, pues Harry se materializó como salido de la nada y se interpuso entre nosotros.

—Espero que hayáis disfrutado de la limonada —dictaminó con un tono gélido lleno de ironía antes de tomar mi mano y colocarla con una fingida delicadeza sobre su brazo.

—Desde luego —aseguré clavando mis uñas en su chaqueta—. Muchas gracias por su compañía, milord.

Le dediqué a Alex un suplicante gesto antes de despedirme con una ligera reverencia y caminar hacia el lado contrario del salón con mi hermano.

—Y pensarás que no mereces castigo por esto —gruñó.

—Oh, Harry. A veces te comportas como un déspota.

—¿Qué me acabas de decir? —se volvió hacia mí sorprendido y colérico. Disimulé alisando mi falda antes de añadir sin interés:

—Solo digo que exageras un poco, querido hermano. No hay nada de malo en que haya ido a la mesa de refrigerios con Crawford. Como ves, nadie se ha escandalizado. De hecho, no creo siquiera que hayan reparado en nosotros.

—No es solo eso, Lillian, ¿por qué no comprendes que no quiero verte en su compañía?

—Creí que era tu amigo —refunfuñé cruzándome de brazos.

—Y lo es —aseguró alzando la vista por encima de mi cabeza—, por eso no quiero que esté cerca de ti. —Suspiró cansinamente—. Ranita, conozco a Crawford y sé de lo que es capaz, no quisiera acabar con nuestra amistad en un duelo por ti.

—Quizás no tenga esa intención conmigo.

Harry tomó mi mano enguantada.

—Eres demasiado ingenua, cariño.

Quise responderle. Confesarle todo lo que Alex y yo habíamos compartido, los besos, las miradas, la confidencialidad y los secretos. De esa forma acabaría con esa autosuficiencia y prepotencia de las que hacía gala. Sin embargo, con el fin de salvaguardar mi integridad, guardé silencio.

—Ven, te presentaré a unos amigos con los que no me importaría que entablaras amistad.

No tuve tiempo de objetar, pues en cuestión de segundos me hallé rodeada de un grupo de hombres y mujeres que sonreían y compartían comentarios corteses.

Desde nuestra abrupta despedida, Crawford se había dedicado a flirtear con cada una de las mujeres que se encontraba a su paso. ¿Cómo podía ser que en los treinta minutos transcurridos lo hubiera visto bailar con cinco mujeres distintas, pasear por la sala con otras tres y acercarse a la mesa de los refrigerios con un par más?

Me dolía la mandíbula de tensarla y los puños de mantenerlos apretados. ¿Cómo se atrevía? ¿Cuál era su propósito?

Me sentía furiosa por su descaro y completamente desconcertada. ¿Por qué se portaba tan dulce y cariñoso conmigo cuando luego coqueteaba abiertamente con otras mujeres?

«Por este tipo de situaciones y comportamientos no debes nunca olvidar el estilo de hombre que es el marqués», me recordé.

Frustrada por no tener la oportunidad de demostrarle que mi capacidad de ejercer como punto de atracción para los hombres era incluso superior a la suya, me limitaba a continuar conversaciones con otros caballeros y a lanzarle furibundas miradas de advertencia de cuando en cuando, aunque aquello no parecía amilanarlo.

Tras descubrirlo salir por las puertas laterales al jardín con una nueva mujer, una viuda de lo más exuberante, decidí que no quería seguir siendo la más fiel espectadora de los movimientos de ese insufrible hombre.

Agarré a mi hermano por la manga de su chaqueta y, acercándome a su oído, le susurré:

—Voy a sentarme en uno de los sofás del pasillo. Estoy cansada de estar de pie.

—Sitúate en uno en el que pueda verte.

Puse los ojos en blanco y señalé al sillón de funda azul celeste cuya mitad se lograba vislumbrar desde su posición.

—¿Crees que desde ahí sería un buen sitio para espiarme?

—No te espío, Lillian, te vigilo.

—Espiar, vigilar..., lo mismo es. ¿Te parece bien ese sitio o no?

Alzó la mirada hacia la dirección señalada y lo estudió.

—Siéntate en el extremo más cercano a la puerta.

Acepté deseosa de liberarme de aquella horrible situación y con una reverencia me alejé de aquel grupo rumbo hacia el diván.

Me dejé caer sin ningún tipo de reparo al mostrar mi falta de civismo y resoplé.

Definitivamente, aquella velada se había convertido en la más aburrida a la que había asistido en toda mi vida, y no solo porque mi prima hubiera decidido abandonarme a mi suerte mientras ella daba vueltas en los brazos de diferentes caballeros, ni siquiera porque el marqués de Crawford parecía haberse marcado un propio reto acerca de la cantidad de mujeres a las que acompañar a lo largo de una noche. Mi sentimiento era provocado por algo más simple. No había llegado a bailar ni una sola vez, algo que después de mis últimas veladas en compañía del marqués se había convertido en un dulce entretenimiento.

Inhalé aire y lo exhalé profundamente antes de deleitarme en la tarea de colocar las faldas de mi vestido de seda aguamarina de forma vaporosa a mi alrededor.

—¿Te diviertes? —preguntó la figura del marqués haciendo acto de presencia en la sala.

—Al parecer no tanto como tú —escupí irritada.

—¿Qué ocurre, Lillian —susurró para no ser escuchado por nadie a nuestro alrededor—, estás celosa?

Con dedos ágiles acarició mi nuca. Un escalofrío me recorrió desde la cabeza hasta los dedos de los pies.

Necesité unos segundos para conseguir olvidarme de su roce y responder de la mejor forma que sabía para disimular lo que en mi interior bullía, mostrando mi más absoluta indiferencia.

—¿Celosa, yo? ¡Oh, por favor! Jamás he sentido celos por nadie y, desde luego, no los iba a sentir por ti. Parece que tienes una extraña fijación por despertar celos en las damas.

—Solo los tuyos —admitió saliendo de su escondite y sentándose justo a mi lado tratando de que nuestras piernas se rozasen.

No me detuve en llamarle la atención por ese hecho. Alcé la mirada hacia el lugar donde se encontraba mi hermano, que por suerte no había reparado en mi reciente compañero.

—Será mejor que te alejes si no deseas que mi hermano acabe estrangulándote por defender mi honor.

Su sonrisa se curvó divertida.

—¿Él te ha dicho eso?

—No de esa forma literal, pero soy muy capaz de leer su mente.

—¿Ahora resulta que eres una bruja?

—Puedo llegar a serlo si me contrarías.

No lo miré, aunque le escuché emitir un sonido divertido.

—¡Vaya! Entonces tengo que ir con pies de plomo por si acaso.

—Deberías hacer lo que te digo —le advertí sin dejar de prestar atención a mi hermano—. Harry te aprecia, aunque no tanto como podrías esperar si pones en riesgo la reputación de su hermanita.

—En ese caso... —se alejó al otro extremo del asiento—. Le tengo demasiada estima a mi cuello para perderlo por algo tan sumamente inocente como una charla.

—¿Considerarías perderlo por algo más... comprometedor?

—¿Cuánto de comprometedor? —Alzó una ceja divertido.

—Eres incorregible —le advertí con una sonrisa sin perder de vista a mi hermano, que en aquel momento había girado la cabeza hacia mi posición.

Levanté una mano para saludarle con falsa amabilidad. Él me devolvió el gesto y siguió con su conversación.

—Si no estás celosa, ¿por qué estás tan enfadada? —quiso saber mi acompañante.

—Quizás tú puedas adivinarlo —inquirí sin apartar la mirada de las parejas que bailaban en medio del salón dando vueltas, deseando formar parte de ellas.

De soslayo advertí cómo se encogía de hombros y cruzaba una pierna despreocupado por encima de su muslo.

—Creo recordar que mis teorías suelen no gustarte. Prefiero esperar a que tú me des una respuesta mucho más lógica.

—Bueno, pues..., te confesaré que por primera vez no tengo ninguna.

—¿Por qué no aceptas de una vez que estás celosa cuando incluso tú misma eres capaz de reconocerlo?

¿Sería cierto lo que él confirmaba con tanta determinación? ¿Realmente me molestaba que le dedicara toda su atención a unas mujeres que se arrastraban por pasar unos minutos entre sus brazos, que bailara con ellas o

que flirteara sin importarle que yo pudiera ser testigo? No quería sentirme celosa. No podía permitírmelo.

—Porque eso solo favorecería al aumento de tu ego, y no seré yo quien colabore en ello —decreté con los ojos entrecerrados y las manos entrelazadas con fuerza.

—Ya has admitido que estás celosa, ¿ves cómo no era tan difícil?

—Oh, no creo haber admitido tal cosa —aclaré volviendo la mirada hacia él aun a riesgo de que mi hermano me pillara conversando con alguien y se decidiera a acercarse a descubrirlo—. Solo he dicho que...

—¡Claro que lo has hecho! Solo que eres demasiado orgullosa para admitirlo —me interrumpió esbozando una sonrisa que le ocupó todo el rostro.

«Maldito arrogante», gruñí internamente.

Entrecerré los ojos dedicándole una mirada desdeñosa.

—No voy a admitir que me siento celosa de que bailes con otras mujeres. Y si fuera así, ¿qué pasaría?

Crawford comenzó a reír fuertemente atrayendo la atención de un grupo de personas que se hallaban cerca.

Molesta, me crucé de brazos y tensé la mandíbula volviendo mi atención hacia la pista de baile. La ira me embargaba.

—Te vuelves completamente irresistible cuando te enfadas de este modo —alargó su mano y, extendiéndola sobre el respaldo del asiento, acarició mis rizos sueltos sobre mi hombro.

—No estoy enfadada —le imité.

—Siento ser yo quien te diga que lo disimulas muy mal.

Apreté los dientes con fuerza temiendo romperlos de un momento a otro. Crawford resultaba ser de lo más irritante. ¡Cómo ansiaba golpearlo duramente en el pecho y gritarle una sarta de palabras completamente indecentes!

—¿Por qué no te vas a bailar con otra de esas jóvenes que se mueren por un poco de tu atención?

—Porque con la única mujer que de verdad me apetece hacerlo lo tiene prohibido.

El fuerte impulso de golpearlo se fue desvaneciendo hasta pasar a convertirse en unas ansias de abalanzarme hacia sus brazos y besarlo con ardor.

¿Por qué? ¿Por qué Alex tenía ese poder sobre mí? ¿Por qué maldita razón con una sola palabra podía provocarme sentimientos completamente opuestos en menos de un minuto?

—No me gusta saberte enfadada conmigo. Ya he descubierto que puedes llegar a sentirte celosa por mí, era todo lo que necesitaba saber. Dime qué puedo hacer para resarcirte.

Lo miré asombrada ante su confesión.

—¿Lo has hecho a propósito?

—Solo quería asegurarme de que no me engañas cuando dices que te sientes atraída por mí —aseguró restándole importancia a su acción.

Agarré con fuerza mi falda. ¿Cómo había sido tan tonta de caer en su trampa?

—¿Lillian? —me llamó.

No respondí, apoyé el codo sobre el regazo del diván y resoplé observando a un grupo de jóvenes dirigir su mirada hacia Alex al tiempo que emitían risitas y cotilleos.

Una idea me asaltó, quizás sería excesiva, pero no debía olvidar la clase de humillación a la que me había sometido con su estúpida prueba. Y si él aceptaba mi proposición no solo me resultaría muy satisfactorio, sino que me devolvería la alegría que aquella noche parecía desear arrebatarme por todos los flancos.

Tenía que arriesgarme e intentarlo.

—¿Por qué esas mujeres no dejan de mirarte con descaro? —pregunté, toda inocencia.

—Supongo que esperan a que las invite a bailar.

—No lo harás —asegué determinante.

—Ah, ¿no? —preguntó desorientado.

—No, ni con ellas ni con ninguna otra mujer —aclaré.

—¿Por qué no debería hacerlo?

Saludé a mi hermano, que había vuelto por unos segundos su atención a mí, y cuando me aseguré de que volvía a sus asuntos me dirigí hacia el marqués.

—Porque quieres mi perdón.

—No puedes pedirme eso, Lillian —se excusó abatido.

—En realidad, ya lo he hecho.

—Sería terriblemente descortés si lo hiciera.

—Si no estás dispuesto a compadecerte de mí y a sacrificar unos bailes y conversaciones, está bien. Nadie te obliga. Ya puedes irte y mantener una encantadora conversación con ellas porque ciertamente la nuestra acaba de concluir —decreté consciente de que lo estaba poniendo en un aprieto.

—No puedes hacerme esto. —Silencio—. ¿Lillian? —Más silencio.

Lo admitía, me sentía celosa, mucho. No me gustaba que Crawford dedicara sus atenciones a otras damas ni tampoco que se mostrara afectuoso con ellas permitiendo los flirteos. Sin embargo, bajo ninguna circunstancia este hecho significaba que estuviera enamorada de él. Quizás todo el tiempo que había pasado en su compañía en los últimos días, aunado a determinadas muestras cariñosas, me confundía.

Me engañaba, quería engañarme para no creer en la más absoluta verdad; indefectiblemente me estaba enamorando de aquel hombre.

La respiración de mi acompañante era acelerada. Tenía las piernas abiertas y las manos entrelazadas apoyando los codos sobre sus rodillas.

—¿Te haría feliz algo así? —inquirió alzando una ceja desconcertado.

—Puede —solté sin llegar a mirarlo.

—¿Y me perdonarías?

—Seguramente.

—Está bien —resopló—. Lo haré. Solo porque quiero que entiendas de una vez que mi trato hacia ti no es equivalente al del resto.

Asentí sin mostrar ninguna expresión satisfactoria a pesar de encontrarme completamente dichosa.

Barrí con la mirada el pasillo, descubriendo a la señorita Sefried y a su madre saliendo del tocador mientras compartían algunas confidencias. El rostro de la más joven se demudó al encontrar al marqués tan alejado de la multitud prácticamente solo.

Desde la distancia pude leer claramente sus intenciones.

—Alégrate. Podrás poner en práctica tu promesa de inmediato.

Alzó la cabeza poniéndose en alerta.

—La señorita Sefried, no —lo oí mascullar.

Una sonrisa salió juguetona de mis labios.

La señorita Sefried era bonita, de cabellos rubios, ojos claros y tez blanca. Para mi gusto estaba demasiado huesuda y sus pómulos espolvoreados eran lo que más resaltaban en su rostro. Su madre, lady

Sefried, era idéntica a ella, salvo por el hecho de que había que añadirle unas cuantas décadas y libras de más.

Ambas caminaron por el pasillo con altivez y prestancia moviendo sus faldas con el vaivén de sus caderas. Con un mal disimulo fingieron encontrarse con Alex, a quien asaltaron de inmediato.

—¡Oh! Buenas noches, milord. No nos habíamos percatado de su presencia. ¿Qué tal se encuentra?

Crawford alzó la cabeza y se puso en pie.

—Buenas noches, señoras. Si me disculpan, estaba a punto de ir en busca de alguien. Espero que disfruten de una agradable velada.

Y antes de permitirles hablar realizó una ligera venia y se alejó.

Las dos mujeres se quedaron atónitas y yo tuve que morderme el labio para reprimir una estrepitosa carcajada.

Acto seguido miraron a su alrededor, asegurándose de que nadie hubiera visto aquella ignominia y repararon en mí desconcertadas.

—Desde luego ha sido de lo más grosero —espetó la madre.

—La verdad es que me ha parecido muy ocupado a lo largo de la noche —dictaminé.

—No parecía muy *ocupado* cuando hablaba con usted hace unos segundos —escupió la señorita Sefried.

—Ciertamente está confundida, señorita Sefried. Apenas he cruzado más de una palabra con él —aseguré frunciendo los labios.

—A pesar de ello me ha parecido muy descortés. No se puede dejar con la palabra en la boca a una dama —comentó la madre sofocada.

—Ya saben cómo son los hombres. Se creen con el derecho de hacer con una noble mujer lo que desean.

Mis palabras sorprendieron a lady Sefried que, temerosa de que siguiera hablando de forma indecorosa, agarró a su hija fuertemente de la muñeca y tiró de ella.

—Vamos, Adele. Bailarás con otro caballero.

—Pero yo quería hacerlo con Crawford —refunfuñó la hija corriendo tras las faldas de su madre.

Se alejaron, arrebatándome el placer de escuchar su discusión. No pude evitar comenzar a reírme fuertemente tras ellas.

—Me alegra que te diviertas a mi costa —dijo Alex saliendo por segunda vez de su escondite.

—Eso ha sido muy divertido. Debes reconocerlo —aseguré.

—Sí, y tú has sido de lo más elocuente para cubrirme.

Como respuesta sonreí batiendo las pestañas.

—¿Hasta cuánto tendré que estar así fingiendo que estoy *muy ocupado*?

—preguntó con las manos en las caderas.

Postura que me resultó de lo más atractiva.

—Supongo que toda la noche. —Me encogí de hombros—. Eres lo más parecido a la diversión que tengo.

—¡Vaya! Ahora resulta que soy tu payaso de circo —farfulló—. En realidad, me siento como un estúpido. No sé por qué siempre acabo satisfaciendo todos tus deseos.

—Quizás porque soy tan irresistible que no puedes negarme nada o... puede que solo desees gustarme —solté sin pensar.

En ese preciso instante me mordí el labio maldiciéndome por haber pronunciado en voz alta aquellas palabras.

—¿Crees que estoy enamorado de ti? —preguntó tan sorprendido como yo lo estaba por mi afirmación.

—No he dicho eso.

—Es lo que has dado a entender —reconoció.

—No, solo he dicho que desees gustarme, algo que no me extraña. Soy la mejor compañía de entre todas estas damas, exceptuando a Amelia, por supuesto.

—¡Vaya! Al parecer no eres nada modesta. Por si no lo sabes, las flores están bien en el campo.

—Sí, y a mí me encantan —sonreí.

—Lillian, te aseguro que no voy a hacer siempre lo que tú desees para complacerte.

—Espero impaciente el día en que te niegues a algo —le advertí cínicamente.

Me fulminó con la mirada y estuvo a punto de decir algo cuando lord Rivers apareció en escena con unas copas de más.

—¡Crawford! —Lanzó sus brazos alrededor de Alex—. Te buscaba. Tienes que venir a conocer a unas amigas que... ¡Oh, lady Abernathy! No me había percatado de su adorable presencia, disculpe.

Me puse en pie.

—No hay nada que disculpar, lord Rivers.

Lord Landon Rivers, el vizconde depravado. Todos conocían sus correrías, lo mucho que le gustaba la bebida, el juego de azar y las mujeres. A pesar de no encontrarse en lo más alto de la escala social, no se avergonzaba de sus hazañas ni se ocultaba de ellas. No era de extrañar que Alex lo conociera tan bien dado su largo historial.

—Solo he venido a buscar a Crawford, quiero presentarle a unas primas.

—En realidad, creo que no es buen momento para...

—¡Tonterías! Están deseando conocerte. Están justo ahí —señaló hacia un lado de la sala en el que dos señoritas de dudosa reputación saludaban enérgicamente hacia los hombres.

—Te lo agradezco, Rivers, mejor otro día. —Entrecerré los ojos y le dediqué una interrogativa mirada—. O quizás no es buena idea conocerlas. Nunca.

—Te van a encantar. Ven conmigo. ¿Le importa que le prive de su compañía, lady Abernathy?

—Todo suyo —declaré alargando la mano y echándome a un lado para que no pisara mi vestido de fiesta.

Alex me lanzó una mirada reprobatoria. No tuvo tiempo de reprocharme nada pues de inmediato fue dirigido por Rivers hacia el interior del salón.

Sonreí abiertamente.

—Diviértete —le dije moviendo los labios exageradamente para que pudiera leerlos.

Riendo fuertemente me senté de nuevo en el diván.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Amelia apareciendo en escena.

—¡Vaya! ¡Por fin, la señorita Haymore me honra con su adorada presencia!

Amelia puso los brazos en jarras y alzó una ceja.

—No has contestado a mi pregunta.

Sin apartar la mirada de Crawford, lord Rivers y las dos muchachas que los acompañaban, di un golpecito en el asiento libre a mi lado.

—Siéntate y te lo contaré todo.

En pocas palabras relaté a mi prima lo que había acontecido sin pestañear ni un segundo por miedo a perder cualquier escena que aconteciera en aquel grupo. No lograba adivinar de qué hablaban esos cuatro, aunque sí lograba discernir que Crawford no abría la boca y tenía la mirada perdida detrás de las chicas mientras estas se deshacían en halagos y lo tocaban con descaro.

He de reconocer que me sentí complacida. Era tan divertido ver a Crawford en aquella situación.

—Lillian..., creo que deberías dejarlo.

—¿Por qué? ¿Ahora? Míralo, Amelia, lo tengo embrujado —señalé.

Amelia asintió.

—Tengo la sensación de que comienzas a sentir algo por él.

Mis ojos se desorbitaron.

—¿De qué hablas? ¡Claro que no! Solo estoy interpretando un papel, nada más.

—Ya he visto que hace lo que quieres, para mí es más que suficiente para comprobar que has conseguido tu propósito. Te daré mis vestidos, la apuesta queda zanjada.

—De ninguna manera. Aún me queda mucho por hacer —admití segura de mis palabras.

La apuesta no podía acabar, era lo único que me ataba a él.

—Lillian. En serio, yo...

Sus palabras se desvanecieron en el aire cuando Stinton, a quien no había visto en toda la noche, llegó apresurado y con una expresión desencajada hasta nosotras.

—Lady Haymore, lady Abernathy —nos nombró fatigado.

—¿Se encuentra bien, señor Stinton? —pregunté.

—Su madre, su tía, se ha desmayado.

—¿Mamá? ¿Dónde está?

Amelia se puso en pie alarmada.

—Lord Abernathy la ha llevado a la biblioteca. Le han dado unas sales y un poco de agua y parece que se encuentra mejor. El vizconde me ha pedido que las avise y las acompañe. También he solicitado su carruaje.

—Quiero verla —dijo Amelia preocupada.

—Sí, por supuesto, milady.

—Iré a recoger nuestras pertenencias. Gracias, señor Stinton.

Toqué su brazo como forma de agradecimiento y me dedicó una dulce mirada.

—No hay nada que agradecer, lady Abernathy.

Salí corriendo en busca de cualquier lacayo que pudiera ayudarme a encontrar nuestros abrigo. Mi mente se mantenía en tal estado que ni por

un segundo pensé en el marqués. Lo que sucediera entre aquel cuarteto tras mi partida supuse que nunca llegaría a saberlo.

OceanofPDF.com

Capítulo 22

UNA ESPERA PASADA POR AGUA

Tía Mary se mantenía en un estado total de reposo. A pesar de que su férrea voluntad la animaba a levantarse y seguir dando órdenes por toda la casa, ni Harry ni Amelia ni yo permitíamos que realizara el más mínimo movimiento. Esto había supuesto subir las escaleras al menos veinte veces al día por parte de todos los miembros que habitábamos el hogar para atender sus necesidades.

La incesante campanita que, de forma muy poco afortunada Harry le había cedido, se clavaba en nuestros tímpanos pasado el mediodía.

—Por favor, que alguien le arrebatase ese artilugio —murmuraba cada vez que el incesante tintineo viajaba por el aire.

El doctor había asegurado que su desmayo podía ser consecuencia de una bajada de tensión provocada por el calor sofocante del ambiente y un corsé apretado. Lejos de proponerse una solución eficiente y sencilla, conllevó a una difícil y reñida confrontación entre Amelia, que alegaba la falta de necesidad de una mujer madura a llevar ceñidos corsés, y la tía Mary, quien se tomó como una ofensa personal aquella opinión por considerarse tildada de «vejestorio inservible».

La discusión no llegó a buen término y, aunque estuve tentada de intervenir, no me atreví. Ni siquiera lo hizo Harry, máxima autoridad en Middleton House, que temió por su integridad al contradecir a tía Mary en sus momentos álgidos de enojo.

Por desgracia, aquella tarde había frustrado todos mis planes de salir a pasear por Hyde Park. Unas espantosas e irregulares nubes oscuras amenazaban con fuertes lluvias y algún que otro relámpago. El cielo era de

color gris plomizo y en la calle apenas se atisbaba a algún atrevido que se arriesgaba a salir con aquel inminente aguacero.

Tía Mary había sucumbido al más profundo sueño, después de diez minutos de incesante tintineo para que alguien le acomodara la almohada y le llevara otra tetera. Harry, encerrado en su despacho, se encargaba de poner al día los asuntos de la mansión, y Amelia y yo por fin descansábamos en el salón con el servicio de té recién servido.

Mastiqué con cuidado una de las deliciosas galletas de mantequilla cuando el mayordomo se adentró en la estancia anunciando la llegada de un inesperado invitado.

—¿Quién puede venir de visita en un día como hoy? —inquirió Amelia alzando una de sus perfectas cejas rubias.

Me encogí de hombros.

—El marqués de Crawford —anunció Miles—. Al parecer necesita ver a lady Abernathy.

—¿Alex? —exclamé en voz alta presa del asombro.

¿Qué diablos pretendía viniendo a mi casa sin ser invitado? Cualquiera podía verlo y, si Harry llegaba a enterarse, un duelo sería el mínimo castigo que le depararía.

Me mordí el labio inferior pensativa intentando decidir mi siguiente movimiento.

—¿Desde cuándo lo llamas por su nombre de pila? —quiso saber Amelia enarcando una ceja.

Fingí no escucharla y me dirigí hacia el mayordomo.

—¿Lo ha hecho pasar?

—Bueno —carraspeó—, en realidad no creí apropiado que debiera entrar. Sé que es un marqués, pero, como ni el señor Middleton ni la señora Haymore se encuentran disponibles en estos momentos para recibirle, le pedí que esperara fuera.

—Excelente trabajo, Miles. —El rostro del mayordomo se trasmutó—. Dígale que en estos momentos nadie puede recibirlo.

El mayordomo asintió y, sin mediar palabra, se dirigió a transmitir el mensaje.

Impasible tomé la taza y di un largo trago al cálido y reconfortante té. Amelia me miraba circunspecta, con el ceño fruncido y los labios formando una línea recta de lo más exasperante.

—No me mires así —le pedí dejando la taza sobre el platillo—. Yo no le pedí que viniera.

—Y aun así estás encantada —comentó mordaz.

—Te mentiría si dijera lo contrario. Eso indica que mi plan está resultando un éxito.

Amelia no tuvo tiempo de rebatir, pues Miles apareció de nuevo por la puerta. La forma que adoptó su cuerpo y su expresión me comunicó que estaba nervioso.

—Disculpe de nuevo, lady Abernathy. El marqués es de lo más insistente y me ha asegurado que no se irá hasta que se reúna con usted.

—Dígale que mi hermano y mi tía se encuentran indispuestos y no es conveniente que dos jóvenes solteras lo reciban sin carabina.

—Ya se lo he dicho, señorita, e insiste en verla. Dijo que..., si quería que se fuese, debía ser usted quien se lo exigiera.

—Muy bien, en ese caso que espere.

Tanto el rostro de Miles como el de Amelia se mostraron disconformes y extrañados.

—Señorita, ¿va a hacer esperar al marqués en la calle?

—Así es —admití tranquilamente como si mi orden fuese de lo más usual—. Es lo que él quiere, ¿no?

—Lillian, de un momento a otro caerá una terrible tormenta —me indicó Amelia—. ¿No sería mejor que salieras tú a pedirle que se marchara?

—No, ya le he transmitido mi deseo por medio de Miles, si no quiere aceptarlo es cosa suya.

El anciano mayordomo asintió y salió hacia la entrada para cumplir mis órdenes. Aquella era una buena cualidad de Miles, nunca intentaba averiguar nada ni discutía cualquier decisión por descabellada que fuera.

—Lillian, ¿qué planeas? —indagó Amelia cuando el mayordomo hubo desaparecido.

—Nada —advertí sorbiendo un poquito de té de mi taza.

—Lillian... —Su voz denotaba una clara advertencia.

¿Por qué todos insistían en hacerme sentir culpable últimamente?

—No pienses que voy a sentirme mal por ello. Yo no lo he invitado a venir, él ha tomado la decisión libremente. Además, no voy a permitir que me condicione. Si quiere quedarse ahí el resto del día es por propia voluntad.

Amelia me miró de soslayo sin entender muy bien cuál era mi juego, pero no me hizo partícipe de sus pensamientos. Enmudeció y siguió bebiendo té con elegancia.

Me alegré de que no lo hubiera hecho, ni siquiera yo conocía mis pretensiones al alejar a Crawford de aquel modo. Una parte de mí me instaba a correr hacia la entrada, abrir la puerta, asegurarme de que nadie nos viera, besarnos y pedirle que se fuera para no ser víctimas del escándalo. Sin embargo, otra ínfima parte me animaba a seguir con mi juego; descubrir hasta dónde estaba dispuesto a llegar por mí.

Me sentía confusa. No podía manejar a Crawford a mi antojo y mi implicación en aquel momento no favorecía un pensamiento frívolo y objetivo. ¿Qué debía hacer con él?

Mientras cavilaba en mi fuero interno, las manecillas del reloj se iban sucediendo con paso lento y continuo.

Discretamente, Amelia no podía evitar asomarse de vez en cuando por la ventana y detallarme cada movimiento que sucediera en el exterior.

—Ha empezado a llover fuerte. ¿Lo hago pasar? —preguntó con las cortinas en la mano.

—Ni se te ocurra. Y cierra antes de que te vea —le aconsejé con una clara advertencia.

Amelia me obedeció y volvió a ocupar su asiento en la butaca azul de brazos dorados.

—Me siento apenada por él. Se encuentra debajo del porche, con el cuello del abrigo subido hasta arriba y las manos en los bolsillos. Se estará mojando y puede pillar un resfriado.

Bebí un trago de mi segundo té caliente.

—Tranquila, es solo un pequeño aguacero. No le pasará nada, el marqués goza de buena salud.

Y, para sellar mi dictamen, un terrible trueno pareció romper el cielo.

Amelia escrutó el exterior.

La lluvia caía con mayor intensidad y la tormenta se acercaba a gran velocidad.

—¿Sigue ahí? —pregunté sorprendida ante la persistencia de Crawford.

—Me temo que sí. Deberíamos dejarlo entrar. No es de buen cristiano dejarlo ahí fuera.

—Tienes razón. A pesar de ello me arriesgo a condenarme al infierno si esto consigue darle una lección.

No podía comprender qué llevaba a Alex a permanecer ahí fuera bajo la torrencial tempestad solo por verme. ¿Significaba eso que lo había logrado? ¿Lo tenía por fin en mis manos? No era corriente que un hombre esperara a una dama bajo un fuerte aguacero durante más de media hora solo para verla, a no ser que quisiera conseguir algo a cambio.

¿Se habría enamorado de mí? Un ligero cosquilleo subió por mi estómago y me mordí el labio para reprimir una tonta sonrisa de emoción. ¿Qué me sucedía? ¿Por qué reaccionaba de aquel modo al pensar en Alex enamorado de mí? Yo no podía estar enamorada de él, ¿verdad? El marqués era todo lo que yo detestaba de los hombres; un ser de lo más desquiciante, altanero, engreído, prepotente y mil y un adjetivos más, sin embargo, no podía llegar a imaginar cómo había sido mi vida antes de conocerlo y, lo que más me preocupaba, ¿qué sería de mí una vez que la apuesta se acabara?

La aldaba de la puerta resonó contra la madera sacándome de mis pensamientos.

Miré a Amelia, que se encogió de hombros.

—Habrá decidido marcharse —dijo.

Miles apareció en el salón.

—Señorita Abernathy, el marqués pregunta si piensa dejarlo en la calle toda la tarde, al parecer comienza a congelarse. ¿Qué le respondo?

Limpiando mis labios con ligeros golpes de servilleta dejé la taza de té sobre la mesa y me puse en pie.

—Tranquilo, Miles. Ya voy yo.

—¿Vas a salir? —quiso saber mi prima intrigada.

—Sí, y ni se te ocurra asomar tu brillante cabezota —le advertí mientras caminaba hacia la puerta alisando las faldas de mi vestido.

—¡Eh! No tengo la cabeza grande —gruñó detrás de mí.

Me aclaré la garganta, sujeté fuerte mi cabello con las horquillas ante el espejo del recibidor y abrí la puerta con una sonrisa.

Al escuchar el sonido, el marqués giró sobre sí mismo y las pupilas de sus oscuros ojos se dilataron fundiéndose con el negro de su iris cuando me vio.

—Lillian —habló con voz ronca y una sonrisa cínica. —Creí que me dejarías morir en tu puerta.

El cabello húmedo le caía sobre la frente. Tenía el cuello de su abrigo gris subido cubriéndole las mejillas, las manos en los bolsillos y el cuerpo encogido.

Realmente me sentía mal al verlo en tal estado, aunque en el fondo de mi ser no podía menos que sentirme agradecida y entusiasmada de que hubiera esperado más de veinte minutos bajo esa tormentosa lluvia solo por mí. Era tan testarudo como yo, y en sus ojos encontré el deseo que lo inundaba. En aquel momento sentía una emoción inmensa y un deseo irrefrenable de abrazarlo fuertemente y prometerle que nunca más le haría pasar nada parecido.

—Debí haberlo hecho. Te pedí que te fueras.

—Necesitaba verte —aclaró en un susurro.

Puse los ojos en blanco.

—¡Cuán melodramático haces que parezca todo! Adelante, pasa —le invité resignada haciéndome a un lado.

—Te lo agradezco.

Se adentró en la casa y esperó en la recepción. A pesar de estar semiempapado seguía luciendo ese carácter cínico que lo caracterizaba.

—Eres de lo más persistente.

—Y tú de lo más vengativa.

—Te pedí por medio de Miles que te fueras.

—Y yo te dije por el mismo medio que solo lo haría si me echabas.

—Y he aquí la consecuencia —le indiqué señalándole.

—No me importa. Si me muero, mi fantasma tendrá a alguien a quien torturar.

—¡Vaya! De modo que ni siquiera bajo tierra me dejarías de importunar. En ese caso creo que prefiero verte entre los mortales. Será mejor que pases y te calientes con un té.

Le di la espalda, dispuesta a cruzar el umbral y dirigirme hacia la cocina en busca de Miles para pedirle una nueva tetera. No era aquello lo que tenía planeado, pero las palabras de Amelia sobre las buenas personas se habían quedado clavadas en mí.

—¿Así de sencillo? —increpó.

—¿Qué quieres decir?

—¿Para conseguir lo que quiero solo tengo que arriesgarme a coger una pulmonía?

Su comentario, que parecía ser tan solo una idea provocadora, crispó mi buena educación.

—Tienes razón. No debería satisfacerte tan rápido. Al fin y al cabo, tampoco es que hayas realizado ninguna hazaña por mí. Si te encuentras en esta situación ha sido por tus propios méritos. Le pediré a Miles que llame al cochero. Imagino que no has traído el tuyo.

—La verdad es que no —comentó dubitativo.

—Bien, en ese caso...

Caminé con paso seguro, abrí una de las puertas que llevaba al salón de los empleados cuando Miles apareció como si hubiera sido invocado.

Le pedí que avisara al cochero y preparara los caballos para acercar al marqués a su casa. Solícito, el mayordomo se prestó a traer una toalla y una taza de té para el invitado. Solo acepté al primer ofrecimiento alegando que dejaría inservible la alfombra si seguía dejando caer el agua de esa forma.

Al volver a reunirme con Crawford, lo encontré con el abrigo en la mano y el cabello despeinado bajo el poder de sus dedos.

—El carruaje llegará en un momento y Miles te traerá una toalla. Es todo lo que puedo hacer por ti. Solo me queda rezar para que no mueras.

Alzó una ceja y, curvando ligeramente la comisura de sus labios, dijo:

—No me depara un futuro muy prometedor según tus predicciones, ¿no te parece?

—No si no te secas como es debido. No queremos que te mueras, ¿verdad?

—Ciertamente yo soy el menos interesado en ello.

Reí sin pensarlo, y al hacerlo me sorprendí de mí misma. Alex me devolvió el gesto. En ese momento sentí un pequeño e incierto sentimiento de compenetración que me erizó el vello de la nuca.

—Será mejor que te deje. No es conveniente que nos encontremos solos. Seguro que ya has dado demasiado de que hablar al estar plantado en la puerta de mi casa por tanto tiempo —auguré nerviosa.

—No sería la primera vez que nos quedamos a solas —susurró pícaro.

—¡Alex! —le reñí.

Él se encogió de hombros.

—Nos veremos pronto —le comuniqué antes de pasar por su lado directa hacia el salón en donde mi prima me acribillaría a preguntas.

—Lillian, espera. —Sujetó mi mano con descaro, obligándome a detenerme—. Realmente necesitaba verte.

Me volví hacia él, sus ojos brillaban.

—¿Por qué?

—Debo saber si sigues enfadada conmigo. Cuando volví al sofá y no te encontré, sentí... —enmudeció—. He pensado en escribirte, pero temía que tu hermano encontrara las cartas.

—¿Y pensabas que era más apropiado venir? —Alcé una ceja inquisitiva.

—Siempre podía poner la excusa de pasar a saludar a mi querido amigo. Cabeceé negativamente.

—Eres incorregible. Mi tía se desmayó —le expliqué.

—Confío en que esté mejor.

Lancé una furtiva mirada hacia lo alto de las escaleras.

—Diría que sí.

Miles interrumpió el encuentro aportando una toalla que ofreció al marqués con especial atención. Crawford soltó mi mano y yo sentí cómo mis dedos se enfriaban ante la ausencia de su contacto.

El mayordomo tomó su abrigo y se lo arrebató asegurándole que lo secaría todo lo que pudiera mientras el cochero terminaba de preparar el carruaje. Alex insistió en que no era necesario. Sin embargo, Miles no le hizo el menor caso y desapareció de nuevo con la prenda entre las manos.

—Debo irme —aseguré—. Harry está en su despacho, puede salir en cualquier momento. Tendrás una mejor excusa si no nos encuentra a solas en la entrada de su casa.

—Deseo besarte —murmuró ignorando mi comentario.

Mi espalda se irguió. Su sinceridad respecto a ciertos temas era algo a lo que todavía no me había acostumbrado.

—¿Estás loco? —Me alejé temiendo ser atacada.

—No he esperado bajo la lluvia durante media hora para nada, ¿no crees?

—Lo que creo es que la fiebre se está apoderando de ti.

Soltó una carcajada antes de llevarse la toalla a la cabeza y secar sus cabellos con brusquedad.

Lo observé admirada, siguiendo sus movimientos, y deseé ser yo quien jugará con delicadeza cada uno de los mechones de su cabellera.

—¿Crees que así tengo menos riesgo de enfermarme?

Ladeé la cabeza divertida.

Miles apareció de inmediato anunciando que el coche ya estaba a disposición del marqués. Le arrebató la toalla y le ayudó a colocarse el abrigo de forma solícita antes de abrir la puerta y sacar el paraguas con el que lo esperó en la entrada.

—Gracias por su solidaridad, aunque fuese tardía, lady Abernathy.

—No quiero que su desgracia quede en mi conciencia —alegué.

Se acercó para besar mi mano desnuda y en un susurro preguntó:

—Entonces, ¿no sigues enfadada?

—Creo que no —admití.

—Al menos moriré tranquilo.

Satisfecho, acarició con delicadeza mis nudillos y desapareció en la estridente tempestad bajo el abrigo del paraguas sujetado por Miles.

Contemplé su figura desaparecer entre la nubosidad del ambiente y solo me permití suspirar cuando el mayordomo cerró la puerta.

—Miles, gracias por sus servicios. Por favor, procure que cuando regrese Peter tenga ropa limpia y seca y una taza de té disponible. No queremos que él también se muera.

—Así se hará, milady.

Cuando me quedé a solas me permití desplomarme sobre la pared.

Aún me sentía aturdida y totalmente desconcertada. ¿Qué acababa de suceder? ¿Por qué al mirarlo directamente a los ojos había llegado a sentir esa complicidad? ¿Por qué había perdido el control de mí misma ante sus palabras? Me sorprendí retorciendo nerviosamente la falda con mis manos.

No sabía si le había dado la lección que merecía, mas si algo había descubierto era que la salud del aquel libertino me importaba más de lo que creía.

Atrasando el interrogatorio que me esperaba, corrí hacia mi cuarto subiendo las escaleras de dos en dos.

Cerré la puerta tras de mí y me senté en el escritorio.

Abrí el cofre donde guardaba unas tarjetas de grueso papel y le eché unas pocas gotas de mi perfume. Una vez seco, me concentré en lo que iba a escribir.

Finalmente, y tras varios minutos de dudas decidí escribir con buena caligrafía y muy lentamente las siguientes líneas:

Para una dulce recuperación.

Por favor, no te mueras. No me lo perdonaría.

Lillian A.

Metí la tarjeta en un sobre y lo cerré. Agarré unas monedas del primer cajón y me puse en pie. Lo escondí en mi escote mientras bajaba las escaleras muy despacio para no ser descubierta. Me aseguré de que Amelia no se hubiera movido de su sitio y, rodeando la casa, busqué a Peter, que acababa de llegar de su misión. Llamé al hombre, que a pesar de su edad aún conservaba su cabello negro peinado hacia atrás en un tupé, confiriéndole un aspecto más juvenil.

Le entregué la tarjeta y le indiqué que cuando la lluvia amainara se acercara a la pastelería, comprara una caja de bombones y se la llevara a la casa del marqués esa misma tarde. Insistí en que no se marchara hasta que se asegurara de que él la había recibido. Todo, evidentemente, debía quedar en una absoluta confidencialidad que quedó sellada con unas cuantas monedas extras que le entregué junto al dinero para los bombones.

Peter no preguntó, ni siquiera puso objeción a nada. Se limitó a asentir, tomó el dinero y la tarjeta que guardó en el bolsillo interno de su librea y me aseguró que no tenía de qué preocuparme.

La noche llegó y yo no había recibido contestación o nota de agradecimiento. Ninguna señal por parte de Alex. Lo que me llevó a pensar que muy posiblemente Peter no hubiera hecho correctamente el encargo, o que Alex se sentía tan mal que no había podido siquiera responderme.

Me removí una vez más sobre el colchón sin poder dormir ante aquel pensamiento. ¿Podría haber acabado con la salud del marqués? ¿Y si por mi culpa caía enfermo y moría? Jamás me perdonaría aquello.

Con la cabeza embotada, asustada y preocupada me senté sobre la cama.

«¡Debes pensar antes de actuar, Lillian!», me recriminé por ser tan impulsiva.

Miré por la ventana. No llovía, al menos por el momento, aunque el tiempo no había dado tregua y había dejado caer sus lágrimas durante todo el día y prácticamente toda la noche.

Haciendo poco caso de mis propios consejos, me puse en pie sin pensarlo demasiado, abrí mi armario y escogí un vestido negro de terciopelo, escote

bajo y mangas francesas con lazo de raso en la cintura. Me puse las botas, peiné mi cabello en un moño bajo con unas cuantas horquillas y me puse la capa sobre los hombros.

Necesitaba saber si el marqués se encontraba bien o de lo contrario, y que Dios no lo quisiera, se lo había llevado al abismo de la muerte.

OceanofPDF.com

Capítulo 23

UNA NOCHE UN TANTO ESCANDALOSA, FALTA DE RAZÓN Y COMPLETAMENTE EMOCIONAL

En cuanto el carruaje se detuvo y le proporcioné a su cochero las merecidas monedas por su servicio, corrí directamente hacia el lateral de la mansión. La ventana se encontraba, al igual que la ocasión anterior, entreabierta. De modo que repetí el mismo proceso, aunque aleccionada por la caída, fui con más cautela.

Sentada en el alféizar contemplé el destrozo que la pesada piedra había ocasionado con su desplazamiento sobre el preciado césped del mayordomo de Crawford. Tendría que hacer algo para compensarle, me anoté mentalmente.

De un saltó me adentré en la ya conocida estancia, esperé a que mis ojos se adaptaran a la oscuridad y me deslicé entre los muebles hasta salir al pasillo y esconderme bajo el hueco de las escaleras. Temía que, a pesar de mis sutiles y silenciosos movimientos, el mayordomo tuviera un sexto sentido y bajara en busca de un ladrón.

Si me encontraba tendría que dar muchas explicaciones que no quería ni sabría responder. De modo que esperé. Y esperé.

No sé cuánto tiempo estuve agazapada en aquel minúsculo hueco. Cuando comprendí que estaba completamente segura salí y me estiré.

Rompiendo el silencio de la noche con mis pisadas y mi entrecortada respiración, subí de forma decidida las escalinatas que me llevarían a los aposentos del marqués.

Al llegar a la primera planta me encontré con un pequeño detalle que suponía un contratiempo y mi mayor frustración: ¿cuál de todas esas

puertas escondía el dormitorio de Crawford?

Me paré en medio del pasillo, intentando imaginar en dónde elegiría refugiarse un marqués cuando aparte de él solo habitaban el hogar unos cuantos sirvientes.

Puse mis brazos en jarras y arrugué la frente mientras reflexionaba y sacaba mis propias deducciones.

Era lógico pensar que Crawford dormiría hasta muy tarde debido a su alta actividad nocturna, por lo tanto, habría elegido una estancia en donde el sol incidiera con sus rayos lo más tarde posible. Si el sol salía por el este y se escondía por el oeste, la habitación de Crawford seguramente se encontraba en el ala izquierda.

Me adentré en aquel oscuro corredor apenas iluminado por la luz de la luna que se colaba entre los espacios de las cortinas.

No me quedaba más opción que abrir las habitaciones una a una en busca del cuarto de Alex. ¿Cuántas estancias podría haber en la casa de un marqués?

Me mordí el labio, dubitativa; esperaba que no muchas.

Con mucho sigilo entré en la primera puerta que encontré. Me costó adaptar mis ojos a la espesa negrura de la estancia. Una vez logrado, atisé un enorme piano en medio de un salón de butacas. Cerré en silencio y me dirigí hacia la siguiente habitación, que para mi desilusión se trataba de un dormitorio completamente vacío.

Fui abriendo todas las habitaciones del largo pasillo, descubriendo secuencialmente que la estancia de Alex se me hacía casi imposible de hallar. Al final atisé, al fondo del corredor, la última puerta que me quedaba por abrir. Con total seguridad, y si mis cálculos no me fallaban, debía ser aquella mi meta.

¡Qué estúpida había sido! ¿Por qué no había pensado antes que a Crawford le gustaría refugiarse en el último rincón de la casa y ser molestado lo menos posible? Desde luego no sería una buena detective.

Tomé aire y, agarrando levemente el pomo de la puerta, lo giré con cautela para asomar la cabeza por el hueco.

Un haz de luz, el olor a leña y el crepitar de una chimenea encendida me dio la bienvenida. ¡Por fin había dado con mi objetivo!

Cerré tras de mí con sigilo e intentando hacer el mínimo ruido avancé hacia el interior del dormitorio analizando a mi paso todos aquellos objetos

que encontraba.

La estancia, decorada con sencillez y austeridad, no ofrecía elaborados adornos y a pesar de eso resultaba completamente acogedora.

Me detuve al pie de la cama y vislumbré el bulto que se escondía bajo las mantas. Me acerqué y aparté la primera capa tan solo unos centímetros, descubriendo así el rostro apacible de Alex.

Sonreí al verlo dormir.

Su rostro era delicado, no parecía fiero, ni arrogante, ni siquiera me intimidaba. Al contrario, me transmitía un extraño sentimiento lleno de ternura.

Alargué la mano y acaricié con delicadeza el mechón de cabello oscuro que caía sobre su ceja.

Mi respiración se volvió entrecortada.

Dormía boca abajo, con las manos escondidas bajo la almohada y el rostro enterrado en su antebrazo.

Aparté la sábana que lo cubrían unos centímetros. Descubrir que se encontraba desnudo me sorprendió más de lo que podía llegar a imaginar, sin embargo, mi curiosidad se despertó. Lentamente acaricié con delicadeza la tersa piel de su espalda, cada uno de sus músculos se marcaban de tal forma que no podía dejar de admirarlos. Aquel hombre era magnífico.

Deslicé mis dedos por su columna vertebral siguiendo con la mirada el recorrido hasta llegar a las caderas.

¿Y si dormía completamente desnudo?

La idea me paralizó, aunque mi atención se mantenía fija en aquel punto, curiosa, expectante. Debía respetar la intimidad de Crawford, a pesar de que moría por descubrir lo que se escondía bajo las sábanas.

—¿Acaso estoy soñando? —resonó su voz ronca.

Di un respingo y solté de inmediato las mantas que parecían quemar mis dedos.

Él comenzó a desperezarse y sentí que era mi obligación decir algo.

—Lo siento, no pretendía inquietarte —declaré sinceramente.

Se sentó en el borde del colchón. El movimiento hizo que las mantas descubrieran lo que tanto me había estado preguntando. Para mi tranquilidad, y gran decepción, llevaba puestos unos calzones.

Suspiré.

Debió de darse cuenta, ya que se dibujó en sus labios una cínica sonrisa.

—Deberías estar agradecida. Normalmente suelo dormir más ligero.

Mis mejillas se enrojecieron, pude sentir un ligero rubor recorriéndolas. Di gracias en mi fuero interno por encontrarnos en medio de la oscuridad.

Su mirada me penetró.

—¿Cómo has entrado? —quiso saber.

Me encogí de hombros.

—Por la ventana de tu despacho.

Soltó un gruñido.

—Decididamente esa ventana no es nada segura. Si tú puedes entrar, cualquier ladrón experto también podría hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté ofendida colocando los brazos en jarras—. Podría convertirme en una ladrona si me lo propusiese.

—¿En serio? ¿Y mirarías también debajo de las sábanas en las camas en donde durmieran hombres?

Lo fulminé con una fiera mirada que él correspondió con una sonora carcajada.

—¿Por qué has venido? —quiso saber suavizando el tono de su voz y tras una larga pausa.

—Quería saber cómo estabas —confesé.

Sus labios se curvaron ligeramente.

Alargó una mano que yo tomé de inmediato y me acercó hasta él animándome a sentarme a su lado.

—¿Por qué ahora? Podrías haberme enviado una carta.

—Te la envié, pero no respondías y estuve toda la tarde angustiada pensando que... podrías estar muriéndote por mi culpa.

Alargó una mano que fue directa hacia mi rostro y acarició con sus nudillos mi mejilla ligeramente.

—¿Y te hubiera afectado mi muerte?

—Sí, creo que tu vida es más valiosa para mí de lo que imagino —confesé en la intimidad del momento.

¿Por qué no había podido soltar algún comentario sarcástico o ingenioso? ¿Por qué solo con el roce de sus dedos mi ingenio se diluía?

—¿Sabes? Tú también eres valiosa para mí.

Y, antes de que pudiera asimilar las palabras que acababa de escuchar, su boca se había posado sobre la mía y buscaba un hueco entre mis labios.

Inmediatamente le permití el acceso y, alargando los brazos, envolví su cuello sintiendo el calor de su cuerpo entre las yemas de mis dedos.

Sus manos tomaron mi cara y descendieron acariciándome hasta debajo de mi barbilla donde soltó la capa que me cubría y permitió que se extendiera por el colchón.

Con la misma destreza, comenzó a deslizar la yema de sus dedos por mi cuello, mi escote y el valle de mis pechos. Sentía un escalofrío recorrer por mi cuerpo allá donde me tocara.

La lengua de Alex jugueteaba con la mía. Mordisqueaba mis labios con dulzura al tiempo que acariciaba cada parte de mi figura; mis pechos redondeados, mi cintura, e incluso se atrevió a bajar hasta mis caderas. Su olor masculino inundó mis fosas nasales y su sabor a menta se impregnó en mis labios.

Con lentitud se inclinó sobre mí animándome a caer hacia atrás terminando por apoyar mi espalda sobre el colchón. Su cuerpo se colocó de forma estratégica sobre el mío, haciéndome sentir aprisionada por su cálido peso y ser plenamente distraída por su rebelde cabello oscuro que caía sobre sus cejas.

No conseguí controlar el impulso de alargar mi mano y apartarle el cabello de la frente, lo que al parecer le sorprendió.

El peso de su cuerpo comenzaba a oprimir mi pecho dejándome sin respiración. Una sensación que me agradaba y hacía nacer un cosquilleo en la boca de mi estómago.

Su boca me invadió por completo, su respiración se agitó y sus dedos inquietos jugueteaban con las mangas de mi vestido, que dejaron desnudos mis hombros en cuestión de segundos. Hombros que habilidosamente acarició con ternura erizándome la piel.

No estaba del todo segura de cuál era la manera en que debía proceder. Nunca me había encontrado en una situación tan íntima como aquella.

Solté mis manos y lo imité acariciando su espalda, sus fuertes hombros y sus cálidos brazos. Estaba a punto de alcanzar su torso cuando me detuve, incapaz de discernir cuán impropio era aquello.

Los gruesos labios de Alex se separaron unos centímetros de los míos exclamando un jadeo al darse cuenta de mi indecisión.

—Lillian, no pares. Por favor —me suplicó con deseo.

Y eso avivó una llama en mi interior.

—¿Deseas que te toque? —Mi voz se entrecortó presa del nerviosismo.

Sabía que significaba aquel acto al que llamaban hacer el amor, y cuál en mayor o menor medida era su mecanismo. No era una muchacha inocente. Sin embargo, el hecho de ser yo la protagonista me hizo entender cuán inexperta podía volverme con un hombre como Crawford.

—¿Cómo puedes preguntarme algo así? Por supuesto que lo deseo. Hazlo, y no te detengas —me pidió.

Me mordí el labio y, animándome por sus palabras, continué con mi recorrido y acaricié sus duros pectorales donde me deleité sintiendo la fuerza de su pecho. Con sigilo deslicé con la yema de mis dedos sus fuertes músculos y su piel cálida hasta alcanzar su abdomen plano.

Él comenzó a mordisquear el lóbulo de mi oreja y a lamer el sensible hueco que llegaba hasta la clavícula. Me estremecí, jamás había sentido nada parecido, deseaba más. De mis labios salió un profundo jadeo, me sentía pletórica.

Le correspondí acariciando con mis labios su hombro, dando ligeros y tímidos besos a sus brazos, su cuello, su mejilla y cualquier parte de él que se pusiera en mi camino.

Alex seguía distraído, mantenía las manos en mis muslos y los labios en mi esternón, cerca de mis pechos. Exhalé mi aliento y eché la cabeza hacia atrás ofreciéndole un mejor acceso. Quería más de él, quería que me diera todo lo que podía darle un hombre a una mujer. Me encontraba lejos de toda razón, lejos de la apuesta e incluso lejos de ser yo misma. Aquella noche un cúmulo de sensaciones me embriagaba y sentía el fuerte impulso de no poder evitar dejarme llevar por el deseo, la lujuria y el placer que me hacía sentir el calor y el peso del cuerpo de Alex sobre el mío. Sus caricias recorriendo mi cuerpo, sus labios en mi piel, su respiración erizándome el vello y su aroma en mi nariz eran toda una delicia.

Me mordí el labio inferior y arañé la parte más baja de su espalda hasta que mis uñas se toparon con la goma de su ropa interior. Un calor abrasador ascendió desde el centro de mi feminidad pidiéndome algo que no sabía cómo satisfacer. Se me antojaba como una ligera humedad que no había experimentado nunca, anhelaba algo, aunque no sabía el qué. Solo necesitaba que sus manos bajaran hasta mi entrepierna y saciara aquel deseo que me recorría hasta las entrañas.

Me aventuré a introducir mis manos bajo aquella prenda agarrando con fuerza sus nalgas, nuestros jadeos fueron en aumento acompañándose en cada respiración. Crawford susurró mi nombre, seguido de algo completamente ininteligible.

Arañé su aterciopelada piel mientras me dejaba llevar y le mordisqueé el hombro. No me importaba tanto lo que él me hacía como el deleite que me provocaba lo que yo le hacía a él. Cada gesto me proporcionaba mucho placer y me hacía sentir nuevas y asombrosas sensaciones.

En aquel momento me había vuelto una aventurera, ansiaba recorrer todo el cuerpo de Alex, saborearlo, conocer lo que era estar íntimamente con él. Deseaba que me hiciera suya, sin importar las consecuencias, quería acabar con lo empezado noches atrás.

Podía notar cómo había crecido un bulto en el interior de sus pantalones que rozaba mis caderas con cada uno de sus movimientos. Instintivamente me deslicé con la firme intención de buscarlo y colocarlo entre mis piernas. Tan solo un suave roce me hizo estremecer desde la punta de mis pies hasta mis pestañas. Aquel cosquilleo que recorría mi cuerpo era insoportablemente delicioso y me hacía ansiar más de forma desesperada.

—Alex... —susurré entre jadeo—. No sé qué necesito, pero tú sí. Dime qué es —le solicité mientras mi cuerpo lo seguía buscando con ansiedad.

—Lillian... Yo... Esto es demasiado intenso.

—Haz lo que sea para detener este anhelo que embriaga todo mi ser, por favor —rogué con desesperación.

—No podemos.

A pesar de escuchar aquel ronco susurro, no pude obedecerle. Continué acariciando su piel, arañando delicadamente sus nalgas, sus caderas, sintiendo su calor y masculinidad sobre mi anatomía buscando aquello que no conseguía entender.

—Mi amor, debemos parar —me suplicó.

Aparté las manos de su trasero y las dejé descansar en su espalda, al mismo tiempo que aparté mis labios de su cuello y lo miré detenidamente.

Tenía el cuerpo rígido, sus brazos se habían estirado manteniéndose apartado de mí la longitud que estos le permitían.

Le miré ceñuda y me mordí los labios.

—Creí que estabas disfrutando, ¿he hecho algo mal? —repliqué jadeante.

—No has hecho nada mal, Lillian. Al contrario, eres todo lo que deseo —aseguró acariciando mi frente y mi cabello—. No podemos continuar —cabeceó antes de separarse por completo dejándome en las garras de la fría soledad.

Confundida, me subí el corpiño descubriendo que con destreza había liberado mis pechos y me arrodillé a unos pocos centímetros detrás de su cuerpo atlético y desnudo sin percatarme de que mis faldas seguían subidas hasta mi abdomen. Los músculos de su espalda estaban tensos y su rostro intentaba ocultarse entre sus manos.

Enterré mis dedos entre su espeso cabello negro y desordenado.

—¿Acaso no soy lo que esperabas?

Raudo, se volvió hacia mí, atrapó mi mano y suavemente besó el interior de mi muñeca con los ojos cerrados.

Cuando los abrió encontré desesperación en ellos.

—No puedes imaginarte cuánto quiero esto. Cuánto te deseo. Dios, esto es lo más difícil que he hecho en la vida —masculló para sí mismo de forma audible.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —susurré—. He venido a buscarte en medio de la noche. Me he colado en tu cuarto y quiero que me hagas el amor —confesé dejando hablar a mis deseos sin hacer caso de lo que mi mente razonable gritaba.

—No digas nada más, te lo suplico o perderé la poca cordura que me queda —me pidió desesperado.

—No entiendo nada. Ambos querernos unirnos íntimamente, ¿qué problema hay? —mencioné en voz alta sorprendiéndome mi sinceridad.

—No lo comprendes —se puso en pie—. Si lo hacemos, aunque ambos lo deseemos, no podré cumplir mi promesa de demostrarte que eres más preciada para mí que cualquier otra mujer, porque sin quererlo te estaré poniendo en el mismo lugar que ellas.

Aquella declaración fue como si me hubieran echado un jarro de agua congelada en la cara. Mis músculos se tensaron y comencé a odiarme por haberme dejado llevar por los instintos más bajos. Me había degradado, me estaba humillando frente a un hombre, y no frente a uno cualquiera, sino frente al mayor mujeriego y libertino de Londres, el hombre al que decidí castigar por jugar con las mujeres, aquel que estaba acabando con mi sentido común, o al menos con el poco que me quedaba.

—No sigas hablando —le pedí apartando la mirada de su rostro y volviéndola a las sábanas con los ojos entrecerrados, avergonzada por mi actitud.

Cubrí con el bajo de mi vestido mis piernas desnudas. No podía dejar de insultarme y reprenderme mentalmente por mi indecente comportamiento.

—Lillian —me llamó cariñosamente—. No te avergüences, no hay nada malo en desearnos de este modo —realizó una pequeña pausa antes de continuar—: Te hice una promesa y tengo que mantener mi palabra.

Y de nuevo, y como solo me sucedía cuando me hallaba en su compañía, me quedé sin palabras.

Aquella declaración hizo que el corazón se me encogiera y sintiera, además de una completa gratitud, una gran admiración por el hombre que era.

Me puse de pie en el más completo de los silencios, me acerqué a él y le acaricié la mejilla. Alex posó su mano sobre la mía y cerró los ojos sintiendo mi caricia.

—Gracias por mantener la cabeza fría por los dos.

—No sabes lo mucho que cuesta —admitió.

Me alejé, sintiendo cómo mi mano se enfriaba sin su contacto. Le di la espalda y busqué entre las sábanas revueltas mi capa, reprimiendo el fuerte impulso que tenía de llorar.

Estiré mi cuerpo para tomar la tela cuando las palabras de Alexander Stone, marqués de Crawford, me dejaron completamente inmóvil.

—Cásate conmigo —dijo con voz firme.

Me giré y lo miré asombrada.

—No hablarás en serio —repliqué interrogativa.

Sus labios se curvaron cínicamente, dio un paso hacia delante y tomó mi mano entre las suyas.

—Nunca he hablado más en serio —besó mis nudillos en silencio—. No hay nada que más desee en estos momentos. Conviértete en mi esposa.

—¡No! —respondí soltando mi mano de su agarre.

Tomé mi capa y rodeándolo me dirigí hacia la puerta con apremio.

—¿Por qué no? —Quiso saber interponiéndose en mi camino.

Mi rostro debía de estar bañado por la mayor incredulidad existente del mundo.

—Pues porque no quiero casarme contigo —alargué la mano para atrapar el pomo de la puerta.

Él me lo impidió de nuevo.

—Seré un buen esposo —aseguró con seriedad—. Te trataré con dulzura y complaceré todos tus caprichos.

—Lo siento, Alex. No deseo someterme a ningún hombre —repuse nerviosa.

—No te engañaré jamás —me juró.

—Tengo que irme —aventuré impaciente sin pararme a escucharlo.

Necesitaba escapar. Aquella conversación comenzaba a abrumarme.

El simple hecho de imaginarme casada y atada a un hombre conseguía que un reguero frío de sudor recorriera mi columna vertebral.

—Haré siempre todo lo que me pidas —añadió desesperado—. Lo firmaré en nuestro contrario matrimonial si así lo deseas.

—No debería estar aquí —hablé nerviosa trabándome con mis propias palabras.

No podía controlar el fuerte impulso de salir de aquel dormitorio. Necesitar alejarme de la sensación de claustrofobia que nacía a mi alrededor.

Definitivamente había sido muy mala idea ir hasta allí.

—Lillian, por favor. No te vayas sin responderme. ¿De qué tienes miedo? ¿De lo que Harry pueda llegar a hacernos? —preguntó dubitativo.

Aquello parecía más una escena cómica que una íntima y seria conversación.

Alex estaba frente a mí, de pie, cubierto por la fina tela de los calzones que cubrían una pequeña parte de su desnudez, y yo me encontraba en medio de aquel masculino cuarto, oliendo a él, aún con su calor y el cosquilleo de su barba en mis mejillas, y una intensa sensación de asfixia.

No podía creer que me hablara de matrimonio. Jamás me casaría, y desde luego, si alguna vez lo hacía, no sería con él. Nunca podría estar con un hombre que había pasado por más camas que años tenía. Aunque no podía olvidar que hasta hacía unos minutos me encontraba plácidamente y por voluntad propia reclamándole y rogándole que me hiciera suya.

Un cosquilleo intenso me recorrió el cuerpo al recordar a Crawford encima de mí, besando y acariciando partes de mi cuerpo en las que jamás me había detenido.

Sacudí la cabeza alejando aquellos pecaminosos pensamientos de mi mente que me hacían odiarlo. No llegaba a entender cuál era su secreto por hacerme sentir y desear lo que no debía. Aquello para lo que una mujer libre como yo no estaba hecha.

—¿Qué quieres decir? —quise saber confundida ante la mención de Harry—. Ni mi hermano ni ningún otro hombre podrá someterme a su voluntad. Quizás él tenga mi custodia y mi vida esté a su merced, pero eso no significa que yo vaya a permitir que me digan cómo debo ser, pensar o actuar —gruñí furiosa.

No podía creer que después de tanto tiempo Alex pudiera creer que haría cualquier cosa con la que yo no estuviera de acuerdo. Nunca lo había hecho y ni siquiera el mismo rey podría obligarme a hacerlo.

—No me cabe duda alguna de que tienes más voluntad que todo un ejército.

—Si yo quisiera casarme contigo lo haría, aunque el mundo entero me lo prohibiera.

Sus ojos me miraron impertérritos.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

Gruñí exasperada ante su insistencia.

—Ya te lo he dicho. No quiero casarme ni contigo ni con nadie. No quiero sacrificar mi libertad por un hombre. Y ahora, déjame ir —alargué la mano para tomar el pomo de la puerta, o al menos intentarlo una vez más.

Crawford colocó sus dedos con dulzura sobre los míos.

—Creo que no estás escuchándome, Lillian. —Me acarició—. Te muestras tan reacia que te obnubilas y no te permites analizar realmente mi propuesta. Te dejaré tiempo para que lo pienses.

—No quiero pensarlo. ¿Por qué es tan difícil de entender? Te lo repetiré por última vez. No pienso casarme con nadie. Nunca. Y ahora, ¡déjame salir! —exclamé sintiéndome atrapada.

Siempre solía tener la situación bajo mi control y en aquel preciso momento, justo cuando sentía que mi vida parecía no pertenecerme, quise salir y correr.

Ante mi visible angustia, Alex me miró comprensivamente, soltó mi mano y asintió.

—No quiero presionarte, perdona. Me gustaría que lo reconsiderases.

Tomó el pomo de la puerta y lo abrió.

Al descubrir la oscuridad que se abría ante mí sentí como si me lanzara hacia un gran abismo. Exhalé fuertemente y salí hacia la humedad del pasillo.

—Espérame un momento. Te acompañaré a casa.

—No hace falta —advertí ansiando alejarme de él todo lo posible.

Él negó con rotundidad.

—No permitiré que salgas sola a estas horas. Ya te has expuesto bastante viniendo hasta aquí. Te lo ruego, no vayas a ninguna parte. Tardaré apenas unos minutos.

Se metió en el cuarto, sin molestarse siquiera en cerrar la puerta.

En otra ocasión, tal vez, hubiera sentido el impulso de asomarme y observarlo mientras se vestía, mas en aquellos momentos solo necesitaba respirar con profundidad y serenar mi mente y mi confundido corazón.

Me puse la capa sobre los hombros y la até con fuerza. Mi pelo se quedó enganchado con la prenda y las pocas horquillas que me quedaban cayeron. Me agaché y palpé el suelo en busca de alguna que me ayudara a sujetar mi larga cabellera.

Encontré tres, y como pude trencé mi cabello, lo sujeté en la nuca y lo escondí bajo la capucha.

Respiré varias veces profundamente, tratando de serenarme y conseguir eliminar la presión de mi pecho. Poco a poco mi respiración se fue calmando, así como mis pulsaciones.

Cuando me volví hacia la puerta, encontré a Crawford impecablemente vestido. Lucía una camisa blanca, un chaleco oscuro, unos pantalones y unas botas. El cabello seguía alborotado, aunque se apreciaba el esfuerzo que había realizado de mantenerlo en su sitio pasando un peine para echárselo hacia atrás.

No dijo nada, cerró la puerta a su paso y me tomó de la cintura mientras me dirigía por el pasillo hacia la parte posterior de la casa.

Tomando un abrigo del recibidor se lo colocó sobre los hombros y caminé conmigo tomada del brazo. La presión de sus dedos me confería un extraño poder de protección y seguridad.

Salimos a la fría noche y, con elegancia, llamó la atención de un coche de alquiler. Se sentó frente a mí, respetando mi espacio y dándome la falsa seguridad de que su lejanía no le permitiría tocarme, algo que le agradecí.

Discretamente le dio mi dirección al cochero y no fue hasta que nos pusimos en marcha cuando la musicalidad de su voz inundó el silencio que había reinado durante varios minutos.

—No podemos permitir que esto se siga haciendo con regularidad, Lillian. Pueden descubrirnos, y aunque fuese beneficioso para mí, pues aseguraría que se llevara a cabo mi propuesta, no quiero que te cases conmigo por obligación.

No dije nada.

—Por cierto, aún no he podido darte las gracias por los bombones.

Abrí los ojos sorprendida ante la mención de mi regalo. Con todo lo que había sucedido había olvidado incluso el motivo de mi visita a Stone House.

—¿Te gustaron? —quise saber curiosa.

—Me encantaron. Especialmente la nota. Fue de lo más alentadora —aseguró con una sonrisa en sus labios—. Nunca había recibido bombones de una mujer. En realidad, ni de una mujer ni de nadie —dijo atragantándose con la última frase. Se aclaró la voz antes de repetir—: Gracias.

—Es lo menos que podía hacer —fue todo lo que pude decir.

Y de nuevo el silencio cayó sobre nosotros.

Me sentía incómoda, y no por la presencia de Crawford, sino por mí misma. Tenía la imperante sensación de querer abalanzarme sobre su regazo, besarlo y pedirle que siguiéramos con eso tan extraño que parecíamos tener. Sin presiones, sin compromisos, solo con la seguridad de disfrutar de nuestra mutua compañía. Sin embargo, mi lado racional me exigía que me contuviera y me quedara petrificada. No era lo más adecuado dadas las circunstancias y su alarmante declaración.

Mi atención se mantenía sobre mi regazo. Podía sentir la oscura mirada de Alex puesta en mi coronilla.

—Un chelín por tus pensamientos.

Alcé la cabeza y me enterré en su indómita mirada, aquella mirada que me confundía con sus múltiples formas de expresarse.

—Quizás algún día aceptaré ese acuerdo —admití.

—¿Por qué no ahora? —Alzó una ceja.

—Créeme cuando te digo que no quieres conocer el caos que reina en el interior de mi cabeza en estos momentos.

—¡Oh! Pero sí que quiero. Ahora más que nunca. —Sonrió con dulzura—. Me gustaría comprenderte, Lillian, ayudarte y eliminar los temores que te impiden ser feliz.

El carruaje se detuvo de improviso y asomé la cabeza para comprobar que habíamos llegado a la parte trasera de mi casa.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó solícito.

—No, gracias. —Alargué la mano para detenerlo—. Será mejor que te quedes aquí en el coche.

Asintió y tomó mi mano entre las suyas para llevársela a sus labios y besar mis dedos congelados.

—Piensa en mi propuesta —me sugirió cariñosamente.

—No lo haré. —Solté mi mano y abrí la puerta del carruaje—. Lo siento, Crawford. No voy a casarme contigo.

—Estoy seguro de que pensarás en mi proposición. Aunque te niegues, lo harás.

Fruncí el ceño enfurecida por sus palabras y cerré la puerta con un fuerte estruendo.

—Puede marcharse —le solicité al cochero.

El vehículo se puso en marcha y, a pesar de la distancia, pude escuchar la risa melodiosa de Crawford acolchada en el interior del coche taladrándose en mi cabeza.

Capítulo 24

UN SECRETO EN PELIGRO

—Anoche saliste. ¿Dónde estuviste?

Abrí los ojos con pesadez. Aún somnolienta me estiré y froté mis párpados varias veces para poder enfocar con distinción la furiosa figura de Amelia, cuyo rostro contrito no dejaba lugar a dudas de su estado emocional.

Vestía un grueso vestido de terciopelo verde oliva y su hermoso y rubio cabello recogido en un alto moño sobre la cabeza dejaba escapar unos mechones sobre la frente.

—No sé a qué te refieres —respondí con voz ronca antes de decidir que prefería continuar con mi sueño a mantener una desagradable discusión.

Le di la espalda y enterré mi rostro en la mullida almohada.

—No te hagas la tonta, Lillian Abernathy —gruñó al tiempo que sacaba la almohada sobre mi cabeza dejándome expuesta al torrente de luz que entraba por la descorrida cortina.

—¡Por favor, Amelia! ¿Quieres matarme? Esta es la forma más poco elegante de despertar a alguien que haya visto jamás. ¡Cierra esa maldita cortina!

—¡No lo haré hasta que no me des una respuesta!

Tomé aire y me tapé con la manta hasta las cejas.

—Lillian... —me advirtió con los dientes apretados intentando separar la manta de mi piel. Sin embargo, anticipándome a su acción, la sostuve firmemente entre mis manos.

—¡Por el amor de Dios! ¡Déjame dormir!

—Es más de mediodía. Quiero una explicación.

Rivalizamos por el poder de las mantas. Ella tiraba de un lado, yo del otro.

No sé cómo llegó a suceder, me sentía aún tan adormilada que no fui consciente de que dejé de ejercer presión sobre las telas ocasionando que Amelia cayera de espaldas al suelo quedando sentada sobre su trasero.

—¡Oh! —exclamé sobresaltada al verla sentada sobre la alfombra color berenjena—. Lo siento, Amy. No era mi intención —admití poniéndome en pie y acercándome a ella.

Sin decir una palabra, mi prima rechazó mi ayuda, se puso en pie enfrentándose a mí, hizo una bola con la ropa de cama y se sacudió las faldas sin dejar de mirarme furiosamente.

—Ya está bien de juegos, ¿qué hiciste anoche? —Sus palabras salieron como dardos de su boca.

Parecía furiosa, más que furiosa, colérica, completamente fuera de sí.

—No sé de qué estás hablando —le escupí.

—Hablo de Crawford.

Mi semblante se tornó lívido.

—Anoche fuiste a verlo de nuevo, ¿verdad?

Me mordí el labio y negué enérgicamente.

Sentía en la planta de mis pies el roce de la alfombra, y he de confesar que, al igual que la situación, no me transmitía ninguna seguridad.

—Mientes.

Me sorprendí de que su afirmación fuera de lo más contundente. ¿Cómo podía saberlo?

—Yo no...

—¿Por qué fuiste a la casa de ese canalla? —me interrumpió.

Me sorprendí confesando con las manos enredadas en la tela de mi camisón, el cabello cayendo salvaje por mis hombros hasta rozar mi cintura y la mirada perdida en algún punto muerto de la alfombra.

—Quería asegurarme de que estaba bien. No podía dormir después de lo que sucedió ayer por la tarde.

—¡Oh, Dios mío! —Su boca formó una perfecta O.

—¿Qué sucede? —quise saber alzando la mirada sorprendida.

—Estás, estás... —alargó el brazo apuntándome con el dedo índice de forma acusatoria— ¡enamorada de él!

—¡¿Qué?! ¡No! ¿De qué hablas?

Sus palabras me sorprendieron y mi voz salió horrorizada de mi garganta.

—Sí que lo estás, Lillian. Nunca habrías puesto en juego tu reputación e integridad física por cualquiera. Te conozco demasiado bien.

—Estás completamente loca —la acusé mientras me sentaba en el borde de mi cama. Sentía que las piernas me comenzaban a flaquear—. Si estuviera enamorada de él, hubiera accedido inmediatamente cuando me propuso matrimonio —murmuré en voz alta.

—¿Qué quieres decir con eso? —Amelia corrió hacia mí y se sentó a mi lado.

Me encogí de hombros.

—Ya sabes, una iglesia, un anillo, unos votos...

—¡Sé lo que es el matrimonio! —aseguró fulminándome con la mirada—. Lillian, te suplico que me cuentes todo.

—No hay nada que contar. Él me propuso matrimonio y yo le rechacé. Eso es todo.

Hubo unos segundos de silencio antes de que mi prima dijera temblorosa:

—Aunque lo estás pensando.

—Yo... no creo que quiera casarme con alguien como él. —Las palabras se ahogaron en mi garganta y mi mirada se perdió en un punto fijo de la pared.

Aún podía recordar su petición ensordeciendo mis pensamientos.

Amelia exhaló un audible suspiro.

—Todo esto es culpa mía. —Se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar.

Volví la atención a mi prima y le acaricié la espalda.

—¿Culpa tuya? No digas bobadas.

Al apartarle las manos logré atisbar sus mejillas húmedas.

—Nunca debí haberte retado. No debimos hacer esa maldita apuesta. —Absorbió por la nariz—. Debería haber sabido que él es demasiado astuto y acabaría por conseguir atraparte en sus redes a ti también.

—No pienses eso —le susurré cariñosamente enjugando su rostro.

Ver a mi prima tan desconsolada me entristecía, no quería que sufriera y mucho menos por mi causa.

—Es la verdad —sollozó.

—No, no lo es. —Guardé silencio antes de añadir—: No tienes de qué preocuparte. Te aseguro que a partir de ahora romperé cualquier relación

con Crawford.

—¿Lo dices en serio?

Asentí. Aquella era mi oportunidad de cerrar aquel episodio de mi vida.

No estaba segura de qué haría una vez que ya no tuviera que atormentar al marqués. Quizás podría dedicarme a coquetear abiertamente con Stinton o, tal vez, podría acompañar a Harry en alguno de sus viajes y olvidarme así de Londres, de sus asfixiantes calles y su irritante sociedad. Quizás..., con suerte, ocuparía el tiempo en algo interesante que me ayudara a no pensar más en Alex.

—Creo que esto ha llegado demasiado lejos —anuncié, pues realmente así lo creía—. Pronto terminaré cualquier tipo de relación con el marqués y le pediré que acepte mi decisión.

Ella sonrió.

—Él no es buena persona, jamás se comprometerá. Si te casaras con él, muy probablemente te convertiría en alguien infeliz. Los hombres como él no pueden ser buenos maridos.

Inmediatamente a mi mente llegaron las palabras de Crawford. Él me había asegurado que sería un buen esposo y jamás me engañaría, ¿hasta qué punto podía llegar a ser cierto?

Crawford me había desnudado su alma una vez y a pesar de ello me sentía reacia a aceptarle. ¿Qué sentía por mí? ¿Qué le había empujado a decir esas palabras?

Todo el mundo sabía que los libertinos reformados en fieles enamorados solo aparecían en las idealistas novelas románticas.

Crawford sería un buen amante, de eso no cabía la menor duda, sin embargo, ¿qué me aseguraba que una vez cansado de su juguete nuevo no se marcharía a otra cama? Y lo que me preocupaba aún más, ¿cómo sabría que una vez casados no impondría su voluntad a la mía, me pediría explicaciones por cada uno de mis movimientos o me impediría salir de casa sin su compañía obligándome a guardar mis opiniones y comentarios?

Definitivamente, mi vida no estaba hecha para estar casada con el marqués de Crawford, ni con él ni con ningún otro hombre que quisiera imponerse ante mi libertad.

—Es hora de que haga lo que debía haber hecho hace tiempo.

Y la abracé para sellar mi promesa.

Una semana después de aquella conversación seguía dudando. No me atrevía a romper de forma definitiva con el marqués.

En cada encuentro, me repetía que era la ocasión perfecta, pero el miedo de perder el placer de su compañía o recibir su rechazo me paralizaba y hacía que me tragara las palabras que cada noche repetía en mi mente una y otra vez.

—Últimamente estás muy callada. No sé si se debe a mi imponente presencia o a que hay algo dentro de tu cabecita que te mantiene preocupada. Puedes confiar en mí —me repetía.

—No es nada. Gracias —replicaba automáticamente.

Nuestros encuentros se habían limitado a la pista de baile. Harry me seguía manteniendo bajo una estricta vigilancia y dada la situación fingía una falsa contradicción por su cautiverio.

Amelia fruncía el ceño cada vez que nos encontraba juntos, mientras yo intentaba evitarla.

La propuesta de matrimonio había hecho su aparición en alguna ocasión más. Crawford se esforzaba en no presionarme, aunque sus ojos tan expresivos como desconcertantes mostraban su inquietud y desesperación al respecto.

Una noche, delante de todos, bromeó ante la posibilidad de enlazar nuestras familias. A Harry aquel desafortunado comentario no le pareció de buen grado, su ceño se frunció y su respuesta no fue de lo más condescendiente. Más tarde, reunidos en casa, tuve que soportar una incesante charla sobre la importancia de mantenerme alejada del marqués y no permitir que el escándalo que lo seguía impregnara nuestro apellido. A pesar de asegurarle a mi hermano que no tenía el más mínimo interés en el marqués mis palabras parecían no ser nunca suficientes.

La mañana siguiente de ese desafortunado encuentro recibí una carta de Crawford. Tras asegurarme de que nadie conocía de su existencia, me encerré en la buhardilla y, acomodada en una de las butacas cubiertas por empolvadas sábanas bajo el amplio ventanal, comencé a leer.

La misiva era larga. En ella el marqués me aseguraba que a pesar de su propuesta en tono jocosos su intención era seria y real, simplemente había querido asegurarse de que Harry se mostraba completamente reacio a la unión. Me habló de la seguridad con la que hacía su petición, me suplicó

que lo reconsiderase serenamente y aseguró que una vez lo hubiera aceptado volvería a tratar el mismo tema con mi hermano. Finalmente se despedía deseando fervientemente que mi respuesta fuera afirmativa.

Horrorizada, dejé caer la misiva y empecé a llorar.

¿Qué había hecho? ¿En qué me había convertido? No podía permitir que aquella situación continuara. Me sentía atrapada en mi propia apuesta. Él estaba enamorado de mí, aquella era una muestra más que evidente.

Desvié la mirada al suelo y contemplé la frase en la que, con letra cursiva, limpia y clara se despedía.

Siempre tuyo, Alexander Stone.

Pero ¿qué podía hacer si mi mente y mi corazón libraban una batalla campal en la que no había un claro ganador?

Inmediatamente sentí que debía actuar y erradicar de una vez cualquier tipo de relación con el marqués. Y solo tenía un medio para hacerlo.

Enjuagué mis mejillas decidida a no verter ni una lágrima más por él.

Me puse en pie, tomé la carta del suelo, la doblé y bajé a mi cuarto, en donde la guardé en el lugar más recóndito del último cajón del baúl.

Amelia asomó de forma inesperada su brillante cabellera bajo la aldaba de mi puerta.

—¡Lillian! Te buscaba. A mi madre le gustaría que nos acompañaras a tomar el té.

—Tendrá que ser después. Necesito hablar con Harry urgentemente — solté apremiante mientras cerraba el baúl.

—Tu hermano está reunido en este momento. Creo que es el administrador de la finca del campo, o al menos es lo que he entendido.

—Pero... —intenté excusarme.

—Vamos, Lillian. Yo tengo que salir, y sabes que a mi madre no le gusta tomar el té sola.

Su declaración me pilló desprevenida.

—¿A dónde vas?

—Recuerdas los lazos que encargamos en la sombrerería? —Asentí—. Voy a recogerlos.

—¿Y por qué no envías al cochero? —le pregunté tras cruzar el dormitorio y cerrar la puerta tras de mí como si quisiera resguardar de cualquier mirada la misiva que ardía al fondo del baúl.

Se encogió de hombros.

—Quiero asegurarme de que son los correctos. Además, me apetece salir y tomar el aire.

—¿Te acompaño?

—Prefiero que te quedes con mi madre. Desde que tuvo ese desmayo se siente un poco baja de moral.

—Muy bien.

Me acompañó hasta el salón del té en donde tía Mary, afortunadamente recuperada, esperaba impaciente.

Amelia se despidió tras las claras advertencias de su madre en las que pedía ser cuidadosa, no tardar más de lo necesario y mantenerse en todo momento bajo la custodia de Hannah.

Tras la desaparición de Amelia, tía Mary y yo comenzamos a charlar de asuntos completamente intrascendentes. Ella bordaba y yo, impaciente por hablar con Harry antes de arrepentirme de mi decisión, bebía grandes cantidades de té.

Durante los interminables minutos que permanecemos allí encerradas, tía Mary me confesó su preocupación. Temía que su salud le impidiera ver a su hija casada y con hijos. Intenté tranquilizarla, asegurándole que era una mujer fuerte y que, además, por nada del mundo ni Harry ni yo abandonaríamos a nuestra prima a su suerte.

La puerta del estudio se abrió una hora después permitiéndonos escuchar un conjunto de voces que se saludaban y despedían en el mismo orden.

Amelia apareció en el umbral vestida de paseo, con un sombrero sobre su cabeza y el ridículo en su mano.

—Ya estoy de vuelta —anunció con una sonrisa complacida.

—¿Por qué has tardado tanto? —la interrogó tía Mary tras mirar el reloj del buró.

—Había mucha gente en la tienda. Ha sido desesperante esperar para que me atendieran —comentó resoplando, aunque fue en su forma de hacerlo que advertí un leve atisbo de dramatización.

—Oh, ¡qué desafortunado, querida! —exclamó su madre.

—¿Por qué no nos enseñas las cintas que has comprado? —inquirí sin perder de vista sus expresiones.

—Te las enseñaré más tarde. Le he pedido a Hannah que las lleve a mi cuarto.

—Te acompaño entonces. —Me puse en pie.

—Perdóname, Lillian, creo que voy a darme un baño. Me siento agotada y solo deseo asearme y cambiarme de vestido antes de descansar un poco para la cena. Si me disculpáis.

Y antes de poder añadir nada más, desapareció por el pasillo.

Tía Mary y yo nos miramos fijamente, ambas contrariadas por la actitud evasiva de mi prima. Ella se encogió de hombros y me animó a prepararme para la cena.

Nos despedimos y me encaminé hacia mi cuarto intentando dilucidar qué era lo que Amelia se traía entre manos.

Harry no bajó a cenar. Al parecer asuntos urgentes habían requerido su presencia y no pude evitar tener la extraña sensación de que todo lo que sucedía a mi alrededor era de lo más desconcertante y anodino. Me preguntaba si la actitud de Amelia y la ausencia de Harry estarían ligadas de alguna forma.

No tenía apetito. Me dediqué a trasladar la comida de un lado del plato al otro y a levantar el tenedor de vez en cuando fingiendo que algún trozo de pescado alcanzaba mi estómago.

Tía Mary hablaba sin parar, preguntando a Amelia con quiénes había coincidido en la tienda y cuántos tipos de telas nuevas había podido ver.

La conversación giraba por diferentes derroteros, vagaban de un tema a otro, y yo no pude más que olvidarme de mis preocupaciones e involucrarme.

Tras la velada decidí retirarme. No me apetecía acompañarlas en el comedor. Quería leer una vez más la carta de Crawford, asegurarme de que estaba a punto de tomar la decisión correcta.

Me disculpé, salí del salón meditativa y comencé a subir los escalones que me llevarían al descanso.

—¡Lillian! —Amelia me alcanzó. Tomó mis manos con una sonrisa—. Solo quiero que sepas que no debes preocuparte por nada. Todo ha terminado.

Mi expresión no pudo ser más sorpresiva. Abrí la boca para preguntarle cuando la voz de tía Mary solapó la mía.

—¡Vamos, Amelia! No molestes a Lillian. Parece cansada.

Y con un leve gesto, mi prima me dio un beso en la mejilla y siguió a su madre rumbo a la salita.

Me quedé paralizada en mitad de la escalinata. No entendía nada de lo que acababa de suceder. ¿Qué había querido decir Amelia con que todo había terminado? ¿Se estaría refiriendo a Alex?

El golpeteo de los platos que los sirvientes recogían me devolvió a la realidad.

Tras tomar conciencia de mí misma y de mi propio cuerpo, levanté mi falda y subí rauda al cuarto.

Cerré la puerta asegurándola con llave y me dirigí al baúl.

Arrodillada ante él tomé aire y lo abrí. Rebusqué en su interior hasta tocar la carta de Crawford. La saqué y la admiré de nuevo. Parecía intacta.

La abrí con dedos temblorosos y la leí una vez más sin dejarme de preguntar a dónde habría ido Harry, qué sabría sobre Crawford y, lo más importante, qué había querido decir Amelia con sus inquietantes palabras.

Me encontraba tan ensimismada que ahí me quedé, tendida sobre la alfombra sin saber qué rumbo debía tomar, llena de confusiones y temores.

Desperté sobresaltada tras una pesadilla que no lograba recordar.

Me levanté, encendí una vela, guardé la carta bajo la almohada y me dirigí hacia el tocador en donde cepillé mi cabello recogéndolo en una trenza y aseando mi rostro y mis dientes.

Consciente de que mi estado de inquietud no me permitiría volver a dormir, me tumbé sobre la cama con la misiva entre las manos, miré el techo y comencé a rememorar cada uno de los momentos que había vivido desde que había regresado del funeral de tía Petunia.

Di un respingo al escuchar cómo alguien intentaba acceder hacia el interior de mi dormitorio, fracasando en su intento.

Me levanté rápidamente, pensando que sería Amelia quien vendría a darme una explicación coherente a sus palabras.

Giré la llave para desbloquear la cerradura y abrí la puerta con detenimiento.

—¿Qué haces aquí? —Mi rostro se trasmutó por completo al descubrir a Crawford.

Sus ojos oscuros se mostraban impertérritos, difíciles de descifrar.

No dijo nada, me apartó hacia un lado, se introdujo como un huracán a mi cuarto y cerró la puerta tras de sí.

Tragué saliva al escuchar su ronca voz y escabrosa.
—¿Creías que tú eras la única que sabe colarse en casas ajenas?

OceanofPDF.com

Capítulo 25

LA APUESTA AL DESCUBIERTO

No respondí. Me mantuve impertérrita admirando su figura envuelta en una gruesa capa negra que dejaba entrever una vestimenta de lo más informal.

Tenía la expresión ceñuda y los labios apretados. Su presencia era sobrecogedora. Tal era su imponentia que parecía ocupar casi toda la estancia.

Por primera vez me sentí fuera de lugar.

—¿Cómo has entrado? —fue todo lo que se me ocurrió preguntar.

Con parsimonia y sin apartar su penetrante mirada, cruzó los brazos sobre el pecho y trasladó todo el peso de su cuerpo a una de sus piernas.

—Se podría decir que algún miembro de vuestro personal es bastante descuidado.

Gruñí internamente. ¿Cómo el marqués habría sido capaz de introducirse en la casa sin ser visto?

—¿Quién ha podido ser tan descuidado? —repliqué molesta.

—Preferiría no iniciar una conversación sobre tus problemas con los empleados.

La forma tan directa y cortante con la que habló hizo que me pusiera en alerta y desconfiara de sus intenciones.

—Muy bien. ¿De qué prefieres hablar? ¿Del tiempo, de carruajes, de pasteles, de...?

—De nosotros —me interrumpió bruscamente—. Necesito que me aclares algunos detalles sobre nuestra relación.

Los músculos de mi cuerpo se tensaron.

Nunca antes su presencia me había parecido tan lejana, ni su cuerpo tan grande e intimidante como en aquel momento. Sentí cómo me ahogaba con mi propia saliva y tosí repetidamente.

—¿Qué quieres saber? —pregunté atragantándome con las palabras.

Chasqueó la lengua y miró hacia ambos lados de la habitación.

—Este no es el mejor lugar para hablar. Acompáñame.

Extendió la mano hacia mí y, temerosa, di un paso hacia atrás.

—¿Por qué mejor no conversamos aquí? —quise saber dubitativa.

—Porque no podemos olvidar que a unos pocos metros de distancia duermen tres personas que podrían escucharnos. Si se descubriera mi presencia en tu dormitorio sería un completo escándalo. Y muy probablemente tu hermano nos obligaría a casarnos. Algo con lo que, hasta donde yo sé, no estás muy de acuerdo.

Rauda, me volví, tomé mi capa púrpura que se hallaba sobre una butaca y me puse a su lado.

Sonrió divertido.

—Ya me parecía.

—¿A dónde me llevas? —quise saber mientras colocaba la prenda sobre mis hombros.

—A un lugar en donde podamos mantener una conversación con tranquilidad sin despertar a nadie. A Stone House.

—¿Por qué no me escribiste para concertar una cita?

—La hubieras rechazado.

Me quedé en silencio consciente de la realidad de sus palabras.

—Vamos a mi casa, solo quiero hablar.

Lo miré con desconfianza mostrándome reticente a su invitación.

—No te voy a hacer daño. Lo prometo.

—No sé si es buena idea —advertí.

—No puedo creer que precisamente seas tú quien diga eso. Mi mayordomo aún sigue molesto por tus destrozos en el jardín.

Me crucé de brazos visiblemente ofendida.

—No tengo intención de...

Todas mis posibles opciones de escapar se diluyeron en el momento en que Crawford se abalanzó sobre mí y me cargó al hombro.

Quise gritar. Él, prediciendo mi intención, me recordó lo que ocasionaría que nos encontraran juntos en mi dormitorio en una escena de lo más

indecorosa.

Furiosa, me dediqué a dar patadas en el aire y puñetazos en su espalda mientras apagaba la vela y salía con discreción del cuarto. ¿Cómo se atrevía a raptarme en mi propia casa?

Me sorprendió la facilidad con la que bajó las escaleras conmigo auestas, entró en la cocina, abrió la puerta trasera y salió al exterior donde me introdujo con cuidado en un coche. Me acurruqué en el extremo más lejano del carruaje e intenté abrir la manija desde dentro.

—Es inútil —aseguró—. Solo se puede abrir desde fuera.

Lo maldije en mi fuero interno y lo asesiné con la mirada.

Por primera vez me sentía indefensa ante la fuerza física de un hombre que con solo un ligero movimiento conseguía doblegarme. Estaba atrapada en el aquel carruaje, a merced de su voluntad, algo que me enfurecía por ir en contra de todos mis principios. No tenía miedo, creía conocer lo suficientemente a Crawford para saber que no emplearía estrategias abusivas en mi contra. Aun así, no podía evitar pensar que quizás el marqués tenía un lado oscuro que demostrar.

Quería golpearlo, herirlo y dejarlo sin sentido, vanagloriarme de mi superioridad intelectual y física y demostrarle que no por ser hombre podía salirse siempre con la suya.

Con una tranquilidad admirable y exudando seguridad por cada poro de su piel, el marqués se acomodó en su asiento. Frente a mí, abrió su capa y se recostó satisfecho hacia atrás sin dejar de apartar su mirada de mi persona.

¡Cómo odiaba su engreimiento y presuntuosidad! Ojalá pudiera arrebatarle esa sonrisa prepotente de un plumazo.

—A esto se le denomina secuestro —le escupí—. Es un delito, por si no lo sabías.

—Algunos lo verán como delito, otros como un acto de lo más romántico —argumentó con perspicacia.

—Viniendo de ti no creo que nadie pueda esperar un acto heroico.

—Eso es porque no me conocen. Y es posible que tú tampoco.

La seriedad de sus palabras me hizo pensar que me encontraba sobre terreno pantanoso. Quizás debía mantenerme callada y a la espera de sus deseos. No era mi estilo de actuación, pero en aquel momento podía ser lo más inteligente que hubiera hecho en años.

A pesar de sentir calor en mis mejillas, seguramente debido al esfuerzo de forcejear con el marqués, mis músculos comenzaban a enfriarse. Sentí escalofríos por todo el cuerpo y me arrebujé en mi capa.

La noche era fría y pequeñas nubes de vaho se formaban en el exterior al hablar.

—Siento mucho no haber ordenado calentar el coche antes de venir. Ni siquiera me planteé que esta noche pudiera ser tan gélida.

No respondí. Debía ser fiel a mi estrategia.

Sin dilación, Crawford se quitó la capa que lo envolvía y, con lentos movimientos, la colocó con cuidado sobre mis hombros, cubriéndome con el calor impregnado en la prenda de su cuerpo y envolviéndome con el increíble aroma a jabón y esencia.

—Gracias. Pero no quiero nada que venga de un secuestrador, un aprovechado, un descarado, un libertino, un cavernícola... —le advertí deshaciéndome de la preciada prenda.

—Tranquila, gatita —me detuvo—. No puedes permitir que tu orgullo herido te impida guarecerte del frío. Eres demasiado inteligente para eso, Lillian.

Odié que tuviera razón. Y, sobre todo, odié que se mostrara tan condescendiente conmigo cuando en mi interior bullían unas irrefrenables ganas de acabar con él.

Me acurruqué en el asiento con su abrigo cubriendo mi cuerpo. Él me miraba satisfecho, mientras estiraba sus brazos sobre el respaldo del sillón, y cruzaba sus piernas despreocupadamente a lo largo del habitáculo.

—Te odio —le escupí con la mandíbula apretada y la rabia contenida.

Lo miraba con los ojos inyectados en sangre.

—Podré vivir con ello —replicó cínicamente encogiéndose de hombros y, echando la cabeza hacia atrás, cerró los ojos.

Miré su silueta en la oscuridad de la noche.

Gracias a la iluminación externa que se introducía por las ventanillas del coche admiré cómo la chaqueta de *tweed* que llevaba se ajustaba a cada uno de los músculos tonificados de sus brazos y pecho, unos pantalones de montar ajustados se adherían a sus fuertes piernas y una ligera capa de espesa barba cubría su rostro.

Era extremadamente apuesto como para poder odiarlo, ¿por qué le había dicho eso?

No lo odiaba, o tal vez sí..., no estaba segura.

En muchas ocasiones deseaba matarlo, aunque no en un sentido literal. Se trataba más de un intenso deseo de golpearle e ir rebajando paulatinamente esa arrogancia suya que tanto me exasperaba. Era demasiado engreído, demasiado confiado en sí mismo, y esas dos acepciones me transmitían una doble vertiente de sentimientos opuestos.

—¿Alex? —Una suave vocecita salió de mi cuerpo entumecido y acurrucado.

—¿Umm?

Me aclaré la voz antes de hablar desde mi rincón.

—Quiero que sepas que..., en realidad, no te odio.

Sus labios se curvaron ligeramente mostrando unos perfectos y blancos dientes.

—Ya lo sabía —confesó—. Sientes un irrefrenable deseo de matarme y besarme a la vez. En realidad, no sabes qué hacer conmigo, ¿no es así?

—¡Exacto! —exclamé entusiasmada de que entendiera cuál era mi postura. Entrecerré los ojos para mirarle fijamente—. ¿Cómo lo sabes?

Lentamente abrió los ojos, irguió la espalda y se enderezó hasta estar a escasos centímetros de mi rostro.

—Simplemente —susurró con la voz ronca— porque me sucede exactamente lo mismo contigo. Me irritas endemoniadamente y, al mismo tiempo, me vuelves completamente loco de deseo.

Mis ojos se salieron de sus orbitas o, al menos, tuve esa sensación.

Abrí la boca para replicar enfurruñada cuando el carruaje se detuvo.

—Hemos llegado.

Con cuidado, Alex salió del coche y, extendiendo el brazo, me ayudó a bajar.

Me arrastró con cautela, empujándome de la cintura, hasta el interior de su hogar. Atravesamos el vestíbulo en completo silencio, luego el salón y, por último, acabamos en su despacho, en donde cerró la puerta asegurándose de que nadie pudiera acceder a su interior.

Dubitativa y desconcertada, me quedé plantada en medio del cuarto observando cómo él se dirigía hacia el escritorio, donde encendió un par de candelabros.

La luz iluminó la estancia paulatinamente. Las cortinas mantenían ocultos los grandes ventanales, incluyendo aquel por el que solía colarme.

Cuando mi mirada chocó de frente con el sofá donde tuvimos nuestro primer encuentro, mis mejillas comenzaron a sofocarse. Aparté mi atención de aquel mobiliario y me centré en el marqués, en su serio semblante y su figura imponente.

Se deshizo de la chaqueta tirándola sobre el sillón de cuero. Se arremangó la camisa y con destreza y elegancia se arrodilló frente a la chimenea, la cual en menos de cinco minutos ya se encontraba encendida.

Tras ponerse en pie se dirigió a mí con pasos sigilosos y cautos, como si se tratara de un depredador a punto de dar caza a su presa. Me ayudó a deshacerme del confortable abrigo que me protegía.

Temerosa di un paso hacia atrás.

—No pienso hacerte daño, Lillian —me aseguró—. Necesito que hablemos. Necesito que me despejes todas las dudas que hay en mi interior.

Parecía derrotado, cansado de luchar frente a algo que yo desconocía.

—¿Qué quieres saber? —le pregunté mientras me alejaba de su lado y me abrazaba.

Crawford se alejó de mí, se sirvió una copa de coñac, me ofreció uno que yo rechacé y, dando un sorbo de aquel contenido ambarino, me examinó de arriba abajo antes de hablar.

—Esta tarde he recibido la visita de lo más inesperada de la señorita Haymore —confesó con un suspiro.

Aquella afirmación me dejó helada.

—¿Amelia? ¿Aquí? No es posible.

Al tiempo que palabras desordenadas e inconexas salían de mis labios, comencé a relacionar las últimas conversaciones y acontecimientos, en especial una frase que desde que había sido pronunciada no dejaba de dar vueltas en mi cabeza: *No te preocupes. Todo está solucionado.*

¿Qué había hecho mi prima?

El miedo comenzó a recorrer cada poro de mi piel llegando a paralizarme.

Crawford parecía tan confundido como yo. Sin embargo, él tuvo el valor de hacerle frente, apurar su copa y, con las manos entrelazadas en la espalda, comenzó a vagar con pasos cortos de un lado a otro de su despacho.

—Las palabras de la señorita Haymore ciertamente me perturbaron. En un principio no la creí, sin embargo, se mostraba tan valiente y confiada que

la semilla de la duda quedó plantada en mí... —Silencio—. Ahora necesito que me ayudes a salir de esta incertidumbre que me abrasa por dentro. Por favor, Lillian, dime que todo es mentira, que cada una de sus palabras fueron dichas con algún tipo de intención que no deseo saber.

—No sé a qué te refieres, Alex —mentí.

Era consciente de la realidad que comenzaba a envolverme en la negrura y a asfixiarme.

Por fin mi mente había hallado un camino lógico a todo aquello.

Amelia me había descubierto guardando la carta en el arcón. Tras dejarme en compañía de tía Mary, había ido a buscarla, la había leído llegando a la conclusión de que mi relación con el marqués se mantenía vigente, y ella misma se había vuelto resolutiva, hallando una solución definitiva: confesar la verdad.

Y ahí me veía yo, con un hombre que me acababa de raptar, encerrada en su despacho, a altas horas de la madrugada y sin saber cómo decirle que todo era verdad, que había estado jugando con él durante los últimos tres meses.

—La señorita Haymore me aseguró que... —Su voz se rompió y en aquel momento supe que la verdad le haría más daño que sus propias dudas—. Ella me dijo que tú te habías cruzado en mi camino a causa de una apuesta. Me aseguró que quería vengarse de mí por haberme burlado de ella y te pidió que me sedujeras para después abandonarme. Quiso contármelo porque está preocupada por ti. Piensa que has involucrado demasiado a tu corazón y dudas en completar la apuesta. No quise creerla. Me niego a hacerlo. No puede ser mentira todo lo que hemos compartido, no puedes ser tan buena actriz para fingir que disfrutas de mi compañía y yo tan idiota para no haberme dado cuenta. Aun así, necesito escuchar la verdad de tus labios, Lillian. —Hizo una larga pausa antes de añadir suplicante—: Por favor, dime la verdad.

Todo mi cuerpo se encontraba en tensión, mis músculos apenas reaccionaban, un nudo se había formado en la boca de mi estómago, la garganta se me secó y, cuando abrí la boca para decir algo, sentí cómo entraba el aire en mis pulmones.

Mis labios se movieron, aunque de ellos no salió sonido alguno. No tenía valor para pronunciar aquello que lo destrozaría.

Sus ojos se movían de un lado a otro, rítmicamente, ávidos, brillantes, impacientes, expectantes.

—¿Por qué no dices nada? —preguntó desesperado—. ¿Acaso todo es cierto? —Cerró los ojos con fuerza y se apretó el puente de la nariz—. Lillian, no te quedes callada. Dime la verdad. Te lo suplico —rogó.

Cabeceé antes de responder llena de temor, consciente de todo lo que iba a perder.

—Sí. Es cierto. Tú eras mi apuesta —admití con una serenidad impropia en mi estado y con la voz rota.

Sus ojos se abrieron inmediatamente.

No logré discernir cuál fue el sentimiento que vi cruzar en ellos. Solo recuerdo que sentí mucho miedo y me obligué a abrazarme cuando un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

Y ahí lo tenía...

Finalmente había ganado. Nunca una victoria me supo tan amarga.

Crawford me dio la espalda y agarró con fuerza el respaldo del sofá de cuero que había frente a su escritorio. Sus nudillos se tornaron blancos, su cuerpo, ligeramente echado hacia delante, marcaba con definición cada uno de sus músculos, y su cabeza se quedó enterrada en su regazo.

—Alex, yo... —Me acerqué a él con el brazo extendido.

—No quería creerlo, aunque sabía que podía ser verdad.

—Lo siento. No era mi intención...

—No digas nada más. —Su orden fue directa, grave, áspera, peligrosa.

Me obligué a detenerme a medio camino.

De un enérgico empujón, la butaca que sujetaba salió volando y cayó con un gran estruendo contra la pared rompiendo a su paso un bello jarrón. Se volvió hacia mí con los ojos inyectados en sangre.

—Estás mintiendo. No puede ser posible lo que dices.

—Ojalá lo hiciera. Todo lo que te contó Amelia... es verdad —respondí con la voz trémula.

—Hazme entender. Por favor.

Enlacé mis manos que amenazaban con ponerse a temblar y, tomando todo el valor del que era capaz, inicié mi exposición.

—Cuando Amelia me contó de vuestros encuentros me molestó mucho saber que ella había dado con un hombre que utiliza a las mujeres para su diversión. Entre nosotras se inició una breve discusión a la que pronto

hallamos una solución: la apuesta. Al principio me mostré reticente, a pesar de que la idea me excitaba. Automáticamente, provoqué nuestro encuentro. Me senté en una butaca y esperé a que aparecieras para obligarte a tropezar conmigo. Sabía que, si nos presentaban como es debido, no te fijarías en mí y nuestra conversación sería de lo más formal. Sin embargo, si nos conocíamos en otras circunstancias, en medio de un incidente tal vez, al menos mi rostro te sería reconocible y todo sería mucho más sencillo para mí.

—No puedo creerlo —mascullaba con los dientes y los puños apretados en los costados—. Desde el principio fui manipulado.

—Yo... —Tragué saliva cuando las palabras se me atragantaron. Le estaba hiriendo, lo sabía, y con cada palabra me sentía un poco más miserable. No era capaz de soportar verlo sufrir por mi causa—. Solo quería darte una lección —aseguré—. No sabes el daño que le provocaste a mi prima. No hacía más que lamentarse mientras tú te pavoneabas feliz de un lado a otro engatusando a mujeres. Alguien debía darte una lección.

—¿Y quién eras tú para hacerlo?

—No lo sé..., quizás la única que se atrevía.

El silencio se instauró entre nosotros.

Los ojos de Alex brillaban llenos de ira y dolor.

Quería correr hacia él, abrazarlo, consolarlo y pedirle perdón, aun sabiendo que me rechazaría, presa de su dolor. Aunque quisiera negarlo podía leer entre líneas que muy probablemente comenzaba a odiarme.

—¡Qué imbécil fui! —dictaminó colérico—. ¡Confíé en ti, maldita sea! —exclamó sin prestarme atención—. Siempre creí que eras una descarada a la que le gustaba jugar conmigo, provocarme, bromear... para ocultar que en el fondo disfrutabas con mi compañía. Pensé que empezaban a nacer en tu interior sentimientos agradables hacia mí. Unos sentimientos que, al igual que yo en un principio, te mostrabas reacia a afrontar. —Enmudeció de súbito, como si se arrepintiera de todo lo que acababa de confesar. Presionó contra sus labios uno de sus puños—. Creí... —continuó en voz más baja— creí que por primera vez había encontrado a alguien en quien confiar. Una persona con la que no tenía que fingir, con la que me sentía yo mismo. Una persona que no se burlara de mí.

—Nunca he tenido la intención de burlarme de ti. Al menos, no en ese sentido.

—¡Claro que lo hiciste! —exclamó indignado y furioso—. Eres una mujer cínica y frívola. Solo alguien así podía mantener una farsa después de abrirte mi corazón. Has conocido a mi verdadero yo. Me he desnudado ante ti. He estado demostrándote lo mucho que me importabas, una y otra vez. Aguantaba tus desplantes, tus burlas, tus intentos de ponerme celoso, incluso permití que me pusieras en evidencia delante ¡de todo Londres! He permanecido bajo la lluvia solo para verte, te he contado cosas que jamás hubiera imaginado contar y durante todo ese tiempo tú... tú solo jugabas conmigo interpretando un papel. —Bufó con los dientes apretados—. ¡Por el amor de Dios! ¡Si hasta te pedí matrimonio! —El hecho de que mencionara aquella cuestión hizo que el vello se me pusiera de punta—. No imagino lo mucho que disfrutarías al ver al marqués de Crawford como un ingenuo e idiota colegial. Ahora comprendo tu rechazo.

—Te equivocas. No fue así, al menos no del todo —aseguré avergonzada.

—No seas cínica, por favor —me reprendió con los dientes apretados.

—No lo soy. Te estoy diciendo la verdad —dije—. Es posible que quisiera darte una lección, pero jamás me reiría de ti como persona. No me burlaría de tus sentimientos nunca. —Suspiré. Me llené de valor y sin pensar en nada confesé todo lo que mi alma sentía que él debía saber—: Alguien tenía que ponerte en tu lugar. No es correcto ni moral que juguéis con las mujeres. No somos objetos creados para el disfrute de los hombres. Somos personas, y aunque os cueste aceptarlo tenemos ideas y sentimientos, incluso me atrevería a decir que en ocasiones mucho más fuertes que los vuestros. Nos duele que vosotros nos veáis como simples elementos que solo os son útiles cuando podéis sacar algún beneficio. Nos molesta que no nos permitáis decir lo que pensamos ni juzgar por nosotras mismas. Estamos cansadas de ser sumisas y sentirnos siempre bajo vuestra sombra enmascarada de protección y preocupación. Quizás no soy la más indicada para dar lecciones a nadie, pero sí sé que soy la única que se atreve a gritar lo que piensa sin amedrentarse ante los hombres. Conozco hasta dónde llegan mis limitaciones y aun así me sentí capacitada para darte una lección. Y me sentía orgullosa de poder hacerlo. Fuiste tú como podía haber sido cualquier otro pretencioso libertino. Sin embargo, mis planes no han salido como yo hubiera querido. —Tragué saliva—. Jamás imaginé que detrás de esa fachada que muestras de arrogante, impío y disoluto se

escondiera un hombre de buenos sentimientos y una mínima moral bien disimulada.

—Todo esto no era para ti más que un juego, ¿verdad?

No supe qué responder. ¿Lo había sido?

No debía mentir, durante el transcurso de la apuesta había disfrutado enormemente. El marqués me había regalado momentos maravillosos y, a pesar de todo, no podía responder lo qué había significado todo aquello para mí.

El silencio llenó la sala.

Me mordí el labio, insegura, sin saber cuál debería ser mi siguiente paso. Le había aclarado mis motivos para aceptar la apuesta. ¿Qué más podía hacer?

Me adelanté hacia él, y él me detuvo con un simple gesto con su mano.

Lo admiré sin mover ni un solo músculo. Parecía meditabundo, encerrado en sí mismo con la mirada perdida en un punto indefinido de la pared.

Ya no le había herido el afamado orgullo masculino, sino que lo había enterrado definitivamente. Su mandíbula tensa y sus manos cerradas en puños no denotaban lo contrario. Intentaba contenerse para no gritarme todo lo que merecía. Lo comprobé en el momento en que, volviéndose de espaldas a mí, agarró la copa de cristal vacía que descansaba sobre el escritorio y la tiró con fuerza hacia el otro lado de la sala haciéndola añicos.

Observé firmemente y sin moverme los trozos de cristal esparcidos por la alfombra.

—Alex —lo llamé cariñosamente.

—Será mejor que te vayas —gruñó con los dientes apretados—. Mi cochero está afuera, te llevará a casa.

—Alex —repetí—. Aún nos queda mucho de lo que hablar. Déjame que te explique.

—No. No quiero oír nada más —sentenció.

Bien, si esos eran sus deseos, no sería yo quien los frustrase. Me había disculpado, confesado mi verdad, no había nada más que hacer allí. No me arrastraría suplicando su perdón como una mujer desesperada. Definitivamente aquello era lo mejor. La apuesta había acabado. A partir de aquel instante nuestros destinos quedaban desvinculados por completo. Así es como debía ser. Sin embargo, a pesar de querer convencerme a mí

misma, algo en mi interior me susurró que no era eso lo que más deseaba. En cualquier caso, sería el final más justo para aquella traviesa aventura.

Me gustaba la compañía del marqués, no podía negarlo, mas no podía esperar de su parte una amistad después de haberlo herido en lo más hondo sus sentimientos.

Él parecía realmente interesado en mí. De numerosas maneras me había dicho que lo volvía loco, que le importaba. Habíamos estado a punto de hacer el amor en dos ocasiones, incluso me había pedido matrimonio otras tantas. Todo ello sin contar con cada una de las travesuras a las que se había ofrecido involuntariamente. Aquel hombre merecía algo más que una disculpa.

Asentí a pesar de saber que él había perdido todo el interés en mí, tomé mi capa y envolviéndome en ella caminé con diligencia hacia la puerta.

Agarré el pomo y lo apreté con fuerza. Mis ojos se humedecieron, era consciente de que estaba a punto de vivir mi último encuentro con él de forma íntima, la última vez que pondría un pie en aquella casa, la última oportunidad para disculparme una vez más.

—Alex..., aunque no lo creas, siento haberte herido tanto. Te aseguro que no fue mi intención. Eres un buen hombre.

Y antes de esperar a conocer su respuesta salí corriendo dejando la puerta abierta y permitiendo que mis lágrimas resbalaran por mis mejillas.

El frío de la noche me heló hasta los huesos.

Salté las escaleras que daban paso al pequeño jardín del marqués y trasasé la pequeña verja oscura de enraizados dibujos para adentrarme en el carruaje parado frente a la casa.

Di al cochero la dirección de Middleton House y subí las piernas a mi pecho abrazándolas con fuerza.

El carruaje viró para dar la vuelta y, a través de las cortinas, pude vislumbrar la figura de Crawford cerca de la ventana del recibidor.

Rompí a llorar con fuerza sin saber muy bien por qué. Él debía sentirse tan destrozado como yo.

Después de haber visto satisfecho mi plan tenía que sentirme feliz, no solo por haber completado mi apuesta, sino ante la idea de que un gran ajuar de vestidos nuevos descansaría al amanecer en mi armario. Sin embargo, ni siquiera aquel pensamiento alegre mejoraba mi humor.

Me sentía culpable, una traidora sin corazón.

Sacudí la cabeza intentando alejar todos aquellos nefastos pensamientos.

Durante el trayecto no podía dejar de pensar que Amelia no debía haberse entrometido tan directamente. Lo había empeorado todo, a pesar de ser consciente de que, sin su intervención, cada día me hubiera resultado mucho más difícil confesarle la verdad al marqués.

El carruaje se detuvo. Saqué la cabeza de mi regazo y me enfrenté al gran conjunto de ladrillos, tejas y ventanas que conformaban aquel edificio que denominaba hogar.

Salí del coche con cautela, di las gracias al conductor y corrí hacia la parte trasera.

Entré por la cocina y subí con agilidad a mi cuarto en donde me lancé directamente sobre el colchón negándome a permitir que las lágrimas siguieran resbalando por mis mejillas.

Eché un rápido vistazo hacia el reloj que descansaba sobre la cómoda. Me costó un tiempo descubrir dónde se hallaban las manecillas. La más corta señalaba las cuatro, la larga las doce. Era demasiado temprano para vagar de un lado a otro, quizás podría esperar un poco a que amaneciera.

Mi inquietud no me permitió esperar más de cinco minutos, los cuales sucedieron como horas. De modo que me levanté de un salto, y aún vestida con la misma ropa, me deslicé por el oscuro pasillo hasta el dormitorio de Amelia dispuesta a esclarecer muchas de las cuestiones que necesitaban reposo en lo más profundo de mi mente.

Capítulo 26

UNA CONCIENCIA INTRANQUILA Y UN CORAZÓN ROTO

No pude controlar el deseo de sacudir a mi prima fuertemente.

—¿Qué sucede? ¿Qué...?

—Shhhh. —Coloqué mi mano sobre su boca intentando acallar sus gritos. —Solo soy yo —la tranquilicé—. Tenemos que hablar.

Amelia sacudió la cabeza y se deshizo de la tapadera que ejercía mi mano sobre sus labios. Tenía los ojos aún pegados, el pelo alborotado y el desconcierto en sus facciones.

—Todavía es de noche —aseguró—. ¿No puedes esperar?

—Me temo que no —dictaminé encogiendo los dedos de los pies.

Me tumbé introduciéndome con cuidado bajo las sábanas de su cama. Amelia se deslizó hacia un lado. Ambas nos quedamos mirando a un punto fijo en el techo, escuchando nuestras respiraciones.

—¿De qué quieres hablar?

—Crawford —solté con la voz rota.

Amelia suspiró audiblemente.

—¿Qué sucede con él?

—Lo sé todo. Esta noche ha venido a reclamarme —pronuncié despacio intentando asimilar lo acontecido.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Ha entrado aquí? ¿A nuestra casa? ¿Cómo se atreve! ¿Te ha hecho daño? Si te ha hecho daño te juro que...

Se incorporó. El pánico se había apoderado de ella. Movía sus manos de forma enloquecida y el apremio de su voz denotaba que se hallaba en un estado completamente nervioso.

—Amelia, tranquilízate. No ha pasado nada. Estoy bien, estoy aquí —le aseguré cogiéndole la mano.

Al parecer mis palabras surtieron el efecto deseado.

Mi prima se recostó no sin mostrar su reticencia.

—Él entró a mi cuarto, se mostraba más altivo y distante que lo acostumbrado. Me invitó a acompañarle y me negué. Mi respuesta no le agradó excesivamente, de modo que, tomándome como un fardo, me sacó de casa y me llevó a la suya.

—No puedo creer lo que me estás contando. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¡Te secuestró, Lillian!

—Bueno, no creo que sea tanto como un secuestro. Hubiera preferido que me obligara a irme de otra forma, ir sobre el hombro de alguien es de lo más humillante. A ninguna dama le gusta que la comparen con un saco de patatas.

—Pero ¿qué estás diciendo? Esto es más que eso. Si él ha entrado sin llamar la atención quiere decir que la casa no es segura. Deberíamos avisar a tu hermano, a la Policía, contarles lo que ha pasado, contratar guardias.

—Amelia, Amelia —la llamé irguiéndome sobre el colchón y sujetándola por los hombros—. ¿Puedes parar un momento? Estás siendo de lo más melodramática. ¿Quieres que te cuente o no?

Sus labios se sellaron en una fina línea recta y sus preciosos ojos grises me miraron expectantes.

La suave luz del crepúsculo comenzó a inundar el cuarto de tonos rojizos y anaranjados.

Tomé aire para infundirme valor y empecé mi relato.

Con cada palabra su expresión se tornaba alarmante.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber Amelia alargando la mano y acariciando mi cabello desordenado.

—Tengo tantas emociones en mi interior que no sabría explicarte.

—Inténtalo —me pidió cariñosamente.

—Me siento culpable, triste, desesperanzada, despreciada. Le he hecho tanto daño... —Me quedé absorta en las cortinas color lavanda que oscilaban al ritmo de la suave brisa de la mañana—. ¿Por qué me traicionaste de esa forma? ¿Por qué fuiste a contárselo a mis espaldas?

Sentí las manos cálidas de mi prima sobre las mías frías como el tímpano.

—Lo siento. Tenía que hacerlo. Te has enamorado de él y sabes tan bien como yo que no es un buen partido.

Abrí los ojos súbitamente.

—¿Por qué dices eso? No es verdad. Yo no estoy...

—No trates de disimular conmigo. Te conozco. —Chasqueó la lengua—. Me percaté de que el marqués te interesaba más de lo que creías desde que regresamos de la fiesta de los Stilton y mi intuición no era errónea. Desde ese momento solo has estado pendiente de él, de sus movimientos, de sus encuentros. Tú podrías decir que formaba parte del plan, sin embargo, yo no te creí en ningún momento. Te pones celosa cuando coquetea con otras mujeres y te gusta sentirte perseguida por él. No lo niegues.

—No puedo hacerlo —admití—. Reconozco que me gusta su compañía, su conversación es inteligente y perspicaz y ha sido el único hombre capaz de generarme cualquier tipo de interés, pero eso no quiere decir que esté enamorada de él.

—¿Cómo puedes mostrarte tan reacia? ¿Acaso no lo ves? Te interesas por su bienestar, te preocupa su opinión sobre ti, lo buscas con la mirada en cada evento e incluso has puesto en riesgo tu reputación e integridad física por él en varias ocasiones. Esa imagen que él te ha hecho creer de sí mismo y la confusión de tus sentimientos es la que hace que no te des cuenta de la verdad—. Se produjo un intenso silencio entre las dos—. ¿Sabes por qué lo hice? Porque sabía que él terminaría haciéndote daño. Una vez que se cansara de ti te abandonaría y tú quedarías con la reputación destrozada. Cuanto más tiempo hubieses estado siguiendo el juego, más hubieras creído que él te correspondía. Hubiera seguido embaucándote, confundiéndote, mintiéndote. Tengo la sensación de que no has sido tu quien ha jugado con él, sino que ha resultado todo lo contrario.

Las palabras sinceras y dulces de mi prima aunadas con su voz tranquilizadora provocaron que mis lágrimas resbalaran por mis mejillas.

—Lo crees así porque no lo conoces, él no es... ¡Oh, Dios mío! ¿Estoy enamorada de él realmente? —pregunté en voz alta lo que mi corazón temía.

—¿Por qué otro motivo rehusarías a cerrar la apuesta?

¿Estaría Amelia en lo cierto? ¿Me negaba a reconocer que me había enamorado de él? Y tras realizar aquella pregunta lo supe. Debía sincerarme conmigo misma, quitarme la venda de los ojos y dejar de negar lo evidente;

Lillian Abernathy estaba completa y absolutamente enamorada de Alex Stone, marqués de Crawford.

Sentí un pellizco en la boca de mi estómago y mantuve la respiración asustada por mi propia declaración. Mi mayor miedo había acabado por atraparme.

Siempre había rechazado las ideas románticas del sufrimiento por amor, y, sin embargo, la realidad me golpeaba de frente. Allí me veía yo, envuelta en los brazos de mi prima, desconsolada y llorando por un hombre que muy probablemente ya no me correspondía.

—¿Por qué me pasa esto, Amelia? ¿Por qué he tenido que...? —No pude pronunciarlo en voz alta. No estaba preparada.

Mi prima me acariciaba el pelo con delicadeza, intentando tranquilizarme mientras me acomodaba en sus brazos.

—Él tiene ese poder. Y yo no puedo evitar sentirme culpable por lo sucedido.

—Si hay alguien culpable de la situación en la que me hallo soy yo por no haber llevado a buen término mi labor. Tú no hacías más que advertirme, y no quise escucharte. Estaba tan ensimismada en seducirlo que no era capaz de contemplar la verdad. Me dejé embaucar por sus encantos y he caído presa de mi propia trampa.

—No sabes cuánto lo siento, Lillian. Si hay algo que pueda hacer...

—Abrazame con fuerza, ¿vale?

Hundí mi rostro en su regazo y sus brazos me rodearon de forma maternal. Olía a algodón limpio, jabón y un ligero toque a su perfume de lavanda.

Lágrimas silenciosas comenzaron a inundar mis ojos y a rodar por mis mejillas.

—Le pediré a Hannah que traslade los vestidos y complementos a tu baúl.

—Oh, no —rechacé aún con los ojos acuosos—. No puedo aceptarlos.

—Por supuesto que lo harás —replicó mi prima—. Son tuyos, cumpliste con tu parte del pacto. Es lo mínimo. —No respondí, me sentía demasiado aturdida y acongojada—. Trata de dormir un poco. Seguro que al despertar lo verás todo distinto.

Aspiré por la nariz repetidamente y me enjuagué las saladas lágrimas que habían llegado hasta mis labios.

—No me dejes.

—No lo haré —susurró acariciando mi cabello.

Su pecho subía y bajaba acompasadamente.

Cerré los ojos con fuerza y me concentré en su ritmo para conciliar el sueño. Las palabras de Crawford seguían resonando en mi fuero interno. Sus afirmaciones me dolían.

Un inmenso agujero negro se había abierto en mi corazón. Solo quería llorar hasta secarme por dentro.

Lo había traicionado y jamás podría perdonármelo.

Desperté a mediodía, la cabeza me dolía y tenía los ojos hinchados.

Me sentía agotada. El sueño había sido superficial y lleno de pesadillas en las que Crawford era el protagonista.

Me incorporé y descubrí la cama vacía. Separé las cálidas sábanas de mi cuerpo y me senté en el borde del colchón. Alejé mi pelo enmarañado de mi frente y tras coger mi chal me puse en pie.

Sin ser vista caminé hasta mi habitación.

El dormitorio estaba recogido y la cama hecha. Sobre ella, todos los vestidos apostados con sus respectivos complementos descansaban sobre la colcha.

Los miré detenidamente, corrí hacia ellos, los agarré con furia mientras las lágrimas brotaron de nuevo entre maldiciones y palabras malsonantes y lo lancé creando un festival de colores brillantes que danzaba sobrevolando el cuarto sin apenas hacer ruido sobre la mullida alfombra.

Cuando no quedó ninguna prenda sobre la cama me derrumbé. En mi pecho aún sentía aquella extraña y desgarradora opresión.

¿Por qué me sentía así? ¿Cómo podía haber llegado a enamorarme del marqués? ¿A caso actuaba igual con todas las mujeres? ¿Qué me tendría que hacer a mí diferente?

Traté de serenarme, poner mi mente en orden y encerrar todos mis sentimientos en una cajita en lo más profundo del corazón y seguir mi propio destino, seguir siendo yo.

Me levanté con la mirada puesta en los vestidos, los recogí uno a uno y los coloqué sobre la cama de nuevo. Llamé a Hannah, que apareció rauda

por el pasillo. Le pedí un baño de agua caliente y un té en los que me sumergí durante buena parte de la mañana.

Bajé a comer. Mi cuerpo estaba limpio, envuelto en uno de mis vestidos de color azul celeste y mangas francesas, mi pelo negro y rizado descansaba sobre mis hombros, sujeto con dos horquillas a ambos lados de mi cabeza, y mis ojos se encontraban menos hinchados. Deseé mostrarme tan refrescada también en mi interior.

Tía Mary y Amelia esperaban pacientes en el comedor. Tras el saludo de rigor me senté con ellas y el lacayo comenzó a servir.

—¿No esperamos a Harry? —pregunté.

—Tu hermano se siente indispuesto —respondió tía Mary—. Comeremos las tres.

No dije nada al respecto y pronto la ausencia de mi hermano cayó en el olvido. Amelia y tía Mary charlaban de los últimos acontecimientos sociales que habían leído en el periódico de esa mañana. Me mostré de lo más decidida y participé de forma activa en su conversación, olvidando así por unos minutos el dolor que me atravesaba el pecho.

Tras el almuerzo compuesto por unas verduras al horno, un budín de carne y un pastel de fresas, me dirigí a la biblioteca en donde tomé un libro al azar y salí a la terraza trasera.

Acomodada en la butaca de mimbre, abrí el libro *Las cuitas del joven Werther* y comencé a leer. Sin duda alguna no era la lectura más adecuada para mi estado de ánimo. No obstante, no lo abandoné, lo dejé sobre mi regazo sin apartar la mirada de su cubierta.

Mis pensamientos vagaban una y otra vez a todo lo acontecido la noche anterior.

Debía olvidarme de la apuesta, olvidarme de Crawford y continuar mi vida tal y como la dejé, aunque en aquel instante no recordaba cómo había sido. No era la primera vez que me preguntaba aquello sin obtener una respuesta.

—Pareces absorta.

Encontré a Harry en el umbral del jardín. Vestía impoluto con una chaqueta oscura, pantalones ajustados, unas botas de piel sobre sus pantorrillas y el cabello ligeramente peinado atrás. Lucía una vigorosa expresión.

—Pensé que estabas enfermo.

—Bueno, algo tenía que decirle a tía Mary para que no me reprendiera por llegar borracho anoche.

—¿Llegaste borracho? No es propio de usted, milord —bromeé.

—No, no lo es —afirmó—. No obstante, ayer era necesario. Acompañaba a un amigo en sus desventuras.

Mi hermano se pasó las manos por el cabello dudando entre si debía hacerme partícipe o no de sus correrías.

Avanzó con grandes pasos hasta alcanzar una de las butacas de brocado y sentarse a mi lado bajo el pequeño toldo que nos protegía del sol.

—¿Lo conozco?

—Diría que bastante bien —determinó—. Era Crawford.

Mis ojos se abrieron desorbitados.

—¿Estuviste con el marqués?

Asintió.

Ambos enmudecimos. Yo por miedo a preguntar y él preparando el modo de interrogarme sin ofender.

Tragó saliva. Apoyó los codos sobre sus rodillas.

—Lillian, dime una cosa, ¿tuviste algo que ver con el estado en que Crawford se encontraba?

Todos mis sentidos se pusieron en alerta.

—¿Qué te hace pensar que yo estoy involucrada?

Fingí sentirme ofendida, era la mejor estrategia para no desvelar la verdadera naturaleza de mis emociones.

—Olvidalo. Ha sido una tontería preguntar. Es solo que nunca lo había visto de ese modo y se me ocurrió pensar que tal vez...

—¿Tal vez qué? —apremié inquieta por conocer más sobre el estado del marqués.

—Pues que tal vez habías estado actuando a mis espaldas. Últimamente él buscaba tu compañía y tú no parecías rechazarlo. Por no mencionar los comentarios, aparentemente irrisorios, sobre un posible parentesco entre nosotros. Ahora me doy cuenta de que es una estupidez, Crawford no bebería de ese modo por una mujer, y menos por ti.

No supe si sentirme halagada u ofendida ante el desafortunado comentario de Harry. Por miedo a parecer más indignada de lo que debía me abstuve de cualquier respuesta.

—Tienes razón, Crawford no se dignaría a contemplarme para llevar a cabo una acción así. Además, hace días que no coincidimos —mentí para darle más veracidad a mi dictamen.

—Sea como sea, me consuela saber que estuve al lado de un amigo cuando lo necesitaba.

No podía creer que Crawford hubiera elegido precisamente a mi hermano para llorar por mi causa. ¿Por qué todo resultaba tan irónico?

—¿No le preguntaste por el motivo de su desazón?

—Se mostró reacio a ofrecermé una respuesta, no quise insistir. —Eché un rápido vistazo a su reloj de bolsillo antes de dar un golpe sobre sus muslos y exclamar—: ¡He de irme!

—¿Otra vez?

—Tengo reunión con el administrador. Al parecer la casa del campo ha sufrido unos daños que hay que arreglar. Nada por lo que debas preocuparte —se adelantó.

Sonreí forzadamente.

Se inclinó para darme un beso en lo alto de la cabeza y con una calurosa despedida desapareció dejándome sumida en la más absoluta soledad sin percatarse siquiera de que aquel acto era lo peor que podía hacer. Dejarme a solas conmigo misma tras una confesión como aquella era la antesala al inicio de una nueva batalla.

Decidida a no sucumbir, me puse en pie con el libro en la mano y salí en busca de Amelia y la tía Mary. Seguro que sus incesantes cháticas me alejarían del marqués y de todo lo que tuviera que ver con él.

Capítulo 27

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

La primavera llegaba a su fin y con ella la tan aclamada temporada. Este inminente acontecimiento me traería una ansiada paz mental al darme la oportunidad de huir de Londres y esconderme en el campo durante al menos tres semanas. Tiempo suficiente para retomar el sentido de mi vida y la ilusión de emprender algún proyecto de todos los que había dejado aplazados a partir de la apuesta.

Aquella noche debía asistir al último baile de la temporada, como era tradición, en Norfolk Mason Park, lugar de residencia de Edmund Clifford y sus dos irritantes hermanas gemelas, Daniella y Brigitte.

Durante las últimas semanas había asistido con regularidad, empujada por Harry y Amelia, a cada uno de los eventos organizados, consiguiendo arreglármelas lo bastante bien como para no permanecer dentro del campo de visión del marqués, que con su habitual porte altivo y su arrogancia se movía con descaro por los diferentes escenarios bailando y flirteando con el resto de las damas, el suficiente tiempo como para soportar su mirada desdeñosa. Nunca había sido tan cobarde, mas el dolor que atisbaba en sus facciones al verme conseguía destrozar mi corazón pedacito a pedacito.

Con una imponente fachada y unos torreones de ladrillo protegiendo los flancos de la casa, Norfolk Mason Park, ubicada en el extrarradio de la ciudad, refulgía con esplendor. El jardín que daba acceso a la entrada principal había sido acondicionado para que múltiples carruajes pudieran estacionarse en el camino y desde el exterior podía vislumbrarse el brillo de las lámparas de araña que se escapaba por los amplios ventanales. La orquesta, situada al fondo del salón, nos deleitaba con dulces compases

dándonos la bienvenida. Apostados bajo el umbral del salón, las dos gemelas y su imponente hermano nos saludaron con cortesía.

Tras la ceremonia y el intercambio de frases de rigor, Amelia, Harry, tía Mary y yo nos introdujimos entre la masa de vestidos y esmóquines que circulaban de un lado a otro.

Harry nos acompañó durante breves minutos antes de alejarse unos metros, para conversar con un grupo de amigos, no sin antes avisarnos de su constante supervisión aún en la distancia.

Amelia y yo nos sentíamos tan hambrientas que nos encogimos de hombros como respuesta y nos servimos en nuestro plato tres bocados de deliciosos canapés.

De forma inesperada, de entre la multitud salió lady Elliot, que con su aguda risa se acercó a saludarnos y a lanzar una larga lista de cotilleos que había ido descubriendo en los últimos días.

—El vizconde Marsdensen ha estado desaparecido desde que regresó de la Mansión Stilton. Nadie conoce su paradero y la única fuente fiable que es su hermanastro, se muestra, como siempre, de lo más reacio a hablar alegando que el vizconde es impredecible. Quizás usted, señorita Haymore, podría conseguir información al respecto.

El rostro de Amelia se mostró contrito.

—¿Yo? ¿Cómo iba yo a sacarle algún tipo de información al marqués de Ackerman?

—Bueno —susurró lady Elliot acercándose—, algunas fuentes dicen que usted y él han pasado demasiado tiempo juntos y se entienden a la perfección.

Me reí abiertamente ante el comentario mientras que las mejillas de mi prima se volvieron del color de la grana.

—¿Cómo puede decir eso? Le prohíbo que siga divulgando ese rumor —exclamó ofendida—. Hace parecer que el marqués y yo podríamos tener un romance ilícito.

—¿Y no es así? —inquirió insidiosa lady Elliot.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me toma?

—Le ruego se calme. No era mi intención ofenderla. Por supuesto que jamás pensaría algo así de usted, solo le hago saber los rumores que hay sobre su persona.

Amelia tenía la mandíbula tensa y el rostro contrito. Estaba furiosa, muy furiosa.

—Yo no sé nada porque no fui invitada a la reunión de Stilton, pero los que sí estuvieron murmuran que no dejaban de mostrarse atenciones —admitió.

—Solo era un juego —se excusó Amelia—. Nos vimos obligados a permanecer juntos durante muchos días. Otras parejas también lo hicieron y nadie los acusa de ello.

—Ninguna pareja forma un conjunto tan perfecto como ustedes dos —aclaró lady Elliot, algo con lo que yo no pude estar más de acuerdo.

—No quiero escuchar ni una sola palabra más al respecto.

—Muy bien. Le pido disculpas por mi atrevimiento.

Nos mantuvimos en silencio. Lady Elliot hizo un barrido por el salón de baile antes de añadir:

—¿Se han enterado de los últimos enlaces de la temporada?

Negamos con la cabeza y ella comenzó a detallar una larga lista de posibles compromisos.

Mientras seguía de cerca la conversación, busqué con la mirada algún indicio de la presencia de Crawford. No podía bajar la guardia, si él aparecía debía poner en práctica mis dotes para permanecer invisible.

—Y lo más interesante de todo, he oído que el próximo sábado disfrutaremos de una última velada inesperada.

—Pensé que esta sería la última fiesta de temporada —añadí decepcionada.

—Lo es, los hermanos Norfolk siempre han tenido ese honor, pero este año alguien parece querer arrebatarnos el protagonismo.

—¿De quién se trata? —inquirió Amelia.

—Del marqués de Crawford.

Al pronunciar su nombre, y de forma inmediata, lady Elliot acaparó toda mi atención.

—Al parecer, el marqués quiere hacernos partícipe de una gran noticia —soltó una risita—. ¡Es todo tan emocionante! No se habla de otra cosa.

—Nosotras no lo sabíamos —admitió mi prima intentando mantener ocupada a lady Elliot para que no llegara a atisbar mi lívido semblante y mi expresión de desconcierto.

—¡Qué raro! Pensé que... —Me miró durante unos segundos planteándose si incluirme o no en la frase. Descartó la idea y prosiguió—: Seguro que pronto les llegará la invitación.

El vizconde de Norfolk se acercó hasta nuestro pequeño círculo, expresándonos su agradecimiento por nuestra asistencia, preocupándose por nuestra comodidad y disfrute y, por último, invitándome a bailar. Acepté de inmediato y lo seguí hasta la pista de baile.

Norfolk se deshacía en halagos conmigo, bailaba con elegancia y delicadeza y me contaba historias divertidas para hacerme reír, sin embargo, a pesar de que mis labios se curvaban y mis ojos guiñaban, no era feliz.

Las palabras de lady Elliot seguían rondando mi cabeza y, mientras lo hacían, dudaba si debía aceptar su invitación, en caso de que, una vez recibida y por deferencia a la amistad con Harry, se incluyera mi nombre. ¿Sería capaz de enfrentarme a él de nuevo? ¿Habría superado mi cobardía? Desde lo más profundo de mi ser lo necesitaba. Quizás un enfrentamiento directo con él y el tiempo suficiente de preparación me ayudaría a dejar de ser la sombra de la Lillian en la que él me había convertido.

Dos días después, Harry apareció en el comedor para acompañarnos en el desayuno con un sobre en la mano. Supe desde el primer momento qué contenía aquella misiva.

En cuanto se hubo acomodado y dado el primer sorbo a su café, sacó la tarjeta interior y nos dio a conocer la noticia.

—El próximo sábado estamos invitados a la reunión que ha organizado el marqués de Crawford en su residencia. Solicita la asistencia de todos los miembros —masculló.

—Oh, ¡qué emocionante! Es la primera vez desde que murió el anterior marqués que no se realiza una celebración en Stone House —expuso tía Mary.

—¿Es cierto eso? —pregunté incrédula.

—Así es. Siento una gran curiosidad por saber si la mansión sigue manteniendo el mismo toque sobrio y elegante de antaño.

Mientras tía Mary divagaba sobre la decoración en la mansión de Crawford, yo no podía más que pensar en los motivos que lo habrían

llevado a organizar una celebración de tal índole después de tantos años, sembrando la expectación y desconcierto en toda la sociedad londinense.

Aquella noche de sábado me atavié con el vestido beis de pedrería y seda que le había ganado a mi prima en la apuesta. Las mangas ribeteadas en negro me conferían un toque elegante. Mis manos se enfundaban en unos largos y sedosos guantes y sobre mi cuello lucía una fina gargantilla.

Me había recogido el cabello en un moño alto, rodeado con unas cintas doradas que dejaban al descubierto unos pendientes cortos de perlas.

A pesar de que todos los invitados nos encontrábamos en el interior del salón, ninguno parecía haberse llegado a encontrar con el anfitrión, lo cual causó una mayor confusión. Solo Crawford podía realizar un acto tan excéntrico y no ser reprochado por ello.

Deslicé la mirada por el amplio habitáculo y me encontré con la figura de su mayordomo, que examinaba el salón con aprobación. Nuestras miradas se cruzaron, aunque su semblante no se modificó en lo más mínimo. Aparté rauda mi atención para examinar la impresionante lámpara de araña que colgaba del techo. A pesar de mis visitas a Stone House, no había tenido la oportunidad de conocer la casa en profundidad. Me sorprendían aquellos pequeños detalles llenos de distinción que decoraban su hogar.

Los rumores sobre aquella noche vagaban entorno al marqués, su hogar y la desconcertante reunión, sin embargo, y a pesar de las críticas, todos bebían de los mejores licores dispuestos por el personal y comían exquisiteces disfrutando de la música de orquesta. No pude evitar pensar en cuán hipócrita podía ser, en general, la sociedad.

De pronto todos los murmullos se acallaron, la música dejó de sonar y las miradas se dirigieron hacia la puerta principal en donde el marqués apareció bajo su marco impecablemente vestido, con una deslumbrante sonrisa y el porte erguido haciendo acto de presencia.

Vestía un traje de tres piezas de color negro, unos zapatos oscuros y una camisa almidonada blanca. En su cuello un pañuelo blanco le otorgaba el toque de gracia. Era una combinación de lo más clásica para una fiesta informal, que a él le sentaba maravillosamente.

Sus ojos brillaban mientras saludaba convenientemente a sus invitados. Movía la cabeza y sonreía mostrando sus perfectos dientes blancos, que me

mantuvieron hipnotizada durante unos segundos. Debía admitirlo, Crawford era irresistiblemente atractivo y yo me sentía completamente hechizada por él.

De su cabello oscuro engominado ligeramente hacia atrás escapaba un mechón rebelde que caía sobre su frente, otorgándole un aire pícaro y desenfadado; con seguridad debía hacerlo a propósito. Caminaba con seguridad en sí mismo, con porte regio, como si nada ni nadie pudiera turbarle.

Barría con la mirada las distintas caras de los invitados y, en el preciso instante en que sus penetrantes y deslumbradores ojos se fijaron en mí, durante un par de segundos, sentí un vuelco en la boca del estómago. Crawford curvó ligeramente la comisura de los labios y cabeceó en mi dirección antes de continuar.

Parpadeé varias veces.

¿Qué significaba aquello? ¿Realmente aquel era el marqués de Crawford?

Continué sus pasos sin perderlo ni un segundo de mi centro de interés. No parecía haber dolor en sus ojos, ni siquiera rencor... Todo me resultaba de lo más extraño.

Encogiéndome de hombros, decidí que la extraña y desconcertante actitud de Crawford no lograría perturbarme. Mi misión aquella noche era dejarle claro al marqués que me encontraba mejor que nunca en todos los aspectos. Por ello, me dediqué a buscar sutilmente a algún hombre que quisiera acompañarme durante la velada y sacarme a bailar. No tuve que recorrer muchos metros cuando Stinton apareció ante mí. Aferrándome a su figura consentí en bailar con él, no una, sino dos piezas.

Al término, acompañé a tantos hombres como invitaciones me llegaban. Mi cartilla se fue llenando poco a poco sin apenas percatarme de ello.

En alguna ocasión había sorprendido a Crawford observándome con deleite e incluso llegué a discernir cómo alzaba la copa de champán que sostenía entre sus dedos enguantados y bebía a mi salud. Pestañeeé varias veces y continué danzando en los brazos de Norfolk, desconcertada.

Hambrienta y cansada de deslizarme la mayor parte de la noche por los brazos de aquellos caballeros por los cuales no sentía algún tipo de interés romántico, decidí que había llegado el momento de desaparecer por unos minutos.

Me disculpé con lord Tyron y, asegurándome de que la presencia de Crawford no rondaba alrededor, me encaminé apresurada hacia la mesa de los refrigerios.

No disponía de mucho tiempo, el marqués podía aparecer en cualquier momento. Tomé varios canapés en un platito y con discreción di buena cuenta de ellos. Echando en falta algún tipo de líquido, sorteé a los pocos invitados que se cruzaban en mi camino sonriéndoles de forma amistosa y me acerqué a un lacayo que con esmerado equilibrio recorría el salón con frías copas de champán. Le arrebaté una de inmediato y, dándole las gracias, me la llevé a los labios dando un largo trago. Dejé que el exquisito licor se deslizara por mi garganta y me refrescara.

El líquido burbujeante me hizo cosquillear la lengua. Nada se me antojaba más armonioso que aquella sensación que calmaba mis nervios. Me sentía tan extasiada, paladeando aquel excitante sabor, que no solo perdí la noción del tiempo, sino también el objetivo de hacerme invisible.

Una voz masculina y completamente conocida me atravesó el pecho, me erizó el vello e hizo que cada uno de los músculos de mi cuerpo se tensara.

—¿Bebiendo lo que no debe a escondidas, lady Abernathy?

Tragué saliva, tomé aire y lentamente levanté la mirada al frente con la copa aún sujeta entre mis dedos.

—Yo nunca me escondo, milord, debería saberlo.

Su semblante, lejos de mostrarse alterado, turbado o enojado lucía complacido, risueño e incluso divertido.

Me desconcerté por completo. ¿Qué intenciones tenía?

Chasqueó la lengua y sonrió, cautivándome con aquel seductor gesto.

—Veo que sigue siendo la misma joven impertinente de siempre.

—Y usted el mismo marqués arrogante —repliqué.

Bajé la vista hacia la copa y descubrí que el líquido que quedaba en su interior se movía incesante de un lado a otro. ¿Realmente podía estar temblando sin notarlo?

—Ven conmigo —me ordenó dulcemente.

Arqueeé una ceja, circunspecta.

—¿Por qué debería hacerlo? La última conversación que tuvimos no quedó en buenos términos —aseguré desconfiada.

Estaba segura de que algo tramaba, tanta amabilidad después de lo que había sucedido no era precisamente lo que debía esperar.

—Necesito hablar contigo precisamente de *ese momento* —aseguró confiado.

Miré por última vez la fina pieza de cristal que llevaba en mi mano y, decidida, la dejé sobre la mesa lentamente, controlando cada uno de mis movimientos. A continuación, volví mi atención a él y le respondí a su mandato.

—He dicho que no —solté tajantemente olvidando los formalismos—. No hay nada que hablar entre nosotros. Me lo dejaste muy claro. Cualquier cosa que desees saber puedes preguntarlo aquí, de lo contrario no tengo nada que decir. Buenas noches.

Y antes ni quiera de poder ver su expresión lo rodeé para alejarme de su lado lo más pronto posible.

Su mano agarró mi muñeca deteniéndome a medio camino.

No me volví. Nuestros brazos se rozaban y su aliento tocó mi mejilla cuando habló. Un cosquilleo comenzó a recorrerme desde la cabeza hasta la punta de los pies haciéndome recordar las múltiples sensaciones que despertaba en mí.

—Por favor, Lillian. Es importante. He montado toda esta parafernalia solo para obligarte a venir hasta aquí. No te niegues sin conocer primero mis intenciones.

Sus palabras eran desesperadas. Pude sentir el apremio y la necesidad que emanaba por cada poro de su ser de exponerme aquello que deseaba, sin embargo, no se lo pondría tan fácil.

—Me echaste de tu casa, me dijiste... —le escupí amargamente mientras recordaba la cruel forma con la que me había despachado de su vida en cuestión de segundos.

Me había herido, y mucho.

—No hablemos de eso aquí, te lo suplico. Acompáñame.

Suspiré fuertemente para que me oyera.

No deseaba encontrarme a solas con él. Si me mostraba tan reacia a su compañía en solitario era porque seguía siendo una cobarde y temía su presencia y aquello que me hacía sentir. Además, me desconcertaba su actitud. ¿Y si tramaba una venganza?

Ante mi evidente acción dubitativa, dijo:

—Es importante. Mi futuro depende de ello.

Era consciente de que añadía aquel punto dramático a su discurso solo para conseguir convencerme, y sorprendentemente funcionó. La curiosidad me embargó.

—En quince minutos iré a tu despacho —declaré antes de soltarme y perderme entre la multitud.

No podía creer que Alex volviera a buscarme y a hablar conmigo cuando la última vez había estado tan molesto y dolido que casi podía haberme visto morir en un río de lava en el interior de unos ojos en los que, contra todo pronóstico, quería ser devorada por sus llamas. Quizás era masoquista o sentía una aguda inclinación hacia el peligro. Fuera como fuese, deseaba caer en la tentación de adentrarme en una turbia conversación con el hombre al que amaba. A pesar de ello, no podía olvidar que debía seguir en alerta, Crawford era completamente impredecible.

Nunca quince minutos se me habían hecho tan eternos. Entré en el tocador, me arreglé, salí, me tomé otra copa de champán, me di una vuelta por los alrededores del salón, charlé con un par de personas y por fin conseguí escabullirme.

Crucé el recibidor, encontrándome con una pareja que salía de detrás de las escaleras. Fingí estar inmersa en arreglar el bajo de mi vestido regalándoles la oportunidad de huir y, una vez lo hubieron hecho, recorría los metros que me quedaban y me adentré rauda en el interior del despacho del marqués.

Cerré la puerta, asegurándome de que no hubiera nadie circulando por el pasillo, y levanté la mirada hacia el habitáculo.

Crawford se mostraba imponente, sentado en el borde de su escritorio, con los brazos cruzados y una pierna descansando sobre la otra por los tobillos. Su espeso cabello negro se mostraba rebelde y algo desordenado. A su lado, sobre la mesa, descansaba una copa de *whisky* por la mitad junto a una botella.

—Me alegra que hayas venido, creí que me dejarías esperando toda la noche.

—¿A qué viene esto, Crawford? —pregunté sin amilanarme.

Se puso en pie, haciéndose así más grande, y dio un paso hacia mí.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A la fiesta, a tu invitación, a que quieras hablar conmigo... ¡A todo!

Sus labios se volvieron una línea recta mientras me escrutaba de arriba abajo. Si hubiera sido una dama que se ruborizaba, lo hubiera hecho ante su oscura y penetrante mirada que recorría mi cuerpo y se recreaba en algunas partes de mi anatomía.

Tragué saliva y me armé de valor para hablar.

—No me gusta que me miren así. Si me has hecho venir para esto, será mejor que me vaya —dije considerando que entrevistarme con él a solas había sido un completo error.

Me parecía una situación absurda y extraña, aunque siendo sincera conmigo misma, ¿podría haber sido de otra forma toda mi relación con él?

Di un paso hacia la puerta y su voz autoritaria me detuvo.

—Solo quería crear una ocasión para asegurarme de que vinieras a mi casa y me dejaras verte.

Ladeé la cabeza lo justo para enfrentarme a él.

—¿Por qué? Me aclaraste que no era una persona grata para ti. No entiendo nada. ¿Buscas vengarte? ¿Es eso lo que te mueve?

Y, mientras yo le exponía todas mis dudas, el marqués había cruzado la habitación en tres zancadas y se había parado frente a mí. Su cabeza, dos palmos más alta que la mía, se inclinaba ligeramente hacia mi rostro. Me olvidé de respirar.

—Este es el motivo.

Y antes de que pudiera asimilar siquiera aquellas escuetas palabras, me besó.

Capítulo 28

EL FINAL DE UNA HISTORIA

Sus manos agarraron mis caderas acercándome al impetuoso ardor que desprendía su cuerpo cuando su boca se pegó a la mía con agitación.

A pesar de que mi mente gritaba «peligro», mi corazón, o tal vez el fuerte deseo que me recorría por las venas, decidió no prestarle atención.

Me aferré a sus musculosos brazos sintiendo cómo su abrasadora pasión se colaba entre las capas de su ropa. Mis ojos se cerraron y mi lengua jugueteó con la suya en el interior de mi boca.

Nuestras respiraciones no se acompañaban, estaban aceleradas. Mi corazón latía desbocado y llegué a marearme presa del entusiasmo y de las sensaciones que me envolvieron. Todo mi cuerpo comenzó a temblar bajo las manos del marqués, por mi estómago comenzaron a volar miles de mariposas y la sangre comenzó a circular por mis venas en torrente. No sabía cuánto echaba de menos encontrarme así con él hasta aquel preciso instante.

Estar entre los brazos de Crawford era incluso mejor de lo que recordaba, sus gruesos labios jugaban con los míos, los mordisqueaba y lamía con pasión sin concederme ni un solo segundo para tomar aire.

Nos estuvimos besando durante unos minutos, los suficientes para lograr entender que aquel acto daría lugar a otro en el que ninguno de los dos confiábamos. No supe de dónde saqué el valor necesario para alejarme bruscamente obligándonos a detenernos. Aquello no era correcto y me volvería loca si no entendía qué significaba ese gesto tan pasional. Necesitaba saber y poner en orden el caos que reinaba en mí ya de por sí turbulenta mente.

Ninguno dijo nada, nos miramos fijamente, con la respiración agitada, intentando leer los pensamientos del otro.

—¿Qué significa esto? —le espeté cuando conseguí recuperarme.

Di un paso atrás consiguiendo una distancia prudencial entre nosotros.

—Creía que nos acabábamos de besar. Sin embargo, si tú no lo consideras tan claro, igual tengo que hacerlo de nuevo para que en esta ocasión no te despistes —sonrió travieso—. ¿O será que habré perdido mis dotes amatorias?

Fruncí el ceño y busqué en su rostro cualquier atisbo de burla. Para mi sorpresa no encontré nada más que emoción y sinceridad.

—¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Vengarte? —saqué a relucir mis dudas más profundas.

—Contra todo pronóstico, no. Mi único deseo es estar a tu lado, Lily —afirmó seriamente.

—No me llames así —le exigí con los dientes apretados—. Nunca te he dado permiso para que lo hagas.

El hecho de que usara un hipocorístico tan cariñoso solo empeoraba las cosas.

—Amor mío..., yo.

—¿Amor mío? —Mis ojos se desorbitaron ante aquel apelativo.

No lograba entender qué sucedía a mi alrededor.

Paseé la mirada por todos los rincones de la sala en busca de alguna señal, un indicio que me descubriera que Crawford bromeaba, que ansiaba burlarse de mí. No encontré nada.

Mi segunda alternativa iba aunado a la fantasía. Aquel instante formaba parte de un bonito y cruel sueño. Seguramente cuando salí en busca del marqués me había caído y mi verdadero cuerpo yacía sobre su alfombra mientras que los pocos invitados que me habían encontrado intentaban sin éxito reanimarme.

Cerré los ojos con fuerza y me obligué a despertar. No es que no quisiera soñar con sentirme en sintonía con Crawford, mas temía que aquel sueño tan vívido me marcara para siempre haciéndome lamentar mi error el resto de mi vida.

—Lillian, ¿qué haces? —me preguntó cuando me puse roja de tanto constreñir el rostro—. Te vas a hacer daño, detente.

—¿Por qué no despierto? —quise saber con los ojos aún cerrados fuertemente.

—¿De qué hablas? —Su voz era grave, pero al mismo tiempo melodiosa y suave, casi envolvente.

—Estoy soñando, lo sé, esto no es cierto.

Soltó una sonora carcajada que duró unos segundos y de pronto sentí sus cálidas manos sobre las mías apretándome con fuerza.

—No estás soñando, cariño. Abre los ojos y mírame. Soy yo.

Obedecí a su petición y ante mí el marqués se mostraba de lo más deslumbrante posible.

—No entiendo nada. Si esto no es un sueño, ¿por qué me besas? ¿Por qué me llamas «amor mío»? ¿No recuerdas quién soy? ¡Soy Lillian! —exclamé soltándome de sus manos y caminando por la habitación de un lado a otro de forma casi histérica haciendo gestos con mis brazos en el aire—. La misma que se apostó unos vestidos a cambio de enamorarte para abandonarte después, la misma que te hizo permanecer durante horas bajo la lluvia, la que te humilló frente a todo Londres, la que...

—No hace falta que sigas enumerando cada uno de nuestros momentos estelares. Recuerdo todos los detalles muy bien, gracias —habló de forma clara.

Aquella entereza me paralizó.

Me volví hacia él con los ojos casi desorbitados y la cabeza a punto de estallar.

—Por favor —le rogué casi desesperada—. Explícame qué está pasando si no quieres que me vuelva absolutamente loca.

Sus labios se curvaron levemente, parecía como si solo él fuera cómplice de alguna travesura que yo desconocía.

—Lillian. —Mi nombre sonó dulce y complaciente entre sus labios. Se detuvo unos segundos para aclararse la voz y de forma muy diplomática colocó las manos enlazadas en la espalda, irguió el tronco y me miró fijamente—. Durante estas semanas he tenido mucho tiempo para pensar. No entraré en detalles sobre los acontecimientos que me llevaron a esas reflexiones, a pesar de que he de confesar que me fueron de mucha ayuda. —Automáticamente recordé aquella conversación con Harry en la que me aseguró haberse encontrado con el marqués completamente embriagado. Él pareció percatarse de que sabía a lo que se refería—. Realmente no es algo

de lo que me sienta orgulloso y no es algo digno de mención. —Hizo una pausa—. Unas semanas después de conocer la verdad decidí que lo mejor para los dos sería olvidarte. No había nada mejor para tal empresa que asistir a todas las fiestas que se celebraran, fuera invitado o no, y retomar mi estilo de vida desenfrenado. Sin embargo, cuando me veía rodeado de mujeres bien dispuestas, alcohol y jugadores, sentía que eso ya no me llenaba, todo me parecía insustancial, frívolo, impersonal, desapegado. De modo que dejé de asistir a tales eventos y a aquellos a los que me arrastraban me dedicaba a sentarme en un rincón, abstraerme de mi realidad y pensar. Eran los únicos momentos en los que conseguía centrarme en mis pensamientos, descubrir a través de los otros lo que más anhelaba. Cuando de pronto, en uno de estos días en los que mi mente no estaba tan embotada por el alcohol, llegué a una seria conclusión.

Se creó un silencio bastante molesto.

Esperaba que me dijera cuál era el desenlace y, sin embargo, él se limitaba a mirarme divertido desde su posición.

—¿Y? —le empujé a continuar.

—¿Te interesa saberlo? —Alzó una ceja complacido.

—¡Habla de una vez!

Crawford soltó una carcajada.

—Mi querida lady Abernathy, no son formas de tratar a un marqués.

—Alex —le mencioné amenazadoramente y con los dientes apretados.

Él cerró los ojos y suspiró fuertemente. Era la primera vez desde que nos habíamos reencontrado que lo llamaba por su nombre de pila.

—De acuerdo, si demuestras tanta emoción, te lo diré.

De nuevo creó un arrogante silencio que me enfureció.

Apreté las manos en puños y tensé la mandíbula. Crawford estaba jugando conmigo.

Consideré la idea que me asaltaba de lanzarme hacia su cuerpo musculoso y golpearle el pecho indefinidamente hasta que me explicara cada pensamiento y emoción que lo había embargado, mas no tuve tiempo de actuar, pues su conclusión me dejó completamente paralizada.

—Lo merecía.

Me frené en seco sobre la alfombra y parpadeé repetidamente llena de incredulidad.

—¿Perdón? —Alcé una ceja—. ¿Puedes repetir?

—He dicho que lo merecía. —Chasqueó la lengua—. No me mires así, Lillian, estoy totalmente cuerdo, te lo aseguro. Tras muchas divagaciones reflexivas he llegado a considerar e incluso a aceptar que merecía que alguien se burlara de mí. Te aseguro que me costó mucho llegar a esa conclusión y, cuando lo hice, reí tanto y tan fuerte que todos me tomaron por borracho y me mandaron a casa en un carruaje de alquiler. Eso fue gracioso, te hubiese gustado presenciarlo —aclaró con la mirada perdida antes de regresar a mí rostro.

—No..., no comprendo nada. —Meneé la cabeza fuertemente intentando asimilar sus palabras.

¿Él creía que había actuado bien al aceptar la apuesta?

—Recuerdas que jugué con tus sentimientos, ¿verdad?

Dio un paso al frente y sus facciones se endurecieron.

Alargó su mano y me acarició el rostro dulcemente con la yema de sus dedos.

—Soy totalmente consciente de lo que hiciste y, aunque debo admitir que merecía un castigo justo por haber jugado, ilusionado y engañado a tantas mujeres, debes reconocer que tú eras la menos indicada para llevar a cabo esa misión.

—¿Por qué no? —pregunté con los ojos entrecerrados y toda mi atención puesta en sus palabras tan desconcertantes.

—Ni siquiera nos conocíamos cuando decidiste aceptar esa apuesta, y, sobre todo, porque eres la única mujer con la que siempre fui sincero. Jamás te mentí ni jugué contigo en ningún aspecto. ¡Qué irónico resulta!

—Es cierto, no lo hiciste —reconocí cabizbaja—. Aunque estoy segura de que si nos hubiéramos conocido como dictamina la etiqueta, lo hubieras hecho.

—No, estoy completamente convencido de que no —admitió muy seguro de sus palabras.

Su expresión era seria, mas no mostraba enfado.

—¿Cómo lo sabes? —quise saber atragantándome con mis propias palabras.

—Porque... —sus caricias se deslizaron hasta mi barbilla ascendiendo de nuevo por mi mejilla donde dejó descansar la palma de su mano— siempre habrías sido la intocable hermana de Harry cuyos preciosos ojos esmeralda

me tenían completamente obsesionado. Después de conocerte nunca hubiera imaginado que no podría haber otra mujer más para mí.

—Eso no es cierto. —Me separé bruscamente inquieta tras sus palabras. No podía evitar dudar de sus intenciones—. Nadie puede saber algo así con solo mirar a otra persona.

—¿Sabes? Yo era igual de incrédulo que tú, y esta vez recibí mi lección. Sé lo que sentí. —Se pasó la mano por el pelo de forma desesperada—. Lillian, créeme cuando te digo que he estado con suficientes mujeres como para saber qué se siente por ellas. Nunca me había palpitado el corazón de la forma en que lo hizo cuando te miré por primera vez. Aquella noche... —Sus palabras se deshicieron en el aire, y al mirar su rostro soñador supe que su mente se había evadido a nuestro primer encuentro—. Aquella noche estabas preciosa, llevabas un vestido verde que hacía juego con tus ojos. —Abrí los ojos desorbitados. Me sorprendía que recordara algo de lo que yo apenas tenía consciencia—. Tu pelo estaba ensortijado y múltiples tirabuzones caían sobre tus pechos y tu larga espalda. Parecías una diosa, completamente radiante y llena de vida. Cuando te sentí sobre mí pensé que había muerto y me encontraba en el más absoluto infierno con los mejores pasatiempos.

Resoplé.

—Alex, no sigas. Por favor.

—¿No me crees?

—Nadie se enamora a primera vista —decreté intentando no analizar sus halagadoras palabras.

Alzó una ceja confundido.

—¿Quién ha hablado de amor?

Me mordí el labio.

Había errado en mi dictamen y me avergonzaba por ello, ¿por qué se me había ocurrido hablarle de amor? Era tan difícil pensar con claridad cuando un hombre como Crawford decía aquellas cosas que toda dama deseaba escuchar y que solo sucedía en las novelas románticas escritas para mujeres.

—Yo...

Crawford volvió a reír fieramente.

—Otra vez te he dejado sin palabras.

Le lancé una mirada fulminante.

—No le veo la gracia.

—No te enfades, Lily. —Dio otro paso hacia delante acercándose a mí—. Tienes toda la razón. Estoy completamente enamorado de ti.

De pronto la sangre dejó de circular por mis venas, mi cerebro estalló y creí que caía en un abismo tan oscuro y negro como un pozo sin fondo.

—No puedes hablar en serio —dije sin dar crédito.

—Nunca he hablado tan en serio.

Alex seguía dando pasos para acercarse a mí. Con cada pequeño avance yo retrocedía dos. Necesitaba alejarme de él, de su atrayente calor corporal, de su exquisito aroma, de su embriagadora presencia.

Debía pensar con claridad y dejar zanjada aquella situación tan poco usual.

—No, eso... eso no es posible..., tú no puedes... no puedes... —No me atrevía siquiera a pronunciarlo.

—¿Por qué no? Tú eres una mujer y yo un hombre. Me gusta tu personalidad, me deleito con tu compañía. Eres divertida, ingeniosa, noble, cariñosa, dulce, y aunque a veces también seas irritante, testaruda, orgullosa y consigas sacar lo peor de mí en incontables ocasiones, no me imagino mi vida con otra mujer que no seas tú. Deseo confiar en ti, Lillian. Necesito confiar de nuevo en ti.

—¡Ya lo entiendo! —Chasqueé la lengua—. Quieres burlarte de mí. Hacerme creer que me quieres para que caiga en tus brazos y luego abandonarme.

—¡Maldita sea, Lillian! —gruñó malhumorado—. Deja de pensar así. No quiero vengarme. Solo quiero ser feliz, que entiendas que *te quiero*. Dime de qué forma necesitas que te lo demuestre y lo haré.

—Sigo sin entender nada, Alex. Me siento completamente abrumada. No puedes quererme después de lo que te hice, ¡es una locura! ¿No te das cuenta? ¡Deberías odiarme!

—Sé que suena demencial. Créeme que estoy tan desconcertado como tú, pero no puedo tildar de otra cosa esto que siento cuando pienso en ti. Intenté odiarte, te juro que lo intenté. Y ciertamente me resulta imposible. —Hizo una pausa dejando la habitación en completo silencio. Pestañeó varias veces y me miró directamente antes de continuar con su confesión—: Te quiero, y por ello te perdono todo, incluida la apuesta. ¡De acuerdo! ¡La merecía! Me diste una lección. —Mientras hablaba se acercaba con pasos muy pequeños y lentos a mí. Tal fue su discreción que no me di cuenta de

cuán cerca se encontraban nuestros cuerpos hasta que alargó la mano y me tomó de la cintura fuertemente—. Sé que tú también sientes algo por mí. Quizás no sea amor, sin embargo, confío que con el tiempo pueda llegar a transformarse. —Tomó aire—. ¿Por qué no lo olvidamos todo? ¿Por qué no intentamos que esto que ha surgido de forma inesperada cobre vida? Te lo pregunté una vez y te lo vuelvo a preguntar ahora, Lillian: ¿quieres ser mi esposa?

Di un respingo que me hizo caer hacia atrás si no llega a ser porque él me mantenía agarrada.

Me sujeté al borde de la mesa para no desplomarme y cuando recuperé el sentido me deshice de su contacto deslizándome sobre la superficie de madera hasta colocarme detrás del mueble.

—No te alejes más de mí por favor. Entiende que necesito tocarte. Necesito desesperadamente que comprendas lo que te digo. Necesito que realmente lo creas...

—Alex, estás confundido. El alcohol te ha embotado el cerebro, no sabes lo que dices.

—¿Quieres dejar de intentar hacerme creer que estoy loco? —gritó molesto—. Sé lo que digo y sé lo que siento. Te conozco, Lillian, y aunque tú misma te engañes sabes tan bien como yo que no es así. Te emocionabas ante la idea de retarme, te morías por devolverme las travesuras y te encantaba cuando te pillaba desprevenida. Todo este tiempo lo has disfrutado tanto como yo y, de una forma u otra, me quieres, aunque te cueste admitirlo.

¿Era Alex capaz de inventar todo lo que decía por conseguir su objetivo? ¿Sería capaz de intentar engañarme para burlarse de mí de la misma forma que yo lo había intentado con él?

Lo miré fijamente estudiando su rostro, sus expresiones y sus ojos que me miraban expectantes, ansiosos y desesperados.

Me sentía confundida.

Por un lado, era consciente de que el Alex que yo había conocido habría sido incapaz de usar tales artimañas para embrujarme y acabar consiguiendo lo que quisiera, pero debía recordar que el Alex que yo había conocido no era el mismo de antes ni el de después de mi engaño.

¿Y si no lo conocía tan bien como creía? ¿Y si antes de conocerme, ese marqués calavera, era la verdadera naturaleza de Alex y nunca conseguiría

cambiar? ¿Y si era verdad que lo había conseguido reformar y con mi traición lo había convertido en otro hombre, en uno despechado y vengativo?

Fuere como fuere no podía fiarme de sus palabras, no si no quería ser herida por él.

—Di algo, te lo suplico —me rogó con la voz entrecortada.

—Tengo que irme —aseguré sorteando su escritorio rumbo hacia la puerta con paso firme y decidido.

Necesitaba salir de ahí. No podía dejar que siguiera llenándome la cabeza con mentiras que fervientemente deseaba que fueran ciertas.

—¿Eso es todo lo que vas a hacer? ¿Escapar? —Corrió hacia mí y se interpuso en mi camino—. No puedes irte ahora, Lillian. No puedes huir siempre de mí. ¡Tienes que responderme! ¡Necesito que me respondas! ¡Necesito saber qué piensas!

—¿Qué quieres que diga?! —grité dejando que mis nervios salieran a flote—. ¿Quieres saber qué pienso realmente? Pienso que todo esto es demencial. No conozco tus intenciones y desde luego creo que estás confundido. Tienes que entender que nada de lo que pasó entre nosotros era real, todo fue una farsa, una ilusión.

—Yo no actuaba como si fuera una farsa. El Alexander que estaba contigo era el Alexander que soy, como hombre, como persona, no el marqués ni el libertino. Por primera vez en mi vida, contigo, nunca fingí ser quien no era..., tienes que saberlo.

Alcé una ceja y me crucé de brazos enfrenándome a él.

—Bien, y cuando en Ridenston Park salías a hurtadillas para encontrarte con la viuda de Wertington o cuando coqueteabas con lady Clifford delante de todos, ¿también estabas siendo tú mismo? ¿Eso sería lo que me espera si decido casarme contigo?

El rostro del marqués se mostró lívido cambiando por completo de expresión. En aquel momento lo vi claro, él no era quien yo creía. Alexander Stone, marqués de Crawford, era el mayor mujeriego y sinvergüenza de la ciudad de Londres y yo no sería una tonta más que caía rendida a sus encantos y vagas palabras.

—¡Maldita sea! Después de todo lo que te he dicho y demostrado, ¿eso es lo que piensas de mí? —preguntó con los dientes apretados y la ira contenida.

La rabia y la cólera se habían adueñado de él, no obstante, no me importaba, yo también me sentía enojada con él, con la situación, e incluso conmigo misma.

—Me temo que sí. No se puede esperar nada bueno de un calavera, ¿no crees?

—Lo que no puedo creer es que aún sigas creyendo todo eso de mí. Que seas tan desconfiada —admitió dolido.

Sus pupilas comenzaron a agrandarse, y su mirada titilaba con un brillo inusual, como si de un momento a otro estuviera a punto de romper a llorar. El descubrir a un hombre grande e imponente como él lleno de rabia y a punto de dejar salir todas sus emociones al exterior de una forma categorizada como *muy femenina* hizo que mis defensas cayeran por los suelos y mi alma se estremeciera llena de compasión.

—No se trata de eso, es que... tengo miedo —admití—. Tengo miedo de que todo esto sea una farsa, tengo miedo de que me engañes y me hagas una desgraciada.

—¿Crees que sería capaz de algo así? ¿Realmente me consideras tan cruel?

No supe qué responder. No, no lo pensaba, pero el temor me tenía bajo sus garras. No podía decidir algo que me involucraría para toda la vida bajo presión.

—Debo irme —aclaré sintiendo la necesidad de huir.

—No, no lo harás. —Me sujetó fuerte del brazo, de tal forma que me clavaba los dedos haciéndome daño.

—Mi hermano me buscará.

—No me importa —gruñó con los dientes apretados y el rostro contrito.

—¡Me haces daño! —exclamé cuando sentí el apretón más fuerte sobre mi codo.

Alex descubrió cómo sus dedos se aprisionaban entorno a mi brazo y me soltó de inmediato.

Se giró evitándome ver su expresión.

Froté con fuerza la zona dolorida y centré mi atención en su espalda que subía y bajaba con fuerza. Se había echado ligeramente hacia delante apoyando las manos sobre el respaldo de uno de los sofás. Tras unos segundos, se frotó la cara y se deslizó las manos por el pelo deshaciendo su peinado. Caminó unos pasos hasta enfrentarse a mí, interponiéndose de

nuevo entre la puerta y mi cuerpo y apoyó sus manos en las caderas suspirando fuertemente.

—Está bien, si lo es lo que quieres, hazlo. Vete. Huye.

Asentí agradecida mirándolo a sus firmes ojos oscuros y sorteé su imponente cuerpo masculino. Alcancé el pomo de la puerta cuando las palabras que siguieron surgiendo de sus labios y fijaron mis pies en el suelo.

—Si sales por esa puerta ahora, jamás volveremos a tener otra oportunidad. Nunca más volveré a decirte lo mucho que te quiero y... desapareceré de tu vida, para siempre.

Con la mano sudorosa sobre el pomo cavilé las opciones que me daba.

Aunque lo deseara, estar a su lado solo me traería problemas. Viviría con la inseguridad constante de pensar en si visitaría a otras mujeres una vez casados o flirteaba a mis espaldas en las fiestas. Me acostaría en su cama temiendo que me estuviera usando con el fin de vengarse. Lo miraría cada día dudando de su amor.

Aquella era la oportunidad que esperaba para alejarme para siempre de él. La oportunidad de empezar de nuevo sin su presencia, volver a mi antigua vida.

Había sido capaz de soportar varias semanas sin él y, aunque al principio había sido difícil gracias a mi maldito sentido de la culpabilidad, ahora era yo quien decidía si quería su compañía o no.

Pronto llegaría el verano y nos marcharíamos al campo en donde estaba segura de que me recuperaría de su ausencia. Estaba claro que mi vida podía transcurrir feliz sin tener al marqués de Crawford a mi lado, así había sido desde que tenía uso de razón.

Existían sobre la faz de la tierra miles de hombres mejores que él, bien parecidos y más que dispuestos a formar una familia conmigo. Sin engaños, sin desconfianza, sin peleas, sin dudas...

—Piénsalo bien, Lillian. —Su voz sonó desesperada y desgarradora.

Las palabras de mi hermano y mi prima acerca de Crawford me bombardearon en la cabeza dándome la última indicación de cuál debía ser mi respuesta.

Giré la cabeza para llegar a avistar su nuca y su fuerte espalda erguidas y tensas.

Me mordí el labio fuertemente. Mi decisión estaba tomada.

—Lo siento, Alex. Lo siento mucho —dije con la voz tan rota que casi rompí a llorar.

Cerré la puerta detrás de mí no sin antes escucharlo decir:

—No creí que fueras tan cobarde.

Y a continuación un grito gutural y profundo quedó resonando en el aire.

OceanofPDF.com

Capítulo 29

EL TIEMPO EN MI CONTRA

Había conseguido aprender a vivir con el recuerdo de Alexander Stone sin llegar a alterarme en lo más mínimo.

Durante los últimos meses aquella historia había llegado a formar parte de un pasado cercano que se había integrado a mi vida siendo aceptado como tal.

Los días en el campo eran de lo más apacible.

Cabalgaba durante horas, bajaba al pueblo para hablar con la dependienta de la pastelería, tomaba el té a media tarde, leía libros, paseaba con las hijas de los vecinos, me bañaba en el lago con Amelia, iba a misa los domingos, acompañaba a Harry a saludar a los campesinos y cotilleaba con el servicio.

Dos o tres veces a la semana, mi hermano nos llevaba a sus más informales reuniones con algunas de las familias vecinas más pudientes y prácticamente las horas se pasaban tan rápidas que solo las primeras noches me había tomado la libertad de pensar en el marqués y en nuestra historia, concediéndome un pequeño intervalo de tiempo para llorar por mi desafortunado accidente.

¿Qué estaría haciendo? ¿Sufriría por mi desplante o simplemente se sentiría frustrado por haber visto su plan fracasado? Aquellas y muchas preguntas más me rondaban cada noche antes de dormir.

Aún me preguntaba cuál habría sido mi destino si hubiera olvidado todo y me hubiera decantado por comenzar una nueva vida junto a él, como su esposa, sin importarme los rumores, la sociedad o mis propios prejuicios.

La temporada estaba a punto de comenzar, quizás faltaran dos o tres semanas, no estaba segura. Sin embargo, no tenía interés alguno de volver a la ciudad. Me sentía a gusto en la casa de campo de la fallecida tía Petunia.

A pesar de la insistencia de tía Mary, tanto Amelia, que no quería volver a ser partícipe de los rumores que la relacionaban con Ackerman, como yo nos negábamos en redondo a volver a la ciudad a pesar de que la rutina comenzaba a hastiarnos.

Habíamos cambiado la distribución de la casa, algunos muebles y las feas cortinas de color borgoña, por lo que en todas las habitaciones y pasillos se respiraba el aire limpio y la luz entraba a raudales por cada esquina.

Esperaba con nerviosismo el día en que Harry decidiera volver a la ciudad, y cuando llegó el momento no pude hacer nada más que resignarme, asentir, subir a mi dormitorio, cerrar la puerta y hacer la maleta mientras mi mente intentaba discernir si las palabras de Alex habían sido completamente ciertas al afirmar que nunca más volveríamos a vernos.

El viaje de regreso a Londres por aquellos destartalados caminos y más tarde por las bulliciosas y sucias calles de la gran ciudad trajo consigo muchos recuerdos y emociones tan dispares que tuve que esforzarme por controlar. El tiempo no parecía haber pasado en mi memoria.

Tras nuestra reinstalación en Middleton House, esperamos durante días invitaciones a fiestas de temporada que poco a poco fueron llegando.

Las visitas a la modista fueron más regulares que de costumbre y, a pesar de que mi tía se empeñó en cambiar todo nuestro vestuario, no pude deshacerme de los vestidos que había ganado en la apuesta y que con tanto esmero guardaba en el fondo del armario. Ellos me hacían recordar a Alex, a pesar de que me resultaba imposible ponérmelos pues solo el tacto de la tela me hacía sentir escalofríos.

Asistí a las primeras veladas algo nerviosa y, sobre todo, expectante.

Durante los bailes me dedicaba a complacer a todo caballero que solicitaba mi compañía en una pieza y apuntaba a cada uno de ellos hasta que mi tarjeta quedaba completa. Después bebía champán a escondidas, esperando, internamente, a que en algún momento apareciera Crawford para reprenderme por ello, y escuchaba atenta cualquier tipo de conversación que tuviera relación directa o indirecta con él, preguntando de forma

desinteresada sobre su paradero a pesar de que nadie lo había vuelto a ver desde que desapareció en su propia fiesta.

Algo contrita y desilusionada intenté convencerme de que lo mejor era que el marqués hubiera salido de nuestras vidas. No obstante, mi corazón me lanzaba punzantes señales al intentar imaginarme el resto de mi existencia sin volver a verlo siquiera de lejos. Toda mi vida sin descubrir su sonrisa o encontrarme con su apabullante mirada.

Era consciente de que Harry, como buen amigo del marqués, debía conocer cuál era su paradero, mas continuamente me mordía el labio conteniendo el deseo de preguntarle.

Mi sacrificio se vio recompensado una noche, durante la deliciosa cena, compuesta por una sopa de cangrejo, mollejas en salsa blanca, empanada de atún y bizcocho de manzana y crema, cuando la tía Mary sacó a relucir un rumor que rompió con el silencioso tintineo de los tenedores chocando con el plato.

—¿Es cierto, Harry —se limpió la boca con la servilleta antes de volverse hacia la cabecera de la mesa y pestañear un par de veces para continuar—, lo que he oído sobre el desaparecido marqués de Crawford?

Al escuchar su nombre mis músculos se tensaron y mi sangre se heló.

Alargué la mano con gestos muy lentos para tomar la copa con agua que descansaba frente a mi plato y me la bebí de un solo trago.

—¿Y qué es eso que ha escuchado, querida tía? Por lo general las damas son muy propensas a especular cuando no tienen nada mejor que hacer —replicó sarcásticamente.

—Te aseguro, sobrino, que si no fuera algo que he oído continuamente no me atrevería a preguntártelo —contestó muy regiamente antes de meterse un trozo de empanada en la boca.

Mi hermano asintió conforme.

—Dígame, pues.

Amelia y yo nos miramos cómplices desde el otro de la mesa. Mi prima inhaló una bocanada de aire profundamente instándome a imitarla, algo que no hice.

Con calma, agarré los cubiertos y fingí seguir inmersa cortando un trozo de empanada.

—Se rumorea, cada vez con mayor asiduidad, que el marqués pronto cumplirá los treinta años.

—Así es —confirmó mi hermano.

Nunca me había preguntado cuándo sería el cumpleaños de Alex, y en nuestras numerosas conversaciones él jamás lo había mencionado. Me hizo feliz descubrir nueva información referente a él.

—También dicen que, en su testamento, el antiguo marqués, dejó por escrito que, llegado a esa edad para asegurar su descendencia, su hijo debía casarse en el plazo de un año —carraspeó— o de lo contrario perdería toda la herencia y pasaría a obras de caridad. ¿Es cierto?

Mis dedos se congelaron y el calor de mi cuerpo desapareció completamente.

¿Era justamente por eso por lo que Alex no cesaba de repetirme que me casara con él? ¿Porque sabía que en el plazo de año y medio debería hacerlo?

Los nervios se me pusieron a flor de piel, sentí escalofríos, el corazón agitado y la mente abrumada intentando acomodar tanta información.

—Por lo que veo los secretos corren por todo Londres como la pólvora.

¡Oh, Dios! ¡Era cierto! Abrí los ojos que se fijaron en el trozo de empanada que aún seguía en mi plato. El apetito se había desvanecido. «Alex casado con otra», una punzada de dolor se clavó en mi corazón.

—Es cierto. Crawford debe contraer matrimonio en el plazo de un año.

Amelia y yo nos lanzamos sendas miradas durante unos segundos y volví mi atención a Harry, que masticaba su trozo de empanada con ansia.

—Esto está delicioso. ¿No comes, Lily?

Asentí aún enmudecida por la nueva noticia. Sonreí y me obligué a tomar los cubiertos de nuevo y a intentar introducir un pedazo de empanada en mi boca.

—Pero eso no es todo —continuó tía Mary. ¡Por favor, más no! No podía seguir escuchando cómo la vida de Alex continuaba felizmente sin mí—. Corre el rumor de que está de viaje en busca de esa esposa.

Mi rostro se tornó lívido y fijé mi mirada inquieta sobre las duras y risueñas expresiones de Harry. Nunca debí hacer aquello, pues descubrí que esa afirmación era cierta también.

Sentí ganas de vomitar.

Antes de que mi hermano pudiera responder me puse en pie con la mano puesta en mi estómago y me disculpé.

—Lo siento mucho. Creo que me ha sentado algo mal.

Y antes de que nadie pudiera decir nada salí corriendo del comedor, subí las escaleras pasando junto a una doncella cuyas manos portaban el bizcocho de manzana y crema, lo que me provocó otra arcada, y me encerré en mi habitación, donde agarré una tinaja y vacié el contenido de mi estómago.

Un sudor frío recorrió mi cuerpo y no pude evitar romper a llorar.

Alex ya no era mío definitivamente, y lo que era peor, quizás nunca lo hubiera sido.

Debía reconocerlo, había llegado a creer que después de todo un verano de por medio lejos el uno del otro nuestras mentes y corazones se habrían distanciado para siempre. Ya no volvería a pensar en él y todo sería como al principio.

¿A quién pretendía engañar? Al conocer la noticia me sabía más enamorada de él que nunca. El tiempo transcurrido no había aminorado ni un ápice el grado de mis sentimientos. Sin embargo, al parecer él me había olvidado. Buscaba una mujer para casarse, una mujer que le complaciera y que le hiciera feliz como su esposa, su amante...

Sentí otra arcada.

¿Por qué tenía que haberme dejado llevar por las voces de los demás que me habían llenado de inseguridades y haberlo abandonado aquella noche? ¿Por qué no había podido seguir a mi corazón que me instaba urgente a abrazarlo y a no soltarlo nunca? ¿Por qué tenía la sensación de que me había inventado mil excusas por el miedo a sentirme atrapada en un matrimonio y quedar subyugada a un hombre? ¿Qué había de malo en ello? Todas las mujeres lo hacían, y quizás Crawford no hubiera sido tan despreciable después de todo. Quizás él me hubiera dado esa pequeña libertad, al fin y al cabo. Por mucho que me mostrara reacia al casamiento, en algún momento tendría que hacerlo, o de lo contrario me vería obligada a quedar como una solterona a merced de mi hermano y mi familia.

Me levanté del suelo y me acerqué hasta un rincón de mi habitación cerca de la ventana. Con la espalda pegada a la pared, me senté en el suelo, abracé mis piernas y rompí a llorar.

Había sido una estúpida, una cobrade. Alex era todo lo que quería y lo había perdido para siempre.

Media hora después, Amelia apareció en mi dormitorio con una taza de té en las manos. Ahogó un grito al verme empapada en sudor y completamente helada.

—Tranquila, Lily. Todo pasará —me tranquilizó mientras me ayudaba a recostarme sobre la cama.

—Amelia, lo siento. Te mentí. Le quiero —reconocí—. No he conseguido olvidarlo y sé que me odiarás por esto, pero sé que cometí un error al dejarle aquella noche.

—¡Oh, cariño! —Me abrazó—. No te odio. Siento mucho que estés sufriendo, de verdad. Es cierto que pensaba que ya lo habías superado, pero salta a la vista que no es así.

—Necesito que me hagas un favor —le pedí mientras intentaba sin fuerzas erguirme.

Amelia me sujetó por los hombros deteniéndome.

—Lo que tienes que hacer ahora es ponerte el camisón, tomarte el té y descansar.

—Tú no lo entiendes —le expliqué mientras intentaba de nuevo ponerme en pie, aunque mis piernas me flaqueaban.

—Si haces lo que te digo, te escucharé y te ayudaré.

—¿Te pida lo que te pida? —inquirí alzando una ceja.

—Me pidas lo que me pidas —me aseguró sin pensar.

Obedecí en el acto.

Tras secarme el sudor y colocarme ropa limpia, me sentía fresca y cómoda en el interior de mi cama. Con el estómago más calmado y los nervios parcialmente adormecidos me sumergí en el calor de mi colcha y observé fijamente a mi prima, que recolocaba cada cosa usada de forma cuidadosa en su lugar.

—Amelia —la llamé con la voz rota.

Ella se giró y me observó con la mano estirada, rogándole de ese modo que se acercara hasta la cama.

Dejó mi vestido en el respaldo de una silla y se acercó con cautela hasta sentarse a mi lado y cogerme de la mano con fuerza intentando reconfortarme.

—Me tienes muy preocupada. Jamás te había visto así.

—Jamás me había enamorado así —reconocí.

No tenía sentido que escondiera mis sentimientos por Alex. Le amaba. Ahora lo sabía con toda la seguridad del mundo y era capaz de decirlo en voz alta a quien hiciera falta.

No podía seguir sumida en el silencio, no podía seguir sufriendo consciente de que buscaba a otra mujer para casarse con él cuando yo estaba más que dispuesta a aceptar su propuesta a pesar de que el miedo tenía mi corazón.

Sin embargo, ahora que era consciente de mi situación y que la inminente pérdida del marqués me hacía entender lo mucho que lo necesitaba en mi vida, tenía que enfrentarme a otras cuestiones. ¿Y si ya no quería saber nada de mí? ¿Y si me odiaba?

Francamente lo merecía, aunque era posible que todavía tuviera una oportunidad si lo intentaba. Tenía que hacerlo, no podía resignarme.

—Pareces muy segura de tus palabras —afirmó pesarosa.

—Lo estoy. Y... antes de pedirte el favor del que te hablé, necesito que me respondas a algo.

—Lo que quieras.

—¿Tú... sigues amando a Crawford?

Sus ojos se abrieron desorbitados y su expresión centelleó llena de asombro.

—¡Diablos, no! —En mi interior, la pequeña llama de incertidumbre se apagó—. ¿Cómo puedes pensar eso? —Me encogí de hombros en respuesta. Mi prima se quedó ensimismada mirando las sábanas y el silencio que se instauró entre nosotras se rompió unos segundos después cuando ella se sinceró por completo—. De hecho..., creo que jamás le he querido de esa forma. Se acercaba más a una tonta ilusión de saberme deseada por alguien tan atractivo como él.

—Me alegra saberlo porque necesito que le busques y le pidas que acepte verme, una última vez.

—¿¡Estás loca!? Si Harry se entera...

—No me importa —le susurré—. Necesito hablar con Alex, pedirle perdón y... necesito saber si es capaz de darme otra oportunidad.

Amelia chasqueó la lengua y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh, Lily! Realmente estás muy enamorada. Nunca te había visto así.

Me mordí el labio reprimiendo una risa ante el asombro de mi prima y sentí una punzada de felicidad al reconocerlo.

Sí, estaba enamorada y era la mejor sensación de todo el mundo.

Dos días después, aún seguía sin ánimo de salir fuera de casa.

Las fuerzas parecían haberme abandonado y me dedicaba a pasear de un lado a otro sin hacer nada en particular.

El doctor enviado por Harry había prescrito que mi estado se podía atribuir a una comida en mal estado o a una alergia alimenticia. Quizás fuera así, pues no tenía apetito, y lo poco que comía acababa fuera de mi cuerpo en cuestión de horas.

Amelia regresó aquella tarde y subió a buscarme. Cabizbaja, se sentó en su lado habitual de la cama y con la voz entrecortada me habló:

—Lo siento. Nadie sabe nada del marqués. He ido a su casa tres veces y el mayordomo afirma desconocer el paradero de su señor.

—Eso es imposible —murmuré segura de mis palabras.

—Le he dejado recados, tarjetas y mensajes y no ha respondido a ninguno. No puedo hacer nada más.

Suspiré consciente de las palabras de mi prima y de su completa sinceridad y la tomé de la mano afectuosamente.

—Tranquila, sé que has hecho lo que has podido. Gracias.

Ella sonrió trémulamente.

—Ojalá pudiera hacer algo más.

Tenía la esperanza de que Alex apareciera en el momento y el lugar más inesperado, por eso, tras sentirme algo dispuesta, comencé a asistir a todas las veladas tratando de acercarme más a cualquier tipo de encuentro con Crawford, aunque su presencia, o la ausencia de ella más bien, se había convertido en el tema favorito de todos los salones.

La preocupación por su paradero me invadía constantemente, ¿y si había cometido una locura? ¿Y si había cambiado para siempre de residencia? ¿Y si realmente nunca más volvía a verlo como me había asegurado? Cada idea que se me ocurría era peor que la anterior y un sudor frío me recorría por todo el cuerpo solo de pensarlo.

Me resultaba muy extraño que Maggibons desconociera dónde se había escondido su señor, y me prometí a mí misma que en el momento en que pudiera escaparme de la atenta supervisión de Harry me enfrentaría a quien fuera por obtener noticias del marqués.

Aquella mañana, la tía Mary y Amelia habían salido de visita y Harry se escondía en su despacho leyendo plácidamente su periódico, de modo que fui a hurtadillas hasta mi cuarto dejando el libro de *Persuasión* y el servicio de té sobre la mesita.

La suave brisa otoñal se colaba por las ventanas de guillotina, haciendo oscilar las finas cortinas de seda. El sol entraba tenuemente iluminando de forma parcial la habitación y el más puro silencio reinaba en el ambiente.

Podía salir. Le pediría a Hannah que me cubriera una hora, era todo lo que necesitaba para ir hasta la casa de Crawford, meterme por la ventana y hablar con él.

Busqué entre mis vestidos la capa más gastada cuando la voz de Harry me sobresaltó.

—Te he estado buscando —confesó.

Di un respingo y me volví hacia él.

—¡Harry, me has asustado!

—No era mi intención, perdona. ¿Vas a salir? —inquirió al ver la capa que colgaba de mi brazo.

Miré la prenda unos segundos antes de responder:

—Ah, no. Solo la buscaba para regalársela a Hannah, está algo anticuada y sé que le gusta.

Asintió crédulo.

—¿Cómo te encuentras, ranita?

—Supongo que bien —respondí encogiéndome de hombros.

Me sonrió y se acercó lentamente hasta mi ubicación.

—He estado preocupado por ti —me comunicó.

—Lo sé, gracias —respondí sincera.

Mi hermano sonrió de nuevo cariñosamente.

—¿Te apetece acompañarme a tomar el té en la sala? —lo invité consciente de que mis intenciones de fuga debía darlas por fracasadas.

—Me encantaría.

Bajamos hasta la salita y nos acomodamos en nuestros respectivos asientos.

Hacía mucho tiempo que no pasaba una agradable tarde con mi hermano.

Toqué la campana del servicio y en pocos minutos apareció Leah, una de las doncellas más jóvenes, a quien le pedí un nuevo servicio. En menos de cinco minutos ambos disfrutábamos del más caliente y exquisito té de toda la India.

—He estado pensando mucho sobre ti.

—¿Sobre mí? —Alcé las cejas sorprendida—. No me digas que no tienes nada más interesante que hacer —comenté mordaz.

—No intentes mostrarte irónica conmigo. Claro que tengo que pensar en ti, eres mi hermana, mi responsabilidad y, aunque no te guste aceptarlo, estás en edad casadera.

—¿Casarme? —pregunté alarmada—. ¿Con quién?

Harry dejó la taza sobre la mesa y me miró con los ojos muy abiertos y una sincera sonrisa de complicidad en los labios.

—¿De verdad quieres que lo elija yo? —indagó curioso.

—Claro que no, dado que no puedo quedarme soltera porque sería un deshonor y todo eso, me gustaría ser yo quien eligiera a la persona con la que voy a pasar el resto de mi vida, si no es mucho pedir.

—Nada me gustaría más que verte felizmente casada con un hombre de buena posición social que te ame y respete. ¿Has pensando que tal vez esta temporada sea la apropiada para permitir que el señor Stilton formalice sus intenciones?

—¿Stilton? Pensé que no te gustaba para mí.

—Es un buen hombre y parece interesado —afirmó.

Reparé unos segundos en nuestros últimos encuentros. El señor Stilton se había mostrado solícito, quizás incluso menos insistente que en la temporada anterior. El verano le había sentado bien, parecía más sereno y centrado. Quizás lo considerara una opción si Alex decidía que las oportunidades para conmigo habían tocado su fin.

—Lo pensaré —le dije.

—No es un mal hombre y siempre es mejor que ser una solterona.

Debía confiar en mi hermano, contarle toda la verdad sobre Crawford, mi amor hacia él y lo que significaba en mi vida. Él sería el único hombre con el que compartiría mi futuro de forma dichosa, tal y como era su deseo.

—De hecho, hay algo que quiero decirte...

—Aunque... la vida siempre puede sorprenderte como le ha sucedido a Olivia Iggly. Nadie hubiera apostado a que encontraría un hombre lo

suficientemente valiente como para casarse con ella.

Mis palabras se quedaron suspendidas en el aire al escuchar el nombre de esa mujer.

—¡Espera! ¿Dices que Olivia se casa?

Mi mandíbula casi se desencaja ante la confirmación de mi hermano.

Olivia Iggly era una mujer de unos veintiocho o veintinueve años, pelirroja, con pecas en el rostro, ojos verdes y tez blanca. Su gran inocencia e ingenuidad habían hecho que muchos hombres se aprovecharan de ella.

Los rumores decían que había dejado que todos los pretendientes que había tenido, y no eran pocos, nada raro por su belleza inusual, llegaran más lejos de lo que las reglas del decoro permitían en una breve relación.

Se decía que Olivia era demasiado simple, y su inclinación bondadosa les había otorgado ciertos privilegios a todos aquellos hombres que solo se habían acercado a ella para averiguar si en realidad era tan condescendiente y cándida como decían. Para su desgracia aquellas aventuras lo único que le habían ocasionado era una manchada reputación y un estado de completa soledad.

Me sorprendía que un hombre en su sano juicio quisiera casarse con ella después de todos los cotilleos que se oían a sus espaldas, a menos que necesitara desesperadamente el dinero que su generosa dote le ofrecía. Sí, Olivia Iggly era una mujer muy rica, o más bien su hermano lo era. Y habría dado lo que fuera porque algún caballero se llevara lo más lejos de él a su pobre hermana, quien lo seguía y obedecía a pies juntillas en cada una de sus órdenes y deseos.

Apenas conocía a Olivia Iggly. No era el tipo de mujeres con las que solía relacionarme, si bien habíamos mantenido algún tipo de conversación en contadas ocasiones. Su escaso diálogo y su poca elocuencia hacían que me aburriera con facilidad.

—¿Quién en su sano juicio se casaría con Olivia Iggly? Realmente esa mujer no tiene muy buena fama y todos sabemos que su mente funciona a veces como la de una niña de quince años.

Harry soltó una risotada y alzó las cejas divertido.

—Ranita, no está bien que hables así de la futura marquesa de Crawford. La sangre se me heló.

—¿Estás de broma? —pregunté con la voz entrecortada.

¿Alex se iba a casar con esa mujer? No podía hacer algo así, simplemente no podía. Arruinaría su vida, acabaría amargado e infeliz, y yo jamás podría soportar que una mujer como Olivia hubiera conseguido hacerse con el hombre que yo tanto amaba.

—Desafortunadamente no. —Su rostro se tornó serio. Dio un largo trago a su té, aún caliente, y me miró de forma inquietante—. Durante este verano, Crawford ha sido invitado en Hummer[2] Mason y, al parecer, entre él y la joven se ha creado una buena amistad. Crawford consideró que sería buena esposa y llegó a un acuerdo con su hermano. Creo que la semana que viene se llevará a cabo la ceremonia, y esta noche se hará público el compromiso.

Me mordí la lengua intentando asimilar las palabras de Harry.

¿Pero qué habría visto Alex en aquella mujer?

Sentí cómo los ojos comenzaron a escocerme, quería llorar, quería golpear al marqués hasta dejarlo tumbado en el suelo.

Debía hacer algo, no podía permitir que Alex se casara con ella, al menos no podía permitir que lo hiciera sin ni siquiera haberme concedido la oportunidad de confesarle mis sentimientos.

Harry había mencionado que aquella noche se haría público el compromiso, de modo que Alex debía estar de regreso en la ciudad.

Volví la atención a mi hermano que me escrutaba impasible y expectante, como si esperara una reacción o una respuesta por mi parte.

—No puedo creer lo que dices —dije asombrada dando un sorbo disimulado a mi bebida y, entonces, una idea me vino a la cabeza—. Espera, ¿tú lo sabías todo desde el principio? —Él cabeceó sonriente—. ¡Incluso cuando la tía Mary te preguntó y te quedaste callado!

Se encogió de hombros de forma divertida.

—Ella solo me preguntaba cosas con una respuesta específica. No mentí, además... no estaba muy seguro de contárselo a tía Mary. Todos la adoramos, pero también sabemos su amor por el cotilleo.

—El mismo que tienes tú —le reproché alzando una ceja aún conmovida.

—Yo no cotilleo, solo me informo, y para que lo sepas, querida hermanita, a diferencia de la tía, lo que sé no voy divulgándolo por ahí.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No sabía que tenías tanto interés en el marqués —inquirió con una ceja levantada.

Bajé la cabeza en busca de mi taza intentado ocultar la furia que escondía.

El reloj sonó indicando que eran las siete en punto.

—Creo que debería comenzar a prepararme, Crawford me envió una carta rogando mi presencia. Esta noche será interesante... ¿Quieres venir? No creo que Crawford presente objeciones —me preguntó apoyando su mano en mi rodilla.

Dudé ante aquella afirmación y negué con la cabeza fervientemente.

—No me creo capacitada para presenciar algo tan desconcertante.

—Eres la única persona que conozco que rechazaría presenciar un espectáculo así. —De un salto mi hermano se puso en pie, se alisó el chaleco bordado y sonrió—. A veces soy demasiado permisivo contigo.

—Soy tu hermana favorita —añadí sonriendo inocente.

Soltó una sonora carcajada.

—Y la única.

—Disfruta la noche —le deseé.

Mi hermano se inclinó hacia mi cabeza y me dio un beso en la frente.

—Descansa.

Desde mi posición observé su musculosa espalda abandonando la sala.

Fue entonces cuando mi mente comenzó a trabajar activamente en busca de un plan. No había tiempo que perder.

No pasaron más de diez minutos cuando escuché la puerta de la calle. Me puse en pie velozmente y salí del salón en busca de Amelia, que se deshacía, junto a su madre, del sombrero y la capa que cubría sus hombros. Pude vislumbrar en el suelo las cajas llenas de objetos comprados.

—Hola, tía Mary —dije pasando como alma que lleva el diablo en dirección a mi prima, y la sujeté por la muñeca vigorosamente—. Amelia —sonreí forzosamente—. ¿Podrías venir a mi cuarto un segundo? Sé que tienes que prepararte para el baile de esta noche, no te llevará mucho tiempo.

—¿Ocurre algo? —preguntó tía Mary sorprendida por mi actitud.

—No. No te preocupes, tía.

Saqué a mi prima del recibidor arrastrándola detrás de mí por las escaleras. Desde nuestra posición escuché a mi tía soltar un suspiro y exclamar:

—¡A saber qué se llevan esas dos entre manos! Sus complicidades no me gustan en absoluto.

Amelia se sujetó el bajo de la falda y me siguió por las escaleras y los pasillos lo más rápido que le permitían sus piernas.

—¿Se puede saber qué ocurre?

Seguí tirando de ella y, cuando tuve la certeza de que nadie podía escucharnos, le susurré:

—Necesito que me ayudes. Es importante.

—Lillian —gruñó zafándose de mi brazo de un tirón—. ¿Te encuentras bien?

Me volví hacia ella en mitad del pasillo. Mis ojos enrojecidos y mi rostro lívido eran claras muestras de que no, no me encontraba bien.

—Voy a perderlo para siempre, Amy —dije reprimiendo el fuerte impulso de llorar.

—¿Qué quieres decir?

—Se casa. La semana que viene se casa. Harry me lo ha dicho. —Bajé la cabeza y mi rostro se ensombreció.

El rostro de Amelia se demudó, se llevó las manos hacia sus labios para cubrir la expresión que transmitía su asombro.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que intentar evitar que esta noche se comprometa delante de todo el mundo.

Mi prima asintió serenamente, si tenía miedo no lo demostró. Se limitó a tomar mis manos y a sujetarlas firmemente.

—¿Qué tengo que hacer?

[2] Que canta con los labios cerrados.

Capítulo 30

ABANDONO DEL ORGULLO Y APUESTA POR EL CORAZÓN

Entre Amelia y Hannah, a la que habíamos sometido a una obligatoria complicidad, mi aspecto había pasado a convertirse de una joven casadera al de una mujer completamente provocativa y embaucadora. No nos había llevado mucho conseguirlo y el resultado había sido de lo más satisfactorio.

Llevaba el vestido de terciopelo granate y ribetes en dorado que le había ganado a Amelia en la apuesta. Arriesgándome a ser demasiado presuntuosa, tenía la certeza de que vestida de aquella forma me sentía muy femenina y capaz de todo. La tela se adhería a mis curvas y el bajo escote cuadrado dejaba una porción generosa de mis pechos descubiertos. Había recogido mi mata de pelo negro en un moño dejando mechones sueltos y sobre la base de mi cuello descansaba una gargantilla de encaje. Me había maquillado ligeramente y en mis pies llevaba unas cómodas botas de piel.

Me sentía completamente segura de lo que iba a hacer y esperaba el momento adecuado para llevarlo a cabo.

Me metí en un carruaje de alquiler y cubrí mi rostro con la capucha de una fina capa oscura que coloqué sobre mis hombros. Di al cochero las instrucciones necesarias y en menos de quince minutos me encontraba ante la gran fachada de Stone House.

Tomé aire varias veces y respiré hondo.

Cuando el cochero abrió mi puerta, me sujeté a su mano para salir y le sonreí agradecida. Extendí las monedas por su servicio, inspeccioné la calle en busca de algún peatón que pudiera reconocerme y esperé a que el

vehículo se alejara antes de caminar y atravesar la puerta de metal del pequeño jardín de la casa.

Mi corazón latía con frenesí, aumentando sus pulsaciones a cada paso que daba. Tenía las manos sudorosas bajo los guantes de encaje y me costaba respirar, aunque creía que eso podría tener algo que ver con el hecho de que el corsé me apretara endiabladamente.

Dejando atrás mi orgullo y llenándome de coraje alargué la mano cerrada en un puño y toqué suavemente la puerta con los nudillos. Esta vez no me arriesgaría a entrar de forma furtiva por la ventana.

Esperé durante unos minutos hasta que Maggibons abrió la puerta lentamente y me contempló impasible, aunque en sus ojos se mostraba un claro signo de sorpresa.

—Buenas tardes, ¿qué se le ofrece, milady?

El anciano tenía una expresión adusta y no cambió de actitud cuando le respondí:

—Buenas tardes. Deseo ver al marqués.

—Lo siento mucho. No estoy seguro de que el señor acepte visitas —puntualizó.

Me encogí de hombros y di un paso hacia el interior de la casa.

—No soy una desconocida. ¿No me recuerda?

El anciano me miró de arriba abajo. Mostró una expresión desdeñosa, seguro que recordaba el incidente del jardín.

—Discúlpeme. No creo haberla visto antes.

Bufé.

—Vamos, no me puede guardar rencor toda la vida por destrozar su jardín —hizo un mohín.

—Dos veces —puntualizó.

—Serán tres si no me permite entrar de forma civilizada.

Dudó unos instantes. A pesar de mi intento de chantaje, aquel ladino mayordomo sentía más fidelidad hacia su señor que a su amado jardín.

—Lo siento, milady. No puedo dejarla pasar.

—Le aseguro que al marqués no le importará —mentí.

—Ya le he dicho que el marqués no recibe...

Me importaba muy poco si Alex recibía o no visitas esa noche. Estaba decidida a encontrarme con él. Me tranquilizaba que permaneciera todavía

en casa, yo me encargaría de que no saliera de allí en toda la noche. No al menos sin antes hablar conmigo.

Entré al recibidor.

—¡Milady! —exclamó el hombre cerrando la puerta tras de mí e interponiéndose en mi camino para evitarme continuar—. No puede entrar en la casa.

—Quiero ver a Alex —solté determinada.

El mayordomo abrió los ojos desorbitadamente al escuchar llamar a su señor con tanta familiaridad y me escrutó en silencio.

—El señor no acepta visitas, señorita..., ¿me puede decir su nombre? —insistió.

—Si me disculpa, yo misma le preguntaré si desea o no recibirme. —Di un paso hacia delante intentando sortear al hombre que se interpuso en el camino bloqueándome.

Pensé en lo fácil que sería empujarlo y salir corriendo en dirección al despacho de Crawford, mas sentía demasiado respeto por el señor Maggibons para hacerle algo así. No obstante, debía reconocer que si continuaba con su insistente negativa tendría que tomar medidas drásticas, y estaba segura de que aquella sería una de las opciones.

—Espere un momento, por favor. Antes de que haga acto de presencia debo anunciarla.

—Muy bien, pues hágalo —espeté consumida por la extenuación que me suponía discutir con el mayordomo.

—¿Me podría decir quién es usted para poder anunciarla? —Sus ojos se iluminaron, estaba a punto de conseguir lo que él quería, mi nombre. No se lo haría tan fácil.

No iba a complacerle después de haberme puesto tantas trabas para entrar. Sonreí satisfecha y me crucé de brazos tras negar con la cabeza.

—Me parece que mi identidad es irrelevante para usted, de modo que o entra inmediatamente al despacho del marqués y le anuncia mi presencia o lo haré yo misma. Estoy perdiendo la paciencia.

Maggibons suspiró forzosamente mostrándome su exasperación de forma descarada y asintió.

—Espere aquí, señorita —me ordenó antes de volverse.

Cabizbajo arrastró los pies rumbo al despacho de Alex y yo no pude soportar más la espera de permanecer allí en medio del pasillo.

Lo seguí lentamente, escondiéndome en el rincón, y escuché cómo el anciano tocaba débilmente la puerta.

—Milord. Tiene visita.

Si Alex descubría que era yo, antes siquiera de verme, me negaría incluso la entrada a su casa, de eso estaba segura, y no podía arriesgarme a que obligara a cualquier lacayo a echarme.

—¿Quién es? —escuché desde el pasillo su voz ronca y pesada.

Cerré los ojos; escuchar su voz era una delicia.

—Una doncella —mencionó sin añadir nada más.

—¿Una doncella? —Me imaginé cómo sus hermosos ojos oscuros se abrirían asombrados ante tal declaración—. ¿Quién?

—A pesar de mi gran insistencia, la señorita ha resultado ser de lo más obstinada en la negativa de hacerme conocedor de su nombre —admitió el anciano pesaroso.

Debo admitir que Alex debía pagarle una cuantiosa cantidad por su servicio para mostrarse tan fiel a él. Sin embargo, por muy tenaces que sean los demás, siempre consigo lo que quiero.

Atravesé el corto pasillo que conducía hacia su despacho.

—Sea quien sea, dile que estoy indispuesto. No tengo ganas de ver a ninguna mujer —aseguró pesaroso.

—Si le sirve de alguna pista, milord, se trata de la joven que estropeó el jardín, dos veces, y amenazó con hacerlo de nuevo —mencionó alarmado.

—Haga que se marche. No me importa cómo. No quiero que tenga un pie en mi casa —decretó con rudeza.

—Sí, milord. Como usted diga.

Entrecerré los ojos al llegar al umbral de la estancia. La puerta se encontraba entornada. Ante aquella clara declaración sobre mi persona debía actuar. No podía permitir que Crawford me negara. Tendría que escucharme, aunque fuera a gritos.

Me arreglé la falda con delicadeza, como si no fuera a invadir la estancia del hombre que en aquel instante debía odiarme como nadie en el mundo. Me quité la capa que dejé sobre una silla situada convenientemente frente a la puerta del despacho antes de abrir la puerta de par en par.

Mi entrada fue triunfal, y me hubiese encantado estar al otro lado de la estancia, sentada en la otomana observando cómo yo, Lillian Abernathy,

hermana del vizconde de Middleton, hacía una gloriosa entrada llena de dramatismo.

—¿De verdad no me vas a recibir?

El anciano mayordomo giró sobre sí mismo con los ojos abiertos. Sus arrugas desaparecieron y caminó raudo hasta mi ubicación abriendo los brazos como si quisiera impedirme avistar al hombre que permanecía al otro lado del habitáculo.

—Señorita, le pedí que esperara en la entrada. Por favor, el señor no puede recibirla en estos momentos.

No lo escuchaba, tenía puestos mis verdes ojos fijos en el rostro de Alex, que abrió sus gruesos labios como si quisiera decir algo. Su rostro demacrado mostraba desconcierto.

—Lillian, ¿qué haces aquí?

Tomé mis manos y las uní sobre mi regazo.

—¿Podemos hablar? —pregunté dulcemente con la mirada posada en sus oscuros y penetrantes ojos.

Negó con la cabeza.

—Será mejor que te vayas —decretó dándose la vuelta para coger su vaso de *whisky* y darle un largo trago.

Maldición.

—Por favor, señorita. La acompañaré hasta la puerta —aseguró amablemente el anciano al tiempo que extendía su mano enguantada para indicarme la salida.

Esquivé su figura y le di la espalda, colocándome a escasos centímetros de Alex.

Me mordí el labio.

El cuerpo de Crawford se encontraba parcialmente inclinado hacia delante, sus manos se apoyaban sobre el escritorio y su cabeza se dirigía hacia la superficie de madera como si estuviese concentrado en algo que había ahí. Su camisa blanca se pegaba a cada músculo de su cuerpo y las mangas dobladas hasta los codos mostraban unos tensos y fuertes antebrazos confiriéndole un aspecto terriblemente irresistible.

Era aterrador el impulso que se apoderó de mí. Deseé de inmediato deslizar mi mano por su espalda, agarrarle del antebrazo desnudo y obligarle a mirarme. Hacía meses que no lo veía y, lejos de lo que podía

llegar a pensar, la llama del deseo que nació en mí fulgía con más impaciencia y necesidad que nunca.

Lo amaba. Lo había asimilado y reconocido abiertamente. De otro modo no me habría expuesto a todo tipo de rumores yendo a su casa a plena luz del día y sin carabina.

—Dame dos minutos —le supliqué dando un paso al frente.

Su cabeza giró unos noventa grados, o quizás fueron cuarenta y cinco.

—Maggibons. Por favor, déjenos a solas —avisó al final.

—Como usted diga, milord.

El mayordomo, obedientemente, realizó una adecuada y correcta venia antes de salir cerrando la puerta con un ligero clic tras de sí.

Yo sonreí, sobre todo porque no sabía qué otra cosa hacer.

—No deberías estar aquí. Te estás exponiendo a un escándalo, aunque imagino que eso no te importa.

—No es la primera vez que entro a tu casa, ¿no es cierto? —pregunté mordazmente—. De hecho, ya me resulta bastante familiar.

Alex se volvió hacia mí mostrando sus duras facciones sin ningún signo de perturbación ante mi presencia. Una barba espesa y oscura recorría su rostro otorgándole un aspecto más rudo y masculino.

—Está bien. Dejémonos de juegos. ¿Qué haces aquí?

Tomé aire y lo solté, sin pensar:

—No puedes casarte con Olivia Iggly —le escupí a bocajarro.

Sus cejas se arquearon. No atisé a discernir si se encontraba más sorprendido porque lo supiera o porque me hubiera atrevido a confesárselo justo aquella tarde.

—¿Cómo sabes que...?

—Mi hermano me lo ha contado —confesé.

Escuché un gruñido salir desde lo más profundo de su pecho.

—Tu hermano no sabe mantener la boca cerrada —admitió cruzándose de brazos y apoyando su perfecto trasero en el borde de la mesa.

Un chaleco color mostaza con ribetes en azul cubría su camisa blanca de lino y los pantalones negros con sus botas características que contoneaban sus esculpidas piernas completaban su atuendo. No entendía cómo me había llevado tanto tiempo fijarme en él.

Decididamente, Alexander Stone era un dios griego bajado del mismísimo Olimpo.

—Sé que mi hermano es más cotilla que cualquier mujer, aunque él insista en que solo quiere estar informado, pero no he venido a hablar de eso. —Di un paso hacia él. La distancia que nos separaba era escasa, sin embargo, quería ganarme su confianza poco a poco—. Alex —su nombre me salió más desesperado de lo que pretendía—, no puedes casarte con Olivia Iggly. Sé que no la amas y con ella serás infeliz durante el resto de tu vida —logré pronunciar sin pausa ni dramatismos.

Él apretó sus brazos aún más sobre su regazo, confuso.

—¿Desde cuándo te importo tanto que hasta te preocupas por mi felicidad?

Eché la cabeza hacia atrás y puse los ojos en blanco soltando un exagerado suspiro que, evidentemente, quería que escuchara.

—¡Oh, vamos! Me importas desde que acepté esa estúpida apuesta y fingí un casual encuentro contigo en aquel salón de baile. En ese momento no lo sabía, es más, siempre he creído que yo tenía el control. Ahora soy capaz de reconocer que en ningún momento fue así. —Hice una pausa para tomar aire y continué—: Tarde me di cuenta de que he sido prisionera de mis sentimientos y que, desde el preciso instante en que nuestras miradas se cruzaron, tú me importabas más de lo que yo podía creer.

—Nunca me habías dicho eso, ¿me mentiste la última vez?

Resoplé y me crucé de brazos.

—Sí.

Alex deshizo su postura y se puso en pie.

—¿Por qué? —Su voz sonaba tranquila y sus ojos no denotaban ningún signo de alteración interior.

Me sentía nerviosa, mi futuro se debatía en aquella conversación y mi felicidad dependía del resultado que tomara. Mis manos sudaban debajo de mis guantes, mis rodillas temblaban y mi corazón parecía que palpitaba en mi garganta. Alex no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente y, en cierto modo, sabía que lo merecía.

Busqué las palabras precisas.

—Mi mente ha permanecido en una lucha interna constantemente desde que empecé a conocerte de verdad. Se encuentra sumergida en el caos que la habita desde que... —Dejé la frase en el aire. No me sentía preparada para confesarle mis sentimientos sin allanar un poco el terreno previamente—. No sabía qué pensar. Tenía miedo de que todas esas conversaciones que

me advertían de que no eras un buen hombre y que me convertirías en una víctima más de tus juegos se hiciesen realidad. No quería perder a mi prima ni quería ser rechazada por mi hermano. Me aterraba la idea de darte mi corazón y que lo pisotearas vilmente.

—¿No consiste en eso el amor? ¿En arriesgarse al entregar el corazón?

—Es posible. Solo que antes no era capaz de verlo.

—Si tan malvado y pérfido crees que soy, ¿qué has venido a hacer aquí?

—Cuando mi hermano me ha confesado que te ibas a casar con Olivia Iggly, yo...

—¿Tú qué? —preguntó ante mi inminente silencio.

Nunca he sido una persona a la que le resultara sencillo confesar sus sentimientos, y el hecho de tener que hacerlo en aquel momento, delante del hombre al que amaba, se me complicaba. Sin embargo, debía esforzarme. Debía sacar todo el valor del que hacía gala y decir la verdad.

—Yo... —tomé aire— *hetenidomiedodeperderte* —solté rápidamente—. Para siempre —añadí alzando la mirada hacia su rostro que se mostraba inexpresivo.

Se cruzó de brazos y con una ligera curvatura de su comisura me preguntó:

—¿Qué te hace pensar que tienes alguna posibilidad de reconquistar mi corazón?

Bufé molesta.

—¿Estás jugando conmigo, Crawford? Porque te advierto que no pienso permitir que me humilles.

—Creo que no estás en condiciones de poner las normas, querida —continuó con ironía.

—No sé a dónde nos llevará esta extraña situación, no obstante, tenía que intentarlo. Al conocer tu relación con la señorita Iggly me puse celosa. Sí, lo admito, siempre que te he visto coqueteando con alguna mujer he estado celosa. Algo aquí dentro —señalé hacia mi pecho— me dice que tú me perteneces y, por ello, no podía quedarme con esta eterna y amarga sensación de no saber qué hubiera sucedido de tener la posibilidad de confesarte mis sentimientos. Ahora, ya lo sabes. La decisión es tuya. —Alcé las manos quitándome un peso de encima.

—Tengo la vaga sensación de haberme perdido en algún momento. —Fruncí el ceño en respuesta—. No creo recordar ninguna palabra que

implicase en sí algún tipo de sentimiento.

—No me hagas decirlo —le supliqué consciente de sus intenciones.

—¡Oh! Pero me gustaría oírlo de tus labios y confirmar que no me hallo en un error.

Me mordí el labio aplastándolo con fuerza con los dientes y un ligero rubor cubrió mis mejillas, un detalle que él destacó.

—¡Qué deliciosa situación! Lady Abernathy sonrojada.

—Alex —le advertí—. No te burles.

Se mantuvo impertérrito lo que me parecieron los segundos más largos de mi existencia. Suspiró y con un tierno mohín cubrió los pasos que nos alejaban para tomar mis manos que se apretaban en sendos puños en mi costado.

—Lillian, no dejes que el miedo o el orgullo te paralice. Eres más fuerte que eso.

Sus palabras tuvieron el efecto deseado y a pesar de que mis manos temblaban bajo las suyas me armé de valor.

—Te amo —susurré tímidamente.

Con cautela, soltó mi mano para alzar mi mentón y obligarme a mirarlo.

—Si eso es verdad, ¿por qué diablos has tardado tanto en venir en mi busca? No sabes lo mucho que te he esperado. Ya me había dado por vencido.

Mi corazón se desbocó ante sus palabras. «¡Oh, Alex! Porque soy una cobarde, una orgullosa y una estúpida», quise decir, sin embargo, silencié a mi mente permitiendo que esta vez fuese mi corazón quien hablase por sus propios medios. Después de todo lo acontecido había adquirido la madurez suficiente para ser coherente, o al menos eso creía.

—Lo siento, quería hacerlo, pero tú estabas tan inaccesible... Alex, te amo —dije esta vez en voz más alta animada por su cercanía y su comprensión—, y siendo egoísta no quiero que seas feliz con nadie más que conmigo —admití—. Sé que te hice mucho daño, y realmente lo siento. Aunque no lo creas, yo también he sufrido mucho todo este tiempo. Siempre me he encontrado en una ruleta de emociones y pensamientos contradictorios que solo lograban confundirme. —Mi voz sonaba más desesperada de lo que me hubiera gustado expresar—. Nunca debí aceptar la apuesta, pero me pareció tan... excitante. Además, quería darte una lección. Te la merecías.

—Y te hubiera salido una jugada maestra si no te hubieras enredado en tu propia trampa —aseguró con la voz entrecortada—. Ahora mismo yo estaría hecho trizas y tú te codearías por los salones de baile triunfante, siendo la primera mujer en el mundo que consiguió dejar reducido a la nada al mayor libertino de todo Londres.

—Debo admitir que suena muy bien —bromeé.

—Ahora realmente sé que lo merecía —reconoció para sí—. No sabía que se pudiera hacer sufrir tanto a alguien.

Su mirada se quedó fija en la mía.

—Siento mucho todo esto. ¿Es necesario que te cases con Olivia Iggly? Si pudiera hacer algo, cualquier cosa con tal de que no te vieras obligado a casarte con ella, lo haría.

La sola mención de la mujer hizo que el marqués se tensara, reculara unos pasos y se quedara pensativo.

—Olivia... —masculló como si hubiese olvidado que en unas horas estaría comprometido y condenado a su lado.

—Sé lo de tu herencia y la necesidad que tienes de casarte en el plazo de un año.

Abrió los ojos desorbitados como si no creyera que yo pudiera ser partícipe de esa información.

—¿Cómo...?

—Harry —aduje—. Si te casas con ella por ese motivo, yo puedo solventarlo, o al menos eso creo.

—¿Qué propones?

—Bueno, tengo una dote muy generosa —anuncié como recurso.

—¿Tu dote? —preguntó inquisitivo.

—Sí, te la ofrecería como recompensa por lo que te hice.

—No sé qué decir.

—Piénsalo. Si le contara a Harry la verdad, lo convencería para entregarte mi dote. De ese modo no tendrías que casarte.

—Si me entregases tu dote, no tendrías tantas posibilidades de casarte.

Me encogí de hombros.

—No creo que tenga muchas oportunidades en el convento al que sin duda Harry me enviará.

—Te agradezco la oferta, pero no sería un caballero si la aceptara en unos términos tan poco usuales. Creo que soy más convencional...

—¿Qué... qué quieres decir?

—Lillian, te estoy pidiendo matrimonio. Una vez más.

Abrí los ojos desorbitados.

—¿De verdad, quieres casarte conmigo a pesar de todo? —La ilusión y un pequeño atisbo de esperanza me inundó.

—¿Cuánto más vas a obligarme a pedírtelo?

—Creí que...

Las palabras se quedaron fluyendo en el aire cuando, en dos zancadas, Crawford recorrió el espacio que nos separaba y colocó sus labios sobre los míos.

Sentí mi espalda contra la pared.

Estaba acorralada.

Alex me besaba impaciente, ávido.

Yo le tomé por los hombros y me dejé llevar por sus besos.

¡Dios mío, cómo lo había echado de menos!

Su boca cálida, sus labios suaves, su barba cosquilleando mis mejillas y sus manos a ambos lados de mi cara, sujetándome, indicándome que era suya.

Cerré los ojos con fuerza y esta vez fui yo la que invadí su boca con una lengua exploradora. Me excitaba jugar con él de esa manera, aunque ninguna señorita de la nobleza debía admitir ese tipo de cosas.

Alex era mío. Lo sabía. Aquel beso me lo confirmaba. Y aunque deseaba que en ese momento cerrara la puerta con llave y me hiciera cuantas cosas él sabía prometiéndome que siempre estaríamos juntos y que me perdonaba todo lo que le había hecho, había algo que tenía en mi mente y que no podía eliminar de un modo tan fácil.

—Alex... —conseguí nombrarlo cuando me dejó un pequeño espacio para respirar—, Olivia.

—¡Al diablo con Olivia! No quiero oír más su nombre. Yo solo te quiero a ti. Te amo —me confesó apoyando su frente sobre la mía.

—Yo... yo... yo también te amo, Alex —me atreví a decirle.

Su boca se curvó en una ligera sonrisa y una lágrima llena de felicidad rodó por mis mejillas.

Nos quedamos inmóviles, con nuestras palabras suspendidas en el aire, escuchando el ritmo frenético de nuestros corazones, aspirando el aroma del otro, sintiendo su calor, desnudando nuestras almas por primera vez.

—¿Sabes? Tú eres la única mujer en este mundo que ha conseguido volverme completamente irracional, siempre siervo a tu merced. A mí, del que se dice el mayor mujeriego de Londres. ¡Menudo libertino estoy hecho! —soltó una carcajada irónica.

—Me ha costado bastante conseguirlo —bromeé relajada jugueteando con los mechones sueltos de cabello que se rizaban en su nuca. Volví a un tono más serio para añadir—: Siento haber tardado tanto en venir a rescatarte —susurré—. Realmente lo lamento.

—Y menos mal que lo has hecho. Tu testarudez y orgullo casi me cuestan la vida —admitió divertido quitando hierro al asunto

—Te amo —repetí segura de mis palabras.

Aún sentía reticencia a expresar lo que mi corazón había guardado por tanto tiempo, pero tenía la sensación de que cuanto más lo repetía más fácil se me antojaba la siguiente vez.

—Dilo otra vez —me pidió complacido.

—Te amo.

Deslicé una mano acariciando su mejilla rasposa ascendiendo hasta sus sienes y deslizando las yemas de mis dedos por su ceja. Quería guardar aquel momento para siempre en mi memoria.

Alex tenía los ojos cerrados, disfrutaba de mis caricias. Solo se permitió abrirlas cuando me detuve. Tomó mi mano y se la llevó a los labios sin dejar de mirarme con sus increíbles y penetrantes ojos oscuros.

Había aprendido a leer la mirada de Crawford, y en aquella ocasión vi refulgir el amor en ellos.

—Creí que nunca más volvería a tocarte. Ni siquiera estaba segura de que fuera a verte alguna vez.

—Te hubiera esperado mil años si hubiese hecho falta.

Me eché a sus brazos, rodeé su cintura y hundí mi rostro en su cuello inhalando su aroma, reconfortándome en su calidez y protección, sintiendo, por primera vez, que aquel era el lugar al que pertenecía.

—Siempre serás la única mujer a la que ame, mi esposa, la madre de mis muchos hijos...

No estaba del todo de acuerdo con el término «muchos hijos». ¿Qué quería decir con muchos? O mejor aún, ¿qué significa para él «muchos»? Porque para mí «muchos» significaba realmente «muchos», y yo no estaba dispuesta a tener muchos hijos. Puede que uno, o tal vez dos, pero no

«muchos». Sin embargo, consideré que ese no era el mejor momento de hacérselo saber.

—¿De verdad sigues queriendo que nos casemos? —le susurré emocionada sin creer aún que aquello fuese real.

Mi voz quedó como un sonido inteligible, pues su pecho retuvo mis palabras. Solo quería quedarme hundida en su cuerpo y que me abrazara durante horas.

—Deja de cuestionar mis deseos todo el tiempo, te lo suplico —me pidió posando de nuevo sus labios sobre mi frente—. Quiero que seas la marquesa de Crawford hoy mismo.

—La idea de ser tu esposa suena bien, a pesar de que tendremos que aclarar algunos términos —dictaminé—. No me convence el título de marquesa. Suena a demasiadas obligaciones complicadas, y yo lo único que deseo es dedicarme a ti, en cuerpo y alma.

Soltó una sonora carcajada y apretó aún más mis caderas hacia su cuerpo mientras con la otra mano acariciaba mi mejilla con la yema de sus dedos haciéndome estremecer.

—No te preocupes, no será demasiado complicado —admiró mi rostro ceñudo y desconfiado y acarició con delicadeza mis cejas—. Serás mi marquesa. —Me dio un ligero beso en la punta de la nariz—. La marquesa más amada del mundo.

Y acto seguido selló su promesa con un ferviente beso que me abrasó y me traspasó la piel.

De pronto sus labios se volvieron ávidos dejándome completamente sumida a su merced. Sus manos comenzaron a recorrer mi cintura y a descender hacia mis nalgas. Yo solo pude sujetarme a sus hombros y dejarme llevar.

Capítulo 31

UNA INTERRUPCIÓN INESPERADA Y UN FUTURO INCIERTO PERO DECIDIDO

Y así, en la cumbre de la pasión, durante un beso tan fogoso como sincero, todo en lo que podía pensar era en la cantidad de casualidades y decisiones sucedidas que nos habían hecho llegar a ese preciso instante en el que nuestras bocas se devoraban con inquieto deseo, ardiendo de pasión ante el firme contacto de nuestros cuerpos.

Fue ahí mismo cuando descubrí que no podía importarme menos si el mundo entero se venía abajo, pues lo que más había anhelado durante tanto tiempo, por fin, estaba ante mí, con sus manos sobre mis caderas y su corazón acompañando al mío en un frenético tamborileo.

El ¡toc, toc! de la puerta nos sacudió como un terremoto y nos obligó a regresar al mundo real, ese de cuya visión comenzaba a ser distinta.

Alex soltó un gruñido que le salió desde lo más hondo de la garganta, seguido de una maldición que erizaría el vello a las damas más refinadas, antes de responder:

—¡Pedí no ser molestado!

La cansada figura de Maggibons se dejó ver tras el quicio de la puerta y casi avergonzado se adentró en el cuarto silencioso y cabizbajo.

—Perdone que lo interrumpa, milord. Sé que me dio órdenes expresas de que no lo hiciera, pero un caballero insiste en verle de inmediato.

Con una gracia distintiva en él, Alex sacudió la mano sin dejar de mirarme con el brillo refulgiendo en sus ojos.

—Sea quien sea, dígame que estoy muy ocupado.

—Sí, milord —asintió el mayordomo, que por su expresión sabía lo difícil que iba a resultar aplacar al caballero que esperaba en el vestíbulo con esas sencillas palabras.

Tras escuchar la cerradura de la puerta encajar, Alex me susurró al oído con voz ronca:

—Disculpe, milady, ¿podría recordarme por qué parte de la lección nos encontrábamos?

Me mordí el labio inferior pícaramente.

—Me explicabas de forma muy práctica cómo funciona la teoría de la gravedad.

—Eres una alumna muy aplicada —respondió divertido—. Sacarás muy buenas calificaciones —continuó, inclinándose ligeramente para besarme de nuevo.

Sus labios apenas habían rozado los míos cuando un sonoro estruendo nos alertó dejándonos completamente paralizados.

—A mí entender siempre debe haber tiempo para recibir a la familia, ¿no le parece Crawford? —irrumpió una voz masculina en un severo tono.

La puerta golpeó con tal frenesí en la pared que los goznes temblaron en su posición.

Lord Iggly apareció luciendo de forma impoluta un traje de lino y un pañuelo azul a juego con sus ojos. Ni su actitud ni su expresión eran demasiado amigables. Tras lanzar una furtiva mirada al reloj colocado junto al escritorio pude imaginar el motivo.

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué manía tiene la gente de entrar en mi casa como si fuera Hyde Park! —gruñó el marqués.

—Perdóneme, señor —se disculpó el mayordomo, que raudo apareció en la escena. Sobre su frente caía una gota de sudor debido a la indudable carrera que había tenido que realizar tras los pasos de lord Iggly—. El caballero fue muy insistente y no pude retenerlo. Al parecer, últimamente, todos sus invitados se muestran obstinados por mantener unas palabras con usted —replicó algo molesto de tener que lidiar con visitas inoportunas.

Al verlo emitir aquel gesto exasperado sentí una gran compasión por el anciano, que era víctima de la soberbia y falta de educación que, en momentos de histeria, olvidábamos aquellos que formábamos parte de la flor y nata de la sociedad.

—Maggibons, solo le pido que no abra la puerta a nadie más en lo que resta de noche. No me gustaría tener a todo Londres en mi despacho.

—Como usted diga, milord. Si me disculpan.

El mayordomo desapareció tras la puerta, que quedó encajada con un ligero portazo, y la estancia se quedó durante unos segundos en el más profundo silencio.

Desde mi posición pude alcanzar a escuchar un suspiro al otro lado de la estancia.

Me mantuve impertérrita, apoyada en la pared, tras la figura de lord Iggly, quien no había llegado a reparar en mi presencia después de su apocalíptica entrada.

—Creo recordar que aún no nos hemos emparentado, ¿o acaso me equivoco? —le preguntó el marqués con un deje en su voz.

El recién llegado bufó.

—Nimiedades. Pronto lo estaremos. Es más, si hubieras aparecido en la fiesta de compromiso, ya lo estaríamos. Eso me llevar a preguntarte..., ¿por qué no estás allí?

Alex se cruzó de brazos y dejó escapar un soplido exánime.

—Cierto, la fiesta... Me temo que debes disculparme. Unos asuntos de vital importancia me retuvieron.

—¿Qué hay más importante que tu compromiso? —quiso saber lord Iggly con el ceño fruncido.

—Digamos que he recapacitado sobre mi futuro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiere decir que no voy a comprometerme con la señorita Iggly —sentenció con fiado de sus palabras.

—¿Bromeas? ¡No puedes cancelar el compromiso ahora! —Los ojos de lord Iggly se inyectaron en cólera—. Piensa en mi hermana, la deshonrarás.

—No quisiera parecer grosero cuando afirmo que tu hermana ya ha sido deshonrada sin mi ayuda. Me disculparé con ella más adelante.

—Pero, pero... ¡Hicimos un trato!

—Siento discrepar. La noche que entablamos el compromiso, tú hablabas y hacías planes sobre el matrimonio, mientras yo te escuchaba vagamente, asentía y me sumergía en tu carísima botella de *whisky*. Creo que no se puede tomar en serio a un hombre embriagado, ¿me equivoco?

Lord Iggly agarró con tal fuerza el bastón que sujetaba entre sus manos que sus nudillos se tornaron blancos.

A pesar de hallarse frente a un hombre completamente colérico, Alex mantenía una postura impasible, fría e imponente. No parecía el mismo que me había estado besando de forma pasional contra la pared tan solo unos minutos antes.

Me sorprendió la seguridad que mostraba en sí mismo, un rasgo de él que siempre admiraría.

—¡Eres un bastardo pretencioso! —gruñó Iggly partiendo en dos el bastón contra su muslo.

No pude reprimir la exclamación con el que aquel inesperado e insólito acto me sobresaltó. El ligero e impreciso movimiento me delató y de pronto me encontré enfrentándome ante la insidiosa mirada de lord Iggly.

—¿Qué hace ella aquí? —me señaló con un dedo acusatorio.

—Lady Abernathy solo vino a traerme un recado de su hermano. De hecho, ya se va —me apuró con un ligero movimiento.

—Me cuesta creerte. He hablado con lord Middleton en la fiesta y me aseguró que su hermana se encontraba en casa. Indispuesta.

—¿Cuestionas mi palabra en mi propia casa? —inquirió Alex alzando una ceja amenazante.

—¿Es esta mujer el motivo por el que vas a deshacer el compromiso con mi hermana? —soltó una profunda carcajada—. ¡Vaya!, me temo que te ha embaucado como a un colegial, como a tantos otros. Todo el mundo habla de lo persuasiva que es la señorita Abernathy, especialmente con los hombres de su elección —espetó con desdén.

Cualquiera que hubiera visto cómo se demudaba el rostro del marqués y escuchado la forma en que dictaminó sus palabras hubiera supuesto que en verdad a lord Iggly le quedaban unos pocos minutos de vida.

—Me temo que tal declaración es muy descortés por tu parte, Iggly. —Se produjo un silencio incómodo antes de que Alex continuara—: Te ruego que salgas de mi propiedad.

El aludido no hizo el menor movimiento.

—No haré tal cosa hasta que no cumplas con el trato o respondas ante mí como un hombre.

—No voy a batirme contigo en duelo —decretó.

—Por supuesto que sí. Has deshonrado a mi hermana y merezco una compensación.

—Si eso es así, ¿por qué no te has batido con todos los que han tratado de burlarse de ella antes?

—¡Malnacido! ¡Pagarás por esta infamia! —exclamó quitándose la chaqueta con movimientos rápidos y precisos.

Aquella situación se escapaba de control. Me sentía completamente atónita ante aquella extraña escena que parecía salida de una tragedia de Shakespeare.

Comprendiendo cuáles eran sus intenciones, Alex comenzó a asegurarse los puños de la camisa con lentitud. Dada la tensión y la cantidad de orgullo masculino herido, con el cual ya tenía experimentada relación, que reinaba en la estancia, supe que de allí solo saldría uno ileso, en el mejor de los casos.

—No, Alex. —Me acerqué hacia él y le agarré del brazo desnudo al tiempo que sentía su calor traspasar por las yemas de mis dedos—. No lo hagas, por favor.

Me pidió perdón a través de sus oscuros ojos.

—¡Cállate, desvergonzada! No te metas en esto. Si yo fuera tu hermano, te metería de cabeza a un convento —me gritó lord Iggly desde el otro lado.

Me mordí la lengua para no replicarle lo irónico que parecía que él dijera esas palabras cuando su hermana seguía relacionándose con la nobleza. No quería atacar a Olivia, y menos sin estar presente, ella no tenía la culpa de ser víctima de una sociedad que decidía como inapropiado algo que para los hombres era toda una proeza, de modo que, lanzándole una furibunda mirada, apreté mis manos en sendos puños y me dirigí hacia él dispuesta a golpearle, con toda la fuerza y precisión que pudiera aunar, en el rostro por atreverse a realizar tal acusación.

Y así hubiera sido de no ser porque Alex agarró con brusquedad mi brazo y me retuvo a su lado a pesar de mi insistencia.

Como si de una muñeca me tratase me colocó a su espalda con cuidado, eliminando todo tipo de contacto directo con lord Iggly.

—Puedo pasar por alto que te presentes dando golpes y profiriendo improperios que amedrentan a mis empleados e incluso que me llames bastardo bajo mi propio techo, pero no consentiré que insultes a la dama. Y

solo por eso olvidaré mis buenos modales y te sacaré a rastras de aquí como el vil gusano que eres, aunque eso me cueste unos cuantos golpes.

—Adelante. Inténtalo.

Tuve la sensación de que el espacioso y masculino despacho se convertía en un improvisado ring de boxeo en el momento en que lord Iggly pegó fuertemente en la mandíbula a Alex, que se defendió dándole un sonoro golpe en el estómago a su rival.

Alarmada, rodeé la estancia para alejarme de ellos y huir en busca de ayuda.

—¡Maggibons! —grité.

Sabía que el anciano mayordomo poco podía hacer, mas siendo el único miembro del servicio al que conocía hasta el momento creí que era lo más certero. Quizás él supiera qué hacer en aquel caótico momento. Estaba claro que ni siquiera mis altas capacidades resolutivas podían idear un plan antes de que uno de ellos fuera arrastrado al inframundo.

Atravesé el pasillo lo más rápido que me permitieron mis piernas.

Entonces, a lo lejos, vi la salvación frente a mí.

—¿Harry? —Me frené abruptamente ante la figura imponente de mi hermano que se hallaba de espaldas en el umbral de la mansión.

Raudo, se volvió al escuchar mi voz y su rostro se desencajó al encontrarme en aquel lugar. A su lado, el marqués de Ackerman, con un oscuro e impecable traje, pestañeó dos veces con impasibilidad.

—¿Lillian? ¿Qué haces aquí?

Tragué saliva, no me detuve a responder. Aún me aterrorizaba lo que estuviera sucediendo en el interior del despacho.

—Más tarde. Detenlos, ¡se van a matar! —fue todo lo que alcancé a decir al tiempo que señalaba hacia el interior del pasillo.

Mi hermano soltó una sonora maldición que me dejó casi helada, tiró el bastón que sostenía en su mano y corrió hacia el despacho de Crawford.

Ackerman, con toda la rectitud patente en cada poro de su piel, me miró ceñudo antes de dar un firme paso hacia delante y seguir muy de cerca a mi hermano.

Corrí detrás de los dos hombres y me detuve bajo el marco de la puerta examinando el cariz que había adoptado la trifulca.

Harry se había interpuesto entre ellos, o al menos lo intentaba.

—Caballeros, por favor. Será mejor que detengan esta locura y solucionen sus problemas mediante el diálogo —decía mientras esquivaba algunos golpes.

Alex se movía con rapidez y por cada puñetazo recibido daba dos.

Jamás había visto una pelea cuerpo a cuerpo y, aunque no me hacía especial ilusión que el hombre al que amaba fuera uno de los contrincantes, realmente me sentía emocionada de ver algo tan insólito y poco decoroso.

—Apártate de en medio, Middleton, o acabarás peor que este imbécil —gruñó lord Iggly al tiempo que colocaba su puño en la mandíbula de Alex.

—Ackerman, ¿podría dejar de mirar y ayudarme? —gritó mi hermano colocándose detrás de Crawford.

El marqués suspiró exasperado, dejó a un lado el bastón y el sombrero que llevaba en la mano y se quitó con suma elegancia la chaqueta apoyándola en el respaldo de una silla. Se arremangó la camisa hasta los codos, se acercó a lord Iggly por la espalda y lo cogió de la cintura dejándolo con los pies en el aire mientras este batía piernas y puños profiriendo maldiciones y órdenes.

Aquella cómica escena consiguió sacarme una sonrisa.

Para evitar que Alex pudiera atacar, mi hermano lo agarró por los hombros y le susurró algo al oído que fue recibido con un decidido asentimiento.

—¡Suélteme, Ackerman, o le golpearé como a un perro cuando acabe con Crawford!

—Tiene expectativas demasiado altas para una sola noche, ¿no le parece? —gruñó el aludido sin saber muy bien qué hacer con aquel individuo al que sujetaba.

Alex gruñó, dio unas cuantas zancadas y se enfrentó a lord Iggly, cuyo rostro estaba colérico.

—¡Lárgate de mi casa de una maldita vez!

—¡Has manchado la reputación de mi hermana, bastardo! Merezco una compensación. ¡Te reto a duelo! —gritó Iggly.

—¡No! —exclamé.

Estuve a punto de adentrarme en la habitación cuando noté sobre mi hombro una mano que me retenía. Maggibons me dedicó una suplicante mirada y negó con la cabeza. En su gesto pude leer que no debía

entrometerme y avivar más el fuego que amenazaba con acabar con todos nosotros.

—¿Estás seguro de lo que dices? Los duelos son ilegales —aseguró Alex.

—Mi hermana saldrá perjudicada. Será vilipendiada y su reputación quedará en boca de todos. No lo permitiré. Es lo más justo.

—¡Oh, basta ya! Comienzo a perder la paciencia —anunció el marqués de Ackerman soltando al hombrecillo y enfrentándose a él.

—Perdone que sea yo quien se lo diga, pero si la señorita Iggly tiene manchada su reputación ha sido por sus propios méritos. Por respeto a ella no enumeraré cada uno de sus encuentros, mas es conocido por todo el mundo que no es una mujer que se resista a los encantos.

Los ojos de lord Iggly se apartaron de Alex y se encontraron inyectados en sangre mirando a Ackerman. Su rostro cada vez se volvía más contrito, esperaba que en cualquier momento le saliera espuma de la boca.

—¿Todo este lío es por esa mujercuela de ahí? —indicó hacia la puerta—. Te aseguro, Crawford, que esto no quedará así, voy a ...

—Por su integridad física, espero que no se refiera a mi hermana con eso de *mujercuela* —irrumpió Harry con los puños apretados en el costado y dando un paso amenazante—. De lo contrario, seré yo quien le rompa la cara a golpes.

Alex le colocó la mano sobre el pecho para detenerlo.

—No caigas en su juego, Middleton. Solo quiere provocarnos.

Harry se contuvo con un ligero gruñido.

—Eres un cobarde, Crawford. Te escudas bajo la protección de Middleton y Ackerman —escupió.

—¿Es un duelo lo que quieres? Muy bien, pues eso tendrás.

—¡Basta ya! Estoy harto de escuchar estupideces —dictaminó Ackerman sorprendiendo a todos los presentes—. Nadie se batirá en duelo. En primer lugar, porque es ilegal, y en segundo, porque yo mismo llamaré a Scotland Yard si eso ocurre. Por lo pronto usted se irá a su casa y terminaremos con esto de una vez. Nadie tiene por qué saber del compromiso, y estoy seguro de que Crawford sabrá recompensarlo como un caballero si es necesario. Y ahora márchese de una vez.

—Maggibons, acompañe al caballero a la salida, por favor.

El mayordomo se irguió tras de mí y esperó a que lord Iggly lo siguiera.

—Esto no quedará así, lo juro —amenazó.

Con el labio sangrando y las mejillas amoratadas, lord Iggly sacudió sus prendas y lanzó una mirada fulminante a cada uno de los presentes.

Agarró fieramente su sombrero y sus pertenencias y con un gruñido se dirigió hacia la puerta.

Me aparté para evitar encontrarme en su camino.

Ackerman resopló lleno de frustración, sacudió las manos con unas ligeras palmadas y con meticulosidad comenzó a cubrir sus antebrazos desnudos con las mangas de su camisa.

—¿Crees que cumplirá con su amenaza? —preguntó Harry a Alex.

—No lo creo, aunque si decide hacerlo lo estaré esperando.

Solté un suspiro de alivio cuando la figura de lord Iggly desapareció y de forma impulsiva me lancé en los brazos de Alex, quien me recibió calurosamente.

Su camisa estaba sudada y su respiración era agitada, sin embargo, nada me importaba más que el saber que el hombre al que amaba se encontraba, si no en buenas condiciones, al menos vivo.

Hundí mi cabeza en su pecho e inhalé su fragancia masculina, mezcla de perfume y sudor. Apreté mi cuerpo con fuerza hacia el suyo permitiendo que su calor traspasase las capas de tela que cubrían nuestros cuerpos.

La voz acusativa de mi hermano rompió mi ensoñación.

—Lillian... —Giré la cabeza sobre el hombro de Alex y centré mi mirada en Harry, quien, estupefacto, tenía una ceja ligeramente arqueada—. ¿Podrías explicarme qué está sucediendo aquí?

Asentí y me separé con reticencia de Alex, quien me expresó su apoyo tomándome de la cintura y colocándose a mi lado.

Harry observó sorprendido nuestra posición y, cruzándose de brazos, dijo:

—Todo esto tiene una buena explicación, ¿verdad? —Hizo una pausa y tomó aire—. Lo sospechaba. Estáis enamorados.

Alex apretó aún más su mano alrededor de mi cintura.

—Middleton, sé que me dijiste que...

—¿Sabes, Crawford? —le interrumpió—, me alegra haber venido esta noche a tu casa, porque voy a acabar la tarea que Iggly no ha completado —amenazó lanzándose hacia Alex.

Di un paso al frente y me coloqué entre ellos.

—Harry, compórtate como un hombre civilizado y deja que te explique.

—¿Ha llegado a tocarte? Porque si es así el que se va a batir en duelo soy yo.

Desde el otro lado de la sala se escuchó una sonora exclamación exasperada.

Tragué saliva antes de responder:

—Si te refieres a si hemos compartido momentos íntimos, no. Crawford se ha mostrado respetuoso y cortés en todo momento. Es más, si yo hubiera querido...

—Lily, creo que es suficiente —se aventuró Alex deteniendo a mi frenética lengua—. Te aseguro, Middleton, que, como dice tu hermana, por primera vez en mi vida me he comportado como un auténtico caballero. Nuestra relación no ha ido más allá de unos castos besos.

El rostro de Harry se tornó lívido, aunque por la tensión de sus músculos sabía que furioso era poco para determinar su estado.

—¿Castos besos? —murmuró escéptico—. ¿Podéis alguno de los dos explicarme cómo demonios ha sucedido esto? —Señaló a Alex con su índice y continuó—: A ti te amenacé con matarte si te acercabas a mi hermana —se volvió hacia mí acusándome con su dedo mortífero—, y a ti... simplemente te lo prohibí. ¿Es que nadie me tiene en cuenta cuando hablo?

Me encogí de hombros.

—Nadie puede controlar los sentimientos de los demás, Harry, ni siquiera tú. Es algo que surgió, sin más —admití segura de mis palabras.

—¿Desde cuándo...? —inquirió mi hermano observando impasiblemente nuestros cuerpos entrelazados.

—Supongo que desde que nos conocimos. Tú ni siquiera estabas aquí.

Harry frunció el ceño.

—¿Tú lo sabías, Ackerman?

El marqués, que se encontraba al fondo del habitáculo, pulcramente vestido y cuyos fornidos brazos descansaban sobre su pecho, sacudió la cabeza negativamente.

—Estoy tan sorprendido como tú, Middleton —anunció, aunque en su rostro no había ni un solo atisbo de sorpresa alguna.

—Será mejor que me expliquéis esto detalladamente.

Abrí la boca para comenzar cuando la voz chillona de Amelia resonó en toda la casa.

—¿Lillian? ¿Harry?

Todos nos volvimos hacia aquel perturbador sonido que había conseguido romper la tensión del momento y, por primera vez, me sentí agradecida por la inesperada y sorprendente presencia de mi prima.

La rubia cabellera de Amelia se asomó por la habitación. Su rostro mostraba preocupación y se me antojó que tenía el aspecto de una pequeña hada que correteaba confusa entre los árboles. Hizo un barrido por toda la sala hasta acabar con los ojos fijos en Ackerman.

—¿Qué ha pasado? Esperamos en el carruaje durante un tiempo, pero al descubrir a lord Iggy con el rostro ensangrentado saliendo hecho una furia de la casa nos asustamos.

Antes de que nadie pudiera preguntar a quiénes se refería con ese «nos», tía Mary hizo acto de presencia.

—¡Estupendo! —mascullé—. Ya estamos todos.

—¿Qué ha ocurrido? Estábamos preocupadas.

—Amelia, ¿qué haces aquí? —pregunté entre dientes.

—Tras llegar al baile y encontrarnos con el marqués de Ackerman, descubrimos a lord Iggy salir de la mansión hecho una furia gritando improperios contra Crawford. Se montó en un carruaje y salió disparado. Harry y lord Ackerman insistieron en seguirle y nosotras no podíamos quedarnos allí sin saber qué sucedía. De modo que le pedimos prestado el carruaje a la señorita Elliot, que andaba por allí, y os seguimos. ¿Qué tal ha ido?

Sonreí. Solo mi prima se atrevería a preguntarme aquello en la situación en la que nos encontrábamos.

—Estaba a punto de contarle a Harry cómo había empezado todo.

—¡Ah! Perfecto. —Eché una rápida mirada por la sala—. ¿Dónde puedo sentarme?

Capítulo 32

SIEMPRE DEBE HABER TORMENTA PARA ALCANZAR LA MÁS PRECIADA CALMA

Y de ese modo todos los allí presentes nos encontramos reunidos en el salón de Stone House, con un refrigerio frío que nadie tocó sobre la mesilla central escuchando una historia que parecía tenerlos a todos ensimismados.

El reloj del pasillo marcó las diez de la noche, pero a nadie pareció importarle.

El marqués de Ackerman, en una posición completamente imperturbable y muy estudiada, seguía cada uno de los movimientos de la sala con parsimonia. Había insistido en marcharse y dejar a la familia reunida para aclarar la situación, mas Harry había insistido en que alguien con un poco de sentido común debía ejercer de juez dentro de aquel completo y poco juicioso caos. El hombre había aceptado dado el grado de amistad que lo unía con mi hermano. No hacía falta recordar que Ackerman era un hombre más que discreto, sin embargo, su semblante mantenía un estado de aburrimiento tal que tuvo que cubrirse los labios al bostezar con discreción.

En el mismo sillón de flores brocadas y con una decorosa distancia entre ellos, Amelia mantenía la espalda recta y una expresión serena, aunque en el fondo disfrutaba con la escena.

Sentada en el sofá orejero más alejado, tía Mary se mantenía cerca de Harry, preocupada por su conducta completamente alterada. Sin perderlo de su campo visual lo seguía en su divagar por la alfombra situada frente a la chimenea. De un lado hacia otro, mi hermano se movía con nerviosismo, recorriendo el mismo circuito que se había marcado al tiempo que se pasaba las manos por el pelo y repetía la misma retahíla de palabras una y otra vez.

Yo lo miraba de hito en hito de forma impaciente mientras que deslizaba un paño húmedo en alcohol con delicadeza contra el rostro magullado de Alex.

—Sigo sin entenderlo —repitió por enésima vez—. Entonces, ¿tú querías vengarte de él? ¿Por qué?

Resoplé.

Habíamos obviado la parte en la que Amelia se encontraba involucrada, de modo que repetí la misma historia, parcialmente cierta, otra vez.

—No quería vengarme. Quería darle una lección por burlarse de las mujeres. Así de sencillo.

—¿Así de sencillo? Lillian, ¿quién te crees que eres? No eres ninguna enviada divina para imponer justicia. ¿Cómo puedes decirlo así? ¿Y tú, Crawford? ¿Lo aceptas sin mostrar reparos?

Alex se encogió de hombros.

—No me queda más que resignarme. Me ha atrapado. Es bastante buena.

—¡Gracias! —exclamé emocionada por sus palabras.

Él me devolvió una sonrisa.

Harry meneó la cabeza.

—Esto es una locura, mi hermana y mi amigo...

—Es el mejor cliché en las historias románticas —alegó Amelia recibiendo una mirada reprobatoria de Harry.

—Bueno, dejémonos de lamentos y reproches —interrumpí apoyando el paño sobre el labio maltrecho de Crawford—. El marqués y yo queremos formalizar nuestra unión y comprometernos.

—Cuanto antes mejor —añadió Alex soltando una queja por el escozor ocasionado en la herida.

—¡Ni hablar! No consentiré esta relación. ¿Es que ninguno más ve lo ridículo de la situación? —preguntó a nadie en particular.

—Lo único ridículamente exacerbada es tu actitud. Nos amamos —me atreví a decir en voz alta ante el asombro de todos.

—Amor —escupió con desdén mi hermano—. Tú no sabes nada del amor. Solo estás encaprichada. Siempre has ido a contracorriente, enfrentándote a todas mis imposiciones. Debí haberlo supuesto al prohibirte acercarte a Crawford. ¿Cómo estuve tan ciego?

—¡No te atrevas a hablar de mis sentimientos de esa forma! —le escupí haciendo un brusco movimiento que se valió la queja de Alex cuando apreté

de forma violenta su herida.

Lentamente levantó la mano por cuarta vez pidiendo permiso para intervenir.

—¿Puedo decir algo?

—Mantengo una intensa conversación con mi hermana, te agradecería que no te inmiscuyeras.

—Una conversación de la que todos estamos siendo partícipes y de la cual, si me permites recordártelo, soy también uno de los involucrados. De hecho, me atrevería a decir que de los más importantes —agregó con sorna.

Aquel tono no satisfizo a mi hermano, que masculló un improperio y volvió a recorrer con insistencia su circuito.

—Querido, debes relajarte un poco. ¿Por qué no bebes un poco de té? —intentó apaciguar tía Mary.

—No quiero té —gruñó Harry—. Lo que más deseo en estos momentos es matar a este traidor que afirmaba ser mi amigo.

—¡Harry! No hables así. Te recuerdo que seguimos en casa del marqués y le debes un mínimo de respeto —aventuré.

—No te preocupes. Es normal que esté enojado, todo esto ha supuesto un impacto muy grande para él. Quizás más adelante entre en razón —me susurró él acariciando la mano con la que limpiaba sus heridas.

—Haz el favor de no hablar como si yo no estuviera. Lo oigo todo.

—Tiene un oído finísimo —agregué en voz baja.

—Ya está bien. No consentiré ni una chanza más. Tienes razón, Crawford, ahora mismo no me siento con fuerzas de soportar un segundo más vuestras locuras. —Irguiendo la espalda, Harry se dirigió hacia la silla en donde descansaba su chaqueta y se la colocó sobre los hombros con precisos movimientos—. Nos vamos.

—Yo no me voy a ninguna parte —asegué amenazante.

—Lillian, por favor. No compliques más las cosas y obedece a tu hermano —me susurró dulcemente mi tía, que seguía los pasos de Harry.

—No —dictaminé muy segura.

Tenía el presentimiento de que si lo hacía no volvería a ver a Alex.

—Lillian... —me advirtió Harry—, o caminas ahora mismo delante de mí o te sacaré a rastras de la casa.

—¡No harás tal cosa! —exclamó Alex poniéndose en pie—. Soportaré que refunfuñes, que me insultes o que maldigas todo lo que quieras, mas no

consentiré que nadie, ni siquiera tú, trate mal a Lillian.

A pesar de no necesitar a nadie para defenderme de las garras de mi hermano, no pude evitar sentir un cosquilleo en el vientre al descubrir a un Alex protector capaz de luchar por mí.

—¿Me desafías? Te recuerdo que hasta el momento poseo la autoridad legal sobre mi hermana —masculló Harry con los dientes apretados.

—Sé perfectamente cuál es tu poder sobre ella, sin embargo, eso no me va a detener para luchar si hace falta para tenerla a mi lado.

—¿Qué insinúas? —Levantó escéptico una ceja.

La tensión comenzaba a palparse entre los dos. Me puse en alerta. Adoraba a mi hermano y no deseaba verme en la temible situación de elegir entre mi familia o mi felicidad. ¿Era mucho pedir desear una buena conciliación entre ambas?

Mientras tía Mary se acercaba a mi hermano, dando a entender que estaba de su lado, yo eché un rápido vistazo a los demás integrantes del grupo; Edward seguía sentado en su asiento, ligeramente inclinado sobre su mano y observando la escena con expectación, al mismo tiempo Amelia se encogía de hombros y mantenía la vista fija en los dos hombres que frente a todos se lanzaban furibundas miradas.

—¿Por qué peleáis por mí? Soy mayor para decidir.

—¡Cállate de una maldita vez, Lillian! Cada vez que dices algo nuevo echas leña al fuego. Hablaremos seriamente cuando estemos en casa —dijo Harry con desdén.

—No le hables así a tu hermana —lo amenazó Alex.

—Tú no vas a decirme cómo tratar a mi hermana pequeña, ¿me entiendes?

—¡Basta ya!

La sala se quedó en silencio y todos nos volvimos hacia la voz grave que había pronunciado aquellas palabras.

Lord Edward Fernsby, marqués de Ackerman, se había puesto en pie, su rostro contrito no reflejaba ningún signo de malhumor, mas la tensión que marcaba su postura indicó que se sentía exasperado.

—¡Por el amor de Dios, caballeros, cacareáis como gallinas!

Ninguno de los presentes pudo reprimir una expresión de asombro.

—¿Ackerman, te encuentras bien? —preguntó mi hermano con el rostro desencajado.

—No. Me duele la cabeza de oíros —carraspeó antes de continuar—: Dado que lleváis más de una hora de incesante charla y al parecer ninguno de los dos entra en razón ni nadie parece poner un poco de sentido común, ¿por qué no dejáis que las cosas se calmen un poco? Podéis pensar con claridad esta noche, examináis la situación y mañana tomáis una decisión charlando como gente civilizada, o al menos sin que yo tenga que presenciar un minuto más esta irritante situación.

Harry y Alex se miraron barajando sus opciones. Pude leer en sus expresiones la reprensión que se hacían a sí mismos por no habérseles ocurrido la idea antes a ninguno de los dos.

—Estoy de acuerdo con ello.

—Yo también —aseguró Crawford.

—Excelente —decretó Edward recolocándose su rubio cabello hacia atrás antes de estirar el brazo para coger el sombrero y el abrigo que había dejado en el respaldo del sillón—. Y ahora, si me disculpan, me voy a mi casa a intentar aliviar la presión de cabeza que debo agradecerlos. Señora —realizó una venia a mi tía, que lo admiraba desde su posición en medio del salón—, señoritas.

Y con pasos firmes y decididos abandonó el salón dejándolo en el más absoluto de los silencios.

—Lillian.

La voz de mi hermano era ronca y hastiada.

Asentí.

Me acerqué a Alex con paso decidido y le tomé las manos colocando el paño húmedo en ellas.

—No dejes de ponértelo sobre las heridas.

El marqués me mostró su perfecta dentadura y sus ojos se cerraron ligeramente.

—Tranquila, lo haré.

Le devolví el gesto y acaricié sus manos con dulzura. Él tomó las mías con delicadeza y se las llevó a los labios sin dejar de fijar su penetrante y brillante mirada en mi rostro.

Amelia soltó una risita inquieta desde su posición, y Harry carraspeó fuertemente.

—No tienes que darme las gracias por salvarte el cuello, Crawford.

Y antes de que pudiera siquiera despedirme, me vi arrastrada del brazo por un furioso Harry que daba grandes zancadas lanzándome hacia el interior del carruaje como si de un baúl me tratase.

—Podrías llevar más cuidado —le reprendí acariciándome el antebrazo dolorido.

—Da gracias que no te he pegado la buena tunda que mereces —gruñó sin mirarme.

—¡Oh, Lillian! ¿Cómo has podido hacerle esto a tu hermano? —exhaló tía Mary tras acomodarse en su asiento junto a él—. Y cómo has podido hacérmelo a mí. Confiaba en vosotras. Nunca podría haber imaginado que estaba sucediendo algo semejante.

—De eso ya hablaremos —espetó Harry con mirada adusta.

Puse los ojos en blanco antes de responder:

—Siento enamorarme a disgusto de todos.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —Esta vez la pregunta fue directa a Amelia, que intentaba pasar desapercibida en el rincón del carruaje.

—¿Yo? Bueno... —La voz de mi prima comenzó a temblar.

—No, no lo sabía —intercedí al instante por ella.

—Estoy segura de que todos esos secretitos y misterios que llevabais entre manos tiene relación con esto —aseguró señalándonos con el dedo amenazador—. Me siento muy decepcionada con las dos. Especialmente contigo, Amelia.

Mi prima se hundió en su asiento.

—Dejadla tranquila. La culpa es mía —aventuré.

—Eso es algo que no dudo —replicó tía Mary.

Su rechazo me provocó un agudo dolor en el pecho.

No quería que la verdad sobre Amelia saliera a la luz. Era posible que Harry tomara mayores represalias contra Alex si se enteraba de su desventura con ella, y mi plan era casarme con él, no obligar a mi hermano a batirse en un duelo y dejarme viuda antes de tiempo.

—Yo sí que estoy decepcionado —bufó Harry, que al parecer sentía la necesidad de recobrar la atención y lanzar al aire su drama—. Me siento traicionado por ambos. Mi amigo y mi hermana —repitió echando una frugal mirada a Amelia, muy posiblemente por su comentario anterior—. ¿Cómo he sido tan idiota de no darme cuenta?

—Nadie elige de quién enamorarse. Puede que resulte extraño que haya surgido entre nosotros algo que...

—Ya te he dicho que no quiero escuchar más esa absurda historia, Lillian.

En la mirada de Harry se podía leer un atisbo de desilusión, y a pesar de sentirme culpable por ello no podía evitar no arrepentirme por lo sucedido. Amaba a Alex, y en aquel momento, más que nunca, no permitiría que nadie nos separase. La vida sin él podía hacerse demasiado pesada y compleja. Había tenido la oportunidad de experimentarlo.

Enmudecí y no dije nada más durante el trayecto, tan solo podía percibir de hito en hito las miradas acusadoras y coléricas de mi familia sobre mí.

Una vez en casa me encerré en mi dormitorio. Salpiqué mi rostro con un poco de agua y miré mi aspecto desaliñado en el espejo. Desesperada deshice el peinado que tanto tiempo había llevado a Hannah y me quité los zapatos y el vestido quedándome en ropa interior.

Comencé a cepillar con frustración mi cabello, dejándome caer en la ensoñación y el desasosiego. ¿Qué podía hacer para conseguir que Harry aceptara mi decisión? ¿Cómo podía lograr que mi felicidad no se diluyera como el azúcar en la leche?

Un ruido sordo me despertó de mi letargo. Amelia apareció de puntillas y silenciosa tras el umbral de mi puerta. Entró con cautela, asegurándose de que nadie advertía su presencia en mi recámara y se sentó en mi cama con las piernas cruzadas y el camisón cubriendo sus muslos desnudos.

—Mi madre me ha regañado mucho por no haber contado todo lo que sabía entre Crawford y tú.

—Lo siento.

Se encogió de hombros levemente como si no le diera la mayor importancia a lo sucedido.

—Supongo que lo merecía, aunque no fuese por eso precisamente.

—¿Le has confesado la verdad? —Alcé una ceja expectante.

—No —admitió negando cabizbaja—. Iba a hacerlo y no encontré el valor. Me parece tan injusto que te regañen a ti por algo que yo inicié.

—Olvídate de eso, Amy. Ahora lo importante es buscar la solución para que Harry acepte que me case con Crawford.

—No lo va a hacer. Sabes lo que opina de él —determinó entre murmullos.

Sacudí la cabeza, me desplomé sobre la otomana situada bajo la ventana de mi cuarto y enterré el rostro entre mis manos. No podía resignarme a ese destino.

—Alguna cosa se podrá hacer para conseguir que cambie de opinión.

—Solo se me ocurre una, y no es de lo más ortodoxo que digamos.

Alcé la cabeza al instante, esperanzada por aquella opción que Amelia podía regalarme. El cansancio, la confluencia de emociones bullendo en mi interior y la mera idea de pasar mi vida alejada del hombre al que amaba limitaba mi función cerebral. Mi maravilloso arsenal de ideas se encontraba en la reserva, y cualquier plan, por descabellado que fuera, era bienvenido.

—¿Cuál es esa posibilidad? Soy capaz de lo que sea.

Mi rostro tuvo que reflejar la desesperación extrema, ya que Amelia abrió los ojos y negó con la cabeza.

—Olvidalo, ha sido una mala idea.

—Amelia, por favor —le rogué lanzándome a su lado para tirar de su falda—. Estoy desesperada, no quiero perder a Alex.

Mi prima me sonrió dulcemente y acarició mi mejilla.

—Jamás hubiera creído que ningún hombre pudiera hacerte perder el juicio. Precisamente tú, que dabas la vida por afirmar que el amor entre un hombre y una mujer no existía.

—Me equivoqué. Quizás debo aprender más sobre ciertos temas antes de hablar —admití apesadumbrada al tiempo que desviaba la mirada hacia la pared decorada con flores de mi cuarto.

¿Cómo había podido estar tan equivocada respecto al amor? Desde luego que existía el amor, el amor puro y sincero, el amor que incita al compromiso, a anteponer las necesidades al otro, el amor que se siente en lo más profundo del corazón, el amor apasionado, leal. El amor verdadero.

Y fue en aquel preciso momento cuando comprendí que Alex, sin pretenderlo, me había dado una lección.

—Gretna Green —dijo.

Abrí los ojos sorprendida. Era la primera vez que escuchaba ese nombre.

—¿Qué es eso?

—Es un lugar cerca de Escocia. He escuchado conversaciones en las que afirman que las parejas escapan allí para casarse a escondidas y, al parecer, es legal.

Me puse en pie decidida.

—Si es mi única opción, lo haré. Alex tiene que conocerlo —determiné.
Amelia se puso en pie y me tomó de los hombros.

—Lillian, calma. Hablamos de una medida *muy* desesperada. Aún hay que esperar a que Harry y Crawford lleguen a un acuerdo mañana.

—¿Y si no lo hacen?

—Entonces tendrás que estar descansada para el largo camino.

Le sonreí ante su muestra de apoyo y ella me respondió con el mismo gesto.

—Gracias, Amelia. Eres la mejor prima del mundo.

Nos fundimos en un cálido abrazo lleno de compasión y ternura. Por muchos años que pasaran y las controversias que el destino nos deparara, siempre, por muy lejos que estuviera, tendría el hombro de Amelia para llorar.

Capítulo 33

TODO JUEGO TIENE UN RESULTADO

Desperté de un sobresalto.

Algo sucedía, lo presentía.

Me senté sobre el colchón y froté con fuerza mis ojos obligándome a despertar. ¿Cómo había sido capaz de dormir tan profundamente y hasta tan tarde cuando mi futuro pendía de un fino hilo?

Bajé los pies hasta rozar el frío suelo y me asomé por la ventana descorriendo las cortinas color lavanda. El carruaje con el emblema de Crawford se encontraba apostado en la puerta de mi casa.

Mi corazón dio un brinco de alegría.

Eché el agua de la jarra en la jofaina. Con ella lavé mi cara y enjuagué mi boca áspera y reseca. Puse en orden mis rizos rebeldes que se escapaban de la larga trenza, tomé la bata rosa que descansaba a los pies de la cama y, tras calzarme unas finas zapatillas, corrí hasta la puerta. Para mi mayor sorpresa esta no se abrió.

Desconcertada, tiré varias veces del pomo obteniendo el mismo resultado.

¿Sería posible que Harry me hubiera encerrado?

Golpeé persistentemente la superficie plana y grité hasta acabar exhausta, mas no hallé respuesta desde el otro lado.

Suspiré enfurecida sintiéndome como un animal enjaulado y busqué a mi alrededor cualquier objeto que pudiera servirme de ayuda para escapar. Estaba atrapada, a merced de Harry, algo que no iba a permitir.

Caminé con precisión por el cuarto hasta alcanzar una caja de horquillas situada sobre mi tocador. Tomé una y, volviendo a mi posición, la introduje

por la cerradura intentando forzar el pestillo que me retenía y apartaba del exterior.

La primera horquilla se partió. Lo intenté con una segunda y una tercera hasta acabar tirando la caja entera al suelo desesperada.

Algún modo habría de salir de allí.

Mis ojos vagaron por la estancia reparando en la ventana cuyas cortinas oscilaban por la suave brisa de la mañana.

Corrí hasta ellas y aprisioné la tela en mi puño. Admirando las posibilidades que tenía de salir por aquel medio, examiné el exterior y calculé la distancia que tendría que recorrer hasta alcanzar el frondoso césped que rodeaba la casa.

Dudé.

Mil y un pensamientos se cruzaron por mi mente.

¿Sería capaz de abandonar a mi familia? ¿Desafiar a mi hermano? ¿Dejar atrás todo lo conocido y lanzarme hacia un futuro incierto? ¿Ser protagonista del mayor escándalo de la temporada y destacar en cada una de las conversaciones de los salones de baile? Si todo ello conllevaba el ser feliz con Alex, entonces valía la pena.

Regresé al interior de mi estancia, me desvestí dejando caer el salto de cama por el suelo, abrí el armario y agarré un vestido de terciopelo azul marino y unas botas de caña alta que cubrían la mitad de mis piernas.

Me llevó más tiempo de lo que hubiera esperado enfundarme todas las prendas, domar mi cabello en un moño bajo y preparar una pequeña bolsa en donde guardé algunos objetos necesarios como una muda, un cepillo, horquillas y algunas fruslerías más.

Decidida, tomé aire y admiré una vez más la distancia que me separaba del suelo. Esta vez se me antojó mucho más alta que en la ocasión anterior, sin embargo, no me dejé llevar por el miedo y, tras comprobar que no hubiera ningún peligroso transeúnte, inhalé una bocanada de aire que me infundió el valor necesario para dar un salto, conseguir buscar el equilibrio y realizar los movimientos exactos para sentarme sobre el alféizar dejando mis piernas suspendidas en el vacío.

Desde aquella posición estudié las posibilidades. Debía arrodillarme, agarrar con fuerza el filo del ventanal y deslizar mi cuerpo intentando acortar la distancia, la cual no me atrevía a medir dada mi mala relación con los números.

La presión aumentaba. Desconocía el tiempo que me llevaría tal hazaña, y aun así tenía que hacerlo antes de que Alex saliera desesperanzado de la casa y desapareciera en su carruaje.

Tiré la bolsa y observé la colisión contra el suelo. No parecía que hubiera sufrido grandes daños. Aquello me llenó de esperanza.

Quise contar hasta tres, aunque el último número se resistía a salir.

Agarré con fuerza el duro mármol del alfeizar y de nuevo bajé la mirada hacia abajo. ¿Estaba segura de que aquella era la única salida?

El miedo se apoderó de mí. ¿Y si el plan salía mal y al caer me abría la cabeza muriendo de la forma más ridícula?

Traté de calmarme. Respiré hondo varias veces y me repetí que era Lillian Abernathy y que no había nadie que pudiera resistírseme.

De nuevo oteé a mi alrededor en busca de algún caminante, todos parecían estar refugiados en sus hogares descansando tras la velada de la noche anterior. Tan solo paseaban algunos empleados que iban de aquí para allá haciendo recados. Mejor así, no quería tener espectadores que se convirtieran en portadores de cotilleos por toda la ciudad.

Giré el cuerpo, intentando concentrarme en cada uno de mis movimientos.

Estaba a punto de descolgarme cuando una voz masculina completamente alterada y llena de espanto me sobresaltó.

—¡Lillian, por el amor de Dios, no lo hagas!

Saqué la cabeza hacia el exterior encontrando a Harry, cuyo semblante mostraba horror, en mitad del pasillo de piedra que atravesaba el corto jardín comunicando la puerta exterior con la principal. A su lado, Alex me miraba completamente desconcertado con los ojos llenos de angustia.

—Lillian, por favor. Nada merece tanto la pena como para acabar con tu vida.

Abrí los ojos confusa, ¿de qué estaban hablando? ¿Pensaban que yo quería suicidarme? Quise reírme, pero me contuve.

Negué fervientemente.

—No es lo que pensáis, yo...

—Ranita, escúchame. Lo siento mucho. No sabía lo importante que este idiota es para ti. Baja de ahí para que podamos hablarlo con tranquilidad —gritó Harry desesperado.

—Si yo... —intenté excusarme.

—Lillian, por favor, haz caso a tu hermano. Baja de ahí inmediatamente —me interrumpió Alex sin darme tregua.

Suspiré y probé de nuevo a confesarles mi acción.

—Me gustaría bajar de aquí, solo que no puedo...

—Por favor, hermana, no hagas ninguna tontería.

Puse los ojos en blanco. ¿Por qué no entendían que lo único que necesitaba era que alguien me ayudara a bajar de aquel estúpido trozo de mármol que cada vez comenzaba a parecerme más alto?

De nuevo intenté moverme para entrar, sin embargo, mi falda no quería colaborar impidiéndome moverme con facilidad. Mis manos sudadas por el nerviosísimo se resbalaron y tuve que hacer acopio de mi mayor destreza para conseguir mantenerme quieta.

—¡No lo hagas! Aceptaré vuestro compromiso —anunció Harry.

Todos mis sentidos se detuvieron expectantes, centradas en las palabras de mi hermano.

—¿Lo dices en serio? —pregunté dubitativa.

—Por supuesto. Y ahora baja de ahí de una vez —advirtió angustiado.

—¿Es en serio, Middleton? —inquirió Alex volviéndose hacia Harry.

—Solo si me prometes que la cuidarás y jamás le harás daño —apuntó.

Alex se irguió y tensó la espalda.

—Te lo juro por mi honor.

Mi hermano asintió y estrechó la mano que Alex le ofrecía.

—Es maravilloso que hayáis resuelto todas vuestras diferencias. Ahora, ¿alguno me puede ayudar a bajar? ¿Por favor?

De nuevo la atención de los hombres volvió a mí.

Alex pidió permiso con la mirada a Harry, quien aceptó con un asentimiento.

—No te muevas, Lillian. Estoy ahí enseguida —anunció Alex mientras caminaba a grandes zancadas hasta la puerta principal de la casa.

—¡Espera, Crawford! —gritó mi hermano hacia mi futuro marido—. No puedes hacer nada sin esto.

Del bolsillo de su chaqueta sacó la llave de la puerta que me mantenía en mi cautiverio y se la lanzó en la distancia.

Alex la cogió al vuelo.

—Os doy cinco minutos. Ni uno más. Después a mi despacho.

Ambos asentimos, y bajo mis pies observé desaparecer la oscura cabellera del marqués.

—¿Qué voy a hacer contigo, ranita? —me preguntó Harry devolviéndome la mirada y cabeceando.

Me encogí de hombros.

—Supongo que aceptarme como soy.

Soltó una fuerte carcajada.

—Eso he hecho toda mi vida, y aun así sigues sorprendiéndome. Eres incorregible.

—Aun así, me quieres.

—Lo cierto es que sí —admitió.

—Y aunque me secuestres, yo también a ti.

A mi espalda escuché cómo el cerrojo era liberado. Me volví rápidamente justo al tiempo de admirar al hombre que aparecía abarcando el marco de la puerta.

Sus labios se curvaron y avanzó hacia el interior cerrando tras de sí con sigilo.

Le devolví el gesto y esperé a que con la mayor facilidad, minucioso cuidado y un férreo control me ayudara a abandonar el frío alféizar y me dejara con delicadeza en el cálido ambiente de mi cuarto.

—Estás completamente loca —aseguró con un toque de diversión en su voz mientras me abrazaba por la cintura y besaba mi cuello consiguiendo que mi piel se erizara.

—Eso parece, aunque solo por ti —solté entre risotadas.

—Tienes una extraña fijación por entrar o salir por las ventanas, ¿verdad?

—Solo si estás de por medio —admití.

Alex echó la cabeza hacia atrás y soltó una fuerte risotada.

Alcé una ceja contrariada.

—Sabías que no iba a tirarme, ¿verdad?

—Claro que lo sabía. Cuando vimos caer algo al jardín, inmediatamente supe cuáles eran tus intenciones.

—¿Y por qué no se lo hiciste saber a mi hermano? Parecía muy angustiado.

Crawford exhaló su aliento y alzó una mano para acariciarme. Sus dedos calientes contrastaron con mis frías mejillas. Definitivamente aquello era lo

que quería, que me tocara con esas manos durante cada uno de los días del resto de mi vida.

—Porque... —Su voz grave se volvió dulce y melodiosa. Apenas se escuchaba en un leve murmullo—. Porque era provechoso tener otra opción por si mi poder de convicción no funcionaba como esperaba.

—¿Y estaba funcionando? —quise saber alzando mis cejas sarcásticamente.

—No del todo —bromeó al tiempo que deslizaba las yemas de sus dedos sobre mis labios.

Alargué las manos y las apoyé sobre sus hombros.

—Es una pena, porque estoy segura de que tus argumentos eran bastante contundentes.

—Te aseguro que lo eran, aunque tuve que obviar algunos detalles... Ya sabes, quería conservar mi cuello cuando consiguiese mi objetivo.

Reí abiertamente.

Sin soltar su mirada deslicé los dedos sobre el filo de su chaqueta y bajé hasta su musculoso pecho deleitándome con su fuerte musculatura y sintiendo los latidos de su corazón.

Él se mostraba igual de entretenido mientras jugueteaba con mi cabello.

—Alex —le llamé tras considerarlo unas centésimas de segundo.

—Dime —se alejó de mí lo suficiente para centrar su atención en mi rostro.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Sé que esto no es de lo más conveniente, pero, dado el estado inusual de nuestra situación, creo que me toca a mí hacerlo ahora que todo parece que se ha arreglado. —Aclaré mi garganta antes de hablar—. ¿Me concederías el honor de convertirme en mi esposo?

Mostrando sus blancos dientes, asintió e, inclinándose hacía mí, susurró sobre mis labios:

—Siempre.

Mi corazón comenzó a palpar con fuerza y dejé que Alex me tomara de la cintura y me apretara contra sí. Nuestras lenguas se entrelazaron y nuestras respiraciones se acompañaron cuando él se separó unos milímetros de mi boca.

—Aunque necesito que me prometas algo.

Alcé una ceja confusa.

—Depende de lo que sea. Aún tenemos que discutir los términos —le respondí mordiéndome el labio insinuante, intentando por todos los medios volver a verlo sonreír.

Alex alargó su mano y acarició mis labios con las yemas de sus dedos, descendiendo por la mandíbula muy lentamente.

Su semblante era serio, y cuando habló lo hizo en un ronco susurro.

—No hagas nunca más una apuesta en la que yo esté involucrado sin saberlo, por favor.

Acaricié sus hombros y apoyé las manos sobre el hueco de su cuello, sintiendo bajo mis manos el áspero tacto de su barba, que me cosquilleaba en las yemas.

—Todo depende de lo que me ofrezcan —bromeé.

—Bien —hinchó su pecho y tomó aire antes de agarrarme de la nuca y acercar sus labios a mi oído—. Entonces estaré tranquilo, porque tendrás tantos vestidos y zapatos como para vestir diferente cada día durante el resto de tu vida, tantas joyas que parecerás un árbol de Navidad y tantos perfumes y cosméticos que necesitarás bañarte cinco veces al día para gastarlos y... sobre todo... —jugueteaba con su aliento sobre mi cuello obligándome a cerrar los ojos disfrutando cómo cada poro de mi piel se erizaba ante su contacto— tendrás hasta el más mínimo pedazo de mi alma y de mi corazón.

Sentí que me derretía con sus palabras.

Lo tomé por las mejillas y le obligué a mirarme.

—Entonces, creo que podrás estar tranquilo, ya que tu alma y tu corazón sería lo único por lo que aceptaría una apuesta.

Y entonces nuestros labios se fusionaron de nuevo, nuestras lenguas jugaron, nuestros cuerpos se transmitieron calor y nuestras respiraciones se entrelazaron todo el tiempo que pudieron hasta que la oscura y grave voz de Henry resonó en toda la casa en un severo aviso.

Epílogo

UNA APUESTA PELIGROSA

Deslizo la mirada disimuladamente hacia el bolsillo de mi vestido de lino de color turquesa que Alex me ha regalado esta semana.

Si bien no le creí a ciencia cierta cuando me prometió que me regalaría un vestidor, ya podía hacerlo, pues tras un año de matrimonio las puertas de mi armario apenas consiguen cerrarse. Mis doncellas se sienten de lo más complacidas por ello, ya que con cada prenda nueva que entra ellas reciben otra, de lo contrario, mi vestidor acabaría por necesitar un cuarto entero para sí mismo.

El arsenal de joyas y perfumes que ocupan mi tocador también es un ejemplo de lo bien asimilada que Alex tiene la promesa que me hizo, y yo, aunque constantemente me niegue y le pida que cese con sus regalos, debo admitir que me hace especialmente ilusión recibirlos, después de algunas de sus largas ausencias. Esos pequeños detalles me hacen saber que aun en la distancia piensa en mí.

Alex carraspea.

Levanto la mirada de las cartas que se ocultan en mi falda y me centro en las que tengo desplegadas en mis manos.

He elegido este vestido justo por los bolsillos colocados estratégicamente en el modelo.

—Es tu turno, cariño —me indica mientras da un largo trago a su copa de vino tinto.

Frunzo el ceño intentando parecer confundida y echo la primera carta que pillo al azar.

El calor de la chimenea ha inundado el pequeño saloncito donde pasamos gran parte de nuestro tiempo sin contar las largas temporadas en las que no salimos del dormitorio. Alex es un amante excepcional e insaciable y debo reconocer que me ha enseñado incluso más cosas de las que yo conocía. Cosas que jamás hubiera llegado a creer.

—¿Estás segura de tu jugada?

Asiento con la mirada fija en sus inescrutables ojos oscuros de los que cada día me enamoro más.

—Bien. —Extiende otra carta a la que ni siquiera tengo intención de mirar. Tengo que estar pendiente de que se descuide para sacar de mi bolsillo la mano que me hará ganar este juego—. Pues esta vez gano yo —admite satisfecho y sonriente mientras recoge las fichas que usamos como recompensa.

No digo nada, me centro en buscar la ocasión perfecta, que acaba llegando cuando aleja su atención en mí para recolocar sus ganancias en la pequeña cajita de madera que tiene a su lado.

Me remuevo en el asiento y me dispongo a sacar las cartas de mi bolsillo cuando de pronto, sin previo aviso y de forma totalmente inesperada, levanta la mirada y me atrapa en plena acción.

Sonrío anchamente mirándolo sin pestañear como si no me hubiera percatado de mi acción. Alex alza una ceja, suspira y entrelaza los dedos de las manos apoyándolas sobre el tablero.

—¿Lillian? —me llama en un tono de advertencia.

—¿Alex? —le imito.

Suspira.

—¿Qué tienes ahí? —señala.

—¿Ahí? ¿dónde? —intento parecer todo lo sorprendida que puedo.

—En el vestido —me acusa sin más titubeos.

Bajo la mirada hacia mi escote en pico que ofrece una buena porción de mis pechos y disimulo mientras evalúo mi atuendo.

Sacudo negativamente con la cabeza y devuelvo mi atención en él.

—No sé de qué me hablas.

—¿Haciendo trampas otra vez?

Abro la boca fingiéndome ofendida y deposito la mano de cartas que sostengo entre mis manos sobre el tablero.

—No me puedo creer que me acuses de tal cosa —enunció ofendida.

Alex lanza un gesto divertido y realiza una mueca mientras se desploma sobre el respaldo de la silla colocando el codo derecho sobre el brazo del sillón en el que se encuentra sentado y apoyando los dedos de su mano sobre su mejilla.

—¿En serio?

Levanto la cabeza todo lo que puedo y lo miro sin mostrar ningún reflejo de emociones antes de asentir fervientemente.

—En ese caso... —desliza la silla para ponerse en pie—, no te molestará que te registre.

Abro la boca asombrada. Si me registra acabará encontrando toda la baraja que mantengo guardada de forma dispersa en los bolsillos.

—No osarás hacer tal cosa —le desafío con la mirada—. Eso sería admitir que desconfías de tu propia esposa.

—En algunos términos me siento inclinado a hacerlo. No puedes culparme, tu historial te precede.

Resoplo.

—Si lo que dices es cierto no tienes nada que temer —me advierte mientras rodea la mesa y se coloca delante de mí.

—Pero yo...

Su mirada viaja por todo mi cuerpo hasta detenerse en los bolsillos de mi vestido.

Enarca una ceja sin deshacer la curva arrogante de sus labios que tanto me irrita y me provoca a la vez.

—Veamos qué tenemos aquí...

Su mano se alarga y se hunde en el bolsillo.

Me quedo inmóvil mientras él hurga en su interior hallando todas las cartas que no he podido usar en esta partida y su sonrisa se amplía. No parece enfadado, ni siquiera molesto. En su rostro se destaca un leve matiz de complacencia.

—¡Vaya! ¿Desde cuándo tenemos una nueva baraja?

Bajo la mirada hacia mi regazo y frunzo los labios maldiciéndome internamente por haber sido descubierta como si de una principiante me tratase. ¿Cómo no he sido más cuidadosa? Tanto tiempo junto a Crawford ha minado mis habilidades para las tretas y el engaño, debo practicar más en su ausencia con mi doncella.

—No sé qué hace eso ahí. Seguramente Daisy las ha olvidado. —Mi excusa es lo más absurda posible. No obstante, jamás admitiré que me ha cazado intentando engañarlo de nuevo en las cartas.

—Lillian, Lillian..., deberías idear mejores excusas que esa. Es tan inverosímil que ni siquiera puedo fingir que me la creo.

Levanto la mirada y entrecierro los ojos al tiempo que observo detenidamente su rostro. Lo que más me disgusta de que me haya atrapado en medio de una treta es que su arrogancia se incrementa. Ahora se siente poderoso y vencedor.

—Está bien, me has pillado —admito agachando la cabeza como si de una niña recién reprendida me tratara.

Es entonces cuando atisbo un objeto extraño y blanco escondido entre su camisa y la chaqueta.

—No puede ser... —mascullo en voz alta.

Me levanto de un salto de mi butaca y me ubico a su lado.

Le agarro de la muñeca manteniéndosela inmóvil, introduzco mis dedos en la manga de su camisa y comienzo a palpar en su interior hasta encontrar lo que buscaba. Con esmero agarro la parte superior de una carta y la saco.

—¡Lo sabía! —le grito mientras le muestro las cartas que ocultaba bajo la manga de su chaqueta—. ¿Cómo diablos eres capaz de acusarme de trampas cuando tú estabas haciendo lo mismo?

Malhumorada, me llevo las manos a las caderas y alzo las cejas mientras observo cómo Alex comienza a reír abiertamente a grandes carcajadas.

—Deberías ver tu cara —dice entre acceso y acceso.

—¿En serio? Eres de lo peor, Alexander Stone.

Alex da un paso al frente, deja caer las cartas sobre la mesa y me agarra de la cintura atravesando el hueco de mis brazos.

—Cariño, te juro que solo las llevaba para una emergencia.

—Mentiroso —bufo intentando separarme de él.

—No estás enojada porque te haya intentado engañar, ¿verdad? Te has enfadado porque te he descubierto antes que tú a mí.

Odio cuando lleva razón y, sobre todo, odio que él sea consciente de ello.

No digo nada y me deleito, sin reconocerlo, en su melodiosa risa que va disminuyendo su fluidez a largos intervalos.

—Me alegra haberte divertido esta noche —añado sarcásticamente.

—Vamos, Lily, no te enfades —me susurra cariñosamente mientras me acaricia con la nariz el cabello que descansa sobre mi hombro sin soltar con la otra mano mi cintura.

Sus dedos comienzan a recorrer mi nuca, mis mejillas, mis labios..., lo que provoca que lentamente comience a derretirme, que mis pulsaciones y mi respiración se aceleren y que mis pensamientos comiencen a dispersarse.

Otra cosa que odio de Alex es su habilidad para hacerme olvidar y conseguir de mí lo que desea con unas simples caricias propiciadas en el lugar oportuno.

Lentamente, su cuerpo se acerca al mío y lo agarro de los brazos para sostenerme firme sobre el suelo.

Agacho la cabeza y me muerdo el labio.

Alex me sonrío, me toma de la barbilla y la levanta obligándome a mirarle.

—¿Te he dicho alguna vez que eres incorregible? —me susurra antes de posar sus labios sobre los míos en un casto y ardiente beso.

—Solo un par de veces, y a pesar de ello me adoras.

—No sabes cuánto odio que sepas todo lo que se me pasa por la cabeza, y aún más que lleves razón.

La satisfacción que me ocasiona que él tenga los mismos sentimientos encontrados que yo me ayuda a olvidar cualquier atisbo de intento de venganza.

—Te amo, Alex —le digo con todo mi corazón sin miedo.

—Y yo a ti, Lily. Y cada día que pasa más.

De nuevo nos fundimos en un apasionado beso en el que nos acariciamos con fervor. Nunca me canso de tocarlo, de besarlo, de abrazarlo, e incluso de hacer el amor con él. Alex es puro fuego y yo me siento como madera húmeda incapaz de ser devorada por las llamas.

En este último año he aprendido a comprender su forma de actuar, he aprendido a consolarlo cuando los efectos del pasado recaen sobre él, he aprendido a escucharle y ofrecerle mi hombro ante sus adversidades y problemas y, sobre todo, lo que más me complace es haber aprendido a amarle como a él mismo, como Alexander Stone, con todos sus defectos y sus virtudes.

—Será mejor que suba a darme un baño antes de acostarme. Si mañana salimos de viaje a casa de tu madre debo estar presentable —digo

separándome de él embriagada por la situación y las emociones que bullen en mí.

—Mi madre está encantada contigo, no se dará cuenta si no llevas la ropa adecuada o has estado sin bañarte durante dos días. Aun así, la idea me suena tentadora, ¿te acompaño?

No importa todo el tiempo que lleve con él, Alex siempre sabe qué hacer conmigo, cómo tocarme, cómo hablarme y cómo hacerme sentir especial en el momento exacto.

—¿Quieres bañarte conmigo? —pregunto de forma seductora.

—Solo si quieres tú —me replica con su boca pegada a la mía.

—Me encantaría..., sabes cuánto me gusta verte pasado por agua —comienzo a reír ante el recuerdo.

—No lo menciones, por favor. Nunca olvidaré aquel día en que me obligaste a meterme en el río para rescatar nuestra pelota, ni tampoco la tarde que me hiciste pasar en la puerta de tu casa empapado hasta los huesos para que me echaras una hora después con una inocente y premeditada expresión.

Mi risa se acentúa y es entonces cuando decido confesarle algo que hasta el momento desconocía.

—Eso sin contar cuando caíste en el Serpentine para buscar el sombrero de Amelia.

Sus ojos se entrecierran y me lanza una furibunda mirada.

—No me digas que en eso también tuviste que ver, por favor —me suplica.

Me muerdo el labio obligándome a no reír.

—De hecho, fui yo quien lo tiró cuando os despistasteis para mirar al caballo que casi atropella a aquella anciana.

Cubriendo su rostro con las manos, Alex cabecea negativamente, entrelaza los dedos y me mira suplicante.

—Tenía que haberlo imaginado —suspira—. Te lo ruego, no ideas nada más en mi contra, seré bueno. Te lo juro.

Agarro sus manos entrelazadas con las mías y me acerco a él hasta encontrarme prácticamente pegada a su cuerpo.

—Eso tendrás que demostrármelo en el dormitorio.

—¡Lady Crawford, es usted una descarada!

—Solo porque mi marido me ha enseñado muy bien. Era el mayor libertino de todo Londres, ¿lo sabías?

—No tenía ni idea, pero creo que ha hecho un buen trabajo.

Nos reímos.

—Respecto a dejarte en evidencia, no tienes nada que temer —digo recolocándole el cuello de la chaqueta—. No puedo permitir que mi esposo, un marqués nada menos, se humille públicamente de esa forma.

—¡Gracias a Dios! —exclama deshaciendo su tensa posición—. ¿Eso quiere decir que de haberme casado con la señorita Iggly me hubieras hecho la vida imposible?

Me encojo de hombros.

—No sé si a ella o a ti. De lo que estoy completamente segura es que uno de los dos no hubiera salido muy bien parado de mi traviesa venganza.

—Por suerte he aplacado a la fiera —asegura mientras me toma de la cintura apoyándome en él.

—No sé por cuánto tiempo —le replico pícaramente mientras le agarro las mejillas con mis manos y me pongo de puntillas para tener un mejor acceso a él.

Alex sonrío, y es entonces cuando poso mis labios sobre los suyos, los succiono, los muerdo, los saboreo y le demuestro la necesidad que tengo de él, de sus brazos, de sus manos y de su cuerpo en general.

—Tranquila, gatita. Antes tenemos que subir al cuarto. —Asiento separándome de él unos centímetros o tal vez sean unos milímetros, no estoy segura—. No querrás que Maggibons nos pille aquí.

—Conociéndonos, no creo que se sorprendiera mucho.

—Creo que nunca se ha sorprendido tanto desde que tú estás aquí.

—Siento que aún no me ha perdonado lo que le hice a su jardín. Siempre me observa desconfiado cuando me muevo por los alrededores —aseguro pensativa.

Alex se muerde el labio para evitar reír.

—Bueno, nadie puede culparlo, le destruiste su mayor tesoro. Dos veces.

—Y cuando quiero conseguir algo, le amenazo con hacerlo una tercera —admito realizando una mueca.

—Realmente eres incorregible. Voy a tener que darte lecciones sobre cómo tratar a los empleados —afirma.

—Eso será después de mis lecciones maritales, soy una alumna algo obtusa en ese sentido, necesito reforzar los conceptos.

Vuelvo a besarle recordándole cuál es nuestro siguiente movimiento.

—Voy a pedir ese baño. No quiero esperar ni un segundo más —me advierte alejándose.

—Me parece bien, estoy impaciente —admito tras dar un paso reticente hacia delante permitiéndole el paso.

Le tomo de la mano y le dirijo por el saloncito hasta la puerta de nuestro dormitorio recorriendo a toda velocidad los largos pasillos de nuestra casa. Alex me detiene cuando estoy a punto de abrir la puerta, me empuja atrapándome entre su cuerpo y el marco y me acorrala mientras me besa de forma apasionada.

Apoyo mis manos en su duro pecho y respondo a él.

—Conténgase, milord. No querrá fabricar a sus hijos en medio de un pasillo bajo el escándalo de todo el servicio —me burlo examinando a nuestro alrededor, que está tan oscuro y vacío como un cementerio.

—Por ahora no pensaba en hijos —me susurra mientras sus labios se apoyan en el hueco de mi cuello descendiendo por mi clavícula—. Aunque tienes razón, he tomado la iniciativa antes de tiempo. Ahora creo que el baño tendrá que esperar.

Tomándome en brazos me adentra en el dormitorio.

Me encuentro tumbada entre las sábanas de nuestra cama, entre risas, seda y lazos, completamente vestida y con Alex sobre mi cuerpo besando mi hombro desnudo.

—No puedo creer que digas eso —le digo entre jadeos volviendo a nuestra conversación principal—. Tú siempre has querido tener muchos hijos.

—Y quiero tenerlos. Quiero que me llenes la casa entera de niños.

Mi cuerpo se tensa y mis pupilas se encogen.

Le agarro delicadamente de su negro y oscuro cabello como el azabache y le doy un ligero tirón para obligarle a mirarme.

—Eso hay que hablarlo antes, ¿cuántos son muchos hijos para ti?

Alex ríe abiertamente.

—Tranquila, pequeña. Antes quiero todo el tiempo del mundo que me sea posible para disfrutarte solo para mí.

Me relajo ante esas palabras y cierro los ojos, dejándome amar entre los brazos de mi apuesta más peligrosa.

OceanofPDF.com

Nota de la autora

La ópera es un género de música que de vez en cuando me satisface escuchar. Dentro de él existen varias arias que me hacen estremecer durante su audición y una de ellas es, sin duda alguna, *Nessun Dorma*.

Deseaba fervientemente que mis protagonistas, ya que asistían a la ópera, tuvieran la oportunidad de disfrutarla. Sin embargo, la obra fue terminada y presentada años después de la época en la que Lillian y Alex se conocen y viven su romance. Por este motivo me he tomado ciertas licencias al introducir este elemento anacrónico que el lector podrá corroborar con la información aportada por Lillian durante la secuencia.

Pido disculpas de antemano si este hecho ha podido generar algún tipo de confusión durante su lectura. Espero que, al menos, se haya obtenido algún tipo de conocimiento en relación a la ópera de *Turandot* y el lector aproveche la oportunidad para deleitarse con la maravillosa voz de Pavarotti en su versión más conocida.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Durante muchos años esta novela ha permanecido encerrada como un archivo de Word en una de las carpetas más recónditas de mi ordenador. Sin embargo, y a pesar del transcurrir del tiempo, en mi interior sabía que esta historia merecía una oportunidad. El esfuerzo, las horas, el cariño y la dedicación que lleva impresa cada una de las palabras merece toda mi gratitud.

Principalmente, quiero darle las gracias a mi fiel amiga María Mallorquín M., cofundadora de un «club» muy particular (solo somos dos) mediante el cual hemos compartido, por muchos años, nuestro amor y afición por la novela romántica, guía de numerosas noches en vela y largos debates de lecturas conjuntas. Gracias por haber estado desde aquellos inicios en los que la historia de Lillian y Alex era apenas una ligera idea, orientándome y dándome consejos, por la cantidad de dedicación, paciencia y múltiples horas que has puesto en leerla y releerla, en anotar errores y corregirla en mi desesperación. ¡Nunca imaginamos que *Una apuesta peligrosa* pudiera ver la luz! Por eso, estas primeras palabras debían ser para ti.

También me siento muy agradecida con mi irremplazable Antonio Fernández G., quien tanto me ha aguantado en los largos diez años que nos conocemos, por su paciencia infinita, su apoyo incondicional y todas esas horas al teléfono de incesantes charlas. A mi incondicional seguidor Edgar Bello H. por confiar siempre en mí, animarme, declarar abiertamente siempre lo que él considera «una gran capacidad escritora», por compartir lecturas y opiniones conmigo y por estar siempre ahí, leyendo mi novela veinte veces a pesar de no gustarle la romántica, dándome sus consejos y valoraciones. A mi queridísima Marisa Ibáñez, mi tocaya, por mostrarse siempre tan solícita a la hora de leer mi manuscrito y hacer un sincero,

crítico y constructivo juicio, por aportarme ideas y ofrecerse siempre para ser pilar en mi proceso creativo. Y a Sergio Vicente M., porque en poco tiempo se ha convertido en un gran pilar para mí, por su admiración y respeto por todo lo que hago, sus atenciones, su escucha atenta y por siempre ofrecerme un lado más racional y relativista en todas mis preocupaciones y agobios, manteniendo la calma que yo no poseo.

Gracias también a todas esas personas que están, han estado y estarán en mi vida y que conforme han ido descubriendo mis andanzas en el mundo de las letras se han alegrado por mis pequeños logros, me han motivado, han leído algún escrito e incluso se han propuesto a leer esta novela a pesar de que el género no era muy atrayente para ellos. No tengo tanto espacio para mencionarlos a todos, y seguramente pecaría de olvidarme de algún nombre del que luego me arrepentiría de no haber puesto, pero cada uno de vosotros sabéis quiénes sois. Gracias y mil gracias, pues me habéis hecho sentir que podía seguir soñando.

Agradecerle a HarperCollins Ibérica la grandísima oportunidad que me permite dar a conocer mi obra, por confiar en mí y apostar por alguien que hasta el momento es una completa desconocida. A Elisa Mesa y al equipo editorial, que tan paciente es resolviendo mis dudas y esperando mis correos por días sin presionarme. Gracias por acogerme con tanto afecto y hacerme sentir en casa.

Por último, gracias a ti, lector, a quien dedico este libro, por querer formar parte de mi sueño y animarte a conocerme y a descubrir esta divertida y romántica historia. Deseo de todo corazón que no te arrepientas del tiempo dedicado a ella y que este se convierta en el comienzo de una bella amistad.

Con todo mi afecto y un corazón henchido de felicidad, Marisa

OceanofPDF.com

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

OceanofPDF.com